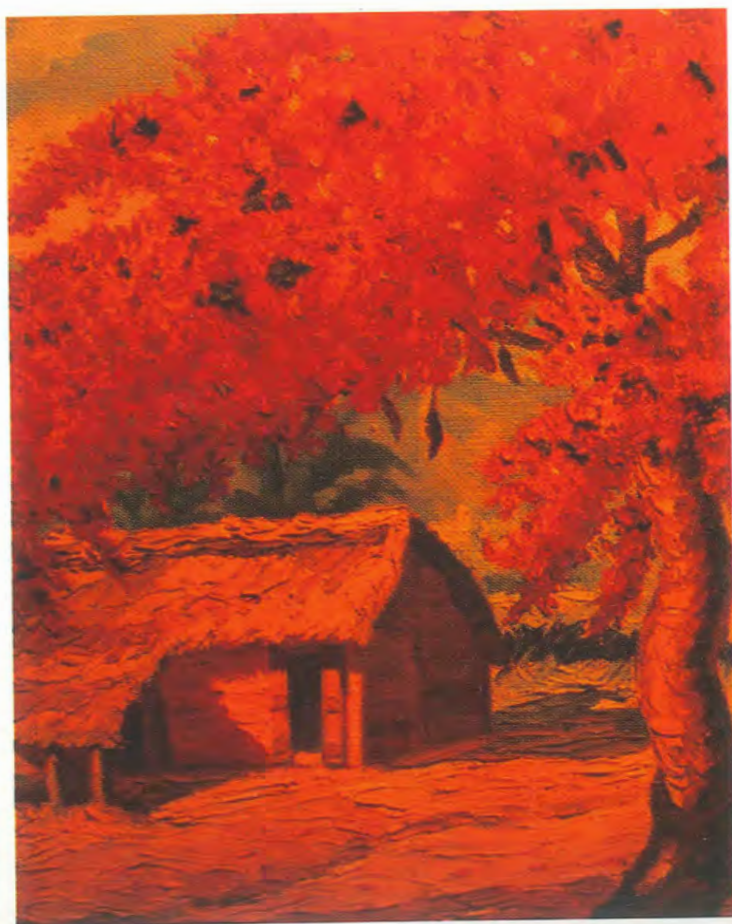


FEDERICO GARCÍA GODOY

OBRAS ESCOGIDAS 2. MISCELÁNEA



BIBLIOTECA
DE CLÁSICOS
DOMINICANOS

XXXIX



OBRAS ESCOGIDAS
2. MISCELÁNEA

Biblioteca de Clásicos Dominicanos

Director-fundador:
Manuel Rueda (1921-1999)

Director Ejecutivo:
Jacinto Gimbernard

Asesores:
Dr. Jorge Tena Reyes
Lic. José Alcántara Almánzar

Biblioteca de Clásicos Dominicanos
Volumen XXXIX

FEDERICO GARCÍA GODOY

OBRAS ESCOGIDAS
2. MISCELÁNEA

EDICIONES DE LA FUNDACIÓN CORRIPIO, INC.
Santo Domingo
2004

Edición al cuidado de
Andrés Blanco Díaz

ISBN-99934-54-16-8

Diagramación
Full Design, C. x A.

Impreso por
EDITORA CORRIPIO, C. POR A.
Calle A esq. Central
Zona Industrial de Herrera
Santo Domingo, República Dominicana

Impreso en República Dominicana
Printed in Dominican Republic

RECUERDOS Y OPINIONES



*A la benemérita sociedad "La Progresista"
de La Vega, dedico este defectuoso opúsculo,
como una débil muestra de la admiración
que me inspira su constante celo en pro del
mejoramiento material e intelectual
de la República.*

F. GARCÍA Y GODOY



Federico García Godoy

ÁMINA
(TRADICIÓN QUISQUEYANA)

I

Hacia la parte sudoeste de la eminencia conocida con el nombre de “El Santo Cerro” —célebre, aparte de sus recuerdos históricos, por contemplarse desde ella uno de los más bellos paisajes que puede ofrecer la riente naturaleza intertropical— y al pie de las últimas estribaciones de la gran cordillera Central, se veía a fines del siglo XV un modesto caserío perteneciente a los dominios del poderoso Guarionex, cacique de Maguá, y distante pocas leguas del lugar en que este soberano tenía su residencia.

Nada más pintoresco que el sitio en que se alzaban las ochenta o noventa chozas que componían la pobre aldea. Rodeada como estaba de muchos árboles frondosos que formaban una espléndida cortina de verdura que la hacía casi invisible, solamente los pájaros que por allí cruzaban eran capaces de divisarla por completo, cuando en su raudo vuelo se cernían sobre ella. Inmediato al caserío corría un limpio y murmurador arroyuelo, besando el musgo que crecía en sus orillas y dejando ver las partículas de oro que brillaban entre sus arenas.

Trescientos o cuatrocientos indios pertenecientes a la gran familia quisqueyana, heroica y digna como pocas, y en aquel entonces puesta a prueba por el infortunio, habitaban el pintoresco y escondido *canei*.¹ Tranquilos y felices vivieron allí sus padres en

Población.

íntima comunión con la naturaleza, consagrados a sus no pesadas faenas, y del mismo modo hubiera transcurrido la existencia de sus actuales moradores, si desde hacía cerca de año y medio un acontecimiento insólito no hubiese turbado completamente la dicha que disfrutaba la raza aborígen, cubriendo su porvenir de negras nubes que amenazaban convertirse en tempestad que todo lo iba a barrer a su paso. Ya por aquella época el genio de Colón había engarzado en la áurea corona de los monarcas iberos las joyas por él encontradas en el inmenso y solitario Atlántico. Un día llegó a oídos de aquellos indios que unos hombres blancos que disparaban rayos habían llegado por mar a las tierras del cacique Guacanagarix. Desde entonces cambió por completo la decoración: el cuadro antes risueño se tornó lúgubre, muy lúgubre.

En la reducida aldea que hemos bosquejado vivía Ámina, la flor de Maguá, como la nombraban por las comarcas cibaenas. Tenía diecisiete años, su tez parecía más clara que la de las otras mujeres de su raza: sus ojos garzos despedían viva luz, y sus luengos cabellos le caían con encantador descuido sobre sus bien formadas espaldas. Era la admiración de cuantos la veían. Su belleza responsable y serena y su dulce trato cautivaban todos los corazones. Nacida bajo el mismo techo que su primo Guará, valeroso guerrero muy querido de Guarionex, crecieron juntos tomando parte en unos mismos juegos y comunicándose las gratas impresiones de su infancia. Tan agradable intimidad engendró más tarde un amor vivísimo; y ya por aquellos días para ninguno de los habitantes de esa parte del cacicazgo de Maguá, era un secreto que no pasarían muchas lunas sin que la bella Ámina uniese su suerte al valiente guerrero y se trasladase con él a la capital de los estados de Guarionex.

La tarde en que principia nuestro relato se notaba en el caserío un movimiento no acostumbrado. La agitación que en él se veía anunciaba que estaba sucediendo algo de no escasa importancia para sus pocos moradores.

II

Antes de seguir adelante, bueno es que procuremos recordar, aunque sea de un modo sucinto, cuál era el orden de cosas que

por aquel tiempo imperaba en el nuevo dominio agregado por Colón a la por entonces floreciente monarquía española. La política inspirada en sentimientos de tolerancia y de justicia que la gran Isabel quería se siguiera con los indios, puesta debidamente en práctica, hubiera, sin duda alguna, alejado de la colonia los males que cayeron sobre ella y convirtieron aquel hermoso paraíso en triste campo de desolación y de exterminio. Los deseos de la magnánima reina se estrellaron en la rapacidad sórdida y la desenfrenada concupiscencia que guiaba al mayor número de los oscuros aventureros que vinieron con el inmortal genovés a las regiones americanas.

Al juzgar el trágico episodio de la Conquista no debemos ser demasiado severos; harto es sabido que no se opera ninguna gran transformación social, sin que deje tras sí larga huella de lágrimas y sangre. La humanidad sigue su penosa marcha al través de los tiempos, siempre en pos del ideal de su perfeccionamiento, dejando a su paso sembrado el camino de cadáveres y ruinas. Cuando llega a una de esas etapas señaladas en su senda por la mano de Dios, parece vacilar y detenerse. Pero la anima el soplo de lo alto: pone de nuevo los ojos en el confín del horizonte por donde irradian misteriosas claridades, y sigue la marcha sin pensar en los obstáculos de que está cubierta la vía.

Conocidas, además, la escasa cultura de la gran mayoría de los descubridores, y la edad de hierro en que vivieron, en la cual una fe ciega exaltaba las conciencias y la dureza de las costumbres no permitía hacer alarde de ciertos sentimientos filantrópicos, hay que confesar, juzgadas las cosas desde el punto de vista necesario y con la serena imparcialidad que cuadra a la historia, que tienen hasta cierto grado alguna disculpa, los rudos campeones de la Conquista; todavía hoy al expirar el siglo XIX en el que tantos adelantos ha realizado el espíritu humano, algunas naciones, so pretexto de cumplir una misión civilizadora sobre ciertos pueblos, se valen para ello de los acorazados y el cañón Krupp. Una y mil veces debemos condenar semejantes procedimientos, indignos de una centuria que tanto blasona de ilustrada y justiciera.

Necesario en alto grado repetimos el cumplimiento del deber que tienen los pueblos colocados en la cima de la civilización de ejercer un magisterio moral sobre las razas o agrupaciones hu-

manas de reconocida inferioridad intelectual, pero creemos también que para cumplir tan hermoso ministerio, no se requieren otros medios que los aconsejados por el espíritu de tolerancia que informa las instituciones modernas. El misionero que recorre lejanas comarcas para derramar la luz de salvadoras ideas, la escuela que prepara generaciones para el porvenir; el periódico que combate por los eternos ideales que rinde generoso culto a la conciencia humana; el telégrafo que acerca el pensamiento y otros medios por el estilo, constituyen los llamados a realizar una pronta transformación en el modo de ser de una colectividad humana que por excepcionales circunstancias se encuentre privada de los beneficios de la civilización. Otros recursos no contribuirán nunca a llegar a un resultado satisfactorio. Los procedimientos coercitivos engendran siempre el desconcierto, la imposición sirve para separar; nunca para unir. Puede la fuerza doblegar por un momento las voluntades, mas siempre, tarde o temprano, luce el día en que los pueblos se yerguen y sacuden su pesado yugo. La historia, y en particular la nuestra, así lo evidencia.

Los osados aventureros que vinieron en la flotilla descubridora encontraron en los sencillos indios del cacicazgo de Marién cordialísima acogida. Creyéndolos seres de una naturaleza superior; desde el cacique hasta el último vasallo, hicieron cuanto fue posible para tenerlos satisfechos. Su escasa penetración no les hizo recelar nada de aquellos hombres, y así accedieron con grandes demostraciones de júbilo a que Colón construyese en sus costas una fortaleza con el aparente objeto de defenderlos de las agresiones de los caribes, sus constantes enemigos. Todo fue bien en los primeros momentos; pero después de haberse ausentado el Almirante empezaron a manifestarse las malas pasiones de la mayor parte de los que componían la guarnición de la nueva fortaleza, y no pasó mucho tiempo sin que cometiesen increíbles excesos. Dio esto motivo a que unidos los caciques Caonabo y Guarionex atacasen y destruyesen el fuerte de Navidad. Todos los aventureros perecieron. Sobre las calcinadas ruinas, el indio quisqueyano entonó el himno de la victoria.

Vuelto Colón con poderosa armada, y fundada la Isabela, claramente comprendieron los indios cuál era el propósito que animaba a los extranjeros. De la pequeña ciudad recién funda-

da salieron varias expediciones para explorar el interior del país. Las ideas de amistad y unión que Colón sembraba a su paso no dejaron de producir algún fruto. Con el aparente propósito de mantener relaciones comerciales, fundose en las orillas del Jánico el fuerte de Santo Tomás, y se confió su mando a Pedro de Margarita. La inicua conducta de éste dio pábulo al descontento que empezaba a cundir en los indios, originando la formación de una nueva y poderosa liga entre los caciques principales del Cibao. Todo hacía barruntar que iban a comenzar en breve las hostilidades. Ocurría esto a mediados del año 1494.

III

En una piedra que formaba en su parte superior una especie de asiento, y cuya base iban lentamente socavando las aguas del arroyuelo que corría junto al pobre *canei*, estaba sentada Ámina, la flor de Maguá, la tarde en que hemos visto la pequeña aldea hondamente agitada. En su rostro, siempre radiante de alegría, se reflejaba en aquel momento una profunda tristeza. A su lado, con un arco en la mano, se veía un mancebo de gallarda presencia. Era Guará, el prometido de Ámina. El joven guerrero le decía con voz ligeramente conmovida:

—Escucha, Ámina, *Louquo*² parece que ya no quiere proteger nuestra raza. El *arijuno*³ se pasea impunemente por nuestros valles, y pretende arrebatarlos la libertad, que es el mayor tesoro que existe sobre la tierra. Nuestras vírgenes violadas, nuestros hogares destruidos, piden a los cielos pronta venganza. Caonabo, el invencible cacique de Maguana, y nuestro soberano el valiente Guarionex han hecho un llamamiento a sus guerreros para marchar unidos a combatir a los enemigos de Quisqueya. Primero vamos a arrojarlos de la fortaleza de Santo Tomás, y después destruiremos el gran *canei* que han construido en la costa. A sus habitantes les espera la suerte que cupo a los *arijunos* que quedaron en las tierras de Marién cuando se fue el

2. Gran Ser.

3. Extranjero.

Guamiquina.⁴ Soy guerrero, y no puedo hacerme el sordo a la voz del deber. No temas nada: venceremos a nuestros enemigos, y yo te juro que a mi regreso, que ha de ser pronto, se realizará al fin lo que tanto anhelan nuestros corazones.

Ámina nada contestaba. Con el rostro apoyado en las manos dejaba correr con abundancia sus lágrimas. Se hubiera creído, al verla así, que algún fúnebre presentimiento se albergaba en su pecho.

En la aldea ocurría en tanto un suceso de suma importancia para sus habitantes.

A los sonos del tamboril y del caracol se reunían en una especie de plazoleta cincuenta guerreros armados de flechas y macanas. Era el contingente que el humilde caserío suministraba al cacique en casos de guerra; y justo es decir que en esta ocasión más que en ninguna otra el entusiasmo inflamaba los corazones, pues todos querían venir cuanto antes a las manos con los hombres que tanto daño causaban a la raza aborígen. Guarará debía conducirlos hasta el lugar donde acampaba la numerosa hueste que dirigía el soberano de Maguá.

El joven besó por última vez la frente de Ámina, que continuaba sollozando, y se puso a la cabeza de los guerreros, perdiéndose a los pocos pasos tras un recodo del sendero que conducía a la aldea.

El sol se había escondido ya tras las sierras de la lejana cordillera, y la noche empezaba a extender su manto de sombras, haciendo que los objetos perdiesen poco a poco su forma y color; y aún permanecía fija en el punto por donde habían desaparecido los guerreros que marchaban al combate.

IV

Construido precipitadamente, aprovechando una favorable coyuntura, el fuerte situado a orillas del Jánico carecía de algunas condiciones indispensables en las fortificaciones europeas, pero hasta cierto punto innecesarias en las erigidas en territorio americano, dadas las maneras de guerrear de los indios y las

4. Nombre con que los indios llamaban a Colón.

armas de uso primitivo de que se valían. Visto a cierta distancia presentaba un aspecto respetable. Las aguas del Jánico lo rodeaban por un lado sirviéndole de natural defensa y por el otro estaba convenientemente resguardado, de modo que era casi inaccesible para los guerreros indios que no podían disponer de los medios de ataque necesarios.

En vista de la actitud hostil que empezaban a tomar los naturales y de los rumores que se propagaban respecto de un próximo rompimiento, dispuso Colón a reforzar la reducida guarnición de aquella fortaleza, y al efecto envió a Alonso de Ojeda, muy conocido ya por su primera expedición al interior del Cibao, con algunos centenares de hombres, recomendándole la mayor vigilancia a fin de que no pudiera ser sorprendido por los naturales.

En el fuerte de Santo Tomás parecía reinar la más completa tranquilidad. Algunos soldados conversaban y reían cerca de la puerta principal; y sólo revelaba que había alguna vigilancia el guerrero cubierto con reluciente armadura y con la alabarda. Ojeda, no obstante, estaba pensativa. Apoyado en una almena dirigía la vista por el horizonte que le circundaba, como si temiera que en algún punto de él se ocultara un peligro. El recelo principiaba a germinar en su ánimo, porque desde antes había empezado anotar que gradualmente iba disminuyendo el número de indios que acudía a comerciar con los soldados de la guarnición. Esta circunstancia, y la noticia que le dio un soldado de haber visto como a cosa de una legua de la fortaleza un grupo de indios en actitud nada pacífica, le indujeron al acercarse la noche a disponer que una manga de arcabuceros, bien apostada, vigilase la parte del río, y que por el otro lado se triplicase el número de centinelas.

Entre tanto las numerosas tribus que acaudillaban Guarionex y Caonabo, habían acampado en la mañana de aquel mismo día a no larga distancia del fuerte, bien resueltas a destruirlo y a exterminar a sus defensores. Creyendo que la guarnición estaría desprevenida, se decidió que el osado Guará al frente de doscientos guerreros efectuase el asalto en cuanto llegara la noche. Las huestes aliadas debían esperar a poca distancia el resultado del audaz ataque que se preparaba.

Avanzando silenciosamente a favor de la oscuridad de la noche, pronto llegaron a la ribera del río opuesta a la en que esta-

ba emplazado el fuerte. Parecía que en el interior de éste todos reposaban. No se veía ni se oía en él nada que indicase vigilancia alguna. Persuadido de que la victoria era segura, Guará no vaciló un momento. Dividió sus guerreros en dos grupos y se colocó a la cabeza del que debía ejecutar la parte más difícil. Los valientes indios pasaron el río con el mayor silencio, y ya se encontraban casi tocando la fortaleza cuando resonó con formidable estrépito una descarga, seguida de otras, que iluminaron por un momento aquella trágica escena. Sorprendidos los indios, cayeron muchos de los que iban en la vanguardia bajo los tiros de los arcabuceros castellanos, mientras el resto, merced a la oscuridad que reinaba, pudo salvar en precipitada fuga la distancia que lo separaba del real de los caciques coaligados.

El fuerte volvió a sumergirse en las tinieblas; y una hora después sólo se oía el acompasado murmullo del río que proseguía su solemne curso y el rumor del viento que agitaba las ramas de los árboles que adornaban sus riberas.

Entre los muertos se hallaba el denodado Guará; el primero en el asalto, fue también el primero en recibir la muerte. Con el pecho atravesado por un balazo cayó cadáver al río, encontrando entre sus aguas tumba digna de su valor indomable.

V

Seis veces el sol se ha ocultado tras las montañas que limitan el horizonte occidental, sin que en el caserío de Ámina se haya sabido nada de los guerreros que fueron a la lid resueltos a vencer o morir por la libertad de la raza quisqueyana. Ni *diumbas*⁵ ni *areitos*⁶ se escuchan ya en la pobre aldea: la inquietud oprime el ánimo de sus moradores, pues no hay entre ellos quien no tenga un pariente en el grupo expuesto a los azares de la guerra. Pero la tristeza mayor es la de Ámina. La virgen de los bellos ojos y de la undosa cabellera gime desconsolada. En vano sus amigas intentan mitigar su dolor con afectivas palabras; nada puede desviar su pensamiento del ser que forma el encanto

5. Danzas.

6. Cantos.

de su existencia. La poética hora del crepúsculo vespertino la encuentra siempre apoyada en la piedra en que su amante se despediera de ella por última vez y con los ojos fijos en el lado del horizonte por donde se decía que la guerra empezaba a pasear su negro estandarte.

Un día principió a circular en la aldea una nueva que produjo en Ámina un efecto indescriptible. Se dijo que Guará había muerto combatiendo, y lo que al principio no fuera más que un simple rumor, tomó presto el carácter de indiscutible verdad. Los presentimientos de Ámina se habían cumplido. Su dolor no conoció límites. Pronto, sin embargo, observaron todos con admiración que Ámina ya no lloraba. Su mirada adquirió una fijeza extraordinaria y cuando le hablaban respondía con frases incoherentes o con una risa que hacía sufrir al oírla.

Louquo, compadecido de tanto dolor, había apagado la luz de la razón en el cerebro de Ámina.

Estaba loca.

Un día desapareció de la aldea. No tardó, sin embargo, en decirse muy bajo que todas las noches, cuando la oscuridad era mayor y los habitantes yacían en brazos del sueño, una mujer se sentaba en la piedra del arroyuelo y se ponía a conversar con las ondas que resbalaban a sus pies.

Era Ámina, la flor de Maguá.

VI

Cuando del pobre caserío no quedaba más que el recuerdo; cuando la infortunada raza quisqueyana había sido exterminada; cuando sobre las ruinas de la rudimentaria civilización aborigen se asentaba otra más brillante y poderosa, todavía en las noches de *vela* se contaba la historia melancólica de Ámina; y el viajero que al caer la tarde cruzaba por aquellos lugares, al acercarse al sitio en que se alzaba la reducida aldea, creía siempre distinguir, sentada al borde del camino, a la virgen de Maguá que lloraba el triste fin de sus amores.

ASUNTO IMPORTANTE

Querido Carlos:

Aprovecho un rato de los pocos que me dejan libres mis habituales ocupaciones, para contestar tu última epístola, y al hacerlo no puedo menos de lamentar, como en idénticas ocasiones, que mi insuficiencia no me permita responder con la hermosa brillantez que quisiera a las preguntas que me diriges sobre cuestiones de carácter literario, pues bien conoces que asuntos de este linaje sólo pueden ser satisfactoriamente dilucidados por quienes han consagrado a su estudio gran parte de la existencia y llegado por ello a poseer numerosos conocimientos, pudiendo por tales circunstancias figurar como autoridades más o menos respetadas en la república de las letras; pero no por individuos, como nosotros, que sólo por invencible afición dedican sus escasos momentos de ocio al cultivo de la amena literatura. Semejante consideración, importantísima por cierto, no impide, sin embargo que de cuando en cuando también eche mi cuarto a espadas para exponer con franqueza mi humilde opinión sobre puntos que atañen a nuestra hermosa lengua, por creer que es deber de todos los que la hablamos trabajar por conservarla en el mayor grado de pureza posible.

Y vamos al grano.

He aquí la pregunta que me haces. “¿En materias de lenguaje conviene acatar las decisiones de un centro, formado con el objeto de velar por la conservación del idioma y constituido por

personas capaces de cumplirlo, o por el contrario debemos atenernos a lo que nos dicta nuestro criterio o bien seguir las prescripciones de individuos que sin pertenecer a ningún cuerpo oficial presentan por sí solos condiciones de idoneidad suficientes para legislar de un modo acertado en estos asuntos"? Sin vacilar un momento voy a responderte, porque tengo sobre este punto formado desde hace tiempo un juicio que la observación y el estudio robustecen cada vez más. Creo firmemente, salvo mejor parecer, que en el caso de dudas y contradicciones que nos encontramos, si es que verdaderamente se desea evitar que el idioma pierda su unidad y se fraccione en numerosos dialectos, hay que obedecer, siquiera sea en la parte ortográfica, los fallos de una Corporación que tenga de su parte el prestigio que dan el largo tiempo empleado en esclarecer tales materias y la suficiencia reconocida para ello de una parte de los miembros que la componen.

El prurito de hacer a cada instante innovaciones en el modo de ser del lenguaje por más que éstas no tengan en su abono sino razones las más veces desprovistas de sólido fundamento, no ha dejado de perjudicar a la buena estructura del idioma, aunque como era lógico aconteciese, tales reformas, no nacidas de una necesidad evidenciada ni quizás de un sincero deseo de mejoramiento, han tenido en su mayor parte brevísima duración, por comprender a tiempo aun los mismos que al principio las acogieron con más calor, que a la postre habrían de producir lamentables resultados. Tal vez algunas de las personas que acometieron dichas reformas en varias de las repúblicas latinoamericanas (sobre todo en la Argentina donde se ha llegado a deplorables extremos en asuntos lingüísticos) hayan procedido con la mira, más que de mejorar el idioma, de crear para cada una de sus naciones respectivas una lengua cualquiera que mire la cuestión desde el punto de vista nacional, desatendiendo consideraciones de gran monta, podrá parecerle bueno y santo tal propósito; pero bien examinado, necesario es reconocer que, aparte de ser el castellano un idioma que tiene mérito real por sus excelentes condiciones peculiares y por estar en él escrita una de las literaturas más gloriosas del mundo, existen razones de un orden superior que borran cualesquiera otras que puedan impulsarnos a destruir su necesaria unidad. La civilización mo-

derna tiende a estrechar cada día más los lazos que unen a la gran familia humana. Numerosos adelantos realizados en el orden social, patentizan a cada instante la aspiración grandiosa de hacer posible la sublime idea que se llama la fraternidad universal. A tan hermoso pensamiento corresponde el propósito de formar un lenguaje universal, para llegar más pronto por su medio a la meta señalada. Pues dados tales antecedentes aparece puramente negativa, por no responder a la generosa evolución iniciada en el sentido de unir más estrechamente a la humanidad, la idea de crear con el habla castellana hondamente descompuesta y con voces de ajena procedencia idiomas particulares, si es que tal nombre pueden merecer los pobres dialectos que a formarse llegaron de ese modo.

Que la Real Academia por su antigüedad, por la indiscutible competencia de algunos de sus miembros, y por otras circunstancias que no se escapan a ninguna persona medianamente instruida, debe de ser obedecida en la parte ortográfica, aunque en otras se disienta de su criterio, cosa que me parece sumamente necesaria por más que muchos no la estimen así, unos por convicción sincera en un todo digna de respeto y otros guiados por móviles que no deben cambiar en estos asuntos. Harto se me alcanza que hay mucho de cierto en los cargos dirigidos a la Corporación de Madrid por Gómez Salazar, Antonio de Valbuena y otros furibundos enemigos de ella. Como estudio con ahínco el actual movimiento literario, no ignoro la polvareda que han levantado en España el último de los escritores y otros con la publicación de obras en que se censura destempladamente la duodécima edición del Diccionario de la Academia.¹ Confíesote, empero, que aunque conozco que las críticas de que ha sido objeto el nuevo léxico oficial tienen a veces sobrado fundamento, no me parecen, sin embargo, suficientes, como sin duda han propuesto sus autores, para desacreditar a la Corporación que tiene a su cargo la custodia del idioma, haciendo que venga a menos su autoridad, conveniente a no dudarle para evitar innovaciones perjudiciales. Voces mal definidas, carencia de

1. Fe de erratas del Diccionario, por A. de Valbuena. Doña Lucía, novela histórica o historia novelesca.

muchos vocablos no opuestos a la índole del idioma; palabras que aun se usan y deben usarse calificadas malamente de anticuadas; voces que sobran; faltas de numerosas locuciones, frases familiares y refranes, tales son, en resumen, los principales cargos que dirigen a la Academia sus tenaces detractores, en un lenguaje que raya a menudo en destemplado e insultante. No puede ponerse en duda que en la obra aludida existan tales errores, y también voces de abolengo americano pésimamente definidas como se puede probar fácilmente. Pero como quiera que es imposible o sumamente difícil por lo menos componer un diccionario que sea perfecto o cosa parecida, nada tienen de extraño los errores lexicográficos que han motivado las amargas censuras citadas, que al fin y al cabo son útiles, pues descartando lo mucho que en ellas pone el apasionamiento, siempre quedan observaciones que de fijo aprovechará la Academia cuando se ocupe en una nueva edición de su maltratado léxico. Así y todo, según el sentir de escritores imparciales, es éste el mejor de cuantos se han publicado de la lengua castellana.

Y cuenta que reconozco a fuer de imparcial que no sólo en asuntos lexicográficos incurre la Academia en graves errores: cuestiones puramente gramaticales resuelve ella de un modo que me parece erróneo, y las cuales no menciono por no alargar demasiado esta carta. Dicho sea esto en honor de la verdad. Pero te lo repito: creo muy necesario que se siga su dictamen en lo que atañe a la ortografía, aunque en otras cosas se disienta, por ser la única manera de lograr que el castellano conserve la unidad que imprescindiblemente necesita para continuar figurando por su peculiar estructura, por la fuerza onomatopéyica de muchas de sus voces, por su pronunciación fácil y armoniosa, por su sintaxis que permite dar a la frase cortes acabados, y por mil primores más, en el número de los idiomas más bellos y sonoros que se hablan en el globo. No concluiré este párrafo sin copiarte lo que dice un escritor chileno que acaba de adoptar la ortografía de la Academia, que dicho sea de paso, es ya la más seguida en España y América. Así se expresa el escritor nombrado. "Todos los países o individuos de América que queramos reformas en la lengua castellana, trabajemos unidos hasta conseguir que la Academia, por sí misma o por un Congreso de españoles y de americanos nombrados al efecto, introduzcan

en ella esas reformas que cada día se hacen más necesarias. Mientras tanto, respetemos lo subsistente; respetemos la autoridad constituida; no fraccionemos más; no introduzcamos más confusión.”

Los que de veras rendimos culto a la hermosa lengua con que en la época del mayor auge de las letras españolas vistieron sus brillantes pensamientos: Fray Luis de León y Santa Teresa, Calderón y Lope de Vega, y en tiempos posteriores Moratín y Jovellanos, Larra y Donoso Cortés, Bello y Baralt y otros escritores de imperecedero renombre, estamos en el deber de luchar, cada cual en la medida de sus fuerzas, porque no se pierda la unidad y pureza del habla castellana, felizmente en nuestro país, por circunstancias favorables, con menos alteraciones y corruptelas que ninguna otra de las naciones americanas que formaron parte de la Monarquía española.

Tuyo de corazón.

F. G. y G.

ANIVERSARIO

Muchos le han olvidado ya. Con tal rapidez ocurren los acontecimientos en la vida social, y son tan variados y numerosos, que casi siempre el suceso últimamente acaecido borra de la memoria, en parte o por completo, el hecho que poco tiempo antes atrajo nuestra atención y obtuvo larga resonancia. Sucede a menudo que un acontecimiento por ser de excepcional importancia se graba más fuertemente que otros en la memoria; pero pasa el tiempo y merced a su bienhechor influjo concluye por perder algo de su prístina fuerza o por extinguirse del todo.

Así es y así debe ser. Es una ley sabia esa del olvido. ¿Qué sería de nuestra pobre alma agobiada casi continuamente por los desencantos que brinda la existencia si el olvido no proporcionase una atregua a nuestros dolores, si los sufrimientos morales que con frecuencia nos aquejan no fuesen perdiendo parte de su intensidad de día en día? Triste, sombría, como noche sin término, transcurriría entonces la existencia. Afortunadamente las cosas pasan siempre de otro modo.

No transcurre un día, una hora, un minuto, sin que la muerte, la implacable muerte, deje de cumplir su terrible tarea de segar existencia, no respetando frecuentemente ni aún aquellas que el sol de la juventud ilumina. A cada instante vemos desaparecer para siempre de la escena de la vida, seres queridísimos con quienes vivíamos en dulce comunidad de sentimientos y de ideas; y apodérase profunda tristeza de nuestro ánimo al mirar así extinguirse prematuramente personalidades que hubieran

sido en su día útiles en alto grado a la noble causa del mejoramiento publico. Cada vez que ocurre una de esas pérdidas irreparables que el patriotismo llora, cada vez que vemos apagarse el fuego de la vida en uno de esos corazones que amaron el bien, cada vez que se extingue una de esas inteligencias consagradas a esclarecer los grandes problemas filosóficos y sociales que agitan el sentimiento humano, sentimos amargo desconsuelo y parécenos que con ella se ausenta parte de nuestra propia existencia. Sucédense luego los años, y el bálsamo del olvido va poco a poco borrando tan tristes memorias que acaban por desaparecer completamente, a la manera de esos celajes formados por el sol poniente que conforme éste desciende van perdiendo parte de su vivo matiz hasta concluir por desvanecerse del todo.

Y, sin embargo, no siempre sucede así. Hay seres dotados de una sensibilidad que no les permite olvidar fácilmente. Procura uno a veces desechar el triste recuerdo que le acosa con tenaz insistencia, y es vano nuestro afanar, pues cuando más se quiere alejarlo más pronto vuelve a dominar nuestra mente. Tal nos sucede cada vez que el tiempo en su curso incesante, marca la fecha triste en que bajó a la tumba el amigo querido que se llamaba Lorenzo J. Perelló hijo. Quisiéramos dejarla pasar sin decir nada, pero no nos es dable hacerlo. Impulsados por fuerza misteriosa abrimos otra vez las cartas que de él conservamos como precioso recuerdo, y de nuevo nos transportamos a aquella época de nobles esfuerzos y patrióticos sacrificios en la que tanto descolló el abnegado joven santiagués.

Tenía veinte y tres años cuando murió. ¡Veinte y tres años! ¿Se puede acaso hacer algo digno de perdurable renombre en tan corto tiempo de existencia, y en estas sociedades pagadas más del lauro alcanzado en sangrientas lides que del mérito conseguido practicando actos de ejemplar civismo? Algo hizo, no obstante, el joven malogrado que motiva estas líneas, que le hace merecedor ya que no de legar un nombre lleno de gloria a la posteridad, de figurar a lo menos dignamente en el número de los individuos, escasos por cierto, que en los revueltos tiempos que alcanzamos, han sabido dar muestra de que aún no se ha concluido el verdadero patriotismo y de que aún vive el sentimiento del deber en muchos nobles corazones.

Al servicio de la causa del bien puso siempre con admirable desinterés las dos cosas que podía consagrarle: su pluma y su elocuencia. Contribuyó a instituir sociedades y fundó y dirigió periódicos. Con incansable tesón batalló en la prensa por el triunfo de hermosos ideales. En el calor del combate tal vez incurrió en algunas exageraciones, por muchos censuradas; pero nada extrañas si se tienen en cuenta el ardor juvenil, y el no haber todavía adquirido su juicio la madurez que sólo dan el tiempo y el estudio detenido y completo de la vida social. Como muchos notaron, el grupo que en aquel entonces luchaba en el campo de la legalidad por el mejoramiento político del país, y en el cual ocupaba puesto prominente nuestro llorado amigo, no había podido resumir en un programa claro y concreto sus patrióticas aspiraciones ni establecido una norma de procedimiento que diese a los trabajos que por el bien se hacían la unidad indispensable para arribar a soluciones que satisficiesen cumplidamente a los que de veras querían ver a la República encaminada a la adquisición de un porvenir venturoso. Sin un credo que armonizase distintas aspiraciones, y sin una línea de conducta, por todos seguida, que diese cohesión y fuerza a los pocos que enhestaban la bandera de los principios en la candente arena en que se agitan los partidos políticos, no era posible alcanzar lo que sinceramente se quería. Así lo comprendimos con tristeza desde el primer momento, y así se lo dijimos repetidas veces al amigo inolvidable.

Hay ciertos males que por el concurso de diversas circunstancias echan tan hondas raíces en el organismo social, que es difícilísimo hacerlos desaparecer de allí si para alcanzar tal resultado no se ponen en juego los medios que el estudio del modo de ser de las sociedades ha revelado como los únicos de ello capaces. Toda reforma tiene precisamente que ser gradual para poder alcanzar un resultado favorable. La idea salvadora que hoy apenas despunta, siguiendo la serie lógica de su desarrollo, no tardará en ser realidad consoladora y en brillar como astro de potente luz. Para mejorar, para reformar, hay, pues, que proceder lentamente, cumpliendo sucesivas graduaciones, y procurando con sumo tiento y cordura limar las asperezas que a menudo se presentan. Cualquier reforma que pretenda intempestivamente y de golpe cambiar las instituciones o el modo de ser

de un pueblo, tiene por necesidad que provocar una reacción que dará al traste con ella y hará después más difícil su realización. Así nos lo enseña a cada paso la historia de las evoluciones sociales.

¡Qué poder tan grande el de los recuerdos! Por ese sencillo fenómeno psicológico llamado asociación de ideas, aun imperfectamente analizado, y que ocupa interesantísimo lugar en las operaciones intelectuales, sentimos cómo los recuerdos se encadenan en nuestra mente y cómo de los unos pasamos insensiblemente a los otros. Aun nos parece contemplar en la tribuna al malogrado joven, con la mirada fija en el vasto salón brillantemente iluminado y lleno de personas ansiosas de oír su voz. Su acción era correcta, y su elocuencia sumamente pintoresca: pudiérase creer que sus ideas tenían matices de brillante mariposa. Su voz clara y sonora resonaba simpática en la vasta sala haciendo que todas las almas sintiesen de igual manera que la suya, y a cada momento era interrumpido por aplausos atronadores. Pero más que perorar en las sociedades agradábale dirigir su palabra en ciertas solemnidades al inmenso pueblo congregado. En esos instantes parecía transfigurarse. Sus expresivos ojos rechispeaban y de sus labios brotaba cascada de hermosas ideas que al caer sobre la muchedumbre la hacía prorrumpir en frases de entusiasmo, en vítores y aclamaciones. Era entonces cuando verdaderamente estaba en su elemento.

No nos queda de él más que la memoria. Temprano, muy temprano, cual esas flores todavía llenas de aroma y colores que el huracán arrebató a su paso, inclinó su frente en el regazo apacible de la muerte. En día tristísimo que recordamos siempre con pena, se cerraron sus ojos y se apagó para siempre la luz de su inteligencia. Allá en la falda de la montaña gigante que irgue su cima al pie de la heroica Santiago, duerme el último sueño el joven y abnegado luchador. Allí reposan sus restos aguardando el momento, que ya tarda, de ser trasladado a la Necrópolis santiaguesa, para que pueda al fin descansar cerca de los seres que más quiso, y de la ciudad que fue objeto de su constante amor y teatro de sus modestas glorias.

SALOMÉ UREÑA DE HENRÍQUEZ

I

La poesía aparece como elemento importantísimo en el desarrollo de todas las civilizaciones. En ella se reflejan con entera fidelidad el carácter y las aspiraciones de un pueblo o de una raza y las ideas que más han contribuido a su progresivo desenvolvimiento. Puede considerarse por eso la historia de la poesía como síntesis brillante de los progresos realizados por el humano espíritu en la sucesión de los tiempos, como cuadro completo y admirable de vida social, que ofrece siempre al observador grande y provechosa enseñanza.

Considerada en su conjunto, la poesía presenta diferencias marcadísimas, como producto al fin de diversas entidades sociales. Y por gradación necesaria, dentro de la poesía particular de un pueblo, se advierten también notables diferencias generadas por el peculiar modo de ser de los individuos que la cultivan. Aunque una por su esencia, la poesía es varia por sus múltiples maneras de expresión. Lo que distingue al que es verdaderamente artista, es el modo propio, personal, que tiene de sentir y expresar la belleza que palpita en los mundos de la naturaleza y del espíritu. Y necesario es convenir que son raros, muy raros, los poetas que saben sentir con fuerza la belleza y expresarla correcta y armoniosamente. De ahí que cuando surge en un medio social cualquiera uno de esos seres de cuya mente fluye a toda hora manantial de brillantes ideas en forma

llena de sonoridad y armonía, todos los espíritus se vuelven hacia él anhelando bañarse en el río de oro de sus pensamientos y de todos los pechos se escapan gritos de admiración que forman a su alrededor coro perpetuo de alabanzas. Tal sucede con la ilustre poetisa que motiva estos mal trazados renglones.

Desde que floreció la célebre monja mejicana, que recluida en la soledad de un claustro supo con sus inspirados cantos despertar el entusiasmo de sus contemporáneos mereciendo que se le apellidase la *décima musa*, hasta nuestros días, numerosas mujeres americanas han sabido mantener vivo el celeste fuego de la poesía en el templo imperecedero del arte. En la época actual en que el gusto es sobremanera exigente y en que es necesario poseer grandes dotes intelectuales para conquistar el codiciado laurel de la gloria, han brillado y brillan como astros de primera magnitud poetisas cuyos nombres no citamos por ser de todos conocidos. A ese número pertenece sin duda alguna la Sra. Salomé Ureña.

Su poesía es elevada, correcta, sonora, armoniosa. Sus inspiradas rimas, ora arrullan dulcemente a las almas sumergiéndolas en arrobadores ensueños, ora despiertan en los corazones la indignación, el dolor, la alegría, según el sentimiento que la haya hecho pulsar las cuerdas de su lira. De carácter elevado son los asuntos que más frecuentemente trata. Casi todas sus composiciones encierran alguna idea filosófica, lo que acrecienta más el indisputable mérito de ellas. Su Musa no desciende a ciertas trivialidades, ni se deja llevar por las corrientes que arrastran siempre a los talentos mediocres. Viril y llena de grandeza es su poesía, como elaborada al calor de las grandes ideas de regeneración y de progreso que el espíritu moderno propaga continuamente por todos los ámbitos del globo. Se encumbra a menudo su fantasía a espacios que sólo puede recorrer el genio: si en ocasiones es la alegre mariposa que vuela casi tocando al suelo, las más veces es el águila que se posa en las cumbres y se cierne en inmensas alturas. Sentir hondo y pensamiento elevado resplandecen en sus rimas que son casi siempre reflejo fidelísimo de la verdad social. Una de las primeras glorias de la literatura contemporánea, el insigne autor de *Raimundo Lulio* y de *Maruja*, ha escrito los siguientes conceptos calificados por alguien con razón sobrada, en nuestro sentir, co-

mo un nuevo y luminoso canon literario: "La poesía para ser grande y apreciada debe pensar y sentir, reflejar las ideas y pasiones, dolores y alegrías de la sociedad en que vive; no cantar como el pájaro en la selva extraño a cuanto le rodea, y siempre lo mismo. Es preciso que remueva los afectos más íntimos del alma humana como el arado remueve la tierra: abriendo surcos." Así, así es muchas veces la poesía de la señora Ureña de Henríquez.

II

Pocas son las composiciones de nuestra poetisa en que se celebran escenas de la naturaleza, que ha sido, es y será fuente de eterna inspiración para el artista. Su poesía es, sobre todo, palpitación vigorosa de la vida social. Se conoce que lo que más atrae su atención es la lucha de encontradas ideas que agita constantemente a las sociedades. Tiene, sin embargo, dos producciones pertenecientes a aquel género que admiran por su naturalidad y por la singular belleza de la forma. La sonriente naturaleza de nuestros privilegiados climas no pierde sensiblemente nada de su gallarda lozanía con la aparición del período más triste del año. Pero a su influjo efectúase en otras regiones una notable transformación. Llega el invierno, la época en que las fuerzas creadoras de la naturaleza parecen perder algo de su misterioso poder; y decrece en los corazones el fuego de la vida, y los árboles desnudos de hojas semejan verdaderos esqueletos, y sobre campos y ciudades extiende la nieve su melancólico sudario. Este contraste ha hecho decir a la poetisa en su bella composición titulada "La llegada del invierno":

*En otros climas a tus rigores,
pierden los campos gala y matiz,
paran las aguas con sus rumores,
no hay luz, ni brisa, mueren las flores,
huyen las aves a otro confín.*

*En mi adorada gentil Quisqueya
cuando el otoño pasando va,*

*la vista en vano busca tu huella
que en esta zona feliz descuella
perenne encanto primaveral.*

Una joya de delicados esmaltes es la pequeña composición nominada "El ave y el nido". Difícilmente puede escribirse nada más tierno y sencillo. ¡Cuánta ternura palpita en esa corta producción! Leyéndola créese ver el nido labrado *en el hueco de piedra dura* y las señales de temor de la pobre madre que espera perder su tierna prole. Es una verdadera filigrana. No podemos resistir el deseo de copiarla íntegra. Hela aquí:

*¿Por qué te asustas, ave sencilla?
¿Por qué tus ojos fijas en mí?
Yo no pretendo, pobre avecilla,
Llevar tu nido lejos de aquí.*

*Aquí en el hueco de piedra dura
tranquila y sola te vi al pasar,
y traigo flores de la llanura
para que adornes tu libre hogar.*

*Pero me miras y te estremeces
y el ala bates con inquietud,
y te adelantas, resuelta, a veces,
con armoniosa solicitud.*

*Porque no sabes hasta qué grado
yo la inocencia sé respetar,
que es para el alma tierna, sagrado
de tus amores el libre hogar.*

*¡Pobre avecilla! Vuelve a tu nido
mientras del prado me alejo yo,
en él mi mano lecho mullido
de hojas y flores te preparó.*

*Mas, si tu tierna prole futura
en duro lecho miro al pasar,*

*con flores y hojas de la llanura
deja que adorne tu libre hogar.*

III

Pero la cuerda que más vibra en la lira de oro de la señora Ureña de Henríquez, es indudablemente la del patriotismo. De ella han brotado sus más sentidas y elevadas estrofas. Los recuerdos de inmensa gloria que encierra la historia de la raza quisqueyana; el hecho magno que dio vida a la nacionalidad dominicana llevado a cabo en día de inmortal memoria por el titánico esfuerzo de un corto número de héroes en cuyos generosos pechos ardía la llama del amor patrio; la restauración de nuestros derechos como entidad nacional, conculcados en día nefasto por la mano de un mandatario que no vaciló en sustituir el glorioso pabellón cruzado con extraña bandera, y sucesos de grande importancia para el mejoramiento material e intelectual de la República, son los asuntos a que ha consagrado la mayoría de sus cantos la distinguida poetisa antillana.

Mucho tendríamos que escribir si nos propusiéramos hacer un detenido examen de las producciones de la ilustre hija del Ozama que aparecen en el libro publicado por la benemérita sociedad "Amigos del País", y de otras que han visto la luz después de la aparición de dicha obra. Semejante propósito podría llevarnos muy lejos. Como quien recorre un camino que ofrece a cada paso risueñas perspectivas, deteniéndose aquí para contemplar tal paisaje lleno de color y vida, parándose más allá para ver mejor el apacible arroyuelo que retrata en su clara linfa la imagen de los árboles que le sirven de dosel, haciendo alto más adelante para admirar la pintoresca llanura que semejante a un mar de esmeralda se dilata ante la asombrada vista, vamos, a pesar de lo expuesto, a examinar, siquiera sea ligeramente, algunas de las rimas de la célebre cantora, dando para ello la preferencia aquellas que por su particular carácter reflejan mejor la personalidad que las produce.

"La gloria del progreso" es una oda de gran mérito. En ella palpitan generosos sentimientos y levantadas aspiraciones. Júzguese por el principio:

*No basta a un pueblo libre
la corona ceñirse de valiente:
no importa, no, que cuente
orgullosa mil páginas de gloria,
ni que la lira del poeta vibre
sus hechos pregonando y su victoria;
cuando sobre sus lauros se adormece
y al progreso no mira
e insensible a los bienes que le ofrece
de sabio el nombre a merecer no aspira.*

Son bellísimos los alejandrinos "A la Patria". En ellos se ponen de relieve los patrióticos sentimientos de la autora, y resalta la esperanza de ver a la tierra predilecta de Colón encaminarse a mejores destinos por sendas más luminosas que las hasta entonces seguidas. Es una composición que se lee con gran placer. Abundan en ella estrofas como éstas:

*Mas hoy que ya parece renaces a otra vida
con santo regocijo descuelgo mi laúd,
para decir al mundo si te juzgó vencida
que te alzas victoriosa con nueva juventud.*

*Que ostentas ya por cetro del libre el estandarte
y por dosel, tu cielo de nácar y zafir,
y vas con el progreso que vuela a iluminarte
en pos del que te halaga brillante porvenir.*

*Que ya tus nuevos hijos se abrazan como hermanos,
y juran devolverte tu augusta dignidad,
y entre ellos no se encuentran ni siervos ni tiranos
y paz y bien nos brindan Unión y Libertad.*

La generosa revolución de noviembre que echó por tierra un régimen gastado y proclamó ideales salvadores, falseados más tarde por las ambiciones del personalismo, le inspiró estas estrofas, dignas de grabarse en mármol:

*Todos venid y en fraternal alianza
estrechad vuestros nobles corazones;
reprimid el rencor de las pasiones
y revivan al sol de la esperanza
del patriota las dulces ilusiones.*

*Y pues grandes ayer en Capotillo
espanto fuisteis de la hispana gente,
aun reclama el esfuerzo del valiente
para dar a sus triunfos nuevo brillo
Quisqueya la gentil, la independiente.*

*Mas deponed la poderosa espada
con que abris el camino a la victoria
guardadla de hechos grandes en memoria:
que en esta nueva singular cruzada
no será de las armas la alta gloria.*

La hazaña inmortal realizada el 27 de Febrero de 1844, día en que acabó para siempre la odiosa dominación haitiana, inflama su numen y la ofrece ocasión de manifestar una vez más sus patrióticas aspiraciones. Merecedores de conservarse en la memoria de todo buen dominicano son los siguientes versos:

*Mas ah ¿piensas que basta
ese triunfo de hazañas y grandezas?
A más altura tu bandera enasta,
de otra lucha te aguardan las proezas.*

*Convoca a tus legiones
no ya al festín de la matanza fiera
sino a la santa lid de las naciones
donde el talento vencedor impera.*

*Tus campos sin cultivo
que se dilatan bajo un sol de fuego,
de su vigor aguardan primitivo
de fecundante paz el blando riego.*

*Aguardan del celoso
y activo agricultor vastos plantíos
que tu crédito alzando poderoso
te den aliento y esperanza y bríos.*

*De la segur al filo
doblegan la cerviz tus selvas graves,
para dar a los pueblos un asilo
vida al comercio y a los puertos naves.*

La muerte del insigne patricio Ulises F. Espaillat la inspira acentos elegíacos dignos de la lira de Leopardi, el cantor de las grandes tristezas. Y en verdad que todo lo merecía aquel hombre que ha sido el tipo más brillante de civismo que pueden presentar estos revueltos tiempos en que el vicio se yergue y la virtud esconde avergonzada. Amor probado al bien y honradez inmaculada fueron sus timbres más preclaros. Era justo como Aristides y abnegado como Cincinato. Desempeñó la primera magistratura de la República sin que la maledicencia pudiera clavar en él su agudo diente. Y cuando las pasiones desbordadas le hicieron descender de su elevado puesto, se retiró a su hogar con la conciencia tranquila y perdonando a sus enemigos. Las amargas decepciones que sufrió anticiparon la hora de su muerte. Queremos repetir aquí lo que a ese respecto hemos dicho en otra parte: "A la noticia de su muerte la Nación entera se vistió de luto; las pasiones políticas se dieron un momento de reposo; los poetas arrancaron de sus liras sentidísimas elegías y tristeza profunda se enseñoreó de todos los corazones, cual si con la muerte del egregio santiagués hubiera desaparecido parte de la vida nacional. Debe ser hermoso morir de ese modo, oyendo, quizás, allá en las profundidades del sepulcro el sentido llanto de todo un pueblo."

He aquí algunas estancias de la admirable composición que le consagra la poetisa dominicana:

*Por eso el llanto de los ojos brota
y la patria laméntase, no en vano,
y acongojada en su dolor se agita,
que ha perdido el deber un ciudadano
y un defensor la libertad bendita.*

*Soldado de la patria generoso
nunca rindió su corazón honrado
de honores ni de mando codicioso.
si el triunfo deseado
su esfuerzo coronó y heroico empeño
gozarlo quiso en el hogar tranquilo
y de sí mismo y de sus obras dueño,
haciendo el bien sin aspirar renombre
a la par le siguieron en su asilo
la admiración y la maldad del nombre.*

Con pena no seguimos admirando las otras muchas producciones de carácter patriótico y social que se encuentran en el precioso libro de que ya hemos hecho referencia. La falta de tiempo y el temor de ocupar mayor espacio del que nos hemos propuesto, nos lo vedan de consuno.

IV

Muy digna de atención, por ser en ella donde más se refleja el carácter de un autor, es esa poesía dulcísima que canta los dolores y alegrías del hogar, que es el oasis donde descansamos de los perennes trabajos de la vida social y el único asilo donde encuentra nuestro espíritu la calma perdida en la lucha diaria de ideas, afectos e intereses que se debate en el escenario del mundo. Tiene en este género la señora Ureña numerosas producciones de gran mérito que bastarían por sí solas para conquistarle una envidiable reputación literaria. Entre muchas que podríamos citar son bastante notables por el sentimiento que revelan las tituladas: "¡Padre mío!", "A mi madre", "A mi esposo ausente", "A mi hijo" y otras más que han contribuido a acrecentar el renombre de su ilustre autora, que es hoy sin duda una de las primeras poetisas que puede presentar la literatura hispanoamericana.

El ave ha enmudecido desde hace algún tiempo. Hoy se ocupa la distinguida poetisa en las penosas faenas del magisterio, que la impiden arrancar a su lira nuevas armonías. A veces, sin embargo, cuando ocurre uno de esos sucesos con que la Patria

se regocija por ver en él signo inequívoco de la aproximación de su ansiado mejoramiento, merced a los asiduos trabajos de los obreros del progreso, en cuyo número se encuentra la cantora dominicana en primera fila, rompe el silencio y deja oír estrofas de sobresaliente mérito. Dígalo si no la oda leída en el acto solemne de la investidura de las seis primeras *Maestras Normalistas*. Es una obra de excelente mérito desde cualquier punto de vista que se la quiera considerar. He aquí parte de ella:

*¡Ah! La mujer encierra
a despecho del vicio y su veneno,
los veneros de lo grande y de lo bueno.*

*Mas de una vez en el destino humano
su influjo se ostentó libre y fecundo;
ya es Veturia; y desarma a Coriolano,
ya Isabel, y Colón halla otro mundo.
hágase luz en la tiniebla oscura
que al femenil espíritu rodea,
y en sus alas de amor irá segura
del porvenir la salvadora idea.*

¿A qué copiar más? Todas las estrofas de esa brillante producción son por el estilo. Se principia a leerla, y cuando se ha concluido, siente uno el deseo vehemente de empezar de nuevo.

Hora es ya de poner punto final a estos renglones. Y no lo haremos sin antes expresar que al escribirlos no nos ha guiado otro objeto que el de rendir nuestro homenaje de admiración, pobre como nuestro, a la mujer de noble corazón y elevada inteligencia que ha sabido unir su nombre al de los grandes poetas que en la sonora lengua castellana pueblan el espacio de dulces e impercederas armonías.

EL SANTO CERRO

En diversas ocasiones había oído a varias personas encomiar la belleza del panorama que presenta la rica e inmensa Vega Real observada desde el Santo Cerro; y tales elogios avivaban en mi ánimo el deseo de contemplar cuanto antes tan grandioso espectáculo, que, según se cuenta, arrancó un grito de admiración al inmortal genovés cuando lo vio por vez primera, y del cual tenía yo formada una idea que suponía fuera algo exagerada, pues no dejaba de temer que, como ordinariamente acontece, no correspondiese a ella ni a las frases de encarecimiento que escuchara, la fría realidad, siempre propensa a destruir los juicios que formamos de las cosas que sólo de oídas conocemos.

Al fin, pocos días después de mi llegada a *La Vega*, pude realizar el proyecto que alimentaba hacía tiempo de conocer el grandioso panorama, por todos reputado como uno de los más hermosos que pueden admirarse en América, donde hay tantos y tan bellos. En una deliciosa tarde del mes de febrero del año 1881, un amigo que se había prestado gustoso a acompañarme y yo, montamos en rápidos y cómodos corceles, y después de pasar el límpido y rumoroso Camú y de contemplar por última vez el pintoresco llano en que se asienta la ciudad de La Vega, nos dirigimos por el camino real que une a esta población con la cercana de Moca. Después de caminar cerca de legua y media, llegamos a un punto en que el camino se bifurca: a la derecha teníamos el que conduce a Moca; a la izquierda el que lleva a la eminencia que era objeto de nuestro viaje. Seguimos por es-

te último, y pronto descubrimos la parte inferior de la larga cuesta que termina en el Santo Cerro. Aún no habíamos ganado la tercera parte de la penosa subida, cuando empezó a descubrirse parte del cuadro que tanto anhelaba conocer: a medida que ascendíamos el paisaje se ensanchaba más y más, y ya al concluir la pendiente cuesta, al pie del pequeño caserío que en la cima de la elevada loma ha edificado la piedad religiosa, pudimos abarcar de una ojeada la maravillosa escena que se desplegaba ante nuestros ojos, que no podían saciarse de admirar las innumerables bellezas en ella agrupadas por la pródiga naturaleza de nuestros privilegiados climas.

No es posible describir aquí las emociones que se sucedieron en mi alma, dispuesta siempre a admirar cuanto en el espíritu y en la naturaleza nos eleva a la serena contemplación de la belleza, en los momentos en que mi vista escudriñaba hasta los más recónditos sitios del paisaje, descubriendo a cada paso primorosos detalles que contribuían en alto grado a aumentar la grandeza de aquel incomparable conjunto. ¡Qué hermoso, qué sublime espectáculo! Pudiera creerse que la naturaleza había querido dar a los hombres una muestra de su poder, reuniendo en aquellos parajes a los prodigios de una vegetación espléndida todo un mundo de colores, de matices y armonías. Para ver mejor el magnífico espectáculo sentéme sobre la yerba en una pequeña elevación del terreno, muy cerca de la iglesia que se ha levantado en aquel sitio para conmemorar un milagro allí acaecido en los primeros días de la conquista.

El tono brillante que da carácter peculiar a los paisajes intertropicales, siempre llenos de luz y color, se acentuaba más sobre aquella hermosa tarde, la más a propósito para que un pintor inspirado hubiera pretendido reproducir con la posible fidelidad todo el conjunto maravilloso que teníamos delante. A veces algunas nubes velaban el disco del sol, marcando en el inmenso manto de verdura grandes espacios de sombra, que formaban hermoso contraste con las partes que permanecían iluminadas. Desde el lugar en que estaba sentado podía observar el maravilloso cuadro hasta en sus más insignificantes pormenores. Abajo, al pie casi de la base de la eminencia desde donde mirábamos la campiña, veíanse por el camino que va a Mo-ca, el cual se dilataba ante nuestra vista semejando el serpenteo

de inmenso reptil, cruzar hombres, mujeres y cabalgaduras grandemente disminuidos por la distancia. Hacia la parte septentrional el verde oscuro de la lujuriosa vegetación, interrumpido a trechos por pintorescos bohíos, se prolongaba hasta confundirse con el puro azul del lejano horizonte, figurando todo un mar hermosísimo no alterado por los embates del viento. Y para hacer más posible la ilusión columbrábase por la línea en que aparentaban unirse el cielo y la tierra una nubecilla de un color blanco sumamente puro: parecía la vela de un buque que se alejaba por aquella dirección. Cerca, muy cerca de la línea mencionada, aparecían unas pequeñas formas blancas, distinguiéndose una más que las otras: eran las casas de Moca. Y la más visible, según nos dijeron, era la iglesia.

Por la parte oriental el paisaje presentaba una ligera variación: veíase ya la línea curva que anunciaba el comienzo de una montaña que iba a unirse a otras que no me era posible divisar desde el punto en que estaba colocado. La hermosa y dilatada sabana de San Diego se extendía hasta terminar al pie de la montaña que cierra por aquel lado el paisaje. De la villa de San Francisco de Macorís, situada en la misma dirección se alcanzaba a descubrir una forma indecisa que era la iglesia. Por el oeste ya la variación era mucho más sensible: los últimos picos de la cordillera central se dibujaban sobre el limpio azul del cielo, dando más variedad y belleza al incomparable panorama.

Sinceramente lo confesamos: espectáculo como aquel necesitaría para ser descrito como se debe una de esas plumas brillantes que lo expresaban todo con vivo colorido o uno de esos pinceles que pueden trasladar al lienzo con admirable perfección todos los colores, todos los matices, todos los juegos de luz y sombra que ofrecen los cuadros rientes de la naturaleza. Superior a nuestras fuerzas consideramos la tarea. ¿Puede acaso nuestra tosca pluma dar nunca cercana idea de aquel lujo de colores, de aquellos bosques de palmeras que por doquier se divisan, de aquellas pardas humaredas que se pierden en el espacio, de aquellos pájaros multicolores que cruzan a cada paso los aires, de aquella variedad de líneas que quita al paisaje toda monotonía, de aquellos hermosos contrastes, de aquel todo, en fin, grande, hermoso, magnífico, que dilata el alma y le presta alas para volar a las regiones luminosas de lo bello y de lo sublime?

Cerca de dos horas estuve abismado en la contemplación de aquel hermoso panorama. La campana de la vecina iglesia que daba el Ángelus me hizo despertar de mi largo arrobamiento. De nuevo tomamos el camino ya recorrido, y mientras íbamos por él aún me parecía contemplar el hermosísimo panorama que poco antes había admirado, el más bello sin duda alguna que he visto en el curso de mi existencia.

EL NATURALISMO

Las dos grandes ideas que en el orden filosófico se disputan el dominio de las inteligencias, mantienen hoy porfiada lucha en el campo del arte. Idealistas y naturalistas combaten en nuestros días con el mismo encarnizamiento que realistas y nominalistas en la Edad Media. Y existe actualmente, dígase lo que se quiera, la misma intransigencia que entonces. El exclusivismo, como en aquellas épocas, es el carácter distintivo de las modernas escuelas. Cada una de éstas cree firmemente poseer la verdad, y en ese concepto formula preceptos y establece cánones, cuyo cumplimiento exige rigurosamente fulminando anatemas contra los que no los acatan, como hace Emilio Zola, el más caracterizado jefe del naturalismo en Francia, quien trata de tontos o imbéciles a todos aquellos que no participan de sus opiniones.

Negarse es imposible que en la presente hora, debido indudablemente al derecho, ya poco discutido, de examinarlo todo con entera libertad, existe una deplorable confusión en las esferas intelectuales, pues a cada paso se oyen sobre puntos que parecían resueltos definitivamente opiniones a cual más contradictorias. De tristes consecuencias es este estado para el progresivo desenvolvimiento intelectual, porque como es de esperarse tiende a establecer una especie de anarquía, mala como todas, y hace nacer la duda en muchas inteligencias que no aciertan a descubrir luz alguna que pueda guiarlas en semejante tenebroso caos. Dice por ejemplo, un autor moderno: "La estética no es

ya ciencia de las vaguedades y abstracciones, antes tiene un campo bien definido y las enseñanzas que ella preconiza adquieren cada día autoridad y prestigio".¹ Y otro autor, también contemporáneo, escribe: "Confieso que el pulso me tiembla al entrar en una cuestión cuyas bases son aún objeto de opiniones contradictorias, hasta el punto de que con razón se pide por muchos el más completo olvido de cuanto hasta ahora sobre estética se ha escrito, para formar un nuevo concepto de lo bello sobre los sólidos principios de las ciencias experimentales".² No puede ser mayor el mal que lamentamos, y que lamentarán sin duda con nosotros todos los que toman por lo serio estas cosas. Y lo peor del caso es que no tiene remedio.

Enemigos, como somos, de todo lo que sea exclusivismo, no condenamos ni condenar podemos a la nueva escuela naturalista, antes al contrario la creemos resultado necesario de un movimiento filosófico que responde cumplidamente a las aspiraciones de una época como la actual en que todo se analiza y se discute. Condenamos sí en el naturalismo artístico ciertos principios que pregona muy alto a cada momento contrarios a nuestro modo de ver a toda sana finalidad estética, y la aplicación exagerada que hacen de sus doctrinas algunos sectarios con mengua de la moral y hasta de la dignidad humana. A nadie que haya estudiado algo estos asuntos podrán extrañarle tales exageraciones, en las que han incurrido todas las escuelas literarias que se han sucedido en el mundo. El clasicismo cayó como es sabido en deplorables excesos, y más tarde el romanticismo rebasó los límites debidos, dando origen a creaciones extravagantes o monstruosas, que labraron pronto su descrédito. Haciendo abstracción de doctrinas que en manera alguna podemos aceptar, y dentro de ciertos límites demarcados por el buen sentido, el naturalismo puede y debe figurar como elemento de grande trascendencia para el logro de fines de cultura social.

Como según lo demuestra una atenta observación de las cosas, lo ideal y lo real se compenetran estrechamente en lo que existe, no vemos la causa de los radicales distingos de la escue-

1. *El romanticismo en España*, por José Leopoldo Feu.

2. *Estudio literario*, por José Verdes Montenegro.

la que pretenden que hay un abismo insalvable entre dos formas del ser que deben vivir en íntima armonía como en la naturaleza sucede. En nuestro humilde sentir, es posible rendir culto a lo ideal y ser naturalista a un mismo tiempo en el buen sentido de esta palabra. No acertamos a ver el motivo de que se excluyan. Sucede sí que ambas ideas llevadas a la exageración, como a menudo se mira, obligan a que al fin se las considere como opuestas e irreconciliables. Tan malo es el idealismo que se pierde en abstrusas especulaciones falseando a su antojo la realidad de las cosas que no debemos perder nunca de vista, como la escuela que personifica opuestas tendencias exagerando la misma realidad hasta lo sumo. Tan opuesta manera de ver las cosas, equivocada a no dudarlo, produce en los que siguen exclusivamente el primer sistema concepciones pueriles reñidas con la sana verdad, y obliga a los que sólo se informan en el otro a abultar las cosas de una manera nada convincente. El arte, para realizar sus fines esenciales, es completamente libre: sólo debe acatar aquellos preceptos que la necesidad impone y contra los cuales fuera demencia rebelarse.

Sea el novísimo naturalismo artístico, según unos, *derivación o degradación del romanticismo*, según otros, producto de las teorías evolucionistas que agitan el mundo intelectual, o participe de ambas cosas a la vez, es el caso que sus doctrinas ganan terreno y que exageradas en su pernicioso influjo en dos géneros literarios de altísima importancia: el drama y la novela. Obra de puro entretenimiento y encerrando a la más superficial enseñanza, la novela, por obra y gracia del falso naturalismo imperante, ha convertido en un apéndice de algunas ciencias. Novelas de Zola y de otros naturalistas, aun más *naturalistas* que él, corren por el mundo en las cuales se describen con admirable lujo de detalles algunas enfermedades del humano organismo. Todos los síntomas, todas las fases de ciertas dolencias se encuentran allí descritos magistralmente como en el mejor libro de medicina. En otras se pintan con vivo colorido escenas pornográficas y hechos horribles que dejan en el espíritu dolorosas impresiones. ¡Y hay quienes dicen que en todo eso palpita una finalidad moral! En verdad reconocemos que aun no hemos acertado a descubrir, aunque mucho lo deseamos, cuál es el objetivo moral que se supone a tales producciones. Al

bien no se va por el mal; se va por el bien mismo. Después de leer una de esas obras como *L'Assommoir Nana* y otras en que se encuentran fotografiados con admirable fidelidad vicios sociales de la peor especie, tal vez habremos adquirido más conocimiento de las bajezas, debilidades y miserias humanas; pero de fijo no sacaremos nada de provechosa enseñanza, nada que dilate el ánimo, nada que eleve el espíritu a las regiones luminosas de la belleza y del bien. Lo bello y lo bueno ¿pueden acaso encontrarse bajo el lodo?

Oigamos lo que dice la escuela naturalista: "El hombre es, fatalmente, el producto de un temperamento particular, hereditario, que se desarrolla en cierto medio físico, intelectual y moral, el cual se modifica por diversas circunstancias". Es decir que todas las energías de la voluntad, los relampagueos de la inteligencia, las palpitaciones del sentimiento, no provienen de algo íntimo, propio, especial, personal, sino son resultados de ciertas condiciones fisiológicas modificadas por influencias puramente físicas. El hombre, *la bestia humana*, como lo llaman los naturalistas, no es un carácter, es un temperamento que a cada instante se modifica por el medio ambiente, la nutrición y otras causas por el estilo. El libre albedrío no existe: obramos porque a ello nos vemos impelidos fatalmente. Los grandes genios que han iluminado con vivos resplandores la senda que la humanidad recorre: los héroes que han hecho el sacrificio de su vida en aras de excelsos ideales; todos los que han ejecutado acciones sublimes, imperecederas, no han hecho todo eso guiados por una fuerza íntima radicada en su ser, sino porque sus temperamentos, ya fatalmente predispuestos, han sido movidos a ello por influencias puramente naturales. No negaremos por cierto, porque negarlo sería desconocer lo que la realidad enseña, que el medio en que se vive influye no poco en el hombre, y que heredamos accidentes físicos y quizás aptitudes intelectuales; pero de esto a creer como varios naturalistas que no hay responsabilidad moral por ser efecto nuestras acciones de causas exteriores que operan sobre un organismo ya preparado, hay una diferencia radical, inmensa. De semejante *determinismo* resulta por lógica generalización, que el criminal no es responsable de sus actos: si ejecuta un crimen es porque no ha podido hacer otra cosa. A esa cuenta en lugar de ser trasladado a una cárcel

o a otro sitio de reclusión, merecía ir a un hospital o a un manicomio en todo caso. Desconfiemos, la historia nos advierte, de estos sistemas en que se despoja al hombre de su libertad moral, sin la cual no pasa de ser un jeroglífico completamente indescifrable.

La influencia de tan perniciosas doctrinas se deja sentir ya en la novela de un modo nada favorable a este género literario. Despojada la novela de su finalidad estética hase trocado en auxiliar de varias ciencias. Tal transformación es en extremo deplorable. La ciencia y el arte tienen sus esferas de acción bien demarcadas. Pueden auxiliarse mutuamente, pero nunca invadir sus respectivos campos. Indudablemente el arte para crear la belleza debe de tener por base la verdad. Tipos, caracteres, costumbres, hechos sociales requieren ser copiados con la mayor fidelidad para que produzcan el efecto que se anhela, esto es, proporcionen al ánimo momentos de agradable solaz y aun alguna enseñanza. Y también creemos que el novelador debe buscar siempre para asuntos de sus obras hechos de la vida social que no tengan el triste privilegio de inspirar repugnancia al público que sólo busca honesto y agradable entretenimiento. Para determinar más el contraste, que es el alma de la creación artística, introduce a veces el novelador en sus obras hechos y caracteres que suelen inspirar repulsión. Nada podemos objetar en este caso. Si de la acertada contraposición de caracteres, primorosamente retratados, resulta la belleza, y es ésta, como se sabe, el objetivo del artista, parécenos que en manera alguna puede ser éste objeto de censura. Mas de este procedimiento al que está hoy en moda media grandísima distancia. El naturalismo repugna o aparenta repugnar todo linaje de hechos que tienden a elevar el alma a luminosos espacios, y así busca con fruición lo extravagante, lo grotesco, lo monstruoso, y se complace en retratar con frecuencia hechos y personajes de lo más abyecto del cuerpo social. Mujerzuelas libidinosas, obreros soeces, y otros personajes de este jaez, son los tipos en que se ocupa con más delectación la novísima escuela, y que, fuerza es confesarlo, retrata, las más de las veces, con un acierto y una profusión de pormenores que asombran. Y preguntamos: ¿qué sanas emociones puede producir en el alma la pintura fiel de lo horriblemente feo, de lo horriblemente monstruoso? Si esos tipos abyectos y viciosos que tanto

fijan la atención del naturalismo, compusiesen toda la sociedad, podría ser entonces disculpable tal modo de proceder; pero como afortunadamente no es así, como en la colectividad social si existen vicios también existen virtudes, si hay miserias, y no pocas, también hay muchas cosas buenas, tan extraña manera de pintar las cosas, haciendo abstracción del conjunto y fijándose sólo en ciertos detalles, falsa por completo la misma realidad y origina nocivos resultados.

No entraremos a discutir aquí si el arte tiene en sí mismo su fin, al decir de unos o si según sostienen otros, aparte de su objetivo estético entraña fines de alta trascendencia. Si es lo primero con realizar la belleza cumple su objeto; si es lo segundo, ¿por qué llevar siempre a la escena caracteres que aun siendo reales no encierran enseñanza que no redunde en desprestigio de la personalidad humana? El fin de esto, a decir verdad, no puede ser bueno por más que se diga. Lo que nos consuela únicamente es que tan tristes exageraciones, tienen que producir pronto una reacción que pondrá coto a tales excesos. No comprendemos el arte de esa manera. Reproducir lo que es o lo que debe ser con brillante colorido, hacer que nuestra alma se expanda en la contemplación serena de lo bello, impresionarnos hondamente dejándonos entrever risueñas perspectivas, es para nosotros el verdadero objetivo del artista. El arte que pretende otra cosa no es más que una falsificación del verdadero, lo cual la crítica ilustrada pone pronto en evidencia.

PAZ¹

Negarse es imposible que la paz es el bien de más precio para las humanas agrupaciones. Donde ella no existe, míranse tan sólo retroceso y ruinas; donde ella impera aparecen las conquistas intelectuales de todo género y el adelanto material en todas sus variadas formas. La paz es el principal remedio de los males que afligen al cuerpo social, y es por eso que en los lugares donde la verdadera civilización ha sentado sus reales, pueblos y gobiernos de consuno procuran su más prologado sostenimiento. Convencidos debemos estar de que la paz es la base de todo adelanto positivo, y de que a su sombra únicamente pueden tener realización cumplida los fines de mejoramiento material e intelectual a que las sociedades encaminan sus naturales aspiraciones.

Causa principalísima, o si se quiere única del estado de estacionamiento en que se encuentran algunas de las repúblicas latinoamericanas, es la falta de tranquilidad durante prolongados períodos, en los que sólo se oye el ruido pavoroso de la guerra, empleada como medio de solución de ciertas cuestiones de poca importancia en la práctica de las instituciones democráticas; equivocación dolorosísima y de incalculable trascendencia, pero harto disculpable, si se atiende a haber sido el régimen se-

1. Aunque el presente artículo ha sido publicado, lo reproducimos aquí por creer que nunca está demás repetir ciertas cosas.

guido por España en sus antiguas posesiones ultramarinas el menos adecuado para dar de sí agrupaciones capaces de realizar, sin necesidad de cruentos sacrificios, la obra magna de su reconstrucción política.

Mal tan grave tiene que lamentarlo, y mucho, la nacionalidad dominicana. Aun no del todo constituida por el esfuerzo heroico de los próceres del glorioso 27 de Febrero, y ya las pasiones políticas claman enfurecidas, y ya asoma la cabeza el repugnante personalismo origen principal de nuestras discordias, y cuyo imperio subsiste aún y subsistirá largo tiempo, pues ha echado hondas raíces en el organismo nacional. Y tras el clamoreo de las opuestas ambiciones, como natural consecuencia, viene la guerra con todo su cortejo de horrores y todo su séquito de males. Brevisimas épocas de paz interrumpen tan desconsolador estado de cosas, y durante ellas adviértense únicamente en los que dirigen la cosa pública el deseo vehemente de impedir que pase el poder a manos de sus enemigos políticos.

Hoy tocamos las consecuencias, y para remediarlas pedimos paz. Este bien social inapreciable, es para la Patria la salvación suprema. Asegurarse puede que la paz en el actual momento histórico, es la principal de las aspiraciones que abraza la generalidad sensata, la cual desea fervorosamente su prolongación, una vez que sólo imperando ella podremos llegar a la práctica consciente de las instituciones democráticas, únicas adaptables a nuestra manera de ser y únicas capaces de llevarnos a la adquisición de salvadores fines.

Grave equivocación sufren aquellos que creen que los males de todo género que aquejan nuestro organismo político, pueden ser curados por medio de las revoluciones, pues no se detienen a pensar que éstas, salvo en rarísimas excepciones, lo que hacen es aumentar prodigiosamente el número de aquellos, trayendo a la superficie nuevos funestísimos elementos de retroceso y discordia. Las revoluciones siempre dejan tras sí, como legítimo resultado, cosecha abundantísima de males, y entre nosotros más, por ser en la mayoría de los casos el medio de satisfacer ambiciones personales que pugnan por alcanzar el poder para desde allí ocuparse solamente en fraguar estériles combinaciones de partido o intrigas de personalismo mezquino, en vez de procurar por cuantos medios sugiere la ciencia de gobierno, el en-

grandecimiento del país, para dar así prueba evidente de abrigar grandeza de miras y sentir elevado patriotismo.

No es posible desconocer que son muchas las sombras que oscurecen nuestro horizonte político debidas en gran parte a la ineptitud de algunos gobernadores o a su falta de virtudes cívicas; pero necesariamente tiénese que convenir que la desaparición de esas sombras no es cosa de momento, y sí de la acción benéfica y dilatada de la paz, reinando la cual podrán únicamente resolverse todos los problemas así políticos como económicos, que tanto preocupan en la actualidad y de cuya solución pende, sin duda, el ansiado mejoramiento de la República.

Así como en el mundo físico buscan los líquidos su nivel, también los pueblos por medio de instituciones adecuadas a su modo de ser y en consonancia con el espíritu científico de su época, buscan un estado de relativo perfeccionamiento. Para la adquisición de semejante estado requiérese tranquilidad perfecta, porque inútil sería pretender llegar a su posesión un medio social, agitado y perturbado de continuo por luchas intestinas, y en el cual no sería posible llevar a la práctica, con la serenidad y calma que para ello se necesita, las ideas de mejoramiento social que han de cambiar ventajosamente nuestras deficientes instituciones.

Hay que desengañarse: con la paz todo, sin la paz nada. Píde-la a gritos la necesidad imperiosa de fomentar nuestra empobrecida agricultura, base principal de la riqueza pública, atrayendo corrientes inmigratorias que poblarían zonas por demás extensas, hoy casi desiertas y sin cultivo, y mañana fuentes de producción positiva. Pídela también la necesidad de propagar la instrucción en todo el territorio nacional, necesidad harto sentida por cuantos estudian detenidamente la marcha irregular que llevan las cosas, y ven en ella el solo medio de lograr y cumplir los deberes y derechos que entraña la vida democrática. Pídenla, en fin la necesidad de consolidar nuestro crédito en el exterior, la conveniencia de explotar las innumerables riquezas que encierra nuestro suelo y la de acometer ciertas empresas de vital interés para el bienestar del país.

Deber de todos los que quieren el bien de la patria es procurar la conservación de la paz. Paz cimentada en la oralidad y en el respeto a la ley; paz en que se mire respetada la libre acción

jurídica del ciudadano en el ejercicio de sus derechos humanos, y en la que aparezcan todas las clases sociales unidas en una sola bendita aspiración: la de colocar la República a la altura que demandan sus gloriosos recuerdos históricos.

ZORRILLA, CAMPOAMOR Y NÚÑEZ DE ARCE

He ahí los tres grandes poetas de mayor resonancia en la moderna literatura española. Los dos últimos, sobre todo, personifican diversas y trascendentales tendencias del actual movimiento literario, uno de los más fecundos que registra la historia del arte, mal que pese a una crítica insuficiente que por fijarse más en engañosas excentricidades que en el fondo de las cosas, toma por signos de decadencia las señales que anuncian que en el orden artístico, como en todos los órdenes en que se evidencia la libre actividad humana, se está operando una transformación que abre nuevos horizontes al numen poético, de acuerdo con las ideas de adelanto científico proclamadas en esta hora solemne de la historia. Expresión acabada de vida social, al influjo de las tendencias innovadoras que agitan el mundo intelectual, sin languidecer y consumirse en impotentes esfuerzos. Bien cierto es, por desgracia, que exageraciones inconducentes propias de estas épocas de renovación enturbian las fuentes del arte, y producen corrientes malsanas que tienden a destruir los mismos sólidos fundamentos del orden moral. Si detenidamente se estudian las épocas más brillantes de la literatura, pronto se notará que en todas ellas ha habido momentos en que el mal gusto ha reinado, erigido casi en sistema, aunque en breve una saludable reacción ha venido a poner las cosas en su lugar, restableciendo los verdaderos ideales estéticos, y echando por tierra los que en la apariencia los habían definitivamente sustituido.

No falta quien sostenga que la literatura decae a pasos precipitados, por el solo hecho de presentarse indicios del mal gusto en una limitada parte de ella. Opinión es ésta que sólo prueba ser observador muy superficial quien la expone, y contra la cual protestan los grandes ingenios de este siglo que en el drama, la novela y la poesía lírica han adquirido y adquieren cada día mayores títulos a la admiración universal. A cada instante se lee y se oye que la poesía agoniza, a causa del espíritu de mercantilismo que se infiltra en las esferas; y tal opinión que corre cada día con más valimiento es, dígame cuanto se quiera, errónea a todas luces. A nada han azotado con tan furioso embate los vientos del escepticismo como a la idea religiosa. Se la ha combatido con todo linaje de armas y con el firme propósito de borrarla para siempre de la consciencia humana. Negaciones radicales se han echado y se echan a volar para hacer asequible tal objeto. Y ¿cuáles son sus resultados? Los que se debían. Lo que se ha debido desaparecer, ha desaparecido; lo que ha debido quedar, ha quedado. Lo accidental, lo contingente aparece o desaparece según convenga; lo esencial, lo absoluto persiste indefectiblemente. La corriente de las ideas modernas arrastra instituciones decrepitas, dogmas que ya no tienen razón de ser, formas teocráticas incompatibles con el derecho y la justicia; pero por más grande que sea su violencia no podrá arrancar jamás de la conciencia la idea capital grabada en ella con caracteres indelebles, la idea de Dios. Revelada por la institución y demostrada por el raciocinio, clarísima en el santuario de la conciencia y visible a toda hora en el orden del Universo, la idea de Dios no puede nunca borrarse de nuestro entendimiento, a pesar de negaciones que no tienen nada de originales, producidas por causas de diversa índole, cuya enumeración no viene al caso. Semejantes negaciones, aunque de momento levantan mucho ruido, y hasta crean escuelas en que se afilian numerosos prosélitos concluyen prontamente dejando de su paso huella apenas perceptible. Ninguna voz ha resonado más alto en nuestro siglo que la voz de Víctor Hugo. Voz de sibila o de inspirado profeta ha parecido a veces la suya al escucharse tronando contra seculares tiranías y señalando a la humanidad nuevos y luminosos derroteros. Su palabra, al servicio de la justicia, ha combatido fuertemente torpes preocupaciones, mezquinos pri-

vilegios, instituciones impotentes ya para realizar fines de progreso en la vida social. Pero la idea de Dios no se borró jamás de su inteligencia. En la hora triste de la muerte, cuando el alma se recoge para la última suprema meditación, cuando cesan las influencias del exterior y brilla la verdad con todos sus colores, el sublime pensador pronuncia estas palabras que la humanidad aún escucha: "creo en Dios".

Pues lo que sucede con la idea religiosa acaece también con la poesía. Observadores vulgares, inspirados en el examen incompleto o superficial de los hechos, sostienen a cada paso que el momento que alcanza la humanidad no es en nada favorable al desenvolvimiento de la poesía, y se fundan para decir tal cosa en la antinomia que suponen existe entre la ciencia y el arte, como si la vida y la belleza estuviesen reñidas, como si no fuesen dos irradiaciones que parten de un solo foco de luz, como si la ciencia y el arte, que no son sino formas de nuestra libre actividad, no emanasen de un mismo origen que es la personalidad humana. Ciertamente parece que en determinadas épocas históricas se ha observado o creído observar el hecho de que a mayor actividad científica corresponde menor actividad artística y viceversa; pero no es método nada lógico partir de este hecho, imperfectamente examinado y producido tal vez por circunstancias contemporáneas, no bien conocidas, para deducir de él consecuencias que no se hallan en todo conformes con la realidad. Ejemplo elocuente de ello es nuestro siglo. En ninguna de las edades de la humanidad ha llegado como en la actual centuria el espíritu científico a ejercer tal influjo en todas las esferas de la vida social; y, sin embargo, ¿acaso esto ha impedido el desarrollo de una literatura brillantísima que hará época en la historia del arte, y que florezcan grandes ingenios en un todo dignos de perdurable renombre? Mientras el ideal científico adelanta, en igual proporción adelanta también el ideal estético. Lo que sucede es que el fanatismo de escuela, siempre intolerante, prefiere quedarse rezagado a seguir los rumbos que le indican nuevas doctrinas. El arte, como todo, experimenta cambios que sin destruir su esencia, porque no es posible, lo van modificando parcialmente. Y hay que seguir los nuevos caminos abiertos a la actividad intelectual sin exageraciones que todo lo falsean, o de lo contrario se expone el artista a ver despre-

ciadas sus obras que al fin concluirán por ser recuerdos del pasado absolutamente desprovistos de valor estético. No, la poesía no puede morir. Únicamente cuando los gérmenes de vida esparcidos por el planeta pierden su potencia creadora a impulsos de gigantes convulsiones geológicas u otros accidentes materiales, haciendo en él imposible la existencia del ser humano, podrá apagarse el fuego bienhechor de la poesía. Antes no es posible que se extinga su luz. La poesía es expresión de vida social, y sólo puede extinguirse con la vida. Los accidentes que hoy se lamentan son de suyo pasajeros. No deja el sol de brillar por más que negras nubes cubran su disco; el cielo sigue siempre azul por más que abajo ruja con furia la tormenta. Confirmación espléndida de que la poesía no ha muerto son los tres grandes poetas que en el período comprendido desde los albores del romanticismo hasta hoy, han derrochado y derrochan tesoros de inspiración y de armonía. Nos referimos al cantor inmortal de *Granada*, al original creador de las *Doloras* y al insigne autor de *El vértigo* y *La visión de Fray Martín*.

* *
*

Indudablemente Zorrilla es el poeta más popular que ha producido España en la presente centuria. Y esto se comprende fácilmente. Su poesía, siempre sonora, es el eco fiel de las creencias y de los sentimientos del pueblo. Su inspirada musa celebra con más frecuencia las leyendas y las tradiciones conservadas y embellecidas por la fantasía del pueblo, amante siempre de las pasadas glorias y de los hechos que exceden del nivel común. Su estética no entraña esas grandes aspiraciones filosóficas que palpitan en las obras de otros poetas también como él ungidos por la gloria. No canta proponiéndose un objetivo determinado que dé a sus versos carácter trascendental: canta porque no puede otra cosa. Él mismo lo ha dicho en su hermosa poesía "A Valladolid":

*¿Quién soy yo? No me hagáis tales honores,
no me deís opinión bando y colores:
yo no soy más que un pájaro que canta.
¿No cantan en abril los ruiseñores?
Dios me puso la voz en la garganta
puso en mi corazón la poesía,
¡ay! Y si no cantara... me ahogaría.*

Ninguno como él ha sabido con tan especial predilección recoger esos recuerdos de hechos aún no depurados convenientemente por la crítica histórica y guardados como oro en paño por la fantasía popular, para darles nueva y brillante vida en sonoras estrofas esmaltadas de bellísimas imágenes. Admirador entusiasta de glorias que pasaron para quizás nunca volver, en peregrinación artística, ha ido de ciudad en ciudad, de región en región, deteniéndose para cantar, ora a las ruinas de feudal castillo en que la imaginación popular pone el asiento de novelesco suceso, ora al olvidado monasterio que se alza en medio de pintoresca campiña, lejos de los rumores y de las asechanzas del mundo, ora a la cruz que se levanta en solitario sitio para conmemorar hecho portentoso que vive en la memoria de las gentes, ora, en fin, a la catedral gótica imponente, majestuosa, símbolo de épocas gloriosas, la cual con sus agujas que se pierden en el espacio, con sus vidrios de colores que descomponen la luz, con sus sepulcros de mármol que revelan la nada de las grandezas humanas, despierta en la mente místicas ideas y convida al alma a la mediación y al recogimiento. Ninguno, ninguno como Zorrilla ha podido pintar todo esto con más brillante colorido en canciones y leyendas, a veces incorrectas por no cuadrar con su carácter el cumplimiento de ciertos preceptos, pero siempre llenos de espontaneidad, de primorosos esmaltes, de suavísima frescura y de mágica armonía.

Siglos hace que los árabes habitaron en España, al impulso de enemigos hados tuvieron que abandonar las fértiles comarcas de la risueña Andalucía. Otra raza se posesionó entonces de aquellas regiones, y otra religión y otras costumbres sucedieron a la religión y a las costumbres de los vencidos alarbes. Jamás pueblo alguno ha marcado tan hondamente la huella de su paso como el pueblo árabe en las comarcas que habitara durante

varios siglos. Algo de aquella civilización oriental, tan propicia al deleite de los sentidos, se refleja todavía en el modo de ser de la raza que puebla esas regiones. Todavía se elevan con gran profusión en las ciudades andaluzas los blancos alminares, desde cuyas cimas llamaba el almuédano a orar a los creyentes; todavía se contemplan monumentos en que brilla el genio artístico de aquel pueblo; todavía se admira la Alhambra incomparable cubierta de vistosos ajimeces, recamada de preciosos alicatados, de brillantes azulejos, y llena aún del recuerdo de aquellos abencerrajes caballerescos y de aquellos gomeles y zegríes valerosos que así rompían lanzas con sin par gallardía en los granadinos torneos, como derramaban su sangre generosa en los campos de batalla, ya en luchas civiles suscitadas por ambiciones mezquinas, ya en la guerra santa emprendida contra los odiados cristianos, implacables enemigos del nombre muzlímico. De ahí el tinte oriental que a menudo se percibe en la poesía del vate vallisoletano; de ahí el lujo de imágenes con que siempre sabe embellecer los partos de su fecunda fantasía.

El espíritu palpita vigoroso en los cuadros magníficos del autor de *Margarita la tornera*. Es su poesía reflejo del pueblo español, del verdadero pueblo amante de sus costumbres originales, de sus creencias rayanas en la superstición, y de otras cosas primitivas que le imprimen fisonomía especialísima, no de ese otro pueblo contagiado ya por las influencias extranjeras, que se modifican de un modo quizás favorable para su mejoramiento en su peculiar manera de ser, en cambio le están haciendo perder los rasgos característicos que tanto lo distinguen de otras agrupaciones nacionales. Zorrilla, sin duda alguna, puede decirse que es el poeta más genuinamente español que se conoce.

* *

*

Campoamor es verdaderamente original. Críticos extranjeros de gran nombradía se han fatigado en vano procurando descubrir analogías y semejanzas en las producciones del ilustre asturiano con las de otros poetas que han figurado brillantemen-

te en el mundo literario. Unos le hacen descender literalmente de Heine (cosa extraña en nuestro concepto dadas las diferencias que existen entre la poesía de ambos), otros de Leopardi; otros, por último, de Musset y Víctor Hugo. Sin quitar de que en el fondo tenga Campoamor leves puntos de semejanza con alguno de los poetas citados, circunstancia que nada tiene de extraña, antes al contrario es sobrado natural, tales juicios lo que hacen es aumentar más y más la merecida fama del creador de las *Doloras*. Cuando vemos que eminentes críticos extranjeros se ocupan con notable interés en hacer el análisis de las obras de un poeta, procurando adjudicar a sus naciones respectivas la gloria de poseerlo, siquiera sea considerándole como continuador de algunas de sus primeras celebridades, fuerza es convenir que la personalidad así disputada, entraña méritos reales y condiciones suficientes para legar su nombre a la posteridad envuelto en resplandores de gloria.

Así pasa con el gran poeta a que hacemos referencia. De todos los poetas que han florecido en España en la actual centuria, Campoamor es el que más ha despertado la curiosidad en otras naciones. Sin dificultad nos explicamos esta circunstancia. Original y filosófica en el fondo, su poesía tiene primores de forma que deslumbran. Para él como para nadie que se detenga a mediar seriamente sobre lo existente, no hay en la naturaleza ni en la sociedad hechos absolutamente aislados. Todo en ellas se relaciona. Según su modo de ver, los hechos son como eslabones de una cadena, como partes de un gran todo. El gran mérito está en observar bien las relaciones de unos hechos con otros. Se necesita para ello estudiar a fondo y libre de prejuicio las cosas que vemos. El autor de las *Doloras* descubre en el hecho que considera sus articulaciones con otros, y forma con las ideas particulares que ellos representan una más general que los comprende. De esta manera de ver las cosas dimana la profundidad filosófica que encierran sus producciones. Este procedimiento cautiva por su solidez y deslumbra por su alcance. Tal vez contribuya también a producir esos tintes pesimistas y escépticos que a menudo se echan de ver en sus doloras y poemas. Conforme casi siempre con el modo de ser de los sucesos que afectan favorable o desfavorablemente nuestra existencia por creer que no está en nuestra mano remediarlos, si revela en

determinados momentos que oprime su alma una vaga tristeza, ésta es siempre sincera, y no tiene nada común con ese sentimentalismo empalagoso que distingue a los que por fijarse sólo en el lado ideal de las cosas desatendiendo el positivo, ven únicamente en el escenario social engaños y maldades, ruinas y desastres, sin parar mientes en que todo esto tiene su razón de ser, que radica no como algunos erróneamente suponen en intervenciones que no pueden explicarse de un modo racional, sino en nuestra propia naturaleza por ley imposible de eludirse.

Líbrenos Dios de incurrir en la inmodestia de creer que podemos emitir un juicio acabado sobre la filosofía de Campoamor. De fijo sabemos que es esa tarea que excede a nuestras fuerzas. Lo que hacemos es estampar aquí, apresuradamente, pues no nos es dado hacerlo de otro modo, lo que nos sugiere el estudio que hemos hecho de las obras del ilustre poeta y de algunas de las críticas de que ha sido objeto. El concepto que de la realidad tiene la escuela de Campoamor, pues ha llegado a formarla y no así como se quiera, responde a un examen filosófico basado en un procedimiento rigurosamente científico. Así la evolución de su poesía sigue un orden enteramente lógico. Nada escribe Campoamor, al decir de sus biógrafos, que no tenga objeto definido. Principia su poesía en la *dolora*, resumen de un hecho particularmente encadenado a otros; sigue en los *pequeños poemas* que en opinión de unos *son doloras prolongadas* y en el sentir de otros *conjunto de doloras enlazadas y comprendidas por una idea superior*, y termina en la *epopeya trascendental*, síntesis suprema de lo existente, la cual abarca todo lo pasado y lo presente. A esta idea responde (y de aquí las opiniones son por demás contradictorias) su *Drama universal*, conjunto de hechos diversos, de contrarias aspiraciones, de opuestos sistemas, donde por extraña manera todo se une y se resuelve en una idea capital, obscura para algunos, luminosa enteramente para otros.

Dejando a un lado consideraciones sobrado filosóficas que nos harían ocupar mayor espacio del que queremos, hay que convenir en que este celeberrimo poeta cuenta con valiosos títulos para aparecer en el número de los que han sabido libertarse del yugo de las preocupaciones de escuela para caminar por sendas hasta entonces desconocidas y después transitadas por numerosos imitadores.

* *

*

Menos filosófica sin duda que la poesía de Campoamor es la del celebrado autor de los *Gritos del combate*; pero en cambio refleja con más fuerza la realidad social al poner de relieve las angustias y dudas que torturan el ánimo en estas épocas de agitación en que todo se transforma. En su poesía viril y resonante, palpitan los dolores e indecisiones de nuestro siglo con más intensidad que en ninguna otra. Núñez de Arce, como creo que se ha dicho ya, es el que mejor ha realizado aquella famosa definición de la poesía: *sentir hondo, pensar alto, hablar claro*. Que siente profundamente lo que expresa en sus magníficas estrofas, que su pensamiento se remonta a grandes alturas, que es claro como pocos siendo su forma modelo de corrección y elegancia, cosas son que nadie que haya leído con interés sus rimas podrá poner en duda ni por un momento: tanto resaltan en ellas las brillantes cualidades enunciadas.

Esa duda sombría que aqueja a muchas grandes inteligencias en estos tiempos de renovación en que todo parece incierto, también oprime el alma del gran poeta castellano. Al mirar lo porvenir cubierto por densas nieblas, la incertidumbre se apodera de los ánimos y la tristeza de los corazones. Instituciones que durante largos siglos reinaron sin rivales en la humana conciencia, caen de sus pedestales al impulso de los desencadenados vientos que agitan la atmósfera social, y van a reunirse con tantas y tantas cosas que hoy se miran como curiosos fósiles en el museo de la historia. Por inducciones completas y por deducciones rigurosas, el espíritu científico se ha elevado a inmensas alturas, y empieza a hacer luz sobre cosas imperfectamente conocidas que se pretendían explicar por ingeniosas hipótesis o por causas más o menos racionales. La ciencia escudriña hasta las últimas profundidades del Cosmos. Guiada por su inflexible anhelo de verdad no se detiene ante los obstáculos que arraigadas preocupaciones han hacinado en su camino. Los elementos del pasado al ser vulnerados se defienden como es natural, y de la lucha que surge se deriva ese estado angustioso, cuya nota característica es la duda. Tal es la causa de que el poeta diga:

que irresistible terremoto moral conmueve al mundo, y que más adelante agregue:

*¿Es acaso el crepúsculo del día
que se extingue o la aurora del que empieza?
¿Es ¡ay! renacimiento o agonía?*

Renacimiento decimos nosotros. ¿Si no hubiera esas transformaciones que en ciertas épocas cambian el modo de ser de las sociedades, la humanidad no existiría o a lo menos arrastraría una existencia parecida a la de algunos animales? ¿No es el movimiento natural imprescindible? ¿No es por ventura factor importantísimo de vida? Sin movimiento no hay transformación y sin transformación no hay progreso. Verdad es ésta de indiscutible evidencia. Tiempos mejores vendrán; y a la duda que nos oprime, sucederá, como producto de estas agitaciones que hoy tanto nos asustan, la verdadera fe, la fe en dogmas sublimes no impuestos por escuelas o sectas exclusivas sino proclamados por la razón humana, que dando rodeos que no podemos comprender busca la fuente inagotable de que procede Dios.

De tan visible estado de incertidumbre se origina ese tinte melancólico que se advierte en las producciones de Núñez de Arce, y que tanto agrada a las organizaciones predisuestas a sentir como el ilustre poeta. A los que en algo participamos de sus dudas y temores, nos gustan sobremanera sus rimas. Núñez de Arce es, a no dudarlo, el continuador de los grandes líricos de la época más brillante de la literatura española, las sobresalientes cualidades de su poesía, majestuosa, escultural, sonora, *hecha de molde*, dice la eminente escritora Emilia Pardo Bazán, *para recitada por algún Simónides moderno, de pie sobre una roca, dominando el rumor de la alborotada multitud y el estrépito de la lid político-religiosa.*¹

El insigne autor de *Raimundo Lulio* ocupa con razón sobrada puesto prominente en la literatura contemporánea. Ha sabido ser original en lo que la originalidad, tal como muchos la entienden, es hoy posible; y es de mencionarse y de aplaudirse en él no

1. *Los pazos de Ulloa* (apuntes autobiográficos).

haber dado esos ejemplos de insubordinación literaria, tan frecuentes en los que llegan a su altura y de tan pernicioso resultado para las medianías. Ha condenado esa poesía ligera, insustancial, artificiosa, que nada dice al alma, y ha indicado los caminos que deben seguirse en estos tiempos de renovación y de combate. Reformador moderado, sus doctrinas empiezan a abrir nuevos horizontes al arte. Por eso será imperecedera su gloria.

MARGARITA
(EPISODIO ÍNTIMO)

I

¡Pobre Margarita!

Solamente cinco o seis personas acompañamos su cadáver al cementerio.

Era una tarde hermosísima.

Aun al espíritu menos dispuesto a entregarse a cierto género de meditaciones, le impelía a ello con fuerza irresistible el contraste que formaba aquella tarde espléndida, llena de luz y vida, con el ataúd que conducíamos en hombros y el dolor que se reflejaba en nuestros semblantes.

La naturaleza sonreía, presentándose a nuestros ojos ataviada con las galas de su más deslumbradora magnificencia.

Mientras el reducido acompañamiento caminaba por un sendero de la silenciosa Necrópolis en busca de la fosa en que iba a depositarse nuestra fúnebre carga, hízome olvidar por un momento mi pena el lujo de matices y colores que por doquiera aparecía. En las ramas de los árboles, de continuo agitadas por una brisa cargada de aromas, volaban alegres y multicoloresavecillas; lucía el cielo con un azul purísimo, y a lo lejos el sol poniente daba al maravilloso cuadro los últimos toques, dorando la cumbre de las lejanas montañas y formando en las nubes variados y pintorescos arreboles.

En la situación en que se encontraba mi espíritu hubiera querido que aquella tarde el cielo apareciese sombrío, silencio-

sos los pajarillos, el sol velado por negras nubes, que todo, en fin, armonizase con el estado de mi ánimo presa en esos instantes de dolorosos recuerdos.

Y nada de eso sucedía.

Cumplido el triste deber que nos había llevado a aquel sitio, los acompañantes se fueron alejando poco a poco. Únicamente quedé yo sentado no lejos de la tumba recién cerrada y sumido en profunda meditación.

Las postreras tintas del crepúsculo se deslucían en las sombras de la noche, cuando dejé aquel sagrado recinto, no sin dirigir antes la última mirada al montón de tierra que señalaba el sepulcro de Margarita. Recorrí otra vez la silenciosa calle del cementerio; y al oír cerrarse tras mí la puerta de la solitaria ciudad de los muertos, al poner de nuevo los pies en la ciudad de los vivos, llena de agitación y ruido, teatro donde se derrumban a menudo nuestras esperanzas al soplo del desengaño, pensé en la que dejaba abandonada para siempre, y repitieron mis labios estos versos del dulce y malogrado Becquer:

*¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!*

II

Voy a abrir el libro de su vida, para relatar el triste episodio que ocupa sus últimas páginas.

No se espere encontrar en él esos variados incidentes dramáticos que constituyen el principal atractivo de la novela.

El episodio que vamos a referir es sencillo por demás; es una historia que se repite todos los días, y que, a pesar de eso, interesa siempre.

Tal vez el indiferente no hallará en estos renglones nada que cautive su ánimo ni dé pasto a su fantasía; mas el que una vez en su vida haya sentido apresurarse los latidos de su corazón al choque del infortunio, no podrá menos de ver con interés este sencillo drama que tuvo por escenario un hogar ignorado, por protagonista una pobre niña y por espectadores pocas, muy pocas personas.

Margarita era hija de un anciano militar cubierto de honrosas cicatrices y poseedor de una brillante hoja de servicios. A pesar de sus grandes merecimientos, el coronel se veía oscurecido y olvidado, mientras otros que valían mucho menos que él eran elevados a los más altos puestos. Nada de esto preocupaba al noble veterano, quien vivía feliz al lado de su hija única, vivo retrato de su difunta madre, ocupado en darle una sólida instrucción, de lo que era muy capaz por poseer no escasos conocimientos.

Muchos hombres he encontrado en el mundo a quienes, a pesar de su honradez y otras nobles cualidades, ha cabido suerte parecida a la del padre de la joven que motiva estas líneas. Casi siempre está la recompensa en razón inversa del mérito. En la gran mayoría de los casos, no sube el que vale más sino el que puede más. El trabajador silencioso, que con el deber por guía se ocupa en el mejoramiento de la sociedad en que vive, ve frecuentemente adelantarse en el camino al que sólo supo proceder según las circunstancias y tuvo por meta la satisfacción de sus particulares aspiraciones.

Cierto es que la posteridad, en algunos casos, borra con su veredicto y sus aplausos la falta cometida; pero confesemos que esta idea apenas bastaría para compensar las amarguras que día por día paladea el mártir de la injusticia de sus contemporáneos, si la conciencia del deber no les infundiese el valor necesario para proseguir sereno por el oscuro y áspero camino.

Las causas del hecho que hemos anotado, y el cual la observación patentiza a cada paso, radican, a no dudarlo, en lo imperfecto de nuestra propia organización y en el escasísimo grado de cultura que se nota en la inmensa mayoría de los componentes de la colectividad social. Irremediable lo primero, no lo es por cierto lo segundo. Elévese el nivel intelectual de la humanidad al grado necesario, y entonces, como es de esperarse, el verdadero mérito encontrará mayor número de personas que sepan reconocer y proclamar sus excelencias.

Era el padre de Margarita uno de esos seres que sufren resignados los embates del destino, resueltos a llevar hasta lo último su pesada cruz, sin entregarse a esas lamentaciones vulgares que a nada conducen. La educación de su hija, como ya dijimos, era la única distracción del viejo militar en la época en que la

suerte me obligó a llamar por primera vez a su puerta. Y eso le bastaba para creerse feliz.

Complicado en un movimiento revolucionario cuando apenas tenía diez y ocho años, más por seguir a amigos queridísimos, fantaseadores de bellos e irrealizables ideales, que por convicciones propias experimenté el inmenso pesar de ver la muerte de algunos de mis compañeros y el completo fracaso de aquella descabellada intentona. Disperso nuestro grupo por las fuerzas del Gobierno, vagué largo tiempo por las calles de la sombría ciudad, llena aun de ruidos siniestros, hasta que me acordé que el coronel, como antiguo amigo de familia, podía brindarme en su casa momentáneo asilo.

Así sucedió felizmente.

En aquella mansión hospitalaria permanecí algún tiempo, esperando la ocasión, que al fin se presentó, de pasar al extranjero.

En esos días de triste incertidumbre conocí y traté íntimamente a Margarita.

Contaba entonces catorce años y parecía un botón de rosa al empezar a abrirse.

III

Regresé tres años después.

Conservaba fresco el recuerdo de las atenciones que me prodigó el anciano militar en momentos bien angustiosos, y quise que una de mis primeras visitas fuese para él, a fin de demostrarle lo mucho que agradecía la noble conducta que observara conmigo en aquellas aciagas circunstancias.

En su casa nada había cambiado excepto Margarita.

La niña era ya mujer, y mujer hermosísima.

Mucho atrajo mi atención su singular belleza la noche en que fui a visitar a su padre después de mi vuelta del destierro. Con un sencillito vestido blanco que daba mayor realce a su hermosura y una rosa prendida en los negros cabellos; apoyada la hermosa frente en la blanca mano y la mirada perdida en no sé qué misteriosa contemplación, tal como la vi entonces, hubiérala tomado cualquiera por uno de esos seres creados o idealizados por la soñadora fantasía de los poetas.

Noté en el semblante de Margarita una expresión de melancolía que no dejó de preocuparme. En la mirada de sus grandes ojos negros, en su aspecto pensativo, en un algo imposible de explicar, advertí que mi joven amiga era víctima de uno de esos dolores morales que se pone empeño en ocultar a todo el mundo, y que, sin embargo, la vista menos perspicaz descubre fácilmente.

Una sospecha cruzó por mi mente: Margarita amaba. Pero ¿por qué sufría? ¿Acaso su amor no era bien correspondido? ¿Era indigno de ella el objeto de sus afanes? No pude contestarme entonces esas preguntas. Hablamos de poesía, de modas, de países lejanos y de otras mil cosas diferentes. Por temor de ser indiscreto delante de su padre no me atreví a preguntarle la causa de la melancolía que como densa nube velaba su angelical semblante.

IV

Volví pensativo a mi habitación. El recuerdo de Margarita me preocupaba.

Y debo aquí manifestar que nunca sentí por ella otra cosa que un sincero afecto de hermano. Creía sí, y el tiempo lo confirmó más adelante, que la pobre niña iba a entrar en un período de penas, en el que tal vez le convendría tener a su lado un verdadero amigo.

Formé entonces la resolución de serle útil en cuanto me fuera dable, y la cumplí después religiosamente.

Dejé por algunos días la vida retraída que llevaba desde mi regreso a la patria, y me dediqué a hacer prolijas indagaciones con el objeto de aclarar mis dudas sobre la causa del pesar que tanto afligía a mi joven amiga.

Al fin la verdad brilló ante mis ojos. Lo supe todo.

Margarita sostenía relaciones amorosas con un joven que disfrutaba en la población de no muy honrosa fama por sus continuas calaveradas.

El coronel, como era natural, se oponía mucho a esos amores.

Temblé por la pobre niña. Lo que había oído contar de aquel seductor en nada le favorecía.

¿Por qué se fijó Margarita en aquel hombre? Misterio es éste que no tiene a mi modo de ver explicación posible. El que dotó

al ser humano de la facultad de sentir, y estableció esa corriente de misteriosos efluvios que enciende el amor en las almas podría únicamente decirlo. No se analiza al sentimiento. Nos domina, y difícilmente podemos sacudir su yugo. Déspota sin trabas fuera si la razón y el deber no lo modificasen a menudo.

Triste, preocupado, me dirigí esa noche a la casa de Margarita.

V

Estaba sola. El anciano había salido momentos antes a ver un antiguo camarada que se encontraba enfermo de gravedad. La joven leía con gran interés cuando el ruido de mis pasos le hizo levantar la cabeza.

—¿Qué lees? —pregunté.

—El poema de amor y el sentimiento, —replicó— leo a *Graziella*.

—Hermoso episodio —la dije.

—Hermoso, pero triste. Nunca he podido recorrer sus páginas sin que el llanto asome a mis ojos. A veces me parece contemplar a la pobre Graziella en la solitaria casa de Procida aquella terrible noche en que tomó la resolución, que no pudo cumplir, de sepultarse para siempre en un convento. ¡Quién le hubiera dicho entonces a la pobre niña que su amor inmenso iba a tener por recompensa la más negra ingratitud.

—Mucho te preocupa la suerte de Graziella —la contesté.

—Mucho, sí, mucho. ¿Quién de nuestro sexo puede estar segura de que no ha de sucederle otro tanto?

Quedamos un momento silenciosos.

Por la abierta ventana entraba un aire fresco impregnado de suaves perfumes, y en el fondo oscuro del cielo se veían centellear las estrellas.

—Margarita —la dije— tú sufres y me ocultas la causa de tu dolor. Bien sabes que te profeso el cariño de un hermano y que no tengo secretos para contigo. Dime, pues, lo que te pasa.

—Nada, nada. Esas son suposiciones tuyas. Demasiado sabes que mi carácter ha sido siempre melancólico.

—Te empeñas en negar —repliqué— pero es inútil. Lo sé todo.

—¡Todo! ¿Y qué es lo que sabes?

—Sé que amas a un hombre que no es digno de ti.

—Pues bien, sí, quiero a un hombre, y prefiero morir mil veces a dejar de amarle.

—Margarita, tu padre se opone a tu amor, porque sabe bien que ese joven no puede hacerte feliz.

—Le engañan.

—No, no le engañan. Ese hombre no siente nada por ti. No cree en el amor de ninguna mujer. Hace alarde de sus conquistas para satisfacer su amor propio. Considera a las mujeres que tienen la desgracia de amarle, como considera sus caballos y sus joyas, como cuestión de vanidad.

—Eres muy cruel, muy cruel.

—Esa es la verdad, Margarita.

—Le amo.

—Ese hombre causará tu desgracia.

—Le amo.

—Piénsalo bien. Vas a labrar no sólo tu infortunio, sino también el de tu padre. Domina ese amor para bien de él y tuyo.

—No puedo. Sería menester arrancarme el corazón. Es mi primero y será mi último amor.

Reinó de nuevo el silencio.

Margarita volvió a contemplar las estrellas que como clavos de oro salpicaban la bóveda celeste, y yo me puse a hojear un libro que encontré sobre la mesa.

Me despedí al fin de Margarita casi sin hablarle, y tomé el camino de mi morada pensando en los graves resultados a que podía conducir a la joven su desdichado amor.

VI

Un acontecimiento imprevisto obligóme a dejar la población por algún tiempo. Circunstancias particulares cuya enumeración a nada conduciría, hicieron que mi ausencia, que al principio creía fuera solamente de algunos días, durara no ya semanas ni meses, sino años.

Aunque el punto de mi residencia temporal se encontraba algo lejos de la ciudad en que vivía Margarita, procuré siempre, con especial ahínco, informarme de la suerte que le cabía.

Un día llegó a mis manos una carta enlutada. Reconocí en el sobre la letra de Margarita.

La abrí conmovido; y por ella supe que pocos días antes había muerto su padre víctima de un violento ataque cerebral.

Así me lo decía en aquellos cortos renglones en los que no era difícil descubrir la huella de sus lágrimas.

¡Cuánto hubiera dado en aquel momento por haber podido regresar a su lado para consolarla en su terrible desgracia!

Pero no me era posible. Compromisos sagrados me impedían dejar el lugar en que moraba hacía más de un año.

Transcurrieron dos años más.

Las noticias que de ella recibía eran vagas e insuficientes, lo que avivaba mi curiosidad y me impelía a desear mi pronto regreso.

Por ellas me enteré que la joven había tenido que mudarse de la casa en que naciera, sin duda para buscar una de precio más proporcionado a su actual situación económica, y también supe cosas que me hicieron meditar largamente.

Los amores de Margarita ocultos mientras vivió su padre, tomaron muerto éste un carácter de gran intimidación, circunstancia que me daba mucho en que pensar, pues creía firmemente que el amante de mi amiga, aprovechando la buena ocasión que se le presentaba, extremaría sus esfuerzos para llegar a un resultado que satisficiera su amor propio y aumentase su fama de conquistador amoroso, aunque para ello se viese precisado a salpicar de cieno la frente de la infeliz huérfana.

Mientras vivía la joven bajo la mirada paternal del coronel, nada podía temerse; pero muerto este; abandonada de todos; sujeta a sus solas fuerzas para ganar el sustento; escuchando a toda hora palabras arteras que sonaban en sus oídos como música armoniosa, era muy de esperar que al cabo sucumbiese como la débil nave que perdida la brújula recorre sin rumbo los embravecidos mares.

No se me ocultaba, sin embargo, que para llegar a tan deplorable resultado, tendría el seductor que poner en juego todas sus artes de calavera. Margarita no caería muy fácilmente en sus redes.

Pertenecía el coronel al número de esos hombres, raros en verdad, que en medio de la presente anarquía intelectual produ-

cida por la lucha de los diferentes sistemas filosóficos que se disputan la posesión de la verdad, saben conservar íntegras las convicciones arraigadas en su espíritu por la experiencia y el estudio, sin dejarse seducir por las conclusiones más o menos brillantes presentadas por los sectarios de esta o aquella escuela.

Dios, como finalidad absoluta de la verdad, la belleza y el bien, y la existencia de una moral basada en el deber, cuyos preceptos habían de cumplirse sin vacilaciones y temores, eran las creencias principales del padre de Margarita. A ellas debía, indudablemente, la integridad de carácter y las otras excelentes cualidades que tanto lo diferenciaban de la inmensa mayoría de sus semejantes.

Su casa era templo en que se rendía constantemente culto a la virtud. Nunca llegó a los oídos de Margarita una palabra obscena. Nunca leyó uno de esos libros en que un procaz novísimo naturalismo se complace en revolver por el lodo los más puros afectos. Sus lecturas se reducían a algunas obras de sobresaliente mérito. Era aficionadísima a los versos. ¡Qué bien los leía!

La circunstancia de haberse criado en una atmósfera como esa, no corrompida nunca por aires malsanos, escuchando continuamente las nobles exhortaciones de su padre, dábanme derecho a esperar que mi joven amiga saldría triunfante de los peligros que la amenazaban en el escenario del mundo.

Pero no se me escondía una cosa. El principal enemigo de Margarita, era Margarita misma: era su propia exquisita sensibilidad. Su corazón era como un arpa, a cuyas cuerdas bastaba el más ligero choque para que vibrasen fuertemente. En ella todo era sentimiento. Cualquier pena, la más leve, era bastante para conmover su frágil organismo. En tales condiciones había mucho que temer por ella, sí, como parecía seguro, el hombre a quien amaba, perito en estas cosas, sabía aprovecharse del no común desarrollo de su facultad sensitiva.

Para mí no era dudoso que así lo efectuaría.

VII

Al fin pude realizar mis deseos.
La hora del regreso había llegado.

Arreglé precipitadamente mis asuntos, y emprendí viaje aquel mismo día para el pueblo en que vivía Margarita, y en el cual habían transcurrido los días más felices de mi infancia y de mi adolescencia.

Llegué dos días después. Era ya de noche cuando efectué mi entrada. El reloj daba en ese momento las nueve.

Las calles estaban desiertas y oscuras. Sólo una que otra persona se veía cruzar por ellas.

No vacilé, sin embargo. A riesgo de pasar por imprudente, tomé el partido, apenas me cambié la ropa de viaje, de ir aquella noche a la casa en que me dijeron que se había mudado Margarita.

La encontré cerrada como muchas otras de la misma calle.

Dudé un momento, pero era tan grande mi deseo de saber lo que había sido de la joven durante los últimos meses de mi ausencia que, abandonando toda vacilación, di un paso hacia la puerta.

Golpeé ligeramente la madera, y al ruido vino a abrirme una anciana.

Después de enterarse del objeto de mi visita, me dijo la buena mujer que Margarita ya no vivía allí y que tampoco podía informarme con certeza sobre su paradero, pues desde hacía cerca de año y medio que habitaba aquella casa no había vuelto a saber de la joven a quien yo buscaba.

No quise preguntar más.

Mis sospechas empezaban a confundirme.

¿Dónde estaba Margarita?

VIII

Procuré informarme al día siguiente.

Ningún resultado obtuvieron al principio mis investigaciones; pero pronto tropecé con un antiguo conocido, quien me dijo algunas cosas que picaron vivamente mi curiosidad.

Margarita vivía en el pintoresco pueblo de C, situado a seis u ocho leguas de la ciudad en que me encontraba.

No titubeé un momento. Era mi deber partir, y así lo llevé a efecto.

Pronto encontré en la reducida población quien me diera las señas de la casa de Margarita.

Descubrí, por fin, su más que modesta vivienda.
Abrióme una mujer, y al verme retrocedió asombrada.
¡Era Margarita!

¡Qué cambio tan notable había experimentado durante mi ausencia!

Yo también me conmoví mucho al verla.

Pronto se repuso de su primera impresión y me tendió su mano que estaba helada.

¡Pobre Margarita! ¡Qué honda había sido su caída!

Sus cabellos, negros como el azabache, empezaban a llenarse de hebras de plata. Su pálido semblante y el círculo amorado que rodeaba sus ojos, mostraban visiblemente que cruel enfermedad consumía su existencia.

Tendí la vista en torno mío. Todo lo que notaba decía bien a las claras que mi pobre amiga era víctima de la más espantosa miseria.

Dos o tres sillas desvencijadas, una mesa en no muy buen estado cubierta con un mantel de lienzo bastante ordinario, un catre, un anafe con algunas planchas y algunos cachivaches más de uso diario: he ahí todo el mueblaje de Margarita.

Se me olvidaba un detalle.

En un ángulo de la habitación, sobre una tosca cuna de madera, reposaba un niño de aspecto enfermizo: era su hijo.

Híce que Margarita me narrase su historia. Con lágrimas en los ojos refirióme todos los sucesos de su vida desde el día en que su anciano padre bajó al sepulcro.

Acosada por las continuas solicitudes de su amante, creyó al fin en la sinceridad de sus juramentos, y fue débil.

Cuando vino a comprender toda la gravedad de su falta, ya era inútil el remedio.

Satisfechos sus viles deseos, aparentó el seductor un amor sin límites, que fue menguando sucesivamente hasta terminar con el completo abandono de la incauta joven.

La vista de la casa en que viviera feliz algún tiempo, la hacía sufrir; además, no podía pagar el alto precio en que estaba alquilada. Resolvió entonces trasladarse a C. donde le era fácil vivir con menos recursos y donde su falta era ignorada.

En breve pudo conocer toda la extensión de su desgracia. No iba a estar ya sola en el mundo pues un nuevo ser se agitaba en sus entrañas.

Margarita fue madre.

¿Cómo vivió durante ese tiempo? Los ahorros del coronel eran muy pocos. Casi todos se consumieron en la enfermedad que le condujo a la tumba. Algunas semanas después de su muerte puede decirse que había desaparecido hasta el último centavo. Impelida por la necesidad tuvo entonces que vender a bajo precio sus pocas joyas y sus mejores trajes.

La joven se encontró al fin sola frente de la miseria. La infeliz huérfana se vio entonces en el momento más crítico de su existencia.

En esos mismos días tuvo el pesar de oír ciertas proposiciones que hicieron subir la vergüenza a su rostro.

Dos caminos se le presentaron entonces.

El uno conducía a la riqueza por medio de la deshonra.

El otro llevaba a la redención por medio del trabajo.

El primero, sembrado de flores, estaba lleno de risueñas perspectivas, el segundo aparecía obscuro y cubierto de abrojos.

En honor de la verdad debemos decir que vaciló un momento.

Un instante más, y hubiera continuado rodando por la pendiente de la deshonra hasta parar en yo no sé qué abismo.

Pensó en Dios y en los consejos de su anciano padre, y supo retroceder a tiempo.

¡Trabajó!

Ella, criada en una posición si no brillante a lo menos llena de comodidades y en la que todas sus ocupaciones se reducían a leer y a cuidar de sus pájaros, viose obligada a coser primero y a empuñar la plancha después para conseguir su subsistencia y la de su hijo.

¡Ah! Los que no comprendéis cuánta grandeza y cuánta resignación hay en quien así procede en esa edad en que la sangre corre ardiente por las venas y en que todo convida a disfrutar de los goces dulcísimos de la vida, leeréis estos renglones sin que nada os digan; pero los que podéis medir la inmensa altura de la caída y apreciar en su verdadero valor la conducta de la pobre joven, de seguro no dejaréis de conmoveros al recorrer estas páginas consagradas a su memoria.

El asiduo trabajo a que se consagraba y las atenciones de la maternidad iban dando cuerpo a la dolencia que consumía su delicado organismo.

Desde mi primera mirada pude hacerme cargo de lo grave de su enfermedad.

Me separé al fin de ella aparentando confianza en su restablecimiento y anunciándole mi pronta vuelta.

IX

No estuve muchos días sin ver de nuevo a la pobre huérfana. Pero esta vez no iba solo. Me acompañaba un joven médico en quien tenía plena confianza, pues a pesar de su juventud y de su escasa práctica, contaba ya en su carrera triunfos que hubieran enorgullecido a cualquiera otro de más años y mayores conocimientos.

El joven facultativo examinó detenidamente a la enferma y le dirigió numerosas preguntas. Prescribió en tono de confianza algunos medicamentos, retirándose luego con el pretexto de tener que asistir a otros enfermos que estaban a su cuidado.

Momentos después lo seguí.

Como convinimos, me aguardaba en la esquina próxima.

Sus palabras confirmaron presto lo que yo ya suponía. La enfermedad de Margarita era grave, gravísima. Según lo que he podido observar, me dijo, únese en esa joven a una dolencia del pecho, ya muy avanzada, uno de esos males ante cuya naturaleza la ciencia se reconoce impotente. O mucho me engaño, concluyó, o a su pobre amiga quedan pocos meses de vida.

Comprendí la verdad de estas observaciones y bajé la cabeza.

Mi deseo más vehemente era entonces vivir cerca de Margarita a fin de que viera a su lado un amigo que de veras sintiese su desgracia; pero me lo vedaban ciertas razones de delicadeza y de interés personal.

Con uno u otro pretexto logré que llegaran a sus manos algunos recursos que mejoraron en parte su crítico estado.

Cada vez que me era posible iba al pueblo donde moraba la joven con el objeto de saber de su salud.

Esta no podía ser peor.

Para colmo de males el pequeñuelo, fruto de sus desdichados amores, íbase extinguiendo lentamente presa de mortal dolencia.

Al fin murió.

Este fue un golpe fatal para la pobre madre.

Era en los primeros días de abril.

X

Una tarde fui a visitarla, y sufrí mucho al verla ya sin fuerzas para levantarse del lecho.

La ciencia había fallado acertadamente: la joven se moría.

Pasó la riente primavera con sus mariposas y sus flores; el verano transcurrió también con sus ardientes efluvios, y llegaron al cabo, como todo en el mundo, los primeros fríos del invierno.

Me hallaba un día solo en mi cuarto leyendo una obra que me habían recomendado mucho, cuando oí llamar a la puerta.

Una niña de ocho a nueve años pedía verme con gran instancia.

Al momento reconocí en ella a la hija de una buena mujer que asistía a Margarita por encargo mío, desde que su enfermedad empezó a presentar un carácter sobrado alarmante.

La niña estaba muy fatigada a consecuencia del largo viaje efectuado a pie.

Puso en mis manos un papelito.

Lo abrí y leí temblando estas palabras escritas con mala letra y peor ortografía: "La enferma se muere, venid pronto".

Pedí explicaciones a la niña, y ésta me dijo que a su salida del pueblo se creía que *la mujer* duraría solamente pocas horas.

Apresuré mi viaje, y dos horas después me apeaba a la puerta de la casa de Margarita.

Llegué tarde: hacía una hora que la enferma era cadáver.

XI

Me detuve conmovido.

El cuadro que tenía ante mi vista era tristísimo.

En un rincón de la sala, sobre un pobre catre, yacía el cuerpo de Margarita.

No muy lejos en una mesa cubierta con un paño negro ardían dos velas ante un crucifijo.

Tres o cuatro mujeres del vecindario rezaban con mucho fervor algunas oraciones.

La pobre víctima del destino dormía por última vez en su lecho; mañana descansaría ya bajo la tierra.

Tal expresión de humana serenidad se notaba en su semblante que se hubiera podido creer que el ángel de la muerte aun no la había tocado con sus alas. Parecía dormida.

Su correcto perfil se destacaba con admirable claridad sobre el fondo oscuro de su traje. Estaba bella, con esa belleza suprema que sólo la muerte puede comunicar a ciertos rostros.

Triste, abismado en los recuerdos de tiempos que transcurrieron felices, pasé sobre una silla las largas horas de aquella noche que juzgué interminable, escuchando los rumores del viento que azotaba las paredes de la pobre casa, y viendo consumirse las velas que a ratos lanzaban fantásticos reflejos, hasta que la autora vino a iluminar con su suave luz el mortuorio lecho de Margarita.

XII

Han pasado algunos años.

El seductor de Margarita vive alegre y feliz. Es rico y poderoso. Todos le respetan. Ha desempeñado importantes puestos públicos, y sus amigos aseguran que en breve ocupará otros aún más altos. Muchas veces le encuentro en mi camino, y evito hablarle. A veces, sin embargo, la farsa social hace que sus palabras se crucen con las mías. Ignora sin duda el papel que he desempeñado en la existencia de su víctima, de la cual ni aun se acuerda. Tal vez si lee estos renglones pensará en ella, y la voz del remordimiento se alzarán en su conciencia...

En un rincón del humilde cementerio de C. bajo una tosca cruz que sólo se diferencia de las demás por estas iniciales: M. R. duerme el último sueño la desgraciada huérfana. No lejos de su tumba crece un ciprés. Ninguna mano amiga viene a regar flores sobre ella ni ningunos ojos a verter una lágrima. Como vivió en el mundo sola y abandonada, así reposa en la mansión de los muertos, sin escuchar otro rumor que el del viento que mueve las hojas del ciprés vecino, y sin recibir otra caricia que la del rayo melancólico de la luna que viene a besar su solitaria tumba.

IMPRESIONES

DOS PALABRAS

No tengo por qué ocultarlo. Mi manera de pensar acerca de algunos puntos literarios expuesta hace varios años en *Recuerdos y opiniones*, se ha modificado bastante. Y no podía ser de otro modo. No pasa inútilmente el tiempo para quien, como el que estas líneas escribe, estudia con vivo interés las curiosas y complicadas evoluciones del Arte contemporáneo. Quizás haya contradicciones entre lo publicado en aquella obra y algo de lo que en ésta aparece; pero tal discordancia ni aun merece consignarse, por ser cosa natural en todo escritor que aspire a expresar con entera sinceridad su pensamiento.

En materias artísticas, como en todo, detesto lo exagerado y rutinario, y así como disto de ser partidario del estéril dogmatismo que tiende a convertir la crítica en mero ejercicio retórico, tampoco me siento atraído —sin dejar no obstante de reconocer lo mucho digno de loa que contiene el modernismo— por el aparente éxito de ciertos procedimientos antiestéticos que algunos snobs estafalarios proclaman a los cuatro vientos como fórmulas definitivas destinadas a operar una transformación salvadora en todo cuanto con el Arte se relaciona.

Varios de los artículos que contienen este tomo se han dado ya a la estampa durante estos últimos cinco años en *Letras y Ciencias* y la *Revista Ilustrada*. Ni esos ni los demás tienen verdadero mérito artístico, ni cosa que lo valga. Lo digo tal como lo siento. ¿Por qué publico, pues, esta obra? Simplemente porque hoy todo se publica y porque deseo seguir contribuyendo,

en la medida de mis cortas facultades, al aumento de nuestra producción literaria.

Y nada más por ahora.

LA CRÍTICA

Punto menos que imposible pareceme precisar cuál de las novísimas teorías estéticas ofrece más sólida base para un procedimiento crítico acertado y fecundo. Porque sin un criterio estético debidamente depurado, amén de otras condiciones indispensables, demás está afirmar que no puede haber crítico que merezca en realidad este nombre. Una crítica formalista inspirada tan sólo en preceptos de empolvadas retóricas, que menosprecia lo interno, lo esencial, por atender exclusivamente a accidentes externos, no puede en manera alguna satisfacer a quienes conozcan algo las diversas e interesantes fases del movimiento intelectual moderno.

Por más que la crítica dogmática —representada en la actualidad principalmente por el ilustre Brunétiere— no quiera aún darse por vencida, bien puede asegurarse que ha perdido por entero la alta autoridad que se le concedía en otro tiempo, debido en primer término a las nuevas doctrinas estéticas y a las trascendentales innovaciones introducidas en la manera de lograr el más amplio y exacto conocimiento de la obra artística. Existen, ya lo creo, ciertos principios estéticos inderogables de aplicación constante; mas hoy no se puede aplaudir o censurar una producción literaria, fundándose en que en ella se cumplió o dejó de cumplirse tal o cual requisito preceptuado por Horacio o Bailo. Por cauces más abiertos van las corrientes modernas. No cabe comparación entre la crítica influida por preocupaciones de escuela, que fallaba de plano, y la crítica científica

de Taine, en que se une el sentimiento artístico al análisis severo, y se busca en el estudio sentimiento la raza, medio social y circunstancias históricas, fundamento positivo para el examen y apreciación acertados de todo lo que constituye una verdadera personalidad literaria.

La crítica moderna, tal como la comprende Anatole France, el más genial y sugestivo de los actuales críticos franceses, rara vez sentencia en definitiva, contentándose con exponer en forma artística impresiones puramente personales. Esa moderación en avanzar conclusiones, sálvala de caer en los extremos del apasionamiento o la injusticia. De tarde en tarde aparecen ciertos temperamentos de vigorosa complexión artística, que por la novedad de sus procedimientos y la índole de su ingenio desorientan al crítico más zahorí, quien, impotente para comprenderlos, concluye por aplacarlos el nivel propio de las medianías o juzgarles con desdén o visible ensañamiento. Ejemplos de esta clase abundan en la historia de la crítica. Sin ir más lejos, ¿quién que sepa algo de estas cosas ignora que la crítica posterior a Sainte-Beuve ha rectificado completamente los grandes errores que acerca de Balzac se advierten en las obras de aquel insigne crítico?

Despojada la crítica de sus ínfulas dogmáticas, no puede ser actualmente sino conjunto de apreciaciones subjetivas expuestas con mejor o peor método, en mayor o menor grado nutridas de erudición literaria, más o menos saturadas de modernismo; palabra conque muchos designan ciertos refinamientos y matices peculiares del presente estado intelectual, mientras que otros —quizás acertadamente— le conceden significación más lata y comprensiva. Así entendida la crítica, la cualidad que ante todo reclama en quien se juzgue con las aptitudes necesarias para su ejercicio, es la completa sinceridad, la fiel expresión del efecto producido en su espíritu por la creación artística, sin temor a ciertas preocupaciones que son a menudo causas de yerros de gran importancia.

Aunque no falta quien sostenga que la crítica considerada como impresión personal hace más fácil su desempeño, la observación detenida del movimiento literario contemporáneo destruye por completo tal aserto; porque la división cada día más acentuada que engendra el individualismo hoy triunfante en el

campo del Arte, la complejidad de ideas que revela la literatura de nuestro tiempo, y otras particularidades, requieren para ser cabal apreciación crítica cerebros vigorosos, claras inteligencias, que no se encuentran, por cierto, al doblar cada esquina. Criticar puede cualquiera que se le antoje, quién lo duda; pero criticar bien, que es lo que importa, ya es harina de otro costal. Los buenos críticos son más escasos de lo que generalmente se cree. Rarísimos son en el día los críticos que buscan en el estudio de la personalidad del autor la manera de comprender su obra, y saben ver con lucidez el sentido interno de ésta sin descuidar por eso sus condiciones externas. Lucido quedaría uno de esos críticos formalistas para quienes todo el procedimiento crítico se reduce a exigir la estricta sujeción a preceptos retóricos y reglas gramaticales, si tuviese, por ejemplo, que juzgar *El discípulo*, de P. Bourguet, el gran novelista psicológico; obra refinadamente artística, como expresión acabada de un estado psíquico generado por causas de índole varia, merecedoras de largo y concienzudo estudio.

Con el reinado de la crítica dogmática termina también forzosamente el de los críticos indiscutibles, cuyos fallos nadie podía poner en tela de juicio sin incurrir en terrible desacato. Hoy todo se analiza y se discute. No obstante su gran mérito, Lemaitre, France y otros insignes críticos son discutidos en Francia y fuera de ella. No en vano el principio de libre examen informa todas las operaciones intelectuales de la sociedad contemporánea. Y como quiera que cada día se facilita más la adquisición de cierta cultura literaria que por lo regular sirve para encubrir graves deficiencias, fácilmente se explica la frecuencia con que se improvisan escritores que, creyéndose perfectamente dotados por ello, no temen hablar largo y tendido sobre asuntos que en realidad conocen muy superficialmente. De ahí que a cada rato veamos echarse a vuelo las campanas en honor de producciones insustanciales, de trabajos literarios de pésimas condiciones en el fondo y en la forma, al paso que poco o se dice de obras en que palpita el sentimiento artístico gráfica y correctamente expresado.

Dícese que aquí no tenemos críticos; y es ésta una verdad de Perogrullo que seguramente nadie desconoce. Lo extraño sería que los tuviésemos. No surgen críticos por arte de birlibirloque,

así como se quiera. La crítica metódica y reflexiva es género literario que sólo florece en determinadas condiciones. Nuestra incipiente literatura no está todavía para gastar tales lujos. No hace mucho se quejaba no recuerdo qué notable escritor de que en España la crítica seria y provechosa no estuviese, ni con mucho, en relación con lo que en aquel medio literario se producía. En el país, por circunstancias que nadie ignora, se ha publicado muy poco, y acaso, acaso no pase de cuatro o cinco el número de obras que tenemos de positivo mérito literario. Son contados los escritores nacionales que de vez en cuando se deciden a publicar algún libro. En tales condiciones, claro está que en materia de crítica literaria sólo tenemos lo que en realidad es posible: menos aficionados que con mayor o menor conocimiento de causa, que con laudable asiduidad y sin ella, exponen sin pretensiones de ningún linaje (por mí lo aseguro) su modo de pensar respecto de ésta o aquella producción nacional o extranjera.

EL SANTO CERRO

...Después de caminar cerca de legua y media, llegamos a un punto en que el camino se bifurca: a la derecha se extendía el que conduce a Moca, y a la izquierda el que lleva a la eminencia que era objeto de nuestro viaje. Seguimos por este último y pronto descubrimos la parte inferior de la larga cuesta que termina en el Santo Cerro. Aun no habíamos ganado la tercera parte de la penosa subida, cuando empezó a descubrirse parte del cuadro que tanto anhelaba conocer: a medida que ascendíamos el paisaje se ensanchaba más y más, y ya al concluir la pendiente cuesta, al pie del pequeño caserío que en la cima de la elevada loma ha edificado la piedad religiosa, pude abarcar de una ojeada la maravillosa escena que se desplegaba ante mis ojos; espectáculo grandioso que, según se cuenta, arrancó un grito de entusiasta admiración al inmortal genovés cuando en una de sus excursiones al interior del Cibao lo contempló por vez primera...

Del todo imposible me es describir con fidelidad las impresiones que en aquellos instantes se sucedieron en mi alma, dispuesta siempre a admirar cuanto en la naturaleza y el espíritu nos eleva a la serena contemplación de la belleza. Mi vista deslumbrada escudriñaba hasta los más recónditos sitios del paisaje, descubriendo a cada paso primorosos detalles que contribuían a aumentar la grandeza de aquel incomparable conjunto. ¡Qué hermoso panorama! Pudiera creerse que la naturaleza había querido dar a los hombres una muestra de su poder, reu-

niendo en aquellos parajes a los prodigios de una vegetación espléndida todo un mundo de matices, de colores y armonías. Para ver mejor el magnífico espectáculo, sentéme sobre la yerba en una pequeña elevación del terreno, muy cerca de la iglesia que se ha levantado en aquel sitio para conmemorar un milagro según dicen allí acaecido en los primeros días de la Conquista.

El tono brillante que da carácter peculiar a los paisajes intertropicales, siempre llenos de luz y color, se acentuaba más aquella hermosa tarde, la más a propósito para que un pintor inspirado hubiera pretendido reproducir con la posible exactitud todo el conjunto maravilloso que teníamos delante. A veces algunas nubes velaban el disco del sol, marcando en el inmenso manto de verdura grandes espacios de sombra, que formaban hermoso contraste con las partes que permanecían iluminadas. Desde el lugar en que estaba sentado podía observar el grandioso cuadro hasta en sus más insignificantes pormenores. Por el camino que va a Moca, el cual se dilataba a mis pies semejando el serpenteo de inmenso reptil, veíanse cruzar hombres, mujeres y cabalgaduras grandemente disminuidas por la distancia. Hacia la parte septentrional el verde oscuro de la lujuriosa vegetación, interrumpido a trechos por pintorescos bohíos, se prolongaba hasta confundirse con el puro azul del lejano horizonte, figurando todo un mar hermosísimo no alterado por los embates del viento. Y para hacer más posible la ilusión columbrábase por la línea en que aparentaban unirse el cielo y la tierra una nubecilla de un color blanco sumamente puro: parecía la vela de un buque que se alejaba por aquella dirección. Muy cerca de la línea mencionada, aparecían unas pequeñas formas blancas: eran, según me dijeron, las casas de Moca.

Por la parte oriental el paisaje presentaba una ligera variación: veíase ya la línea curva que anunciaba el comienzo de una montaña que iba a unirse a otras que no me era posible divisar desde el punto en que estaba colocado. La extensa sabana de San Diego se dilataba hasta terminar al pie de la montaña que cierra por aquel lado el paisaje. De San Francisco de Macorís se alcanzaba a descubrir una forma indecisa que era la iglesia. Por el Oeste ya la variación era mucho más sensible: los últimos picos de la cordillera central se dibujaban sobre el limpio azul del cielo, dando más variedad y belleza al incomparable panorama.

Lo digo con entera franqueza: mi pluma es impotente para dar cabal idea de aquel admirable conjunto. Ella carece de la brillantez necesaria para describir, ni aun aproximadamente, aquella deslumbrante orgía de colores, aquellos bosques de palmeras que por doquiera se divisan, aquellas pardas humaredas que se pierden en el espacio, aquellos pájaros multicolores que cruzan a cada paso los aires, aquella variedad de líneas que quita al paisaje toda monotonía, aquellos hermosos contrastes, aquel todo, en fin, grande y magnífico, que dilata el alma y le presta alas para volar a las regiones luminosas de lo bello y lo sublime!

La campana de la vecina iglesia que daba el Ángelus me hizo despertar de mi largo arrobamiento. Los últimos tintes del crepúsculo se desvanecieron en las sombras de la noche, y aun persistía en mi retina el deslumbramiento producido por aquel indescriptible panorama, el más bello sin duda que he visto en el curso de mi existencia.

LA NOVELA DE BILLINI

No soy crítico ni pretendo que como tal se me considere. No obsta eso, sin embargo, para que de cuando en cuando eche también mi cuarto a espadas con motivo de asuntos de amena literatura, ya que en estos tiempos de anarquía intelectual y flameante crítica impresionista, no hay quien no se crea capaz de absolver o condenar cualquier parto literario, sin arredrarse por el bien fundado temor de decir no pocos disparates y de incurrir en gravísimas equivocaciones. Convencido como estoy de mi escasa idoneidad, debería quizás de abstenerme de realizar el propósito que motiva este articulejo; pero es tan grande mi afición a todo lo que pertenece a la literatura, que declaro francamente que no he podido resistir a la tentación de poner a un lado todo género de escrúpulos, y decir, según mi leal saber y entender, cuanto se me ocurre acerca de la reciente producción de uno de nuestros más vigorosos ingenios.

Tampoco merece dejarse en el tintero otra circunstancia que en parte justifica mi intento. Salvo algún suelto periodístico, escrito más por deber de cortesía que por otra cosa, la obra artística, por causas bien conocidas, no tiene por lo común entre nosotros otra acogida que sepulcral silencio; pues rara vez —sea dicho sin ofender a nadie— se deciden quienes pueden y deben a estampar en letras de molde el juicio que la obra les merece, bien para encomiarla sin exageración o censurarla sin acritud, o para con ocasión de ella exponer saludables advertencias y sostener la necesidad de abandonar gastados moldes y avanzar

resueltamente por los nuevos luminosos derroteros que sigue el Arte en la época de renovación y de combate que alcanzamos. A todo lo dicho adiciónese lo reducido y pobre de nuestro medio literario —que no permite al autor vislumbrar la más leve esperanza de legítimo lucro— y dígase si no es empresa en extremo meritoria la publicación de libros de reconocido valor artístico, como de Pascuas a Ramos lo hacen algunos de nuestros escritores, dignos por esto solo del aplauso de cuantos ardientemente ansiamos el auge y esplendor de las letras nacionales.

* *

*

La obra del Señor Billini, a mi juicio, entraña principalmente el propósito de hacer una descripción completa de cuanto atañe al simpático pueblo que se asienta en medio del pintoresco valle del Güera. Que la descripción del ameno valle está hecha de mano maestra, como de quien ha contemplado con alma de artista todos sus rientes paisajes y deslumbradoras perspectivas, cosa es que puede afirmarse sin vacilaciones de ninguna especie. En toda esta parte del libro hay mucha fuerza pictórica, hay verdadero derroche de inspiración y de color. El paisaje descrito aparece a nuestra vista con toda su imponente magnificencia y brillante colorido. Se cree sentir el aura que acaricia las silvestres flores del verde llano, escuchar el murmullo del manso río, contemplar el hermoso cielo azul de aquella región privilegiada.

Las costumbres banilejas también están fielmente pintadas. Merecen leerse más de una vez los capítulos consagrados a describir las tradicionales fiestas y diversos aspectos de la vida social de Baní, capítulos llenos de pormenores característicos que prestan hermoso color de realidad al interesante cuadro. En uno de ellos endilga el autor un sermoncillo a las bellas banilejas que sueñan con los goces de la vida capitaleña, lo que, a mi entender, es cosa de todo en todo impropia de la obra artística, donde si se quiere alcanzar efecto ético debe dejarse que el lector lo deduzca lógicamente de lo narrado, nunca convirtiendo

la novela en púlpito y oficiando el novelista de predicador, conforme sucede en varias producciones híbridas en las cuales se desnaturaliza y falsea la esencial y verdadera finalidad del Arte.

En toda novela que tiene dos protagonistas resulta, por lo común, que uno encarna mayor interés que el otro, viniendo por natural consecuencia a constituir la figura principal del dramático sucedido. Quizás me equivoque, más pareceme que esta cuasi regla tiene aplicación en el presente caso. Antoñita, a mi ver, se destaca con más acentuada personalidad que su amiga Engracia, a causa indudablemente de las particularidades de su no vulgar idiosincrasia, que le permiten ejercer decisivo influjo en las situaciones más culminantes de la novela. Ambos tipos femeniles aparecen delineados acertada y primorosamente. Sin meterse en honduras psíquicas, sin sutiles análisis psicológicos, el autor no omite detalle que sirva para conocer más íntimamente la fisonomía moral de las heroínas de su libro. En Engracia, pongo por caso, el cuento del gatito prieto, su resistencia a quedarse con parte del dinero de Don Antonio, y otros pormenores, aparentemente de poquísimo o ningún valor, arrojan mucha luz sobre su carácter, y explican satisfactoriamente su manera de proceder en todo el episodio.

A pesar del esmero con que está dibujado Don Postumio, se me figura que este personaje adolece de un no sé qué de vago y artificial que le roba en parte interés y brillo. Candelaria Ozan y su atrevido sobrino —que en lo moral forman contraste con los personajes citados— aparecen bosquejados muy superficialmente, cuando bien merecían algunos toques más del pincel que con tanto cariño y acierto retrata los demás tipos, no tan sólo por el papel importante que en la obra representan tía y sobrino, sino también porque figuras tales, aun siendo repulsivas, necesitan modelarse con vigor artístico para que produzcan naturalmente el fin estético que se anhela. Del natural está tomado sin exageración Enrique Gómez, y ya que hablo de este afortunado mozo, confieso que me parece muy poco verosímil la carta saturada de misticismo que le dirige Eugenia María, lo mismo que la escena en que el apuesto capitaleño descubre el amor que empieza a germinar en el pecho de la desventurada Engracia.

Admíranse en esta novela pasajes de mucho efecto artístico que producen la completa ilusión de la verdad, y todo esto sin

echar mano de esos resortes que a tiro de ballesta denuncian al novelador cursi desprovisto de ingenio. El amor hacia Enrique que va gradualmente enseñoreándose de Antoñita, amor que la joven juzga criminal y que inútilmente procura sofocar, da materia a incidentes referidos con gran naturalidad, que realzan y acrecientan el mérito de la obra. Conocido el carácter de Antoñita, no me sorprende el rasgo de generosa audacia con que salva la vida a Enrique y al Jefe de las fuerzas del Gobierno, ni mucho menos la escena en que tras recia lucha con su conciencia, sin pensar en el qué dirán, declara su firme resolución de no unirse a su primo Eduardo, momentos antes de verificarse el concertado matrimonio. Abundan en la novela banileja páginas de mucho interés y colorido local, que demuestran cumplidamente que el Señor Billini posee muy apreciables facultades descriptivas y pictóricas, que, unidas a la muy rara de poder hacer el análisis hondo y concienzudo de un carácter, componen lo más necesario para cultivar con éxito la novela moderna, diferente por muchos respectos de la que hasta ayer estuvo en boga cortada por el patrón de un idealismo huero o de un romanticismo trasnochado.

* *

*

El infecundo personalismo —origen principal de casi todas las luchas fratricidas que han ensangrentado y cubierto de ruinas el suelo de la Patria— aparece en toda su desconsoladora realidad en algunos capítulos del libro que da margen a este desaliñado estudio, sumergiendo el ánimo en dolorosas reflexiones... En honra del autor debe decirse que al referir sucesos atañedores a la política y en que se ha visto envuelto, lo hace sin ningún matiz de apasionamiento, aconsejado siempre por esa serena imparcialidad propia sólo de las almas verdaderamente superiores. De esta opinión, sin embargo, no participa un íntimo amigo mío, persona nada tonta y de antigua filiación baecista, quien cree que el Señor Billini incurre a menudo en errores y descubre a cada paso su predilección por el bando políti-

co a que pertenecía en la época en que se efectuaron los hechos que narra en su novela. Aun dando de barato que tales cargos resultaren ciertos, nada perdería con ello la obra, puesto que no es posible pedir al novelista —que por incidente refiere un hecho de carácter político— la escrupulosa exactitud que debe exigirse al historiador, ya que la verdad artística no es lo mismo que la verdad histórica, y porque, además, los tales pequeños errores no destruyen en manera alguna la parte esencial de lo narrado, que es verdadera, como no podría negar nadie que conozca a fondo la luctuosa historia de nuestras contiendas civiles. De mí sé decir que no veo nada que tachar en lo referente a la política personalista que tanto ha perjudicado al organismo nacional, y que el capítulo titulado "Cosas de aquí... y de más allá" tiene mucha fuerza sugestiva y merece leerse con mucho detenimiento.

En resumidas cuentas, la obra del Señor Billini es de esas escasas que hacen sentir verdadera fruición estética, y está realzada por un estilo fluido y pintoresco, y por un lenguaje sobrio y correcto, donde encontrarán poco que roer esos críticos de detalle que tanto se afanan por descubrir una frase mal construida, un galicismo de poca monta, éste o aquel adjetivo impropriamente colocado. En esta interesante novela esplende un realismo de buena cepa, rebosando luz y color, que prueba observación perspicaz, sin ninguna de esas pinturas pornográficas que tanto afean ciertas obras, por otros conceptos dignas de encomio, de la escuela literaria ya vencida en el mismo medio social en que alcanzó inmensa resonancia y éxito brillante y completo.

A DOLORES

Atado con una cinta antaño azul y hogaño de color casi indefinible, empolvado, amarillento, llamóme ayer la atención, al registrar una gaveta de mi escritorio, un paquetito colocado en un rincón entre recortes de periódicos y colecciones de cartas.

Apresúreme a romper la vieja cinta para ver lo que el paquetito contenía, y ante mi vista aparecieron una flor marchita y dos cartas apenas legibles...

Una oleada de recuerdos invadió mi cerebro.

Al leer aquellas líneas trazadas apresuradamente con mano fabril, parecióme que ante mí surgía la mujer que las había escrito, bella, seductora, con su busto estatuario, con sus formas voluptuosas, con sus grandes ojos irradiando misteriosas claridades, tal como era hace veinte años cuando a escondidas de sus padres manteníamos dulcísimos coloquios y jurábamos amarnos hasta el último instante de la existencia.

* *
*

¿Mariposa de luz de mis primeros amores, por qué vienes ahora a revolotear en torno mío, cuando mis idealismos juveniles han desaparecido, cuando la duda ha ahuyentado de mi espíritu tantas creencias consoladoras, cuando de las flores de

mis esperanzas, quedan apenas restos marchitos que la brisa más leve puede llevarse lejos, muy lejos?

Tú, Dolores, resumes el período más luminoso de mi vida juvenil, período feliz en que una mirada de tus grandes ojos negros colmaba todos mis anhelos, y sumergía mi alma en inefables deliquios, en arrobadores ensueños... Tú escuchaste las primeras frases de amor que brotaron de mis labios; tú presentaste ante mi asombrada vista paisajes deslumbradores, mágicos horizontes henchidos de luz y de poesía. ¡Cuántas, cuántas veces paseamos juntos por las umbrosas alamedas del encantado país de los ensueños, forjando ilusiones, desasidos por completo de la cruel realidad, olvidados de que en torno nuestro se agitaba un mundo lleno de pasiones mezquinas, de decepciones y de odios!

* *

*

Después... ¿Qué pasó después?... Lo recuerdo en este momento como si ayer hubiera acaecido.

Moría la tarde. Inmóvil en un recodo de las playas puertoplateñas, con el corazón dolorido, con el alma enlutada, miraba cómo lentamente iba alejándose el vapor que te conducía a lejanas regiones. El mar y el viento murmuraban su eterna queja; las olas se estrellaban a mis pies; el rojo encendido del horizonte iba gradualmente desvaneciéndose, y yo, indiferente a todo aquello, seguía en el mismo sitio con la vista clavada en la nave que te alejaba para siempre de mi lado...

Nada he vuelto a saber de ti desde aquella tarde. Cuatro lustros han pasado dejando en mi cuerpo y en mi alma imborrables huellas: creía haberte olvidado por completo; y hoy, sin embargo, una flor marchita y dos cartas han bastado para hacerte surgir ante mis ojos deslumbradora de belleza y gracia, y para hacerme recordar hasta los menores incidentes de aquella pasión amorosa tan pronta y tristemente terminada por la ausencia.

COSAS AÑEJAS

TRADICIONES Y EPISODIOS DE SANTO DOMINGO, POR CÉSAR N. PENSON

I

Complázcome, ante todo, en manifestar que considero a Pensón en el número de los escritores nacionales más dignos de estimación y aplauso. Tiene muchas de las cualidades que distinguen el verdadero erudito.

No está a su gusto sino cuando con entera libertad puede revolver empolvados archivos y consultar viejos libros, restregando el documento o dato que le falta para dar cima al estudio arqueológico o de índole filológica que trae entre manos. Requieren estos trabajos, poco apreciados por el vulgo literario, afición a toda prueba, suma laboriosidad y gran caudal de paciencia; condiciones que si con detenimiento se observa reúnen pocos escritores modernos, puesto que la generalidad de éstos por sistema o por lo que sea, rehuye todo estudio serio, pagándose, sobre todo, de lo que deslumbra y seduce, aunque en el fondo revele pobreza de ideas y adolezca de superficialidad notoria.

En cuestiones gramaticales, el voto de Pensón merece tenerse muy en cuenta. Entre nuestros actuales escritores es, quizás, el que más ha ahondado en tales materias, como lo evidencian ciertos escritos suyos no ha mucho publicados. No guarda secretos para él la sonora lengua castellana, y así conoce bien todos sus primores y filigranas y su riqueza sintáctica que tanto se presta a la acertada y natural expresión de sentimientos y de ideas. Al reflexivo estudio que ha hecho Pensón del castellano,

y al culto que rinde a ciertos clásicos de la época más brillante de la literatura española, débese, sin duda, el tinte arcaico que a veces se advierte en sus escritos, lo cual, a decir verdad, no es de mi gusto. Nada anfibiológico su estilo, pierde en él algo en ocasiones la espontaneidad del pensamiento por el afán de la corrección escrupulosa y nimia, y por el empeño de vaciar la expresión en el molde de la frase netamente castiza.

Para el observador algo versado en estas cosas, nada deponen en contra de lo afirmado, las voces y locuciones de abolengo americano que Penson emplea con frecuencia, y siempre con acierto, aunque otra cosa opine el Conde de las Naves en la crítica que hace de *Cosas añejas*, obra ésta acerca de la que voy a exponer con sinceridad cuanto desde mi particular punto de vista artístico he notado en ella digno de alabanza o censura.

II

Levantar con mano segura el velo misterioso que cubre lo pasado, y poner ante nuestra vista con su peculiar colorido y apropiado relieve sucesos que por diversas causas se grabaron hondamente en la fantasía popular viniendo al cabo a adquirir el matiz de lo tradicional y legendario, es empresa que habla muy alto en favor del escritor que la lleva a feliz término; porque además de demostrar con ello facultades intelectuales nada comunes, contribuye, en cuanto es posible, a dar completa idea de la fisonomía moral de una sociedad en un tiempo dado con todo aquello que la particulariza y distingue.

Pintados con esmero, y con plena vida artística, aparecen en el libro a que me contraigo, lugares y personajes pertenecientes a épocas no muy lejanas, pero a las cuales envuelve ya la densa niebla del olvido. Necesítase amor entrañable a lo pasado, afición decidida a espaciar el espíritu en el ambiente de muertas edades, para de tan discreta manera acertar a describir lugares cuyo aspecto es hoy totalmente diferente; relatar un hecho ya lejano con todos sus incidentes y particularidades; resucitar un personaje tal como fue o se supone que debió ser, depurándolo de absurdas exageraciones, sin quitarle por eso el colorido poético o la faz repulsiva con que lo muestra ante nosotros la ola incesante del tiempo.

Rico de color local y perfectamente desarrollado se me antoja un "Drama horrendo", episodio de tonos sombríos narrado con soltura y elegancia, en el cual no decae el interés un solo instante. Aparte de algún detalle bien observado, deja "Bajo cabello" bastante que desear por muchos respetos. Suprimido tal cual pormenor que juzgo defectuoso, ganaría mucho Barriga Verde en perfección artística; y cuenta que a mi ver este sucedido es por varios conceptos uno de los mejores que contiene el libro. Cuadro bien dibujado y de mucho efecto trágico es "La muerte del Padre Canales", y no menos digno de encomio conceptúo a "Profanación", relato que contiene una soberbia descripción del arruinado monasterio franciscano, lugar del escandaloso acontecimiento que se cuenta en aquel episodio. No veo por lo demás en Alcuis Ponthieux y sus compañeros sino imaginaciones juveniles caldeadas por la fiebre romántica contraída durante su permanencia en la gran capital situada a orillas del Sena. Cosas mucho peores regístranse en la historia del romanticismo, escuela literaria por aquel entonces en toda su fuerza y apogeo. "Entre dos miedos" merece desterrarse de la obra por insustancial y... por lo mismo. Penson describe con facilidad y gallardía, y buena prueba de ello es "El martirio por la honra", tradición cuajada de excelentes descripciones. Paréceme sí en este suceso poco o nada verosímil la escena en que el Doctor se propasa a ciertos atrevimientos mayúsculos con María en presencia de la madre de ésta dormida. Exagerado encuentro también el retrato de esta mujer desnaturalizada, pues raya en lo increíble que mostrara tan refinada crueldad con su hija, aunque a ello la impulsara el ansia de ocultar a todos la mancha caída en el limpio blasón de la familia. Hay realismo de buena escuela en algunas situaciones de "Los tres que echaron a Pedro entre el pozo" y de "Muerte por muerte", y, como detalle curioso, he leído con agrado "El santo y la colmena". Nada sobra en "Las vírgenes de Galindo", conmovedor episodio escrito con arte sumo, y en el cual la impresión que desde el principio se apodera del lector va creciendo en intensidad hasta el momento de la consumación del horrible asesinato. Y ya que a este conocido acontecimiento me refiero, no quiero dejar pasar la ocasión sin decir que existe por aquí quien afirma y sostiene que el José María Rodríguez de que habla el autor al final de la narra-

ción no tuvo arte ni parte en el espantoso crimen, sino que antes al contrario, fue un buen padre de familia y empleado pun-donoroso, debiéndose su trágico fin a intrigas políticas de po-derosos enemigos... Como carezco de humor y tiempo para practicar las indagaciones que amerita el caso, dejo a Penson esta tarea, a fin de que si lo dicho resulta cierto haga la necesaria rectificación del punto cuando se ocupe en preparar la segunda edición de su primoroso libro.

III

Como he dicho en diversas ocasiones, disgústame en extremo la crítica que convierte en capitales errores insignificantes des-lices, pues por lo general denuncia en quien así la ejerce defi-ciente doctrina estética y escasa o ninguna elevación de miras. Pero eso no obsta, sin embargo, para que en escritor como Pen-son se note bastante, por ejemplo, que asegure, en "La muerte del Padre Canales" que el P. Perozo era antiguo capitán de los tercios de Flandes, cuando éstos habían terminado su gloriosa historia hacía más de un siglo, y poco menos que tal denomina-ción había desaparecido de la milicia española; y que diga en "Muerte por muerte" que se acudió a dar parte del asesinato de Tomás Ramírez al Capitán General Brigadier Don Juan Sánchez Ramírez, cosa también imposible, porque para la fecha en que acaeció este suceso hacía ya varios años que había muerto el heroico caudillo de la Reconquista.

A descuido exclusivamente atribuyo los pequeños errores se-ñalados; y aunque en nada aminoran el mérito de la obra, sería de desear que desapareciesen de ella en la nueva edición que se-gún he oído dará el autor a la estampa.

Bien puede Penson estar satisfecho de haber enriquecido nuestra naciente literatura con joya de tan subidos quilates co-mo *Cosas añejas*, y crea que experimento íntimo regocijo unien-do mi humilde aplauso a los muchos que le ha tributado la crí-tica ilustrada con motivo de la publicación de su por muchos conceptos interesante obra.

RAMONA

NOVELA AMERICANA POR HELEN HUNT JACKSON

No sabe mi distinguido amigo el notable escritor José Martí, acertado traductor de *Ramona*, cuánto le agradezco el ejemplar de esta hermosa novela que tuvo la amabilidad de ofrecerme, pues sin exageración de ningún género puede afirmarse que son muy contadas las creaciones novelescas contemporáneas que produzcan el vivo placer estético que se experimenta al recorrer las páginas del interesante libro que motiva este deficiente artículo. Acabo de leerlo nuevamente, y declaro con mi habitual franqueza que no he podido resistir al deseo de decir sobre él siquiera cuatro palabras, por más que juzgue cosa superior a mis fuerzas el propósito de apreciar acertadamente el mérito artístico de esta celebrada novela, máxime cuando ya críticos autorizados lo han puesto de relieve de manera brillante y en extremo lisonjera para la inspirada autora de *Ramona*.

Bien diferente de la crítica informada en dogmatismos de escuela, crítica llena de prejuicios y exigente hasta lo sumo respecto al cumplimiento de ciertos cánones puramente convencionales, la que hoy prospera en el mundo de las letras reclama ante toda la expresión sincera del efecto producido en el ánimo por la obra artística, lo que ha hecho que muchos exagerando este fecundo principio hayan creído que la crítica moderna se reduce a decir con desenfado cuanto, venga o no al caso, se nos ocurre al estudiar una producción literaria. La crítica de impresión personal, en realidad, vale bien poco cuando no revela observación honda y perspicaz, y un criterio ecléctico formado

por el estudio de los principios de cada escuela y de los mejores autores. Quien tales condiciones atesore, ya puede ufanarse de ser capaz de ejercer el magisterio de la crítica del modo cumplido que demanda empresa tan espinosa y delicada. Líbreme Dios de suponer, ni por un instante, que poseo nada de lo expuesto, ni que valen un pito los articulejos críticos que de higos a brevas suelo dar a la estampa. A la irresistible comezón de decir con mi habitual franqueza lo que pienso acerca de *Ramona*, únese también el deseo de llamar la atención sobre esta excelente producción novelesca, por acá poco conocida, y a mi juicio acreedora de ser leída con preferencia a muchas que andan por ahí de mano en mano sin que nada justifique predilección tan señalada.

* *

*

No pertenece *Ramona*, ni con mucho, al crecido número de novelas que todos los días salen de las prensas norteamericanas para solaz y deleite de millones de lectores; novelas en su mayor parte desprovistas de valor estético, como informados por lo común en un objeto de trascendencia ética, casi siempre marcadísimo, al cual se sacrifica a menudo sin compasión cuanto elemento artístico aporta la observación directa de la realidad, una vez que con ello pueda resultar lesionada la finalidad moral preconcebida. Tan estrecho procedimiento, contrario en un todo a la libertad artística bien entendida, sólo puede dar de sí obras sin adecuado ambiente, sin hondos análisis psicológicos, sin espontaneidad, sin expresión verdaderamente humana. Para los que buscamos en la creación artística la pintura amplia y real de la vida, sin propósitos docentes ni descripciones pornográficas, resultan forzosamente soporíferos los consabidos engendros literarios. *Ramona* dista mucho de figurar en este número. Hay en esta novela mucha luz, mucho color, mucha vida. La verdad artística hiere nuestra retina ataviada con las galas deslumbradoras que puede solamente prestarle el verdadero ingenio. Se lee y relee esta obra con delectación

hasta su última página, pues en toda ella se refleja con brillante colorido la impresión sentida por la autora ante el doloroso espectáculo que hizo brotar de sus labios el grito de piedad que resuena melancólicamente en las más interesantes situaciones del conmovedor relato californiano.

Pasa la acción en la Baja-California pocos años después de ser incorporado a los Estados Unidos aquel extenso territorio. Casi a raíz de tan importante suceso empezaron los indios que poblaban aquella vasta región a echar de menos a sus antiguos señores mejicanos y a vislumbrar la horrible suerte que les aguardaba. Con crueldad sin igual fueron poco a poco aventados de sus hogares, arrojados hoy de aquí, mañana de más allá, constreñidos a soportar terribles vejaciones, sin que nada valiesen las protestas que en favor de aquella infortunada raza hicieron algunos hombres de alma noble y generosa. La lucha biológica, el eterno combate por la vida en que las especies mejor dotadas acaban por destruir forzosamente las menos favorecidas por la naturaleza, presenta una de sus más sombrías fases en esta aplaudida novela, y hace acudir a la mente un cúmulo de desconsoladoras reflexiones.

Tristeza profunda despierta en el espíritu la contemplación de un conjunto de seres humanos humildes y laboriosos, condenado a inevitable ruina por una civilización superior con criminal refinamiento. En la rudeza de las costumbres, en la carencia de ciertos sentimientos filantrópicos por aquel entonces casi desconocidos, en el espíritu predominante en una época todavía influida por las preocupaciones de los siglos medioevales, tienen alguna atenuación los hechos de crueldad ejecutados por los guerreros hispanos que destruyeron con sus victoriosas espadas las recién descubiertas civilizaciones americanas; pero ni una sola de estas circunstancias, que sirven en parte de disculpa a los horrores perpetrados en la conquista de este Continente, pueden citarse en abono de los luctuosos sucesos tan magistralmente contados en *Ramona*. Muchos de los que se juzgan poseedores de la última palabra de la ciencia absuelven estos hechos considerándolos como forzoso resultado de la pugna biológica, necesaria, fatal, inevitable... Tal vez tengan razón, mas nadie podrá convencer jamás a los que subordinamos todo acto social a un fin de bien de justicia, que el combate que ri-

ñen por la existencia las colectividades humanas, imprescindible y todo, puede y debe efectuarse con procedimientos equitativos más en armonía con los principios de fraternidad y mejoramiento general que tanto preconiza la actual centuria.

A la raza conculcadora pertenece Helen Hunt Jackson, y por lo mismo entraña mayor importancia su elocuente testimonio. Toda su obra puede resumirse en una protesta contra los desafueros e iniquidades cometidos con los indios, y, sin embargo, es tal el arte con que está compuesta la novela, que la autora logra plenamente el resultado apetecido, sin revolverse airada contra los culpables, y sin falsear en nada la finalidad estética que debe constituir siempre el verdadero objetivo del artista.

* *
*

Con gradación y sencillez enteramente artísticas desenvuélvese el argumento, y ningún episodio ajeno a la novela distrae la atención, que va en aumento a medida que se avanza en la lectura. Los sucesos se eslabonan lógicamente, y todo pasa en la obra de manera natural, sin efectismos rebuscados, sin sensiblerías románticas, sin nada que dañe la armonía artística del conjunto. Hase exagerado mucho el cumplimiento del canon de la escuela naturalista que prescribe que las descripciones sean lo más completas posible, lo que a menudo ha dado lugar a una prolijidad cansada, a un acumulamiento de detalles que casi siempre ocasiona invencible fastidio. Así no sucede en *Ramona*. Abundan en ella las descripciones, pero ¡qué descripciones! Sobrias, admirables, rebosantes de realidad, impresionan vivamente con la pintura fiel del objeto que se propuso describir la autora. Las montañas enhiestas, los valles pintorescos, las mil variedades de la espléndida vegetación californiana, surgen a nuestra vista con todos sus colores, con lo que caracteriza la riente naturaleza de aquella hermosa porción del suelo americano.

Ni un momento la nota de lo exagerado falsea o desnaturaliza el carácter de los personajes que se mueven en el maravilloso escenario en que pasan los sucesos narrados en la obra. Ilu-

mina con suave luz el sombrío cuadro, Ramona, la mestiza, la encantadora niña que halla en su amor al indio Alejandro fuerzas suficientes para afrontar resignada los rigores de un destino cada día más adverso. Con majestuoso relieve destácase en toda la narración Alejandro Asís, el generoso e infortunado indio, quien parece sentir con más fuerza que ninguno de sus compatriotas las angustias y dolores de la desgraciada raza a que pertenece. ¡Qué bien dibujada se me figura la Señora Moreno! Alma ésta de acerado temple sobre la que resbala el tiempo sin modificar en lo más leve sus sentimientos y preocupaciones. Felipe, el cumplido caballero mejicano; el P. Salvatierra, el octogenario franciscano, austero y humilde, de quien dice la autora que había ya en todo él la poesía trágica, y a veces sublime, de un hombre que ha sobrevivido a su época y a sus ideales; Margarita, Juan Canito, figuras todas perfectamente delineadas y llenas de vida artística, como productos al fin de un realismo vigoroso y sano.

Escenas henchidas de hermoso color local esmaltan esta primorosa novela, probando cumplidamente que la autora posee esa fuerza de expresión pictórica que tanto realza las más aplaudidas creaciones romanescas del Arte contemporáneo. El encuentro de Alejandro y Ramona en la callada noche, al pie de los sauces; el pasaje en que el indignado indio refiere a su amada con todos sus lúgubres pormenores el desastre de Temecula; la peligrosa fuga de Alejandro y Ramona en busca del sitio seguro donde fabricar el nido de sus amores; los últimos momentos de la Señora Moreno hasta el postrer instante atrincherada en el inexpugnable baluarte de sus preocupaciones y sus odios; el trágico fin de Alejandro a manos del americano Farrar, en la soledad de la abrupta montaña en que se había refugiado el infortunado esposo de Ramona, son situaciones de mucho mérito artístico que avaloran notablemente el hermoso libro prestándole un atractivo y un interés poco comunes.

No diré que esta celebrada novela esté por completo libre de máculas. Harto se me alcanza que éstas no pueden faltar en las producciones del ingenio, ya que la absoluta perfección es ideal que se esconde en la región de lo inaccesible y burla siempre nuestros empeños. Digo sí, ingenuamente, que lo que a mi ver amerita censura en esta obra es de tan escasa importancia, que

fácilmente puede pasar inadvertido. Atesora, en cambio, tan considerable número de bellezas, produce tan viva emoción estética, que nadie de fijo dará por mal empleado el tiempo que consagró a recorrer sus páginas. Quizás vaya errado, más se me figura que son muy pocas las novelas modernas que pueden poner la ceniza en la frente a este bellissimo romance. Y que mucho que así suceda, si es *Ramona* una pintura brillante y completa de una naturaleza exuberante y de un medio social curiosísimo, hecha por una mujer de exquisita sensibilidad y clara inteligencia, que puso en ello su alma de artista enamorada de luminosos y excelsos ideales.

NUÑEZ DE ARCE
(EL PROPÓSITO DEL POEMA "LUZBEL")

Conozco sólo un fragmento de "Luzbel", la última producción, si no me equivoco, del insigne poeta vallisoletano. El genio del mal retratado en aquel poema, no se diferencia gran cosa de los tipos similares que la creadora fantasía de los poetas ha amontonado en el acervo literario de los antiguos y modernos tiempos. Subsiste siempre la misma personificación con idénticos atributos. Salvo tal o cual detalle, el Satanás que surge ante nuestros ojos tiene perfecta semejanza con el que desde niños estamos acostumbrados a contemplar en grabados terroíficos. El soberbio Ángel destronado ha variado bien poco en su eterna peregrinación al través de las edades, pues el espíritu moderno, que tanta cosas ha transformado, no ha podido casi despojar su sombría figura del matiz legendario que constantemente la acompaña. El mismo tipo cristalizando la misma abstracción, como si estuviera irremisiblemente sentenciado a no admitir modificaciones de ningún género, sin complejidades, sin fuerza virtual para romper las mallas que lo estrechan y aprisionan, impidiéndole en absoluto la realización de todo propósito de bien...

Tal vez tengan razón, si por este aspecto se considera a "Luzbel", los críticos que acusan a Núñez de Arce de poca novedad en las ideas, de cierta vacuidad en lo que toca a lo esencial de los asuntos que trata, de repetir los mismos conceptos aunque vestidos con vario y brillante ropaje; pero no pueden, sin incurrir en la nota de parciales o apasionados, negarle la soberana belle-

za de la forma, la sonoridad y armonía de sus magníficas estrofas, que ora tienen resonancias bélicas como clarín guerrero, ora apóstrofes rudos e hirientes, ora arranques de profunda desesperación generados por duda que turba su alma y constituye la musa inspiradora de sus más sentidas y elogiadas poesías.

A pesar de lo que generalmente se cree, pareceme que la duda que aqueja a Núñez de Arce es sólo expresión de un estado intelectual puramente transitorio. En su espíritu no se ha efectuado, dígame lo que se quiera, esa lucha maravillosamente nos pinta Renán en una de sus obras. Su escepticismo no es el sereno y resignado que admiramos en el autor de la *Vida de Jesús*, sino algo que en el fondo no es más que el lamento que arrancan a su alma sus creencias aparentemente perdidas. Tal inconformidad arguye falta de convicción, carencia de valor moral para aceptar con resignación la realidad de las cosas, y de ahí a caer nuevamente bajo el dominio de la fe no hay más que un paso. Ante la puerta del templo de lo porvenir henchido de misteriosos rumores, donde parece como que alborea la luz de las nuevas ideas que han de transformar completamente nuestra sociedad caduca y desesperada, detiene sus pasos el gran poeta castellano para oír embelesado el canto de sirena de sus antiguas creencias, el cual evoca en su espíritu todo un mundo de recuerdos; haciéndole sentir la nostalgia de ideales que la ciencia con sus análisis y razonamiento jamás podrá subsistir en ciertas almas dotadas de poderosas facultades afectivas... Su poesía "Tristeza" revela admirablemente semejante estado de ánimo.

Los que hace tiempo hemos sentido bajo la piqueta del análisis científico derrumbarse el alcázar de nuestras más consoladoras creencias; los que todavía no nos resignamos a creer, como Brunetière, que la ciencia ha fracasado en su objetivo supremo de alcanzar la verdad, sentimos a veces momentos de profundo desfallecimiento, de amarga duda, y, como Núñez de Arce, observamos con ansiedad el oscuro horizonte para ver si entre sus nieblas acertamos a descubrir el lumínico que nos indique la proximidad del anhelado puerto.

ASUNTOS LITERARIOS

He afirmado más de una vez en mis deficientes artículos, que del examen de la producción literaria desde puntos de vista puramente retóricos y gramaticales, en modo alguno puede resultar crítica provechosa, amplia, tolerante, sugestiva, propia en fin del presente momento artístico. Redúcese la crítica que solo se fija en accidentes externos, a hacinamiento de ideas vulgarísimas, de preceptos consagrados por la rutina, y sirve únicamente para contribuir al desarrollo de lo que llamé no recuerdo quién el raquitismo literario. Rarísimos son ya los que cultivan la crítica de esa manera; y por lo que a mí respecta confieso que cada vez que tropiezo con críticas de tal calibre, recuerdo al momento la época de mi vida estudiantil, en que Hermosilla, el intransigente Hermosilla, imperaba todavía despóticamente en las aulas, y era en el colegio considerado por todos como el Pontífice Máximo, el Legislador supremo e indiscutible en todo lo atañadero a asuntos literarios.

Las revoluciones que han agitado el mundo literario durante la presente centuria, han dejado en todas partes gérmenes de renovación artística, que, con el transcurso del tiempo, han dado sus naturales resultados. Lo esencial permanece en pie, pero lo susceptible de modificación y transformación, se modifica y transforma inevitablemente. El dogmatismo cerrado de Hermosilla, la estricta sujeción a principios y reglas las más de las veces convencionales y arbitrarias, no informan hoy ni informar pueden ningún procedimiento crítico que aspire a obte-

ner éxito cumplido. Aferrarse, pues, a lo rutinario, a lo que ya no tiene razón de ser, a lo que sólo tiende a entrabar la libertad artística sin proporcionar en cambio nada beneficioso para el Arte, es empeño estéril y vano, que evidencia criterio sumamente estrecho en quien de ese modo cierra los ojos por miedo a la luz y prefiere permanecer estacionario, encerrado en el reducido círculo de sus ideas, tapándose los oídos para no escuchar el ruido que anuncia que a su alrededor todo cambia obedeciendo a leyes necesarias e inevitables.

Es menor cada día, como nadie ignora, el número de los críticos que fulminan sus fallos en desagravio de tales o cuales cánones retóricos y gramaticales infringidos o menospreciados. No en vano prosiguen su misteriosa labor las ideas de renovación esparcidas en el ambiente del Arte contemporáneo. Puesta de manifiesto la inutilidad de añejos dogmatismos y convencionalismos, surge, como privativa del presente estado intelectual, la crítica de impresión personal, artística, luminosa, robustecida por la observación libre de prejuicios, henchida de interesantes apreciaciones subjetivas, aunque a menudo enturbiada por móviles mezquinos, por apasionamientos personales, que la hacen aparecer como desprovista de imparcialidad, y, por consiguiente, falta de valor real y de positiva trascendencia.

Desdén profundo me ha inspirado siempre esa crítica superficial e incolora, que se entrega con fruición al rebuscamiento de defectillos sintáxicos u ortográficos; crítica que nada dice al espíritu, que jamás cambia de puntos de vista, que presenta siempre ante la mirada los mismos monótonos horizontes... Bajo su microscopio, lo insignificante adquiere gigantescas proporciones, y el más chico error o descuido revista la importancia de falta imperdonable. Por nada de cuanto llevo expuesto vaya, sin embargo, a creerse que mi devoción a la libertad artística llega al extremo de rechazar ciertos principios deducidos de algunas verdades estéticas que jamás podrán ser derogadas. Nada de eso. Lo que censuro es lo convencional sin sólido fundamento, el ciego acatamiento a lo rutinario, lo que no da ni puede dar de sí sino frutos raquíticos, creaciones endebles que aparecen y desaparecen sin dejar apenas huella de su paso.

Me explico perfectamente que Antonio de Valbuena fustigue con su sátira a muchos de los poetas que figuran en sus conoci-

dos *Ripios*. Bien merecen la palmeta del dómine los versificados hueros tan duramente tratados por Valbuena. Pero me indigna esa misma sátira aplicada a Echegaray y a Núñez de Arce. La sátira valbuenesca resulta contraproducente en este caso. Con sus juicios sobre los dos literatos citados, solo consigue Valbuena demostrar sus intransigencias de sectario, su carencia de elevada doctrina estética, su impotencia para descubrir las luchas íntimas, los estados psicológicos que determinan la creación artística... Léase, por ejemplo, el juicio que hace Valbuena de Núñez de Arce, compárese con el de Menéndez y Pelayo sobre el mismo poeta, y se verá la inmensa diferencia que hay entre la crítica puramente externa, formalista, intolerante y apasionada, y la crítica honda, luminosa y sugestiva.

* *

*

Como lo enseña la historia, no ha habido escuela filosófica o literaria que no haya en mayor o menor grado exagerado el alcance de sus tendencias innovadoras. La exageración es lo más temible en materia de reformas. A cada reformador siguen por lo regular numerosos adeptos, más o menos ardorosos y convencidos, que echan a perder o poco menos la nueva doctrina con sus desmesuradas alabanzas y estupendas exageraciones. Fuera ya de sus naturales cauces la idea o principio que inspira al propósito innovador, viene presto la reacción que lo reduce a sus naturales límites, sin perjuicio de incurrir por su parte en iguales o mayores excesos. Es éste un hecho que la siempre observación comprueba a cada paso, y en el cual debemos fijarnos detenidamente siempre que nos propongamos emitir juicio imparcial y sereno sobre ésta o aquella escuela literaria.

En nombre de la libertad artística reivindicada, incurrió el romanticismo en monstruosas exageraciones; salvó con sin igual audacia el límite que le señalaba el buen sentido, y se entregó al goce desenfrenado de una libertad que todo lo permitía, terminando pronto su ruidosa vida en medio del más merecido desprecio. Del naturalismo nada se diga. Por sus excesos yace hoy

en el palenque de sus glorias vencido y maltrecho, después de haber proclamado *urbi et orbi* su propósito de llevar a cabo la más asombrosa regeneración estética de que hay ejemplo en la historia del Arte. Y, con todo, tanto el romanticismo como el naturalismo poseían gérmenes de mejoramiento artístico que produjeron sazonados frutos, y no cabe negar que algunos de los principios sustentados por ambas escuelas influyen visiblemente en la buena labor literaria de estos últimos años.

De poco tiempo a esta parte, nótase en muchos escritores americanos el prurito de imitar la manera literaria de algunos ingenios desequilibrados por la neurosis muy aplaudidos en la gran metrópoli francesa, sin pensar que son otros los ideales que ante sí tiene la literatura americana, y que en estos pueblos será siempre exótico y pasajero, lo que en la misma ciudad-cerebro no pasa de ser mero accidente, ráfaga momentánea, como lo sostienen críticos notables. Algunos decadentistas americanos dislocan el estilo, quieren que el vocablo se transforme en color y la frase vibre como arpa eolia, hostigados por el deseo de aparecer como verdaderamente originales, expresando sus pensamientos de una manera nueva, extravagante y rara. Afortunadamente parece que esta racha de mal gusto va ya pasando.

La crítica actual, como queda dicho, tiene que ser amplia y tolerante si quiere juzgar con acierto la presente evolución literaria; pero a la par de estimular y encomiar toda tendencia que represente un grado más de positivo progreso en la esfera del Arte, debe condenar severamente toda clase de exageraciones, todo lo que —como el gongorismo que ya tenemos en casa— tiende a agostar la savia de toda una generación literaria que en día no muy lejano podría ser honra y gloria de América.

I

Con pasmosa rapidez habíase propagado por todos los ámbitos de la Monarquía española la fausta nueva del descubrimiento de maravillosas tierras en las vastas e inexploradas soledades del mar Tenebroso. Motejado de visionario, escarnecido como demente, el nauta genovés, rendido su primer épico viaje, viose súbitamente elevado a la cumbre de la mayor popularidad por las mismas muchedumbres que hasta hacía poco se complacían en arrojarle a la cara los más crueles dicterios y las más infundadas acusaciones. La figura del egregio Descubridor alzóse engrandecida sobre el pedestal grandioso de la pública admiración, con toda la majestad del triunfo conseguido y toda la verdadera excelsitud de su genio. Así, desde Palos a Sevilla, desde las orillas de Guadalquivir a la ciudad Condal, residencia a la sazón de los soberanos españoles, fue la marcha de Colón serie no interrumpida de ovaciones; pues por donde quiera que pasaba agolpábanse las multitudes para aplaudirle con todos los extremos de un entusiasmo delirante, y para admirar con infantil curiosidad, nunca saciada, los asombrados indios y los variados objetos traídos de los lejanos y misteriosos países recién descubiertos.

El amor a aventuras que granjeasen gloria y riquezas por una parte, y por la otra el ansia de difundir en las nuevas regiones las civilizadoras enseñanzas cristianas, fueron los móviles prin-

cipales que espolearon a los hidalgos y sacerdotes que corrieron desalados a ocupar un puesto en la importante expedición que con desusada prontitud y gran copia de recursos se aprestaba en el hermoso puerto gaditano. Caldeada la fantasía con los estupendos relatos que acerca de la extraordinaria riqueza de los nuevos territorios se oían por todas partes, iban los hidalgos expedicionarios con la mente henchida de esperanzas e ilusiones, columbrando, en risueña perspectiva, vírgenes florestas donde el oro a montones despedía mágicas irradiaciones y todo servía para recreo y deleite de los sentidos.

Entre los muchos que se enrolaron en la flota mencionada, y que después alcanzaron celebridad más o menos merecida, descuella con verdadero relieve el batallador capitán Alonso de Ojeda, cuyos restos acaban de hallarse, merced a los pacientes esfuerzos de concienzuda investigación, en donde la tradición y la historia lo aseguraban de consuno: en el monasterio de San Francisco de la histórica ciudad de Santo Domingo.

II

La personalidad del hidalgo de Cuenca ofrece al examen del observador rasgos característicos bien acentuados, y por lo demás bastante comunes en la mayor parte de los audaces aventureros que a fuego y sangre sojuzgaron el extenso Continente americano. Valeroso hasta un grado apenas creíble; astuto y acomodaticio cuando necesitaba serlo; rápido en concebir y más aun en ejecutar; poco o nada escrupuloso en la elección de medios con tal que éstos le condujesen al logro de sus propósitos, Alonso de Ojeda aparece en primer término con contornos bien delineados en el proceso histórico de la conquista de La Española, y puede presentársele como el primero, en el orden cronológico, de aquellos arrojados guerreros que aguijoneados por el deseo de alcanzar alto renombre y enriquecerse rápidamente, se encaminaron espada en mano, y seguidos cada cual de reducida hueste a domeñar diversas comarcas del suelo americano; y tras recio lidiar derrumbaron en Otumba el secular imperio azteca; franquearon colosales cordilleras y se adueñaron de ciudades asentadas al pie de los volcanes andinos, ases-

taron golpe de muerte en el patíbulo de Cajamarca a la sólida dominación incásica, y sostuvieron con los indomables araucanos en las orillas del Bio Bio la lucha gigantesca que cantó en versos inmortales la Musa épica de Ercilla.

En casi todo el período de la conquista de esta Isla vese siempre en lugar prominente al incansable paladín castellano. Antes que nadie aparece recorriendo en excursión exploradora las fértiles comarcas cibaenas; comanda luego los refuerzos enviados a la amenazada guarnición del fuerte de Santo Tomás, donde sostiene poco después riguroso asedio; con gran arrojo y reprehensible ardid ejecuta la captura de Caonabo, el heroico defensor de las libertades de su raza; vence en reñido combate al valeroso Maniocatex en el mismo corazón de la Maguana, y a la cabeza de la caballería pone de su parte a la victoria en la gran batalla de La Vega, demostrando en todos estos empeños bélicos superior resistencia para soportar las privaciones y fatigas de la guerra, notable facilidad para improvisar recursos, y un valor legendario, jamás discutido ni aun por sus más apasionados detractores.

De los conquistadores de más fama, muy raros cuentan una vida tan salpicada de novelescos incidentes y de penosas vicisitudes como la del esforzado hijo de Cuenca. En su última expedición a la Costa-firme fue la desgracia su inseparable compañera. No son para contar los sinsabores que experimentó en aquel desdichado viaje, ni los peligros a que se vio frecuentemente expuesto, y de los cuales se salvó gracias al acerado temple de su alma, hecha para luchar con la adversidad y para soportar sin desfallecimiento los duros embates del destino. De regreso a la Costa-firme vientos tempestuosos arrojaron su nave a la costa Sur de Cuba, y exceden a cuanto se puede imaginar las calamidades de todo género que sufrió con sus compañeros al dirigirse, por territorios enteramente desconocidos, al extremo oriental de aquella isla con el propósito de aproximarse lo más fuera posible a La Española. Cerca de cuarenta días empleó el grupo de náufragos en atravesar con el lodo hasta la cintura espesísima ciénaga, alimentándose la mayor parte del tiempo con raíces y viendo reducirse sus filas por la desaparición de algunos en el inmenso pantano, sin que en tan grave aprieto desmayase un solo momento el ánimo de Ojeda. Al fin

vio recompensada su firmeza con su salvación y la de sus compañeros por el cacique de Neiba, el cual movióse a compasión a la vista de aquella gente famélica que semejava verdaderamente fúnebre procesión de espectros.

Adicto primeramente al gran Almirante, quien en una de sus cartas le llama mozo discreto y de muy buen recaudo, mírasele más tarde en alianza íntima con el obispo Fonseca, el constante enemigo de Colón, solicitando y obteniendo del poderoso mirado el permiso de armar y dirigir una expedición con el objeto de descubrir nuevos territorios, permiso en un todo contrario al tenor expreso de las capitulaciones y convenios pactados entre el gran navegante genovés y los monarcas iberos. A juzgar por lo que cuenta Herrera, tampoco se llevó bien con el célebre Ovando. Residenciado el severo Comendador de Lares, fue Ojeda de los primeros en reclamarle ingente sumas, fundándose para ello en razones de escasa monta, siendo desestimadas sus reclamaciones por haberse hecho después de transcurrido el plazo legalmente señalado.

La miseria acibaró terriblemente los últimos días de este bizarro campeón conquistador. No falta historiador que asegure que se hizo fraile franciscano, suceso que no debe merecernos entero crédito, puesto que no lo mencionan Las Casas y otros autores que hablan con alguna extensión de los hechos del infortunado Ojeda. Lo indudable es que murió en la indigencia y fue enterrado a la entrada de la iglesia de San Francisco, en sitio donde todos los que entrasen fuesen sus huesos los primeros que pisasen.

La investigación histórica ha aventado el polvo que cerca de cuatro centurias habían depositado sobre su losa sepulcral, y ha exhumado los restos del intrépido soldado que realizó tantas hazañas por someter al dominio español la heroica y noble raza quisqueyana.

III

Muchas veces en mis paseos vespertinos, al bajar la colina en que se alzan los musgosos paredones del viejo convento que guardaba los despojos mortales de Ojeda, heme detenido fren-

te a aquellas melancólicas ruinas iluminadas por las últimas expirantes luces crepusculares, y abismado mi espíritu en la contemplación de lo pasado, he creído ver con su propio colorido todo el cambiante cuadro de la Conquista, ya despejado y sereno como hermosa tarde estival, ya enrojecido el valle idílico con torrentes de aborígenes sangres, y sobre hogares arrasados y víctimas todavía palpitantes flotando el pabellón victorioso de Castilla.

Ante mis ojos han desfilado guerreros cubiertos de férreas armaduras cabalgando en corceles fogosísimos, frailes fanáticos, golillas presuntuosos, caciques agobiados por el peso de servidumbre ignominiosa, y en último término, espesa muchedumbre de indios, en la cual abre a cada paso grandes claros la muerte, constreñida a trabajos superiores a sus fuerzas y fustigada sin piedad por crueles opresores, ardiendo en ira y alimentando deseos de venganza al contemplar sus ídolos destruidos, sus aldeas incendiadas, sus vírgenes sirviendo de pasto a la concupiscencia de los recién venidos, todo cuanto constituía su orgullo y formaba el pedestal de su gloria, hecho pedazos y triturado por los herrados cascos de los bridones extranjeros.

No hay que apresurarse, sin embargo, a denostar acerbamente aquella interesantísima fase del progresivo desenvolvimiento de la humana especie. Déjese a cada cual la parte de responsabilidad que le toque; mas no se vaya por ello a extremar el juicio condenatorio hasta incurrir en exageraciones que sólo arguyen carencia de sentido crítico para apreciar filosóficamente la evolución que realizan las colectividades sociales en su marcha ascendente hacia el ideal de su relativo perfeccionamiento. Juzgada la Historia por el examen parcial e incompleto de los sucesos que forman su interesante trama, aparecería como un vasto campo surcado por ríos de humana sangre, donde las pasiones luchan encarnizadas y sin tregua, y todo se resuelve en odio y satisfacción de bastardos apetitos. Ningún cambio social de trascendencia, ninguna transformación de radical importancia, ninguna reforma de positivo mejoramiento humano ha podido efectuarse sin recibir antes el óleo de cruentas persecuciones, y luchar a brazo partido con el cúmulo de obstáculos que seculares intereses presentan a su paso. Consolémonos de ello

pensando que un ideal de justicia resplandece constantemente en todas las grandes mudanzas históricas, ideal que por lo común apenas se vislumbra en los hechos, pero que el observador imparcial descubre siempre al través de esos mismos hechos en la armonía y grandeza del conjunto.

FIDELIA

NOVELA VENEZOLANA POR GONZALO PICÓN FÉBRES

Sinceramente lo confieso: este desaliñado artículo no es un juicio crítico completo, ni cosa que a ello se asemeje. Mi amigo el inspirado poeta Andrés A. Mata, honrándome en demasía, me ha instado a que le dé mi opinión franca y sincera acerca de *Fidelia*, hermosa novela de costumbres venezolanas no ha mucho publicada; y, por complacerlo, escribo estos renglones sin pretensiones de ninguna clase, pues mal puede tenerlas quien como yo conoce su insuficiencia, y sabe a ciencia cierta que en estos asuntos de crítica literaria es mucho más fácil caer en graves errores, que acertar a distinguir clara y precisamente lo que es digno de alabanza de lo que sólo amerita desdén o censura.

Adolece, a mi ver, de defectos de no escasa cuantía la reciente producción novelesca de Picón Febres, mas no hay para qué hacer mucho gasto de esfuerzo intelectual en ponerlos en evidencia, si se atiende, en primer término, a que la novela en los tiempos que corren es género literario que demanda para su acertado cultivo facultades no comunes, y, en segundo, a que *Fidelia* constituye el primer paso dado por su ilustrado autor en un terreno erizado de obstáculos, donde son por ello frecuentes los tropiezos y caídas. Muchos novelistas que conozco, quisieran, no obstante, terminar su carrera por donde Picón Febres la empieza. Por más que su realismo me parezca a veces más artificial que positivo, y note a menudo en sus procedimientos como novelador cierto exagerado acatamiento a fórmulas artísticas no ha mucho imperantes en el campo de la amena literatu-

ra y ya hoy de capa caída, fuerza se hace declarar muy alto que por lo regular observa bien y pinta con mano segura cuadros de costumbres venezolanas, que se me figura tienen con algunas de por acá no pocos puntos de semejanza o analogía.

La ya derrotada escuela naturalista puso en moda en la época de su mayor auge las descripciones interminables, el prurito de retratar los objetos sin omitir el más leve pormenor, resultado de tal proceder, salvo pocas excepciones, páginas soporíferas que cuando no se pasaban por alto, sólo se leían haciendo un supremo esfuerzo sin que por lo general dejase su lectura en el espíritu otra huella que la del cansancio o fastidio. De este pecado no es posible absolver al talentoso autor de *Fidelia*. Consagra, por ejemplo, un largo capítulo a describir física y moralmente al Padre Torrijos, y este personaje sólo ocupa en la novela un puesto secundario y nada influye en el gradual desenvolvimiento de la obra. Lo peor de todo es que este afán descriptivo hace con frecuencia decaer el interés de la acción, con menoscabo de la emoción estética más o menos intensa que debe indefectiblemente producir toda obra de arte verdaderamente digna de este nombre. Aparte de lo expuesto, hay en el libro escenas rebosantes de hermoso colorido, capítulos de gran interés sugestivo, personajes que se mueven y proceden como en la vida real; todo lo cual presta a la novela cierto singular atractivo, y revela bien que Picón Febres atesora mucho de lo necesario para poder figurar con brillo en el corto número de los buenos cultivadores de la novela contemporánea.

Fidelia, la protagonista del episodio, tiene, a mi juicio, algo de convencional y falso que roba matices a su gallarda figura. Sin necesidad de mucha perspicacia, adviértese pronto que Picón Febres ha querido hacerla objeto de detenido análisis psicológico, el cual a la postre no satisface por descansar sobre bases sobrado insuficientes y deleznales. La complejidad de sentimientos y de ideas que se revela en *Fidelia*, no puede en nada satisfacer a quien algo conozca de estas cosas, sin que por ello puede tampoco afirmarse que la heroína de este relato carece en absoluto de los caracteres que determinan lo que particulariza al ser real y lo diferencian del que es exclusivamente producto de la fantasía. La hermosa Fidelia sueña con el bienestar doméstico; con la dicha alcanzable por medio del matrimonio con un joven

de su condición trabajador y honrado; mantiene relaciones amorosas con Juan que posee aquellas cualidades, y... no le ama. El Doctor Sánchez Azuero, bello, rico, de distinguidos modales, tras sufrir una serie prolongada de desaires más aparentes que reales, concluye por desbancar a Juan, y quedarse en plena posesión de la interesante muchacha. Quizás me equivoque, pero pareceme descubrir en esta novela cierto determinismo, a lo Zola, que a la larga fatalmente se impone. Como Lucía su madre, Fidelia se escapa al fin con su amante, no sin antes haber sostenido larga y porfiada lucha con su conciencia, no sin haber combatido briosamente con todas las energías de su voluntad la atracción que sobre ella ejerce Sánchez Azuero; atracción vaga al principio, intensa más tarde y que remata por precipitar a la joven, ebria de amor, en brazos del hombre que adora en una noche plácida en que todo convida a las expansiones amorosas, a la satisfacción de deseos largamente comprimidos... La materia triunfa al fin, dando por tierra con los propósitos de bien tan dulcemente acariciados por Fidelia durante su permanencia en casa del Padre Torrijos. El temperamento de la muchacha y las circunstancias se componen de tal modo, que ella no puede hacer otra cosa sino... lo que hizo. Es la lucha entre el espíritu y la carne, entre el deber que le señala como faro salvador su unión con Juan, y sus sentidos, ya predispuestos, que, tras prolongada resistencia, salen al fin victoriosos del tremendo conflicto. Aunque evidentemente hay no poco de falso en el carácter de Fidelia, no puede, sin embargo, negarse que el autor ha sabido evitar con maestría peligrosos escollos, y que ciertas situaciones de la lucha íntima ya referida, están pintadas con una precisión de interesantes detalles y con un colorido de realidad merecedores a mi entender de calurosos aplausos.

Nada diré de ciertas audacias de lenguaje, ni de cierto naturalismo que campea en algunos diálogos, sobre todo lo cual podría exponer algunos reparos, si no estuviese por la premura del tiempo constreñido a poner punto final a estos renglones. Conste, sin embargo, que me ha agradado mucho la novela que ha dado margen a este rápido estudio; y que por ello me complazco en felicitar a su autor, a quien por sus *Páginas sueltas* y *Revoltillo* considero desde hace algún tiempo como uno de los más distinguidos cultivadores de la literatura en este hermoso Continente.

PENTÉLICAS
POR ANDRÉS A. MATA

Si la crítica literaria moderna, como sostienen algunos, se reduce a referir con entera sinceridad "las impresiones de nuestra alma al recorrer las páginas de un libro," me apresuro a decir que *Pentélicas*, el primoroso volumen que contiene las poesías de Mata, ha despertado en mi ánimo múltiples sensaciones, proporcionándome ratos de verdadera y viva fruición estética. Antes de leer a *Pentélicas*, ya consideraba a Mata como un poeta de verdad, de los que entran pocos en libra, original hasta donde se puede ser actualmente, con fisonomía literaria bien definida, dotado de vigoroso temperamento artístico, no obscurecido ni falseado por convencionalismos retóricos infecundos o influencias malsanas de esta o aquella escuela. Conocía ya algunas hermosas composiciones suyas, y había notado en ellas algo de original y exquisito, que a mi modo de ver separaba radicalmente a su inspirado autor de la turbamulta de versificadores hueros que viven solamente de la imitación servil de cierta poesía de última hora, llena toda ella de sentimientos postizos, y cuyo principal mérito se hace consistir en el ropaje vistoso de su forma, con frecuencia semejante a abigarrado traje carnavalesco que las más de las veces sólo encubre irremediable sosera o absoluta carencia de ingenio.

Me disgusta sobremanera ese prurito de clasificación que aqueja a algunos escritores, que aun no han podido desprenderse de ciertos resabios de la crítica dogmática a lo Hermosilla, ya felizmente con pocos mantenedores en el abierto palenque de

las letras. Para los tales escritores constituye el principal propósito de su estudio descubrir a qué escuela pertenece el autor de la obra que examinan. Estímase este requisito como indispensable, aunque en muchas ocasiones se vea que el escritor clasificado grite y proteste al notar donde se le ha colocado atendiendo a vanas exterioridades, que es lo que ocurre a los críticos miopes que, contra toda justicia, dan a Bécquer una filiación rigurosamente heiniana. Por meras analogías, por simples apariencias, por la similitud de ciertos rasgos secundarios, inscribese a un poeta en el encasillado de tal o cual escuela o secta literaria, de la que casi siempre se encuentra a centenares de leguas por las peculiaridades esenciales de su manera personal de sentir y comprender el Arte.

Para mí la poesía, bien entendida, es la expresión directa del sentimiento en forma serenamente artística. Si el sentimiento reflejado en ella es puramente imaginativo, como ocurre a cada paso, ya mi impresión personal es desfavorable, efecto que se acrecienta cuando a ello se añade estar la poesía vaciada en moldes de escaso valor artístico. Pero cuando, como en las poesías de Mata, observo repetidas veces primorosamente cumplida esa compenetración del fondo y la forma, de que emana ese delicado aroma que nos inunda el alma de puro goce estético, sin poderlo impedir me siento imperiosamente atraído, seducido, fascinado por el poeta que así ha sabido encerrar en un libro de versos, como en áureo relicario, todas sus nostalgias, todos sus sueños, todas sus ansias, toda su sed infinita de sublimes ideales, que casi nunca contempla realizados, que casi siempre ve con dolor desvanecerse en lontananzas tristes, en horizontes intensamente grises.

* *

*

Ni parnasiano, ni simbolista, ni decadente. Mata no pertenece a ninguna de esas escuelas, y, sin embargo, no le faltan en sus rimas matices más o menos pronunciados de los dos primeros. No ha podido, como ningún artista, sustraerse al influjo de

su siglo, dejar de seguir en momentos dados una corriente literaria determinada, aunque conservando siempre en sus versos reflejada su personalidad poética, a diferencia de muchos, de la inmensa mayoría, que han oscilado en distintas direcciones, sin saber a qué carta quedarse, acatando siempre las imposiciones de moda efímeras, y obteniendo, merced a ello, aplausos que no han sido ni podían ser duraderos. Si Víctor Hugo, Lamartine y Zorrilla formaron en épocas pasadas la trinidad literaria en que principalmente se inspiraron numerosos poetas americanos, hoy también, salvo algunas excepciones, el neurosismo parisiense reflejado a maravilla por ciertos poetas, constituye la fuente principal en que beben la inspiración muchos de los más sonados cultivadores de la poesía en este Continente.

Mata indiscutiblemente no figura en este número. Es un artista consciente, que con laudable discreción ha tomado del modernismo la parte duradera, lo que en esta especial manera de apreciar la evolución artística hay de positivo valor estético y de permanentemente humano. Con justificado desdén ha rechazado ciertos procedimientos que andan por ahí metiendo mucho ruido, no siendo en el fondo sino la resurrección de viejas teorías, cuya aplicación sembró en el terreno literario gérmenes de corrupción y de inevitable decadencia. Prueba evidente del valor intelectual de Mata, es haber comprendido a tiempo la inanidad de tales fórmulas, que son siempre seductoras para los escritores que empiezan, a quienes se les presenta como novedades de indiscutible importancia, encaminadas a renovar por completo el Arte conduciéndolo con entera seguridad por nuevos y luminosos derroteros.

* *

*

En *Pentélicas* palpitan todas las inquietudes y las aspiraciones de un alma juvenil, aun muy ligeramente turbada por las ráfagas glaciales del escepticismo. Y, a pesar de ello, para los que sólo se detienen en lo superficial, Mata es enteramente escéptico e inmoral por añadidura. Ni lo uno ni lo otro. El escepticis-

mo no es, ni con mucho, la fuente de su poesía. Esta brota pujante y armoniosa de un corazón abierto a todas las impresiones, saturado de sentimientos generosos, y que tiene sus momentos de duda y desfallecimiento. Pero Mata no ha apostatado nunca de ciertas creencias que deben formar siempre el punto cardinal de todo espíritu que se apaciente en un racional altruismo. En ninguna de las páginas de su libro resuena de manera profunda la nota desconoladora del escepticismo.

Se dice también que es inmoral. ¿Por qué? Solo los asustadizos en demasía, los hipócritas fariseicos que hacen en secreto lo contrario de lo que predicán en público, son capaces de dirigirle este cargo, que también se ha hecho a otros que han sabido reflejar en sus creaciones la verdad artística, rompiendo valerosamente con algunas preocupaciones sociales a que había que subordinarlo todo. La verdad no puede nunca ser inmoral. Lo censurable en el artista es que, desnaturalizando su misión, se complazca en realzar lo indecoroso y grosero con el propósito de producir un efecto determinado. ¿Acaso tiene nada de inmoral la esplendente desnudez de las grandes estatuas que nos ha legado el Arte clásico? Porque Mata con mirada de águila escudriñe pavorosos abismos sociales, y por medio de brillantes imágenes llenas de vigor y valentía nos diga lo que en ellos ha herido con más fuerza sus fibras más recónditas, ¿puede con justicia acusársele de inmoral? Entiendo el Arte como expresión completa de la vida, según la frase de Taine, y así me gustan mucho estos hermosos versos de Mata tan justamente ensalzados:

*Del festín una hermosa es la reina;
y entre gasas y blondas etéreas,
en su espléndido busto revientan
dos magnolias de mármol de Grecia
sobre un friso de ajadas gardenias.*

* *

*

Mata no es siempre impecable. Pero por lo general en sus poesías el verso vibra armonioso y la estrofa tiene la tersura y limpidez del mármol helénico. No es cincelador exquisito, como Teófilo Gautier, *ouvrier du vers*, como se llamó el mismo, ni tiene ese poder soberano de Verlaine para encubrir el vacío del pensamiento con los efectos musicales del ritmo; pero alcanza de modo casi constante a expresar sus ideas con claridad, corrección y belleza. Como piedras preciosas de múltiples aguas, tienen a veces sus estrofas irradiaciones multicolores que deslumbran, y a veces aparecen serenas, reposadas, majestuosas, como bajo-relieves del Partenón o hermosos frisos del vestíbulo dórico de los Propileos.

No particularizo mi juicio citando algunas de las poesías que contiene *Pentélicas* por temor de alargar demasiado este artículo. En muchas de ellas hay primorosas bellezas dignas de ser saboreadas por temperamentos artísticamente refinados. "Menta y besos", "Grito bohemio", "A Sucre", "Del pasado", "Yámbica", "Auntumnal", y otras demuestran brillantemente que Mata es verdadero poeta. En "Auntumnal", poesía sugestiva, henchida de suave tristeza, se revela un estado de alma, que me parece vigorosamente expresado. Así exclama el poeta:

*Bajo la densa atmósfera,
¿quién no siente en el alma el tardo y sordo
bostezo sepulcral del desaliento,
y no ve en lo interior del pecho roto
que el amor, el recuerdo, la esperanza,
son escombros que ruedan sobre escombros?*

.....

*¡Oh, fauno! que no sientes la tristeza
de los días lluviosos,
ofrécele al poeta, peregrino,
de ideales remotos,
tu invulnerable corazón de bronce,
la irónica actitud de tu abandono,
y con la cruel sonrisa de sus labios,
la ceguedad eterna de tus ojos!*

Sin miedo de incurrir en esos encomios ridículos que a menudo vemos estampados en libros y periódicos al referirse a escritores puramente mediocres, bien puede asegurarse que Mata es uno de los más gallardos e inspirados poetas que en la actualidad pueden presentar las bellas letras hispano-americanas.

LEONELA

NARRACIÓN CUBANA POR NICOLÁS HEREDIA

Paréceme el distinguido autor de *Leonela* un temperamento literario perfectamente equilibrado. Pertenece, sin duda, al número de escritores de este Continente no contagiados por el decadentismo, "estado morboso del Arte contemporáneo", que tantos estragos ha producido en las letras americanas. No ha dejado deslizar su eskuife por las corrientes del mal gusto que en distintas direcciones cruzan el campo de la literatura modernísima, probando con ello que tiene verdadera conciencia literaria, cosa que de día en día va siendo más rara, por más que muchos crean o aparenten creer lo contrario. Es colorista sin exceso; pinta con esmero y elegancia, sin afejar jamás sus cuadros con colores chillones, sin perseguir nunca esos deplorables efectismos que para muchos constituyen la perfección más valiosa que puede resplandecer en la obra artística.

Los análisis psicológicos de Heredia son poco profundos; no tienen el sorprendente alcance, por ejemplo, de los de Pablo Bourget; pero esta circunstancia, lejos de amenguar su mérito como novelista, lo que hace, bien mirado, es afirmarlo de manera brillante y cumplida. El autor de *Leonela* llega adonde debe llegar. Quiere, ante todo, que su análisis sea verdadero, y lo consigue plenamente. La complejidad psíquica, los refinamientos intelectuales propios de civilizaciones que han alcanzado su mayor grado de madurez, requieren el hondo estudio introspectivo, el sutil análisis de Bourget, buzo incomparable que sin vértigo ni desfallecimientos desciende hasta las más recónditas y miste-

riosas profundidades del alma humana. Pero semejante procedimiento no encaja en el medio social en que se desarrollan los sucesos referidos en la novela de Heredia. Lleno de espesas sombras generadas por deficientes instituciones coloniales, y evidenciando un grado de desenvolvimiento intelectual hartamente limitado, no puede dicho medio dar de sí caracteres que ofrezcan a la observación psicológica campo especial y dilatado.

En *Leonela* aparece admirablemente retratada una parte de la sociedad cubana con todas sus peculiaridades y matices, tal como era antes que la revolución iniciada en Yara viniera a conmovirla de un modo tan radical y profundo. Al recorrer las páginas de *Leonela*, experimentase el goce estético que produce siempre la realidad vaciada en moldes verdaderamente artísticos. Parece como que el sol de Cuba dora esas páginas con sus brillantes reflejos, haciendo destacar con su apropiado relieve los tipos de pasmosa verosimilitud tan concienzudamente estudiados por Heredia. La acción marcha hasta el desenlace sin embarazos ni tropiezos, y las partes todas de la novela aparecen perfectamente eslabonadas formando un conjunto armonioso, un todo artístico en extremo pintoresco y ameno.

Leonela es un tipo de mujer dibujado con una habilidad y acierto dignos del mayor encomio. A su complexión sólida y robusta, a su naturaleza ardiente e impetuosa, son debidos esos repentinos arranques tan comunes en ella, arranques que al fin la precipitan en la sima de la deshonra, a pesar de su sentido práctico de la vida, de su manera de ver las cosas ajustada siempre al marco de lo real, de todas aquellas raras cualidades que parecen hacer de la joven una organización moral sólidamente cimentada. Los incidentes ocurridos en su rápida carrera con Valdespina al través de los campos, permiten ya presentir la escena culminante y decisiva de "El Retiro". Declaro, sin ambages, que este pasaje me sorprendió bastante, pareciéndome en el primer momento inverosímil, y algo así como uno de esos recursos de que con frecuencia echan mano ciertos novelistas para producir resultados sensacionales. Lejos, muy lejos de eso. Quien observe atentamente el carácter, la particular idiosincrasia de Leonela, tendrá pronto que convenir en que nada es más natural que lo que ella hace. Aunque a primera vista no lo parezca, Leonela no es en el fondo sino una mujer toda carne, to-

da músculos, toda nervios... Por lo mismo que no es una mujer vulgar, todo lo que Leonela ejecuta tiene el privilegio de causar momentánea sorpresa. Fijándose en ella con detenimiento, pronto se convencerá uno de que tiene ante sí una mujer de carne y hueso, de condiciones verdaderamente excepcionales... Clarita forma notable contraste con Leonela, y despierta vivo interés no obstante sus puerilidades y devaneos románticos. Es una figura simpática de mujer, pintada con verdad y galanura, que contribuye poderosamente a dar animación y colorido al dramático e interesante relato.

No puede negarse que en el plan de la novela, John Valdespina representa lo que el autor ha querido demostrar clara y evidentemente. Su educación enteramente yankee, su permanencia de tantos años en la gran República americana, su asimilación completa de cuanto constituye lo característico de una raza tan diferente a la nuestra, no le sirven a Valdespina para impedir que tras de algunos meses de residencia en el suelo nativo, su carácter se modifique profundamente, y al fin piense y obre como un verdadero hijo de Cuba. Bajo su fina epidermis de seudo sajón vuelve la sangre criolla a encender su organismo, llevándole a extremos que a él mismo dejan asombrados cuando puede reflexionar serenamente sobre ellos. El medio ambiente se impone de modo irresistible dando al traste con aquel cerebro tan bien equilibrado, y, como dice el autor, John vuelve a ser Juan. Todo ello me parece muy bien; pero, ¿puede tal caso elevarse a la categoría de regla general? Me permito dudar. Conozco algunos Valdespinas que no obstante una dilatada permanencia en el suelo patrio, después de pasar largos años en países extranjeros, no han podido desprenderse de ciertos hábitos exóticos, de ciertas costumbres privativos de otras razas, probando a cada paso con palabras y hechos la escasa influencia del medio nativo sobre sus respectivos organismos. Tal vez todo depende de cómo se combinen las circunstancias, las comprometedoras circunstancias.

Mucho espacio ocuparía si me propusiera hacer un análisis detenido de todos los personajes que se mueven en la preciosa novela de Heredia. Hay en ella tipos de tan saliente plasticidad, tan maravillosamente trazados, que se nos figura que los vemos realmente, que a cada instante cruzan ante nosotros palpitantes

de verdad y vida. Don Cosme, Doña Luisa, Foronda, Manengo, el Cura, Capitán Ruiz Maella, y otros más, presentan en sus respectivos retratos toques de sobresaliente mérito pictórico. Parece, sin embargo, percibir en el Capitán Ruiz Maella cierto leve matiz caricaturesco que, a mi juicio, deslustra algo el retrato de este curioso personaje.

En esta hermosa novela hay pasajes de mucho efecto cómico, primorosos cuadros de costumbres, descripciones inimitables, y también situaciones conmovedoras que dejan en el ánimo la intensa impresión característica de lo trágico. Lo cómico alterna con lo dramático determinando las variadas impresiones que se sienten al leer el libro; pero la nota fuertemente conmovedora vibra más a menudo, sobre todo en las últimas páginas de la novela, que son interesantísimas, admirables, llenas de verdadero sentimiento y de hermoso y apropiado colorido.

Leonela es, indudablemente, un libro que honra en alto grado a las letras americanas. Cuando a cada momento nos tropezamos con novelas cursis saturadas de trasnochado y falso romanticismo o llenas de descripciones empalagosas y de situaciones en extremo repulsivas, natural es que experimentemos completo regocijo al detener la mirada en ese fragmento de palpitante y artística realidad que se llama *Leonela*. Reciba su celebrado autor mi humilde aplauso, que aunque poco vale, tiene por lo menos el mérito de ser la expresión sincera del efecto causado en mi espíritu por la lectura de la excelente obra que ha dado margen a este deficiente estudio.

ZENEA

A José Joaquín Pérez

Con los ojos de la imaginación me parece contemplar el pavoroso cuadro. Era el 25 de agosto de 1871. Se iba a fusilar un hombre. De la inmunda mazmorra en que durante ocho largos meses había apurado el cáliz de amarguísimos dolores físicos y morales, continuamente torturado el espíritu por sufrimientos indecibles, fue conducido entre dos filas de soldados hasta los fosos del castillo de la Cabaña, que era el sitio designado para llevarse a cabo la ejecución. Había entrado al calabozo fresco el semblante y negros los cabellos, y salía de él con la cabeza enteramente blanca y todo el aspecto de un anciano. Tenía solamente treintisiete años. El mar entonaba su monótona canturía, y las olas morían mansamente al pie de los sombríos paredones de la imponente fortaleza, teatro de tantos crímenes políticos... Pocos momentos después, dominando el rumor del oleaje, resonó una descarga, y cayó cubierto de sangre aquel hombre prematuramente envejecido...

¿Cuál era su crimen? Haber hecho jirones impulsado por viril indignación su infamante librea de colono, y haber aspirado con tesón incontrastable a llamarse ciudadano de un pueblo libre. Tal era la falta capital, tal el monstruoso delito que le había hecho merecedor del patíbulo, sentenciado por la cruel intolerancia española, después de tenerlo rigurosamente privado de comunicación en húmedo e infecto calabozo, donde soportó con estoica entereza los más duros vejámenes de sus implacables carceleros.

En aquella densa noche colonial en que sólo se escuchaban lamentos y maldiciones; no viendo a su alrededor sino siervos trémulos bajo el látigo de rapaces mandarines; enamorado ardientemente de la libertad y detestando con todo su corazón el yugo hispano; dotado de un alma superior que se ahogaba en aquel ambiente deletéreo en que solo podían agitarse y medrar conciencias degradadas, quiso con todas sus fuerzas la redención de su patria y consagró desde niño a la realización de ese supremo ideal todos los resplandores de su gran inteligencia y todas las energías de su voluntad irreductible. Su vida entera fue una constante peregrinación en pos de ese grandioso propósito. Años antes de estallar la revolución de Yara salió de la Isla con la firme decisión de no volver a ella, pues como decía a sus amigos “no quería ser un esclavo más en el fundo de España”.

* *
*

De su numen privilegiado brotaron sonoras estrofas, armoniosas endechas que todavía escuchamos con admiración y regocimiento. Es su poesía suave, cadenciosa, impregnada de tristeza. En sus cantos vibra la emoción de un alma toda luz, hecha solamente para ser santuario de excelsas ideas, de nobles y generosos sentimientos. El amor y la patria son las dos fuerzas que constantemente mueven su espíritu, encienden su fantasía, y sirven de luminosa meta a todas sus acciones. Era grande su actividad intelectual; en prosa escribió más, mucho más que en verso; pero de su prosa —elegante y correcta por lo regular— aparte de uno que otro trabajo de bastante mérito, sólo se ha salvado del olvido su libro sobre la literatura norteamericana, colección de artículos publicados por primera vez, si no me equivoco, en *La América*, notable revista madrileña que dirigía el ilustre periodista Eduardo Azquerino. Fueron muy aplaudidos en aquella época, y de ello son dignos por sus brillantes condiciones de fondo y forma.

Pero lo que de él vive y vivirá largo tiempo son sus versos. En ellos está estereotipada toda su alma. Es cierto que en su mayor

parte carecen de verdadera originalidad, y tampoco es posible negar que abundan en ellos esas incorrecciones de forma que tanto persigue la crítica menuda. Conozco críticos que han pensado realizar una tarea útil poniendo de bulto los prosaísmos, repeticiones y demás defectos que sin gran dificultad pueden encontrarse en algunas poesías del infortunado lírico bayamés. No los seguiré por ese camino, que juzgo sumamente estrecho y muy expuesto a sensibles tropiezos.

Circunstancia digna de mencionarse, y que a mi manera de ver se explica en parte por las radicales ideas políticas del poeta, es la de que en los versos de Zenea apenas se percibe la influencia de ninguno de los autores españoles de más resonancia en su época. Si alguien ha notado algo en ese sentido, me apresuro a decir que por mi parte nada he visto de verdadera importancia que contraríe el hecho observado. Y esto no dejará de ser extraño a quien conozca lo difícil que es al escritor aislarse casi por completo del ambiente literario en que se mueve. Nacido y educado Zenea en una colonia española, donde sólo se enseñaba por textos recomendados por el gobierno metropolitano, siempre inspirado por un espíritu de viva suspicacia y de notoria estrechez de miras, y viviendo en un tiempo en que Espronceda y particularmente Zorrilla tenían numerosos imitadores —de este lado del Atlántico sobre todo— parecía natural que su inspiración se abrevase en tales fuentes, y que, siquiera a ratos, dejase ver en sus rimas la huella más o menos pronunciada de semejante influencia.

En cambio la literatura extranjera contemporánea lo apasiona, tal vez con perjuicio de su propia personalidad poética. En varios de sus versos, a veces borrosas y a veces bien señaladas, hay huellas de Alfredo de Musset y otros poetas muy en auge en aquella época. En "Infelicia", la última composición de ese poema del dolor escrito con lágrimas que se llama el *Diario de un mártir*, he creído notar claras reminiscencias del inspirado autor de *Rolla*.

* *

*

Cuando se lee el tomo que contiene las rimas del genial bardo cubano, no es posible dejar de sentir impresión duradera de honda melancolía. El trágico fin del poeta ha contribuido mucho, sin duda, a hacer más populares sus versos. Hay bastante hojarasca en ese tomo, si vamos a ser sinceros, pero en cambio de eso, ¡cuánto delicado perfume no se desprende de sus páginas! ¡cuántas bellezas de concepto y de expresión no hay esparcidas en sus hojas! Su romance a "Fidelia", publicado en España por una curiosa equivocación con la firma de Ros de Olano, es, sin hipérbole, de lo más hermoso que en su género se ha escrito en castellano. Es una historia de amor tierna y melancólica, que principia con un idilio a orillas de un río y termina en la misteriosa soledad de un cementerio. Y parecidas a esa poesía hay bastantes en el libro.

Al recorrer los inspirados cantos reunidos bajo el expresivo título *En días de esclavitud*, no hay corazón sinceramente americano que no sienta la magia de esos acentos y no se conmueva ante el dolor que abrumba al poeta al ver en torno suyo espesarse más y más las sombras de degradante servidumbre. ¿En qué pecho generoso, en qué espíritu que abomine cuanto rebaja y envilece al hombre, no encontrarán siempre eco prolongado estas hermosas estrofas tan conocidas, y en las que se revela toda la inmensa angustia, toda la sombría desesperación que desgarraba el alma de Zenea?

*Tengo el alma, Señor, adolorida
por unas penas que no tiene nombres,
y no me culpes, no, porque te pida
otra patria, otro siglo y otros hombres;*

.....

*que aquella edad con que soñé no asoma,
con mi país de promisión no acierto;
mis tiempos son los de la antigua Roma,
y mis hermanos con la Grecia han muerto!*

.....

Veintisiete años hace que atravesado por balas españolas cayó en los fosos de la Cabaña el dulce cantor de "Fidelia". Si al conjuro de Cuba redimida, pudiese, cual nuevo Lázaro, levantarse de su olvidada tumba, ¡cuánta satisfacción no inundaría su espíritu al mirar convertido en realidad consoladora el magno objetivo de todas sus aspiraciones y esperanzas! En la fortaleza en que fue sacrificado Zenea, y sobre la cual durante cerca de cuatro centurias ha flameado orgulloso el pabellón español, en breve flotará la bandera gloriosa de la estrella solitaria; y sin duda las salvas que anuncien al mundo este gran acontecimiento, digno de servir de remate a este siglo de adelantos y reivindicaciones, harán rebullir en su sepulcro las frías cenizas del que todo lo ofrendó en aras de la consecución de una patria independiente y libre.

Ya puede, por fin, descansar en paz el nostálgico poeta de los *Cantos de la tarde*. Ya la heroica Antilla ha hecho pedazos su pesado sudario de cuatro siglos de triste coloniaje, y se apresta a surgir ante el mundo ataviada con todas las preseas de un pueblo dueño de sus destinos; ya solo himnos de libertad resuenan en los hermosos campos cubanos, donde el insigne Heredia oía angustiado el gemido del esclavo infeliz y el crujir execrable del azote; ya los bardos de la libertad de Cuba no sentirán más la infinita tristeza de aquellos luctuosos tiempos en que el infortunado Zenea escribía estos versos desconsoladores:

*Los cubanos no tiene más suerte
que morder sus cadenas de hierro,
y unos pocos marchar al destierro
y otros pocos subir a la cruz.*

CARMELITA
(FRAGMENTO)

... Parecióle que allí no podía respirar, que faltaba aire en aquel cuarto, y con mano febril entreabrió una ventana que daba al patio. Un aura suave oreó su abrasada frente. No se oía otro ruido que el rumor del cercano río y el vago murmullo de la tenue brisa. Era una noche hermosísima de otoño. Aroma de azucenas y jazmines venía del patio embalsamando el ambiente, y en el limpio firmamento marcaban con deslumbrante brillo las constelaciones sus líneas de fúlgidas estrellas. Aquella calma augusta de las cosas, armonizaba bien poco con el inmenso dolor que desgarraba el alma de Carmelita.

Continuaba sollozando. Su desesperación era cada vez más sombría. La muerte se le presentó entonces, no revestida de tétrico aspecto, sino atractiva y salvadora como puerto seguro, como refugio único donde depositar para siempre el pesado fardo de sus dolores. En ninguna parte ocultaría mejor su desventura. Voluptuosidad infinita sintió al pensar que podría cuando quisiera refugiarse en la lobreguez misteriosa de la muerte. De seguro que allí no irían a perseguirla las burlas crueles, los sarcasmos y los dicerios que iba a acarrearle el ruidoso fracaso de sus esperanzas. Cuando durmiese el último sueño no vería ni oiría ya nada de ese mundo engañoso en que tanto había sufrido. ¿Para qué vivir más? ¿A qué vacilar por más tiempo? En la muerte encontraría el descanso apetecido. Y en su mano estaba conseguir inmediatamente aquel supremo reposo. En el fondo del patio, detrás de una débil empalizada que se podía romper

fácilmente, estaba la barranca, a cuyos pies corría con ímpetu el caudaloso río, que parecía brindar a la joven seguro lecho mortuorio en el raudal hirviente de sus aguas. Morir, morir, repetía Carmelita abriendo con mano firme la puerta que daba acceso al obscuro y silencioso patio.

De pronto se volvió sobresaltada. En el aposento inmediato lloraba el niño como si le molestara algo. Cerró apresuradamente la puerta, y corrió hacia la cuna. Al verla extendió hacia ella el niño sus bracitos, como pidiéndole amparo. Al calor de aquella mirada, sintió Carmelita que se evaporaban sus propósitos de muerte, que de su mente huían las imágenes sombrías, los pensamientos tétricos. Un cambio completo de ideas se efectuó en su cerebro. Bajo la terrible impresión recibida aquella noche había olvidado que ella no se pertenecía, porque en el mundo se agitaba un ser que reclamaba imperiosamente sus cuidados... ¿Qué iba a ser del pequeñuelo si ella moría?... Pedazo de mis entrañas, corazoncito mío, morir yo... y tú, tú, decía Carmelita estrechándolo con infinita ternura en sus brazos. El chiquitín, dulcemente arrullado, había vuelto a dormirse. Acostóle de nuevo en la mullida cuna y se puso a contemplarlo con la mirada llena de ternura. Mientras más veía al pequeñuelo, más se arrepentía del propósito concebido en un momento de lamentable ofuscación... Su antiguo fervor religioso, bastante disminuido desde hacía algún tiempo, surgió de improviso potente en su alma, tornando a ejercer sobre ella su acostumbrado influjo.

¡Cuánto no echó de menos en aquellos instantes la imagen de la Virgen de las Mercedes que tenía en su cuartito de la aldea; imagen que tantas veces escuchó las cándidas plegarias de su infancia y los ardorosos ruegos de su adolescencia! Con qué fervor se postraría ahora ante ella, pidiéndole el perdón de sus faltas, el alivio de sus dolores! Experimentaba Carmelita en aquella hora la necesidad incontrastable de descargar su conciencia llena de escrúpulos por las ideas de muerte que hasta hacía poco habían obscurecido su cerebro. Para ella sólo revestía carácter divino, sólo era objeto de culto religioso, sólo debía ser reverenciado, lo que aparecía de la divinidad bajo una forma sensible, lo que podía ver y tocar; la sacra imagen pintada en el cuadro o de cualquier material plástico modelada por el Arte.

Y en la estancia no había nada de eso. Sí, algo había; algo digno de los mayores extremos de veneración y respeto. Mas como objeto de lujo que de devoción, veíase en un rincón del cuarto, pendiente de la pared, un hermoso Crucifijo de marfil con incrustaciones de nácar. Desolada y contrista, demandando clemencia, cayó Carmelita de hinojos ante la efigie de aquel Mártir sublime de la injusticia humana que murió en una cruz perdonando a sus verdugos.

LECONTE DE LISLE

Acaba de inaugurarse en París, en el poético jardín del Luxemburgo, el busto destinado a perpetuar la memoria de Leconte de Lisle. Bien merece ese homenaje el autor insigne de *Poemas antiguos*. Aunque juzgado diversamente por criterios de escuela más o menos inficionados de parcialidad o apasionamiento, la crítica serena reconocerá siempre que Leconte de Lisle poseía en alto grado la mayor de las cualidades que constituyen al verdadero poeta. Es sin duda una de las personalidades más salientes de la literatura francesa en la actual centuria. Por demás curiosa y digna de estudio es su fisonomía literaria, pues ofrece al observador atento multitud de rasgos bien acentuados que le prestan cierta grandeza y originalidad que en vano se buscaría en otros grandes poetas contemporáneos.

En medio del tumulto de un siglo como el actual, continuamente agitado por el oleaje de las más opuestas ideas, pudo Leconte de Lisle aislarse casi por completo de la atmósfera intelectual de nuestro tiempo, refugiándose en ciertas alturas casi inaccesibles desde donde contemplaba con olímpico desdén el espectáculo de la humanidad dividida por odios mezquinos, en lucha perenne de intereses, en persecución incesante de ideales que quizás no alcanzará nunca... Con estro vigoroso cantó las luchas titánicas de civilizaciones extinguidas, y evocados por sus versos armoniosos levantáronse de sus sarcófagos de piedra y se mostraron en plena luz los dioses muertos de olvidadas religiones. La civilización cristiana le produce aversión mal disi-

mulada. De toda su obra literaria se desprende un pesimismo enervante, acaso la negación completa de cuanto en el orden religioso forma todavía el consuelo de muchas almas...

Vivió intelectualmente en un mundo bien diferente del nuestro. Como muchos espíritus superiores tuvo por principal culto el helenismo. El ideal de belleza realizado por Grecia en el Arte le parecía insuperable, y lo consideraba como caso único en la historia, y como destinado a servir eternamente de luminosísimo faro a todos los amantes de la forma artística serena y casi perfecta. Pocos hombres habrá sin duda poseído con tanta exactitud como él la visión maravillosa del arte griego. Se le hubiera creído un ciudadano ateniense de la época brillante de Pericles. Fuera de ese período histórico relativamente corto en que se cristaliza lo que hoy conocemos con el nombre de helenismo, se le antojaba mezquino e incoloro cuanto ha sido posteriormente realizado por el espíritu humano en su eterno afán de perfeccionamiento. La labor literaria de nuestro siglo, con ser tan grande, sólo le inspira un sentimiento de lástima o un gesto de desdeñosa indiferencia.

* *
*

Dice Hennequín, en su *Crítica científica*, "que verdadero gran artista es aquel cuya alma vibra en un millón de sensibilidades individuales y causa la alegría y el dolor de un pueblo". Nada de esto vemos, sin embargo, en Leconte de Lisle, a quien, sin incurrir en falta evidente de justicia, no se puede negar el título de eximio artista. Es que en estas materias no hay en realidad sino uno que otro principio que pueda aspirar a la categoría de absoluto, pues el Arte, sin desatender ciertas condiciones de raza y ambiente, es y será siempre producto de la emoción individual. La poesía de Leconte de Lisle no fue nunca popular, cosa que sin gran trabajo se explica. La fría impassibilidad que caracteriza la escuela parnasiana no podía en manera alguna agradar a la muchedumbre, capaz solamente de ser conmovida por la expresión calurosa de afectos y pasiones. Sostuvo el gran poeta que el Ar-

te debe ser impasible, y de ahí que sus versos marmóreos sólo puedan ser bien apreciados por un corto número de temperamentos artísticos ya convenientemente preparados para ello. En los asuntos que trata en sus poemas nada hay que haga palpar con fuerza el corazón del pueblo. Leconte de Lisle no expresó nunca tristezas hondamente subjetivas como Lamartine, ni bajó como Víctor Hugo a la candente arena donde se debaten con hórrido estruendo los magnos problemas que tanto preocupan a la sociedad moderna... Tuvo él su templo aparte, hecho de fino mármol de Paros, donde se erguían sobre altos pedestales los antiguos dioses, y donde él, solo él, oficiaba a manera de gran sacerdote apolíneo. Afuera luchaban encarnizadamente las muchedumbres, rugía el huracán social amenazando destruirlo todo, sin que tan temerosos ruidos perturbasen en lo más mínimo su majestuosa serenidad de artista enamorado de ideales ya desvanecidos en las melancólicas lontananzas del pasado.

Si bien se mira, lo verdaderamente admirable en Leconte de Lisle es la forma. A juzgar por lo que afirman muchos eminentes críticos franceses, a cuya opinión me atengo por ser a mi juicio los más capaces de acertar en este punto, el gran poeta parnasiano quiso, y lo consiguió de un modo digno de admiración, introducir en el lenguaje poético ciertas tonalidades preciosas, a fin de que sus poemas resultasen verdaderas sinfonías de palabras por medio de la combinación adecuada de ritmos y sonoridades. Por lo que a mí toca no tengo inconveniente en confesar que encuentro algunos de los poemas de Leconte de Lisle de una monotonía desesperante, a pesar de su maravillosa estructura, de su ropaje deslumbrador, y de sus sorprendentes efectos rítmicos. Con toda su habilidad artística y todo su vasto conocimiento del pasado, hallo sus versos, en ocasiones, fríos y cansados. Admiro su poder de artista incomparable, pero su poesía, por lo general, casi no me conmueve. Faltan en Leconte de Lisle el sentimiento, el calor, la fuerza vital de nuestra época, y por eso sus cinceladas estrofas no pueden despertar en nuestras almas enfermas emociones profundas y duraderas.

SOR CLARA

Seguía oyéndose con bastante claridad el ruido de la fusilería. Se batían allá lejos, detrás de las verdes colinas que limitan la extensa llanura, con ese salvaje encarnizamiento propio de las guerras civiles. Hacía rato que duraba el combate. En la lejanía, aquí y allá, jirones de espeso humo manchaban el limpio azul del horizonte, señalando, aproximadamente, los lugares en que era más reñida la batalla. A la entrada del destartado villorrio, en un espacioso bohío situado frente a la sabana y convertido en hospital provisional por disposición del general Rodríguez, se comentaba de mil maneras el sangriento drama que se desarrollaba allá abajo. Un practicante de medicina y algunas mujeres disponían con presteza lo más necesario para la primera cura de los heridos. No tardarían en traerlos, y debían ser muchos, muchos. ¿Y los muertos? Esos se quedarían allá, insepultos tal vez, cubriendo las hondonadas del valle, en el mismo sitio en que los dejara el plomo homicida... Por la mañana habían pasado por allí las tropas del general Rodríguez. Se componían en su mayor parte de jóvenes vigorosos, rebosantes de ardor bélico, que iban con deseos de llegar pronto a las manos con el bando enemigo. Los generales Rodríguez y Fernández se disputaban la presidencia de la República. En el villorrio se creía ciegamente en el triunfo del primero.

Una mujer sentada cerca de la puerta principal del bohío se ocupaba en preparar hilas. Podría tener poco más de treinta años. Sus grandes y expresivos ojos azules parecía como que

derramaban fulgores siderales sobre su rostro ovalado a que daba mayor realce su atractiva palidez. La llamaban Sor Clara. No llevaba, sin embargo, hábito monjil. Vestía pobremente, con sencillez no ajena de elegancia. Acogida en el convento de la ciudad después de su desgracia, había sido en él cuidada con maternal cariño por una monja de aquel nombre, antigua amiga de su madre, y muerta en olor de santidad hacía pocos años. Por broma o por no sé qué raro capricho, sus amigas del convento se acostumbraron a llamarla con el nombre de su protectora en lugar del suyo, que era Antonia. Cuando salió del convento nadie la conocía sino por Sor Clara. Aunque protestando al principio, al fin se había conformado.

La tarde caía. Con majestuosa lentitud hundíase el sol en un piélagos de púrpura, y todo en la naturaleza empezaba a tomar esos tintes melancólicos que anuncian la aproximación de la hora solemne de las agonías crepusculares. En la llanura silenciosa pastaban sosegadamente algunos animales. Sor Clara parecía meditar. Abstraída por completo de cuanto ocurría a su alrededor, con la mirada perdida en no sé qué vaga contemplación, se hubiera creído al verla de esa manera que recorría con el pensamiento los lejanos y vaporosos países del ensueño.

Justamente aquel día, 8 de julio, se cumplían siete años del suceso que había cubierto de luto su existencia. ¡Qué día aquél, Dios mío! ¿Dónde estarían en aquel momento los infames? Aquel suceso no se apartaba ni un segundo de su memoria. Se le había clavado en ella con esa insistencia fatídica de la idea fija que caracteriza a la locura. Aquella tarde la atormentaba más que nunca el recuerdo de su pasado. Se volvía a ver, como en sus buenos tiempos, en su modesta casita de la ciudad, alegre, feliz, al lado de Mariana su hermana menor a quien amaba entrañablemente, trabajando las dos sin descanso para poder cumplir los encargos de hechuras de vestidos que les venían de todas partes. Huérfanas de padre y madre, a fuerza de laboriosidad y de constancia, se habían hecho las modistas más solicitadas de la población. Tenían mucho trabajo, lo que les proporcionaba recursos suficientes para atender con algún desahogo a sus necesidades. Las muchachas ricas más exigentes en materia de elegancia a ellas encomendaban la confección de sus trajes. Algunas tardes, cuando el trabajo era poco y el tiempo lo per-

mitía, se echaban regocijadas a la calle a ver las amigas, o se iban a su paseo predilecto, a orillas del mar, y allí, contemplando el vaivén del oleaje, dejaban pasar las horas sumidas en dulce arrobamiento. A la mente de Sor Clara acudían en tropel los recuerdos. Y de nuevo se figuraba encontrarse en la reducida sala, en que todo aparecía reluciente de aseo, dando vueltas a la rueda de su máquina de coser, y oyendo la charla incesante de Mariana y los trinos del canario que desde su jaulita de alambres dorados poblaba el espacio de suaves armonías.

La fatalidad se presentó un día en aquel feliz hogar en forma de un joven apuesto y simpático. Se llamaba Arturo Rosa; hacía poco que había llegado a la ciudad, y ocupaba en una importante casa de comercio de ella el delicado cargo de cajero. Era un calavera de tomo y lomo. Pronto fue uno de los más asiduos visitantes de la casita. La amistad en breve tomó mayores vuelos, y poco después se supone en el barrio que tenía amores con Antonia. Era cierto; Antonia lo amaba con toda la fuerza de un corazón hasta entonces virgen de tales impresiones. Creció el amor, y el resultado fue lo que algunos íntimos de la casa habían previsto... Para muchos, sin embargo, pasó inadvertida la falta de Antonia. Tanta confianza tenía ésta en su amante que muchas veces lo dejaba solo con Mariana, por tener que salir a comprar telas o practicar otras diligencias de su oficio. Un día, el 8 de julio, había pasado toda la tarde en casa de unas señoritas probándose unos vestidos que debían estrenar en el baile que se daba esa noche en el Casino. Al volver, ya anocheciendo, extrañóle mucho al empujar la puerta de la sala ver que estaba a oscuras y que nadie había en ella. Impresionada hasta lo sumo hizo luz, y vio sobre un velador, en primer término, un papel cuidadosamente doblado. Sólo contenía estas palabras: "Antonia, perdóname; me voy a Nueva York con Arturo". Y nada más...

Aquel acontecimiento extraño, inesperado, inverosímil, que nada le había hecho sospechar, cayó sobre su alma con la violencia irresistible de las grandes catástrofes. Sobrecogióle una fiebre violenta, y aun no bien repuesta de ella, fuese a vivir al convento recogida por Sor Clara, la vieja amiga de su madre. Detestaba la vida conventual, y cuando murió la monja quiso volver a su antiguo oficio de modista, pero ya era demasiado tarde. La clientela había volado. Cerradas todas las puertas,

aceptó el puesto de enfermera en un hospital, donde le daban un corto sueldo con el cual se sostenía decentemente. Al adueñarse de la ciudad el general Rodríguez, escogió a Sor Clara en unión de otras para cuidar los heridos de su ejército, pues los hombres de que disponía para el caso estaban todos con el arma al hombro. Por eso la hemos visto sentada a la puerta de aquel bohío, pensativa, melancólica, en aquella serena tarde de Julio, en que morían tantos hombres por colocar a Rodríguez o a Fernández en el solio presidencial de la República...

La noche había extendido su clámide de sombras sobre el villorrio y la llanura, turbada ahora por ruidos siniestros. Venían muy cerca carretas cargadas de heridos, según se podía columbrar a la débil claridad de las estrellas. Sor Clara, como quien despierta de un penoso sueño, había vuelto a la realidad y corría a cumplir sus deberes. A los lamentos desgarradores de los heridos, uníanse, de cuando en cuando, las manifestaciones estruendosas del ejército victorioso que se acercaba con objeto de pernoctar en el poblado. Los vivas a Rodríguez, el general vencedor, atronaban el espacio. El triunfo había sido completo. Ya tenía presidente la República.

JULIÁN DEL CASAL

Cuando pienso en Julián del Casal, se me ocurre siempre comparar su poesía a una flor hermosísima, de una blancura ideal, de aroma extraño, ejemplar delicado de no sé qué misteriosa flora desconocida. En sus versos hay coloraciones raras, matices de una delicadeza casi vaporosa, fulguraciones de un sol que se extingue, suave titilar de estrella lejanas... Fue un poeta soñador que, en su rápido tránsito por el mundo, vertió en magníficos cantos todas sus acerbas nostalgias de desterrado del atrayente país de la quimera.

No pretendo hacer el análisis de la emoción que palpita en sus estrofas, ni menos rastrear en qué moderno cenáculo artístico corresponde colocar su busto de poeta egregio. Algunos le han juzgado como decadente. No lo discuto. Tan sólo digo que si el decadentismo americano pudiera presentar en su hoja de servicios siquiera tres o cuatro poetas como el autor de *Nieve*, ya podría alardear, con legítimo orgullo, de ser algo más que imitación servil de cierta literatura morbosa del momento, cuyo éxito resonante constituye para muchos la verdadera piedra de toque de su excelencia. Julián del Casal no fue ni pudo ser un poeta completo, si se atiende a lo corto de su peregrinación terrestre; pero supo sentir como pocos, y como pocos también encerrar sus pensamientos en una forma exquisita, a veces tersa como el mármol, a veces de un admirable efecto rítmico, siempre saturada de un encanto singular, inexplicable, en que algunos temperamentos refinados hacen estribar su mérito más excelso.

El pesimismo no era en él una actitud, como alguien ha dicho de ciertos poetas jóvenes que viven lamentándose de una vida que apenas conocen, sino un vivo y profundo sentimiento. La tristeza fue su principal musa inspiradora, la plañidera inseparable que en el fondo de su alma entonaba el himno funeral de tristes desengaños, de esperanzas desvanecidas. Tal vez la lectura asidua de autores modernos de alta resonancia en cuyas obras vibra fuertemente la nota de la más amarga desconformidad con lo existente, quizás irremediable cansancio de la existencia, acaso ignorados desencantos, rompieron en su lira la cuerda de la esperanza, y lo impulsaron a modular esos versos esculturales en que late su inmenso disgusto de la vida. Esta no es, sin duda, copa rebosante de ambrosía, pero tampoco es manantial perenne de dolores. Como tiene amargas y desilusiones, atesora también goces inefables. Así como al borde de negros abismos crecen flores hermosas de embriagador perfume, hay asimismo en la vida, al lado de desengaños que marcan de manera indeleble su hierro en el corazón, afectos perdurables que suavizan las asperezas del oscuro sendero a cuyo término nos aguarda la sima pavorosa de lo desconocido.

El celebrado autor de *Sagesse* creía que al poeta de *Hojas al viento* solo le faltaba creer. No sé si Verlaine se equivocaba al escribir, refiriéndose a Casal, estas frases publicadas en un periódico habanero: "Creo que el misticismo contemporáneo llegará a él, y cuando la Fe terrible haya bañado su alma joven, los poemas brotarán de sus labios como flores sagradas. Es uno de esos jóvenes laxos de ciencia que necesitan reposar sus cabezas sobre el regazo de la Virgen. Lo que le hace falta es creer, cuando crea será nuestro hermano..." ¡Ah! la Virgen en cuyo regazo descansó siempre el sentido poeta cubano no fue la venerada en los templos católicos; fue la de la duda sombría, la de ese cruel escepticismo, que cual ola gigantesca sube y sube, amenazando llevarse las escasas creencias que todavía aletean en los más ocultos rincones de nuestras almas angustiadas...

Ese misticismo contemporáneo de que habla Verlaine, salvo en algunos espíritus sinceros, no es en gran parte sino aspecto nuevo del neurosismo literario que tiene su más genuina representación en la refinadísima capital de Francia. Decepcionados, inquietos, sin brújula, aparecen en la actualidad muchos espíri-

tus reaccionando tras ideales religiosos, que cada cual formula a su antojo —díganlo Wizewa y Le Gallienne entre otros— y que, aunque en apariencia cristianos, no son en realidad sino falsificaciones más o menos exageradas de creencias consoladoras, siempre dignas de respeto, que durante largas centurias han señalado el rumbo a la humanidad, y que aun, como astros de inapagable luz, sirven de salvadora guía a muchas almas no ateridas por el viento de glacial escepticismo que se desprende de las más altas cumbres de la ciencia de nuestro tiempo. Dichosas ellas. Cuando una vez se ha perdido la fe, es muy difícil recobrarla. Como las golondrinas del nostálgico poeta sevillano, no vuelven a la inteligencia las creencias ahuyentadas de ella por el cálido soplo de las ideas modernas. No veo, ni remotamente, ante qué altares se postrará la humanidad de lo porvenir. Difícil, muy difícil es predecir qué se podrá en cambio de las viejas creencias cuya lenta agonía presenciamos con el pecho henchido de inmensa angustia. A muchos nos falta, ¿por qué callarlo? la resignación filosófica, la serenidad de ánimo que se refleja en estas hermosas palabras de Renán: “Los dioses pasan como los hombres, y no sería bueno que fuesen eternos. La fe que se ha tenido no debe ser nunca una cadena. Queda uno en paz con ella cuando la ha envuelto cuidadosamente en el sudario de púrpura en que duermen los dioses muertos”.

No digo nada nuevo afirmando que Julián del Casal, en cuanto a la forma, procuró siempre inspirarse en los procedimientos con tanto éxito seguidos por algunos notables poetas parnasianos. La preocupación de la forma, el exquisito cuidado de lo externo, caracteres principales de aquella escuela, se revelan claramente en casi toda la obra poética de Casal. No quiere esto decir que fuera impecable. ¿Quién no lo es? Lo que no puede negarse es que en todo lo concerniente a la belleza de la forma supera en mucho a todos los poetas cubanos de estos últimos años. Poseen sus versos un encanto voluptuoso, pues a la vez que deleite sensual en el oído, dejan en el alma la estela luminosa de una emoción de indefinible melancolía. ¿Quién no ve, quién no adivina al parnasiano de buena cepa en aquellas admirables estrofas en que narra la agonía de Petronio, el poeta condenado a muerte por Nerón, y que principian así?:

*Tendido en la bañera de alabastro
donde serpea el purpurino rastro
de la sangre que corre de sus venas,
yace Patronio, el bardo decadente,
mostrando coronada la ancha frente
de rosas, teberintos y azucenas.*

El hastío, el odio de la vida, temprano, muy temprano se infiltraron en su alma de niño, y prematuramente lo llevaron a la región de sombras de que jamás se vuelve. Su amor, su único culto fue la belleza, amante idolatrada que le acompañó siempre por los mundos fantásticos del ensueño, y le dijo al oído secretos inefables, que él, indiscreto, se apresuró a revelarnos en sus vibrantes poesías. Su alma llena de dudas, adolorida por el desencanto, se hundió en las nieblas del pesimismo desesperado, que a manera de negra nube entenebrece la atmósfera de este siglo expirante. Sobre su tumba, como él pedía a sus amigos, deben ponerse estos hermosos versos suyos, publicados, si mal no recuerdo, muy poco antes de emprender el viaje por ese mar sin orillas que ningún nauta ha explorado todavía:

.....
*¡Amó solo en el mundo la Belleza!
¡Que encuentre ahora la Verdad su alma!*

LA HORA QUE PASA
(NOTAS CRÍTICAS)

LÍNEAS

Desde una ventana de mi cuarto de estudio contemplo un ancho jirón de cielo azul, mancha intensa de cobalto, que, por ese lado, sirve como de deslumbrante fondo a un valle, ubérrimo y pintoresco, limitado por una sucesión de colinas a las que presta un aspecto severo y uniforme el acentuado verde oscuro de su vegetación exuberante... Avescinase, pausadamente: la hora solemne de la regia agonía de la tarde... Tímida e indecisa al principio, con majestuosa lentitud, la tenue sombra de un crepúsculo apacible va suavemente atenuando y desvaneciendo los tonos y contornos de la feraz llanura y las distantes colinas hasta que todo el rústico paisaje se convierte en una masa caótica e impenetrable de sombras... Impera ya la noche con toda la pompa y magnificencia de sus innumerables luces siderales... Y sugestionado por ese siempre grandioso espectáculo, influido por la rápida extinción del día y por la inmensa negrura que arropa el hasta hacía poco resplandeciente panorama, infíltrase en mi espíritu no se qué sutil melancolía entrenebreciéndolo y haciéndole ver las cosas como envueltas en una bruma muy densa y oscura. Algo confuso, neblinoso, que no penetra ningún rayo de sol, flota sin contornos definidos en las interioridades más recónditas de mi ser. Bajo la pálida fulguración de la bóveda celeste, interrogo mi yo, inquiere, una y otra vez, la causa verdadera de mi presente desasosiego. Ahondando bien en él, paréceme percibir, aquí y allá, partículas de ese sentimiento que ensombrece ciertas almas al meditar sobre la

fragilidad de la existencia y lo vano e incierto del destino humano. Bien considerado, el grande, el supremo misterio de la vida se oculta en nosotros mismos. "Cada uno lleva dentro de sí su cielo y su infierno" ha dicho Milton. Pero son raros los que aciertan a descubrir con claridad y a expresar con precisión las sucesivas y múltiples formas de su vida interior. Para muchos, perennemente obsesos por la visión externa de las cosas, resulta desconocida o cosa semejante su propia alma. Es como un libro que se lleva siempre consigo, y que, en ratos perdidos, se lee rápidamente sin penetrar casi nunca su verdadero sentido. Se ve eso claramente en muchos grandes escritores que han sabido explorar a maravilla el alma colectiva, sin haber querido o podido descifrar su mundo introspectivo, ponerlo en todo o en parte al descubierto, analizar finamente una por una sus sensaciones cotidianas, como Amiel, aunque no tan exclusivamente, en las páginas de natural y deliciosa incoherencia de su hermoso y sugestivo *Diario...*

La esencia de ese sentimiento que, sin conseguirlo nunca, quisiéramos desmenuzar fibra por fibra, es indudablemente cierto pesimismo, muy acentuado en algunos momentos y en otros muy vago e incoloro, que radica, por lo general, en algo de manifiesta inconformidad con determinados aspectos de la vida; producto casi siempre de una observación insuficiente cumplida bajo la influencia perturbadora de ciertos prejuicios y de viejos resabios mentales. Avasallados por ese sentimiento o por derivaciones de él, como que estamos, en algunos instantes, dispuestos a abandonar todo empeño generoso, toda labor altruista, convencidos de la ineficacia de nuestros recursos y de la inutilidad de nuestros esfuerzos para modificar saludablemente la condición íntima de los seres y operar radicales transformaciones en el organismo colectivo. El contraste entre el ideal, sea cual fuere, que, como justificación de vida nos forjamos, y el espectáculo diario, eternamente renovado, del imperio de ciertas impurezas y miserias sociales contra las cuales se estrella con lamentable frecuencia ese mismo noble ideal, sin que en el mayor número de veces sean parte a evitarlo nuestros deseos y nuestros entusiasmos, esparce sobre muchos espíritus un hálito de profunda tristeza que toma en algunos individuos caracteres de incurable desesperación, y

que, en otros, la mayoría, por condiciones de estructura íntima, marca muy débilmente su huella dejándoles apenas una emoción o un matiz de emoción que en breve se amortigua o desvanece... A la categoría de los primeros pertenecen los grandes poetas del dolor, los que, como Leopardi, han constantemente abrevado su alma en la fuente de lágrimas formada por el ser humano en su incesante tránsito por esta débil corteza terrestre, escenario permanente de horribles infortunios e inenarrables desastres...

Pero el pesimismo, aun justificado algunas veces, representa, desde un verdadero punto de vista filosófico, un valor enteramente negativo, y ejerce por lo común una influencia deletérea en el desarrollo del cuerpo social, motivo por el cual urge reaccionar contra él en lo posible, preconizando de continuo ideas que estimulen la actividad individual y colectiva poniéndole en condiciones de llevar a término feliz obras de alcance perdurable y trascendente. La vida, en toda su rica y vasta complejidad, resulta, en último análisis, puro dinamismo, movimiento incesante, y de ahí que debamos marchar siempre hacia adelante, no detenernos en un punto del camino ni mirar con exagerada pesadumbre lo que dejamos por detrás... La columna de fuego de un ideal sereno y elevado debe constituir siempre la meta de nuestros pasos. Sea cual fuere nuestro destino, nuestro verdadero lugar en el engranaje de la vida universal, no es lícito desviarse del sendero por particulares contrariedades o intimidados por lo desconocido que surge amenazante en la obscura y misteriosa lejanía... El horizonte de nuestros conocimientos ensanchado considerablemente en estos últimos tiempos se detiene, como en línea infranqueable, ante inmensos espacios en que parece no poder penetrar la investigación científica. Hoy, lo mismo que hace siglos, podemos repetir la frase de Hamlet a Horacio: "En el cielo y en la tierra hay más de lo que puede soñar tu filosofía"... La *cosa en sí* permanece aun, tal vez permanezca siempre, indescifrable por completo. No obstante tanteos e investigaciones posteriores, los límites señalados al conocimiento humano por la crítica kantiana permanecen inmutables o poco menos... Pero eso, para las almas viriles, no debe importar nada. Si hemos de vivir solo un momento, vivámoslo bien, no-

ble y fructuosamente, colocando nuestro grano de arena ¿quién no puede hacerlo? en una labor provechosa para nuestros contemporáneos. Fuerza es aceptar si no con alegría, por lo menos con ecuánime entereza de ánimo, la realidad circunstante, aunque ésta no corresponda en ningún caso a nuestros desvelos y esperanzas. Tiene un valor positivo y constante esta profunda observación del gran Spinoza: "El sabio es el que participa por su pensamiento con la eterna necesidad de la Naturaleza". Hay que ser prácticos en cierto alto y proficuo sentido. Sin empeñarnos tontamente en un propósito superior a nuestras fuerzas, estamos siempre en la obligación de pugnar ardorosamente por cuanto vincule una idea de enseñanza social de probada eficacia civilizadora. Abramos el surco y echemos en él la simiente. Que su germinación sea lenta o produzca frutos raquíuticos, no debe importarnos gran cosa. Se ha cumplido lo que hemos juzgado un deber, y eso debe bastar para la iluminación y el regocijo plácido y perdurable de nuestra conciencia. Desencantarse por no haber respondido el éxito a nuestro llamamiento, sería demostrar paladinamente que no estábamos, ni con mucho, a la altura del empeño...

En la anemiada mentalidad hispanoamericana, descontadas resaltantes excepciones, falta, por razones de diversa índole, el lozano florecimiento de ideas enderezadas a determinar un necesario ambiente común, un colectivo estado de alma que, conservando cuidadosamente, como cosa de altísimo encarecimiento, el fuerte aroma de ese algo muy sutil y muy sensible, muy peculiar y castizo, que precisa, taxativamente, la fisonomía moral de una colectividad social ungida por la historia, ponga a estos pueblos, como resultante natural y legítima de su emancipación política, en aptitud de efectuar la conquista progresiva de un positivo estado de vida cultural que les sirve de apropiada base para todo género de avances en la vía de un indefinido adelanto colectivo. En una atmósfera muy artificial, llena de espejismos e impregnada de efluvios de frivolidad, respiran los pocos pensadores clarividentes de Hispano-América que aspiran a cristalizar en la realidad social pensamientos de índole civilizadora y fecunda. En estos pueblos es casi completa la carencia de verdaderas iniciativas. La *abulia*, en su aspecto más acentuado, parece caracterizar visi-

blemente el modo de ser de muchas sociedades hispano-americanas. Hay mucho del *Peer Gynt*, de Ibsen, en nuestra escasez de energías volitivas, y en la frecuencia de nuestros desconciertos e indecisiones. Nuestros entusiasmos se evaporan prontamente. A los primeros obstáculos retrocedemos decepcionados. Por esas y otras circunstancias, principalmente, distase todavía mucho, a mi ver, de poderse llegar a constituir esa gran fuerza espiritual, la *conciencia americana* de que habla el profesor Rowe.

Para modificar en lo posible esas deficiencias características de casi toda la mentalidad hispano-americana, requiérese la formación de un ideal común, que, aproximando y unificando tendencias y aspiraciones y estimulando el desarrollo de determinadas partes de la actividad intelectual, encierre en síntesis sencilla y luminosa cuanto de reforma y transformación pide nuestra deficiente psicología y nuestro relativo valor sociológico en el estado actual del desenvolvimiento humano. Nuestra educación ha sido hasta ahora (me refiero, claro está, a la clase dirigente) en cierto sentido, meramente *externa*, formalista, con pronunciados dejos escolásticos, repleta de añejos prejuicios y de convencionalismos morbosos; y necesitase actuar contra semejante acentuada modalidad docente, propendiendo —mediante procedimientos metódicos inspirados en principios de verdadera tolerancia— a llegar a lo que juzgo el verdadero *desideratum*, al cultivo sano, intenso y bien entendido del yo, indispensable punto de partida para posibles y anheladas regeneraciones. Y al mencionar el cultivo del yo, no me refiero ni podía referirme a cierto *barresismo*, muy sutil y árido, restringido a cierta esfera, sino a un propósito mucho más amplio capaz de producir verdaderos caracteres provistos de la energía indispensable para vencer, sin amilanarse ni un instante, las naturales dificultades que se presentan siempre en la vía de los que lidian por remover los obstáculos casi siempre muy arraigados que se oponen a la realización de ingentes fines de mejoramiento colectivo. Hemos tendido a la formación de hombres más o menos sapientes, pero no almas de recóndita virilidad dotadas de una actividad mental persistente y benéfica. Cuenta Andres Chevrillon que Taine llevaba siempre consigo, como delectación constante de su noble y austero espíritu,

los *Pensamientos* del Marco Aurelio el emperador filósofo. Si yo tuviera, que no tengo, la autoridad que para ello se requiere, aconsejaría a la juventud hispano-americana, a la porción de esa juventud que vive sustraída de la frivolidad del momento y que estudia con ahínco preparándose silenciosamente para lo porvenir, que tuviera con frecuencia en sus manos, como breviario de inestimable precio a *Motivos de Proteo*, el notable y reciente libro de José Enrique Rodó, donde, en todo instante, encontraría orientaciones luminosas susceptibles de determinar en ella sanos movimientos de impulsión hacia muchos de pura verdad y de inmarcesible hermosura. Cierta optimismo poco exagerado debe señalar en la mayoría de los casos nuestra línea principal de conducta. Dejemos que civilizaciones caducas se extingan lentamente, en un desolante nirvana, a la sombra de sus monumentos seculares. En Hispano-América hay que entonar a cada paso el salmo de la vida fuerte y prolífica; poner en apropiado movimiento, conforme a las indicaciones de la hora, iguales o parecidas energías a las que necesitaron desplegar nuestros antecesores para dar glorioso remate a la magnífica epopeya de la redención política de todo un Continente... Porque, después de todo, hay que convenir, con Goethe, que "sólo merece la libertad y la vida aquel que sabe conquistarlas diariamente"...

* *

*

Compónese este libro de artículos escritos en estos últimos tres años, varios inéditos, y objeto de diversas y oportunas ampliaciones algunos de los ya publicados y que ahora reaparecen en el presente volumen. En todos ellos, sin excepción, predomina la nota de un impresionismo crítico, lo que da a este libro cierta consistencia homogénea que viene a constituir su unidad, no una unidad algo artificiosa y circunstancial, sino la que fluye de la idea primordial que informa todos estos trabajos, la que se desprende del pensamiento general que, como tenue hilo, engarza todas sus partes, por más que algunas de éstas, a

primera vista, parezcan dispares o cosa semejante. A mi entender, la crítica literaria, en la hora actual, despojada por entero de sus viejas ínfulas dogmáticas, individualista con exceso, libertada de ataduras de escuela, solo entraña, y no puede ser de otra manera, un valor bastante relativo, por radicar generalmente en un impresionismo eminentemente personal, más apreciable cuanto más sincero y mejor informado, que sólo pretende reflejar serenamente las ideas surgidas y las emociones experimentadas al recorrer las páginas de un libro sin prejuicios ofuscadores o estériles apasionamientos. Un libro, cualquier libro, es, en cierto momento, la síntesis más o menos acertada y luminosa de un particular estado de espíritu. Todo libro, leído con interés, pone en íntimo contacto dos almas que tal vez hasta ese momento no se habían encontrado y que muchas veces tienen puntos de afinidad muy pronunciados. Un *juicio* crítico, a mi parecer, es algo como la respuesta sincera que un espíritu da a otro espíritu que ha sabido excitar su atención reflexiva o avivar noblemente su sensibilidad, pues raro es el libro de mérito que no contenga una interrogación de pensamiento más o menos latente... No he creído nunca, a pesar de ciertas pruebas más aparentes que reales, en la completa impersonalidad de un autor. Este, siempre, quiera o no, se mueve y respira en su obra...

He procurado en estas notas de impresionismo literario exteriorizar lealmente mi pensamiento; expresar con sinceridad la emoción que han despertado en mí ser los paisajes espirituales de vibrante fuerza sugestiva esparcidos bellamente en las publicaciones que han originado los presentes trabajos. Mi vida espiritual se ha inspirado siempre en dos orientaciones supremas: la Verdad y la Belleza. Ante el altar de la primera me he prosternado muchas veces demandándole con vivo anhelo alguna partícula de su divina claridad para mi espíritu hundido en el denso negror de dudas torturantes... He sentido constantemente la invencible fascinación de la segunda, sin haber podido jamás aprisionar en mi pluma el más leve destello de la refulgencia de su nimbo de diosa inmortal y serena para dar brillantez a mi frase desaliñada y torpe... A medida que asciendo por la escala de los años, pudiendo divisar, desde mayor altura, el permanente tráfigo de engañosas realidades sociales,

experimento con más fuerza la atracción de cierto ideal estético y encuentro cada vez más exacto este hermoso pensamiento de Emerson: "Hay cosas que nos encuentran siempre jóvenes y nos conservan como tales; una de ellas es el amor de la belleza universal y eterna".

LIBERALISMO Y JACOBINISMO

No hay cosa más nociva para el organismo social que ciertas acentuadas manifestaciones de intolerancia, casi siempre extemporáneas, a veces de carácter violento, que, sin ningún respeto a la libertad de conciencia, intangible y sagrada, atropellan con rudeza creencias hondamente arraigadas en el alma colectiva y que por eso mismo vinculan una gran fuerza de dirección moral que sólo espíritus muy superficiales, sugestionados por un sectarismo estéril, desconocen o no saben apreciar en su justo y alto valor. Al fanatismo religioso que, durante siglos, convirtió la vida social en un inmenso charco de lágrimas y sangre, parece que quiere suceder en algunas de estas colectividades hispanoamericanas —producto muy artificial y bastardeado— otro fanatismo seudo científico, inconsistente, aparatoso, muy disimulado bajo cierto tecnicismo, que tira a destruir implacablemente determinadas formas de vida interior invocando principios que se van quedando sin verdadera significación trascendente por lo repetidos y falseados, sin percatarse, ni poco ni mucho, del movimiento de ideas que, en la hora actual, iniciado y encausado por ilustres pensadores, William James en primer término, va señalando, en cierto orden de creencias muy íntimo, orientaciones verdaderamente luminosas en un todo conformes con lo que se desprende del estudio, sereno, imparcial y profundo, de la poderosa vitalidad del sentimiento religioso en el alma humana eternamente ansiosa de algo suprasensible que, siquiera sea

aparentemente, le explique el pavoroso enigma de su origen y de su destino...

Animados del mismo espíritu del viejo sectarismo judaico, modernos escribas y fariseos, pontificando en nombre de lo que se les antoja llamar la verdad, prosiguen con ahínco la insana obra de destruir toda clase de símbolos religiosos, y muy particularmente cuanto evoca el recuerdo de la gran figura histórica del fundador del cristianismo. Y no ya en el terreno de la investigación paciente y laboriosa, en el vasto campo donde chocan las ideas produciendo vivos resplandores, sino en la realidad vibrante de la vida diaria, se van exteriorizándose tales propósitos de intolerancia y de poco o ningún respeto a las creencias ajenas, que, por ello, naturalmente, se oyen a cada paso voces de alarma, gritos de protesta, clamores de conciencias duramente flageladas en su parte más sensible... Ya no es el horrible fanatismo, incinerador de herejes, a lo Torquemada y Felipe II, sino otro más propio del momento presente, por completo incruento y más, manso en su aspecto visible, aunque menos sincero y lógico en el fondo y con los mismos lineamientos de inflexible intolerancia. En nombre y representación de ciertos principios, falsa o exageradamente interpretados, se quiere ejercer un apostolado de verdad, realizar una obra de ficticia depuración, sin darse cuenta que semejante propósito contiene en sí, por su agresión violenta al santuario de la conciencia individual o colectiva, gérmenes de contradicción resaltante que tienden a esterilizar el cumplimiento del magisterio moral que se propone.

En virtud de una orden de la Comisión de Caridad y Beneficencia pública de Montevideo se han expulsado los crucifijos de las salas del Hospital de aquella culta ciudad. De ahí una controversia empeñada y ardiente, en que José Enrique Rodó, el insigne escritor uruguayo, ha defendido, con gran acopio de erudición filosófica de buena cepa y con hermosa brillantez de estilo, los fueros de la libertad de conciencia y el verdadero concepto histórico, vulnerador o desconocido por aquella censurable disposición. El autor de *Ariel* la ha calificado acertadamente, no como manifestación de "radical y extremado liberalismo", según frase de un periodista montevideano, sino como lo que es en realidad: "un acto de franca intolerancia y de estrecha incompre-

sión moral e histórica"... Hace ya mucho tiempo que para mí ha desaparecido la aureola de divinidad que muchos ven todavía en la figura serena y dulce de Jesús. Ya no se dirigen las almas por los senderos de la bienaventuranza eterna arrastradas por la suave unción de su palabra encendida y persuasiva. Las concupiscencias innobles han marchitado la rosa mística de su ideal de fe y de esperanza... Pero subsiste, firme e inquebrantable, a despecho de cuantas negaciones se hayan producido o puedan producirse, su ser moral, su personalidad de reformador, su recia y fuerte estructura de sembrador de altos conceptos de humano altruismo, antes que él, ciertamente, expresados, de modo aislado, aquí y allá, por algunos pensadores o reformadores, pero por él, únicamente por él, como bien lo advierte Rodó, cristalizados en la prolífica realidad del sentimiento colectivo, en la sencilla psicología de las muchedumbres seducidas por la novedad de sus ideas llamadas a operar una transformación social de incalculable trascendencia...

Acabo de leer el famoso libro de Emilio Rossi, ensalzado por unos hasta la hipérbole y por otros denostado con exagerada acritud... Contiene la más radical negación que hasta ahora se haya hecho de la existencia personal de Jesús. Está indudablemente escrito con cierto método científico que le presta no escaso valor relativo, pero por todos los poros de su epidermis rezuma, copiosamente, no un ideal de verdad serenamente perseguido, sino un propósito de proselitismo mezquino, de propaganda vulgar, que obscurece, en gran parte, algunas de sus páginas, las mejores, tal vez, de la obra. Como todos los que se dejan ir por la pendiente de las negaciones absolutas, fabrica teorías a su antojo, y así pretende reemplazar la ininterrumpida tradición de la existencia personal de Jesús con cierta evolución mítica, en que entran elementos de índole varia y discrepante, que, bien profundizada, resulta más inverosímil y sin verdadera ensambladura científica. Para Emilio Rossi, el religionario de Judea es pura "creación teológica, dogmática y mitológica", y, fundado en ciertos pasajes de la metafísica de Filón, el célebre filósofo alejandrino, atribuye a éste el carácter de *verdadero* fundador del cristianismo... Como síntesis de una grande y compleja evolución histórica, el cristianismo, indudablemente, aparece ante el examen crítico como un vasto conglomerado en

que, sin necesidad de extremar el análisis, percíbense, a la simple vista, materiales procedentes de la cantera de diversos sistemas religiosos. Por eso, considerado en cierto sentido, carece de peculiar originalidad. Todas las religiones, anteriores y coetáneas, han aportado en mayor o menor cantidad su contingente para la construcción de la vasta obra...

Nada de eso, sin embargo, invalida, ni muchos menos, la tesis brillantemente sustentada por el perspicaz crítico hispanoamericano. Como éste sostiene, el concepto de la caridad había ya surgido, a manera de chispazos, en época anterior a Jesús, del cerebro de algunos sabios y poetas; más sin positivo y visible alcance práctico, con valor puramente ideológico. El *Homo sunt...* de Terencio había sonado ya y dejado una estela de luz en algunas almas selectas. Pero ese concepto flota sólo en las alturas de la intelectualidad, vago, embrionario, sin contornos precisos. Las muchedumbres lo desconocen completamente. Para que esta idea se abriera paso hasta el alma colectiva y arraigara fuertemente en ella, fueron necesarios la prédica persistente de Jesús y el ejemplo de su corta vida plena de abnegaciones y de desprendimientos. Ahí estriba su mayor mérito, la parte más perdurable de su obra, que el jacobinismo al uso, intolerante y mezquino, pretende torpemente reducir a pavesas en nombre de un liberalismo falso por muchos conceptos. En determinados momentos, nada hay tan terrible como ciertos hombres sustentadores de principios forzosamente relativos y que pretenden elevar a la categoría de absolutos. Producto de tal convicción, la lógica de esos hombres, implacable y dura, reviste toda la inflexibilidad de la línea recta. Ya Taine, en su maravillosa obra sobre la Revolución francesa, lo hizo notar al referirse a ciertos hombres que actuaron en primera línea en aquel tormentoso y fecundo período de la historia humana. El jacobinismo resulta, en muchas ocasiones, resaltante antítesis del genuino liberalismo. Como lo sugiere un crítico, al juzgar *Les Jacobines*, la reciente producción teatral de Abel Hermant, el jacobinismo, que ya tenía su política, va también formando su moral...

Es falso, absolutamente falso, ese *liberalismo* que se ensaña con símbolos que evocan las más grandes ideas que han agitado, purificándolo, el ambiente, casi siempre deletéreo, en que

se mueve ese ser colectivo llamado humanidad. Si de improviso se suprimieran de la historia algunos nombres excelsos, verdaderas cúspides de positiva grandeza moral, no se vería la humanidad, en su peregrinación al través del tiempo y del espacio, sino como un monstruo insaciable, alimentado sólo con víctimas propiciatorias, como aquel horrible dios de la guerra de los indios aztecas... Y entre esas cúspides, en la más alta, se levanta y se levantará siempre, aureolada por una admiración muchas veces secular, la figura serena y melancólica de Jesús, como miraje de hipnotizadora seducción para los hambrientos de amor, de paz y de justicia. Nada importa que mezquinos apetitos, intereses efímeros, espíritu de estrecho sectarismo, hayan enturbiado la linfa cristalina que brota de su código de perfección moral, el de más perdurable valor y alcance que haya producido jamás el esfuerzo individual humano. Su gloria de reformador social, grande y fecunda, esplenderá continuamente, como esplende, herida por los rayos del sol, la nieve perpetua, de blancura inmaculada, que corona las cimas más elevadas e inaccesibles de la tierra.

ORO

POESÍAS POR CARLOS PÍO Y FEDERICO UHRBACH

En comunión íntima de sentimientos y de ideas, hermanos por la sangre y por el acendrado culto a unos mismos nobles ideales, marchaban ambos, en gloriosa peregrinación artística, por las rutas encantadas del ensueño, hacia el atrayente país de la Belleza, prodigando a cada instante, como príncipes de un cuento oriental, la rica pedrería incrustada en el oro primorosamente cincelado de sus bellas y sugestivas estrofas... En la soledad del bosque tropical, a pocos pasos del suelo purpurado por el combate cruento, se durmió Carlos Pío en el regazo de la noche infinita, en tanto que el hermano sobreviviente, allá lejos, en el brumoso Septentrión, lacerado por la nostalgia, vivía con el pensamiento en la patria distante que le parecía ver, por entre los celajes del horizonte lejano, como iluminada por el cárdeno fulgor de la lucha sostenida en ella por la legión de héroes que pugnaba por desprender la del férreo abrazo del coloniaje... Tocole a Federico recoger el tesoro poético del soñador caído a destiempo, y, como símbolo permanente de indestructible afecto, lo unió al suyo propio, y por eso, como si fueran la obra de uno solo, aparecen hoy confundidas las rimas de ambos poetas en las páginas de este libro, que a la vez que precioso florilegio resulta una como tierna oblación tributada a la memoria querida del glorioso bardo muerto en aras de la consecución de un propósito de inmarcesible grandeza.

En la mayor parte de los versos que contiene este volumen, márcase, ante todo, con relieve principal, característico, un

subjetivismo sincero y en veces penetrante, de cierto sabor romántico, de acentuada melancolía, que pone a flor de mirada, casi siempre bien expresados, estados anímicos, en que bullen anhelos e inquietudes de matiz enteramente personal, sin mezcla, si acaso muy vaga, de sedimentos exóticos producidos por la asidua lectura de autores favoritos. Algo de la inquietud, del desasosiego en que viven muchas almas ante las incógnitas formidables que perennemente envueltas en una bruma espesa de misterio, como cimas de imposible acceso, se alzan imponentes cerrando el paso a la ávida curiosidad humana, se refleja con cierta imprecisión y vaguedad en algunas de estas poesías, siempre con cierto dejo de un pesimismo que, por lo general, reviste formas poco acentuadas y con frecuencia muy parecidas. En el bello soneto "Desolación" vibra este elocuente ruego:

*Oh Señor! Si perpetuo desolado
cruzando los senderos terrenales
llevo mis ilusiones condolidas,*

*infúndele a mi espíritu agobiado
la fe de religiosos ideales
o el heroico valor de los suicidas!*

En otro expresivo soneto, "To be or..." resuena dolorosamente esta pregunta:

*¿Y por qué si es eterna la amargura
y sólo el llanto asolador perdura
se aferra el alma a un engañoso ensueño*

*de dulce redención que no se alcanza?
Tal el dilema: o vence la esperanza,
o nos reclama de la muerte el sueño.*

El defecto más saliente, a mi ver, de gran parte de la poesía moderna, cada vez más pronunciadamente individualista, consiste en la carencia de ciertas ideas de virtualidad insustituible para mover el ánimo a acciones altas y generosas. El poeta, el "hombre de lo bello", como lo llama Emerson, pierde de día en día mucho del valor que en cierto generoso sentido le atribuye Carlyle. Considerada en su más elevado aspecto, la poesía es acción, por cuanto puede determinar estados de almas individuales y colectivos orientados hacia cumbres de verdad y de belleza. Con vistosas combinaciones de palabras, preténdese, a menudo, suplir la caracterizada ausencia de pensamientos de cierto orden, de cosas surgidas al calor de sensaciones que arrancan de la entraña misma que hirió el dolor o sacudió fuertemente la duda. Porque lo esencial, lo que importa en estos asuntos, no es seguir dócilmente las corrientes de su época, muchas veces insustanciales y efímeras; ni identificarse en un todo con su tiempo, con sus modalidades características, sino estar cerca, lo más cerca posible de la vida para percibir, clara y distintamente, su ritmo interior, sin lo cual, claro está, puede darse poesía, cierta poesía; pero nunca la grande y trascendente que ahonda en lo más íntimo de las cosas y que por ello puede ejercer y ejerce indudablemente benéfica y perdurable influencia...

Hay en este libro muchas rimas de corte moderno, de fragilidad cristalina, de encantadora tenuidad, que despiden el exquisito y raro perfume de sensaciones melancólicas y fugaces. La metrificación es lo bastante variada para quitar a este copioso volumen cierta monotonía peculiar de las colecciones de versos en que se hace uso de un solo recurso métrico de expresión, y la forma, aunque en algunas ocasiones poco flexible y elástica, carece de ensambladuras vulgares y de colores chillones y tiene refulgencias áureas, matices delicados, que sirven como de hermoso ropaje o emociones de índole varia, a cavilaciones e inquietudes íntimas que dan la medida de la amplitud psicológica de estos poetas para percibir, asimilarse y expresar con belleza cosas de orden y aspectos relativamente trascendentes... Dentro del movimiento literario contemporáneo, han sabido los Uhrbach, con plausible discreción, situarse en un lugar muy adecuado, sin traspasar jamás ciertos linderos fijados por el

buen gusto y sin exagerar el valor y alcance de procedimientos técnicos innovadores que van siendo ya bastante socorridos. Aspirando a pleno pulmón el ambiente artístico de actualidad, han menospreciado cuanto indudablemente tiene de deleznable y pasajero, aprovechando tan solo para su obra poética los elementos de verdadero valor que poseen ciertamente algunos nuevos aspectos de la vida literaria. Descuidos como asonancias muy cercanas, obscuridades anfibiológicas, resaltantes aliteraciones, imágenes y conceptos repetidos, son escasos en *Oro*, libro que avaloran excelentes condiciones intrínsecas, y que merece sin duda, el homenaje laudatorio de cuantos saben apreciar, con sano y sereno espíritu crítico, estas cosas de Arte bello y fecundo.

Cubanos y dominicanos somos vecinos, vivimos a dos pasos de distancia, como quien dice, y por esa y otras circunstancias debemos conocernos y tratarnos lo más íntimamente posible. Los problemas que ambos pueblos antillanos tienen que resolver se aproximan bastante, pues tanto Cuba como Santo Domingo están fatalmente situadas dentro del radio de acción de un vecino cada vez más absorbente y poderoso. Los lazos de estrecha amistad que hay entre los dos pueblos tienen toda la fuerza de anudamiento que les da un pasado varias veces secular, durante el cual, por razones de vecindad y de afinidad étnica, fueron frecuentes y recíprocamente ventajosas las relaciones de todo género existentes entre los dos países. Durante el período tormentoso de las invasiones haitianas, muchos de nuestros hombres de saber universitario se refugiaron allá contribuyendo con su savia mental a nutrir y vigorizar el árbol frondoso de la intelectualidad cubana. Y después, en el transcurso de sus dos grandes guerras de emancipación, sangre dominicana vertida en defensa de la magna causa enrojeció el suelo cubano, y de aquí salió, nuevo Aquiles de la moderna epopeya homérica, el caudillo insigne, de ejemplar civismo, que hizo revivir en nuestra época prosaica las hazañas portentosas que aureolan su figura histórica con el prestigio épico de los grandes libertadores de pueblos. Cuba, en cambio, nos envió, durante esas mismas guerras, sus emigraciones nutridas de profesores, de periodistas, de médicos, de artesanos hábiles y de agricultores expertos que, en distintos puntos del país, cada cual en

su esfera, contribuyeron grandemente con sus luces y su trabajo al progresivo engrandecimiento nacional. El conocimiento recíproco de sus respectivos movimientos literarios aproximaría más intelectualmente a ambos pueblos, y traería, añadido al creciente ensanche de relaciones de otro orden, la formación de una común y superior unidad de espíritu, que serviría eficazmente para oponerse a cuanto, por imposiciones extrañas, se encaminase a menoscabar lo que, generado por la raza, el idioma y la historia constituye el ambiente moral de las dos repúblicas hermanas.

CUENTOS FRAGILES
POR FABIO F. FIALLO

Después de *Primavera sentimental*, minúsculo breviario de un alma en perpetua adoración ante la belleza femenina idealizada a veces con deliciosa vaguedad por su numen de poeta, publica ahora Fabio Fiallo este primoroso libro de cuentos que, considerándolo bien, viene a ser, aunque escrito en prosa sobria y expresiva, como la continuación clara y natural de aquel librito de versos suaves y armoniosos en que se transparenta la exquisita delicadeza de su espíritu noble y generoso, ya que en estos cuentos como en aquellas rimas, resuena, con acentuada vibración, el mismo ideal, idéntico exclusivo culto a la mujer, única musa inspiradora de sus estrofas, arquetipo perenne de su fantasía creadora... Una emotividad poco complicada, superficial por lo común, de un vago sabor romántico, se diluye en sus versos finos y bellos, y se esparce, como polvillo de luz a ratos caprichosamente irisado, sobre muchos de estos cuentos, ligeros, alados, de tenue consistencia, ingeniosos y bellos. Cierta gracia ática, cierta suave atracción de belleza circula por estas páginas, dejando un rastro luminoso de vagas idealidades, de algo refinadamente poético y de realidad ensoñadora que no resiste al análisis penetrante, esfumándose en tonalidades vagas, en matices raros de tenuidad encantadora...

Poeta de una sola faz, de un solo aspecto lírico, esa misma modalidad de su espíritu se refleja con vigorosa acentuación en todos estos relatos. La mujer, siempre la mujer. En sus poesías como en sus cuentos, una mujer de delicada urdimbre, sin com-

plejidades cerebrales, sin trastornos neuróticos, sin complicaciones sentimentales, marca el acompasado ritmo de su paso entonando bella y armoniosamente la eterna canción del amor. Y este amor, aun ardiente y poderoso, se expande por lo general sencilla y naturalmente, no llegando nunca, ni aún en sus mayores audacias de pensamiento, a traspasar ciertas fronteras, a revestir aspectos marcadamente sensuales, sugeridores de deseos eróticos vehementes y refinados, como bien se advierte en *Entre ellas*, *La condesita del Castañar* y *Las cerezas*, que son las tres narraciones del libro que a mi juicio llaman más la atención por ese concepto. Su concepción de la belleza se cristaliza generalmente en cierto ideal femenino que se encarna en figuras de mujer deliciosamente imprecisas, como si en lugar de proceder de la realidad surgieran al conjuro de su imaginación de mundos de quimeras y de ensueños. En sus producciones resuena siempre la nota íntimamente subjetiva, sin sabor del terruño, como inspirada por una orientación literaria exótica, en la que se particulariza muy distintamente cierto ideal aristocrático, señorial, propio de su gusto refinado, que, en ocasiones, no siempre, imprime a varias de ellas cierto carácter original y atractivo y de veras interesante.

Posee, como *conteur*, facultades muy apreciables y merecedoras de loa. No cansa, ni se pierde en divagaciones pueriles e inoportunas. Hay gracia, intención, sobriedad, positivo interés en algunos de sus cuentos. El corte de éstos tiene algo del de ciertas *nouvelles*, rápidas, concisas, de ligero argumento, exquisitamente bellas. Su manera de contar es netamente francesa, parecida mucho, en ocasiones, a la de Guy de Maupassant y de Catulle Mendes, tan celebrados por sus cuentos admirables, verdaderas flores de ligereza y gracia. No conserva nada, absolutamente nada del sabor castizo de la tradición española, de la novela y del cuento picarescos llenos de gracejo y desenfado de cierta época del florecimiento intelectual hispano; ni tiene nada tampoco del moderno cuento de otras naciones, el cuento alemán, sin ir más lejos, a lo P. Heyse, perezoso, lánguido, muchas veces de cierta finalidad ética, aunque no por eso desprovisto de cierta belleza peculiar y de cierto interés. El más extraño de los relatos de Fabio Fiallo, resulta, sin duda, *Ernesto de Anquises*, de tonos lúgubres, de estructura macábrica, que hace

rememorar vagamente ciertas narraciones fantásticas de Hoffman y Edgardo Poe. Revela Fabio Fiallo, a veces, golpe de vista certero para sorprender algunos aspectos de las cosas y encerrarlas en párrafos jugosos, de elegante sobriedad, sorteando temibles escollos hasta tocar el desenlace, aunque éste, tal vez con la mira de producir efectos sensoriales o algo parecido, resulte en ocasiones de muy acentuada inverosimilitud, tal como se nota en *El busto de mármol*, uno de los mejores del libro, y en *La domadora*. La resaltante falta de realidad de algunos finales de sus cuentos no debe, sin embargo, causar verdadera extrañeza a los que conocemos íntimamente la psicología del autor de *Primavera sentimental*. Este, por lo general, siente poco la influencia del mundo exterior, lo ve constantemente según su temperamento de poeta al través de un prisma de lirismos y quimeras, como si su perenne visión introspectiva, su ideal interior, le quitase la noción de lo que pasa en torno suyo, borrarase ante sus ojos las líneas y colores de la realidad circunstante. De todos estos cuentos, aún siendo buenos la mayoría y tres o cuatro excelentes, confieso que miro dos con especial predilección: *El último ramo* por la exquisita delicadeza del sentimiento que refleja, y *La lección del Caos* por la flexibilidad y soltura y por el alcance del pensamiento que contiene, como flor de suave perfume y de bellas coloraciones en rico y artístico vaso.

No obstante su penuria lexicográfica, Fabio Fiallo sabe siempre expresar artísticamente su pensamiento. Es por lo general diáfano y correcto. Sus cuentos, como sus versos, se leen siempre con agrado sin que produzcan la más leve impresión de fastidio. Narra con sencillez y amenidad, no incurriendo nunca en rebuscamientos que obscurecen o alambican la fase. Su estilo no tiene las retorceduras ni crispaciones en que incurren adrede algunos prosadores modernos impulsados por el propósito de conseguir cierta originalidad, que no es tal originalidad ni Cristo que lo fundó. Lástima que en sus prosas como en sus poesías no surja nunca algo característico, de tinte nacional, que siquiera a ratos descubra que este artista de la frase y del ritmo, tuvo su cuna y tiene radicados todos sus más íntimos afectos en esta hermosa porción del archipiélago antillano.

JUVENILIA

POR FED. HENRÍQUEZ Y CARVAJAL

En cierto sentido y en determinados momentos, todos, o casi todos, somos naturalmente poetas. En horas de placer o de duelo, de duda o de creencias, aguijoneados por torturantes desencantos o movidos por momentáneos entusiasmos, pocos espíritus sensibles y cultos habrán dejado de experimentar el vehemente deseo de verter su emoción en forma rítmica, de dejar correr su pensamiento regocijado o entenebrecido, en la onda serena y armoniosa del verso.

Quédese para poetas de alto y singular renombre el arduo empeño de apacentar su inspiración en cosas trascendentes, en asuntos que tienen su raíz en el complicado mecanismo de la vida social, en ideas de arcana y honda filosofía... No se requiere atesorar tal alteza de numen para que ciertos temperamentos exquisitamente sensibles, puedan, en ocasiones, vaciar en moldes rítmicos más o menos bellos y correctos sentimientos íntimos impregnados de suaves perfumes de juventud, que, a despecho de los años, conservan toda su pristina frescura y lozanía, tal como surgieron en nuestro espíritu, en ciertos momentos psicológicos, al mágico conjuro de sensaciones de diversos y acentuados matices. No hay, ciertamente, quien no tenga en el fondo de su alma, bien oculto de miradas indiscretas, un rinconcito, oasis de suave y aromoso frescor, donde, en ciertos ratos, le agrade refugiarse para revivir intensamente emociones juveniles que aún bullen y se agitan en la misteriosa región de los recuerdos. Ese rinconcito en que reina la primavera perpe-

tuamente, es, considerado en sentido más profano, la *casa de amores* de que habla Raimundo Lulio, el iluminado filósofo mallorquín. El frío del desencanto, la escarcha de las decepciones no llegan jamás hasta ese sitio de apacible quietud, jardín del alma, donde ensueños y visiones de otro tiempo flotan perennemente en un ambiente sereno y luminoso. Parece como ciertas regiones tropicales donde la luz solar brilla siempre ardiente y prolífica...

Esas visiones de épocas pretéritas, luminosas o sombrías, olvidadas durante años, toma a veces de nuevo, por obra de tal o cual impresión sentida con fuerza, forma y color, haciendo revivir intensamente historias de amores lejanos, remembranzas de cosas ha tiempo extinguidas. Y entonces, forzosamente, hay que dar a esos ensueños y visiones cuerpo y vida vistiéndolos con la túnica deslumbrante del verso. Ya sé que éste no es el solo ropaje oriental con que se envuelve la poesía. Ha llovido mucho desde que Aristóteles, en su *Poética*, afirmó que también en la prosa suele vibrar con intensidad el sentimiento poético. Pero el verso, indudablemente, es la forma más noble y apropiada para exteriorizar sensaciones íntimas, inefables, vaporosas, que se ciernen en espacios poblados de quimeras y de ensueños. Importa poco, en tales instantes, ser o no lírico de potente fuerza, de alta y sostenida inspiración, de honda emotividad, dueño y señor de la palabra y del ritmo. Para solaz recóndito de la propia alma, basta poder, sencilla y claramente, sin artificios rebuscados, de modo sincero, expresar semejantes estados anímicos en rimas de corte breve, casi siempre frágiles y efímeras, mariposas policromas del verso, que, durante un momento, cautivan por la riqueza de sus colores y la atractiva suavidad de sus matices...

Tal sucede en *Juvenilia*, breve e interesante florilegio, donde un alma luminosa y casta ha dejado correr el límpido raudal de sus emociones de la edad adorable en que la vida se desborda, en que la savia juvenil pone en las cosas, aun en las más insignificantes, inexpresables encantos y vivos resplandores. Por eso tiende siempre nuestro espíritu a resucitar cosas pasadas, dichas esfumadas en plácidas lejanías, porque como dijo el elegíaco poeta castellano:

...A nuestro parecer
cualquiera tiempo pasado
fue mejor.

Son los versos de *Juvenilia*, de sencilla urdimbre, sin arabescos ni filigranas, delicados y expresivos, llenos de anhelos, saturados a veces de vaga tristeza, como modulados en ratos de ensueños, en momentos en que el ala de la quimera rozaba suavemente la frente del bardo... Es difícil, muy difícil, este género de poesía, de corte breve, alada, de abolengo heiniano, que tiende a aprisionar en pocos versos matices de sentimiento bien acentuados, siempre en una forma exquisita, de raro artificio, de cierto encanto musical que sólo muy pocos pueden percibir claramente...

El autor de *Juvenilia* no es ciertamente un poeta de potente estro, de vibrante intensidad lírica, creador genial de bellezas rítmicas, cincelador exquisito del verso. Pero tiene momentos en que siente hondamente —cosa que se ve en otras composiciones suyas que no figuran en este librito— en que parece alcanzar, sin visible esfuerzo, las cumbres iluminadas donde anidan las águilas de la poesía bella y sugestiva. Esta brota de su alma, preocupada siempre por atenciones múltiples, de manera intermitente, en ciertos instantes, sin refinamientos ni exquisiteces y sin propósitos de alcanzar éxitos resonantes y perdurables. Sus versos, sencillos y sonoros, son como flores primorosas cultivadas en el jardín del hogar, iluminado de continuo por los fulgores de una puesta de sol bella y solemne. Pertenece Federico Henríquez y Carvajal a una familia en que el talento parece vinculado como por juro de heredad. Su inteligencia poderosa, alimentada con el jugo de las ideas modernas, ha culminado, ungida por el aplauso consciente en la oratoria, en el periodismo, y muy especialmente en la enseñanza de la que ha sido y es uno de los apóstoles más conspicuos y tenaces. Cree profundamente en la eficacia de los principios para operar ingentes y radicales transformaciones en el organismo social. Es patriota de verdad, convencido y reflexivo, en esta hora crepuscular en que va ya necesitándose de la linterna de Diógenes para encontrarlos de su talla... Y más que por su inteligencia, con ser tan notable, resalta por sus relevantes dotes de carácter, por

su corazón de oro rebosante de sentimientos altruistas, que lo impulsa siempre a defender con su palabra elocuente y con su pluma inspirada todos los derechos conculcados y todas las más puras y nobles reivindicaciones sociales.

SANGRE DE PRIMAVERA
POR TULIO M. CESTERO

Confieso ingenuamente que raras veces son de mi agrado, por más que todos nos valgamos de ellos, esos *ismos* de uso tan convencional y frecuente en el lenguaje literario. El entendimiento humano, en su íntima complejidad, requiere indispensablemente, como base previa y primordial de determinadas operaciones mentales, un proceso de clasificación más o menos rigurosa en que aparezcan convenientemente distribuidas las partes del conocimiento progresivo de una materia para de esa manera facilitar lo más posible el estudio parcial o integral de la misma. Pero si en ciertas modalidades de la actividad mental, algunas ciencias por ejemplo, puede, mediante tal procedimiento, alcanzarse en mayor o menor grado la relativa exactitud que se persigue, no sucede lo mismo con otras formas del funcionamiento mental, como ciertas ramas de la literatura que, por su esencia y peculiar estructura, abarcan matices de ideas o de sentimiento tan íntimos y sutiles que siempre será de manifiesta inanidad cuanto se haga para encerrar todos sus múltiples y nuevos aspectos en un cuadro de clasificación más o menos completo y definitivo. Tal sucede con algunas escuelas literarias o que a ellas se asemejan al pretender englobar bajo una denominación más o menos genérica formas novísimas y extrañas de la mentalidad individual que, por lo regular, tienen nexos poco visibles de afinidad y aparecen en ocasiones como dispares y aún contradictorias. El concepto del modernismo literario, en su acepción más amplia, tiene aún, sin duda, muchí-

simo de vago y de impreciso, y por eso se resiste victoriosamente a entrar en el marco de una definición clara y completa que abarque, en síntesis satisfactoria, toda su complejidad y sus variados y curiosos aspectos. Consiste para unos en la ornamentación de la frase, en tonalidades pictóricas, en matices más o menos pronunciados de cierto individualismo romántico casi siempre muy emotivo; mientras que para otros, no sólo comprende tales cosas, sino que su raigambre alcanza a lo más íntimo del ser humano, pudiendo por ello reflejar a maravilla estados de alma con frecuencia aparentemente antagónicos, pero que con facilidad se funden en un todo armónico donde campea triunfante la exquisita intuición de lo moderno y donde laten fuertemente determinadas modalidades de la vida contemporánea que, tras largos y difíciles tanteos, han encontrado en las nuevas formas su manera de expresión más fiel y más bella...

Con los hechos no hay discusión posible, y el hecho es que para muchos la literatura modernista, o como quiera llamársele, vincula el gusto dominante; representa, despojada de ciertos excesos, la forma artística privativa de la hora presente; contiene, al lado de lamentables extravíos, bellezas de primera orden, y cuenta con brillante legión de cultivadores ya consagrados por el éxito. A pesar de ciertas incongruencias y puerilidades, los nuevos aspectos artísticos constituyen para no pocos lo más brillante y discutido de la actualidad literaria, y van imponiéndose aún a los más recalcitrantes en negarles el agua y el fuego, situados detrás de fórmulas vacías, de dogmatismos hueros, de senilidades retóricas tocadas ya de visible e irremediable impotencia... No obstante lo expuesto, no pienso que el auge del modernismo sea definitivo en muchos de sus aspectos. Considerado desde diversos puntos de vista, algunas de sus formas son indudablemente de transición, y como tales destinadas a tener vida más o menos efímera. De él quedarán naturalmente, como han quedado de formas artísticas anteriores, sedimentos valiosos, que aprovecharán las nuevas tendencias literarias, las que sin duda se preparan para lo porvenir y que tal vez se incuban actualmente...

En América, el modernismo ha sido, en primer término, labor de espíritus juveniles que, con el oído atento a los rumores de impulsión artística de allende el Atlántico, han querido reno-

var los moldes gastados o ya casi inservibles de una parte de la vieja métrica para poder, de peculiar manera, exteriorizar ciertas emociones refinadamente subjetivas, llevando también al léxico común, herido en parte de chochez, corrientes de vitalidad creadora por medio de palabras nuevas o remozadas y de tonalidades y coloraciones de subido mérito pictórico. Que en ese empeño, digno en mucho de encomio, se haya incurrido en derroche de tonterías disfrazadas con nombres pomposos y en repeticiones empalagosas de palabras y frases puramente efectistas, cosa es que salta a la vista, pero que no debe causar extrañeza al observador cansado de ver hechos idénticos o parecidos coincidir con el desenvolvimiento de diversas tendencias literarias. Indica poca o ninguna perspicacia crítica poner cátedra de censuras, casi siempre acerbas y destempladas, para considerar, sin amplio espíritu de comprensión, innovaciones salvadoramente revolucionarias, generadas muchas de ellas por ideas que flotan en el ambiente de actualidad y que de modo indefectible tienen que cumplir su proceso de evolución progresiva.

Tulio M. Cestero figura, de manera distinguida, en la falange de escritores jóvenes que siguen sin exagerada acentuación y con visible asiduidad las nuevas orientaciones del arte literario. Desprendida por entero de todo vínculo con el casticismo, su personalidad literaria parece haber salido ya del período de los tanteos, de las exploraciones difíciles, de cierto estado de indecisión por el que pasan casi siempre los verdaderos artistas antes de pisar con entera seguridad los caminos a cuyo término parece rutilar el ideal ardientemente ambicionado... Su pensamiento o su emoción se refleja y vibra en un estilo flexible e intensamente coloreado, nada castizo, en que la nota pictórica predomina constantemente, y en su léxico copioso y selecto presenta, como algo característico, la tendencia a dar a vocablos de uso general y corriente como acepciones nuevas en ocasiones felices y que pocas veces desentonan... Todavía este escritor no nos ha dejado ver, sino en parte muy reducida, las líneas arquitectónicas, los contornos precisos, la peculiar belleza de su ciudad ideal, la ciudad ideal que todos llevamos por dentro, y que guarda, como en cofre precioso, el invalorable tesoro de los ensueños y visiones, esperanzas y desencantos, júbilos y dolores que forman toda la trama de nuestra existencia. Sigue

ahora necesariamente sucesivas y curiosas etapas, y de vez en cuando nos ofrece en libritos primorosos, como *Citerea*, verdaderos devocionarios de Arte, impresiones efímeras de la actualidad literaria y sensaciones intensamente saturadas de cierto cosmopolitismo observado con escasa o deficiente profundidad, mientras va depositando en su espíritu, bien seleccionados, los materiales que han de servirle para sus libros futuros, plenos de intensa cultura artística, en que su personalidad se destacará sin ninguna marca de ajenas influencias y exenta por entero de convencionalismos de escuelas y de cenáculos.

Porque el toque en estas cosas, hoy y siempre, no está sólo en asimilarse lo novísimo, lo que de momento descuella como raro y perfecto, sino en ser muy personal, lo más personal posible. Y no haya miedo de serlo aun exageradamente. Lo recargado, lo que desentone, los adornos de guardarropía, irán poco a poco desapareciendo, y al fin surgirán, tras serie larga o corta de aciertos y fracasos, las creaciones artísticas, armoniosas, bellas, de carácter definitivo. Lo que pierde a muchos escritores dotados de raras facultades, haciéndoles malgastar toda la savia de su mentalidad, es la propensión exagerada, producida por infantil vanidad, a adaptarse ante todo y sobre todo a las formas y maneras preconizadas por la moda y el gusto dominantes, olvidando que esto es secundario o accesorio en la mayoría de los casos, y que lo principal es cultivar sin descanso su yo a fin de contemplar sin ciertos ofuscadores prejuicios el mundo exterior, y, refinando sus sensaciones, recorrer, sin ayuda de nadie, las más ocultas y misteriosas sinuosidades de su propia alma... Eso hace ahora Tulio Cestero, por más que todavía se adviertan en su obra literaria, siempre merecedora de loa, huellas de influencias extrañas que hay que esperar sean cada día más débiles y escasas.

En su último libro, *Sangre de primavera* —recopilación selecta, en su mayoría, de trabajos ya conocidos— hay trazos más firmes, más fineza en las percepciones, más arte en la composición, igual o superior intensidad pictórica que en *El jardín de los sueños*; aunque en esta obra, en ciertos pasajes, hay ciertamente mayor frescura de imaginación y mayor espontaneidad. Tulio M. Cestero es principalmente un artista del color, sin intensa emotividad, sin complicaciones interiores, que se propo-

ne tan solo verter en una forma caliente, plástica, rebosante de fulguraciones, sus impresiones de escritor bien preparado y de peregrino que viaja incesante, mudando continuamente su tienda, para observar, con inteligente mirada, almas y monumentos de países de arte y de copiosa historia. De Maurice Barres, dígame cuanto se quiera en contrario, tiene muy poco o no tiene nada. Me inclino más a lo último. El autor de *El jardín de Bérénice* no ilumina con ninguna proyección de su espíritu sutil y complejo el mundo interior, el yo aun solo fragmentariamente explorado de Cestero.

Todos los trabajos que contiene este libro son merecedores de sincero encomio. De los cuatro poemitas contenidos en *Citea* y ahora incluidos en este volumen, el más artístico, el de mayor mérito, a mi ver, es *La enemiga*, lucha entre el amor y el arte, escrito, como los demás, en una forma dramática hoy muy en moda, y del que brota, como enervador perfume, la lacinante tristeza de las cosas irremediables, de los hechos que, como si fueran marcados con hierro candente, dejan señales imborrables en nuestra vida... Algo de esa impresión de amargo desencanto que produce casi siempre la contemplación de miserias sociales fatalmente irremediables, he sentido, no hace mucho, leyendo algunas páginas admirables de *Teatro de ensueño*, de G. Martínez Sierra, uno de los más notables representantes del actual movimiento artístico en la juventud literaria española... En *La Medusa*, hay cierta originalidad, por la impresión que resulta del contraste, al bautizar con los nombres de Romeo y Julieta, los dos enamorados de Verona cantados por los poetas e idealizados por la leyenda, a la pareja decepcionada del placer, ahita de goces carnales, estragada por excesos lúbricos, que pasea su incurable hastío sobre el mar sereno, y, desesperada, se precipita en sus aguas en busca de la liberación suprema... Nótese algo de falta de medida, de carencia de ajuste artístico entre algunas de sus partes, en algunas escenas de *El torrente*, muy recargadas de color donde se desbordan ciertas resaltantes morbosidades de la gran ciudad, la moderna Babilonia... Y *La sangre*, el último cuadro, tiene pinceladas intensamente rojas, y al principio cierta poesía de égloga que en el desenlace se convierte en trágica y sombría... Una suave brisa d'anunziana parece como que orea algunas de estas hermosas páginas henchidas

de noble poesía; pero paréceme que tal cosa no es debida a ningún propósito preconcebido de imitación, sino producida por cierta identidad de estados de almas, por afinidades de inteligencia y sentimiento, que se manifiestan en muchos momentos, aun en escritores que parece tienen pocos puntos de semejanza, frente a iguales o parecidos aspectos del arte y de la Vida.

MIGUEL ÁNGEL GARRIDO
(*SILUETAS*)

Reposa ya en la muerte ¡cuán pronto! este atormentado soñador de cosas bellas y excelsas. En su alma noble, incontaminada por las impurezas del medio, verdadera cima moral en este pavoroso desierto de convicciones fecundas, florecía perennemente, como albo lirio de inmarchitable belleza, el ideal de una patria libérrima, ennoblecida por relevantes actos de civismo, capaz de asimilarse cuanto de beneficioso y dignificador encierra el credo de la civilización moderna, tal como la columbraron, en sus sueños juveniles, los próceres abnegados de la magna obra febrerista. En su espíritu no había aun penetrado esa ráfaga glacial de escepticismo generada por el espectáculo perpetuamente renovado de triunfantes mezquindades y miserias sociales... Así ¡qué dolor el suyo cada vez que la realidad asestaba durísimo golpe al soberbio alcázar levantado por sus ilusiones de patriota convencido! Como sucede a todo temperamento pasional, de impetuosa acometividad, poco inclinado a estudiar reflexivamente, en todos sus aspectos, el lógico engranaje de los hechos y sus probables consecuencias, cerníanse sus aspiraciones de mejoramiento nacional en un ambiente muy luminoso, sin lineamientos reales, puramente artificial, como creación de su generoso espíritu estructurado para moverse en épocas infinitamente menos prosaicas que la nuestra. Almas de esa clase van siendo cada día más raras. La envenenada atmósfera en que vivimos las asfixia prontamente. Son bellos productos de una flora rezagada que se extingue con rapidez. El barro

humano va perdiendo de día en día partículas de idealismo, de ese idealismo alto y fuerte que fue siempre genitor fecundo de empeños ingentes y gloriosos. Muertas muchas convicciones; enterrada para siempre la fe en excelsitudes que hacían amable la vida, sólo queda en pie, rebosante de fieles, cada instante más numerosos, el templo en que se rinde culto al único dios posible actualmente, al dios Éxito. Ante sus aras se postran en tropel, piaras innumerables, las muchedumbres ávidas de satisfacciones materiales, hurgadas por bajos apetitos, movidas por desenfrenadas concupiscencias. Son contadísimos los que, iluminados por la austeridad de su conciencia, se resisten victoriosamente a despojarse de sus sandalias para cruzar los umbrales de ese templo...

Miguel Ángel Garrido fue uno de ellos. Su espíritu tenía el temple fino y resistente de una hoja toledana. A su alrededor se multiplicaban las apostasías y las deserciones, sin que tales cosas hicieran mella en su conciencia de apóstol de una religión que iba paulatinamente quedándose sin fieles. De haber vivido en campo más vasto y apropiado para desplegar sus sobresalientes condiciones de carácter y de inteligencia, su personalidad, seguramente, descollaría hoy en todos los países de habla española, ungida con un prestigio parecido al de esa gran cumbre moral que se llama Juan Montalvo o con la significación y nombradía de un Vargas Vila. Los arranques de su palabra inspirada, sus rebeldías indómitas, sus energías de convencido, se malgastaron miserablemente en nuestro ambiente letal, saturado hasta el exceso de hálitos del más avieso y perturbador personalismo. En tales condiciones, su fracaso era inevitable... Por un momento creyó tocar la realidad de sus sueños, cuando, tras largos días trágicos vividos en permanente zozobra, vio despuntar la claridad auroral de anheladas redenciones, claridad ¡ay! bien pronto convertida en crepúsculo acentuadamente gris, encendido a ratos por las llamaradas de la guerra civil, a cuyo fulgor siniestro, con inmensa pesadumbre de su espíritu, contempló dibujarse nuevamente en el sombrío horizonte la fatídica silueta del ominoso patíbulo...

De esto hace muchos años y lo recuerdo como si ayer mismo hubiera acaecido. Contábase, en corto grupo de amigos íntimos, bajo un frondoso laurel de la plaza Colón, algo de color

subidamente trágico relacionado con una ejecución sangrienta llevada a cabo hacía poco en una ciudad del Sur de la República. Miguel Ángel escuchaba, con visible indignación, el espeluznante relato... Era una serena y hermosa tarde de primavera. Los últimos resplandores del sol poniente, semejando retazos de un áureo manto, esparcían su pompa lumínica sobre las copas de los árboles del pintoresco Parque. Un airecillo muy suave impregnado de aromas venía de los inmediatos canteros donde ponía su nota policroma una vistosa profusión de arbustos y de flores... La conversación languidecía. Reinó un instante de silencio solemne... Miguel Ángel, pensativo, como si lo dominara un pensamiento tenaz y doloroso, irguió de improviso la noble frente y dejó caer de sus labios estas palabras que han permanecido como estereotipadas en mi memoria: "Yo no seré jamás amigo de ningún gobierno que fusile"...

* *

*

En las páginas candentes de *Siluetas* vibran fulgurantes la protesta indignada, el apóstrofe rudo, los severos anatemas... En este hermoso libro aparece vivo y palpitante el temperamento tribunicio de Miguel Ángel Garrido, hecho de una sola pieza, forjado para el combate recio, inflexible, fogoso e inquieto; pero temperado por su ardiente amor a la justicia y por cierta magnanimidad ingénita que dulcifica un tanto la acerbidad a veces extremada de sus apreciaciones. Sus juicios, en ocasiones, tienen poca consistencia. Censura frecuentemente con justicia, aunque por lo general su mirada se detiene en resaltantes exterioridades, en aspectos superficiales de hombres y de cosas. Ve los hechos aislados, escuetos, como surgidos de improviso, sin fijarse con detenimiento en su necesaria trabazón, en las articulaciones que los ligan, y sin ahondar lo necesario para examinar prolijamente la penetración de su raigambre en el organismo social. Hace alto casi siempre en los primeros peldaños de la escala ascendente que va de los efectos a sus causas determinantes... Atribuye a la voluntad personal la responsabilidad

exclusiva de actos reprobables, que tienen su origen principal en palpables deficiencias de la mentalidad de la masa social, concreción resistente de siglos de coloniaje, y en cuyo fondo aparecen, bien visibles, sedimentos étnicos diversos, rancias preocupaciones, convencionalismos morbosos... Reaccionar decididamente contra semejante orden de cosas transformando saludable y progresivamente la mentalidad colectiva, por medio de la instrucción racionalmente organizada en primer término, sería la obra más útil y gloriosa que pudieran realizar nuestros estadistas, si los tuviéramos. Esa excrecencia monstruosa que se llama la tiranía, se produce sólo en determinadas latitudes morales y es siempre necesario resultado de causas complejas y merecedoras de análisis largo y concienzudo.

Y esa labor de lenta y exacta penetración no es propia de caracteres formados para la brega diaria, para la ardiente propaganda en la prensa y en la tribuna de ideas innovadoras de positiva trascendencia, acostumbrados, por virtud de su mismo apostolado, a considerar los hombres desde la cúspide en que hacen irradiar sus ideales, no imperfectos como los ha creado la naturaleza, como son realmente, como han salido de nuestra deleznable arcilla, sino como, según su criterio, debieran ser, nobles y buenos siempre, seres de verdadera racionalidad, exentos de flaquezas y miserias... Miguel Ángel Garrido parecía haber nacido únicamente para las contiendas ennoblecedoras del civismo, para derrumbar ídolos de barro, para postular por el derecho y la justicia, y resultó, en este incoherente medio nuestro, tan propicio para los arrestos y éxitos del menguado personalismo político, un eterno vencido que, en medio del bullicio social, pasaba, altivo y triste, llevando a costas la pesada cruz de su meritoria pobreza y el hondo duelo por sus luminosas aspiraciones de libertad y de bien constantemente incomprendidas o menospreciadas...

Su alma, doliente y soñadora, viril y fuerte, a toda hora rebelada contra las injusticias sociales, refléjase a maravilla en su estilo nervioso, coloreado, fulgurante, emotivo, sin amaneramiento ni *pose*, donde, una que otra vez, parece la frase retorcerse o torturarse para expresar con entera exactitud la idea o la imagen, pero sin alambicarse y sin caer en descoyuntamientos arlequinescos. Su cultura literaria, sin ser muy escasa, se re-

ciente de lecturas hechas al azar, sin el método necesario para lastrar convenientemente un cerebro. En el cambiante escenario social, sólo absorbe su atención, sólo reviste para él verdadero interés, el desfile de individuales prominentes que, en este o en aquel sentido, han marcado con mayor o menor fuerza su huella en la historia humana. Tal se ve en *Siluetas*, y tal en su otro libro inédito, *Bustos áureos*, del cual sólo conozco algunos hermosos capítulos. Su facultad principal era la imaginación, fresca y lozana, y que, encauzada por derroteros de arte puro, hubiera hecho de él un cultivador genial y exquisito de determinadas modalidades literarias. No obstante la austera inflexibilidad de sus principios, nunca germinaron en su ser rencores partidaristas o algo semejante. Fustigaba briosamente, sin ensañamientos menguados, obedeciendo siempre a lo que creía un alto ideal de verdad y de justicia. Ha caído prematuramente en la tumba, en la modesta y solitaria tumba sobre la cual ¡tan frágil es el recuerdo humano! están cayendo ya espesas paletadas de olvido, sin haber ni un solo instante abdicado de las generosas convicciones de toda su vida, y defendiendo en la prensa, hasta última hora, con lucidez y tesón, los fueros de la ciudadanía y la soberanía nacional en toda su cabal integridad, sin mermas humillantes ni dolorosas mutilaciones...

GALARIPSOS
POR GASTÓN F. DELIGNE

Es privativo de verdaderos poetas suscitar emociones más o menos profundas sin recurrir a resortes vulgares y a artificios rebuscados con sólo dejar ver, clara y artísticamente, toda la riqueza de su huerto interior, su visión clara y alta de las cosas, su orientación resuelta hacia espacios perennemente iluminados por un ideal de belleza serena y perfecta. De Gastón F. Deligne, poeta de verdad, puede bien afirmarse que ha sabido recorrer todo el ciclo de su desenvolvimiento lírico, dentro de su *manera* peculiar de expresar ideas y sentimientos, gallarda y bellamente, con provecho y prestigio del lenguaje, sin lloriqueos empalagosos, sin intempestivos alardes de trasnochadas filosofías, y sin inmovilizarse en formas y modos de exteriorización artística que van resultando insuficientes para traducir con fidelidad estados psicológicos complejos y refinados. Un libro de versos, en ocasiones, es una especie de breviario que contiene las íntimas oblaciones de un espíritu de selección postrado con místico recogimiento ante sugestivos aspectos de la belleza y del bien; que guarda en sus páginas, como sutil y extraño perfume, la esencia de un alma rebotante de complejidades y de anhelos, que quiere descubrir tras la confusa y complicada urdimbre de los hechos la fuerza espiritual que los anima, la misteriosa corriente que los baña y vivifica... En cierto sentido, la misión que el poeta cumple o debe cumplir es de depuración y de ennoblecimiento. Para no intoxicarse en esta atmósfera de convencionalismos y de vulgaridades en que nos agitamos,

fuerza es salirse de ella siquiera sea momentáneamente para ascender a la empinada cima en que refulge, envuelta en celajes de misterio, el alma de las cosas... Hay que bucear a ratos en cierta idealidad para desinfectarse de microbios y de inmundicias sociales, para hallar veneros de riqueza psíquica despreciados por el burguesismo imperante que *vive*, que cree *vivir*, porque llena puntualmente determinadas funciones fisiológicas... Todas las cosas, aun las que se nos figuran más insignificantes, tienen su vida peculiar, su íntima vibración, su arcana filosofía, que, en cierto sentido, sólo el poeta, el verdadero poeta, tiene la facultad de desentrañar y exhibir revestida con la deslumbrante clámide de imágenes hermosas y refinadamente expresivas...

Por la alteza de su pensamiento y por la amplitud y flexibilidad de su numen, que le permite recorrer sin tropiezos toda la gama de las más resaltantes realidades humanas, resulta el autor de *Galarippos* un poeta de bien definida personalidad, indudablemente de más acentuación intelectual que pasional, original y a trechos muy sugestivo, con caudal de ideas propias, sin residuo apreciable de influencias ajenas, aislado altivamente en su yo; lo que es decir bastante en esta época tan pródiga en imitaciones, no obstante el sello de radical individualismo que la distingue y singulariza, muy particularmente en lo atañadero al desenvolvimiento de las ideas estéticas. Aun en sus momentos de flojedad o descuido, aun al través de cierta niebla conceptuosa que obscurece a veces su pensamiento o *intelectualiza* demasiado su emoción, mírase siempre en Deligne al poeta de gran potencia ideológica, de cierta intensidad emotiva, que sabe determinar duraderas impresiones por la elevación de su pensamiento y la proyección luminosa de su espíritu... Muchos años han transcurrido; muchas flores de ensueños y de esperanzas se han deshojado en mi alma, y aun repercute en ella, con la misma fuerza de entonces, la emoción que experimenté leyendo las vibrantes quintillas de "Mairení", tan fáciles y fluidas, en las que el gesto épico de suprema desesperación del héroe quisqueyano reviste trágica y soberana grandeza; y todavía saboreo con la misma fruición de aquel tiempo, los inspirados versos de "Angustias", poema de lágrimas, tierno episodio, de corte campoamoriano, en que un alma femenil cruelmente torturada por el infortunio, ante el prodigio de una cuna "de calma y reden-

ción anunciadora", se transfigura y se irgue nuevamente fuerte y esperanzada...

Caracteriza la poesía de Gastón F. Deligne cierta virilidad de concepto y de expresión, y aunque a menudo su visión de las cosas aparece como enturbiada por cierto intelectualismo muy personal y propio, no quita eso para que, de tarde en tarde, broten de sus versos frescos surtidores de íntima ternura... No es un poeta emotivo ciertamente; pero tampoco predominan en él, de modo exclusivo, absoluto, facultades poéticas netamente intelectuales que absorben y destruyen cuanto fluye de su sensibilidad rica y acendrada, aunque siempre ésta, por su manera de ver las cosas, resulta, en su expresión poética, en segundo término, a veces muy atenuada y borrosa... Su peculiaridad más resaltante —no veo en América quien en esto le supere— es la fuerza eminentemente plástica de su imaginación para revestir de formas tangibles y adecuadas ideas y cosas puramente abstractas. La musculatura moral de este poeta, recia y fuertemente cohesionada, semeja hecha sólo para empeños propios de espíritus varoniles, libres de ciertas flaquezas y debilidades. No hay afeminamientos ni perfumes de *boudoir* en sus estrofas. Repúgnale, por lo general, tratar asuntos pueriles (en este volumen hay, es verdad, una que otra composición de esa clase que debería suprimir en una segunda edición), de consistencia efímera, verdaderas fruslerías del intelecto, sin pensamiento ni raíz sentimental, que constituyen el obligado tema de una versificación ayuna de ideas, sin fuste ni enjundia... El poeta, a lo que pienso, debe ser a modo de armonioso teclado que, en instantes emocionales, rompa en notas vibrantes y encendidas despertando con fuerza sentimientos nobles y generosos dormidos en el alma individual y colectiva... Conozco bien que lo mismo en la prosa que en el verso, aun para el más genial y espontáneo escritor, el pensamiento original, la emoción determinante, atraviesan un proceso mental de depuración más o menos breve, llegando a la palabra escrita hartos modificados, con tonos y matices que ciertamente no tenían en el corto período de su gestación inicial... Con todo eso, cuando el pensamiento o la emoción tiene su raíz en lo más recóndito de nuestro ser, ese trabajo depurador del mecanismo mental, no alcanza a quitarle por completo su frescura original y cierto no se qué peculia-

rísimo que el observador consciente no descubre en creaciones aparentemente unguadas con el óleo de un sentimiento penetrante y vivo, que es únicamente producto de diestros y adecuados artificios de imaginación y de técnica.

En *Galarippos* aparece muy poco visible la marca gris del pesimismo. La orientación filosófica de Deligne, algo multiforme, carece de acentuaciones precisas y mucho menos definitivas. Y en el momento actual, de análisis y de contradicciones cada vez más distantes de fundirse en una síntesis satisfactoria y total, no puede ser de otra manera sin ir a parar en una concepción dogmática muy individual y casi siempre perjudicial o infecunda... Este poeta suele, por lo general, apartar con disgusto la mirada de ciertas tristes realidades sociales; no ve o no quiere ver el fondo negro de muchas cosas, y aunque en algunas de sus poesías ("Peregrinando", "Aniquilamiento" principalmente) esboza un gesto de contrariedad o de rebeldía, casi nunca asume, como algunos poetas, una actitud de impenitente desesperación contra cosas fatalmente irremediables; actitud que en no pocos es visiblemente ficticia, postura resaltante para conquistar la atención, o rendir, en determinados instantes, reverente homenaje a esa deidad caprichosa y omnipotente que se llama la moda. En tesis general, Deligne contempla la vida con ojos optimistas ("La nueva Jerusalem!", "Angustias", "Oneiro", "Valle de lágrimas", etc.), preconizando la acción y cuanto se endereza al gradual perfeccionamiento humano. Su concepto de la vida no tiene nada de amargo ni desesperante. Un soplo de esperanzas y de anhelos de bien social circula frecuentemente por sus estrofas. Censura a los que exageran las tristezas de la vida, diciéndoles:

*Los que echáis la sonda al mar
del incierto porvenir
cuando al hombre habéis de hablar
¿por qué le habláis de llorar?
¿por qué le habláis de sufrir?*

No desmiente esa tendencia de su espíritu "Aniquilamiento", bella y rara flor de turbador perfume cultivada en el jardín védico, que pereció por un instante indicar una decidida dirección hacia el pesimismo, rumbo en que felizmente no ha persistido.

tido. Perteneciente a otro orden de ideas, sin ribetes de arcana filosofía, palpitante de realidad social y de vida artística, es la hermosa composición "Del patíbulo". De esas bellas estrofas fluye una melancolía suave y exquisita, que alcanza a veces cierto alto diapason sentimental, propio de un alma selecta herida por el desconsolador espectáculo de las grandes injusticias sociales. Con gradación artística surge de esos versos la fatídica visión del ominoso patíbulo tan frecuentemente alzado para los vencidos del momento en estas turbulentas e incoherentes democracias hispano-americanas... El pensamiento primordial se desenvuelve claro y distinto, sin premiosidades ni lirismos de relumbrón. Es un cuadro, un verdadero cuadro, de sobresaliente mérito pictórico, donde sombras y colores se combinan y armonizan de manera verdaderamente interesante y apropiada. La emoción se apodera irresistiblemente del lector capaz de sentirla, quien le parece tener ante sus ojos al mártir de las depoderadas violencias políticas que:

*...allá va por su calle de amargura
por la doliente calle
que recorren a veces las ideas
para arder y alumbrar...*

En cuanto atañe al lenguaje y formas rítmicas usuales, si no se ponen de relieve en *Galarippos* procedimientos radicalmente innovadores, tampoco se palpa el ciego y servil acatamiento a un dogmatismo léxico y retórico en que todavía comulga la inmensa mayoría, y que, como de la peste, huye de palabras novedosas o que tengan visos de ellos así resulten propias y eufóricas, y de la introducción, siquiera sea discreta y parsimoniosa, de variantes y combinaciones en los viejos moldes rítmicos para, mediante ellas, producir nuevas cadencias y sonoridades. Tales oportunas innovaciones nos parecen al principio extrañas y desarmonicas simplemente por estar nuestros oídos acostumbrados al acompasado martilleo de formas poéticas que tienen en su abono una práctica secular rara vez interrumpida. Cuanto tiende a romper con hábitos fuertemente arraigados en nuestro organismo moral, es siempre acogido, en su primera etapa de desarrollo, con ruda y persistente hostilidad. Casi nunca se

quiere convenir que a cada nuevo ideal estético debe corresponder una nueva forma de expresión para lo cual hay que modificar en todo o en parte las antiguas, y por eso debe aplaudirse, reduciéndolo a sus naturales límites, el propósito, ya en parte realizado, de algunos modernistas americanos de introducir ciertas innovaciones en la estructura de las formas métricas y rítmicas usuales. Ese empeño, lo he dicho ya en otra parte, tan visible ya en estos últimos tiempos, de modificar ciertas formas y maneras de expresión literaria, no es producto, en la mayoría de los casos, de mero capricho, sino de necesidades determinadas por las nuevas direcciones que sigue el desenvolvimiento artístico en una época como la nuestra de tendencias tan poco definidas y tan complejas. Descontando las exageraciones y aun desatinos que acompañan siempre a todo ideal reformista, la obra cumplida por Rubén Darío, José Asunción Silva, Leopoldo Lugones, Amado Nervo y otros poetas, representa, bien depurada, una nueva y tal vez la más luminosa fase del movimiento literario en Hispano América.

Gastón F. Deligne, muy conocedor del idioma y del ritmo, emplea siempre vocablos adecuados y expresivos, y sirviéndose con algunas ligeras variantes a veces, de los modos de expresión poética en uso, sabe prestarles como aspectos nuevos y como armonías y sonoridades agradables y nada vulgares. No ha alzado pendones en homenaje de cierta modernidad que entraña sin duda lados muy interesantes y acreedores de encomio; pero cuyo sentido estético, con escasas y relevantes excepciones, por regla general ha sido mal comprendido y peor practicado. Arguya mucho, a mi ver, en favor de la conciencia literaria de Deligne su oportuno y prudente alejamiento de lo que se me antoja llamar el radicalismo de los extremos. Saber colocarse en un punto equidistante, sin caer en excesos y aberraciones de escuela, pesando con sereno criterio los argumentos aducidos en pro y en contra, sin experimentar, principalmente, el contagio del entusiasmo de ardorosos neófitos que por el solo hecho de serlo creen tener la verdad fuertemente agarrada, es envidiable privilegio de ciertos temperamentos literarios, idóneos para realizar con brillantez una labor de adecuada selección que, sin desgaste o falseamiento de la propia personalidad, les permita encaminarse por vías seguras y amplias, sin parecerse ni remo-

tamente a ninguno de sus antecesores o coetáneos consagrados por la fama. Sin ser el de un millonario del lenguaje, el léxico de este brillante cultivador del verso, es lo bastante copioso y rico para dar a sus producciones tonalidades y colores delicados y para permitirle personificar ideas o abstracciones de cierto carácter valiéndose para ello de imágenes y comparaciones bellas, exactas y sugestivas.

Forzoso es rendir tributo de vivo reconocimiento a estos eximios poetas que, de tarde en tarde, suscitan vibrantes y hondas impresiones, esparciendo por nuestro ambiente de convencionalismos y de mezquindades esos soplos purificadores de fe, de entusiasmo y de amor que tan fuertemente agitan el alma de las sociedades. No sé, si como se dijo hace tiempo, esté la forma poética "llamada a desaparecer", y sí, como se afirma, es signo elocuente de ello la abundancia de versificadores hueros y la visible escasez de grandes poetas. Asuntos son éstos que ameritan estudios más detenidos y completos y que requieren más tiempo del que dispongo. De mí sé decir tan sólo que siempre me hace experimentar vivo goce estético el verso sincero y armonioso, y que siempre me conmueve la poesía verdadera, esa poesía noble y fecunda que nos eleva por encima del montón de engaños y miserias de la vida y nos permite dilatar la mirada por despejados y luminosos espacios.

TOLSTOY Y SHAKESPEARE

Como planta desmedrada que crece en terreno casi agotado, florece cierto utopismo vacuo e incoloro en las últimas producciones del ilustre escritor ruso. Desde su retiro de Jaisnia Poliana esparce a los cuatro vientos fórmulas de orientación religiosa, de renovación social, de transformación artística, en su mayoría desprovistas de jugo vital, inconsistentes, sin verdadera médula filosófica. Muchas de sus ideas tienen resaltante parecido, casi se confunden, con las de carácter filantrópico que puso muy en moda el enciclopedismo precursor de la gran revolución francesa. Su gesto es el de un reformador social que pugna por una radical transformación de las instituciones de todo orden que caracterizan la actual civilización, para de esa manera alcanzar un estado de cosas en que reinen la paz y la felicidad vigorosamente cimentadas en la práctica constante, sin restricciones y distingos, de un ideal uniforme de fraternidad y de positiva caridad cristiana.

Su concepción, nebulosa y pueril, de un arte esencialmente cristiano, obedece a esa inclinación de su espíritu, noble y generosa indudablemente, pero vinculada en un completo olvido de lo que con monótona persistencia revelan elocuentemente las enseñanzas históricas y los hechos de la vida diaria... Autónomo, con propia y bien precisada soberanía, con naturales nexos indudablemente con otras formas de la actividad espiritual, el Arte es la exteriorización sincera y bella de pensamientos o emociones sugeridas o suscitadas por la realidad íntima u obje-

tiva; refleja, en ocasiones, estados de alma colectivos, y posee, sin duda, cierta relativa eficacia para la difusión de propósitos de bien general; pero de ahí a convertirlo, restringiendo o falseando su carácter autonómico, como quiere Tolstoy, en obligado vehículo de ideas de trascendencia ética o religiosa, de finalidades puramente altruistas, media una distancia enorme que solo pueden salvar espíritu apacentados en abstracciones que únicamente prosperan en los limbos de la utopía y la quimera... Obseso por sus visiones de reformador social, que lo hacen condenar resuelta e implacablemente cuanto se aparte de las líneas arquitectónicas de su edificio ideal, incurre a cada paso en flagrantes injusticias, en apreciaciones erróneas o apasionadas, como, por ejemplo, al referirse a Baudelaire y a Verlaine, a quienes condena fijándose únicamente en sus aspectos menos artísticos, sin hacer caso de las peculiaridades psicológicas y de la copiosa riqueza de matices emocionales de cada uno de esos dos grandes poetas, y, sobre todo, al querer derribar a Shakespeare del pedestal altísimo en que lo han colocado la admiración y el aplauso de los siglos.

¡Shakespeare! Su solo nombre evoca un mundo de seres y de cosas dotados de vida artística exuberante e imperecedera. Hacer un gasto de erudición barata sería el citar ahora prolijamente las opiniones de los grandes escritores que en el transcurso de más de dos centurias han rendido su tributo de entusiástica admiración al excelso poeta inglés. "Shakespeare, dice Dryden, es el hombre que ha tenido más vasta y comprensiva el alma, y ha reproducido, sin esfuerzos, y como por inspiración, todas las imágenes de la naturaleza". Lessing, los Scheleger, Goethe, Hegel, cien más, han tejido coronas de laurel inmarcesible para ceñir la frente del excelso dramaturgo. "En general, afirma Carlyle, no conozco hombre alguno de facultad de visión tan grande, ni pensamiento de fuerzas tan colosales si le consideramos bajo todas sus formas y categorías"...

No han faltado, tampoco, como era natural, opiniones desfavorables, las más de ellas inspiradas en prevenciones y en dogmatismos de escuela, como, pongo por caso, las últimas de Voltaire contenidas en su famosa e iracunda carta a la Academia Francesa en la que pone a Shakespeare como chupa de dómine... Lamartine, el sentimental Lamartine, tuvo el propósito, sin

llegar a realizarlo, de menoscabar también con su censura la inmensa gloria shakesperiana. Tolstoy, más audaz, ha pretendido, sin lograrlo, arribar a cosa semejante... Pero más doloroso que tales cosas, por otra parte muy naturales, es el empeño, absurdo a mi ver, de atribuir al canciller Bacon la paternidad de las obras de Shakespeare. Se ha gastado ya mucha tinta en tales pretensiones, que ningún argumento o dato de positivo valor justifica. G. G. Greenwood, el último que en un libro reciente* sostiene la paternidad baconiana no resulta muy feliz que digamos en sus alegatos y en sus aseveraciones.

Ya sé que en el teatro shakesperiano hay proporciones desmesuradas, aspectos grotescos, estupendos anacronismos, puerilidades y extravagancias... Abunda en situaciones incoherentes, de palpable inverosimilitud. Podría formarse una bien nutrida biblioteca con todo lo que se ha publicado acerca de los plagios ciertos o supuestos de Shakespeare. Tal como las escribió, sus obras son actualmente irrepresentables o poco menos. En la misma Inglaterra se han hecho en ellas, desde hace siglos, cortes y modificaciones, algunas de estas bien desdichadas... Pero, por encima de todo eso, ¡qué torrentes de luz deslumbradora! ¡qué explosión soberana de vida! ¡qué infinita variedad de tonos y colores! Como si estuviera provisto de un poder divino, ha cogido el barro humano y lo ha modelado a su antojo, creando seres de eterna vitalidad, de indestructible cohesión y de incomparable belleza. En eso estriba su mérito más sobresaliente. Ni antes ni después de él, nadie ha podido forjar caracteres de una plasticidad artística tan real y tan humana. La fuerza de emoción que se desprende de sus producciones dramáticas, no reside ciertamente en las palabras, por más que éstas, en algunos momentos, semejen trazos ígneos que iluminan rápidamente los cielos del espíritu, sino en los conflictos pasionales que determinan a cada paso situaciones en que fulgura una vida intensa, y en la recia y bien equilibrada estructura de los caracteres, casi siempre de potente vibración anímica, que encarnan con vigoroso y bien circunscrito relieve los cuatro aspectos principales, trágico, filosófico, cómico e histórico de la vasta

* *The Shakespeare Problem Restated.*

dramaturgia shakesperiana... Como nadie, Shakespeare ha registrado las infructuosidades más ocultas de nuestro ser y ha puesto al desnudo todos los móviles que determinan nuestras acciones... El arpa de la vida ríe, arrulla, gime, grita, increpa, solloza, ruge bajo sus manos. La duda, la ambición, el dolor, los celos, el odio, el amor, cuanto nos agita y apasiona, cuanto caldea e incendia nuestro espíritu, tienen en su teatro, tumultuoso, desordenado y amplio como la vida, expresión espontánea, exenta de artificios y de rebuscamientos... Recorre sin vacilaciones la escala que va de lo plácido y risueño a lo patético y terrible, del idilio suave y rumoroso como manso arroyuelo a la escena encrespada, de corte trágico, en que, a manera de río purpúreo corre la sangre... Todos los arranques de la pasión vibran en sus obras. Aun nos conmueve el adiós de la enamorada Julieta en la admirable escena del balcón, y nos sacude intensamente el escalofrío del miedo al ver a Lady Macbeth con las manos teñidas en la sangre de los dos guardias del noble rey Duncan asesinado... ¡Qué dos tipos de mujer tan diferentes en su contextura íntima, y, sin embargo, tan humanos! La duda obsediante que entenebrece el atormentado espíritu de Hamlet; los celos torturantes de Otelio; el interés sórdido de Sylock; la desesperación de Lear; la abnegación de Cordelia; la ternura conyugal de Imógena, tienen la poderosa fuerza vital que posee el arte cuando traduce con amplitud y profundidad sentimientos que no son peculiares de una época ni de una determinada agrupación étnica, sino esencial y perpetuamente humanos, inherentes al ser colectivo que los resume, y que, sin limitaciones de tiempo y de raza, experimenta las mismas perplejidades y los mismos placeres y dolores...

Cuando se ha creado todo eso; cuando se ha podido hacer vibrar tan fuertemente el alma humana; cuando se ha marcado de modo tan penetrante la huella del genio en la historia luminosa del desenvolvimiento artístico, resultarán siempre estériles y aun ridículos todos los esfuerzos, así sean los de un Tolstoy, para despojar al gran trágico inglés de lo que constituye su más legítimo derecho a una gloria y a una admiración perdurables.

*EL SOCIALISMO REVOLUCIONARIO
Y LA CUESTIÓN SOCIAL EN EUROPA Y CHILE*
POR B. VICUÑA SUBERCASEAUX

El notable escritor chileno B. Vicuña Subercaseaux, con espíritu desligado de prejuicios y con dominio del asunto, estudia en este nuevo e interesante libro en todas sus principales fases de desenvolvimiento uno de los más vastos y complejos problemas que, por su intrínseca y permanente gravedad, se imponen no sólo a la consideración reflexiva de estadistas bien intencionados sino también a la atenta observación de cuantos de veras se interesan por la pronta consecución de algo positivamente eficaz y práctico que mitigue o remedie la situación en que se encuentra actualmente la inmensa mayoría de la clase proletaria. Al analizar, a grandes rasgos, las diversas etapas históricas recorridas por lo que hoy conocemos con el nombre de socialismo, ve el escritor chileno, como todo el que se detenga a examinar este trascendental asunto, que su génesis y sus evoluciones sucesivas, han radicado siempre en la muy natural aspiración del que nada tiene a poseer lo que a otros sobra, en el resaltante contraste que se advierte, a la primera ojeada, entre las agrupaciones jornaleras insuficientemente retribuidas, desprovistas de todo, en perpetuo desamparo, y las clases privilegiadas pletóricas de riquezas y de lujos... De ahí la aguda crisis social —considerablemente agravada por los anhelos que sugiere el desarrollo intelectual de nuestro tiempo— que sólo en muy reducida esfera alcanzan a mejorar disposiciones legislativas dictadas en estos últimos años, como la ley de retiro de los obreros en Francia y otras... El problema, no obstante, permanece en pie preñado de amenazas para lo porvenir...

Mejor que en Juan Jacobo Rousseau y en Saint Simón, hay que buscar el antecedente positivo del actual socialismo en Babeuf, autor de estas frases que resumen la perenne aspiración de toda una clase, la más numerosa y necesitada: "Encontrar un Estado, donde todo individuo con la menor fatiga, pueda gozar de la vida lo más cómodamente posible"... Babeuf no se quedó en el terreno ideológico sino que quiso llevar a la práctica sus quiméricos proyectos basados en una igualdad social siempre ilusoria y absurda, y por eso rodó su cabeza segada por la guillotina salpicando con sangre sus ideas... Estas, en formas más o menos diferentes, debían resucitar más tarde. Por ese dinamismo misterioso que hace que las ideas imposibilitadas por coacciones de lo alto de hacer su carrera en plena luz sigan su camino subrepticamente por el subsuelo social hasta el momento oportuno de reaparecer formidables y amenazantes, años más tarde, favorecidas por ciertas circunstancias, las ideas socialistas esparcidas en el ambiente colectivo comienzan a cristalizarse, a tomar cuerpo en la famosa *Internacional*, a formar un verdadero código de principios, dictados en primer término por Karl Marx, y entre los cuales aparecen con espanto de la burguesía, estos dos en que puede sintetizarse toda la doctrina socialista en su aspecto más radical y definido: "El capital es el producto de una expropiación: el capital no debe existir"... "Es imprescindible abolir la propiedad individual"... El momento actual, a pesar de la dirección posibilista tomada por una parte, la más culta del socialismo, es sólo en realidad un instante de tregua. Como por fuerza natural de las cosas habrá siempre desigualdades sociales de toda especie, gentes de arriba y gentes del montón, ricos y miserables en una palabra, la lucha de clases, la pugna entre el proletariado y la minoría adinerada y dueña del poder, no obstante ciertos remedios que son en realidad meros paliativos, resultará siempre de actualidad apareciendo cuando menos se la espere revestida de formas más o menos amenazantes y aterradoras. Tal vez Vicuña Subercaseaux se desvía de la realidad al considerar al socialismo revolucionario como entrando en una fase de visible decadencia. Ciertamente sí es que su extrema vanguardia, el anarquismo terrorista, hace ratos que no da señales de vida. En el horizonte enternecido parece haberse esfumado la trágica silueta de *Souveraine*, el terrible anarquista

que como nuncio de destrucción y muerte pasa por las páginas vibrantes y dolorosas de *Germinál*...

En su aspiración incesante a transformar la actual organización social cimentada en el régimen capitalista pleno de irritantes injusticias, la fracción más intelectual del socialismo, echando a un lado utopías y quimeras, sigue, desde hace algún tiempo, orientaciones oportunistas muy prácticas, aproximándose hasta casi confundirse con la burguesía para de esa manera ir paulatinamente recabando las leyes necesarias para modificar de modo sustancial y sin aterradoras violencias las palpables y grandes deficiencias del régimen imperante que encarna indudablemente aviesos monopolios y otras cosas en pugna con muchas ideas de positivo mejoramiento social. Vemos por eso a esa fracción posibilista luchar en los comicios para obtener una representación que la convierta en una gran fuerza parlamentaria, y contemporizar hasta cierto punto en Francia, Alemania, Italia y Bélgica con formas de dirección política cuya destrucción hasta hace pocos años se pedía con insistencia por los *leaders* más caracterizados del socialismo militante... De tales componendas y transacciones no quiere ni oír hablar la agrupación antagónica, el sindicalismo revolucionario, que sostiene con tenacidad y en toda su pureza el dogma primitivo de destrucción completa del régimen burgués, para lo cual organiza a cada instante huelgas parciales que son como las avanzadas de la anunciada temible huelga general, y proclama la ruptura de toda clase de nexos con el socialismo político —por creer, quizás fundadamente, que los corifeos de éste lo que quieren es servirse del proletariado como de escabel para fines de exclusiva ambición personal— sosteniendo como único agente de indiscutible eficacia lo que llama “la acción directa del pueblo”.

Lo que del luminoso estudio de Vicuña Subercaseaux ha impresionado más mi ánimo ha sido el ver la bandera roja flameando amenazadora en la libre y viril república chilena. Me ha sorprendido, lo digo sin ambages, que en esa privilegiada porción de Hispano América haya encontrado terreno abonado para florecer lozanamente la flor de sangre del socialismo revolucionario. Justo en gran parte de las reivindicaciones que sustenta, va horriblemente extraviada la porción del socialismo que pretende fiar el triunfo de sus ideas a procedimientos de

violencia y de exterminio... Los sucesos cruentos ocurridos en Santiago, Valparaíso y otros puntos de Chile indican con la insuperable elocuencia de los hechos que el mal posee ya raíces algo profundas... Afortunadamente hay en Chile quienes, dándose acertada cuenta del peligro, estudian y ponen en práctica los medios que juzgan conducentes para oponer dique apropiado a la ola impetuosa y arrolladora. Así lo ha entendido el numeroso y activo partido radical chileno incorporando a su vasto y sustancial programa de reformas muchas importantísimas de carácter exclusivamente social. Ayudados o secundados por aquel gobierno, algunos poderosos capitalistas emplean buenas sumas de dinero en la edificación de casas para obreros en condiciones de arrendamiento en extremo favorables para estos... Aquí, en la joven República Dominicana, no tenemos por fortuna preocupación de ninguna especie por ese lado. Tales problemas nos son enteramente desconocidos. Nuestra población es exigua en demasía. Poseyendo, como poseemos, un territorio relativamente extenso y en gran parte deshabitado, de capa vegetal riquísima, el problema por resolver se encierra para nosotros en esta sola palabra: poblar.

El criterio de Vicuña Subercaseaux es pronunciadamente ecléctico en su serena y honda apreciación de estos complejos asuntos. Ni puede ser de otra manera. La violencia no resuelve nada, y si logra algún resultado inmediato éste será precisamente transitorio. La reacción se impondría presto violenta y desapoderada. Es ley eterna que la historia de todos los tiempos demuestra con irrefutable elocuencia. Sólo evolucionando gradual y metódicamente podrá el socialismo realizar muchas de sus justas aspiraciones de mejoramiento colectivo. Para ello tiene que ser ecléctico, desprenderse de toda torpe intransigencia, y aprovechar, vengan de donde vinieren, todas las ideas que entrañen positiva eficacia para la implantación gradual y discreta de reformas sociales de verdadero alcance y trascendencia. En países de abrumadora densidad de habitantes, impónense con irresistible fuerza muchas legítimas reivindicaciones sociales. Y cumple a estadistas y legisladores atenderlas con preferencia a cualesquiera otras. En las conclusiones de su meritorio trabajo revela el diligente y bien intencionado escritor un optimismo que sólo a medias comparto. El socialismo sindicalista nutrido

de elementos procedentes del campo anarquista, no desiste en lo más mínimo de sus proyectos de destrucción del presente régimen social y por lo que dicen continuamente algunos de sus más nombrados caudillos está muy lejos de considerar como actos de cumplida justicia las leyes últimas que favorecen la clase obrera, sino como *concesiones* arrancadas por la fuerza al miedo de una burguesía empedernida y cada vez más aferrada a sus privilegios seculares... Este libro, como *Gobernantes y Literatos* del mismo autor, pertenece al número de obras de actualidad que merecen leerse con verdadero detenimiento. Vicuña Subercaseaux es un escritor de ideas, que no sacrifica el fondo a la forma, y que no considera la literatura como mera expresión de fruslerías o sonoridades verbales sino como el más apropiado medio para la propagación de pensamientos altos y de utilidad reconocida.

DE MI VILLORIO
POESÍAS POR LUIS C. LÓPEZ

En el breve y jugoso prefacio de este curioso libro de versos, el distinguido escritor Manuel Cervera afirma paladinamente que Luis C. López es el más original de los poetas de Colombia. Mi incompleto conocimiento de la actual producción poética en esa rica porción de la América hispana no me permite comprobar con visos de éxito el exacto fundamento de una afirmación tan rotunda. Basta, sin embargo, leer algunos de los versos que contiene el tomo que he recibido para adquirir la convicción de que Luis C. López no pertenece por cierto al *servum pecus* de que habla el gran poeta latino. Hay por fuerza que considerarlo como un lírico raro, de singular morbosidad, que procura orientarse por sendas poco conocidas, incurriendo a cada paso en atrevimientos de pensamiento y en audacias de imagen, más que suficientes para que muchos, la generalidad, sin pararse en barras, se apresuren, sin discusión, a poner sobre sus rimas nerviosas y sugestivas el acostumbrado sambenito de un decadentismo *enragé*... Es indudablemente un cerebral, aquejado por la neurastenia, de gestos a veces macábricos, cuya visión de algunos aspectos de la realidad circunstante lo lleva con frecuencia a cierta extraña y quizás buscada incoherencia...

Detrás del hálito de *drolerie* a que hace alusión el perspicaz prologuista, surge a ratos, informe casi, a manera de rápido y deslumbrante chispazo, algo que es más que simple *boutade*, algo de humorismo, no del alto y trascendente humorismo de ciertos grandes escritores, de Swift, Rabelais, Sterne, Juan Pablo

Richt, Cervantes: sino de uno muy individual, de escaso alcance, no producido por resaltantes antítesis generadas por las reacciones naturales de las cosas ni por cierta sutil ironía que se desprende de la contemplación sin propósito preconcebido de esas mismas cosas en ciertas resaltantes peculiaridades, y sí determinado por sensaciones diversas, momentáneas, inconsistentes, de valor efímero, sugeridas en ciertos momentos por virtud de situaciones objetivas en que parece predominar con marcada acentuación una nota cómica, que provoca generalmente la risa, una risa que en ciertas almas no vulgares, como la de este poeta, parece como enturbiada por un fondo de vaga tristeza, y sueña siempre o casi siempre como estridente cascabeleo de un arlequín gesticulante y locuaz, cuya extremada movilidad y gracia a veces descompasada y brusca, como que sirve para encubrir un noble y recóndito sentimiento o un inmenso desprecio de muchas cosas creadas y prestigiadas por la necedad humana y ante las cuales yacen todavía de hinojos incontables y abigarradas muchedumbres de verdaderos pobres de espíritu...

Obediente a un proceso ideológico que se cristaliza en una *manera* peculiar de expresión, este poeta tiende constantemente a desviarse de las sendas cubiertas por el espeso polvo de muchas vulgaridades imperantes, a no ser que se proponga caricaturarlas o cosa semejante como suele hacerlo con desenfado y acierto, ya que para él resulta de todo punto imposible

*vivir a la manera
de las calles tiradas a cordel.*

Rara vez o nunca escoge para asuntos de sus versos los rípios sentimentales que formen la perenne trama de una poesía anémica, enteca, sin calor emocional, sin sustancia ideológica, cultivada a la perfección por versificadores enamorados de cierto sonsonete, que sólo ven material poético en pueriles amoríos, en aromas de flores, en murmullos de fuentes, en plácidos fulgores de luna... Su realismo lleno de nerviosidades, sincero y por lo general de rudimentaria complejidad, vibra con fuerza a cada instante sin que intente reprimirlo ni muchos menos, y por eso, siempre tras cierto elemento de contraste, en ocasiones vago y artificial, que constituye el indiscutible fondo de su *manera*, al despuntar la

primavera, al empezar la naturaleza a esparcir nuevos efluvios de vida y ardor sobre las cosas, exclama en "Versos rurales":

*Al frescor de la tarde, cuando en la lejanía,
tiembla el tinte cenizo de un retazo de invierno,
danzamos con las mozas de la vieja alquería,
mozas de carne dura, de corazón muy tierno...*

O cuando, ya por distinto concepto, ante pronunciados y contradictorios aspectos de la comedia humana, su fina ironía mal velada por cierta aparente impasibilidad marmórea, le hace decir en la poesía "Mitin":

*Se salió de plumada
la colectiva estupidez, camino
del rebenque, del tajo y la picota.
Apóstol del Derecho, un petardista
de frac y cubilete,
volcó sobre la turba
de los descamisados
todo un cajón de frases...*

*Su vibrante discurso
causa fue de apoplético entusiasmo
que tuvo que sangrar tranquilamente
la científica guardia pretoriana
con el cañón y con la bayoneta.*

*Y yo, del caballete de un tejado,
miré la rebujiña,
—como nos soy apóstol del derecho—
con toda la frialdad de un erudito.*

En otra de sus composiciones, "En la terraza", ya en nueva postura y con nuevo gesto, "entre caballeros amables y señoras discretas", en una atmósfera de mundana frivolidad se le ocurre:

*unido a estos seres que portan caretas
pasarme varias horas sin pensar...*

Y agrega:

*Me parece que soy muy feliz,
puesto que no me importa, con almas rastreras,
recordar mis quimeras nobles, mis quimeras
que se han ido con una rapidez de tren.*

Muchos versos hay en este volumen que, muchísimo mejor que los citados, podrían dar la verdadera impresión de la manera de exteriorización artística que determina cierto sabor característico en la poesía de Luis C. López. A veces parece hacer un alto en el camino, apartarse, nunca por completo, de su modalidad peculiar, y entonces produce estrofas sencillas y diáfanas como estas dedicadas a Mary Faith:

*Es bueno el sol. Sacude la tristeza
de la noche. Y me digo: el sol es bueno
porque acaricia la curtida espalda
del campesino que recorta el heno;*

*porque, con la eficacia de su égida,
hace en el surco germinar la vida,
y hurga a la vida su sabor amargo*

*cuando a las almas, como al surco, enflora.
Basta para vivir, noble señora,
un rayito de sol, y sin embargo...*

Todavía impera en Hispano América —hay salientes excepciones ya lo creo— un criterio dogmático, cerrado, estrecho, rutinario, que pretende —en el actual momento de visible renovación en tantos órdenes de vida social— juzgar la producción artística viéndola al través de la lente empañada de un pseudo casticismo, que impele de continuo a poner en el índice de una reprobación inflexible cuanto en cosas de pensamiento y de lenguaje esboza una tendencia innovadora o un propósito más o menos radical de reforma. Me desagradan altamente, es claro, ciertas buscadas contorsiones u obscuridades de estilo en que el pensamiento torturado parece retorcerse dolorosamente; pero

tampoco me gusta, ni ganas, esa frecuente e irreflexiva propensión a denostar con acerbidad lo que se endereza a aclimatar algunas nuevas formas métricas y rítmicas, y ese prurito de querer inmovilizar el idioma, de petrificarlo o cosa semejante, sin detenerse a considerarlo como lo que es realmente: un organismo vivo que, como todos, se desarrolla y muere, y que, acatando leyes incontrovertibles de evolución, va al mismo tiempo que recorriendo sucesivas etapas de desenvolvimiento adecuándose de modo preciso a momentos y circunstancias del medio o los medios en que se produce. Estoy muy lejos de creer, con Remy de Gourmont, que en la América latina se está actualmente formando un nuevo idioma o algo parecido. No hay tales carneros ni puede haberlos. Lo que sucede evidentemente es que el castellano majestuoso y grave va en estos pueblos hispano-americanos y aun en parte de la juventud literaria española desprendiéndose de cierta tesura, de cierto corte académico y adquiriendo mayor ductilidad, más copiosa riqueza de matices, mayor fuerza de amplitud para la expresión cabal de estados anímicos en ocasiones muy sutiles y complejos, lógicos y naturales resultantes de modos de ver, comprender y sentir modernos muy distintos de los escritores clásicos de la gran época de la literatura española.

Luis C. López, revolucionario en el pensar y a veces en el decir, resulta una que otra vez algo enrevesado y un si es no es anfibiológico. En sus versos, aquí y allá, alcanzan a distinguirse máculas de poca monta que aprovecharían ciertamente los dómines de palmeta que mutilan o empequeñecen la crítica, a lo Valbuena, convirtiéndola en mero ejercicio gramatical y retórico. En el examen de una producción literaria me complace, ante todo, buscar y seguir el áureo hilo conductor de las ideas para por su medio llegar al fondo de un alma y sentirla y comprenderla en cuanto esto es posible en atención a la subjetividad fatalmente característica de todo juicio. En Luis C. López he visto un poeta extraño, sin honda emotividad, cerebral quizás en demasía, superficialmente complicado, que sabe producir vibrantes y hermosos versos y expresar en ellos sinceramente diversos estados de alma y diversos modos de ver y sentir la belleza.

DIONYSOS

POR PEDRO CÉSAR DOMINICI

Por las páginas de este libro sereno y sugestivo, bien pensado y primorosamente escrito, circulan acariciadores efluvios de arte exquisito y noble y de atrayente e impoluta belleza. Todo él resulta como una fulgente evocación de curiosos y distintos aspectos de la riente civilización helénica. Aunque tratado este asunto hasta la saciedad, Dominici, debido en primer término a la magia de su estilo, ha sabido infundirle cierta novedad y cierto particular interés que contribuyen a hacer en extremo fácil y agradable la lectura de su novela. Parece haber estudiado concienzudamente, con amor de artista, cuanto atañe a la Grecia de tiempos pretéritos. La Hélade gloriosa surge de nuevo viva y fulgurante en los hermosos cuadros de costumbres griegas evocados por el brillante escritor venezolano. Su libro, en ocasiones, semeja armoniosa estatua de mármol pentélico finamente cincelada. Así fue o así debió ser Atenas, si hemos de creer en lo que llamamos o suponemos verdad histórica. Si hay empeño difícil para un escritor consciente de su obra, es ciertamente el de reconstruir con brillantez y con medios y recursos propios el aspecto artístico, la verdadera fisonomía, la personalidad fuerte y característica de pueblos o de razas que actuaron decisivamente en la existencia social dejando en la historia estela luminosa de hechos inmortales. De ese estudio general, y muy particularmente al referirse al pueblo griego de la antigüedad clásica, despréndese siempre, a veces casi sin percatarse uno de ello, la irresistible tendencia a comparar, a precisar el resaltan-

te contraste que se advierte, sin tener que apurar mucho el análisis, entre aquella concreción social espontánea, sencilla, plena de vida sana e intensa, de estructura poco complicada, producido acabado de una raza y un medio que, merced a ciertos factores, como lo demuestra Taine, pudieran alcanzar su más alto punto de compenetración, y nuestra civilización tan artificiosa y compleja, tan llena de espejismos y de vanas exterioridades, tan contradictorias y confusa, tan recargada de afeites y de torpes convencionalismos...

En *Dionysos* vibra el alma de ese pueblo con aquella "noble sencillez y plácida grandeza" que Winkelman veía en los insuperables modelos de la estatuaria griega. Con acierto propio de verdadero artista escoge Dominici a Atenas, la sacra ciudad que mejor sintetiza el helenismo, para casi toda la acción de su libro, y elige justamente el momento en que la urbe insigne se encuentra en el apogeo de su grandeza artística y de su hegemonía política. Bajo el gobierno de Pericles florecen maravillosamente las ciencias y las artes. En esa hora suprema, bajo el sol esplendoroso del Ática, la nívea flor de la cultura griega esparce con mayor intensidad su vivo y perdurable aroma. El episodio que narra la novela, los amores de Eúcaris y Diodoro perturbados siempre por la cólera de Dionysos, el dios báquico ofendido, caprichoso y cruel, se desenvuelve armoniosamente como un himno pausado y rítmico que va desgranando sus notas argentinas en el templo henchido de fieles de Palas Atenea. El argumento es sencillo y diáfano como la vida griega. Eúcaris, la protagonista, es algo así como un símbolo adorable, como la personificación de la eterna belleza, turbadora y enigmática, que perseguimos incesantemente sin lograr cautivarla jamás... La cita concedida al poeta Lysis en el momento en que el ausente Diodoro combate por la gloria ateniense, como que rompe la línea armoniosa, de impecable eurythmia, que forma el carácter de la bella y melancólica Eúcaris. Hubiérame agradado más no verla incurrir en semejante veleidad justificada o atenuada únicamente por lo bello y expresivo del capítulo en que se refiere este incidente, como también disgusta, en la historia de esa misma época, contemplar a Aspacia, la compañera inseparable de Pericles, la estrella refulgente de su genio, caer, muerto el ilustre jefe ateniense, en brazos de Lysidas, el vulgar tratante de ganados.

Precisa distinguir, en el estudio de esa civilización tan original y perfecta, dos Grecias que se eslabonan y completan necesariamente; pero que, en ocasiones, se destacan como con perfiles diferentes: la Grecia de los artistas creadores de belleza, y la de los eruditos, de continuo sugestionados por el ansia de la verdad histórica rigurosamente comprobada. La primera, resultante de la lectura más o menos bien digerida de algunos autores clásicos y del conocimiento a veces muy superficial de sus modelos arquitectónicos y escultóricos, sufre a menudo el falseamiento que le imprime la fantasía creadora revistiéndola de cierto vago matiz convencional que algunos exageran lastimosamente. La otra, la Grecia de los eruditos, es producto de una labor paciente, seria y concienzuda, cuya gloria principal corresponde indudablemente a Alemania. Desde hace bastante más de un siglo, sin menospreciar ni mucho menos la labor histórica de ingleses y franceses —la monumental obra del inglés Grote o la del francés Duruy, pongo por caso— es indudable que el esclarecimiento de muchos puntos oscuros de la Grecia clásica se debe a trabajos de eruditos alemanes que han llegado a formar exclusivamente con ellos una copiosa y utilísima biblioteca. Y ello no sólo en el terreno de la pura especulación, como interpretando o explicando más o menos ingeniosamente mitos, leyendas, bajos relieves, medallas e inscripciones, sino llevando su espíritu investigador a cosas altamente prácticas y fructuosas, como Schliemen, quien, después de sucesivas, costosas y pacientes excavaciones, encontró o creyó encontrar los sepultados restos de Troya, la sacra Ilión, mudos testigos de las proezas de Héctor y de Aquiles cantadas en la epopeya homérica. Se han gastado mares de tinta, sobre todo en esa misma Alemania, en la controversia sugerida por Wolf al negar rotundamente la personalidad de Homero, negativa compartida, aunque no de manera tan absoluta por Hermann y Thiersch, y combatida con menos fuerza por otros, los menos, que firman la realidad histórica del legendario poeta de Chio, sin que hasta la fecha haya podido pronunciarse con seguridad la última palabra. Ni se pronunciará jamás, a lo que pienso.

Al describir las costumbres de aquel pueblo, como al penetrar en la psicología de algunos personajes, Dominici se ciñe enteramente a la realidad histórica o a lo que juzga como tal, por más

que observe únicamente tales cosas desde el punto de vista artístico. Esta parte, la artística, es sin duda, la más hermosa y sugerente de aquella civilización. El espíritu selecto de Dominici, su fantasía de poeta, se complacen principalmente, en la descripción sobria y pintoresca de costumbres de la existencia ateniense y de curiosas ceremonias del culto pagano. Ha vivido espiritualmente un tiempo en aquella época magnificente de la vida griega, y por eso nos hace saborear en las páginas de su libro sensaciones delicadas y exquisitas, y experimentar, a ratos, la nostalgia de seres y de cosas que duermen para siempre cobijados por la sombra augusta de sus monumentos mutilados y de sus estatuas perdurables y gloriosas. Ese pueblo, encerrando todo su ideal en lo finito, gozando de la vida en toda su sana y honda plenitud, si busca el cielo es para hacerlo descender hasta él. Sus dioses bajan del Olimpo a cada paso para codearse con los simples mortales. Viven poco más o menos como los demás hombres, siendo sólo superiores a ellos en poder y belleza. En la Iliada alcanzan ya su más cumplida concepción antropomórfica. La duda filosófica, como sucede con todos los sistemas religiosos que se atribuyen la exclusiva posesión de la verdad sobre el origen y el destino de las cosas, empezará pronto su acción demoleadora, y más tarde la propaganda cristiana arrojará definitivamente de sus templos a los rientes dioses paganos. Y la espada y el poder de Juliano y el chorro de ideas neoplatónicas que a manera de divinas armonías brota de los labios de la bella y sabia Hipatia, serán por completo impotentes para congregar de nuevo ante las viejas aras muchedumbre fervorosa de creyentes. El paganismo, como religión caduca e insuficiente, muere en la conciencia colectiva, para resucitar más tarde, con vida inextinguible, en el mundo luminoso del arte.

Sereno y sugestivo, con la castidad de la desnudez artística de algunas estatuas, este bello libro sólo sugiere pensamientos nobles, ideas puras y altas. Como áurea floración sideral aparece constelado de ensueños y visiones de excelsa belleza. De estos miríficos cuadros de la existencia ateniense, se exhala un perfume penetrante de vida sana y fuerte, de una vida todavía no perturbada por anhelos perpetuamente inasequibles, que desnaturalizando el verdadero concepto de la realidad, engendran en las almas la inconformidad o el hastío. El estilo, de her-

mosa nitidez, diáfano y puro, tiene suavidades séricas, centelleo de gemas preciosas, tonalidades suaves y vaporosas. Hay verdadera euritmia de líneas, adecuada proporción en todas las partes de este libro. Admírase en él una bien graduada serie de tonos y colores, algo como una delicada gama pictórica, que determina bellamente efectos adrede ambicionados. Por su estructura interna y por sus relevantes condiciones de forma correcta y pulcra, merece *Dionysos* figurar honrosamente en la bibliografía moderna, ya sumamente copiosa, enderezada a reconstruir artísticamente aspectos y personajes de la Grecia antigua. No amenguan, a mi ver, su mérito, indiscutible para todo espíritu imparcial y justiciero, el éxito más o menos resonante de obras de igual o parecida índole publicadas posteriormente a la aparición del libro de Dominici. El eximio Vargas Vila tiene, a mi juicio, razón que le sobra en su vibrante y caluroso encomio de *Dionysos*, lo mismo que mi amigo el perspicaz crítico cubano Arturo R. de Carricarte. Obras como éstas, que requieren indefectiblemente preparación y estudios especiales desdeñados por cierta vulgaridad literaria imperante, no se encuentran ciertamente al doblar cada esquina. Sean cuales fueren las máculas o deficiencias que se puedan señalar en *Dionysos*, cosa natural en toda obra humana, fuerza es confesar que ese libro revela consagración tenaz, estudio detenido del pueblo griego clásico, y un propósito de finalidad estética bien depurado y discreta y hábilmente conseguido.

Porque la Grecia clásica continúa y continuará pareciendo a toda alma selecta como el más bello fragmento de vida artística que sea dable contemplar a ojos humanos. Es la cristalización armoniosa de una época histórica, única, soberbiamente aislada en su perenne ensueño de arte y de belleza, que no ha vuelto a producirse, que indudablemente no se producirá jamás. Su lugar en la historia humana, en vez de achicarse u obscurecerse con la distancia, parece mejor como que se agranda y brilla con fulgor más vivo. A ella se va con el alma rebotante de ideales, como a cumplir devotamente un rito religioso, para, igual que Renan ante su Acrópolis famosa, elevarle lírica plegaria y pisar con misterioso y solemne recogimiento el sagrado polvo de sus ruinas seculares. Iniciada su decadencia, presa codiciada de diversos pueblos, gimió Grecia largo tiempo en tris-

te servidumbre, sin perder por eso nada del espíritu que a tan inmensa altura ha puesto su nombre. Las legiones romanas clavaron por largo tiempo en sus monumentos sus águilas victoriosas; pero sólo domeñaron en realidad la superficie de su territorio y sólo impusieron su dominación en lo más extenso y transitorio de su existencia colectiva. El espíritu griego seguirá influyendo decisivamente en la orientación artística y filosófica del mundo romano. Nerón, el monstruo omnipotente, sitibundo de glorias resonantes, pasó por sus ciudades entre el ruido de triunfales apoteosis en ebúrneo carro tirado por cuadriga ardorosa, y bajó a la arena de sus juegos renombrados para conquistar como preciosos trofeos las coronas ofrecidas a los vencedores y ceñir con ellas su frente de histrión cruel y ensoberbecido. Invasiones diversas devastaron su suelo hasta que cayó definitivamente rendida bajo la ominosa cimitarra turca. Y un día, en los comienzos de la pasada centuria, atraído por la irresistible fascinación de sus recuerdos, al recorrer sus ciudades opresas y contemplar tanta ignominia, brotó de labios de Lord Byron, que años después debía morir por ella en Misolongi, esta conocida y elocuente exclamación: "¡Qué hermosa eres aun en tu dolorosa vejez, patria desheredada de los dioses y de los héroes!"... Y otro día, el más solemne de su historia moderna, el pueblo griego, bastardeado en su sangre indudablemente por la sucesión y mezcla de tantas dominaciones exóticas, pero digno de sus viejos paladines por su reciente insuperable heroísmo, se alzaría indignado en su sepulcro de mármol conmoviendo todas las almas apasionadas de los recuerdos clásicos, y, contagiada también por ese hermoso movimiento de los espíritus, la fría y egoísta diplomacia dejará consumir el hecho decisivo de Navarino... ¡Qué influjo tan potente y avasallador tienen a veces ciertos recuerdos! Razón tiene Le Bon al afirmar que los pueblos, en un instante dado, son conducidos más por sus muertos que por sus vivos...

LA RELIGIÓN DE LA HUMANIDAD

Descontento con algunas apreciaciones sobre el positivismo comtista externadas en mi juicio sobre la obra *Gobernantes y literatos* del notable escritor chileno B. Vicuña Subercaseaux, me invita en benévola y expresiva carta el conocido sociólogo Juan Enrique Lagarrigue a reconsiderar tales conceptos, y, al efecto, honrándome grandemente, me envía una copiosa colección de cartas impresas dirigidas a distinguidas personalidades, folletos y libros de su fecunda y persuasiva pluma en que hace elocuente apología de las doctrinas de Augusto Comte, muy particularmente en lo atañadero a la religión o cosa parecida instituida hace poco más de medio siglo por este pensador insigne... De la detenida lectura de esas producciones, sólo ha quedado en mi espíritu, muy acentuada, la impresión de haber vivido, durante breves horas, en íntimo contacto intelectual con una de esas almas de selección, exquisitas, raras en extremo, que, en medio de la reinante anarquía de opiniones, han tenido la fortuna de descubrir un terreno de aparente solidez en que levantar un edificio de ideas y convicciones en abierta pugna con las corrientes de excepticismo y de propósitos utilitarios que parecen imprimir relieve característico a nuestro tiempo. La fisonomía moral del ilustre escritor chileno resulta por demás curiosa e interesante. Es la de un convencido irreductible, sereno y fuerte, en una época de pronunciada incoherencia moral en que son tan escasas las verdaderas convicciones. No entiende de términos medios. El positivismo místico es para él la única reli-

gión hoy posible, la sola provista de la virtualidad indispensable para desviar la humanidad de la ruta extraviada que sigue actualmente... Las líneas de su personalidad se destacan claras y vigorosas en un ambiente social casi en su totalidad refractario a los arduos empeños de un proselitismo no maculado por preocupaciones de medro o por miras de intereses convencionales. En él vibra con fuerza algo del entusiasmo ardiente que caldeaba las almas en los siglos heroicos del cristianismo. Su espíritu se cierne muy por encima de preocupaciones de carácter nacional más o menos merecedoras de respeto; y por eso, entre el tumulto de las pasiones desapoderadas, alza su voz inspirada, rebotante de acendrado amor a la justicia, más meritoria y digna de encomio por el hecho de resonar aislada, condenando a Chile, su patria, por la retención de Tacna y Arica, y pidiendo su devolución a su legítimo dueño, el Perú vencido y humillado. Refresca el ánimo estar siquiera por corto tiempo en contacto espiritual con almas de ese temple. En su pluma, serena y diáfana, no se advierte el más leve dejo de ironía. En su dialéctica, sencilla y expresiva, no se deslizan nunca conceptos o apreciaciones agresivos e hirientes. Es un alma que está siempre al desnudo, de un candor y un desconocimiento de ciertos aspectos de la realidad circunstante que rayan a ratos en lo increíble. Apóstol fervoroso de una quimera deslumbradora, vaga extraviado por la floresta de su ideal inasequible, superior en mucho a lo que pueden dar de sí las flaquezas y miserias humanas, y merecería que una nueva profetisa Manto le dijera como a Fausto: "Yo amo a quien desea lo imposible"....

El comtismo, en su aspecto místico, la Religión de la Humanidad, continúa pareciéndome una concepción que descansa sobre bases necesariamente efímeras y deleznable, y que por su escala jerárquica, por su calendario y por ciertos puntos de su ritualismo se ha prestado y se presta a los tiros de gentes maleantes y a censuras bien encaminadas y discretas. No pretendo negar que hay en esa creación cierta grandeza ética que deslumbra. He admirado y aun admiro en el positivismo comtista, en su primer aspecto, en su faz exclusivamente científica, briosamente defendida en parte por Littré, la trabazón admirable, la ordenación lógica, el engranaje de fenómenos sociales que cohesionan fuertemente esa vasta construcción filosófica, una de las más

portentosas que haya fabricado jamás la mente humana. No van sin duda mal encaminados los que conceptúan a Comte como el primer cerebro de Francia después de Descartes. Si no está a su altura, mucho ciertamente se le aproxima. Aun pareciéndome acertadas en muchos puntos las críticas de algunos grandes pensadores ingleses, Huxley y Spencer por ejemplo, sobre el escalonamiento, la clasificación, la sistematización de las ciencias hecha por Comte, vasta escala que parte, como de sustentáculo incontrastable, de las matemáticas para rematar como supremo coronamiento en la sociología, todavía quedan en el positivismo comtista, divergente del positivismo inglés en muchos aspectos importantes, porción voluminosa de datos y de preciosas observaciones y juicios de gran utilidad para el esclarecimiento de muchos puntos oscuros del desenvolvimiento humano y para el estudio de la solución que reclaman con insistencia algunos graves y complejos problemas sociales. La obra de Comte, no embargante ciertas resaltantes lagunas, ha influido y tal vez sigue influyendo en la orientación filosófica de muchos altos espíritus. El mismo Stuart-Mill, aun negándolo en sus últimos tiempos conoce, en parte, en un interesante libro, lo que en su obra subsiste de la influencia de Comte.* Littré, Renan, Taine, han sentido en mayor o menor grado la poderosa fuerza de sugestión que emana del comtismo científico...

Con todo de declarar punto menos que cerrado el ciclo de la metafísica, segunda e intermedia etapa que coloca, como para servir de puente, entre el período teológico y el actual necesariamente positivista, no pocos resabios metafísicos se han infiltrado en la creación filosófica de Comte. Sin discutirle cierto mérito, su teoría positiva del alma, a pesar de su aparente solidez científica, resulta, en uno que otro de sus aspectos, concepto en no pequeña parte metafísica como arrancado de observaciones de carácter hipotético de difícil o imposible comprobación experimental. Según su teoría positiva del alma, para él verdadero postulado, "clave de su gran doctrina, compónese aquella, el alma, de dieciocho funciones: diez afectivas, cinco intelectuales y tres activas que el maestro especifica cumplidamente en su fa-

* Stuart-Mill. *Mes Memoires*.

moso *Cuadro sistemático* de ella. Dichas funciones corresponden a otros tantos órganos que forman el conjunto del cerebro. Las diez funciones afectivas se dividen en siete instintos egoístas tres altruistas. De las ocho restantes corresponden cinco a la inteligencia y tres a la actividad. Sobre ese concepto del alma descansa la religión instituida por Comte. Lo esencial en ésta, es que los tres instintos altruistas, apego, veneración, bondad, predominen sobre los siete egoístas, a saber: nutritivo, sexual, maternal, destructor, constructor, orgullo y vanidad, poniéndolos en fuga o reduciéndolos a la mayor impotencia. No es chico empeño, ciertamente. No se requiere ser muy perspicaz para observar el primer golpe de vista que, en semejante pugna, toda la ventaja está del lado de los instintos egoístas, más numerosos y dotados de mayor arraigo y fuerza que los contrarios. Así lo ve también a veces Lagarrigue, aunque por lo general juzga muy posible "el predominio del altruismo sobre el egoísmo". Al hacer el panegírico del primero, entra en un orden de consideraciones que estimo muy juiciosas y discretas sobre "la triste enfermedad moral que reina actualmente". Felizmente, según él, la Religión de la Humanidad, salvadora panacea, "viene a librarnos del peligroso marasmo que nos aqueja despertando nuestro dormido altruismo y transformando nuestros sentimientos"... Deploro sinceramente no compartir tan consolador optimismo que nada justifica en los actuales momentos. El tránsito del egoísmo al altruismo no se columbra por ninguna parte. Que triunfe el bien del mal; que los sentimientos puros y nobles se impongan a los egoístas y corruptores, a fin de que surja de ello una Humanidad consciente, materia dúctil al bien, saturado de vivificante altruismo, capaz de alcanzar la mayor suma de felicidad individual y colectiva que puede darse en la Tierra (el Gran Fetiche como la llama Comte en su profunda *Síntesis subjetiva*) ha sido indudablemente la perpetua aspiración de todos los espíritus realmente superiores, de los grandes moralistas o religionarios, de Buda, de Confucio, de Sócrates, de Jesús... Hasta ahí no noto nada de verdadera originalidad en la religión del positivismo. Ese hermoso ideal del perfeccionamiento humano es casi tan viejo como el mundo...

La originalidad de Comte, en este punto, estriba en su propósito de instituir una religión enteramente demostrable, desliga-

da de toda idea suprasensible y en la que no quepa nada que no pueda ser satisfactoriamente comprobado. Lo sobrenatural ha vivido siempre al amparo de la metafísica. Derrumbada ésta ya no tiene razón de ser. Sobre el hacinamiento de escombros de las religiones positivas, que supone enterradas o muy cerca de ello, construye Comte una que satisfaga plenamente las inteligencias de racionalidad superior que aspiran a la verdad *religiosa* sólidamente apoyada en la ciencia moderna. El catolicismo, por su sólida organización, por su potente disciplina interior, por su espíritu de orden, forma para Comte, desde ese y otros puntos de vista, un modelo digno de estudio y de ser parcialmente imitado. En los siglos medioevales supo modelar a su antojo la mentalidad colectiva. Pero ha quedado rezagado; no ha marchado al compás del movimiento científico. Es estático y no dinámico. Carece por completo de fuerza evolutiva. Vanos han sido los esfuerzos de algunos pensadores católicos para desprenderlo de las sirtes del estacionamiento y llevarlo por las vías descampadas del progreso moderno. Sigue aferrado al pasado, a un dogmatismo insostenible, vacío de sentido real, y como el mundo no se detiene en su marcha, en su evolución incesante, el catolicismo se deteriora precipitadamente, pierde influencia de día en día, y va sirviendo menos cada vez para cumplir el supremo ministerio de conducir y disciplinar las almas. El protestantismo tampoco: por la exageración del libre examen, corre desbocado a su disolución o a la más espantosa anarquía... El ciclo del monoteísmo, tercer aspecto de la evolución religiosa (los dos anteriores son el fetiquismo y el politeísmo) va a cerrarse o se ha cerrado, y en su lugar se abre el de la religión positiva, única posible en el actual momento científico. Hay que reemplazar prontamente esas religiones caducas para detener la expansión creciente arrolladora del individualismo, germen fecundo y fatal de la anarquía intelectual imperante en todas las manifestaciones de la vida social. De la fusión de la aristocracia senil e impotente con la democracia perturbadora y anárquica saldrá la sociocracia, estado necesario, asegura Comte, para el armónico y fecundo funcionar de las actividades sociales acertadamente disciplinadas. La Religión de la Humanidad únicamente puede servir para la cristalización de esa obra colosal y perdurable. Y Comte la instituye y no así como

quiera sino prolijamente dotada de formas en parte muy originales y de un ritualismo profusamente impregnado de reminiscencias históricas. El positivismo religioso, sin duda, tiende a la formación de un mundo tirado a cordel, uniforme, restringido, en que la especie absorbe por completo al individuo, en que la vida se desenvuelve monótona, sin contradicciones, sin fuertes rozamientos, cada cual entregado a una tarea cotidiana preestablecida, satisfecho de aportar su concurso a la realización de un ideal de hermoso y vivificador altruismo... Bien pensaba Faguet, en la cita que hace Vicuña Subercaseaux, al aseverar que "Comte ideó una civilización de pura ciencia y de puro amor y creyó que tal cosa podría implantarse entre los hombres"...

II

Como ninguna concepción religiosa podría prosperar vigorosamente en la conciencia colectiva sin presentar como objeto de suprema adoración algún ser de incontestable superioridad al que hay precisamente que revestir de determinados atributos privativos de entidades de tan excelsa categoría, en lugar del Dios teológico, creación histórica del hombre, el propio yo humano llevado al más alto grado de perfección y sublimidad según Feuerbach, pone Comte, como objeto supremo y permanente de su culto, el Gran Ser, la propia Humanidad, aunque no en toda su cabal integridad sino restringida al "conjunto continuo de seres convergentes"... De ese Gran Ser "eliminadas las personas inútiles o perjudiciales forman también parte los animales domésticos, fieles servidores y compañeros del hombre"... Lo incognoscible, el inmenso espacio que deja Spencer para que en él pueda el sentimiento religioso espaciarse a sus anchas, no tiene cabida en el culto comtista. En la creación religiosa de Comte todo es o debe ser demostrado satisfactoriamente. Y realmente: la demostración de lo que ha sido y de lo que es, exceptuando, naturalmente, algunos espíritus clarividentes y altruistas, jalones luminosos que se alzan muy distanciados en el curso de la historia, ese Gran Ser, esa pobre Humanidad así endiosada, no deja ganas de adorarla, "aunque de ella vengamos y ella sea la fuente inagotable de todas nuestras determinaciones"... El es-

pectáculo de ese Gran Ser colectivo, presa continua de vergonzosos apetitos, siervo de la injusticia, hurgado continuamente por torpes mezquindades y convencionalismos absurdos, no puede en modo alguno despertar la fe absoluta que quiere Comte y que preconiza con entusiasmo digno de mejor forma su ardoroso discípulo el señor Lagarrigue... Además, ¡qué dios nos da tan frágil y perecedero! Víctima permanente de las fuerzas ciegas de una Naturaleza implacable, sorda y muda a sus ruegos, el hombre colectivo, el Gran Ser, de Comte ve transcurrir su precaria existencia bajo la amenaza de inmensos peligros desconocidos que no está en su mano precaver ni combatir... ¡Ah! los que cayeron entre los escombros de Mesina, en medio de la desolación pavorosa de aquella catástrofe apocalíptica, en los estertores de la agonía, al hundirse para siempre junto con todo lo que les había hecho grata la vida, no volverían los ojos en gesto de suprema imploración a ningún dios Humanidad, sino al viejo Dios teológico, mudo e impotente también, pero por su inmensa fuerza tradicional provisto de la eficacia necesaria para producir en sus almas con la perspectiva halagadora de un más allá conformidad y consuelo para sus horribles dolores!... Por inclinación invencible, el espíritu humano corre siempre tras lo que se le figura capaz de satisfacer sus ansias de algo que se cierne sobre su mísera existencia terrestre. "Los hombres tienen, dice Taine,* necesidad de la religión para pensar en lo infinito... En vano trataría de arrancarse de ellos el sentimiento religioso; las manos que trataran de hacerlo sólo alcanzarían su envoltura superficial. El sentimiento religioso crecería nuevamente después de una operación sangrienta; su germen es demasiado profundo para que se le pueda extirpar". Y como, no obstante el actual portentoso progreso científico, siempre quedará un ancho espacio fuera de lo que cae directamente en la esfera de la observación y el experimento, en ese espacio lleno de enigmas inexplicables por su naturaleza, fascinador e inexplorado, extenderá constantemente sus alas el sentimiento religioso...

En el positivismo místico, verdadera Iglesia Universal en el pensamiento de Comte, se llega al más perfecto mejoramiento

* *Les origines de la France contemporaine. L'ancien régime.* Tomo 2º.

social subordinando toda la vida privada y pública del individuo a un dogmatismo científico y a una disciplina intolerante y recia, que en el fondo, bien consideradas ambas cosas, sólo contribuyen a mutilar la personalidad humana en lo que ésta tiene de más dignificador y fecundo. Así la idea de libertad, de la libertad de conciencia sobre todo, tal como Comte la entiende y la aplica. Atendiendo su condicionalidad fenomenal, una parte de la izquierda hegeliana considera la libertad como "el estado positivo que acompaña la supremacía de una fuerza sobre de otra u otras", lo que en algún modo no le quita cierto valor intrínseco y permanente. Para Comte, la libertad es sólo un medio, un recurso provisional, un resorte necesario para realizar, en un momento dado, una finalidad preconcebida. Conseguida ésta, ya no sirve para nada más. Hay que arrinconarla como un mueble inútil. Precisa inutilizarla, pues de seguir empleándola llevaría la sociedad a su completo estacionamiento. La vida, en su más amplia concepción, es perpetuo dinamismo, y restringida a su aspecto social, renovación incesante de aspiraciones y de ideas, labor continua que detrás del empeño realizado señala inmediatamente otro por realizar, y sin la libertad, sin el ejercicio, sin coacciones, de ciertas facultades, pararía en una especie de nirvana sombrío y mortífero... En el positivismo religioso sólo hay deberes. En el fondo del alma humana, tal como sedimentos atávicos e influencias históricas la han constituido, vibra, claro está, con más o menos fuerza el imperativo categórico kantiano... Comte, con acierto, aunque con exageración, no da al derecho realidad interna, fundamento esencial radicado en la conciencia, base sustancial filosófica; sino lo ve como producto evolutivo del desenvolvimiento histórico, que se modifica incesantemente en su marcha al través del tiempo y del espacio, a lo más como relación social contingente de positiva eficacia en un momento dado. "¿En qué fundamento humano, dice el maestro, podría basarse la idea del *derecho* que supondría razonablemente eficacia previa? Todo derecho humano es tan absurdo como inmoral"... Con materiales dispersos que Comte enlaza con innegable habilidad y con cierta fuerte aparente cohesión científica, forma un todo colosal, modelo acabado de construcciones sintéticas, del que extrae una religión definitiva que, en mucha mayor escala que el cato-

licismo, realice el ideal de fundir todas las almas en una armoniosa comunidad de intereses, de voces...

¡Sueño de sueños, utopía de utopías! El culto positivista, amplio y curioso, tiene para todos los gustos. Hay culto privado que se divide en personal doméstico. Para fortalecernos en nuestra constante lucha con el egoísmo contamos como auxiliares eficaces con los *ángeles guardianes* y con el rezo que hay que hacer tres veces cada día. El culto doméstico "liga la vida privada a la vida pública", y se compone de estos nueve sacramentos sociales: *la presentación, la iniciación, la admisión, la destinación, el matrimonio, la madurez, el retiro, la transformación, y la reincorporación*. Hay en la explicación de estos sacramentos cosas curiosas un si es no es cómica. El positivismo establece "la indisolubilidad del matrimonio aun después de la muerte de uno de los cónyuges", y agrega esto que no tiene desperdicio: "La promesa de viudez eterna, que harán los novios positivistas al contraer matrimonio, será acompañada del compromiso de castidad en los tres primeros meses del matrimonio"... El culto público comprende la celebración de ochentiuna fiestas anuales cuya enumeración detallada ocuparía demasiado espacio. Sobre todas estas cosas, como supremo ideal feminista, se cierne, nimbada de celeste luz, la Virgen Madre... La influencia todopoderosa de Clotilde de Vaux se marca hondamente en esa creación de este gran poeta científico. El calendario del positivismo se compone de trece meses de veintiocho días cada uno, que llevan el nombre de algunas personalidades históricas de verdadera resonancia. César posee su mes. Federico II de Prusia tiene también el suyo. A Jesús no le ha tocado ninguno. En su lugar está San Pablo. Para Comte, como para su fiel discípulo el señor Lagarrigue, Jesús es mero reformador local, sin trascendencia fuera del reducido círculo en que transcurrió su vida. San Pablo, el apóstol por antonomasia, es el verdadero fundador del cristianismo. De sus epístolas fluye el verdadero sentido del catolicismo. Este debería llamarse mejor el paulismo. Me parece tal afirmación hartamente discutible. Ni es nueva tampoco para los que, entre algunas otras, conocíamos las opiniones del crítico alemán Bruno Bauer respecto del contraste entre el cristianismo de San Pedro y el del convertido del camino de Damasco. La religión comtista, disciplinada como un regimiento, presenta

una fuerza de cohesión como no tiene ninguna otra. Lástima que carezca de lo más esencial: de creyentes numerosos.

No pienso que se necesiten tantas prácticas y ceremonias para conducir las almas a una vasta solidaridad social afinada en soportes de racional altruismo, en cuanto tal cosa puede ser posible atendiendo a lo contingente, contradictorio y mudable del ser humano. Substituir creencias seculares que poseen raigambre vigorosa y profunda en la incontrastable y eterna aspiración a lo infinito, a algo que rutila en esferas cerradas al conocimiento del hombre y que por su mismo carácter de misterio lo atraen y lo fascinan, con credos religiosos vacíos de sentido trascendente, restringidos, de valor puramente telúrico, radicados en la deleznable base de una humanidad incoherente y transitoria, se nos figura que es obra colosal, empresa de imposible realización, que excede en mucho a lo que pueden dar de sí las fuerzas humanas de suyo flacas y contradictorias. En ese empeño, propio sólo de cerebros alucinados por quimeras gigantescas, se desconocen de plano partes esenciales del hombre moral que vive perennemente agitado por el anhelo de lo desconocido. Sobre este planeta, bajel misterioso que surca con vertiginosa rapidez los infinitos océanos estelares sin saber adonde irá a parar con su carga de seres perpetuamente empeñados en luchas mezquinas por intereses efímeros, muchas almas, la inmensa mayoría, se abrevan, como en fuente copiosa y cristalina, en la idea de un más allá, única capaz de fortalecerlas y de ofrecerles resignación y consuelo para sus continuas decepciones y sus hondos infortunios. Dejemos a esas almas que sigan creyendo ya que no podemos darles nada más consolador en cambio. El hombre colectivo no ha alcanzado aun ¡quién sabe si lo alcanzará jamás! el alto grado de racionalidad y de energía viril necesario para aceptar de lleno un orden de ideas científico del que se excluyan inexorablemente puntos de vista sobrenaturales. Ese remedio, aplicado inoportunamente, sólo conseguiría, en el estado actual de las sociedades, acentuar sus divisiones y exacerbar más sus profundas dolencias... El pensamiento filosófico, desde el panteísmo védico y la especulación griega hasta el monismo del Haeckel y el positivismo dinámico que "considerando la vida como suprema manifestación de universal energía", culmina en el *superhombre* de Nietzsche, no ha

dado ¡ni como darla! respuesta definitiva a la eterna y formidable interrogación sobre el origen y la finalidad de las cosas. Somos muy pocos los que para salvar la aterradora dificultad, aceptamos, como concepción general cosmogónica, la materia (la palabra, en cierto sentido no me satisface del todo, pero no encuentro otra mejor para el caso) en evolución y transformación incesantes, sin solución de continuidad, sin principio ni fin... Que las religiones, sin desprenderse de lo esencial privativo de ellas, vayan despojándose de ciertas prácticas de vacía exterioridad y desasiéndose de ciertos intereses puramente terrenales, es orientación que juzgo oportuna y necesaria... Pero su dominio radicaré siempre en esa zona inmensa y misteriosa en que se apacienta el alma humana en su sed insatisfecha de lo infinito. Edificar un culto o sistema religioso sobre otros cimientos, será siempre levantarlo sobre algo movedizo y pasajero. *Super transeuntes aquas...*

GÉNESIS NACIONAL

La Vega, República Dominicana,
Julio 19 de 1909.

Sr. Don Pedro Henríquez Ureña,
México.

Distinguido compatriota:

Con el detenimiento que se merece he leído la por varios conceptos interesante carta publicada en esta misma prestigiosa revista,* y en que V. al hacer referencia a *Rufinito*, tiene a bien honrarme ofreciendo a mi consideración su manera de pensar respecto del proceso evolutivo de la idea de nuestra independencia nacional; punto importantísimo de carácter histórico que se me figura trata V. con verdadero acierto y precisión, y sobre el cual, en primer término por complacerlo, voy a exponer algunas consideraciones que juzgo pertinentes al caso y que seguramente contribuirán a confirmar el concepto que V. sustenta inspirado en una exacta y serena apreciación de los hechos en que el ideal de la independencia tomó forma visible siguiendo las sucesivas etapas de su necesario desenvolvimiento.

* *La Cuna de América*. Santo Domingo.

Como todo pensamiento o propósito enderezado a producir una radical transformación en la vida de un pueblo, la idea de emancipación pasa, entre nosotros, por fases de aspectos aparentemente distintos, cumpliendo su lógica evolución, en serie de oportunas gradaciones, conforme lo imponían circunstancias privativas del medio y del momento. Que el medio, en el instante de la aparición del trascendental propósito ni años después, no estaba, ni con mucho, convenientemente preparado para prestarle siquiera algunas condiciones de viabilidad, cosa es que nadie que haya parado mientes en estas cosas se propondría, ni por un instante, revocar a duda ni mucho menos discutir seriamente. Estudiando con la debida atención los documentos de la época en que por primera vez radió la aspiración a constituir un estado independiente, resalta, a primera vista, el hecho de que tal aspiración sólo vive y medra en el espíritu abierto y culto de un cortísimo número de individuos; mientras que en manera alguna trasciende a ciertos núcleos sociales ni muchísimo menos a la masa, enteramente satisfecha con su existencia tranquila y vegetativa en que se advierte, como nota característica, el apegamiento a muchas prácticas rutinarias y de amor a cierto tradicionalismo que ningún rudo golpe, ni aun el de la cesión a Francia, alcanza a amortiguar o extinguir. Tal fenómeno, de explicación facilísima, se evidencia, con mayor o menor acentuación, en todas o en casi todas las demás colonias de abolengo ibérico, donde en sólo una escasa parte de los elementos dirigentes prospera la radical idea necesitando, en los primeros años, de tenacidad a toda prueba de parte de sus más conspicuos iniciadores y recorrer después larga serie de dolorosísimas vicisitudes para penetrar y cristalizar en el alma popular... Las guerras de independencia americana, bien vistas, sólo fueron al principio verdaderas guerras civiles. En su primera época, salvo contadísimas excepciones, sólo combatían, con porfiado encarnizamiento, criollos de una parte y de la otra. Sólo al mediar la lucha tuvo España núcleos de ejército peninsular en los países sublevados. Y al terminarse la gran epopeya, en el Perú, por ejemplo, era aun crecidísimo el número de americanos que militaba en las filas realistas. Un notable escritor militar afirma que, en Ayacucho, había en el ejército de La Serna un nú-

mero de hijos del país superior o igual por lo menos al efectivo total de las huestes que comandaba Sucre.

Leyendo el *Diario* de Sánchez Ramírez y la curiosa *Vindicación* del Doctor Correa y Cidrón en que hace éste calurosa defensa de su conducta con motivo del tilde de *afrancesado* que se le echa en cara como feísimo borrón, lo que más se nota es el acendrado sentimiento de españolismo de la sociedad dominicana en aquel ya lejano período histórico. En sus interesantes *Noticias*, un contemporáneo, el Doctor Morilla, refiriéndose a la revolución separatista llevada a cabo por Núñez de Cáceres afirma "que entre los propietarios y personas de influencia no contaba Núñez sino con pocos partidarios", y agrega más adelante que aquel movimiento "hubiera podido evitarse porque la generalidad del país no estaba por él por su afecto a España"... Sólo en este mismo Núñez de Cáceres, inteligencia bien cultivada, de relevantes dotes de carácter, idóneo para regir colectividades sociales, y en un cortísimo número de los que hicieron con él causa común, asume un aspecto bien definido la idea de independencia. El caudillo de la primera revolución separatista, resulta un hombre muy superior al medio en que figuró siempre en primera línea. Su españolismo es puramente externo, de mera forma. Lo prueban sus atrevidos consejos a Sánchez Ramírez apenas terminada la campaña reconquistadora; la libertad de opiniones que reinaba en su tertulia de íntimos, y su canto, flojo y desaliñado hasta más no poder, a los vencedores de Palo Hincado, en que no hay un solo verso en que se haga alusión a la vieja Metrópoli. Cuando en ese canto suena la palabra patria, entiéndese bien que, en su pensamiento, se refiere el terruño nativo... Pero está sólo o poco menos. De ahí, de esa evidente falta de penetración de su idea con el medio, despréndese una de las causas determinantes de la fragilidad de su empresa emancipadora. En ella, sin embargo, comienza el *avatar* glorioso de la idea de independencia. Para que esa idea produjese en las clases populares un estado de alma capaz de comprenderla y de llegar por ella hasta el sacrificio, era menester antes recorrer un camino de medio siglo sembrado de formidables dificultades. Ocho o nueve años más tarde, un estrechamiento de esperanza, la de incorporarse de nuevo a España, hace vibrar fuertemente la sociedad dominicana a la noticia

de las gestiones a ese respecto practicadas en Port-au-Prince por F. Fernández de Castro comisionado de Fernando VII... La obra del ilustre Auditor no cuajó, principalmente, por inoportunidad por no haberse efectuado en sazón conveniente. Resultó prematura. En los planes de Bolívar entraba, sin duda, como supremo coronamiento de su labor gigantesca, la independencia de las Antillas españolas. Pero en los momentos en que Núñez de Cáceres realizaba su intento, el titán venezolano se dirigía hacia el Sur, salvando cordilleras formidables, trepando por los flancos de volcanes humeantes, aureolado por la gloria, para añadir nuevas naciones a las ya creadas por su genio portentoso. Consumada la jornada decisiva de Ayacucho, de regreso en Bogotá, no hubiera tardado Bolívar a cuya genial penetración no se escapaba la conveniencia política de desalojar a España de sus últimos reductos de América, en prestar vigorosa ayuda a Núñez e Cáceres. Tres años más tarde la obra de éste hubiera tenido muchas probabilidades de éxito. La semilla arrojada por Núñez de Cáceres no podía perderse no obstante haberse echado al surco fuera de tiempo oportuno. Cerca de dos décadas después, favorecida por las circunstancias, iba a germinar espléndidamente...

La dominación haitiana, repulsiva y ominosa, poniendo de frente, en perpetuo razonamiento, intereses étnicos, morales y económicos, que por virtud de ciertas leyes sociológicas no podían fundirse, hace entrar, siempre siguiendo su proceso evolutivo, en una nueva fase la idea de independencia. De la separación de España para formar un nuevo Estado de la gran Colombia, se pasa, por natural gradación, al pensamiento de constituir una entidad nacional, bien precisada, con propia bandera, enteramente dueña de darse el gobierno que juzgue más conveniente para el cumplimiento de elevados fines de vida colectiva. Y ya, teóricamente, alcanza su aspecto definitivo. De las cumbres de la abstracción va a descender a los dominios de la realidad. El 16 de julio de 1938, día en que Duarte instala "La Trinitaria", señala su entrada en la conciencia colectiva por medio de la propaganda seria y metódica que requiere la realización del magno ideal que tiene por objetivo. Pero, obedeciendo al principio de contradicción que impera en el espíritu y constituye factor principalísimo en la historia del desenvolvimiento hu-

mano, va a efectuarse una profunda escisión entre los elementos que, por su influencia reconocida, encauzan el rumbo de la sociedad dominicana. Dos tendencias bien determinadas comienzan a dibujarse con claridad y precisión. Son dos corrientes de opinión que, durante cerca de treinta años, van a orientarse paralelamente, hasta que, al llegar a cierto punto, una de ellas, mermado su caudal, se extingue lentamente hasta desaparecer por completo, mientras la otra prosigue majestuosamente su carrera... La primera de esas corrientes de opinión tiene su natural antecedente en el 1° de diciembre del 1821, pero parte visiblemente del establecimiento de "La Trinitaria", y alcanza su punto más amplio y luminoso el 27 de febrero de 1844 con la instauración de la República. La segunda de esas corrientes data del año 1843, arranca del plan Levasseur, y, en su desarrollo, metamorfoseándose curiosamente, por virtud de una serie de trabajos antipatrióticos parará en la extinción de la nacionalidad el 18 de marzo de 1861 y en la vuelta al *status* colonial bajo la monarquía española.

Esa extinción del sentimiento nacional, por fortuna, es solo aparente. La primera de esas corrientes tiene vitalidad indestructible. Parece como que se agota del todo después de la protesta ahogada en la sangre vertida en los patíbulos de Moca y San Juan. Pero, a la manera de ciertos ríos que se hunden en la tierra, y, después de correr subterráneamente, reaparecen a cierta distancia más fuertes e impetuosos, la idea de independencia surgirá de nuevo, revestida de bélica majestad, en la cumbre llamante de Capotillo, y, conmoviendo y electrizando las almas, iniciará el bienio épico que termina con la gloriosa restauración de la República. A pesar de lección tan dura y cruenta, la otra, la segunda corriente, parece no haber perdido todavía toda su fuerza. Fundamentada en la impenitente aspiración a conseguir un protectorado o la anexión a alguna potencia por suponer erróneamente que el país carece de elementos propios para afianzar con solidez su categoría de entidad nacional, esa aspiración, bien depurada, salvo una que otra excepción, no es en realidad de verdad sino la obra de ciertos elementos o bandos políticos que, merced a ella, explotándola a su provecho, quieren entronizar un continuismo que les permita seguir disfrutando con tranquilidad del poder y sus prebendas o por lo menos de li-

brarse de las persecuciones y venganzas del bando contrario siempre en vías de adueñarse nuevamente de la dirección de la cosa pública. Si al referirse a la anexión a España hay en esto sus más y sus menos, no sucede así ciertamente con el propósito de incorporación a los Estados Unidos iniciado y sustentado con tenacidad a toda prueba por el penúltimo gobierno de Báez y que estuvo en un tris de convertirse en dolorosa realidad. Preciso fue que aquella administración se contentase, como único gaje de su perseverante empeño, con el convenio de arrendamiento de la bahía de Samaná... La reacción definitiva contra todo eso, como V. muy bien dice tomó cuerpo en el movimiento revolucionario del 25 de noviembre de 1873, el cual, una vez triunfante, se apresuró patrióticamente a rescindir aquel contrato de arrendamiento, cerrando para siempre el período de tentativas y propósitos antinacionales comenzado en el año 1843. En lo adelante, si quedan restos vergonzantes de esas tendencias proditorias, se recatan o se esconden sin atreverse a asomar la faz. El sentimiento de la nacionalidad, consagrado en los campos de batalla de dos guerras gloriosas, transcurrido medio siglo, adquiere ya su relieve definitivo. Su fuerte raigambre penetra todo el organismo nacional. La gran masa social, a veces con patente injusticia, se vuelve recelosa y en extremo desconfiada en cuanto se trata de algo que directa o indirectamente pueda lesionar la integridad del territorio o menoscabar la soberanía nacional. Después del 25 de noviembre, como afirma V. con alto y sereno sentido de la realidad, nada antinacional puede señalarse que repose sobre un hecho o un documento dignos de tomarse en cuenta. El pueblo se mantiene con ojo avizor presto a atajar prontamente el paso a cualquier intento de ese género, hoy punto menos que imposible. Aun la misma Convención con los Estados Unidos, instrumento de alcance puramente económico y en mucha parte justificado por una herencia acumulada de errores, motivó en todas las clases sociales alarmas y azoramientos, y estoy en la creencia de que si para su aceptación se hubiera recurrido a la forma plebiscitaria sin influencias ni coacciones de lo alto, una gran mayoría, resulte lo que resultare, se hubiera pronunciado por la más rotunda negativa.

Ha juzgado V., pues, a mi entender, con verdadero acierto estas interesantes cuestiones, y pláceme en extremo que mi mane-

ra de ver coincida enteramente o poco menos con la suya en la apreciación de los hechos de tanta importancia como son, indudablemente, cuantos se refieren al desenvolvimiento histórico de la idea fundamental de la sociedad dominicana. Y respecto de la interesante labor que V. me pide que acometa, la historia sintética de la cultura dominicana en sus diversos aspectos, no vacilaría en intentarla siempre que, como V. insinúa, fuera trabajo colectivo en que tomarán parte activa todos los intelectuales idóneos para el caso con que cuenta el país, y en cuyo número y en preferente lugar figura V. a mi juicio.

SOLIDARIDAD HISPANO-AMERICANA

Cuando el Héroe máximo de la epopeya de la América recién emancipada, acibarada su gigante alma por sombríos desencantos, águila caudal herida, cayó desplomada en la muerte desde la ingente altura de su ideal realizado de redención y de gloria, con él pareció también desvanecerse en horizontes caliginosos una de las concepciones más vastas y grandiosas de aquel hombre realmente superior, verdadero *superhombre*, no en un mal entendido concepto nietzscheniano, sino en otro sentido más comprensivo, sereno y luminoso... El pensamiento de Bolívar hecho a sondear los arcanos de lo futuro, adivinó desde temprano, con la intuición profética del genio, los males gravísimos que iban a caer, por falta de ciertos necesarios vínculos, sobre estas nacionalidades incipientes desprovistas de la educación política apropiada para entrar de lleno en la práctica sincera y estable de las instituciones republicanas.

Para evitar en lo posible lo que preveía, inició la magna idea, magna, sobre todo, en aquel momento histórico, de reunir en Panamá un congreso compuesto de representantes de los pueblos hispano-americanos con el fin de trazar las líneas de una solidaridad permanente y fecunda asentada en una fuerte cohesión de ideas, de leyes, de intereses y de propósitos... Circunstancias diversas detuvieron la completa realización de su idea; y después, olvidada ésta, reducida a mero recuerdo histórico, consumada ya la disolución de la gran Colombia, desencadenáse con hórrido estruendo la tempestad de las guerras civiles,

convirtiendo casi todos estos flamantes organismos nacionales en juguetes del más desenfrenado caudillaje, adscritos un día a un asfixiante centralismo y ensayando en otro un federalismo incongruente y artificial, y haciéndoles gastar en derroche de sangre y de intereses sus privativas energías y sus fuerzas re-constructivas dignas ciertamente de empleo más noble y patriótico... Entre el tumulto de la lucha, aquí y allá, destacábanse, fatídicas, las siluetas del enigmático Doctor Francia, del gaucho Rosas, del feroz Melgarejo, del fanático García Moreno...

Menester ha sido la guerra que consumó la ruina del poder español en América, y el desenvolvimiento metódico y potente que, a partir de ese suceso, tomó el imperialismo yankee, para que algunos pueblos hispano-americanos, los más próximos al coloso vencedor, sacudiesen su pesado sueño de indiferentismo musulmán para contemplar con mal disimulado espanto la proximidad del pavoroso abismo. Los intelectuales han sido los primeros en sonar el clarín de alarma. Hay que despedirnos de la existencia tumultuosa y estéril que hasta ahora hemos llevado desangrándonos estúpidamente en pugilatos de un personalismo grosero, y, aproximando distancias y estrechando relaciones, unificar ideales de vida colectiva, estable y digna, mediante el desarrollo gradual y consciente de ciertos importantes factores de índole económica. El momento es propicio. Pero hay forzosamente que convencerse de una cosa: en este alto empeño los hombres de letras no somos ni podemos ser más que portavoces, mera vanguardia que marcha iluminando el camino con las fulguraciones de la prosa y del ritmo... Los pueblos, hoy más que nunca, no viven de lirismos. Se nutren casi exclusivamente de intereses. Ya la espada no abre rutas a magnificentes ideales colectivos. No hay ya ni puede haber ningún Pedro el Ermitaño que con su verbo encendido sugestione las muchedumbres y las conduzca en alas de la fe a conquistar el sepulcro de Jesús. Los Jasones modernos no corren en busca de un simbólico vellocino de oro, sino tras de cosas cotizables que pueden reducirse fácilmente a valores contantes y sonantes. El tintineo de los *dollars* suena en casi todos los oídos más armoniosamente que las estrofas más bellas e inspiradas. Los ejércitos no van desalados a cosechar laureles sino a enseñorearse de nuevos mercados; son, en último análisis, los factores principales en la definitiva decisión

de pugilatos de competencia comercial. Suponía tontería sería ponerse a lamentar esa faz característica de nuestra época. Hay por fuerza que vivir con su tiempo; mirarlo tal como es. La verdadera filosofía de la vida estriba en aceptar serenamente, sin lloriqueos ni lamentaciones, la realidad incontrastable de las cosas. A nada conduciría rebelarse contra ellas, aun los que quisiéramos, como el gran religionario galileo, ver la vida despojada de toda su inmensa fealdad y convertida en una concreción soberana de bien, de amor y de belleza...

En la angustiosa incertidumbre de la hora no falta quienes vuelvan la mirada a España considerándola como nuestra obligada directora espiritual y esperando de ella no sé qué iniciativas grandes y prolíficas. España, como todos estos pueblos, brega actualmente por reconstruirse, principalmente en el orden económico, sobre bases que le permitan restaurar recientes heridas, y alcanzar, si es asequible, un puesto cercano al altísimo que ocupó dignamente en otros tiempos. Así lo preconizan a grito herido muchos de sus pensadores, tribunos y periodistas, que, como Costa, aspiran a una *europaización* comprendida en su más alto y verdadero sentido. Más potentes deben ser cada día las corrientes de aproximación que existen entre ella y nuestra repúblicas. A la antigua Metrópoli estamos ligados por vínculos indestructibles. En ella está el solar glorioso de nuestros abuelos. Ni la distancia ni el tiempo podrán destruir páginas comunes de grandezas e infortunios. Nos dio, bueno o malo, cuanto tenía, y no los dio a manos llenas: su sangre, su idioma, su legislación, sus costumbres, su ardor bélico, su hidalguía caballeresca, sus procedimientos coercitivos, su indisciplina, su centralización asfixiante, su terrible intolerancia religiosa... Es y será siempre nuestra natural aliada. Apagados los ecos del clarín guerrero de Maipo, de Carabobo, de Ayacucho y de las Guásimas; desvanecida la humareda de la lucha épica, pacificados enteramente los espíritus, sobre el vasto sepulcro de sus grandes errores coloniales, hemos tendido un espeso manto de olvido y aun de necesaria justificación... Con Bello, Baralt, Cuervo... la América hispana ha aportado valioso contingente a la obra del perfeccionamiento del idioma que constituye para nosotros su más precioso legado. El espíritu joven y fuerte, amplio y sincero a pesar de momentáneas exageraciones y extra-

víos, de las letras hispano-americanas, va infiltrándose en parte de la más reciente producción literaria peninsular. Como antes fuimos a remolque de la nave lírica de Espronceda, Bécquer, Zorrilla, hoy se nota la tendencia en algunos de sus poetas jóvenes a seguir las aguas de Rubén Darío, de Leopoldo Lugones... Los inmigrantes españoles, con preferencia a otros, son acogidos con los brazos abiertos en todas las playas de Hispano América. Los productos de sus industrias se cambian con los de las nuestras. Y es obra de rudimentaria previsión favorecer grandemente esas corrientes inmigratorias, y fomentar de la manera más convenientemente posible esas relaciones comerciales. Pero no hay que pensar en la dirección espiritual o cosa parecida con que sueñan algunos. A ellos se oponen muchas razones de sentido práctico.

La fórmula de unión estrecha y durable de la gran familia hispano-americana acaba de darla un bien intencionado periodista en "El progreso latino de México": "Conozcámonos y complementémonos los unos a los otros". Sí, conozcámonos y complementémonos... A la estela brillante de simpatías que determinan las letras, las especulaciones del espíritu, pero que no es más que la obra de una *élite* intelectual, deben seguir, como con positivo conocimiento de la realidad ambiente lo afirma el citado periodista, hechos de más sustancia y trascendencia: "la política de unión, de intercambio de ideas, de corrientes comerciales, de transportes internacionales, de exposiciones de productos y artefactos, de Congresos científicos y de Convenciones arbitrales que desde hace algunos años persiguen, con singular empeño, todos los estadistas y los hombres sensatos que miran hacia adelante"... No puede decirse nada más puesto en razón. Esa y no otra es la verdadera vía. Pero sucede por desdicha, que algunos de los gobiernos de estas repúblicas, aquejados de *pambeocismo*, incapaces de elevarse a cierta altura de previsión, malgastan saludables energías y alientos nacionales metidos de hoz y coz en el pernicioso juego de una politiquilla rastrera de quita y pon, y rarísima vez dibujan la tendencia a marchar por caminos de bien entendido adelanto. Los intelectuales de Hispano-América, en su porción más selecta, se mueven casi exclusivamente en una atmósfera a veces muy artificial de arte y de ciencia, alejados, con algunas excepciones, de la dirección posi-

tiva de la cosa pública. Constituyen, por lo general, exponentes de la mayor o menor cultura de estos países, pero, en la realidad de los hechos, resultan elementos puramente decorativos... Los estadistas de verdad hispano-americanos son habas contadas. Por un Drago que adquiere rápidamente nombradía mundial, prodúcense a granel los gobernantes sin miaje del más rudimentario conocimiento de la manera de regir entidades nacionales. En tales circunstancias, dificultase notablemente la germinación pronta y fecunda de ideas suscitadoras de empeños prácticos y civilizadores...

Los pueblos de la América hispana solamente serán fuertes por la unión, por la más completa identificación de ideas y de intereses a fin de llegar a formar un gran todo orgánico fuertemente cohesionado... Desde su atalaya hiperbórea nos acecha el hombre rubio del Norte. Ha creado para su particular uso una doctrina de humanitarismo y de curatela de pueblos que es vistoso disfraz con que encubre voraces apetitos... *Words, Words, Words*, que dijo el excelso trágico inglés. Palabras... y no se atribuya tal decir a un exclusivismo mezquino que dista mucho de mi manera de pensar, amplia, cosmopolita en cierto sentido, enteramente humana... Admiro muchos aspectos interesantes de la gran república norteamericana, y creo que de ella, de su reflexivo consorcio de la mayor libertad con el orden más perfecto y de otras cosas que la distinguen, tenemos muchísimo que imitar; pero siempre la separará de nosotros, impidiendo una completa fusión de ideas y de intereses, su olímpico orgullo étnico que le hace ver desdeñosamente a estos pueblos considerándolos como de razas inferiores, y su espíritu de grosero mercantilismo que la va encaminando por senderos muy distintos de los que le demarcaron sus inmortales fundadores... Contra su cacareada política de desinterés y fines civilizadores, se alzan vibrantes de indignación las voces de México y Colombia mutilados, de Puerto Rico sin personalidad política, de Cuba en permanente tutela... El hombre colectivo unido estrechamente por vínculos de raza, de lengua, de creencias, de costumbres y de afectos, forma en sitio adecuado del planeta y en un pasado histórico más o menos prolongado esa cristalización social, perdurable y grande, que se llama la patria. Las generaciones que cayeron en el gran surco, los que nos precedieron en la vi-

da, ya pusieran esfuerzo titánico o grano de arena en la construcción de ese magno edificio, son como los eslabones de una cadena de ideales y de afectos a la que estamos unidos perdurablemente. Pretender romperla constituiría un crimen abominable. La patria es la concreción secular de un sentimiento complejo y colectivo, y los sentimientos, afirma Th. Ribot, son las verdaderas fuerzas interiores que gobiernan al hombre... Ella representa como una herencia de glorias e infortunios, de esfuerzos y de anhelos que tenemos el deber de guardar cuidadosamente como sagrado depósito. Ningún pueblo, a no estar tocado de demencia o imbecilidad, puede ver con ojos indiferentes que pedazo a pedazo se le cercene esa herencia acumulada que constituye, grande o chica, su personalidad, que le da característica fisonomía en el concierto internacional y en la historia. Unámonos, pues, para realizar fructuosamente fines comunes y elevados de progreso, de verdad y de justicia; y para, con nuestros propios medios y recursos, trazar los lineamientos de una civilización lo más autóctona y homogénea posible, de un vasto todo científicamente ordenado en el que resuene de manear perpetua el himno triunfal de la libertad y del trabajo y sea como formidable valladar opuesto a las usurpaciones de los audaces argonautas modernos.

PÁGINAS

POR JOAQUÍN N. ARAMBURU

Un alma noble y buena, hondamente saturada de vivificante altruismo, de resaltante sinceridad, sin dejos de afectación o de cierto convencionalismo muy propio de la vida periodística, palpita con potente ritmo en esta copiosa e interesante colección de artículos, donde en vano se buscarían móviles aviesos o mezquinos, propósitos visibles de prestigiar ideas partidaristas maculadas por sórdidos intereses individuales o de agrupación... En esta época tocada de grosero utilitarismo, en que la idea del medro inmediato como que absorbe o hace esfumar otras de trascendente alteza moral, pueden contarse fácilmente, a la primera ojeada, los periodistas de arraigada convicción que, cual Aramburu, mantienen briosamente enhiesto, como vistosa flámula de gloria, un ideal magnificante de culto y sano patriotismo, exento de exageraciones intempestivas, que entrañe a toda hora, sin desmayo ni reposo, la aspiración a un mejoramiento nacional de carácter eminentemente civilizador y fecundo. Ciertos intereses materiales, dolosos y estrechamente apegados a sus privilegios, a modo de pulpos de fuertes tentáculos, no se desprenden con facilidad de la presa, y, sintiéndose atacados, se revuelven rabiosos contra el osado que, en nombre de trascendentes excelsitudes morales, pretende desalojarlos de la altura en que se han encastillado y donde viven en actitud de perenne amenaza... Joaquín N. Aramburu es por cima de todo periodista. Periodista de verdad, sincero, espontáneo, expresivo, libre de la acción de los cabildeos de cierta politiqui-

lla rastrera muy en moda; que contempla, sin ofuscaciones, los múltiples aspectos sociales de la hora presente, palpa con mano segura innegables deficiencias de estructura nacional, y, desde su particular punto de vista, siempre movido por loable intención, sugiere, indica el tratamiento que juzga más apropiado para la desaparición de esas mismas deficiencias y de ciertos males inveterados. Detrás del periodista viril, batallador, que esgrime como arma de combate el artículo candente, a veces repleto de indignación, descúbrese un moralista, un verdadero moralista que, mediante cierta ética social que sustenta incesantemente, quiere hacer obra fecunda de depuración general, de saneamiento colectivo, que devuelva el vigor perdido al enfermo organismo nacional poniéndolo en condiciones de asimilarse ciertas condiciones de positiva eficacia para el gradual y armónico desenvolvimiento de sus energías vitales que supone debilitadas o en vías de atrofiamiento...

En su prosa fácil y clara, en ocasiones vibrante, no hay refinamientos de frase ni filigranas de estilo. Cree tener a su cargo un apostolado de bien, y lo cumple a conciencia, leal y noblemente, sin preocuparse de meticulosidades o excelencias de forma, puesta de continuo la mira en un propósito de significativo valer social, grande y excelso. Sus artículos, a manera de lenguas de fuego, descienden hasta el alma del pueblo, de su pueblo, despertando con fuerza sentimientos nobles aletargados o profundamente dormidos. En sus escritos adviértese a cada paso el vehemente deseo de salvar a ese pueblo que cree en camino de perdición o algo parecido, desinfectándolo de los microbios de la indiferencia y del egoísmo, y señalándole, con severo índice, los rumbos luminosos por donde debe orientar sus destinos. Ha hecho del periodismo, durante su larga y honrosa vida pública, tribuna de altos y dignificadores sentimientos, cátedra de pensamientos sanos de probada virtualidad reconstructiva. El polen de ideas nobles y fecundas, recogido en horas de observación o de estudio, ha hecho brotar en su alma una espléndida floración de anhelos de bien y de propósitos de incontaminado patriotismo. Él quisiera que el suave perfume de bondad que despide su jardín interior se esparciese sobre todos sus compatriotas saturándolos de efluvios de verdad, de energía y de esperanza...

De su labor periodística se desprenden a veces gotas de acerbo pesimismo. Cierta vaho de desencanto sale a menudo de esas páginas. El resultado de su perenne prédica no lo satisface. Después de tanto afanar, de tan constante lucha, de la incesante agitación en que ha diseminado partículas de su propia alma, advierte, con íntimo desconsuelo, que el cáncer del egoísmo parece haberse apoderado de nuevos tejidos del organismo social, que los vicios que combate denodadamente permanecen, amenazantes, en pie, sin ceder ni un solo palmo de terreno, antes al contrario, dispuestos a invadir y a enseñorearse del reducido espacio aún libre del contagio... En su creciente desencanto, creeríasele, si no se conociera el acerado temple de su espíritu, en disposición ya de exclamar, como el gran romano en la hora triste de la derrota definitiva: "Virtud, no eres más que una palabra". Otros espíritus de menor firmeza moral hubieran cejado acobardados o heridos por inmenso desaliento...

¿Para qué proseguir en el tenaz empeño, en el anhelo grandioso de agitar y conmover las almas para llevarlas, por vías raudas, a la conquista de un alto grado de mejoramiento colectivo, de una salvadora solidaridad social, base amplia para levantar el edificio de sólidas convicciones que necesita todo pueblo para su vida jurídica, si esas mismas almas, en su inmensa mayoría, aquejadas de sordera moral, permanecen impasibles ante el llamamiento angustioso, movidos solamente por el incentivo de ambiciones de mando, de disputas bizantinas, de vitandos personalismos?

Aguijoneado aún bajo su delgada costra de artificial civilización por apetitos ancestrales, el hombre moderno, ángel o demonio, rebosante de contradicciones, mezcla confusa de bajas y de excelsitudes, entretiéndose en la eterna tarea de construir y de demoler, pensando algunas veces tener fuertemente asida la Verdad, sin percatarse que, en realidad, su mirada sólo percibe o puede percibir fugitivos lampos de ella. ¡La Verdad! ¿En qué región ignota, dioses inmortales, mora escondida, como la virgen de la leyenda, esa deidad misteriosa, que sólo, muy de tarde en tarde, deja columbrar rápidas y a veces engañosas vislumbres de la coruscante fimbria de su veste? Sólo nos pertenece al momento presente, y no ciertamente por entero. Marchamos al azar, pensando ir en persecución de cosa muy positi-

va y concreta, cuando tal vez corremos detrás de algo inesperado que escapa por lo común al alcance de nuestras previsiones; y así vamos formando con los hilos de los sucesos el tejido de la historia, equivocados casi siempre respecto del valor de nuestra obra y sin darnos casi nunca cuenta exacta de lo que positivamente nos sugiere y empuja. Lo porvenir aparece ante nosotros como pavorosa esfinge que se irgue, misteriosa e impenetrable, en la serena región de un eterno silencio. Puede ser que no oculten ningún alto sentido trascendente muchas cosas que, en el instante actual, se nos presentan como formidables enigmas. Vivimos tejiendo y destejiendo como la Penélope de clásica resonancia. ¿Qué sabemos?... Acaso la simiente arrojada en el surco para que se convirtiera en árbol frondoso cuajado de flores y de frutos, andando el tiempo, sólo dará de sí arbolillo raquítico condenado a permanente esterilidad o a ser derribado por la primera racha de viento ahuracanado que pase... Razón sobrada tiene, en mucha parte, a mi ver, Guillermo Ferrero, el notabilísimo historiador italiano —citado por el ilustre Montoro en el bello prólogo de este libro— en su conocida aseveración de la manera de obrar, casi siempre inconsciente, fragmentaria y desordenada, que caracteriza los esfuerzos individuales o de grupos que concurren a formar los diversos aspectos de la evolución histórica.

Con todo eso, no puede ser labor infructuosa ni en ningún caso enteramente perdida la que se ejecuta con sana intención de ánimo, inspirado por algo que nos parece de salvadora influencia social, sin que sea parte a minorar o a deslustrar la intrínseca bondad de ese trabajo, cordial y bello, el hecho de que sus resultados hayan sido escasos y el magno objetivo mal o insuficientemente comprendido. Tal la labor del gran periodista cubano. Frente al egoísmo elevado a la categoría de dogma de vida social, agrada en extremo oír una voz elocuente y persuasiva, proclamando sentimientos de hermoso altruismo ideas de concordia y de amor, sanas aspiraciones de unificación moral, propias para dar vigor y consistencia al organismo nacional, aquejado prematuramente de algunas de las graves dolencias que han mantenido en perpetuo estado estacionario y aún de peligrosa postración muchos de estos pueblos hispano-americanos. Cuba ha pasado, está pasando, salvo diferencias puramen-

te superficiales, por las mismas dolorosas etapas que todas o casi todas las antiguas colonias españolas hoy convertidas en flamantes repúblicas. Los mismos motivos, étnicos, políticos y económicos, han generado idénticos efectos. La historia, en algunos de sus aspectos, resulta a veces de una monotonía verdaderamente desesperante...

Cuba no era ni podía ser, salvo en una que otra faz, una excepción de la regla. Su pésima educación colonial no la capacitaba para dar a sus instituciones republicanas, desde el primer momento, la fuerza y consistencia necesarias para en la racional y estable armonía de la libertad y el orden realizar cumplidamente fines civilizadores de derecho y de justicia. Ni aún la intervención norte-americana, de carácter decididamente preparatorio y educativo en su primera época, aún siendo, como fue, relativamente larga, pudo evitar el nocivo fermento de ciertas morbosidades que más tarde, con hondo pesar de los que amamos a Cuba entrañablemente, produjeron los tristes sucesos que culminaron con una nueva intervención extranjera, siempre humillante y dolorosa. Pero si, como es cierto, "la humanidad progresa padeciendo", natural es que el pueblo cubano, aleccionado por amarga experiencia y por la consideración de su verdadera situación internacional, deseche de una vez y para siempre (nosotros ¡ay! aún no hemos podido conseguirlo) toda apelación a las armas, todo lo que sea salirse del camino de la legalidad, para la solución de asuntos de política interior, que pueden perfectamente resolverse en tiempo más o menos breve, por otras vías más en consonancia con lo que indican los procedimientos de orden jurídico que deben en todo tiempo servir de norma cierta de conducta en la práctica regular y consciente de las instituciones democráticas...

Puntos diversos, todos interesantes, constituyen los temas de esta valiosa colección de artículos, en que su celebrado autor pone a cada instante de manifiesto las aptitudes que indiscutiblemente posee para la divulgación de ideas discretas y elevadas por medio del periodismo. En no pocos de estos artículos vibra un sentimiento acertadamente expresado que les presta cierto matiz de singular atractivo. Así "Masó, muerto", digna y hermosa corona fúnebre de aquel gran patriota, y otros más que dejan en el espíritu una emoción intensa, a veces desconsolado-

ra. Me ha gustado mucho la página sobria y diáfana en que evoca con fácil verismo la figura de Narciso López vencido y prisionero. Y, sugestionado por la narración, he reconstruido la historia de aquel valeroso venezolano desde los tiempos épicos en que, militando en las filas españolas, ve caer a su lado, en desastrosa retirada, a su padre, el coronel López, atravesado por las lanzas de los llaneros del legendario Páez, hasta el momento en que, treinticuatro años más tarde, víctima de negra traición, befado por la turba, pasa por un pueblo del occidente de Cuba, con el alma entristecida sereno y altivo, camino del patíbulo en que la muerte va a unirlo con el óleo que inmortaliza a los nobles paladines de las justas reivindicaciones de los pueblos oprimidos.

A Federico Henríquez y Carvajal

I

Con la publicación —debida a la benemérita sociedad Amantes de la Luz— de esta copiosa colección de escritos en que se destaca de cuerpo entero el austero y abnegado repúblico que tan luminosa huella ha dejado en el proceso tardíamente progresivo de nuestra asendereada vida nacional, a la par de tributarse una merecida oblación de noble y proficua gratitud al patricio dominicano que, después de Duarte, resulta la personificación más alta de virtud republicana que haya cruzado nuestro cambiante y ensangrentado escenario político, se ha conseguido también convertir por un momento la mirada hacia algo fructuosamente patriótico, hacia ingentes ideales de incontaminado civismo que la garrulidad imperante aparenta desdeñar apacentada a sus anchas en un egoísmo burdo y estulto en que se descolora y marchita rápidamente cuanto en nuestra enrarecida atmósfera se perfila con acentuadas formas de fecunda alteza moral... Este volumen ha sido para mí como una momentánea y fúlgente visión de muchas cosas de mi adolescencia que dormían sosegadamente en oscuros limbos de olvido. Toda una época de mi vida surge con su intenso y peculiar colorido ante mis ojos. ¡Qué días tan revueltos y tormentosos los que precedieron a la Evolución! Faltas graves cometidas por la Administración que surgió el 25 de noviembre de 1873 entre las más sinceras y calurosas expansiones del entusiasmo popular

fueron con celeridad minando el prestigio de aquella situación que en los primeros instantes, culminó como símbolo de acercamiento cordial y provechoso de las viejas banderías políticas. A esa obra de apresurado desgaste hay que agregar, como legítimo complemento, la acción incesante y deletérea de intereses bastardos de ambiciones personalistas que pusieron recio y tenaz empeño en abrir la ancha fosa en que iban a sepultarse muchas risueñas esperanzas y muchas ansiadas reivindicaciones.

En Puerto Plata, cuna de la revolución eminentemente justa y necesaria de Noviembre, señaláronse los primeros pródromos del conflicto que se avecinaba y que iba a resultar de todo punto inevitable por la evidente carencia de tacto de las autoridades locales y la creciente acometividad de la oposición cada día más envalentonada... La tentativa de encarcelar al general Luperón llevó aquel conflicto a su punto máximo de gravedad... No obstante ciertos resaltantes y dolorosos errores debidos a su rusticidad primitiva, a la permanente y nociva sugestión del medio y a las azarosas circunstancias en que fue formándose su alto prestigio militar, el general Luperón resulta una figura simpática para quien, como yo, pueda juzgarlo desligado de todo apasionamiento, por su actuación como soldado heroico en la accidentada campaña restauradora, por cierto sentimiento de innegable patriotismo siempre vivo en su espíritu, por la sinceridad de su carácter impetuoso, brusco, sin trastiendas ni dobleces, pleno de ingenua vanidad; por su acendrada devoción, sin intermitencias, al magno ideal de la independencia antillana, y por cierta no vulgar de ideas adquiridas mediante la lectura de obras históricas y en sus frecuentes y largas expulsiones. El sentimiento popular, en aquellos días, se manifestaba en asociaciones políticas nutridas —sobre todo en los tres o cuatro meses que precedieron a la Evolución— de elementos en su gran mayoría desafectos al gobierno existente. La "Liga de la Paz", recogía, como centro principal de atracción, cuantos con mal velado disimulo sólo tenían en mientes derribar del poder al general González. Aquella potente sociedad política se reunía en la sala espaciosa, de baja techumbre, en algunas noches insuficientemente alumbrada, del colegio "San Felipe; y aún se me figura contemplar la abigarrada multitud que allí se congregaba, siempre muy numerosa, particularmente cuando asistía a

las sesiones el general Luperón. Cada vez que éste peroraba, y lo hacía con frecuencia, su palabra vibrante, encendida, de vigorosa entonación, a trechos incorrecta y premiosa; pero expresión sincera y fuerte de su alma varonil y entusiástica, como que esparcía átomos ígneos que caldeaban el ambiente de la vasta sala, encrespando los ánimos que se desbordaban en un torrente impetuoso de aplausos y aclamaciones. Era la primera vez que mi alma de diecisiete años espontánea, ardiente, irreflexiva, dócil a la sugestión exterior, se ponía en íntimo contacto, se confundía con el alma inmensa, rugiente y trágica de la muchedumbre enardecida...

En esas reuniones, siempre pronunciado con alto encarecimiento por el general Luperón, se oía con frecuencia el nombre de Espaillat. Resonaba con grata vibración, y aparecía como reluciente iris de esperanza en la espesa negrura del patriotismo decepcionado. Se citaba el elocuente ejemplo de su vida de virtud y trabajo dignificador y fecundo; su actitud virilmente patriótica frente a la Anexión española; su labor de organización como Vicepresidente del gobierno provisional instaurado en la noble y heroica Santiago en los días tormentosos y trágicos del bienio restaurador; su profunda aversión a toda tiranía probada en su destierro a los Estados Unidos para escapar al despotismo santanista, y años más tarde en su injustificable encarcelación por el gobierno de Báez en las postrimerías de los *seis años*... Después de todo eso, los sucesos se precipitaron... Descendió ruidosamente del poder el general González, con una historia si algo obscura por lamentables extravíos limpia por entero de vergonzosas escenas patibularias. El oleaje popular, impetuoso e incontrastable, sacó de su hogar al austero patricio santiagués, y mal de su grado, en medio de la general esperanza de un porvenir risueño, lo condujo al solio presidencial de la república... En ese puesto altísimo no sintió, ni remotamente, vértigos ni engreimientos propios de almas vulgares; ni intentó, como tantos otros colocados en igual situación, rasgar con mano airada la apretada malla de sus permanentes convicciones. En las alturas, como en el hogar, fue siempre el mismo: sencillo, probo, afectuoso, tolerante, edificando con su conducta, rindiendo de continuo fervoroso culto al bien en el iluminado santuario de su conciencia. Pero intereses mezquinos de tor-

pes banderías políticas se le enfrentaron rápidamente. Rugió la guerra civil purpurando campos y ciudades. En Puerto Plata, donde en los primeros días era frecuente el tiroteo, la dirección experta del general Luperón dando vigoroso y diestro impulso a las operaciones militares hizo en poco tiempo recular a larga distancia los cantones que asediaban la plaza. En la viril Santiago sucedía lo mismo o poco menos. Sólo faltaba un último y pujante esfuerzo para dar el golpe de muerte a aquel injustificable y malhadado movimiento revolucionario, ya bien decaído y maltrecho. En ese momento se produjo la asonada que lo derribó del poder. Todavía hubiera podido abrir su diestra y descargar el rayo del castigo sobre sus gratuitos enemigos. Partidarios fieles corrieron a su retiro a ofrecerle, con seguridades de éxito, reaccionar vigorosa e inmediatamente contra aquel motín vergonzoso... No lo quiso. Del charco de sangre formado por la lucha feral subía un vaho nauseabundo que asfixiaba. Un ambicioso adocenado, uno de esos dictadorzuelos como todavía se estilán por estas tierras americanas, hubiera dicho, aspirando voluptuosamente el aire pestilente, como Vitelio, en Badriaco, al contemplar el campo alfombrado de cadáveres de enemigos: huele bien... Prefirió retirarse antes que cayeran más vidas en el surco sangriento, y se envolvió majestuosamente en su laticlavia de austero patricio dejando tras sí fulguraciones de una gloria inmaculada e imperecedera...

Del consulado en que buscó momentáneo asilo, salió, náufrago de un ideal hundido en el proceloso mar de las pasiones políticas, en ruta hacia el hogar abandonado para tornar a su antigua vida de trabajo honroso, presa su noble espíritu de acerbas inquietudes por la suerte de la patria desgarrada por el choque incesante de facciones que sólo tributaban adoración al Moloch del malhadado personalismo... Recuerdo su arribo en un vapor mercante a Puerto Plata, de paso para Santiago, allá por los últimos días de diciembre de 1876, en una melancólica mañana de comienzos de invierno, de ambiente frío, de nublado cielo, en que la onda moría mansamente en la curva de la playa con un rumor de vago y prolongado sollozo. Lo vi cuando subía por la escalerilla del muelle. Tenía cincuentitrés años y parecía un anciano de setenta, encorvado, prematuramente envejecido, con la cabeza cubierta de blancos hilos, como si en

ella se hubiera amontonado la copiosa nevada de dolores infinitos... Su rostro enflaquecido, pálido; sus mejillas exangües, hundidas; sus ojos de amortiguado fulgor como cansados de contemplar en torno suyo bajezas e ignominias, le prestaban cierto pronunciado parecido con uno de esos santos del catolicismo, representados en algunas viejas estampas, que en aras de un ideal ultraterreno convirtieron su vida en una dolorosa e interminable serie de maceraciones y abstinencias... Cuando pasó ante mí me descubrí con religioso respeto como varias personas que se encontraban a mi lado... Aquel vencido era el símbolo, el símbolo augusto de la virtud republicana hecha carne que pasaba...

II

En estas páginas llenas de sanos anhelos y admoniciones severas late con fuerza un espíritu provisto de la necesaria cultura para ejercer un apostolado de bien preconizando por medio de la prensa la positiva virtualidad de ciertas ideas de reconstrucción social, ignoradas o mal comprendidas por la inmensa mayoría. En muchas de estas producciones véase, a la primera ojeada, la acentuada tendencia a corregir inveterados males sociales empleando para ello, con frecuencia un tono festivo, burlesco, lleve causticidad, que a ratos les presta cierto sabor satírico, muy propio de escritores que, persiguiendo una finalidad ética de trascendencia colectiva, adoptan ese camino con preferencia a otros por estimarlo como el más adecuado para arribar con seguridad y relativa prontitud al objetivo luminoso propuesto. El estilo es sencillo, claro, despojado de pretensiones, sin esa nota de pedantismo o de imposición dogmática, comúnísima en quienes se arrojan el difícil y delicado magisterio de adoctrinar las almas y señalarles rumbos de salvación individual y colectiva. Ulises F. Espaillat, en el fondo, sin necesidad de apurar mucho el análisis, resulta un moralista perteneciente al escaso número de éstos en que la prédica benéfica y elevada se armoniza bellamente con el ejemplo elocuente, edificante, persistente de su vida privada y pública. En ese sentido, sin incurrir en ningún aserto paradójico, son verdaderos hombres

de acción. Ya sé que los *prácticos* que abundan en estas y otras latitudes entienden la acción de muy distinta manera, sugestionados por atavismos étnicos de carácter morboso... Hombres de acción son para ellos quienes con más brío y prodigalidad reparten a diestro y siniestro tajos y mandobles, por más que muchos de éstos cercenen cabezas y mutilen instituciones.. A mi ver, una vida consagrada al bien, como la de Espaillat, en que nada interrumpe la continuidad de un propósito dignificador y excelso, en que día por día, cada vez más refractaria a nocivas sugerencias exteriores, se la contempla como cima aislada en que fulgura intensamente un magnificante ideal, representa para el que sabe ver al través de la superficie de las cosas una potentísima fuerza de acción, ininterrumpida, siempre visible, de virtualidad superior e incontrastable, de efectos prolíficos, de momento desconocida o menospreciada; pero cuya trascendencia benéfica se encarga siempre el tiempo de poner de manifiesto. En esos hombres hay mucho del *héroe*, de los *héroes* en acción, en el concepto amplio, generoso y humano que en toda su resaltante variedad psíquica significan para Carlyle...

En la historia nacional, Espaillat aparece a mis ojos como una figura supremamente *representativa*. En la personalidad del insigne repúblico santiagués se vincula —cristalizada en el hecho, plasmada en la realidad— la tendencia a reaccionar vigorosamente, sin exagerar el alcance del propósito, contra el caudillaje estulto y desapoderado (como institución o sistema bien podría llamarse el *macheterismo*) que ha sido en muchísima parte consecuencia natural y no por eso menos dolorosa de la guerra restauradora, en la que ascendió rápidamente a la cúspide buena porción de gente del pueblo muy audaz y valerosa sin duda; pero de crasa ignorancia e indisciplinada en demasía, y por eso fácilmente sugestionable y dispuesta a toda hora, agrupada en bandos de un personalismo rabioso a irse a las manos sin detenerse a calcular las consecuencias por un quítame allá esas pajas... Para intentar con probabilidades de éxito esa empresa difícilísima —todo gobierno es en realidad un ensayo de experimentación científica o cosa muy parecida— se rodeó de un grupo de hombres de altura, los más capaces tal vez que había en el país, dando comienzo a su labor reconstructiva con una serie de actos de evidente concordancia con las elevadas

ideas de mejoramiento general que constantemente había sustentado en la prensa. En eso estriba uno de sus méritos principales, reconocido aún por sus mismos detractores, ya que aquí como en todas partes, es moneda corriente, verdadero lugar común, vociferar en todos los tonos una cosa en la oposición y entenderla de muy distinta manera después de adueñarse el aspirante del poder supremo, circunstancia que contribuye a producir, de potente modo, esas corrientes de pronunciado y triste excecpticismo que tan a menudo cruzan nuestra envenenada atmósfera política. Muchas de las ideas sobre gobierno profesadas por Espaillat, no desvirtuadas ni falseadas por él en la presidencia, están contenidas en su célebre carta al general González. Fracasó, indudablemente, mas su fracaso, si bien se mira, constituye una elocuentísima lección de civismo, ya que su administración, efímera y todo, puede señalarse como el período en que se inició conscientemente, el propósito —patentizado en ciertos actos de brillante relieve— de salir del régimen de tribu o cosa semejante impuesto por el caudillaje y en que casi de continuo hemos vivido, para entrar de lleno en la vía luminosa de las radicales reformas que a grito herido continúa pidiendo nuestro deficiente organismo nacional. Que su ejemplo fue fructuoso, bien se advierte —como lo hace notar con acierto el docto prologuista de este— en el gobernante que le sucedió, figura política amamantada en la más radical intransigencia partidarista y hecha a procedimientos de extremado autoritarismo, y que, sin embargo, en posesión otra vez de mando supremo, modificó visiblemente su vieja manera de entender el modo y las providencias que se requieren para regir con aproximado acierto las colectividades sociales... Después de eso, en dos ocasiones, algo distanciadas, se ha propendido por mandatarios bien inspirados a instaurar un régimen de procedimientos civilistas, que si fracasaron también fue debido, más que a otra cosa, a carencia de saludable y oportuna energía en aquellos gobernantes para obrar decisivamente en determinadas circunstancias, y a divisiones internas del personalismo dirigente de la agrupación o bandería imperante, y en ninguna manera a la conocida y sobadísima cantilena de que “el pueblo no estaba *preparado* para eso”... Oí esa frase hace la friolera de más de treinta años, niño casi, en los mismos días de la Evolución, y toda-

vía se repite como si se dijera algo axiomático y de positiva textura científica.

¡Desde la altura de mis convicciones rechazo enérgicamente esa opinión, creencia o lo que sea, que atribuye al pueblo dominicano una incapacidad manifiesta para darse gradualmente un gobierno de urdimbre civil que lo ponga en estado de incorporarse completa y decididamente al movimiento de libertad y de derecho característico de la civilización moderna!... ¡Como si en la estructura cerebral del dominicano, más que en ninguno otro tipo de origen similar, hubiera deficiencias que lo hicieran refractario a la palmaria comprensión de tales verdades!... ¡Como si se pudiera, según la gráfica expresión de Macaulay, “aprender a nadar sin tirarse al agua”! Esa frasecita “el pueblo no está *preparado* para eso”, ha sido el más formidable valladar opuesto al progresivo desenvolvimiento de estos pueblos americanos, huérfanos siempre de oportunas y fecundas iniciativas. Ella ha servido continuamente de pretexto a vulgares tiranuelos para impedir la expansión de salvadoras ideas colocando su carro de guerra como invencible obstáculo al avance del progreso. La vida, en su evolución incesante, aún siendo la misma en el fondo, presenta a cada paso nuevos aspectos a que hay que acomodarse, nuevos rumbos que hay que seguir; y nada de esto puede alcanzarse sin una permanente labor demostrada en esfuerzos persistentes y bien dirigidos. Los pueblos que así no lo hacen aferrados a un rutinarismos político y económico incompatible con el adelanto moderno, fatalmente, tarde o temprano, caen en manos de otros más pujantes y de mayor cultura. Arrastrar una existencia vegetativa, contemplativa, de cierto quietismo nirvánico, es en la actualidad imposible. Hay que moverse seria y reflexivamente o perecer. Mientras más lejano e inaccesible brille el ideal, mejor.

Con la historia en la mano puede demostrarse fácilmente que, en casi todas partes, las grandes reformas sociales han sido cumplidas por grupos o núcleos de hombres, relativamente muy reducidos, identificados en una aspiración, dotados ampliamente de ciertas condiciones de ilustración, energía y perseverancia, que, al principio o fin de su labor, consiguieron arrastrar a las masas *no preparadas* y muchas veces, en los primeros momentos, abiertamente hostiles a tales novedades y

transformaciones. La independencia de la América española es buena muestra de ello. Puede probarse hasta la saciedad que ninguna, absolutamente ninguna de las colonias españolas, estaba, ni con mucho, *preparada* (como entienden algunos tal preparación) para un cambio tan decisivo en su manera de ser política.. ¡Ah! Todavía estaría por darse comienzo a la magna epopeya emancipadora si Miranda, Bolívar, Roscio, Yanez, Tovar... en Venezuela; Nariño, Torres, Caldas, Zea en Nueva Granada; Montúfar, Larrea. Ante... en el Ecuador; Rojas, O'higgins, Martínez Rozas... en Chile, y así otros varones ilustres en las demás colonias españolas, se hubieran detenido a pensar que la inmensa mayoría de sus compatriotas no estaba, ni en sueños, preparada para tan gloriosa, necesaria y radical transformación! Y ahora mismo, saliendo de nuestra América, hiere los ojos el singular espectáculo del pueblo turco, ignorantísimo y fanático en su inmensa mayoría, despertando de su sueño secular para convertirse de rebaño de siervos del horrible sultán *rojo* en colectiva encaminada a la práctica, sin limitaciones vergonzosas, de necesarios deberes y de fecundos derechos. Admed-Riza, Djavid bey, Riza Tewfith y los demás patriotas representantes de la *Joven Turquía* en el destierro y en el viril y activo comité *Unión y Progreso*, de Salónica, no malgastaron su tiempo en reflexionar que el pueblo a que iban a dar instituciones libres no estaba educado para tales cosas... Se unificaron en tendencias y procedimientos, y lucharon hábil y valerosamente hasta ver realizado su ideal. Tal vez más tarde surjan, cosa muy natural, nuevas interrupciones; pero si no ellos mismos, otros continuarán la patriótica y redentora tarea. El progreso, visto de cierta manera, se desenvuelve en un proceso serial de impulsiones. Dada la primera, la más costosa, viene, más rápida o más tardía, indefectiblemente la segunda y así las demás hasta que el objetivo propuesto se convierte en una concreción social más o menos sólida y perdurable. En nuestro organismo nacional, se han dado ya, en la vía del mejoramiento colectivo, algunas necesarias impulsiones. Pero no estamos más que al principio del camino. A la distancia, en la brumosa lejanía, por entre nubes, empiezan a divisarse fragmentarios resplandores del grandioso ideal de regeneración colectiva que soñó el ilustre Espailat y que debemos realizar a todo trance, cueste lo que

costare... Dice Draper que "ningún espectáculo puede presentarse a un espíritu pensador, más solemne, más triste, que el de la antigua religión moribunda, después de haber prestado sus consuelos a muchas generaciones"... Espectáculo de no menor intensidad dolorosa debe ser para el hombre de corazón contemplar un pueblo de noble estirpe y de gloriosa historia, que olvidado de todo eso, indiferente o egoísta, sordo a las voces de los que desinteresadamente le señalan la cima en que refulge su ideal de salvación, con los ojos cerrados a la inflexible realidad mundial, persiste en continuar por la obscura senda en que lo espera una muerte prematura, sin justificación y sin grandeza.

MOTIVOS DE PROTEO
POR JOSÉ ENRIQUE RODÓ

Demostración palmaria de la aptitud mental existente en nuestras jóvenes colectividades hispano-americanas —no obstante su desenvolvimiento histórico, en general, incoherente y tumultuoso— para la especulación sutil y acertada sobre cosas del espíritu, es este libro sano, proficuo, hondo, bello, saturado de intensa vida íntima, de trascendente psicología; flor de amplia y alta cultura filosófica y estética, que parece como legítimo producto de un medio de secular, compleja y refinada civilización en que el cultivo persistente y metódico de ciertos estudios permite, de cuando en vez, la aparición de escritores de la pasmosa flexibilidad intelectual y de la honda penetración psíquica del ilustre pensador uruguayo. El pensamiento de Rodó, ondulante, *proteico*, de múltiples facetas, que arranca de la entraña de una convicción de penetrante raigambre, y del que fluye a cada paso la tolerancia privativa de quien —por cierta poderosa virtualidad anímica apacentada en el conocimiento del mundo exterior y de sí propio en primer lugar— ha conquistado un elevado punto de vista que muy por encima de cierto vulgarismo intelectual en moda, se desenvuelve gallardamente en estas páginas, con sereno ritmo, en progresión de sugestiva belleza, esparciendo efluvios de bien y de amor, que servirán quizás para vivificar muchas almas que yacen aletargadas por carencia de estímulos íntimos bajo un espeso sudario de indiferencia o egoísmo... “No se puede querer algo sin conocer algo”, ha dicho Malebranche. Y de ahí que Rodó en su dialéctica que

parece errar al capricho fijándose, como al azar, en subjetivismos de diversa índole, señale —como resultado preciso de un proceso de conocimiento interior— en múltiples casos, orientaciones luminosas que con ojo *vidente*, el ojo de que habla Carlyle, ha visto en sus exploraciones por ciertas honduras del espíritu desconocidas o menospreciadas de los componentes sociales. Sin gestos ni alharacas de moralista desabrido que quiere arreglar las cosas a su antojo para cristalizar un propósito más o menos noble y quimérico de depuración social, Rodó se contenta con descubrir, desde la cima de su torre íntima, constelaciones nuevas en el firmamento del espíritu, para ponerlas con toda su deslumbrante precisión de trazos ígneos, ante los ojos de muchos que, en el presente momento de desconcierto intelectual, no saben a qué carta quedarse, fluctuando entre direcciones espirituales disímiles que, respectivamente, se adjudican la posesión de un criterio de positiva certidumbre filosófica...

En cierto sentido, *Motivos de Proteo*, por su estructura íntima y por la tendencia noble y desinteresada que vincula, es como la continuación natural y lógica de *Ariel*. Este libro ya contenía a aquel en potencia. En ambos se advierte, sin ningún género de esfuerzo, la exteriorización cada vez más viva y luminosa de un espíritu de superioridad incontestable que tiende a poner al descubierto, aclarándolo convenientemente, mucho de lo oscuro que impide el armónico y prolífico desenvolvimiento de nuestra vida introspectiva, llegando en *Motivos de Proteo* sobre todo, a tocar en los linderos de la subconsciencia, fondo de espesa negrura en que bullen, en confusión caótica, gérmenes atávicos, morbosidades ancestrales, residuos diversos y nocivos de procedencia ignorada, que, sin sufrir la acción reguladora de una voluntad que los depure y discipline, suben de ese fondo negro, en ciertos instantes psicológicos, invadiendo con irresistible ímpetu la conciencia individual y reflejándose en muchos de nuestros actos cotidianos. Hay, pues, que escudriñar continuamente el conjunto de actividades que forman nuestro yo, introducir el pensamiento en sus más escondidos repliegues, *conocerse* con la mayor amplitud posible, para por ese camino poder uno reformarse constantemente, acomodarse, sin menoscabo de la propia personalidad, a las nuevas formas y exigencias que presenta la vida en su perpetuo dinamismo, siempre cambiante, siempre

inestable, piélagos insondables permanentemente encrespados por la acción impetuosa de ideas en constante renovación y en porfiado antagonismo. Conocerse bien, y, conociéndose, ordenar sabiamente nuestra vida para que su reflejo exterior pueda plasmarse en cosas prácticas de resaltante beneficio individual y colectivo: he ahí la médula de este precioso volumen, pleno de seductores paisajes espirituales, rebosante de selecta y bien depurada erudición sin garrulidades pedantescas, en el que, con frecuencia se traen a colación, con discreta oportunidad, esos antiguos y modernos comprobatorios de las ideas u observaciones contenidas en sus páginas de singular y duradero hechizo. El pensamiento capital de Rodó encerrado en este libro inconcluso (otro, *Nuevos motivos de Proteo*, vendrá pronto a completarlo) puede resumirse en estas palabras suyas: "Renovarse, transformarse, rehacerse, he ahí toda la filosofía de la acción y de la vida". el mito sugestivo de Proteo, divinidad que revestía a cada instante nuevas y curiosas formas para librarse de la importuna curiosidad de los que iban a visitarlo con el objetivo de poner a prueba su poder adivinatorio, guarda estrecha relación con esta obra en que nuestro mundo espiritual ofrece, a cada momento, fases distintas, aspectos aparentemente divergentes, que responden de admirable modo al proceso de continua evolución en que se caracteriza y se resume la vida.

Soberbiamente magistral es la parte de *Motivos de Proteo* consagrada al estudio detenido de cuanto integra la vocación, en que analiza con agradable e instructiva minuciosidad los factores de orden interno que en gran manera la determinan, y las condiciones exteriores de medio y de ambiente que la confirman, anulan, extravían o desnaturalizan con relativa frecuencia. No he leído nada superior a este amplio y concienzudo análisis de la vocación. Al considerarla como "la conciencia de una aptitud determinada", entra Rodó en una serie de apreciaciones de rico jugo mental sobre sus diversos e interesantes modos de manifestarse y actuar, todo ello robustecido sólidamente con anécdotas y referencias históricas muy amenas y expresivas, desde la aptitud varía que abarca diviosos aspectos de la actividad intelectual, cosa cada vez más rara en nuestro mundo moderno tan complicado, de tan creciente complejidad, hasta la aptitud concreta, muy restringida, única propia de nuestra época, que cul-

mina en especialidades más o menos característicamente acentuadas. Esas vocaciones, en el transcurso del tiempo, surgen conforme las va necesitando el engranaje social, sin que nunca dejen de florecer en instante y sazón oportunos. Hay siempre una gran fuerza de reserva, la infancia, en que germinarán copiosamente en el momento necesario. ¡Qué hermosamente expresa Rodó estas cosas!... “A nuestro lado, dice, y al propio tiempo *lejos* de nosotros, juegan y ríen los niños, sólo a medias sumergidos en la realidad; almas leves, suspendidas por una hebra de luz a un mundo de ilusión y de sueño. Y en esas frentes serenas, en esos immaculados corazones, en esos débiles brazos duerme y espera el porvenir; el desconocido porvenir que ha de trocarse, año tras año, en realidad, ensombreciendo esas frentes, afanando esos brazos, exprimiendo esos corazones. La vida necesitará hacer el sacrificio de tanta dicha, de candor tanto para propiciarse los hados del porvenir. Y el porvenir significará la transformación, en utilidad y fuerza, de la belleza de aquellos seres frágiles, cuya sola y noble utilidad actual consiste en mantener vivas en nosotros las más benéficas fuentes del sentimiento; obligándonos, por la contemplación de su debilidad, a una continua efusión de benevolencia”... Sobre el *dilettantismo* —tan magistral y definitivamente definido por P. Bourget— dice cosas muy discretas y oportunas. El perspicaz crítico uruguayo, desmenuzando el concepto del *dilettantismo* —aún considerándolo, en algún modo, como útil por “su impulso de renovación”, y como “la forma natural de los espíritus contemporáneos”— establece la inanidad definitiva de tal modo de adaptación provisional, de carácter movedizo, a la realidad de las cosas, por carecer por lo general, de la energía volitiva indispensable para determinar impulsiones hacia objetos prácticos y fecundos. Forma de voluptuosidad puramente intelectual circunscrita a una finalidad cambiante rara vez provista de alcance trascendente, el *dilettantismo*, mariposeo de almas selectas, se reduce a algo como una excursión muchas veces pintoresca y amena por determinadas regiones espirituales, de la cual quedan sólo, a la postre, superficiales ideas o emociones pasajeras y discrepantes.

Sin que huelga a paradoja, bien puede afirmarse que de la labor de Rodó, apreciada en su totalidad, se exhala un penetrante perfume de misticismo *laico*, estado natural de un alma de

exquisita sensibilidad enfervorizada en la contemplación de cosas de subido valor espiritual, que sin pretender, ya lo creo —a la manera de la insigne doctora avileña— *poseer a Dios por unión de amor*, aspira por esa misma *unión de amor* a vivir en íntima y perpetua comunión con la Verdad y la Belleza, diosas ante cuya soberana refulgencia olvidan muchos espíritus de selección sus dolorosas dudas y sus frecuentes y acerbos desencantos. En la palabra serena y suavemente coloreada de Rodó, en su *alma escrita*, hay cierta unción evangelizadora, cierto no se qué de apostólico, rayito de sol *místico*, que, insensiblemente, se filtra, iluminándolas, en las tinieblas de nuestra conciencia. Su optimismo, ecuánime y reposado, tiene, en ocasiones, cierto parecido con la plácida resignación filosófica de Renan, forma en éste último bien precisada de una inteligencia de superior estructura, noblemente curiosa y ávida de ciertos goces intelectuales, que, con potente vuelo, se ha posado sucesivamente en las más altas cumbres del pensamiento, y desde ellas, atalayando un ideal de verdad definitiva, sólo ha columbrado, detrás de mirajes engañosos, los pavorosos abismos en que se oculta, inaccesible e indescifrable, la esencia misteriosa de las cosas. Pero el *renanismo* de Rodó, aparte de ciertas analogías escuetamente formales con aquel maestro del escepticismo amable e irónico, reviste, en cuanto permanente dilatación de un alma a trascendentes excelsitudes exteriores, aspectos de más elevada y proficua consistencia por su perenne inclinación a cristalizarse en actos de probada eficacia social, descendiendo repetidamente desde las cumbres de la abstracción muelle y enervante al ambiente ensombrecido y escéptico en que se mueve desordenadamente la mentalidad contemporánea. Si hay uno que otro motivo para deslizarse a pensar, con Brumetiere, que Renan no amó o amó poco la verdad (no estoy de acuerdo, en mucha parte, con esa opinión del eminente crítico francés) principalmente por ese fino escepticismo que le hizo rehuir toda base de certidumbre filosófica o cosa parecida, no es posible decir igual cosa de Rodó, quien ama entrañablemente la verdad, si no cierta verdad o serie de verdades de convención o tradicionales, *su* verdad, la que cada cual se fabrica en determinados casos, y que el en autor de *Ariel* adquiere la forma y proporciones de una convicción de indubitable certeza.

La personalidad filosófica de Rodó, en sus aspectos más salientes, se nutre, yo así lo pienso, en cierto espiritualismo cristiano, no entendido en un estrecho sentido de sectarismo religioso, sino como germen prolífico de un ideal insuperable de progresiva perfección moral capaz de realizar salvadoras transformaciones en la conciencia individual y en el organismo colectivo. Ama la verdad, *su* verdad, porque la verdad es lo más digno de amor que hay sobre la tierra. No cree, como lo da a entender Ibsen en algunos de sus dramas, que la consagración a la verdad nunca o rarísima vez produce la dicha. ¿Qué importa? ¿Qué importa tampoco la esterilidad para muchos, desconsoladora, de los resultados? La verdad, *nuestra* verdad, nos señala un rumbo, y hay que seguirlo sin inquietudes ni temores. Las almas vulgares seguirán presas de innobles concupiscencias, de torpes apetitos. En oposición a Ariel, el grosero Calibán gritará siempre:

I must eat my dinner.

La obsesión del más allá no esparce sombras de pesadumbre en el alma de Rodó, o, si lo inquieta, esta zozobra no palpita en su obra ni quita a sus visiones la serenidad helénica de líneas y el bello colorido que las reviste de tan mágico y singular atractivo. Su concepción de la vida tiene más de *apolínea* que de *dyonisiaca* en el sentido en que modernamente comprendemos estos dos fundamentales aspectos del alma griega. Ve siempre la vida como encerrada en un marco de resplandeciente y pura belleza. *Motivos de Proteo*, es, en esencia, un canto armonioso a cierto optimismo vital, de fundamento muy íntimo y muy humano, que estriba, principalmente, en una manera muy personal de apreciar la vida interior y la fragilidad irremediable de las cosas. Su filosofía, radicada en cierto positivismo dinámico algo ecléctico, sin mutilar o desconocer partes importantes de la realidad, abarca, en síntesis amplia y luminosa, al conjunto de lo existente, todo el proceso del ser en constante evolución, lo que, en general, le quita todo matiz de exclusivismo dogmático. No le sucederá a Rodó ciertamente, como a tantos otros, que, después de sucesivos tanteos y radicales negaciones, reclinaron la cabeza atormentada, constreñidos por el ansia angus-

tiosa del reposo definitivo, en la dura almohada de una concepción filosófica de urdimbre rigurosamente dogmática! José Enrique Rodó se ha detenido en el umbral del misterio sin pretender dar un paso más, convencido de la radical impotencia de nuestros esfuerzos para encontrar fondo, con la sonda del pensamiento, en la mar sin orillas de lo desconocido, donde, sin dejar escapar el más leve hilo de luz, vagan las densas sombras que envuelven el inescrutable enigma del destino humano! El ha pensado que aquí abajo, sobre este planeta sombrío, lo más noble y fecundo de la vida reside en el fondo del alma, y, buzo atrevido, ha descendido a esos inmensos espacios, para, desechando ciertos antros oscuros, descubrir portentosos veneros de riqueza psíquica que posee la gran mayoría, pero que, por falta de apropiado cultivo, no puede utilizar en la forma necesaria... En actual crisis de transformación las ideas religiosas que fueron pasto de mística consolación para generaciones innumerables, no es dado ya a ningún espíritu viril tornar la vista al pasado en demanda de orientaciones salvadoras. Somos nosotros mismos los que debemos salvarnos. Si se modifican o transforman concepciones religiosas que durante largos períodos históricos condensaron nuestra eterna aspiración a lo infinito, quedan todavía, para muchas almas, en pie, resplandecientes, erguidas sobre sus graníticos pedestales, con la soberana majestad de las cosas perdurables, esas sublimes concreciones del espíritu que se llaman Verdad, Belleza, Justicia.

El autor de *Motivos de Proteo* es un estilista admirable, tal vez o sin tal vez el primero de Hispano América. En su prosa finamente cincelada, dúctil, de delicados esmaltes, se unen en estrecho y amoroso abrazo el pensador genial y el artista exquisito. Su visión de las cosas aparece siempre diáfana, precisa, profusamente matizada, sin pinceladas chillonas ni tonos difusos. Es un artista helénico, *apolíneo*, por la nobleza de sus actitudes, por su euritmia arquitectural, por su serenidad de líneas, por la precisión con que destaca en un ambiente tranquilamente luminoso aspectos más o menos salientes de la realidad íntima u objetiva. Pero su visión, a diferencia del arte griego vinculado en la forma, es decir, en el límite, se explaya, arrojando vivos reflejos, en las sinuosidades y recodos de nuestra existencia psíquica, exenta de medida ni ritmo precisos, no para hacer obra de

adoctrinador inflexible, gruñón y huraño, sino —a manera de artista que busca la verdad siempre envuelta en un resplandor de belleza— para advertir a los infinitos que parecen ignorarlo, que el ideal de mejoramiento, de perfección a que debemos aspirar no está fuera ni lejos sino muy cerca, dentro de nosotros mismos. Y toda esta contemplación interior, *mística* por cierto aspecto muy humano, de finalidad trascendente, aunque desinteresada en el más alto sentido, sin alardes pedantescos, adquiere una suavidad encantadora de colorido al troquelarse en su prosa fluida, tersa, serena, sin languideces enervantes y sin encrespamientos de oleaje rugiente... En no sé qué región deliciosamente idílica, de perenne embeleso primaveral, entre musgos de eterno verdor y flores de inextinguible aroma, brota de las entrañas de la tierra manantial cristalino de que se forma pintoresco río de sosegada corriente, de apacibles remansos, sin saltos ni remolinos... En su linfa transparente y rumorosa reflejará los jirones de nubes multiformes, esquifes de ensueño, que navegan en el azul del firmamento; retratará el ramaje que sobre él extienden los árboles frondosos de sus orillas, y en que a toda hora, desgranán sus trinosavecillas policromas, melifluos cantores de la selva; hará resonar, noche y día, con modulaciones nuevas, la canción arrulladora de su perenne y compasado murmullo; y así seguirá, fertilizando la vasta y amena campiña, sin experimentar jamás, bajo la égida protectora de un cielo de serenidad inalterable, el latigazo de huracanes que enturbien su corriente cristalina encrespándola y trocándola en torrente impetuoso... Así el estilo de Rodó, sereno, arrullante, de mágico hechizo, sin reverberaciones de incendios pasionales; expresión fidelísima de un espíritu armoniosamente equilibrado, de perfecta ecuanimidad, desligado por entero de preocupaciones, intereses o prejuicios que obscurecen o falsean el verdadero concepto de las cosas que nuestra observación reflexiva descubre y precisa a cada aso.

Del conocimiento metódico y detenido de sí propio, principio fundamental de esta obra —una de las pocas de positivo mérito de que pueden ufanarse las letras hispano-americanas— se deriva la ingente necesidad de, conviene repetirlo, reformándose continuamente, *vivir* con serenidad y nobleza, perfeccionarse en un sentido cada vez más amplio y comprensivo de la vida, tal

como ella es realmente, tal como debe ser, no como, en infinitos casos, la han formado, moldeándola a su antojo, esterilizándola en gran parte, modos de ver y convencionalismos seculares o utopismos sociales vacuos y de nociva o peligrosa trascendencia. En *Motivos de Proteo* todo tiende, con suave ritmo, a proclamar, exultándolo, un optimismo de limpio abolengo que no procede, como casi todos, de cierta manera muy epicúrea de comprender la vida, sino, en primer término, de la íntima satisfacción de conciencia que se produce en quienes, sin móviles ni propósitos interesados, cultivando intensamente su jardín interior, convierten en proyecciones externas de fecunda alteza moral, cuanto encierra su espíritu de beneficioso y de bello. En *La pampa de granito*, parábola de sorprendente energía de visión, de vigorosa plasticidad, loa Rodó la eficacia concertante y directriz de la Voluntad, y, preconizando su poder inmenso, exclama con avasalladora grandilocuencia: "Una débil y transitoria criatura, lleva dentro de sí la potencia *original*, la potencia emancipadora y realenga, que no está presente ni en los encrespamientos de la mar, ni en la gravitación de la montaña, ni en el girar de los orbes; un puñado de polvo puede mirar a lo alto, y dirigiéndose al misterioso principio de las cosas, decirle: Si existes como fuerza libre y consciente de tus obras, eres, como yo, una Voluntad; soy de tu raza, soy tu semejante; y si sólo existes como fuerza ciega y fatal, si el universo es una patrulla de esclavos que rondan en el espacio infinito teniendo por amo una sombra que se ignora a sí misma, entonces yo valgo mucho más que tú; y el nombre que te puse, devuélvemelo, porque no hay en la tierra ni en el cielo nada más grande que yo".

CONCEPTO RELIGIOSO CONTEMPORÁNEO

A Pedro Henríquez Ureña

I

Afirma A. Fouillée* que el sentido del movimiento actual en filosofía como en otros aspectos de la actividad mental es casi por completo idealista. Choca a primera vista semejante aseveración si se atiende al auge de cierta filosofía positivista contemporánea, de carácter independiente, que tiene poco o casi nada del comtismo, la que, por la eficacia de sus métodos científicos de investigación y por la indiscutible importancia de algunos de sus postulados, representa para quien —en todos sus variados aspectos— la estudia exento de prejuicios y de modos de ver escolásticos o tradicionales, la concepción en parte más amplia y satisfactoria de la realidad íntima u objetiva que constituye la infinita y compleja urdimbre de la vida. Considerada, como hay que hacerlo, esa actual faz *positivista* en toda su resaltante variedad de formas y derivaciones, resulta, descontadas trascendentales deficiencias (en el evolucionismo spenceriano, entre otras cosas, lo incognoscible) una de las más acabadas y luminosas construcciones filosóficas producidas por la inteligencia humana. El monismo de Haeckel, no obstante su radicalismo para mí *anticientífico* (la ciencia sólo abarca o puede abarcar los nexos o relaciones de las cosas) representa para

* *Le mouvement idealiste.*

algunos la última palabra en estas materias, por pensar que al comprender la infinita variedad de las cosas en una suprema unidad de sustancia que llena todo el espacio; materia-fuerza, eterna, en perpetuo movimiento, que toma formas visibles que se renuevan sin cesar, sujeta a periódicas fases de ascenso y descenso, de avances y regresiones, da la idea, mejor que otra alguna concepción de ese género, del peculiar e inalterable ritmo con que se desenvuelve la vida universal en sus incalculables modos y aspectos de manifestarse objetiva o subjetivamente. Pero ese concepto del mundo y de la vida, restringido a la más radical unidad de substancia, parece como la antítesis del principio ya sólidamente establecido de la cada vez más rica complejidad de elementos de las cosas sometidas a minuciosos procedimientos analíticos de que, en parte, procede cierto relativismo característico de la ciencia moderna, frecuentemente falseado, que en algunos investigadores notables, W. Crokees entre otros, llega en sus apreciaciones de íntimos aspectos de la vida a exageraciones deplorables y contraproducentes. Para algunos espíritus superficiales o influidos por intereses sectaristas, esa indudable complejidad de las cosas vincula como el retroceso o anulación de una concepción científica del mundo, y, exagerando el fecundo principio de relatividad, se sirven de él como valioso medio para, por inclinación psíquica irrefrenable, crear corrientes más o menos potentes de cierto idealismo muy vago, desprovisto de base sólida y precisa. Aún asumiendo ese idealismo aspectos de radical diferenciación en toda la prolífica variedad de sus líneas características, encierra generalmente como en un dualismo a veces muy distinto, no lo ideal y lo real compenetrados armoniosamente como aparecen en la vida, concepto bien diverso de la identidad absoluta que tienen en el panlogismo hegeliano, sino como aspectos totalmente diferentes de las cosas, al poner *frente* a la realidad del mundo sensible otra realidad invisible, indescifrable, de puro valor noumenal, a la cual atribuye todo lo existente considerándolo como la proyección exterior de una fuerza oculta que sólo se revela imprecisa e indeterminadamente al alma humana en ciertos *instantes* psicológicos.

El entendimiento humano aún en sus más altos estratos mentales se resiste a concebir el mundo como la concreción de un

proceso ondulante y multiforme de evolución incesante que para nada necesita de la intervención continua o intermitente de supuestas entidades sobrenaturales. De ahí el sentimiento religioso forma en que se alcanza la más alta compenetración de lo finito con lo infinito, y que —desde un punto de vista *positivista*— tiene sus génesis en épocas prehistóricas de muy oscuras y confusas lejanías, en que el terror ciego, irreflexivo, totalmente inconsciente, de nuestros remotísimos antepasados ante la vasta selva flagelada por el rayo o la tierra cuarteada por el terremoto, vio en tales fenómenos de la naturaleza expresiones diversas de la desatada cólera de seres o de cosas superiores, grabándose hondamente en su memoria tales terroríficas impresiones que, repitiéndose con frecuencia, llegaron a formar una solidísima estratificación mental que, aún removida y modificada posteriormente por modos de ver y comprender de mayor amplitud psicológica, ha conservado mucho de su prístino vigor exteriorizándose por virtud de leyes de herencia periódicas y curiosas refluorescencias místicas. Bajo la influencia de renovados cambios psicológicos y de circunstancias históricas, el sentimiento religioso, es claro, ha sufrido notables modificaciones en su proceso evolutivo; pero es imposible negar que conserva todavía bastante de la potente energía vital de su espeso fondo primitivo que sucesivas conquistas del espíritu no han podido, ni con mucho, anular o transformar decisivamente. Si este criterio de apreciación del sentimiento religioso, es la verdad o se aproxima a cierta verdad relativa (la verdad, en sentido absoluto, es vano concepto ontológico) no es dable afirmarlo o tal vez no lo sea nunca, aunque aparentemente reviste más condiciones *científicas* que otros criterios de certidumbre en que late con potente ritmo la radical distinción de espíritu y materia... El criticismo kantiano, sin pretenderlo ciertamente, al negar la realidad objetiva del conocimiento, al afirmar la radical imposibilidad mental de concebir la *cosa en sí* (por su superioridad de construcción ideológica en mayor grado que el mismo *nihilismo* de Hume) dejó abierto ancho campo a corrientes de escepticismo que, rechazando total o parcialmente aproximados criterios de certidumbre filosófica, han producido de rechazo, por natural reacción ideológica, un acentuado predominio de ideas antagónicas, culminando entre ellas muchas de

pronunciado carácter místico que, removiendo hondamente la imaginación individual y colectiva, han traído de nuevo a la superficie, con inesperado empuje, formas de actividad mística que parecían atrofiadas o en vías de desaparición. Para el observador consciente ese poderoso resurgimiento de ideas místicas no se concreta ya a un terreno aislado de fe o de sectarismo, sino que extiende sus ramificaciones a campos muy diversos, invadiendo la esfera de las especulaciones filosóficas de cuyo propicia para tales dilataciones del espíritu, la atmósfera en que se desenvuelven las mismas ciencias experimentales y los mundos individuales de la creación artística, en la que se desfigura a menudo el contorno real de las cosas, sus condiciones exteriores, para entrar por espacios abismales con el alucinante propósito de estereotipar las misteriosas articulaciones de lo real con lo íntimo, inefable y subconsciente...

En el mundo social, por obra de cierto dinamismo que actúa permitiendo vislumbrar uno que otro resorte de su potencialidad eficiente, se presentan, en ciertas épocas, fases de visible adelanto seguidas de otras de aparente retroceso; momentos en que florece, bien delineado, un optimismo que todo lo ve color de rosa convirtiendo la tierra en un lugar perenne de delicias, o un pesimismo muy caracterizado que viste la realidad de negros colores como si la vida apareciese sumergida en las tinieblas de una noche interminable. Bajo el imperio de tan fúnebre obsesión, las almas débiles o atenaceadas por el dolor buscan por irrefrenable tendencia íntima seguro y bienhechor asilo en los ideales místicos en que se une lo real con lo invisible... Mi criterio *positivista*, muy ecléctico, con base sólida en la relativa certeza científica que puede darnos el mundo fenomenal en que nos movemos y de que somos parte, criterio en que se funden ideas del *experencialismo* de Stuart-Mill, de la filosofía de la contingencia de Boutroux y del pragmatismo de William James, no rechaza en manera alguna ni puede rechazar cierto alto y fecundo idealismo, *necesario*, de suprema alteza espiritual, que tiene ante sí anchos y luminosos horizontes, y que en nada se parece a ese otro nocivo idealismo poblado de puerilidades añejas, de divagaciones y abstracciones quiméricas y desmesuradas... Es de evidente certeza que para muchas almas, la inmensa mayoría de la humanidad indudablemente, resultará

siempre vacío de sentido, mero logógrifo, cuanto tienda a desterrar de ellas creencias consoladoras casi siempre objetivadas en símbolos venerables de inmenso prestigio tradicional, para sustituirlas con principios científicos de reciente abolengo refractarios en un todo a sus ansias de algo divino que les sirve de permanente y luminoso derrotero. Aún los que hemos logrado desligarnos de todo prejuicio sectarista o tradicional, sentimos a veces —hay que confesarlo serena y lealmente— el *frisson* que deja en todo espíritu de cierta cultura el pensamiento de lo desconocido, del perpetuo enigma del origen de la vida, en cuyo umbral se destaca como en el frontispicio de un templo misterioso donde nadie ha penetrado la palabra supremamente desconsoladora de Du Bois-Reymond: *Ignorabimus*. La innegable persistencia del fenómeno religioso con sus alternativas de disminución y crecimiento, aún *suponiéndolo* como mero *abstractum* de lejanas reminiscencias atávicas que bullen en los limbos de la subconsciencia, preocupa en la actualidad a muchas inteligencias superiores que en su noble anhelo de verdad estudian con ahínco el pavoroso problema, no solamente en su aspecto exclusivamente místico sino en su intrínseca eficacia como manantial copioso de direcciones éticas y de finalidades altruistas.

II

En su reciente monumental obra, *Fases del sentimiento religioso** el ilustre filósofo W. James, con criterio eminentemente personal, sin resabios de exclusivismos científicos, estudia con gran amplitud todas las curiosas modalidades del fenómeno religioso, que para él no es la supervivencia intermitente de estados mentales primitivos más o menos modificados, sino como algo espontáneo, natural, privativo, peculiar del ser humano, que casi siempre tiene su raíz en las escasamente exploradas regiones de lo subconsciente. El experimento religio-

* Tres tomos (Conferencias sobre la Religión Natural dadas en la Universidad de Edimburgo).

so, en toda su vasta complejidad, comprende para él un extenso campo de formas y matices individuales que analiza minuciosamente apoyándose en parte en principios psicológicos de novedad indiscutible. Con sorprendente sagacidad y discreción aplica el método empírico al estudio de los innumerables aspectos del fenómeno religioso, pormenorizando con ejemplos adrede escogidos entre los casos más exagerados de dicho fenómeno todas las formas de exaltación de la sensibilidad moral que lo caracterizan cumplidamente. Aún modalidades de sentimiento fugaces, casi imperceptibles, no se escapan a la fuerza de penetración de su mirada investigadora, considerándolas, desde puntos de vista biológicos y psicológicos como "simples hechos de la historia individual". En su extenso análisis del ideal religioso, el eminente Profesor de Harvard hace una distinción radicalísima, positivamente justificada, entre la religión *ritual y constituida*, de valor accidental, y la religión íntima, personal, individual, objeto casi exclusivo de esta gran obra, y que para él constituye, en la inmensa mayoría de los casos, la fuente más copiosa de verdadera observación, ya que, como afirma, (Tomo I, pág. 86) "existen en la esfera religiosa del experimento muchas personas que poseen los objetos de su fe no en las formas de puras concepciones, que el intelecto admite como verdaderas, sino bajo las realidades casi siempre percibidas directamente".

Para una exacta y fructuosa apreciación del fenómeno religioso en algunas de sus condiciones y aspectos, se sirve W. James del *pragmatismo*, la nueva y fecunda orientación filosófica de C. S. Pierce, que marca, sin duda, una luminosa etapa en el camino del desenvolvimiento intelectual humano. En el *pragmatismo*, la creencia, finalidad de la especulación filosófica, representa algo así como una impulsión eficaz para actos fecundos y trascendentes de la vida, que pide a cada momento hechos de bienhechor influjo en la marcha progresiva del organismo colectivo. Este nuevo criterio de apreciación filosófica no se compadece con cierto intelectualismo que tira a encerrar la vida en un marco de unidad y de formalismos exclusivos. La idea pura, el concepto abstracto, no sirven para nada en el mecanismo social, en la vida, cuando no contienen cierta fuerza de sugestión práctica. Creencias que no tienen virtualidad para la ac-

ción, para producir efectos de palpable trascendencia, carecen, pragmáticamente, de positivo contenido. Para juzgarlas cumple considerar los pensamientos que las determinan, y, sobre todo, las direcciones prácticas que pueden señalar en muchos casos. La conductora determinada o sugerida por esas creencias, constituye la base más apropiada para juzgar con acierto su verdadero significado. Con ese criterio de finalidad proficua y con insuperable fuerza de penetración psicológica estudia este insigne pensador todas las complejidades del misticismo, los múltiples aspectos de la conversión, la santidad y el estado de gracia, poniendo de bulto con serena imparcialidad sus frutos diversos, sin caer en conclusiones de un dogmatismo cerrado, ya que para él (Tomo I, págs. 31 y 57) la *luz inmediata*, la *razón filosófica* y la *autoridad moral* son los únicos criterios legítimos, pues en estas materias no hay *un solo* concepto que pueda ser perfectamente definido.

Sin concederle, como algunos, una importancia exagerada, mucho mayor de lo que en sí tiene. W. James observa con algún detenimiento lo que llaman *mind cure*, la curación mental, nueva dirección mística muy generalizada en los Estados Unidos en estos últimos años, reconociendo diversos orígenes a tan curiosa modalidad espiritual que a primera vista parece discordar con la psicología del pueblo norte-americano práctico y utilitarista, pero que, vista con cuidado, resulta en perfecta consonancia con el estado de alma, viril y optimista, que caracteriza el fondo étnico de aquella pujante colectividad social. En los Evangelios, en el trascendentalismo de Emerson, en el idealismo de Berkeley, en ciertos aspectos del espiritismo y otras formas de la actividad mental, ve W. James la génesis de la *curación mental*, en la que aparte de ciertas incongruencias, resalta un misticismo sano y prolífico que la provee de cierta indudable trascendencia benéfica en los actos de nuestra existencia cotidiana. Gran número de experimentos coronados por el éxito han aumentado considerablemente la cifra de fieles de la nueva doctrina, que "han adquirido (Tomo I, pág. 124) una creencia intuitiva en el poder saludable y omnipotente de las aptitudes, del equilibrio mental, en la potencia dominadora del valor, de la esperanza, de la confianza, sintiendo a la vez profundo desprecio hacia la duda, el miedo y los demás estados de precaución men-

tal". Tales ideas entrañan como la actuación provechosa de una grande y poderosa fuerza espiritual que reacciona vigorosamente contra estados mentales determinados por una pronunciada anemia de energía personal sana y consciente, y en tal sentido, vinculan uno de los aspectos más interesantes de actualidad en el terreno de la experimentación religiosa. Su significado filosófico, de cierto matiz panteísta, arranca en parte de la dilatación de la conciencia individual hacia realidades invisibles para comunicarse con ellas sin necesidad de intervenciones personales extrañas de ningún género. "El gran fenómeno central de la vida humana* estriba en adquirir la conciencia de la identidad de nuestra vida con la Vida Infinita y expansionarnos completamente a su divino soplo. A medida que esto sucede, nos transformamos en un medio por el cual pueden manifestarse y obrar la Inteligencia y la Potencia infinitas. Y según el grado de identidad realizada, cambiamos el disgusto en gusto, la desarmonía en armonía, el sufrimiento y el dolor en salud y fuerza."

Extensamente trata W. James cuanto se refiere a las fases interiores que conforme procesos mentales de cierto orden determinan el hecho de la *conversión*, fenómeno que ocurre muchas veces mediante un proceso de gradaciones internas casi siempre poco perceptibles, y en otras de modo rápido e inesperado bajo la irrefrenable impulsión de acentuadas hiperestesias emocionales. Es de mucho valor psicológico el concepto del Profesor de Harvard sobre lo que considera *ideas periféricas* e *ideas centrales*, y sobre lo que llama "el cambio de los centros de energía personal de los hombres dentro de sí mismos, y el surgir de nuevas crisis emocionales". Sin pretender aclarar definitivamente, ni mucho menos, el concepto, hace constar que, actualmente, la psicología tiende con decisión a admitir con preferencia al "elemento de la vida mental llamado *idea*, que se suponía una cosa claramente definida, el elemento realmente existente en el estado mental en su totalidad, la onda entera de la conciencia, el campo completo de los objetos que en un tiempo determinado están presentes en el pensamiento; aunque comprende, no obstante, que es imposible definir con exactitud esta on-

* *Armonía con el Infinito*, por R. W. Trine. Citado por W. James.

da y este campo". (Tomo 2, pág. 56). Para W. James el descubrimiento psicológico moderno de más mérito consiste en el principio de que, en muchas personas, no sólo existe la conciencia del *campo ordinario*, sino algo muy indeterminado aunque aparece como la prolongación de ese campo, la conciencia *exterior* o *extramarginal*, el *yo subliminal* de Myers, cosa que empieza a explicar muchas sorprendentes manifestaciones de carácter hipnótico y algunos estados pertenecientes al sentimiento religioso. "La consecuencia más importante, dice, de poseer una vida ultra-marginal de este género, es que los campos *ordinarios* de la conciencia del individuo están sujetos a incursiones de dicha vida, de la cual el individuo ignora la procedencia y que por lo tanto asumen para él la forma de impulsos, de ideas oscuras, de inhibiciones y hasta de alucinaciones visivas y auditivas del todo inexplicables, fenómenos que indudablemente tienen su origen en la existencia subconsciente del sujeto. (Tomo 2, pág. 58). Las conversiones ya dichas por una parte y cierto irresistible impulso emocional de raigambre muy íntima por otra, han determinado, con frecuencia, estado de santidad, cuyos diversos aspectos de *ascetismo*, *pureza*, *fuerza de amor*, *caridad*, han sido, en la mayoría de los casos, puestos a un lado exageraciones y extravagancias, de eficacia positivamente moral en los organismos sociales. "Los santos genuinos, afirma, encuentran en la noble excitación con que los adorna su fe una autoridad y un poder de imaginación que los hace irresistibles en determinadas situaciones en que hombres de naturaleza inferior no pueden proceder sin emplear la prudencia mundana. Esta prueba práctica de que la sabiduría del mundo puede ser fácilmente rebasada es el mágico don que el santo hace a la humanidad". En nuestros tiempos, es claro, aún bajo la permanente influencia de esos mismos estados místicos, un tipo similar de santo que surgiese tendría que llevar distinta vida.

Sobre el misticismo considerado en sus más recónditos aspectos fundamentales, hay en este libro impresiones y juicios de alto valor psicológico, comprobados brillantemente con los numerosos ejemplos que ofrece la literatura religiosa de todos los tiempos. El misticismo descansa en ciertos estados de fervor espiritual muy pronunciados, aunque no es posible negar que en muchos de ellos se advierte la fermentación de un ele-

mento patológico de primordial importancia. Este sentimiento procede de la región *subliminal*, tan poco conocida en realidad y cuya existencia empieza a admitir ahora la ciencia... En el último capítulo de esta magistral obra, resumiendo su pensamiento, declara el eminente psicólogo, que "cree que los límites ulteriores de nuestro ser se hunden en una dimensión de la existencia completamente diversa del mundo sensible y sencillamente *inteligible*. Esta región invisible no es sencillamente *ideal*, porque produce efectos en este mundo. Cuando entramos en comunión con ella algo se ha realizado efectivamente en nuestra personalidad finita, porque nos convertimos en hombres nuevos, y estos nuevos cambios regeneradores producen en el mundo real consecuencias en el cambio de conducta. Que el Dios a cuyo margen más remoto conseguimos llegar partiendo del lado acá de nuestro Yo extramarginal, sea el director absoluto del mundo, no es, naturalmente, más que una atrevida supercreencia nuestra. Lo único que el sentimiento religioso puede revelarnos, es que podemos comunicar con *algo* más grande que nosotros y que en dicha unión encontramos la mayor paz. *Puedo* colocarme en el punto de vista del sectario científico y figurar de un modo intenso que el mundo de las sensaciones, leyes y objetos científicos lo es todo. Pero si lo intento siento una voz que me dice: *son tonterías*. El engaño es engaño aunque lleve un nombre científico, y la expresión total de la experiencia humana, tal como la descubro objetivamente, me empuja de un modo irresistible más allá de los reducidos confines de la *ciencia*".

He querido, en los anteriores párrafos, sin haberlo logrado seguramente, dar clara idea de los puntos principales que contiene este libro admirable, uno de los más originales y completos de estos últimos tiempos, en que, sin exclusivismos de ningún género, se estudia el fenómeno religioso como materia de experimento psicológico, y en que se arriba a conclusiones que si ciertamente no señalan una orientación definitiva, revelan por lo menos la conquista progresiva de nuevos e interesantes puntos de vista para escudriñar las recónditas regiones de nuestro espíritu en que se incubaba la creencia religiosa. De estas páginas nutridas de sana y profunda psicología, surge, en una atmósfera de serena y sugestiva idealidad, atractiva y sim-

pática, la austera figura del insigne pensador norte-americano esclareciendo hermosamente, sin arrebatos ni desplantes de sectario, los arduos problemas de orden religioso que tan intensamente agitan una parte del alma moderna. Sin ninguna servil sujeción a determinados sistemas, su filosofía parte de las entrañas de un relativismo que observa la vida en todos sus matices de elaboración mental analizando perspicaz y metódicamente sus procesos de diferenciación, y tiende siempre a transformar ciertos problemas ontológicos, cierta lógica inficionada de estéril abstracción metafísica, en principios prácticos de indiscutible trascendencia para el mejoramiento colectivo. Él quiere convertir determinadas modalidades del intelecto en *fórmulas de acción* para la vida, en cristalizaciones de relevante eficacia social. En su dialéctica, vigorosa y profunda, el ideal, la doctrina, el pensamiento, tienden siempre a plasmarse, pragmáticamente, en direcciones éticas, en reglas de conducta que respondan en un todo a la virtualidad de su contenido ideológico. Así considerada, esta nueva orientación señala en la filosofía moderna cerrado el ciclo de infecundas especulaciones metafísicas, un punto sólido y luminoso de partida para juzgar con apropiada exactitud la importancia y significación de las nuevas formas de carácter filosófico que elabora el espíritu en su evolucionar incesante. Las palabras del dulce taumaturgo galileo vuelven a resonar en nuestros oídos: "por los frutos se conoce el árbol"... En la alta personalidad filosófica de W. James se adunan admirablemente cierto noble y sugestivo idealismo de un fondo de suave y atractiva religiosidad, y la tendencia práctica, utilitarista en su más elevada acepción, que constituyen el fondo espiritual de la raza de que procede. Para él, en síntesis definitiva, detrás del fenómeno, de las formas exteriores, se oculta *algo* superior, cosa parecida a la Realidad última de que habla Guyau. La idea de un Dios personal va cada vez más esfumándose en el concepto de pensadores procedentes de los más diversos campos filosóficos. Asistimos a los funerales del Dios único, personal, antropomórfico, de ciertas religiones positivas. En su lugar va surgiendo una idea de la *divinidad*, vaga, difusa, amorfa, pura creación del intelecto, de aspectos diversos, que para algunos se concreta en una especie de *realidad* íntima que vivifica las cosas, y para otros en

un alma del mundo en que vibra y se unifica el infinito océano de la vida universal... Por nuevos caminos, parece como que se tiende a cierta forma de panteísmo, de muy sutiles y complejas conexiones, última fase de un proceso de intelectualización muy moderno y de urdimbre muy vasta y comprensiva.

*LA PERSONALIDAD POLÍTICA
Y LA AMÉRICA DEL PORVENIR**

I

La necesidad de la iniciativa individual, espontánea y varia, desenvolviéndose con apropiado ritmo en el ancho campo de las actividades sociales, para realizar mediante un proceso de actuaciones bien encauzadas un ideal de unidad progresiva y fecunda, forma la síntesis, serena y luminosa, de este copioso volumen de sana y concienzuda crítica, nutrido desde el principio hasta el fin de juicios y observaciones de innegable importancia sociológica. En los problemas de compleja urdimbre social que plantea y que en ocasiones intenta resolver, un individualismo poderoso, de savia prolífica, de visible originalidad, se irgue siempre frente a un concepto social de cepa netamente conservadora, producto, por lo general, de preocupaciones seculares y de intereses de grupo, determinando, por virtud de su peculiar dinamismo, un choque más o menos violento y duradero de que se deriva necesariamente, en la inmensa mayoría de los casos, la rectificación provechosa de las ideas, conceptos y sentimientos que, en algunas épocas, constituyen el ambiente

* Esta notable obra —publicada muchos años después de la muerte de su autor— es un homenaje de acendrado afecto de sus hijos, muy particularmente de su hija, la distinguida señorita Flora Abasolo, quien ha tenido la deferente amabilidad que mucho le agradezco, de obsequiarme con el ejemplar que ha dado margen a este artículo.

moral de las colectividades humanas. Una individualidad provista de intensa fuerza interior, conformada psíquicamente para la lucha, abre con frecuencia brecha en convencionalismos y modos de ver erróneos de la vida social, por más que esta misma, actuando como potente fuerza de resistencia, resista muchas veces, con éxito más aparente que real, el rudo asalto, reaccionando contra la idea reformadora, mientras ésta, si atesora el valor expansivo necesario, echa raíces extendiéndose tumultuosa o silenciosamente por todos los más ocultos estratos mentales del organismo colectivo.

Toda la vida social, observada sin prejuicios trastornadores, se concreta a ese permanente vaivén de acciones y de reacciones en que el individuo, con cierta aún mal explicada privativa espontaneidad, influye y es a su vez influido; en que muchas ideas surgen como enteramente nuevas y sin la elaboración de un proceso previo; pero que, casi siempre, vistas con detenimiento, adviértese su génesis, más o menos claramente, en estados mentales anteriores, individuales o colectivos, de los cuales, por virtud de fuerzas íntimas conscientes y subconscientes, somos los legítimos continuadores, aun que siguiendo formas de diferenciación cada vez más acentuadas y complejas. Por más que ciertos aspectos de ese dinamismo puedan modificarse y aún transformarse radicalmente, surge siempre la duda de si ese proceso de creciente diferenciación alcanza o puede alcanzar al principio o esencia que se supone potencialmente determinando la infinita y compleja variedad del mundo fenoménico, algo parecido a la *idea* hegeliana, en perpetuo *devenir*, en constante serie de exteriorización, o a la *voluntad* que se objetiva de Schopenhauer. No obstante cierta energía subconsciente que determina o parece determinar algo de espontaneidad en el ser individual, no es posible poner en duda que vivimos bajo la influencia permanente de un determinismo que, permitiéndonos, sin muy visible coacción, el funcionar de ciertas facultades, sólo nos da, por lo general, la próspera ilusión de una libertad en realidad por todos lados muy limitada. Elementos de orden biológico cristalizados en fuerzas potentes que lidian en las profundidades de nuestro ser físico; formas ancestrales que actúan obscura y vigorosamente en nuestro mundo interior, determinando en el yo individual voliciones de cierto género, y las

numerosas e incontrastables peculiaridades y condiciones de la Naturaleza que por todas partes nos circunda y penetra, nos dejan apenas, por más que casi nunca nos demos cuenta de ello, el libre juego de modos de obrar que suponemos actúan bajo la acción exclusivamente espontánea de nuestro espíritu. Pero aún resignándonos a esa manera de ser inflexible o poco menos de las cosas, que pensadores de altísima talla intelectual (Bergson, Boutroux, entre otros), recientemente atenúan o rechazan con cierto éxito, es muy justo aceptar que, ese mismo determinismo, puede ser encauzado en muchas cosas provechosamente por la persistente acción de lo que denomina A. Fouillé *ideas fuerzas*, concreciones espirituales de hondo arraigo interior que, imponiéndose a otras de menos vigorosa estratificación psíquica, producen o pueden producir creencias que, interpretadas conforme a la última y más fecunda orientación filosófica, el *pragmatismo*, prueben ser de verdadera eficacia para el desenvolvimiento de la vida individual y social.

Para el pensador chileno esa característica forma de la vida universal, que no niega por completo, asume, en muchos de sus aspectos, un valor bastante relativo. Si ve en la marcha del mundo la sujeción a un plan providencial, no piensa que en éste quepa el propósito de producir "tales o cuales acontecimientos determinados, ni tales o cuales individuos particulares o pueblos preconcebidos, sino crear al hombre creador de sí mismo y creador de pueblos, dejándole la elección de los medios para alcanzar el bien". Frente a la opinión colectiva cimentada fuertemente en egoísmos de clases y de intereses y en rutinas y en preocupaciones añejas, la opinión individual, reflejo acentuado de una intensa personalidad psíquica, va lentamente, paulatinamente, operando sustanciales rectificaciones del criterio social — eminentemente conservador — en su manera errónea de ver y comprender las formas nuevas que bregan por su parcial y completa adaptación al organismo colectivo. Abasolo parece creer en un adelanto indefinido, en una humanidad cada vez más perfectible, que detrás del ideal radiante convertido en hecho, ve seguidamente despuntar, como en la claridad de un bello amanecer, la refulgencia de un nuevo magnificante ideal... Pero, ¿no tendrá jamás término ese desarrollo de diferenciación que cada vez va traduciéndose en un más elevado y

complejo sentido de la vida? ¿Tendrá paradero forzoso, necesario, en el *automatismo*, en la *adaptación para siempre al medio*, que refuta Guyau (*La educación y la herencia*) sosteniendo, como verdadero "ideal para el hombre" la continua *readaptación*, o en la civilización omnilateral, en que sin creerla quizás posible, se equilibren armoniosamente el industrialismo, el intelectualismo y el moralismo, conforme piensa el ilustre Hostos? (*Tratado de Sociología*). O, contrario al principio de *irreversibilidad* de que habla el genial Gabriel Tarde, ¿recomenzaremos de nuevo la dolorosa ruta, caeremos en el *retorno eterno* que sostiene el formidable Nietzsche, ese grande y fulgurante Nietzsche, tan mal comprendido por tantos que sólo lo conocen por su mal interpretado concepto del *superhombre*?...* ¿Quién lo sabe? ¿Quién lo sabrá jamás?...

Sería extender demasiado este artículo ponerme a puntualizar la riqueza de ideas que contiene la obra póstuma de Abasolo, reflejo intenso de un alma de selección, estructurada para el bien, hecha de austeridad y de amor, vibrante de fina sensibilidad, que, si en ocasiones yerra o imprime demasiado color a una idea, deja vislumbrar, constantemente, una individualidad muy enérgica, de sabor original, que apenas conserva huellas de la influencia de pensadores de su época. Muerto en 1884, sólo pudo conocer la parte del movimiento sociológico que arranca desde Augusto Comte hasta esa fecha, y, sin embargo, por no sé qué especie de intuición propia sólo de espíritus superiores, en toda su obra, aquí y allá, fulgen ideas o matices de ideas de sociólogos posteriores. Para Abasolo la sociedad aparece "como potencia creadora de sí misma y como conciencia y elección de lo mejor". Su concepto del mundo social, en ciertos aspectos, tiene puntos de semejanza con el *organicismo* de Spencer, apartándose por su radical individualismo, clave de su ideal socio-

* Uno de los cerebros más vigorosos y mejor nutridos de la juventud hispano-americana, el notable escritor dominicano Pedro Henríquez Ureña, en un trabajo reciente, con gran perspicacia crítica, ha señalado y probado resaltantes analogías de pensamiento entre el insigne filósofo alemán y el gran psicólogo norte-americano W. James. También he leído en la *Revista Moderna*, de México, un excelente trabajo del escritor mexicano Antonio Caso sobre Nietzsche.

lógico, de los que colocan la personalidad individual bajo la influencia continua y casi exclusiva del cuerpo social, como en cierto sentido lo descubre Gabriel Tarde (*Les lois de l'imitation*) para quien el concepto biológico social se transforma en una vasta psicología, en que dos ideas primordiales, creencia y deseo, unen y cohesionan estrechamente las unidades individuales que forman el conjunto colectivo.

Comparto casi íntegramente algunas de las ideas expuestas en esta obra. En diversas ocasiones he expresado una opinión idéntica a la de Abasolo respecto de la previa preparación del pueblo, que, algunos interesados en dominarlo y explotarlo, juzgan indispensable para el ejercicio de ciertos derechos. Ya luminosamente había dicho Lastarria que "el mejor medio para ejercer los derechos políticos era ejercerlos como se pueda", y había expuesto la idea, ya conocida, de que la libertad municipal constituye, en primer término, la escuela más apropiada para llegar a la completa realidad de ese ejercicio. Abasolo sostiene el pensamiento, que juzgo exacto, que lo esencial es contar con núcleos convenientemente preparados —casi siempre existentes en todo organismo nacional— para dar a la masa popular robusta y fecunda dirección en el sentido del cumplimiento gradual y progresivo de esos mismos derechos. Y esa es la enseñanza que suministra la historia cuando sin *parti pris* de ningún género se la estudia en sus aspectos esenciales —no como mera narración de soberanos que se suceden y de batallas que se pierden o se ganan— al demostrar de irrefutable manera que todos los grandes adelantos humanos de cualquier categoría y significación, han sido resultado no de una previa y consciente labor colectiva, cosa por lo común inasequible, sino de la irradiación y empuje de un hombre o de algunos hombres, superiores a su medio que, casi siempre, han tenido la hostilidad de las masas sociales movidas por convencionalismos e intereses tradicionales de honda raigambre, colectividades que sólo mucho más tarde supieron comprender y asimilarse el ideal perseguido de colectivo mejoramiento.

II

Hay no pocas ideas de positiva importancia en los capítulos de la última parte del libro comprendidos bajo este título: "La personalidad política en América". Sin prejuicios de ningún linaje, estudia desde un punto de vista científico el problema formidable de la formación de las razas y el orden de su distribución, viendo, como es natural, en las sucesivas emigraciones de elementos étnicos las caracterizadas etapas que señalan los diferentes y a veces contradictorios aspectos de la civilización en su marcha ascendente, y analizando con verdadera penetración psíquica y cierta originalidad los más salientes caracteres de las dos razas (sub-raza sería mejor llamar a la nuestra) que comparten el dominio del Continente americano. En su análisis de las modalidades mentales de cada una de ellas, acentuando cierto contraste que quizás sea mucho menos antitético de lo que generalmente se supone, concede a la raza sajona, por cierta peculiar estructura étnica muy íntima —a mi juicio imperfectamente profundizada aún en la hora actual— cualidades relevantes de equilibrio espiritual, regularidad, discreto oportunismo, mayor facultad de adaptación, un ideal de vida práctica, estable, bien cohesionado; mientras hace resaltar en la raza o sub-raza opuesta en que bulle el fermento latino, la impenitente devoción a cierta antigüedad clásica que ve como eterno modelo y que le presta una actitud estática de cierta vaga inmovilidad en el campo de las ideas, su tendencia dominadora, su apasionamiento, su sensualismo, su propensión al fanatismo y a la petrificación del dogma, dotada en sumo grado de la facultad de *condensar la vida*, cosa que en muchísima parte explica, a su ver, las vicisitudes obscuras o fulgurantes de su historia allende y aquende el Atlántico.

Para vencer la influencia de cierto fatalismo étnico y alcanzar un superior espíritu de unidad que dé sólida consistencia, sin casi mezcla de influencias exóticas, a un ideal de supremo hispano-americanismo, piensa Abasolo que el remedio estriba, principalmente, en educar nuestro temperamento, a modo de expansión saludable, en las grandes ideas, y tanto respecto de este punto de vital importancia como en el capítulo en que bella y admirablemente expresa lo que particulariza la psicología de

un pueblo viejo y la de un pueblo joven, derrama copiosamente la savia de su clara inteligencia en disquisiciones y juicios que prueban sus excelentes condiciones de psicólogo y de sociólogo. Desde muy temprano, con meridiana claridad, cuando aún no se había iniciado el desenvolvimiento metódico y potente del imperialismo yankee, escribe estas palabras que no tienen desperdicio: "Cuando pensamos en la absorción de Tejas y de California, se ocurre muy lógicamente creer que el guardián de nuestra casa puede tal vez convertirse en lobo rapaz, y tragarse a México y después a Centro América hasta Panamá. Una vez que el yankee tienda sus rieles hacia el Sur, ¿quién no ve que esas comarcas, saturándose cada vez más de sangre sajona, acabarán por incorporarse al coloso del Niágara? Todo esto debiera ser asunto de serias preocupaciones para nuestros pensadores".

Y nuestros pensadores empiezan ya a darse cuenta del peligro. El problema tiene dos aspectos a cual más amenazante. El conocido escritor cubano Arturo R. de Carricarte ha publicado recientemente, en Montevideo, un jugoso folleto (*El nacionalismo en América*) en que demuestra con resplandeciente precisión cómo empieza a atenuarse, en algunos de estos pueblos, el fundamental concepto de nacionalidad por la acción directa de los elementos étnicos que componen la inmensa masa de inmigrantes que, sin previa selección y con harto descuido, va penetrándose con la población autóctona hasta llegar, quizás, a la extinción del sentimiento nacional, que es lo único que particulariza a estos pueblos americanos de procedencia ibérica. Responsables del mal, en primer término, son los gobiernos de dichas repúblicas que, ofuscados por la visión de un progreso violento, sin necesarias gradaciones, se cuidan poco de regularizar y seleccionar esas corrientes inmigratorias de modo que no lesionen la continuación del dominio del elemento nacional, y permiten, sin ningún género de restricciones legales, que la tierra pueda ser fácilmente acaparada por el elemento extranjero. No conozco, y lo siento, el libro de T. Pinochet Le-Brun (*La conquista de Chile en el siglo XX*) que ha dado origen al oportuno y vibrante opúsculo de Carricarte. No entiendo en un estrecho sentido el patriotismo; pero creo imprescindible defender con potente energía cuanto constituye la personalidad de una nación, lo que le presta carácter y le da un lugar en la historia,

y por eso, no obstante mi extremada tolerancia con todo género de opiniones, me resulta en extremo antipática y repulsiva la figura de Gustavo Herve, el *sans patrie*, que en uno de los últimos Congresos socialistas, el de Stuttgart, si mal no recuerdo, fue objeto de una severa lección de reflexivo patriotismo de parte de Bebel, el ilustre jefe del socialismo alemán...

El otro aspecto amenazante del problema lo forma el mal disimulado movimiento de expansión norte-americana que toca muy directamente a los pueblos que, por su posición geográfica, están más cerca de la gran República con la que mantienen relaciones de índole económica que tienden a hacerse cada vez más estrechas. Para conjurar, en lo posible, ambos pavorosos peligros, no hay otro camino, aparte de ciertas y oportunas medidas legislativas bien intencionadas y discretas, que la vigorización del sentimiento nacional por cuantos medios sean conducentes y muy en particular por la implantación de un sistema educativo, de base cívica, convenientemente graduado, progresivo, bien definido y bien practicado. Hay que ir creando un ideal, un ideal que responda a un estado de alma colectivo radicalmente americano. La epopeya de la independencia puede considerarse como la primera fase de ese estado de alma. El rompimiento de los lazos que nos unían a España fue un suceso de carácter político producto de hechos anteriores clara y perfectamente eslabonados. Los organismos gubernamentales fueron otros —a veces más nocivos y estáticos que los del mismo coloniaje— pero moralmente se continuó dependiendo del espíritu secular de la vieja Metrópoli. Nos llamamos dominicanos, peruanos, argentinos, etc.; pero salvo, aquí y allá, contadas inteligencias nutridas con el jugo de las ideas modernas, el espíritu colonial, allá en la inmensa masa social, se agita aún con poderosa fuerza, en un mundo de preocupaciones seculares, de convencionalismos torpes, de añejas supersticiones, de anticuados y estériles modos de ver y de comprender el creciente y complejo dinamismo de la vida colectiva. Hay que libertar el espíritu americano de esas trabas mentales que le impiden marchar desembarazadamente por la ancha vía de su gradual mejoramiento. Como en España, a cada paso, en boca de ilustres pensadores y de prestigiosos jefes de partido, suena la palabra *europización*; entre nosotros, como síntesis de un ideal, vasto y

luminoso, debe resonar la de *americanización* entendida en un alto sentido de vida nacional que no encierra nada de deprimente y exclusivo.

A distancia de muchos años del pensador chileno, el crítico cubano, inspirado en el mismo patriótico ideal —que debe ser el de todos los intelectuales hispano-americanos— exulta la inaplazable necesidad de afirmar, robusteciéndolo, un sentimiento de hondo y consciente nacionalismo mediante leyes adecuadas y el desenvolvimiento de un vasto plan pedagógico que abarque todas las gradaciones necesarias para convertir en consoladora y resplandeciente verdad el nobilísimo propósito de bien común perseguido. Por el ideal de definitiva redención económica y espiritual de la gran patria hispano-americana que ambos sustentan, el profundo libro de Abasolo y el sustancioso folleto de Carricarte como que se completan formando con la copiosa riqueza de ideas que contienen algo parecido a un haz valiosísimo de principios de positivo y racional americanismo. El primero representa la obra de un pensador austero que se complace en la investigación, serena y honda, de palpitantes y complejos problemas sociales y el segundo es el fruto de un observador perspicaz, de verdadera médula, que ha interrogado con noble ahínco la realidad circunstante, ensombrecida y confusa, y, sin titubeos ni reticencias cobardes, nos trasmite la respuesta que nos señala el rumbo salvador en esta triste hora de dolorosas incertidumbres para el alma hispano-americana.

PÁGINAS EFÍMERAS
(MOVIMIENTO INTELECTUAL
HISPANO-AMERICANO)

I

En cada hombre, estudiado atentamente, observado en todos sus actos intelectuales y afectivos, en sus ideas y voliciones, existe más o menos rudimentaria, más o menos bien definida y precisa, una especie de metafísica a que procura en todas ocasiones ajustar el ritmo permanente de su vida. Fuerzas que arrancan de pavorosas lejanías, de profundidades de un pasado remotísimo, contribuyen quizás grandemente a la realización de actos individuales de cierta repercusión social, que, aparentemente, son repetición *idéntica* de manifestaciones de vida anteriores. Esa identidad que suponemos en ciertas cosas no es ni puede ser nunca absoluta. Es indudable que, en todo tiempo y circunstancias, sufrimos la acción más o menos coherente y compleja de cierto determinismo que, a su vez, en muchos casos, nos convierte en causa determinante. Recibimos y devolvemos. Y al devolver lo que procedente de lejanías ancestrales o sugerido por la realidad exterior nos impresiona con cierto vigor, lo hacemos siempre o casi siempre, muy modificado por las peculiaridades de nuestros temperamentos, de nuestros privados medios de ver y comprender la vida, ya que en esta no hay ni puede haber dos cosas *exactamente* iguales. Sobre un fondo de más o menos discutible unidad, lo vario, lo diverso, traza las líneas a veces incoherentes de sus representaciones multiformes. En ese sentido, todo hombre, aun el más basto, posee una

filosofía o cosa parecida mediante la cual procura, hasta cierto punto, explicarse la vida a su manera y extraer de esa concepción por lo general rudimentaria una norma de conducta en que entran en diversas proporciones necesarios motivos fisiológicos y anímicos. Por tales circunstancias, juzgo torpe y vano empeño condenar inflexiblemente formas pronunciadas del desenvolvimiento individual y colectivo en nombre de ciertos principios impropriamente calificados de *eternos*. En un sentido radicalmente humano la palabra eternidad carece de verdadera significación, de contenido pragmático. En toda bien equilibrada actividad mental, nuestra visión de la realidad interna y externa, solo puede asir lo más saliente y visible de las cosas. Todo lo demás se esconde, se esconderá quizás eternamente en obscuridades abismales a que no pueden descender, buzos audaces de la vida, nuestras facultades de percepción y de conocimiento de suyo limitadas y contingentes. La ciencia, producto humano, está forzosamente condicionada por las leyes que determinan en el hombre la necesaria relatividad de todo conocimiento. "El hombre es la medida de todas las cosas" ha afirmado Protágoras. Pero dentro de esa misma relatividad existen espacios vastísimos, de dilatados horizontes, en que tienen legítima y sólida consistencia todas las formas más o menos durables que, en el correr de los siglos, demuestran con deslumbrante claridad la marcha ascendente del ser humano, su cada vez más patente inclinación a realizar en un proceso de sucesivas adaptaciones a la realidad circunstante las reformas y avances que sin modificar quizás lo esencial de las cosas imprimen aspectos de *auténtica novedad*, como lo sostiene el insigne Bergson, a muchas formas y maneras del perenne dinamismo que es condición característica de la vida en todas sus variadas manifestaciones...

Si por su complejidad muchas veces enmarañada y oscura se nos escapa el verdadero conocimiento de la causa que se considera como generatriz de determinado fenómeno, se puede y se debe, a la manera pragmática, sin preocuparnos ni poco ni mucho de lo que realmente determinó el efecto en cuestión, el hecho constatado, estudiar con la necesaria atención sus resultados prácticos para deducir de ellos lo que reviste de positivo valor ese hecho, lo que en un alto sentido humano constituye su

verdad. En esa serie de comprobaciones y verificaciones conscientes puede condensarse la norma filosófica, el método quizás más apropiado y fecundo para la validación de las ideas que surgen continuamente de la inteligencia humana agujoneada siempre por el anhelo de buscar el origen y la finalidad de las cosas, por más que toda investigación teleológica no sea en el fondo sino algo de íntima urdimbre mental, especie de formalismo intelectual de persistente vitalidad, que quizás no se desprenderá nunca de ciertas obscuras regiones de nuestro cerebro. Desde las alturas de lo que la lógica espacial considera como la *verdad* míranse a veces las cosas como presentando un solo aspecto, como si necesariamente estuviesen obligadas a permanecer en un cuadro de rigurosa unidad estática. Otro debe de ser nuestro procedimiento. La vida, tal como la sentimos, es varia, contingente, multiforme. Y cada hombre la contempla a su manera, lo que nos impone cierta fuerte dosis de tolerancia al juzgar las opiniones ajenas. La ciencia misma se desenvuelve en un proceso constante de modificaciones y rectificaciones. Sería absurdo creer que la verdad definitiva es privilegio exclusivo de tal doctrina o de tal sectarismo. La tolerancia, por eso, debe constituir lo más saliente de la mentalidad contemporánea en la obra de juzgar formas de vida social más o menos transitorias. Si son sinceras, deben ser siempre acreedoras a nuestro respeto todas las ideas, todas las creencias, todas las convicciones por más erróneas que nos parezcan. Sin ese hábito de tolerancia, sin cierta ecuanimidad de criterio para la apreciación serena de las cosas, todo juicio, fuere de quien fuere, carecerá de eficacia, será, cuando más, expresión momentánea de turbios apasionamientos o de nocivos sectarismos. En ningún caso se justifica el propósito de imponer nuestras ideas por más verdaderas que las creamos. Abramos el surco y arrojemos en él la simiente; esparzamos a todos los vientos del espíritu el polen de las ideas que estimamos como provechosas; y si nuestro trabajo es obra de sinceridad, de bien y de amor, seguramente despuntará para él, como para toda actuación tenaz y bien intencionada, la hora radiante de dar de sí frutos sanos y jugosos. La intelectualidad contemporánea, en sus más salientes representaciones, rechaza abiertamente cuantas formas de imposición dogmática tiendan a vaciar el pensamiento en un determinado

molde de actividad intelectual por más que aparezcan esas formas bautizadas con el nombre de *verdades* filosóficas, científicas, religiosas... Muchos son los aspectos de lo que llamamos verdad para pensar ni por un instante que está en nuestra mano encerrarlos en el espacio más o menos amplio de una concreción definitiva...

Nuestro yo actúa de continuo en la sucesión interminable de los hechos influido por ellos y a su vez influyendo, lo que origina una serie de acciones y reacciones que aportan modificaciones a veces muy radicales en nuestros modos y maneras de ver y apreciar la realidad introspectiva u objetiva. Actores de una hora, nos falta siempre tiempo, en la cambiante escena de la vida, para revestir nuestra visión de las cosas de un carácter aproximadamente completo. Parcial, fragmentaria, de aspectos más o menos pronunciados, tiene siempre que ser nuestra interpretación de lo que pasa dentro de nosotros y de lo que de fuera nos impresiona particularizándose en sensaciones más o menos acentuadas. Con frecuencia el hilo de la verdad se rompe en nuestras manos cuando creemos tenerlo más fuertemente asido, de modo que durante algún tiempo aparecemos como extraviados, buscando en vano la salida del laberinto de dudas en que vagamos atenaceados por recónditas angustias. Quizás todo el proceso de investigación del pensamiento filosófico durante cuarenta siglos haya tenido por único resultado el cambio paulatino de posiciones, el dar nuevas orientaciones a los términos del tremendo problema de una concepción satisfactoria de la vida universal. En lo externo, en lo puramente formal, en los procedimientos del proceso filosófico, ha habido naturalmente variaciones de cierta importancia; pero bajo la corteza de las infructuosas tentativas de explicar el misterio en medio del cual nos agitamos, subsiste y subsistirá el mismo magno problema, la misma fundamental aspiración de *conocer* lo que envuelto en negruras insondables aparece bajo los nombres, quizás antagónicos en apariencia, de materialismo y espiritualismo. Pero la vida sigue su curso majestuoso sin dársele un arde de tales abstracciones. La verdad, *nuestra* verdad, tiene que ser precisamente relativa como nuestra ciencia. Y así y todo, subordinada necesariamente a esas condiciones de relatividad, basta y sobra esa ciencia, basta y sobra esa verdad, para me-

dianete una acción constante dar sólidos cimientos a finalidades progresivas de bien y de belleza...

Lo que sí resulta a la postre nocivo es el quietismo enervante, el estacionamiento vegetativo en que yacen algunos de estos pueblos hispano-americanos. Parece a primera vista que una especie de abulia les impide demostrar en el campo de la acción fecundas iniciativas. Hay que formar en ellos la cultura espiritual que se requiere para ir metódicamente, por sucesivas y bien graduadas etapas, convirtiendo en hechos de positiva consistencia muchas nobles aspiraciones de mejoramiento que en la hora actual consideramos inasequibles o poco menos. Frente al estacionamiento, a la quietud monástica, a la rutina, a ciertas supervivencias del pasado que aun tienen demasiado imperio en nuestra vida social, enastemos muy alto, como símbolo de esos propósitos redentores, un ideal de luz, de amor y de paz vivificado de continuo en un proceso de acción progresiva y fecunda; ideal que ha de servirnos para realizar en la medida que las circunstancias lo hagan posible la magna aspiración de una confraternidad cada vez más estrecha entre estas naciones de origen ibérico moldeadas por muy salientes aspectos de la gran civilización latina. Esos ideales requieren una acción vigorosa e ininterrumpida para cristalizarse en hechos de positiva importancia. Exultemos, pues, con toda nuestra alma esos magníficos propósitos; presentémoslos por todas partes como un albo penacho de redención y de gloria. Una propaganda de ese género excluye naturalmente toda idea de violencia fiando solo su triunfo a la actividad metódica y tenaz de bien concertadas iniciativas individuales y colectivas. No es necesario romper lanzas ruidosamente con ciertas formas del pasado que aun tienen en la psicología de muchos de estos pueblos hondo arraigo. Por medios coercitivos no se extirpan ni deben extirparse preocupaciones y convencionalismos caros a la imaginación popular que cuentan una existencia de siglos. Se impone la evolución lenta o rápida según las peculiaridades del medio en que se actúa. El pasado, en cierto aspecto, puede subsistir; pero es a condición de modificarse paulatinamente, en un orden científico, para que puedan florecer con lozanía formas nuevas y necesarias de existencia social. El cambio es condición esencial de toda positiva actuación biológica. La unidad estática, conceptual, que

una gran parte del intelectualismo preconiza como expresión definitiva de la verdad suprema, no resulta, examinada en sus fundamentos lógicos, sino como una representación más o menos bien remozada de viejos estados mentales determinados por una artificial coherencia dialéctica. La vida se caracteriza por el movimiento. Vive con vida fecunda lo que bulle, lo que se agita, lo que lucha incesantemente. El quietismo, la monotonía, la pereza mental, son a veces en lo que toca a la economía social, manifestaciones sintomáticas de gérmenes morbosos desarrollándose en organismos debilitados por centurias de fanatismos y de ignorancias. Demos resueltamente la espada, sin titubeos, a formas envejecidas de la vida colectiva que ya han hecho su camino, que ya han dado toda la savia que podía esperarse de ellas. Miremos hacia adelante sin temores ni preocupaciones. "Para las razas futuras —dice Hipólito Parigot en su bello libro sobre Renan— constituirán acaso una sorpresa los numerosos esfuerzos empleados en sondear el abismo de lo que fue, cuando lo que existe y lo que quiere ser solicitan cada día con mayor fuerza la energía de los hombres".

II

El movimiento de las ideas, de ideas de renovación tales como lo exige el dinamismo social, ha sido en Hispano-América de una lentitud desesperante, ha carecido casi siempre de verdadera potencia evolutiva, salvo, durante estos últimos treinta años en repúblicas como la Argentina y Chile principalmente donde la civilización moderna con todas sus formas y manifestaciones de adelanto cultural parece haber sentado definitivamente sus reales. No es posible negar que muchas de esas jóvenes naciones vegetan todavía bajo la sombra letal de tradicionalismos y convencionalismos seculares que tienen el triste privilegio de cortar el vuelo a cuanto se endereza resueltamente a operar una satisfactoria transformación en muchas manifestaciones de su vida colectiva. Tres siglos largos de existencia colonial, vegetativa y nirvánica, han hecho que prospere en la psicología de estos pueblos una concepción deficientísima de vida social que los hace como incapaces de propender resueltamen-

te a la asimilación de muy pronunciadas modalidades de la mentalidad contemporánea. Con todo eso, lentamente, van ya vislumbrándose señales más o menos acentuadas de un cambio que, aunque no en el sentido radical que fuera necesario, demuestran inequívocamente que en varios de estos como atrofiados organismos nacionales se comienza a discernir con verdadero acierto cuáles son los agentes terapéuticos capaces de producir un estado de organización social que responda de manera satisfactoria a exigencias de adelanto muy características de la vida de actualidad. Aunque fragmentado en veinte repúblicas, salta a la vista que no obstante tal desmigajamiento explicado por la inmensa extensión del territorio y por otras circunstancias, constituimos desde Méjico hasta la extremidad patagónica un gran *todo* sólidamente cohesionado por indestructibles afinidades étnicas, históricas y sociales. Formamos un vasto organismo cuyas partes, salvo muy accidentales diferencias, aparecen como estrechamente vinculadas por factores físicos y espirituales de idéntica procedencia. Esa hermosa y salvadora concepción hispano-americanista palpita a cada paso en las producciones de los más notables escritores de este Continente, en José Enrique Rodó, en Manuel Ugarte, en Rufino Blanco Fombona, en Francisco García Calderón, en Pedro César Domínicí, en Federico Henríquez y Carvajal y en varios otros que sostienen tesonera y conscientemente el mismo magnífico propósito. En el terreno de las ideas, que es el en que precisamente germinan las grandes concepciones de regeneración y adelanto, todos los hispano-americanos que tenemos en la mano una pluma nos consideramos como ciudadanos de una gran Nación, poderosa, inmensa, tal quizás como el avance de la cultura mundial y una serie convergente de esfuerzos bien encaminados la hagan posible en un porvenir no muy remoto... Será quizás un sueño ese deslumbrante ideal; quizás, como el Segismundo de Calderón, la realidad aterradora despierte de improviso a algunos de estos pueblos —los situados en la zona de influencia directa del imperialismo yanqui— para revelarles la tremenda verdad de su extinción como personalidad nacional; pero mil veces peor que eso sería rendirnos desde ahora a un negro pesimismo, a una resignación anticipada y cobarde, cuando lo que se impone es la lucha tesonera, la brega porfiada para impedirlo

por todos los medios humanamente posible, poniendo en esa pugna constante todos nuestros bríos, todas nuestras energías, todas las actividades que han sido siempre las que han conducido al hombre a enseñorearse de la cima en que fulgura intensamente la victoria.

En el curso de una centuria, factores transitorios de más o menos fuerza han ido amoldando la rudimentaria mentalidad de la América colonial a formas pasajeras del desenvolvimiento intelectual de otros países, sin que esa especie de evolución hasta la hora actual escasamente congruente haya podido asumir caracteres de algo de relativa duración y de prolífica trascendencia. Hemos aceptado, sin discutir las naturalmente, sólo por plegarnos a las exigencias de modas efímeras importadas de la vieja Lutecia, formas de actividad intelectual sólo comprendidas, y eso quizás deficientemente, por minorías de cierta cultura que forman notable contraste con la crasa ignorancia de la inmensa mayoría de los componentes sociales. Y eso se explica fácilmente tratándose de sociedades en formación puede decirse. Siendo la herencia intelectual que recibimos de España insuficiente de todo punto para interpretar fructuosamente cuanto integra el alma moderna en sus más caracterizados aspectos de adelanto humano, y no teniendo ni pudiendo tener aun un arte propio, fuerza ha sido buscar en otra parte lo que nos faltaba, y por esa circunstancia el proceso intelectual de la América latina, en sus líneas generales, se caracteriza por un espíritu de imitación en cierta parte nocivo, pero eminentemente benéfico por haber servido, por servir para la asimilación más o menos consciente de ciertas modalidades de nuestro tiempo de efectiva trascendencia colectiva y para ir paulatinamente adquiriendo el dominio de una técnica de todo punto indispensable para llevar a cabo verdaderas creaciones artísticas. De esa manera, desarrollándose en ese obligado marco de imitación, ha podido la actividad mental de estos países desembarazarse de ciertas trabas de un retoricismo superficial y huero, y, respetando peculiaridades de estructura gramatical y aumentando considerablemente el léxico, dar a la hermosa lengua castellana cierta flexibilidad, cierto movimiento, ciertos modos de expresión, cosas que no son obra del capricho como cierta crítica superficial supone, sino de la necesidad, de imposiciones de la ho-

ra presente; ya que no es posible, con formas anticuadas o poco menos de lenguaje, interpretar complejidades de la vida contemporánea y reflejar con la posible exactitud matices y refinamientos característicos de nuestro tiempo y las más de las veces de muy acentuada e íntima urdimbre psíquica.

El arte expresa intensa y bellamente lo que impresiona nuestra sensibilidad frente a la vida en todos sus múltiples y cambiantes aspectos. Estriba siempre en aprisionar la realidad, caprichosa y fugitiva, en peculiares formas de expresión que impregnamos de efluvios más o menos intensos de nuestro mundo espiritual. El arte tiene la propiedad insustituible de hacer nuestra vida más noble y más fecunda. Por su medio damos valor relativamente perdurable al mundo visible, y, en determinados casos, sugerimos ideas, que a veces resultan como adivinaciones, respecto de cosas que están fuera del dominio de nuestras facultades visivas y auditivas. Ya sé que, dada la estructura limitada de nuestra inteligencia y nuestra sensibilidad, sólo nos afectan las formas más pronunciadas de las cosas, sin que podamos, por la deficiencia de esos medios de conocimiento y de expresión, sorprender para encerrar en el marco de la realidad artística algo que está muy cerca de nosotros, que no podemos ver, que no podemos oír, pero que sabemos, porque lo *sentimos*, que vibra a nuestro alrededor como un vago y tenue batir de alas, como una onda musical que acaricia suavemente nuestro espíritu. En su sentido más puro y elevado, el arte únicamente puede darnos la vaga sensación de lo que se oculta detrás de las apariencias materiales de las cosas. Individual por esencia, resulta universal por sus medios de exteriorización y por su efectiva finalidad estética. Hasta cierto punto y hasta cierto tiempo, en Hispano-América se ha hecho preferente uso de la discutiva forma del "arte por el arte", lo que ha ocasionado un cúmulo de creaciones insustanciales, efímeras, sin enjundia ideológica, sin originalidad, sin verdadero sentido de las realidades del momento. En su principal aspecto la literatura de Hispano-América ha sido expresión de suntuosidades verbales, de artificiales emotividades, de juegos malabares de ideas postizas, sin aparecer casi nunca afectada por la repercusión de los graves problemas sociales que en tan alto grado preocupan el pensamiento moderno. Hemos considerado la literatura como mera exterior-

rización de lirismos y de filigranas de estilo, sin considerarla en el sentido alto e íntimo que vincula, esto es, algo así como instrumento social que, sin desprenderse de su objetividad estética, posee verdadera eficacia, atesora positivo valor pragmático. El arte, en la hora presente, debe ser *social*, llevar en sí ciertas nobles y fecundas finalidades prácticas.

Independizándose lentamente de ese principio de convencional imitación que pareció ser su nota más distintiva durante cierto lapso, la producción literaria hispano-americana desengoce sus miembros, arroja sus muletas y echa a andar libremente sin miedo de tropiezos ni caídas. La necesidad de producir, de realizar obras que demuestren serenamente las orientaciones de su pensamiento frente a las graves cuestiones de todo género suscitadas por el dinamismo de la hora actual, forma ahora la más visible preocupación de los más conspicuos escritores de nuestra América. Considerada en su conjunto, obsérvanse en esa producción tendencias diversas, direcciones varias en que se vislumbra con frecuencia la acertada penetración de muy modernas ideas filosóficas, científicas y artísticas. De todas esas tendencias, la más plausible, la más beneficiosa a mi ver, es la que se encamina a realizar un ideal de nacionalismo vivificado en el anhelo de vigorizar el sentimiento de vida independiente en estos pueblos mediante el cultivo sereno e intenso de cuanto constituye su urdimbre psicológica, sus costumbres típicas y sobre todo su vida histórica no por corta menos interesante y gloriosa. Dentro de ese nacionalismo literario caben sin molestarse muchas ideas aparentemente discrepantes. Para mí el nacionalismo no sólo comprende cuanto atañe a nuestros orígenes históricos, a nuestra existencia colonial, a nuestra vida independiente, a cuanto por este o aquel concepto tiene su raíz en el terruño, sino que encierra también la aspiración de identificarnos con la civilización moderna, de asimilarnos provechosamente cuanto ella tiene de prolífico, sin perder ni un ápice de lo que nos da fisonomía propia en el concierto internacional. El arte, en sí, no es nacionalista; sus condiciones de universalidad lo ponen por encima de muchas formas convencionales de la vida social; pero sin localismos mezquinos que le darían una visión muy estrecha de las cosas, puede y debe sin desnaturalizar sus fines estéticos, apacentar su actividad en asuntos na-

cionales propios para dar consistencia a sentimientos que en todas partes tienen idéntica o parecida significación. En las peculiaridades de su naturaleza imponente y majestuosa, en lo típico de algunas de sus costumbres y en los heroísmos y vicisitudes dramáticas de su historia, ofrece Hispano-América un mundo inmenso todavía inexplorado, muchos filones de producción literaria que pueden dar de sí una verdadera riqueza artística. Esa orientación nacionalista es de suma necesidad para dar cabal idea de lo que fuimos, de lo que somos, de lo que podemos ser... Los estudios históricos son los que deben atraer con preferencia nuestra atención, pues tienen el privilegio de comunicar al espíritu los estremecimientos de una emoción patriótica intensa y avasalladora que repercute sana y fructuosamente en el alma colectiva. El patriotismo, en su fondo, no es ni puede ser una abstracción, un concepto puro, sino un sentimiento de verdadera fuerza social que pide a cada instante hechos que le impriman cierta virtualidad y cierto colorido plástico propio para hacerlo accesible a todos, y para que, en cierto instante, dé la medida de la irreductible disposición de un pueblo a sepultarse entre escombros antes que ser fácil presa de ignominiosa dominación extranjera...

Esa dirección nacionalista va acentuándose, tomando cuerpo en la producción literaria de varios de estos pueblos, y no es difícil augurar que, en breve, a medida que se tenga noción consciente de lo que ella significa, tendrá mayor número de cultivadores conspicuos. En Venezuela ha florecido hermosamente el *criollismo* de Urbaneja-Achelpohl, y en la Argentina dos escritores notables, Roberto J. Payró y Lamartiniano Leguizamon cultivan un nacionalismo muy vigoroso e interesante. Y en el Uruguay, mi ilustre amigo José Enrique Rodó, influido por el estudio del teatro español del siglo 17 —conforme ha declarado en un diario montevideano— propónese estudiar la conquista y colonización de América en sus figuras más representativas sintiéndose principalmente atraído por una de ellas: Hermano Arias de Saavedra. Aquí, en Santo Domingo, se han hecho también ensayos más o menos felices de ese género. Todo ese movimiento nacionalista, aparte de su objetivo de robustecimiento de la personalidad autonómica de cada uno de estos pueblos, contribuirá grandemente, yo así lo espero, a un fructuoso acer-

camiento de ellos, aproximación necesaria para llegar a ese ideal de vigorosa y perdurable solidaridad hispano-americana que fulge como la más hermosa visión del porvenir de las repúblicas de América en que se habla la lengua castellana... En este deficiente libro consagrado exclusivamente a una parte de la producción intelectual de esas repúblicas, palpita a cada instante un ideal de confraternidad hispano-americana cimentada en una efectiva unidad de ideas, de aspiraciones y de leyes, tal como fue, hace noventa años, el sueño glorioso, el magnífico anhelo de aquel taumaturgo de la victoria, de aquel titán creador de naciones que se llamó Bolívar, quien, por encima de las preocupaciones e ignorancias de su época, vislumbró con la profética intuición de su gigante espíritu, que sólo por medio de una unión cada vez más íntima podrían las flamantes repúblicas hispano-americanas asentar sobre bases sólidas su precaria independencia y practicar fructuosa y conscientemente las instituciones de la democracia moderna.

LETRAS
POR RUBÉN DARÍO

He recorrido con viva delectación este libro interesante, de fácil y amena lectura, muy valioso y apreciado obsequio del gran poeta y escritor que tan hondamente ha marcado su huella luminosa en el moderno florecimiento de las letras hispano-americanas. Sean cuales fueren los yerros más o menos resalantes que un sereno espíritu crítico desprendido de prejuicios de escuelas o de cenáculos podría señalar en uno que otro aspecto de su obra literaria ya felizmente poco discutida, no es posible para ningún sincero y consciente observador de toda su fecunda actuación intelectual poner en tela de duda que Rubén Darío ocupa merecidamente, ganado en buena lid, el puesto quizás de más alta resonancia en el curioso, vario y aun poco conocido movimiento de renovación de la anémica viva literatura hispano-americana. Nadie desconoce su obra de innovación o remozamiento de formar métricas de acentuado prestigio secular en el fecundo sentido de capacitarlas cumplidamente para la expresión, serena y exquisitamente artística, de diversas y flamantes ideas de expansión estética. Había forzosamente que modificar o transformar esa literatura enteca, empantanada en un falso e incongruente clasicismo y en exageraciones y extravagancias de sabor pronunciadamente romántico, curándola más o menos radicalmente de la anquilosis tradicional y en cierto punto académico que la condenaba a permanente monotonía esterilizando todos los esfuerzos aun los más resonantes de inteligencias privilegiadas e impidiendo que llegase hasta

ella el aire vivificante de la vida contemporánea en sus más salientes y prolíficos aspectos. Se imponía de todo punto la necesidad apremiante de iniciar vigorosamente un proceso de renovación amplio y comprensivo, en sentido principalmente artístico, de arte libre, de arte humano, libertado casi enteramente de cierto retoricismo convencional, vacuo e incoloro. De urgencia era ya un modo o modos de expresión artística capaces de traducir con potente fuerza personal acentuadas modalidades de nuestro tiempo, estremecimientos y orientaciones de la mentalidad contemporánea, ideales en continuo propósito de adopción que marcan curiosos rumbos siguiendo el movimiento social, y cosas que en cierto sentido trascendente caracterizan, precisan e intensifican algo de actualidad, no de mera *literatura*, sino de verdadero valor humano privativo de la vida que en nosotros y en torno nuestro se desenvuelve conforme al ritmo de un oscuro y misterioso dinamismo.

En ese empeño de imprescindible renovación de una literatura enmohecida y cada día más menesterosa de vivificante savia, empeño plausible desde cualquier punto de vista que se le mire, ha sido Rubén Darío el genuino y más caracterizado paladín, y ello sin darse en ningún momento tonos de maestro indiscutible, dogmático, lo que sin duda le hubiera disminuido gran parte del mérito leal y tesoneramente granjeado. Esas novísimas orientaciones ya no sólo en la América de origen hispano sino en la misma España, siempre impregnada de cierto espíritu muy visible de tradicionalismo, han determinado, en la juventud principalmente propensa de continuo a todo linaje de arresos, más o menos potentes corrientes de ideas encaminadas a remover en forma apropiada modos de sentimiento y de expresión en vías de fosilizarse y a dar mayor amplitud, flexibilidad y matices al idioma estancado en un concepto estérilmente restrictivo. En ese movimiento adviértense verdaderos propósitos de sinceridad, deseos de alcanzar y aprisionar en las áureas mallas del ritmo y en una prosa pictural y sugerente exquisitas visiones de belleza, y todo eso, en la mayoría de los consagrados a tal labor, culminando en un casi completo desligamiento de toda proyección espiritual bastarda, de todo lucro mezquino, puesta sola la mirada en un ideal soberano y excelso de arte bello, de casi exclusiva finalidad estética. Para el genial autor de

Cantos de vida y de esperanza, ese ideal constituye el supremo goce y su verdadero *desideratum* como artista únicamente consagrado al culto de lo bello, de la eterna belleza, esparcida con profusión en la realidad que nos envuelve y penetra, pero sólo bien observada, bien aprehendida, bien sentida por muy contados espíritus de selección. Quizás en estos últimos tiempos el encrespado oleaje de resaltantes realidades mundiales tocando con alguna fuerza en su espíritu lo ha desviado en algo, en contadas ocasiones, de la apacible y radiante senda primitiva, de su arraigada creencia de arte exclusivo, desinteresado en el más noble sentido del vocablo, insinuándole que el poeta, el escritor, son y deben ser de su tiempo, que quien por gracia de lo alto posee una lira o maneja una pluma no puede ni debe permanecer aislado, sibarita solitario, en la olímpica torre marfileña de un radical subjetivismo, comprendiendo la vida como condensación unilateral que se compendia y resume en la visión artística, que se concreta al disfrute constante y exclusivo de lo bello, sino como lo que es la vida íntegramente, como debe verse y sentirse, en toda su vasta urdimbre, proteiforme, sin linderos que la circunscriban, desenvolviéndose en perspectivas infinitas... Así comprendida, el poeta, el genuino poeta como él, el escritor de ideas y no de gárrula palabrería, no deben permanecer aislados de la realidad hirviente y tumultuosa, a modo de sacerdotes apolíneos encerrados en mármoreo templo, sino bajar de continuo a la candente arena en que chocan estrepitosamente los arduos problemas que tan hondamente preocupan la mentalidad contemporánea, embrazar el fuerte escudo y lidiar con firme decisión por el triunfo de las cosas que entrañan objetivos ingentes y salvadores; poner todas sus energías espirituales en el magnífico empeño de cristalizar ideales que se encaminen resueltamente a operar graduales y necesarias transformaciones en la vida colectiva cada vez más orientada en un sentido de amplios y efectivos adelantos culturales...

Cerca de treinta años, como quien nada dice, han pasado desde que leí unos versos de Rubén Darío, de los primeros partos de su numen sin duda, unas preciosas redondillas al Arte publicadas en la *Revista Científica* de Santo Domingo, y las cuales, ni por su fondo y sus peculiaridades de formas permitían vislumbrar al audaz innovador, al remozador de viejos moldes

rítmicos, que tiempo después iba a revolucionar la métrica castellana con el empleo de formas desconocidas o poco menos plenas de extrañas cadencias y sonoridades. Después de eso he seguido con creciente interés, con no cansada atención, toda su vasta y rica labor —no toda de oro puro naturalmente— pero que en su porción más numerosa, en su parte netamente artística, vincula relevantes cualidades de brillantez y de relativa perdurabilidad como poquísimas producciones de estas últimas décadas. Desde *Azul*, el primoroso librito que mereció un juicio muy notable del autor insigne de *Pepita Jiménez*, me es familiar cuanto ha producido este maravilloso artista de la frase, este mago de la rima, sin que en ningún momento hayan menoscabado sus altos quilates intelectuales ciertos rumbos falsos, ciertos extravíos de imaginación, ciertas artificiosidades que, aquí y allá, en medio de incontables bellezas de pensamiento y de expresión pueden advertirse en algunas partes, las menos salientes y celebradas, de su riquísimo acervo poético. Todo innovador, queriéndolo o no, incurre, por regla casi general, en tales pasajeros y poco importantes deslices. Aun poseyendo, en alto grado, como acaece a muchos, el verdadero sentido de la medida, de las proporciones, de la trabazón armoniosa de las partes, de la visión sin deformidades de las cosas, cualidades peculiares de todo genuino artista, son rarísimos, como diamantes de a libra, los que en su trayectoria de innovadores, de reformadores, en cualquier aspecto de la vida, saben abstenerse prudentemente de traspasar ciertas fronteras detrás de las cuales sólo impera con absoluto dominio, lo exageradamente hiperbólico, lo extravagante, los alucinamientos imaginativos, lo que siempre suena a hueco por más que aparezca revestido de exterioridades deslumbrantes, de apariencias miríficas y exquisitas. En determinados casos —Rubén Darío no se encuentra comprendido en ellos— la evidente carencia de un bien equilibrado y depurado criterio estético hace fracasar irremisiblemente, no obstante cualquier resonante éxito momentáneo, el propósito innovador que no tenga firme asidero en modos o aspectos de la realidad íntima u objetiva forzosamente circunscrita a demarcaciones más o menos precisas determinadas por nuestro organismo sensorial al aprehender la faz positiva del mundo fenoménico con que vivimos estrechamente compenetrados...

En Rubén Darío he admirado siempre el dominio de cierta técnica peculiarísima, su originalidad en continua tendencia de evolución, su potencia imaginativa, su riqueza verbal, su sentido exquisito de los matices, su permanente inclinación a ciertos refinamientos de expresión en su mayor parte adecuados y felices, y cierto simbolismo, raras veces obscuro e incongruente, de contornos de vaga y sugestiva imprecisión en que tiende a encerrar aspectos efímeros de la vida que en ciertos momentos de inspiración (de *inspiración* aunque esta palabra carezca ya de positivo sentido para algunos escritores superficiales) tienen para él como valor sustantivo por más que los vea por lo general casi inmediatamente esfumarse en un nuevo aspecto de esas mismas cosas siempre en proceso de constante renovación. No es posible analizar en los estrechos límites de estas líneas cuanto integra la compleja psicología del eximio autor de *Prosas profanas*, cosa que juzgo indispensable para ahondar en los más curiosos y relevantes aspectos de su obra literaria, la más curiosa e interesante quizás del movimiento intelectual de estas repúblicas. La personalidad del ilustre poeta nicaragüense o argentino, (se dijo que últimamente se había hecho argentino, aunque no lo sé a ciencia cierta) ha sido ya bien estudiada por la crítica seria y circunspecta (conozco excelentes estudios de José Enrique Rodó, Andrés González Blanco, Pedro Henríquez Ureña, etc.) que ha sabido poner de relieve todas las peculiaridades de su fecunda actividad mental que forman el conjunto de su individualidad poderosa, típica, la más representativa del más fecundo movimiento de renovación que puede señalarse en el florecimiento de las letras en Hispano-América.

La última obra de Rubén Darío, motivo de este somero estudio, intitulada *Letras*, se compone de fáciles y agradables artículos de crítica espontánea, *vivida*, sincera, de escasa profundidad, plena de *nuances*, suave y luminoso rozamiento de un alma de selección con otras almas escogidas, en que se sienten las palpitations de un espíritu exquisitamente artístico, noble y amplio, exento casi siempre de prejuicios y de convencionalismos ofuscadores. En prosa grácil, alada, luminosa, refleja su pensamiento o su emoción atento sobre todo a aprisionar en ella sugestivas visiones de las cosas bellas esparcidas con profusión en las creaciones de los ingenios que han motivado sus

rápidos y serenos juicios. De estos estudios de escasa cohesión, de cierto impresionismo casi enteramente superficial, se desprende a cada paso un fulgor de arte puro, personal, libérrimo, y un perfume de serena y radiante belleza no enturbiada por el hálito de utilitarismos mezquinos, de escepticismos disolventes, de perturbaderas y negros pesimismos... Quizás algo del concepto crítico de Rubén Darío se aproxime a lo que sugiere esta frase que copia de Andrés Ruyters, quien refiriéndose al poeta y escritor inglés Arthur Symons (objeto de un bello estudio de Rubén en este libro) dice que "posee en el más alto grado ese don de animación que hace de la crítica, no una fría policía literaria, sino una viva y ardiente interpretación"... En todos estos estudios saturados de un amplio y generoso espíritu de benevolencia se siente a cada instante el soplo de un sentir cosmopolita, poco *literario* en lo esencial, aunque casi siempre de tonos profundamente humanos. Parece como la obra de un artista nacido y educado en un medio de refinada, compleja y avanzadísima civilización. La nota hispano-americanista resuena pocas veces en estas páginas. Algo de eso muy vago brota, sin embargo, a modo de tenuísimo aroma, en los bellos conceptos que consagra al malogrado escritor José Nogales. Algo como una fugacísima evocación de la tierra se desprende de un párrafo de ese artículo en que rememora ligeramente algo de su infancia en la ciudad de León, en Nicaragua. El artículo "Letras dominicanas" resulta incompleto, demasiado rápido, insuficientemente documentado. Alma refinadamente artística, de cambiantes y hermosos reflejos, en que un arraigado concepto de sano y vibrante optimismo como que impide el crecimiento de gérmenes morbosos de pesimismo, de ese pesimismo elegíaco que forma la más resaltante modalidad de muchos poetas modernos; alma sin honda emotividad en que no estalla jamás la pasión con sus terribles desbordamientos, ni la llamada de ideas de transformación social ilumina sus jardines interiores, Rubén Darío es ante todo y por encima de todo artista, artista genial y soberano. Peregrino de la eterna Belleza, su única diosa, donde quiera que posa la planta recoge con íntima fruición cuanto aparece para él como estructurado para evocar sensaciones artísticas; paladín exclusivo de lo armonioso, raro, perfecto, menospreciando o viendo con desdeñosa indiferencia lo

demás, pasa por la vida sin fijarse, ofuscado por los resplandores de su hermoso ideal, que también hay en el mundo otras grandes excelsitudes, Verdad, Justicia, Patria, que reclaman a toda hora el entusiasta concurso de todas nuestras más altas y prolíficas energías espirituales.

PUESTAS DE SOL
POR LUIS G. URBINA

Hace ya varios días que —con el propósito de decir algo sobre él— tengo en mi mesa de estudio este precioso tomo de ritmos que de México, la ciudad legendaria y gloriosa, me envía uno de los más eximios cultivadores de la lírica hispano-americana. Con verdadera fruición he leído todos los versos que contiene este interesante volumen. Y no es de ahora que, como de Gutiérrez Nájera, de Díaz Mirón, de Amado Nervo, me sé de memoria muchas vibrantes y hermosas estrofas de Urbina. El autor de *Ingenuas* es uno de mis poetas predilectos, de esos cuyos versos me complazco en recitar, muchas veces a solas, con íntima voluptuosidad estética, cuando, fatigado el espíritu por su ascensión a esas altas e iluminadas cumbres de la mentalidad contemporánea que se llaman Nietzsche, W. James, Bergson, Benedetto Croce..., experimenta el deseo de hacer un alto, de reposar un momento, de detenerse a la sombra refrescante del encantado y bienhechor oasis de la excelsa poesía... En Urbina, detrás del copioso follaje de imágenes de fascinadora belleza, detrás de la bien dispuesta ornamentación pictórica, detrás de los hilos de luz que forman la urdimbre de sus versos, palpita un alma, una verdadera alma de poeta, alma sanamente romántica con vistas a cierto modernismo amplio y sugerente, medurado y discreto, exento por entero de las trivialidades y toques efectivos que para muchos miopes de espíritu vinculan como el *summum* de la perfección literaria. Urbina recorre sin visible esfuerzo toda la gama de su rica sensibilidad, sin caer, co-

mo tantos otros, en posturas estudiadas, en un efectismo de pirotecnia, en una artificiosidad rebuscada; todo lo que, en el fondo, bien examinado, no sirve sino para encubrir la carencia de potente proyección psíquica, de íntimos estados emocionales, de lo que es, de lo que constituye la poesía: la intensa vibración rítmica de un alma, producida por acentuadas reacciones de su sensibilidad ante determinados aspectos de la realidad circunstante o por muy hondos anhelos e inquietudes de su mundo introspectivo... Lo demás, lo que la generalidad, inconsciente u ofuscada, considera, denomina poesía, no es, en realidad, sino convencionalismo de expresión más o menos aparatoso y raro, mero ejercicio retórico sin enjundia que casi nunca abre en el espíritu el surco de una impresión estética acentuada y durable.

Aunque con mayor dominio de la forma, con técnica más propia y capaz, en *Puesta de sol* aparece, sin ninguna diferencia característica de fondo, el mismo poeta nostálgico y armonioso de *Ingenuas*. Esos dos bellos tomos de versos, etapas interesantes de un personal desenvolvimiento poético, no acusan ningún esencial cambio de orientación en la personalidad poética de Urbina. Del uno como del otro libro fluye cierta vena de limpia agua romántica que se desliza suave y dulcemente, esparciendo gratos y misteriosos rumores por donde quiera que pasa... He dicho varias veces que no acepto, sino muy relativamente, esos distingos de escuelas, esas clasificaciones arbitrarias, casi siempre convencionales, de que se echa mano a cada paso para precisar la filiación literaria de un poeta o de un prosador, pues, en muchos casos, las modalidades más íntimas de emoción y aun de pensamiento, como ciertas sustancias incoercibles, se escapan a toda tentativa de aprisionamiento, y de ahí, por la notoria impotencia del crítico para realizar una obra de completa y rigurosa clasificación, tantos errores, tantas equivocadas apreciaciones sobre intelectualidades de muy personal y pronunciada estratificación psíquica. En las estrofas de Urbina, por muchos conceptos impecables, resalta, por lo general, esa estrecha compenetración de lo íntimamente subjetivo con la *manera*, con el modo refinadamente artístico de expresarlo que constituye, en todos los casos, la más alta perfección a que puede aspirarse en la obra literaria. Sus versos brotan de lo más íntimo, de lo más recóndito, de allá de muy adentro, rebosantes

de armonía, de color, de perfume... Su poesía carece indudablemente (en *Arengas líricas* hay, sin embargo, algo de esto) de cierta objetividad o trascendencia social; traduce poco las dolorosas dudas e inquietudes del alma moderna, desorientada y confusa, frente a pavorosos problemas; no tiene ese don de adivinación, de *profecía* que Shelley adjudica al poeta; pero es en bastante grado efusiva, sugerente, individualista sin encerrarse en un exclusivismo personal estrecho, como rica y bella floración de un alma henchida de nobles anhelos que acepta con filosófica resignación muchas cosas tristes de la vida; como obra depurada y selecta de una personalidad eminentemente sincera que sólo pretende dar salida, reflejar artísticamente, lo que cae bajo su radio visual y lo que inquieta y atormenta su espíritu.

La cualidad más notable, a mi pensar, en la obra poética de Urbina, lo que me parece le imprime cierto relieve característico, es su unidad, precisa y definida en bastantes aspectos, como bien se ve cuando se sigue con atención toda la luminosa trayectoria de su personalidad de poeta. Es la unidad, no tan común como se piensa, de un alma que se contempla a sí misma, y se aísla, en cierto sentido, en medio del embravecido oleaje de la vida, sin sufrir el contagio de repugnantes fealdades sociales, sin desviarse ni un ápice de su solitario camino, libre de nocivos contactos, para poder *vivir*, a modo de sacerdote apolíneo, en una serena y perpetua oblación a la eterna Belleza. Esa "unidad magnífica de un libro, de un diamante y de una vida" de que habla el grande y olvidado Díaz Mirón, se me antoja ver, salvo en uno que otro detalle, resplandeciendo con no amortiguado brillo en toda la obra poética de Urbina. Difiere en eso de otros muy justamente celebrados poetas hispano-americanos de personalidad varia, proteiforme, de fases muy distintas, Leopoldo Lugones, pongo por caso. Y cito al gran poeta argentino porque para mí, en la hora presente, él representa, personifica (quizás mejor que el mismo Rubén Darío por varios conceptos) los aciertos y excelencias y los defectos y extravíos de una parte, la más interesante, curiosa y discutida, del movimiento literario de Hispano-América. Hace ya tiempo que críticos sesudos han echado de ver la falta de unidad que hay en la personalidad poética de Lugones, aunque excelencia mejor que un verdadero defecto. Al través de la riqueza ideológica, de la fuerza imagina-

tiva, de la potencia verbal, del pensamiento multiforme, de la cambiante sensibilidad del autor eximio de *Los crepúsculos del jardín*, se me figura ver bastante de lo que es para muchos lo contrario de lo que distingue al genuino poeta, la *diseminación* gradual de una personalidad que se diluye, se esfuma casi, al pretender, saliéndose a cada instante de su íntima estructura subjetiva, *personalizar* aspectos y cosas complejas y aun contradictorias de la Vida que sólo por un potentísimo artificio imaginativo aprehende, asimila y exterioriza... En la última y muy discutiva obra de Lugones, *Lunario sentimental*, cuajada de innegables bellezas de ideas y de expresión, exhíbese con frecuencia, no es posible negarlo, un sello de mal disimulado artificio, de rebuscamiento fraseológico, que, en parte, roba a sus versos esa nota de espontaneidad y relieve emotivo que vinculará siempre lo insustituible y lo característico de toda poesía realmente sentida.

Toda el alma de Urbina, espontánea, poco compleja, sin complicaciones cerebrales, sin muy acentuados arranques pasionales, puede condensarse en estos expresivos versos suyos:

*Amé, sufrí, gocé, sentí el divino
soplo de la ilusión y la locura;
tuve una antorcha, la apagó el destino,
y me senté a llorar mi desventura
a la sombra de un árbol del camino...*

Este primoroso volumen de versos resulta un verdadero florilegio. Una serena visión de belleza ilumina todas sus páginas. El léxico es selecto, suficientemente abundante, sin lujo de palabras novedosas; y la forma rítmica, sin apartarse demasiado de las combinaciones más usuales, no deja, con todo, aquí y allá, de demostrar plausibles empeños de no encararse por completo en un rutinarismo de metrificación y de rima que no pocos consideran como de valor *clásico* sagrado e intangible... Urbina maneja gallardamente el soneto, la forma poética más usada en este libro. ¡Qué bellos son los sonetos de *El poema del lago*! En ellos el poder descriptivo, bellamente pictórico, sin tonalidades chillonas, sin recargados arabescos, tiene toda la intensa voluptuosidad del color y de la línea cuando un artista, un

verdadero artista, los combina y armoniza en un conjunto de resaltante belleza. La melancolía, suave y dulce, en ocasiones de cierto diapasón acentuadamente doliente, que se anida en su alma, se esparce sobre la *realidad* circunstante, realidad que, en cierto modo, él *crea*, comunica vida intensa, y que, no es, bien examinada, sino como una dilatación de su personalidad, de su yo íntimo, aspirando a compenetrarse con el divino misterio de la gran Naturaleza:

*Es trágico el profundo silencio de las cosas
lo inanimado sufre dolencias pavorosas;
ignotos infortunios que no tiene consuelo
porque la vida es toda crueldad, y es inconsciente,
porque es la hora a todo dolor indiferente,
y es impasible y muda la soledad del cielo!*

En "El buey" ¡cuánta precisión en el dibujo y vigor en el colorido, cuánta fidelidad descriptiva que evoca no sé qué lejana reminiscencia virgiliana!:

*El animal camina con majestad estoica,
y ante la fuerza plástica de su figura heroica
despiértase un recuerdo clásicamente ambiguo;
que, a las evocaciones, es el buey melancólico
en la hoja de papyrus exámetro bucólico
y en el frontón del templo bajorrelieve antiguo.*

Románticamente delicado, tejido con áureos hilos de ensueños, es este exquisito madrigal:

*Era un cautivo beso enamorado
de una mano de nieve que tenía
la apariencia de un lirio desmayado
y el palpitar de un ave en la agonía.
Y sucedió que un día
aquella mano suave
de palidez de cirio,
de languidez de lirio,
de palpitar de ave,*

*se acercó tanto a la prisión del beso,
que ya no pudo más el pobre preso
y se escapó, más, en voluble giro,
huyó la mano hasta el confín lejano,
y el beso, que volaba tras la mano,
rompiendo el aire se volvió suspiro.*

En "Nocturno sensual" esplende una vigorosa plasticidad de visión, una intensa fuerza evocatriz, en que un recuerdo doloroso y macabro, se precisa admirablemente. Así termina:

*¿Qué tienes? me dijiste, mirándome lasciva.
¿Yo? Nada... Y nos besamos...
Y así, en la noche incierta,
lloré sobre la carne caliente de la viva,
con la obsesión helada del cuerpo de la muerta.*

Su íntimo subjetivismo como que se transforma, cuando, en ciertos instantes, se sale, en parte, de su mundo interior para ponerse en estrecho contacto con la realidad social. Nótese eso en "Arenas líricas", donde la sugestión de ciertos nobles y fecundos aspectos de la existencia colectiva, lo hace prorrumpir en vibrantes notas de fe, de amor y de esperanza. Así en la poesía "Los sembradores", dirigiéndose a los maestros de escuela, de la escuela luminosa y excelsa, templo de la vida en que, en la hora actual, se incuba el porvenir de libertad, de derecho y de justicia a que aspira nuestro mundo hispano-americano:

*Aquel que entre nosotros desmaye o desaliente;
aquel a quien no importa que la rosa reviente,
ni pugne siempre porque la nueva vida vibre
feliz, radiante, pura, dominadora, libre;
aquel de entre nosotros que no sienta el anhelo
de abrir botones de almas, de preparar el vuelo
de espíritus que apenas se asoman al obscuro
abismo de la vida, curiosos de futuro;
aquel que no posea la fe, la fe bendita,
la fe que entona y salva, la fe que resucita,
no siembre con nosotros, su esfuerzo será vano;*

*que la semilla santa no ocupe más su mano;
nunca a los sembradores del porvenir les falta
la fe que santifica, la fe sublime y alta...*

Y luego en "La patria futura":

*La Escuela es templo que alza su pórtico divino
a todos los que buscan verdad, bien y belleza;
aquí no se conjura la substancial tristeza
de la vida —ese atávico y angustioso tormento—
mas aquí hay siempre para las tempestades, faros;
para el poeta, musas; para el guerrero, aliento;
amor para las almas, y para el pensamiento
horizontes azules, luminosos y claros...*

En este tiempo de audaces falsificaciones literarias, en que de continuo se exhibe una *originalidad* incoherente, producto efímero de una visible falta de verdadero criterio estético o de un propósito de infantil vanidad, el poeta de *Ingenuas* y de *Puestas de sol* por lo elevado de su pensamiento, por la noble sinceridad de su emoción, por su forma rítmica, precisa, clara, sin afectación, en ocasiones marmórea, merece ser y es indudablemente una de las más brillantes y simpáticas figuras del movimiento literario hispano-americano.

EL PORVENIR DE LA AMÉRICA LATINA
POR MANUEL UGARTE

Apoyada en un asta de que cuelga la bandera de las estrellas y de las fajas rojas y blancas un águila extiende su cabeza hasta tocar con el pico el istmo de Panamá... Los países comprendidos en la tercera zona —según la clasificación de Ugarte— México, las seis repúblicas centrales y las Antillas, la zona más expuesta por su proximidad al coloso, aparecen como fáciles presas de aquella soberbia ave de rapiña. Tal es el cuadro representado, con vivo colorido, en la cubierta de este libro de verdadero interés para todo hispano-americano que quiera darse aproximada cuenta de la formidable amenaza que se cierne sobre estos pueblos de procedencia ibérica. En esta obra, no obstante cierto optimismo ecuánime, reposado, razonable, vislúmbrense a cada paso las inquietudes, angustias y zozobras de un espíritu de selección, que, sintiendo hondamente las incertidumbres de lo que vendrá, examina, por lo general atinadamente, los puntos de verdadera consistencia en que puede apoyarse la colectividad hispano-americana para rechazar de manera victoriosa cualquier intento, venga de quien viniere, enderezado a despojarla de sus atributos de vida autonómica, de la excelsa herencia moral que constituye el más alto patrimonio de nuestra raza, poniendo también de bulto con la necesaria claridad los puntos débiles de nuestra existencia social que urge reformar y fortalecer para conservar, en toda su indispensable integridad, esa íntima fuerza espiritual que cohesiona el sentimiento de nacionalidad en Hispano-América. Los que vivimos

en la zona situada en la vecindad del gigante, la más fácil para él de agredir y avasallar por su debilidad orgánica y la influencia económica que en ella tiene, podemos encontrar abundantísima materia de reflexión en el sugestivo libro de Ugarte. Porque no hay que andarse por las ramas. El peligro es grande en realidad, si de nuestra parte, avizorando con la serenidad la situación con todas sus circunstancias atinentes, no ponemos en juego, hábil y oportunamente, los medios de evitarlo en la forma que lo permitan los recursos de diverso linaje de que podemos disponer para la conservación, respetada e íntegra, sin mutilaciones humillantes de soberanía, de la patria, de la herencia espiritual acumulada por los siglos que ese concepto de patria vincula, de lo que, en una palabra, presta a cada una de estas veinte repúblicas personalidad propia y hasta cierto punto inconfundible. En estas páginas vibra a veces intensamente como una dolorosa interrogación al destino. En ellas se demarca con firmes trazos, sin dubitaciones, sin cobardías de pensamiento, la línea infranqueable de separación que hay entre las dos Américas, la radical antinomia que, determinada por factores étnicos de estructura íntima y por accidentes exteriores, existe entre las dos grandes razas que ejercen el señorío de este Continente. Que la unión íntima de ambos resulta imposible, cosa es que salta a la vista de quienes se propongan ahondar en este punto de capital importancia. Aleccionados por los hechos vamos ya reconociéndolo nosotros, y los mismos norte-americanos también, pues hay entre ellos numerosísimos que, en discursos y en la prensa, no se recatan para decantar en todos los tonos una superioridad étnica hartamente discutible y un elevado grado de cultura que dista bastante, en muchos aspectos, de poseer los quilates que el olímpico orgullo del imperialismo yanqui le concede.

En toda revolución destácanse siempre, aun muchas veces veladas por apariencias engañosas capaces de desorientar a no pocos observadores vulgares, dos factores esenciales que convergen a cierto punto más o menos visible, explicando suficientemente la naturaleza del cambio que implica todo movimiento revolucionario de relativa importancia. El primero, el más importante de esos factores, es el ideal, el que sintetiza una dirección espiritual, y el otro, el representativo de aspiraciones de

mejoramiento económico a veces vagamente precisadas. El factor ideal traduce siempre con la necesaria amplitud estados de alma personales o colectivos, orientaciones de espíritu bien caracterizadas, y productos, por regla general, de un corto grupo de personalidades conspicuas de positivo valer intelectual, al paso que lo que llamamos factor económico, disimulado bajo formas casi siempre muy pronunciadas de un interés general supuesto o real que fascina hondamente en muchos casos la imaginación popular siempre propensa a tales deslumbramientos, encubre, ha encubierto en no pocas ocasiones, ideas mezquinas de lucro personal o apetitos desordenados de grupos más o menos numerosos y coherentes. Creo firmemente que en la génesis de la epopeya emancipadora de América, predominó, con formas diversas muy características, el primer factor, el ideal, la impulsión emanada de ideas o de sentimientos exclusivamente encaminados a la realización de finalidades de suprema alteza moral. En su primera etapa de desenvolvimiento, salvo quizás en el Río de la Plata, donde ciertas circunstancias como que daban la primacía al factor económico, la revolución hispano-americana, en su parte principal, fue la obra consciente de una *élite*, flor de brillante cultura que por raro concurso de circunstancias creció en el raquítrico jardín colonial, nutrida en varios que la componían con ideas de la Enciclopedia, con algunas de las afirmaciones lanzadas por la gran Revolución francesa desde la cúspide encendida de sus Asambleas, y fortificada en sus propósitos de redención por el edificante espectáculo de las trece antiguas colonias inglesas constituidas en una república que por el estrecho maridaje de la libertad con el orden cumplía provechosamente determinados objetivos de vida nacional. En ese núcleo luminoso de hombres conspicuos, en las almas que lo formaban, fulguraba a toda hora un ideal de libertad y de justicia, de cierto colorido romántico, al que se asociaban reminiscencias clásicas, visiones deslumbrantes de los mejores tiempos de la antigüedad greco-romana. Los intereses de otro orden, las aspiraciones a un mejoramiento colectivo económico de por sí muy naturales, tenían para esos hombres, encariñados con su magno ideal de libertad política, un puesto de segundo orden o cosa semejante. En esas almas entusiastas y generosas donde aun no había caído la helada del escepticis-

mo, sólo había sitio para ideas de renovación vinculadas en una transformación de carácter político principalmente que barriese las preocupaciones y rutinarismos seculares que impedían el ejercicio de los derechos de la personalidad humana indispensables para una fructuosa existencia individual y colectiva.

Y por esa misma pureza y elevación de ideas, teniendo ante ellos un inmenso rebaño de gente inconsciente apacentada en un tradicionalismo de hondo arraigo mental que determinaba, en algunas porciones de ese rebaño, una hostilidad franca y decidida hacia la magna empresa redentora, esos hombres muy superiores a sus medios respectivos, cuando el ideal separatista no había cristalizado definitivamente y aun parecía comprometido, vieron, despreciando accidentes locales, intereses de campanario, con mirada capaz de abarcar y enseñorearse del conjunto, cual era el modo mejor de proporcionar a ese mismo conjunto, a ese todo, bases de positiva consistencia material y moral, para de esa manera, por medio de la aproximación de todas sus partes, ir realizando una unidad fundamental en que formas de vida regional cupiesen sin estorbarse, a fin de impedir el fraccionamiento, lo que sucedió casi inmediatamente, dando lugar a que en cada uno de los países libertados, como en terreno bien abonado, floreciese un centralismo asfixiante de que iba a brotar copiosamente el espíritu de banderías, el anodamiento de los principios, el partidarismo sin orientaciones fecundas, el caudillaje estulto y desapoderado, bufo y sangriento, que tan negras páginas tiene en la historia de América. Todas esas circunstancias, en resumidas cuentas, han impedido la total incorporación de algunos de estos países al movimiento luminoso de progreso indefinido que constituye la civilización moderna. Olvidando o desconociendo que la vida es movimiento incesante, transformación continua, *creación* permanente, los prácticos de la hora, no pocos de regular cultura entre ellos, soñaron con establecer instituciones de carácter estacionario, de fijeza y solidez capaces de desafiar la marcha incontrastable de las cosas, para sobre esas instituciones que juzgaban perfectas o poco menos levantar el edificio de una oligarquía que pensaron era a todas luces necesaria para consolidar la independencia de las nuevas repúblicas y mantener celosamente sus prerrogativas partidaristas. Llamaron paz pública —y para

mantenerla apelaron a toda clase de medios coercitivos, aun los más terribles y salvajes— a una paz impuesta, sin horizontes de mejoramiento que, en la mayoría de los casos, sólo era la explotación a mansalva del pueblo, de la inmensa mayoría, en beneficio exclusivo de unos pocos, de una oligarquía que, desde las alturas, hacía de continuo restallar la fusta de su cólera, sobre las contadas cabezas que esbozaban una protesta contra situaciones adversas a la realización de salvadores fines sociales.

Los hombres superiores que al iniciarse el proceso de la emancipación de la América de civilización latina pusieron toda su inteligencia y toda su energía al servicio de tan colosal empeño, comprendieron con admirable clarividencia donde radicaba el mal, la debilidad orgánica que iba a impedir la evolución progresiva de estos países, y por eso, desde el principio—sobran los datos para demostrarlo cumplidamente— idearon aproximarlos, unirlos lo más estrechamente posible, formando con todos los flamantes Estados, siquiera fuese aproximadamente, una gran Confederación íntimamente cohesionada por una salvadora comunidad de aspiraciones, ideales e intereses. La mejor prueba de que esa era y es la única vía de salvación, lo demuestran los intentos sucesivos, durante la guerra de independencia y después de ella, de celebrar Congresos en que trazar las líneas luminosas de una unión sólida y permanente. Y cosa singular y hasta la fecha poco vulgarizada. Los Estados Unidos no figuraban entre las naciones invitadas por Bolívar para el Congreso que se proponía celebrar en Panamá. Si lo fueron después, debióse exclusivamente a la ingerencia de Santander, Vicepresidente de Colombia. En un trabajo muy circunstanciado sobre aquel Congreso (*Confraternidad americana*) dice su autor el distinguido escritor J. L. Andara lo siguiente que no tiene desperdicio: "Según el historiador argentino Mitre, el Libertador manifestó a los Comisionados argentinos, en Potosí, en Octubre de 1825, que él había sido de opinión de no invitar a los Estados Unidos al Congreso panameño, lo que se había verificado por iniciativa exclusiva del Vicepresidente Santander a quien manifestara que dada la participación era más conveniente eludir la reunión de los Plenipotenciarios americanos en el Istmo, lo que felizmente estaba salvado por cuanto dichos Estados no concurrirían". Vese, pues —Andara se fija en ello— co-

mo Bolívar, cuando aun no podía presumirse el actual inmenso progreso del coloso del Norte, por no sé qué especie de adivinación genial, miraba quizás, al través de las brumas del porvenir, erguirse en todas sus presentes formidables proporciones el gigante que algunas décadas más tarde iba a proyectar su sombra letal sobre toda la América de procedencia española.

En la primera parte de este interesante libro, *La Raza*, con acertado criterio y vigorosas pinceladas, pone Ugarte de manifiesto cuanto integra la estructura étnica de las colectividades que forman la América latina. Si en muchas partes, en los países correspondientes a la segunda y tercera zona de que habla Ugarte, se conserva, sin alteraciones sustanciales, lo que, en cierto modo, podríamos llamar tipo étnico colonial, producto en que, conforme a circunstancias regionales, aparecen mezclas, en proporciones más o menos densas de población caracteres fisiológicos y psíquicos del español, el indio y el negro, en la zona del extremo meridional, en la considerada *indemne* por su alejamiento del coloso y por otras circunstancias resaltantes, ese tipo colonial ha empezado un visible proceso de evolución, a modificarse a ojos vistas, sin perder por eso, hasta ahora por lo menos ciertos rasgos distintivos, debido a su mezcla con elementos casi en su totalidad de origen latino, italiano principalmente, que por su número cada vez mayor, va creando modalidades psíquicas que pueden anular con su flamante estructura étnica formas de vida autóctona de todo punto indispensables para mantener contra viento y marea un radical y consciente nacionalismo, que es lo único, exclusivamente lo único, que puede preservar estos Estados de reciente formación, de escasa historia, de deficiente coherencia, de la pérdida de su individualidad, de lo que les presta fisonomía propia, de lo que revisita a un país, grande o chico, de distintiva personalidad, dándole un puesto más o menos visible en el concierto internacional y en la historia. Dos son, a mi ver, los problemas trascendentales a que tiene que consagrar el latino-americano preferentísima atención, si no quiere contemplar el doloroso espectáculo de la extinción de la vida nacional de estos pueblos y su rebajamiento a la denigrante categoría de colectividades sociales sujetas a un humillante protectorado o a un ignominioso yugo extranjero. En el Sur, en la zona *indemne*, el problema de evitar

que corrientes de inmigración cada vez más pujantes rompan a la larga cierto equilibrio étnico, absorbiendo lentamente al elemento nativo, a la población criolla, destruyendo por tal absorción el sello que imprime a los países radicados en esa zona característica expresión, lo que les da personalidad necesaria para sostener con dignidad un rango nacional de relativa importancia, pero alcanzado a costa de incontables heroísmos y abnegaciones. Todos los síntomas parecen indicar, sin embargo, que ese peligro, que se juzgó de suma gravedad y casi inevitable, pierde de día en día muchos de sus primitivos aterradores aspectos por las acertadas medidas adoptadas en los países de referencia para impedir, por cuantos medios sean eficaces para el caso, todo lo que, en cualquier sentido, tienda a menoscabar o a destruir el sentimiento nacional. Observador de los quilates de G. Clemenceau, el ilustre estadista francés, en un reciente e interesante trabajo (*Notes de voyage en Argentine et au Brésil*) se expresa en términos de calurosa admiración respecto del patriotismo argentino. En un pasaje de su curioso estudio dice con su habitual humorismo lo que sigue: "Non contens d'etre argentins des pieds á la tête, ces diables de gens, si on les laissait faire, nous *argentiniseraient* dans un tour de main"... Y más adelante, entre otras cosas, dice lo que a la letra copio: "En Buenos Aires, como en las provincias, he tenido mil ejemplos de ese patriotismo, todos semejantes. A un niño, hijo de emigrantes, le preguntamos si hablaba español o italiano, y nos contestó orgullosamente: en casa todos hablamos argentino. Debo decir que en las escuelas primarias, donde he recibido tales respuestas, la enseñanza por excelencia es la que se refiere al patriotismo como lo atestiguan los cuadros e inscripciones que hay en las paredes"... Claro está, pues, que por ese lado el peligro está evitado o en vías de evitarse...

El otro problema, el del imperialismo norte-americano, ofrece caracteres de mayor y de más inmediata gravedad. Y no es posible evitarlo con vanos eufemismos. Hay que considerarlo, como lo hace Ugarte, con viril entereza, sin sentimentalismos líricos, sin hacer resonar la trompa épica, con la serenidad de quien trata, por todos los medios conducentes, de darse cuenta de lo que alcanza a divisar, en el obscuro horizonte, en esta hora de angustias y perplejidades para los espíritus cultos de

nuestra raza que no quieren verla escarnecida o pisoteada por los audaces argonautas modernos. Cada vez es más honda la división entre las dos Américas: la anglo-sajona y la latina. No se requiere ser muy zahorí para advertirlo. El imperialismo yanqui se torna de día en día más agresivo, disimulando ya muy poco sus móviles verdaderos. De su espíritu humanitario, de su benéfica curatela de pueblos, ya sabemos fijamente a qué atenernos. Los últimos acontecimientos de Nicaragua nos dan la medida exacta de ello. Y el ejército yanqui que, en los actuales momentos, con pretextos más o menos especiosos se concentra en las fronteras de México, revela hasta la evidencia cuál es la protección que el yankismo entiende dispensar a los pueblos hispanoamericanos. De pasar eso entre naciones europeas, de reunir una de ella un poderoso ejército en las fronteras de otra, seguramente habría tal cosa determinado, casi inmediatamente, una guerra. Pero se trata de México que no está en condiciones de luchar con probabilidades de éxito contra sus poderosos y absorbentes vecinos del Norte. Si hasta ayer, puede decirse, había quienes se forjaban la ilusión de que del Norte podría venirnos no sé qué sarta de beneficios, ya no hay ciertamente quien respecto de ese punto pueda llamarse a engaño. En estos momentos, se necesita ser muy cándido para no comprenderlo, el imperialismo yanqui continúa, sin mayores obstáculos, su desenvolvimiento metódico y potente, echando a un lado, por entorpecedores, los últimos escrúpulos. Nada hay que esperar tampoco, como creen muchos que sólo se fijan en exterioridades resaltantes, de cambios más o menos radicales en la política interior de los Estados Unidos. Dominen republicanos o demócratas, aun con atenuaciones más o menos llamativas en la forma, en el fondo el resultado será siempre el mismo. Los Estados Unidos están lanzados en una vía que les sirve de permanente incentivo para su expansión comercial, para, venciendo por cualquier medio la competencia europea, colocar ventajosamente su producción, cada vez mayor, en zonas de consumo muy próximas y relativamente ricas como las nuestras por sus productos agrícolas. Si de tarde en tarde, voces aisladas de tribunos y de periodistas, resuenan indignadas recordando los viejos ideales de virtud y honradez republicanas que en un tiempo fueron el distintivo de aquella robusta democracia, tales

elocuentes admoniciones se pierden lamentablemente en el vacío... El pueblo yanki, en su inmensa mayoría aférrase cada vez más a una política expansionista que halaga su orgullo y satisface sus mayores apetitos.

Nuestra situación, bien entendida, frente al yankismo potente y cada vez más desligado de escrúpulos, no tiene, hoy por hoy, nada de ventajosa. Como se observa a flor de mirada, como lo puntualizó discretamente Ugarte, mientras los Estados Unidos presentan una masa compacta, reciamente estructurada, espiritualmente unificada en todas sus líneas generales, moviéndose en un ambiente propicio por completo a tales dilataciones, nuestras veinte repúblicas, escasamente pobladas, esparcidas en un inmenso territorio, distanciadas moralmente, algunas de ellas, más que si estuvieran separadas por miles de millas marítimas y por peculiaridades de sangre y de idioma diferentes; riñendo a cada paso por pedazos de tierra cuando, por lo general, les sobra territorio; conmovidas, en su mayoría, por frecuentes y desastrosas algaradas revolucionarias, carecen, en gran manera, de la consistencia, de la robustez espiritual indispensable para, sin vencer mayores obstáculos, formar un bloque moral que sirva de invencible valladar a cuanto dibuje la tendencia a privarlas de su independencia tan cara y gloriosamente conquistada. Lo que se impone, no obstante tales obstáculos, es trabajar con habilidad y tenacidad en la posible constitución de ese bloque de resistencia. No una sino muchas picas hay que poner en Flandes para realizar cumplidamente tan magno empeño. Pero hay que trabajar arduosamente en ese sentido, si no queremos perecer prematuramente sin honra y sin gloria. Para arribar a esa suprema unidad de espíritu, a la cristalización de la conciencia colectiva hispano-americana, al todo orgánico, capaz de avizorar sin temores, consciente de su propia solidez, el amenazante avance yanki, urge ante todo preparar los elementos capaces de determinar, lo más pronto posible, el común y satisfactorio estado de alma que debe ser la base granítica de la gran Confederación hispano-americana que soñó Bolívar, que vislumbraron otros grandes de América, y que muchos bien intencionados indican como el único remedio en esta hora de pavorosas incertidumbres para el alma latina en este Continente. Hasta ahora sólo estamos, puede decirse, en

los comienzos de esa evolución salvadora. Y pésele a los prácticos del montón, hay que reconcer, Ugarte lo indica de paso, que, hasta el día, más han hecho por dar vida al magnífico ideal de la confraternidad americana los poetas con sus vibrantes ritmos y los prosadores con sus cláusulas fulgurantes, que nuestros más empingorotados estadistas... Bien es cierto que en algunos de estos pueblos todavía colea cierto *pambeocismo* dirigente, que hace gala de despreciar cuanto se relaciona con altos ideales que llama despectivamente *sueños* o *visiones*, teniendo solamente en cuenta los efímeros intereses del momento, lo que está al alcance de su mano. Si ese ideal de unidad hispano-americano comienza a tomar consistencia, débese, en primer término, a las relaciones literarias que una *élite* intelectual procura hacer cada día más íntimas y frecuentes entre los pueblos americanos de habla española.

Razón que le sobra tiene Ugarte al afirmar que en el estado presente de la política mundial nada tenemos que temer de parte de Europa. Las naciones latinas de Europa son nuestras mejores aliadas. Para nuestro desenvolvimiento económico necesitamos capitales, y a nadie puede escaparse la consideración de que sería muchísimo más conveniente para nosotros que esos capitales indispensables para el desarrollo de nuestra vida agrícola e industrial fuesen de distintas procedencias nacionales, a fin de mantener un prudente equilibrio de fuerzas económicas, ya que, a la larga, resultaría en extremo peligroso que el capital importado perteneciese a una nación exclusivamente, que por ese hecho se creyera autorizada a intervenciones o a controles siempre enojosos y humillantes. Pero hay que ir dando la espalda a ciertos lirismos. En el estado presente de la civilización, lo económico como que va dejando en segundo término todos los demás aspectos de la vida social. Hay que crear, que producir riqueza si queremos cumplir satisfactoriamente determinadas finalidades de libertad y de justicia. Los lazos de vigoroso anudamiento son, actualmente, los que provienen del libre juego de fuerzas económicas en acción permanente. Y para que la Confederación hispano-americana sea una realidad principiemos por hacer que entre todas las repúblicas que han de formarla sean más estrechas y frecuentes las relaciones de todo género, multiplicando los agentes de orden económico, ferrocarriles,

telégrafos, etc., que tienden a ese fin, y trabajemos paralelamente por el desarrollo de riqueza que de tal concatenación de intereses ha de producirse, por introducir metódicamente en cada uno de esos países, atendiendo a sus peculiaridades sociales, las reformas que en el orden político han de culminar en una saludable reacción contra el caciquismo, el caudillaje, el personalismo "sin personalidades", que como planta monstruosa ha absorbido y aun absorbe el principal jugo vital de buen número de estas asendereadas repúblicas. Así tal vez podríamos llegar a lo que indica elocuentemente mi ilustre amigo Ugarte en la última página de su bello y bien inspirado libro: "Una gran liga de la juventud hispano-americana que haga un llamamiento a las universidades, al ejército, a las industrias, al arte, a los partidos avanzados, al periodismo, a todo lo que vive, y que apoyada en la identidad de origen, en las simpatías de la Europa latina, y en la conciencia de una diferenciación fundamental, pese sobre los gobiernos, intervenga en los conflictos, corrija los errores, difunda la cultura y agite por encima de las fronteras el estandarte de la Confederación moral que tiene que obtener los sufragios de todas las inteligencias y de todas las voluntades que hoy se ahogan en el ambiente desmoralizador de las patrias impotentes y fraccionadas".

DISCURSO DEL CINEMATICISMO
POR F. E. MOSCOSO PUELLO

F. E. Moscoso Puello es indudablemente un joven de muy clara inteligencia, dotado de relevantes condiciones de investigador científico, que, alejado por completo de la acentuada frivolidad imperante en nuestro medio social, estudia con noble y tenaz ahínco, en el libro y en el laboratorio, diversos y trascendentes aspectos del mundo de la realidad fenoménica en que actúa necesariamente nuestro intelecto, para arribar a conclusiones de cierto orden que tienen en su apoyo multitud de datos bien escogidos y acertadamente agrupados. Su tesis para optar a la licenciatura de Medicina (Nueva función del sistema linfático, etc.) demuestra plenamente la excelencia del método que emplea y la claridad y extensión de sus investigaciones; cosas que me complazco en reconocer, por más que mi incompetencia en tales asuntos no me permita juzgar su trabajo en sus más salientes y circunstanciados pormenores técnicos. Su anterior importantísima producción, *Discurso del cinematicismo*, es una concepción de innegable valor filosófico en que aspira a encerrar en un concepto global, como en síntesis definitiva, la vasta complejidad de fenómenos que impresiona nuestro mecanismo sensorial, algo que, en cierto sentido, puede parecerse a lo que llama Kant "la totalización de la experiencia", y que por lo menos prueba la proyección luminosa de un espíritu de singular cultura que conoce y analiza con verdadera amplitud de criterio las más curiosas y complicadas modalidades del pensamiento filosófico.

tal como afecta nuestro sensorio y cristaliza en nuestro espíritu, única manera que el hombre, el *animal metafísico* de Schopenhauer, tiene de *conocer*, y sólo modo de ensanchar la esfera de lo que se sabe sobre la naturaleza que nos rodea y sobre el mismo sujeto que percibe y piensa.

Pretender salirse de ese dominio positivo para mediante el ascenso por una escala de generalización tocar con la verdad *definitiva*, es cosa propia de metafísicas que en la hora actual carecen por completo de positivo contenido ideológico, siendo sólo, en la inmensa mayoría de los casos, vano juego de palabras propio para antiguos escarceos escolásticos. Nuestro sensorio parece integrar lo múltiple, lo complejo, por más que la realidad exterior, en su fundamentalidad esencial, sea quizás, a pesar de sus múltiples aspectos susceptible de reducirse a un supremo concepto de unidad, aunque ese concepto, aun en el mismo monismo de Haekel, sólo represente una explicación que no satisface del todo. Cualquier concepción sintética que pretenda dar cabal y científica idea del universo en su totalidad, podrá y deberá acogerse a título de explicación transitoria, provisional, relativa, como expresión de un determinado momento, aunque aparezca con todas las formas y señales de una realidad experimental. Aun en las mismas ciencias de laboratorio, la certidumbre, en determinados casos, no podrá ser absoluta, pues, "si la contingencia de las leyes naturales sólo produce débiles variaciones en masas inmensas y en considerables períodos de tiempo, ¿cómo los elementos de estas variaciones pueden aparecer al experimentador que sólo opera durante algunos momentos sobre algunas parcelas de materia? (Boutroux, obra citada). Algunas ideas fundamentales, en su evolución, presentan aspectos o fases diversas conforme a las opiniones predominantes en un instante dado; pero, en su trayectoria, al tocar cierto punto, se descomponen para formar otras a qué, equivocadamente también, se atribuye un valor definitivo o cosa semejante. Fuera del campo experimental pululan las concepciones de índole especulativa y en su mayoría de escaso valor científico sobre determinadas formas de la vida universal, siendo casi siempre expresiones de un subjetivismo de raíz muy personal que mejor que de pensamiento filosófico les da carácter de fantasía filosófica. No obstante eso bueno es sembrar el campo de

la investigación filosófica de hipótesis más o menos aceptables. Alguna de ellas, imponiéndose a las demás, revestirá, durante un período de tiempo más o menos prolongado, categoría de verdad, provisional sin duda, pero con la suficiente eficacia para alumbrar con cierta intensidad la ruta de nuestro misterioso destino... Para mí, el criticismo kantiano ha fijado definitivamente la línea en que tiene que detenerse el conocimiento humano. Si el gran filósofo de Koenisberg, sin quererlo ciertamente —toda su obra va contra el escepticismo— ha dado lugar a corrientes de ese género por cierta reacción natural de ideas antitéticas, no es menos cierto que su deslinde de los campos en que puede actuar nuestro entendimiento no sólo ha destruido o poco menos la posibilidad de una *ciencia* metafísica, sino que ha dado base sólida a la ciencia basada en el principio de relatividad al afirmar que toda investigación que aspire a ser provechosa tiene que conformarse, que ceñirse a la realidad fenoménica palpitante siempre en formas de crear y eterno dinamismo, ya que jamás podremos llegar a lo que constituye o se supone que constituye la esencia de las cosas...

PROFESORES DE IDEALISMO
POR FRANCISCO GARCÍA CALDERÓN

Este libro bello, ameno, de veras interesante, contiene muy rico jugo intelectual. Su autor, el notable escritor peruano Francisco García Calderón, pertenece al contadísimos número de intelectuales jóvenes de América dotados de la suficiente cultura para abordar, con criterio propio, el estudio de los más arduos problemas de la mentalidad contemporánea. En las letras hispano-americanas evidénciase con frecuencia un verdadero derroche de prosas efectistas y de puerilidades rimadas, productos, en muchísimos casos, de imitaciones exóticas; pero pocas veces se advierte en nuestro movimiento intelectual algo bien preciso y caracterizado que demuestre la tendencia a cultivar asiduamente estudios de índole elevada y de positivo valor ideológico. En un modernismo vago, sutil, cambiante, pleno de refinamientos artificiales de sensibilidad y de matices y filigranas de expresión, se consume toda o casi toda nuestra desbordante actividad intelectual. García Calderón es una de las pocas resalantes excepciones que pueden citarse con legítimo y caluroso encomio. En este volumen están magistralmente tratados, sin asomos de pedantería, sin pretensiones de alta sapiencia, con muy apreciables condiciones de claridad y galanura de expresión, asuntos filosóficos, sociales, artísticos y literarios de indiscutible y permanente importancia. Su distinguido autor conoce hasta en sus más leves y curiosos detalles la marcha evolutiva del movimiento filosófico moderno. Con inteligencia ágil y lúcida, como si de viejo estuviera acostumbrado a tan altas es-

peculaciones, recorre con paso firme el enmarañado bosque de la filosofía, precisando, como al paso, sin ahondar mucho, con cierta encantadora superficialidad, el lugar y el espíritu de cada escuela, y percibiendo claramente las conexiones, los puntos de enlace, la encrucijada ideal en que se encuentran y se confunden determinados sistemas. García Calderón ha publicado ya otros libros. El anterior, *Hombres e ideas de nuestro tiempo*, con prólogo muy expresivo del insigne E. Boutroux, es el más importante por los asuntos a que se contrae y por la serenidad y firmeza de los juicios. El distinguido escritor peruano representó no ha mucho lucidamente a su patria en el Congreso internacional de filosofía de Heiderberg, y las crónicas contenidas en esta obra referentes a la alta e interesantísima labor de esa conspicua reunión de notabilidades del mundo intelectual en que chocaron las ideas despidiendo vivos resplandores, dan brillante muestra de sus sobresalientes aptitudes para orientarse sin vacilaciones aun por las vías menos trilladas del pensamiento filosófico.

La inteligencia de García Calderón, amplia, serena, independiente, abierta a todos los vientos del espíritu, desprovista por completo de ataduras escolásticas o de dogmatismos sectaristas, se pasea, a guisa de viajero que sólo pretende reflejar simple y sinceramente sus impresiones, por el vasto campo de la filosofía moderna, revelando a cada paso que nada se le escapa de cuanto ha dado de sí el pensamiento filosófico de estos últimos tiempos en su tenaz empeño de hacer luz definitiva sobre los oscuros y tormentosos problemas que se irguen de continuo en las profundidades de nuestro espíritu. El autor de *Profesores de idealismo* da a cada instante muestras de conocer a fondo el movimiento de perdurable renovación que a mi juicio entraña el *criticismo*, la doctrina que más luminosas orientaciones ha señalado a la investigación filosófica; nada se le escapa del *devenir* hegeliano, del panlogismo de Hegel, la más vasta y asombrosa construcción metafísica de los tiempos modernos; y conoce, hasta en sus más circunstanciados pormenores, el positivismo de Comte, el evolucionismo spenceriano, el positivismo independiente, la teoría de las *ideas-fuerzas* de Fouillé, el *elan vital* de Bergson, la crítica demoledora de Boutroux, el pragmatismo de Pierce y de W. James... Con muy admirable lucidez, sin

alardes de pretenciosa profundidad, sin recargada y ostentosa erudición, sencillamente, como quien sólo quiere ser claro y ameno, traza en estas páginas de verdadera consistencia a pesar de su aparente superficialidad y ligereza los rasgos principales de los más altos intelectuales contemporáneos, y realiza toda esa interesantísima labor sin enmarañamiento de frase ni obscuridades de pensamiento en un estilo sereno, elocuente, discretamente matizado, sin rebuscamientos de expresión y sin trivialidades de idea o de concepto.

Hay en este libro estudios muy bellos y sugerentes. "Pro Taine" es un hermoso y vibrante artículo en que hace destacar magistralmente, en plena luz, la figura, austera y melancólica, del pensador genial que vivió permanentemente en la elevada región de las ideas generales y que sólo contempló en la existencia algo así como la noble concreción de un supremo ideal de verdad y de bien. Su eticismo, saturado intensamente de los *Pensamientos* de Marco Aurelio, determinó en su vida de sabio estoico una constante proyección espiritual de alta nobleza. Como filósofo, no es aventurado afirmar que carece de positiva originalidad. Su criterio se abreva en el positivismo, sobre todo, como ya se ha demostrado, en algunos pronunciados aspectos del positivismo de ciertos filósofos ingleses de alto renombre, y lo que se juzga de su exclusiva creación, la crítica científica, en que la raza, el medio y circunstancias del momento determinan y explican la obra intelectual, aunque ya envejecida en no pequeña parte, tiene antecedentes, y no muy lejanos por cierto. Sainte Beuve, dice el escritor francés E. Ledrain, conocía y practicaba esa crítica. No comparto en absoluto la rotunda afirmación de Ledrain, pero no es posible negar que en el autor eximio de *Causeries de Lundi*, hay en determinados momentos, más o menos conscientemente aplicado, algo y aun a veces mucho de lo que integra el concepto crítico de Taine. Siempre hubo en este pensador genial un fondo de dogmatismo. No me ha sorprendido por eso la crítica destructora de Aulard. Cuando por primera vez leí con vivísimo interés la obra monumental de Taine, *Les origines de la France contemporaine*, parecíame notar, en su rigidez de criterio, en cierta visible inclinación de su espíritu, como un propósito principal de condenar, como si en el fondo de su ánimo hubiera el empeño de achicar el valor in-

menso de la gran Revolución francesa y el mérito naturalmente relativo de los que en primera línea actuaron en aquel decisivo y tormentoso período de la historia humana. Pero con todo, no obstante Aulard, de la labor histórica de Taine quedan, quedarán en pie muchas cosas. Hay en su magnífica obra sobre la gran Revolución juicios que se me antojan definitivos. No hay entre sus admiradores, que son legión, quien desconozca la nobleza de su vida y la irreductible independencia de su carácter. Basta mencionar la dolorosa ruptura de su grande y vieja amistad con la princesa Matilde a causa de algo contenido en su magnífico estudio acerca de Napoleón en la misma gran obra citada que la ilustre dama consideró ofensivo para su familia...

En "Una visita a William James", el psicólogo insigne muerto hace poco con hondo duelo de la intelectualidad universal, fluye copiosa y bellamente un sentimiento de justificada y profunda admiración por uno de los más grandes removedores de almas de estos últimos tiempos. García Calderón escuchó complacido la palabra serena, austera, efusiva del gran filósofo norteamericano, en Harvard, "la vieja y célebre universidad americana pletórica de tradiciones". ¡Qué grato debe ser, conversar así, durante ratos, en amable intimidad, sobre cosas de alta vibración espiritual, con una de esas almas escogidas, de selección, que aparecen, de trecho en trecho, en el árido camino de la vida, arrojando vivos resplandores sobre las densas sombras que envuelven nuestro misterioso camino! El insigne profesor de Harvard fue un psicólogo de gran valor que supo sondear con mirada perspicaz los más recónditos repliegues del espíritu siguiendo siempre la línea de un empirismo sereno y trascendente, acaso en ocasiones de exagerada proyección mística, pero que, contrario al destino de todo dogmatismo empírico, ni cayó en glaciales escepticismos ni finalizó en un materialismo grosero y desesperante. Sobre toda la obra filosófica de W. James flota como una suave iluminación de noble y prolífico idealismo. En los magistrales capítulos de su libro célebre *Fases del sentimiento religioso* late a cada instante un sentimiento de potente sinceridad, un ideal de radiante amor humano, un ansia de verdad consoladora, al quererse explicar la dolorosa y perenne inquietud de todo espíritu de cierta cultura frente al inescrutable arcano de nuestro origen y nuestro destino, esa inquietud

que ha constituido, que constituye, que constituirá siempre la obsesión de las almas que se ciernen sobre las contingencias y limitaciones de nuestra pasajera y mezquina existencia... Sintiendo el vacío de ciertas lucubraciones ontológicas, de estériles discusiones de una metafísica incolora y sin enjundia, procuró W. James señalar rumbos de finalidad práctica a las especulaciones filosóficas. Si no creó el pragmatismo (el génesis de esta doctrina está más allá del mismo Pierce) no puede por ningún concepto escatimársele el mérito de haberlo propagado, defendido y aun metodizado. Bien visto, el pragmatismo no vincula ninguna bien caracterizada y racional sistematización filosófica; es pura y simplemente, considerado en su estructura general, un método *a posteriori* de comprobación y verificación que, naturalmente, tiene grandes lagunas y adolece de ciertos defectos aun siendo la dirección más genuina y noblemente práctica que se descubre en toda la filosofía moderna. El pluralismo es la otra modalidad filosófica de James, doctrina desarrollada amplia y vigorosamente en su último libro *Philosophie de l'Experience*. Frente al monismo, al concepto de irreductible unidad de gran parte de la filosofía, William James sustenta el criterio contrario al afirmar "que un aspecto de dispersión o de incompleta unificación es la sola forma bajo la cual la realidad se ha constituido hasta el presente. La experiencia humana no da sino partes"...

Como los dos estudios a que acabo de hacer referencia son todos o casi todos los contenidos en esta obra digna en todas sus partes de calurosos aplausos. Los capítulos consagrados al análisis de las corrientes filosóficas en la América latina abundan en datos bien seleccionados y en apreciaciones muy oportunas y discretas. Esos interesantes capítulos llevan al pie notas muy acertadas y jugosas de nuestro culto compatriota Pedro Henríquez Ureña. Agradezco muchísimo a García Calderón el envío de su bello e instructivo libro. Puedo afirmarle que su lectura me ha producido un verdadero goce intelectual, una voluptuosidad espiritual, un placer estético como solo me han proporcionado muy pocos y determinados libros.

LA HISTORIA EN EL PERÚ.
TESIS PARA EL DOCTORADO EN LETRAS
POR JOSÉ DE LA RIVA AGÜERO

Excede sin duda en mucho de las proporciones acostumbradas de una tesis este voluminoso libro de más de quinientas páginas nutridas desde la primera hasta la última de amena, interesante y sustanciosa lectura. El estilo es fácil, correcto, claro, expresivo, elocuente en ocasiones como cumple a este linaje de disquisiciones históricas. Su distinguido autor es biznieto de Riva Agüero, el muy discutivo primer presidente de la República peruana, quien, por lo que se desprende de esta obra, sostuvo un ideal de nacionalismo exagerado, de *peruanismo*, frente a la que califica de absorbente y tiránica hegemonía colombiana instaurada por Bolívar en aquel hermoso país y que duró poco más o menos un lustro. El vencedor en Junín es objeto de severísimas críticas en los últimos capítulos de este libro en el que impera, por lo general, un juicio de serena imparcialidad privativo de quien inspirado en un alto y permanente propósito de verdad y de justicia se consagra al difícil y delicado ministerio de reconstruir las cosas del pasado en toda su integridad histórica procurando desentrañar su verdadero sentido para hacer visibles las conexiones más o menos ocultas que forman la urdimbre de los hechos... Confieso que no han sido de mi agrado las acerbas censuras enristradas al héroe máximo de la independencia hispano-americana. Soy fervoroso admirador, sin desconocer sus magnos errores, del insigne paladín epopéyico que constituye para mí una de las más conspicuas representaciones de poderoso y fecundo individualismo que puede presen-

tar nuestra raza. Pasada la efervescencia de los pugilatos partidaristas de su época; extinguido el estruendoso clamoreo de sus enemigos; vueltas a su cauce las pasiones desbordadas que en su encono llegaron hasta poner en manos de gente irreflexiva y extraviada puñales asesinos; depurados y aun justificados algunos de los grandes errores en que incurrió el egregio creador de cinco repúblicas, la personalidad de Bolívar se agiganta a media que transcurre el tiempo, que se lleva para sepultarlas bajo una capa de merecido olvido las impurezas, las debilidades, las violencias, cuanto naturalmente debía producir la cristalización de su magno ideal en la realidad circunstante en gran parte hostil a la obra ansiosamente perseguida por el gran vidente sudamericano. El choque tremendo de su radical empeño de emancipación con ciertos intereses poderosísimos en el medio en que actuaba debía por fuerza determinar consecuencias dolorosísimas que en el fondo de su alma él mismo deploraba. Explican a mi ver algunos de sus actos bastante censurados, aparte de las condiciones de su íntima psicología, su vida tormentosa y agitadísima, la fiebre permanente de la lucha, el desenvolvimiento de su idea en medio de circunstancias en gran parte adversas con las que había que lidiar a toda hora so pena de ver zozobrar su vasto anhelo de destruir el infecundo y torpe régimen colonial en el piélago embravecido de una reacción desapoderada y estulta...

Cuando Bolívar se aprestaba a llevar sus armas vencedoras al Perú de donde le llamaba con porfiada insistencia para realizar definitivamente la obra emprendida por el gran San Martín y en ese momento incompleta y en camino de ruina, no faltaron quienes por inquina al héroe o realmente amedrentados por la magnitud del empeño, se dieran a la fácil tarea de esparcir siniestras profecías. Hubo en Colombia quien auguró que al vencedor de Boyacá le esperaba en la tierra de los Incas la misma suerte que al gran emperador francés en su desdichadísima expedición a Rusia. Todavía se mantenía vivo el recuerdo de los últimos desastres napoleónicos. El Perú, con visos de razón, estaba considerado como el baluarte inexpugnable de la causa española en América. Pero Bolívar llevaba en sí, como chispa desprendida de lo alto, la fe profunda en el ideal que lo impulsaba como gigantesco y resplandeciente meteoro desde las orillas del

mar Caribe a las faldas abruptas del encendido Misti... Al llegar al Perú lo encontró desgarrado por las facciones. Ambiciones personalistas o de grupos alzaban por todas partes su cabeza de Medusa. Los españoles bajo la experta dirección de Valdez y Canterac triunfaban en toda la línea. Bolívar, en el primer momento, tenía que consagrar todas sus energías a la necesaria obra de abatir las facciones que despedazaban la patria en germen. Era de absoluta necesidad organizar el ejército que iba a rubricar con la espada victoriosa del immaculado Sucre la independencia de la América continental en el llano incendiado de Ayacucho. Escritor tan extremadamente parcial como el realista Torrente afirma, refiriéndose a esa obra indispensable de organización militar que "parece imposible como en tan corto tiempo hubieran logrado los insurgentes poner en campaña una fuerza tan numerosa y bajo un pie tan respetable de arreglo y buena dirección"... Que en ese empeño de apaciguamiento de las facciones que se disputaban el poder obstaculizando y aun haciendo peligrar el magno propósito de emancipación al impedir que se diese unidad e impulsión a la marcha de la guerra, incurriera Bolívar en lamentables extremos, cosa es que quizás no puede ponerse en duda, pero cuya atenuación o justificación se encuentra en las mismas circunstancias que lo envolvían y en nuestra deleznable arcilla humana donde las excelencias son muchísimo menos numerosas que las imperfecciones. Con todo eso, aun con esos mismos errores que se desvanecen en el conjunto de su obra inmortal, precisa reconocer que sin Bolívar, sin la oportuna intervención del ejército triunfador de Colombia, la independencia peruana se hubiera retardado algunos años. Por eso le cabe al Perú la gloria altísima e imperecedera de que en su histórico suelo Bolívar y Sucre hicieran pedazos la cadena colonial sellando definitivamente la libertad de todo un Continente...

Y fuera de estas objeciones productos de mi cálido entusiasmo por el héroe caraqueño, declaro con sincero regocijo que todo lo escrito en este sugestivo y bien pensado libro merece mi completa aprobación y mi más caluroso aplauso. La exposición clara y razonada en él contenida sobre el desenvolvimiento de las investigaciones históricas en el Perú debe satisfacer por entero al más exigente en estas materias, pues expresa con verda-

dera precisión y relativa amplitud las más importantes y características peculiaridades de ese proceso de desarrollo histórico. Su examen analítico y comparativo de cada uno de los historiadores peruanos resulta bastante seguro, amplio y comprensivo, sin exageraciones incongruentes, sin alabanzas intempestivas, sin censuras destempladas en demasía, como obra de quien por educación, por estudio y temperamento persigue, con exclusión de cualesquiera fines mezquinos, lo que en estos asuntos considera como verdadero o más próximo a ello y lo que a su juicio tiene permanente y positivo valor humano. Para mí la historia, en su más noble y fecunda acepción, estriba en la visión artística y sintética del conjunto, en la reconstrucción, armoniosa, serena, palpitante de animación de un suceso o de una vida, de un período o de una época, de un aspecto cualquiera del ideal humano progresivamente realizándose en el tiempo y en el espacio con cuanto le presta carácter determinante y definido, sin que para arribar a ese fin se exagere la búsqueda del detalle nimio, de futilidades momentáneas, de insustanciales pequeñeces que en realidad nada contribuyen a la explicación satisfactoria que debe desprenderse de toda importante actuación histórica desapasionada y concienzudamente observada. Sin una visión resplandeciente e íntegra del conjunto, de verdadera fuerza sintética, no hay gran historiador posible. En esa evocación de un personaje o de una época cuando es hecha en cierta forma expresiva y sintética, se refleja, como en limpio espejo, el desenvolvimiento de un aspecto histórico en su punto mayor de intensidad. Por eso la historia, desde un punto de vista más o menos profundo y filosófico, no es ni puede ser narración seca y escueta de sucesos resonantes sazonados con la salsa inconsistente de vulgares comentarios combinados con mayor o menor arte, sino la reproducción vibrante e intensa del conjunto de caracteres específicos del dinamismo social, de lo que en cierta manera resume y exterioriza la vida humana en su expresión más cabal y compleja...

Por lo que se advierte en este de veras sugestivo libro el género histórico dista bastante de haber alcanzado un gran florecimiento en el Perú. Con perspicaz mirada crítica expone lo que cada uno de los escritores que examina ha aportado como contingente más o menos valioso al acervo de la historia nacional.

Los *Comentarios Reales* de Garcilaso, fuente copiosa de la primitiva historia peruana, son estudiados por él con serenidad y acertado criterio, poniendo a la vista con recto espíritu de justicia los yerros, las exageraciones, la candorosa credulidad de aquel narrador que llevaba en sus venas sangre de conquistadores y de incas, lo mismo que lo que en él hay de resistente, de verdadera y definitiva concreción histórica. Prescott, aun siguiendo con preferencia a Sarmiento y a Ondegardo en su conocida *Historia de la conquista del Perú*, cita con mucha frecuencia a Garcilaso a quien consagra esta nota que no deja de tener su importancia: "Garcilaso colma muchos vacíos que dejaron abiertos sus compañeros de trabajos. Es dudoso que, en todos los casos, estas explicaciones que suplen los vacíos puedan resistir al tiempo como el resto de la obra"... Riva Agüero se inclina a creer, basado en muy atendibles razones, que, como no falta quien sostenga, al período de behetría o de confusión y anarquía a que siguió la genuina civilización incaica —que a la llegada de los conquistadores debía contar de cuatro a seis siglos de existencia— le había precedido un grande y poderoso imperio megalítico como parecen atestiguarlo el aspecto arquitectónico y las inscripciones de las vetustas ruinas de Tiahuanaco... En la parte consagrada a los historiadores eclesiásticos, Calancha, Meléndez y otros, se palpa la nociva influencia del ideal teocrático encastillado fuertemente en los conventos y que durante más o menos tres centurias moldeó a su antojo la vida hasta cierto punto casi monástica de la sociedad peruana. Abundan los pormenores realmente interesantes sobre diversos aspectos de la existencia conventual. No tiene desperdicio lo que cuenta respecto de la visita de fray Salvador de Ribera, obispo de Quito, a un convento de monjas. Parece una página arrancada al *Decamerón* de Bocaccio... Y al tocar a los tiempos modernos patentiza con verdadero conocimiento de causa y con juicio depurado y sereno lo que en el general Mendiburu y en Paz Soldau es digno de censura o de consciente encomio. Son los dos que con mayor éxito han cultivado el género en el Perú moderno, por más que a ambos les falte muchísimo para considerarlos como verdaderos historiadores. En el Perú lo mismo que entre nosotros, aunque hay muy apreciables ensayos de esa clase, todavía está por escribirse la historia a la mo-

terna, libertad de ciertas ataduras tradicionales y con un amplio y comprensivo sentido crítico.

Lo que más me ha gustado de este instructivo y ameno libro es el magnífico *Eptlogo* en que al resumir su concepto de la evolución histórica en el Perú expresa atinadísimas reflexiones acerca de la imperiosa necesidad de cultivar asiduamente este ramo de la actividad mental si es que en realidad tenemos en mira altas finalidades de positiva grandeza nacional. Sus ideas sobre este punto que juzgo de capital interés para estos pueblos de Hispano-América tienen bastante afinidad con las que expuse en el prólogo de *Rufinito* sobre la innegable conveniencia de ir formando una literatura de carácter nacional que encauce las actividades de nuestro pensamiento —derrochadas en la actualidad en puerilidades rítmicas, o en prosas insustanciales casi siempre productos de imitaciones irreflexivas— por los rumbos salvadores de los estudios históricos para por esa luminosa y descampada vía robustecer el espíritu de nacionalidad integrado principalmente por el vivo recuerdo de cosas extintas que han impreso hondamente su huella en el alma individual y colectiva. Los factores que en épocas pretéritas sirvieron para la gradual cohesión de ese espíritu continúan actuando dentro de nosotros con formas más o menos diversas de expresión, pero conservando toda su prístina y característica potencia. Lo que fue, considerado en sus más nobles aspectos, levanta a cada instante ecos prolongados en lo más hondo de nuestro ser. Lo que en la actualidad reviste de relativa vitalidad y consistencia nuestro concepto de patria, procede íntegramente de fuerzas conscientes y subconscientes que tienen su punto de arranque y de crecimiento en ese pasado más o menos envuelto en nubes de olvido. Somos eslabones de una cadena que se prolonga indefinidamente. Debemos propender a enlazar vigorosamente en el tiempo lo que fue con lo que es para por medio de su acertada fusión elaborar fructuosamente lo que será. Por más robusta e independiente que se suponga una individualidad no es ni puede ser moralmente producto aislado, planta solitaria que crece espontáneamente sin conexiones con la realidad espiritual que la circunda y penetra. Para vivir, necesita nutrirse en mayor o menor grado de los mismos elementos que dan fuerza a las otras. Nuestro ambiente, en lo moral, está formado de co-

sas extintas, de actuaciones más o menos completamente definidas, de todos los misteriosos efluvios desprendidos de un mundo muerto en la apariencia, pero que por virtud de cierto eficiente e incoercible dinamismo prosigue su evolución, cada vez más acentuada, en el fondo de nuestras almas. De ahí la importancia capitalísima que reviste la historia para la adecuada vigorización del alma de un pueblo impidiendo que se extravíe lamentablemente por caminos sombríos de deshonra y de pérdida. Trabajemos ahincadamente para que el alma nacional se eleve a resplandecientes alturas de verdad y de justicia cultivando vivamente, con amor y simpatía, lo que constituye su proceso de actuación histórica, su historia más o menos fecunda y brillante en que como ser colectivo seguimos viviendo aun después de derrumbarse o de transformarse en el tiempo lo que un día constituyó el poder y la grandeza de un pueblo.

CONFERENCIAS DEL ATENEO DE LA JUVENTUD

Contiene este interesante y sugestivo libro —que acabo de recibir de México— las seis Conferencias pronunciadas por los distinguidos intelectuales Antonio Caso, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Carlos González Peña, José Escofet y José Vasconcelos en ocasión del primer centenario de la independencia mexicana y con el bien intencionado y laudable propósito de "estudiar la personalidad y la obra de pensadores y literatos hispano-americanos", cosa que estimo en alto grado necesaria para que, conociéndonos mejor, pueda algún día ser una realidad consoladora el ideal de una estrecha unión de estos pueblos de habla española, tal como la pregonan actualmente muchos de los más connotados escritores de nuestra América. Siquiera sea someramente voy a expresar mi humilde opinión acerca de estas Conferencias, las que, por las figuras de alto relieve filosófico o literario a que se contraen, por la claridad y belleza del lenguaje y por el caudal de apreciaciones críticas en ellas contenido, bien merecían más detenido y completo estudio que el que les dedico, pues sus autores dan muestra elocuente en las páginas de esta obra de conocer concienzudamente, como en realidad deben conocerse estas cosas, los puntos de alto alcance filosófico, literario y científico que se dilucidan en estos muy apreciables trabajos.

* *

*

Versa la primera Conferencia, serena y discretamente pensada, sobre *La filosofía moral de Don Eugenio M. Hostos*, el insigne pensador antillano. Su autor, el culto escritor mexicano Antonio Caso, es ya ventajosamente conocido del público intelectual dominicano por otros excelentes estudios de índole filosófica, en que se ha podido observar un criterio amplio, bien equilibrado, poco propenso a divagaciones, y la plena posesión del arsenal de conocimientos y de datos de todo punto indispensable para orientarse con relativa facilidad por el dédalo de estos complejos y abstrusos asuntos. Caso acierta, casi por completo a mi ver al precisar algunos aspectos, los más importantes quizás, de la personalidad intelectual de Hostos, que es sin ninguna clase de duda una de las más altas y representativas figuras del pensamiento moderno en Hispano-América. Tal vez o sin tal vez, sea la *Moral social* el libro en que Hostos puso las más altas vibraciones de su generoso espíritu. En esas páginas está la savia más pura de su poderosa inteligencia y lo más característico de su sensibilidad exquisita. Más que un filósofo genuino, de escuela; más que un sociólogo mismo, a pesar de serlo tan notable, Hostos es un moralista en toda la prolífica extensión del concepto. En lo que atañe a su concreción ética principalmente, en lo que presta verdadero relieve a su personalidad moral, han impreso su sello, no hay que profundizar mucho para atisbarlo, con mayor o menor fuerza, aspectos característicos del ideal socrático, elementos procedentes del estoicismo de Epícteto y de Marco Aurelio, la proyección perennemente luminosa del imperativo categórico de Kant... Su idealismo ético es de abolengo intelectual y en escasa parte de procedencia étnica como parece creerlo Caso. Pertenece, de pleno derecho, a la categoría de pensadores austeros, en la que entran espíritus conspicuos sin procedencia de raza, un Sócrates, un Spinoza, un Kant, creadores de mundos morales, que, frente a las mutaciones del alma social, a la multiplicidad y cambio de las ideas, a las transformaciones de la vida, levantan el sólido edificio de una irreductible convicción, y en él colocan, a manera de insustituible divinidad, un ideal de suprema perfección que miran sereno, resplandeciente, existiendo siempre a despecho de lo transitorio y mudable de las cosas, *sub specie aeternitatis*.

No obstante sus nexos evidentes con el positivismo de Comte en su primera parte y el de Spencer en ciertos puntos principales, y a pesar de su criterio de certidumbre *científica*, que le hace convertir la ciencia en base exclusiva de todo razonamiento positivo, de todo empeño racional de verdad, los cimientos de la construcción filosófica de Hostos son casi enteramente idealistas. Su idealismo sobrio y circunspecto, de tonos francamente optimistas, tiende de continuo a ennoblecer y dignificar la vida. Su concepción ética, muy subjetiva en lo esencial, de aparente cohesión *científica*, Caso lo ha visto bien, reposa en la unión de nuestro yo con la Naturaleza, de nuestro ser físico y espiritual con la existencia del Universo, en la estricta correspondencia de nuestro mundo mental con el mundo de las realidades sensibles, en un concepto de razón y de deber vinculado en la *eterna* armonía de las cosas, armonía aparente en cierto íntimo sentido, ya que debajo de esas apariencias de realidad sólidamente cohesionada, vibra con ritmo misterioso lo vario, lo contingente, el ser en perpetua evolución creadora... Tal vez sean frágiles las bases que da Hostos a su concepción ética, pero no sé si la *libertad metafísica* que indica Caso como único asidero responda mejor como base de certidumbre *definitiva*... En Hostos, moralista ante todo, cualquier concepto, el concepto estético quizás en primer término, la noción de Belleza sustantiva del Arte, irradiación divina de nuestro ser afectivo, debe subordinarse al supremo concepto de finalidad moral... Error sin duda, pero propio de todo genuino moralista. Para él parece el Arte carecer de propio contenido, de realidad sustantiva, autonómica... Por eso, por esa modalidad de su espíritu, échase de ver cierto vacío en algunas de sus críticas, en el magnífico juicio de Hamlet por ejemplo. Todo por el Bien y para el Bien: he ahí su divisa. Caiga quien caiga, hay que sacar a flote el Bien, razón y justificación suprema de la vida... Caso, con serena mirada crítica, ha visto con exactitud cuanto integra la concepción moral, majestuosa e imponente como un templo marmóreo, del gran pensador, y ha sabido rendirle el homenaje de admiración y simpatía que se merece el antillano genial y austero, una de las más altas cumbres de la mentalidad de la raza española, que, en todo tiempo, como quería el gran filósofo estoico, supo armonizar estrechamente su pensamiento con su vida cas-

ta, luminosa, edificante, que puede presentarse como acabado modelo de personal y verdadera grandeza ética...

* *

*

El poeta Alfonso Reyes, en la segunda Conferencia, estudia con efusiva simpatía la obra poética de Manuel José Othon, el inspirado autor de *Los poemas rústicos*. Conozco poquísimo, casi nada puede decirse, de la celebrada producción rítmica de este notabilísimo poeta mexicano. Leí, hace algunos meses, con verdadera delectación, los hermosos sonetos de *Noche rústica de Walpurgís*, vasta sinfonía donde, a cada instante, se siente la intensa vibración de un alma saturada de divino amor por la Naturaleza, donde esplende de continuo, con cierto vago colorido clásico, sin complicados arabescos, armoniosa y bella, una visión amplia y sugerente, de lo que, en determinados momentos, produce en ciertos espíritus la contemplación de las múltiples bellezas de la campiña solitaria, apacible, poblada de misteriosos rumores... Hay en Othon cierto género de panteísmo, *místico*, que, aun bebiendo de continuo en el raudal inagotable de las cosas miríficas del mundo natural, aun tendiendo, en ocasiones, a compenetrarse con ellas, conserva siempre el rescoldo de ciertas creencias religiosas, flores místicas que aun no ha destruido el cierzo de dolorosos escepticismos. Hay muchas bellezas en estos sonetos. De uno de ellos, de "Intempesta Nox" copio los dos tercetos, que dan, aunque lejana, cierta idea de su espíritu y de su *manera*:

*Noche profunda, noche de la selva,
de quimeras poblada y de rumores,
sumérgenos en ti, que nos envuelva
el rey de tus fantásticos imperios
en la clámide azul de sus vapores
y en el sagrado horror de sus misterios.*

En esta sentida y hermosa Conferencia, en la que Alfonso Reyes ha puesto algo de su alma, me ha parecido contemplar, tal

como seguramente debió ser, el noble y melancólico poeta que vivió esparciendo en ritmos vibrantes y bellos las más puras palpitaciones de su corazón noble y generoso.

En la tercera Conferencia, nuestro ilustrado compatriota Pedro Henríquez Ureña, con criterio sagaz y penetrante, estudia el conjunto de ideas y de orientaciones espirituales que caracteriza la obra intelectual, evangelizadora y trascendente, del ilustre José Enrique Rodó. Este estudio, perspicaz y hondo, es un todo digno del pensador uruguayo. La característica principal, a mi ver, de la clara inteligencia de Pedro Henríquez Ureña consiste en su facilidad para descubrir y precisar los puntos de enlace de las ideas filosóficas, las analogías que las aproximan y las diferencias que más o menos realmente las separan. Hay siempre entre los sistemas, concepciones más o menos bien definidas de espíritus atentos y reflexivos que quieren ahondar en el misterio que nos envuelve, cierto encadenamiento ideológico, cierta concatenación conceptual, en muchas ocasiones poco perceptible, y el toque estriba en poder percibir bajo apariencias muchas veces engañosas, el hilo finísimo y casi invisible que corre al través de esos sistemas estableciendo entre ellos nexos y conexiones de mayor o menor importancia filosófica... El pensamiento fundamental de Rodó (*Motivos de Proteo*) puede condensarse en estas palabras: "Renovarse, transformarse, *rehacerse*, he ahí toda la filosofía de la acción y de la vida"... "Nuestro yo, dice Guyau (*La Educación y la Herencia*) con gran profundidad, no es más que una aproximación, una especie de sugestión permanente; no existe, se *hace*, y no estará jamás terminado". La vida, *rehaciéndose*, siguiendo una onda de eterna impulsión, *crea, crea* sin cesar. No hay, no debe haber en el desarrollo de la vida universal ningún círculo, ningún espacio cerrado en que moverse; la vida, en un proceso sin término de creación, tiene ante sí un océano sin orillas, horizontes infinitos... En Bergson, frente al concepto intelectualista de estabilidad, de unidad estática predominante en casi toda la filosofía, el *devenir real*, según su frase, determina una creación incesante. Para Bergson "lo que aparece como *nuevo* en las cosas es de una novedad auténtica". Pedro Henríquez Ureña ha visto, y creo que ha visto bien, las conexiones que existen entre el bergsonismo y el dinamismo psicológico de Rodó. La originalidad del autor de *Ariel* consiste

principalmente para él en haber convertido en norma de acción para la vida la doctrina cosmológica de la filosofía bergsoniana dándole trascendencia individual y social con la enseñanza de la necesidad de cultivar perenne e intensamente nuestro yo...

Existe en Rodó cierta unción evangelizadora, como de apóstol, el *misticismo laico* de que hablé en mi estudio sobre *Motivos de Proteo*. Misticismo entendido, ya lo creo, en un sentido intensamente humano. El gran escritor uruguayo, ¿cómo no? ha sumergido su espíritu, con amorosa delectación, en el fresco y apacible remanso de la mística española, "aquella generosa escuela, dice Menéndez y Pelayo, que llevó la elocuencia castellana al grado más alto que puede llegar lengua alguna" (*Historia de las ideas estéticas en España*, tomo 2º). Más que en el concepto, más que en la frase misma, en cierto perfume suavísimo que a menudo brota del pensamiento de Rodó, créese aspirar algo de las flores del jardín místico que constituye quizás lo más sinceramente sentido de toda la literatura española... Bien merece vivos elogios esta Conferencia en que nuestro muy culto compatriota ha rendido, bella y hondamente, homenaje de justificada admiración al más alto de los actuales pensadores de Hispano-América.

* *
*

Hermosa, muy hermosa la Conferencia, cuarta de la serie, en que Carlos González Peña, con sereno juicio, en estilo vibrante y bello, traza los principales rasgos del *Pensador mexicano*, Don José Joaquín Fernández de Lizardi, intelectual espontáneo, incorrecto y fecundo que en libros y periódicos tuvo el raro mérito para la época en que vivió de retratar con vigorosas pinceladas la sociedad mexicana de su tiempo con todas sus más resaltables peculiaridades, justamente en los momentos decisivos y trágicos en que va a operarse la más completa y radical transformación que señala su gloriosa y agitada historia. Confieso con dolor —el dolor del intelectual hispano-americano que por falta de datos minuciosos no puede darse exacta cuenta del dé-

sarrollo cultural en este Continente— que no conozco nada de la figura de veras atractiva a que consagra González Peña estas sugestivas páginas. La vida intelectual de Hispano-América en lo que atañe a la época colonial yace como cubierta por un sudario de indiferencia o de olvido. Y aun en estos mismos instantes, la escasez de medios de comunicación rápidos y seguros contribuye en primer término a que la expansión intelectual de cada una de estas repúblicas tenga por lo común un valor enteramente local, traspasando pocas veces el límite demarcado por sus respectivas fronteras... Son en extremo curiosos los pormenores que nos suministra el conferencista acerca del periodista, novelador y poeta que estudia, porque todo eso, en cierto grado, lo fue Fernández de Lizardi, quien —y esto lo hace doblemente simpático para mí— como elocuentemente lo dice González Peña "supo anteponer al de la belleza y al de los hombres, un amor, un grande, un inmenso, un infinito amor: el amor santo de la Patria!"

* *
*

Sobre un pedestal de admiración circunspecta y razonada, coloca José Escofet, en la quinta Conferencia, la figura por demás interesante y atractiva de la *décima musa*, la inspiradísima sor Juana Inés de la Cruz. El estudio de Escofet, sobrio, preciso, con puntos de vista críticos muy apreciables, resulta, en ciertos paisajes, una verdadera evocación de aquella mujer de alma ardiente y apasionada. Eso fue ciertamente. En ella, sobre los delirios místicos, sobre la poetisa misma, está la mujer que parece haber sentido una pasión amorosa que quizás no fue compartida; que durante veinte años de clausura, en la celda conventual, solitaria y triste, como que vivió ahogando algo que tuvo su raíz en los primeros deslumbrantes años de su existencia mundana... A pesar del carácter de algunas de sus poesías en que parece aletear el ensueño místico, su vena poética, enturbiada a veces por el mal gusto reinante, parece fluir copiosamente de algo que en ella no es vano artificio retórico, que brota de lo más ín-

timo de su ser hecho para amar con amor terreno, y que, por circunstancias desconocidas, tuvo que convertirse, bien a su pesar, al cubrir su cuerpo con los hábitos monjiles, en expansiones de devoción más o menos sinceras... Por ciertos aspectos, fue sin duda superior a su época. Su ansia de saber era grande. El estudio la seducía. En el convento parecían mirar con malos ojos su anhelo de conocimientos. Se cohibían o poco menos sus aficiones a instruirse como lo da a entender cuando afirma que "alguna prelada muy santa y muy cándida creyó que el estudio era cosa de inquisición"... Sobre el lugar de su nacimiento han corrido versiones diversas en obras de relativa importancia publicadas en la misma España. Pedro Alcántara García en su deficiente *Historia de la literatura española* la considera como peruana, y aunque Ticknor, en su *Historia* (tomo 3º, pág. 232) al mencionarla simplemente dice que es de México, en las adiciones y notas de Gayangos y de Vedía que lleva esa misma *Historia* se afirma que nació en Guipúzcoa... Me ha gustado mucho esta interesante Conferencia en que aparece con todo su verdadero relieve escultural la inspirada poetisa mexicana.

* *

*

En la sexta y última Conferencia, *Don Gabino Barreda y las ideas modernas*, juzga José Vasconcelos, con criterio bien equilibrado, con información bien depurada, la parte que corresponde a Barreda en el progreso intelectual de México de estos últimos tiempos y las diversas orientaciones del pensamiento moderno. Refiriéndose a Barreda dice Vasconcelos: "él implantó entre nosotros los fundamentos de un pensar distinto del que había prevalecido en los siglos de dominación española y de catolicismo". En conjunto, en sus líneas principales, en lo que he podido apreciar de la obra de Barreda en México, se me figura advertir, en algunos de sus aspectos, un pronunciado parecido con la realizada entre nosotros por el ilustre antillano Eugenio M. Hostos. Ambos, cada cual a su modo, por virtud de métodos superiores de enseñanza desprovistos de gérmenes escolásticos,

dan luminosa y racional dirección a energías mentales sacándolas del estacionamiento intelectual en que yacían mezclados confusamente los elementos deficientísimos de cultura científica y de ética social —ya reemplazados ventajosamente en otras partes— que constituían la herencia espiritual de más de tres centurias de coloniaje... Ambos, en lo posible, inspirados en un parecido ideal de ciencia coherente y definida, renuevan y fecundizan la atmósfera de tradicionalismo rutinario de ambos pueblos esparciendo a manos llenas los efluvios de doctrinas modernas vinculadas en un propósito consciente de positivo mejoramiento social.

El positivismo comtista y el evolucionismo spenceriano, como constata Vasconcelos con acierto, cada día van como alejándose más del concepto cosmológico y biológico que empieza a formarse por virtud de las más recientes investigaciones científicas. Datos suministrados por las ciencias de laboratorio van como destruyendo algunos postulados de procedencia netamente positivista. Es sorprendente, verdaderamente sorprendente, lo que empieza a descubrirse en ciertos aspectos del mundo fenoménico. Le Bon acaba de insinuar la posible formación de una química *nueva*. Analogías insospechadas comienzan a advertirse entre ciertos elementos naturales. Nuestras ideas sobre la materia están sufriendo una radical transformación. Lo esencial, según Poincaré, es ver con atención "lo que hay *debajo* de las cosas". El radio y sus portentosas propiedades constituyen un buen ejemplo de ello. Con insuperable fuerza de expresión lo afirma Le Bon: la materia se *desmaterializa*. El calor solar, dice, es materia disociada. La hipótesis cosmológica presenta nuevos y muy curiosos aspectos. Y la ciencia, expresión lógica del conocimiento mental, sin abandonar sus métodos de observación y de experiencia, se hace más relativa, contingente, progresiva en determinado sentido...

Y en el mundo del espíritu acaece lo mismo. Nuevas corrientes de ideas van señalando orientaciones inesperadas o poco menos. Cada vez parece más difícil, en este caos de ideas diversas o radicalmente contradictorias, fabricar con nuestra evidente limitación mental una concepción completa y satisfactoria del Universo. Hay que huir, como de la peste, de todo dogmatismo cerrado que, aun representando un descanso, un punto de

parada para un espíritu cansado por la impotencia del esfuerzo, en el fondo vincula un límite, pone como una muralla al dinamismo mental incesante y fecundo, porque como dice muy bien Vasconcelos, "fácilmente se refugia uno en una concepción que juzga definitiva y trata de imponerla a los demás"... Lo más alto, quizás, de la filosofía moderna, lo representa el *bergsonismo* entendido sin radicalismos intempestivos que podrían revestirlo de apariencias o realidades dogmáticas. El paso de lo intelectual, de lo puramente conceptual, a la percepción directa, a la intuición inmediata, a lo íntimamente personal, al *yo profundo*, establece en el *devenir real* una perpetua creación que se dilata en horizontes sin término... La filosofía de Bergson entraña una inmensa trascendencia para finalidades de vida individual y colectiva, y contiene elementos capaces de seducir y avasallar las más altas inteligencias. Pero para aceptarla ampliamente, en toda su integridad, hay que descender, según frase del mismo Bergson, "al fondo moviente, activo y vivo de la realidad", y para eso hay que romper de golpe con muchas formas mentales de hondísimo arraigo en nuestro organismo intelectual, con muchos siglos de lógica *espacial*. Bergson reclama de nosotros, dice Gastón Rageot (citado por W. James en su *Philosophie de l'Experience*) una especie de catástrofe interior, y todo el mundo no es capaz de tal revolución lógica. Pero aquellos que han tenido la flexibilidad necesaria para realizar este cambio completo no pueden ya volver a su antigua actitud mental: permanecen bergsonianos".

Paréceme que Vasconcelos juzga algo superficialmente el pragmatismo *norte-americano*, de W. James sin duda, a quien ni una vez menciona en su bien pensada Conferencia. Ciertas prácticas pueriles y aun extravagantes adjudicadas al pragmatismo no responden ciertamente al fondo de seriedad que debe avalorar toda doctrina o método filosófico. Pero los extravíos a que se refiere el inteligente ateneísta son exterioridades más o menos pasajeras, rugosidades de la corteza que en nada perjudican a lo que hay debajo de ella: la rica savia que mantiene la vida en todas las partes del árbol frondoso del pragmatismo que representa una de las más notables concepciones del pensamiento filosófico. En la literatura empieza a dar frutos más o menos sazonados. La última novela de León Daudet, *La Mesen-*

tente, está influida directamente por el ideal pragmático. Y no hay que darle vueltas. El bergsonismo, a que parece inclinarse Vasconcelos, desemboca, lo mismo que el concepto pragmático, en el vasto océano del empirismo. Pero a la manera de Bergson no hace, según frase del mismo James, sino probar la inmortalidad del método"... En la conclusión de su interesante estudio Vasconcelos, después de sentar el pie durante más o menos tiempo en algunos campos del pensamiento filosófico moderno, buscando terreno sólido, proclama y exulta lo que a su juicio, y al mío, en cierto sentido, "constituye la integridad de ese mismo pensamiento, lo que de él ha podido subsistir al través de los siglos"... Y al cerrar su Conferencia, en el último párrafo, hace una entusiasta apología de la acción, del esfuerzo constante, de todo lo que, frente al misterio, a lo eternamente inasequible, debe dar a la vida finalidades cada vez más acentuadas de supremo desinterés, de soberano altruismo...

CANTABA EL RUISEÑOR
POR FABIO FIALLO

En la estancia solitaria, apenas alumbrada por una lámpara de alabastro, una mujer joven, bella, de señorial presencia, deja vagar al descuido, como quien sueña, sus manos blancas, lirios en movimiento, sobre el marfileño teclado. Por la abierta ventana entra la claridad lunar como una blanda caricia de los cielos... De las flores del patio viene un aroma suave que abalsama el recinto donde aquella mujer hermosa y soñadora arranca al piano cadencias en armonía con los anhelos e inquietudes de su alma. Notas impregnadas de no sé que vaga tristeza, que tienen no sé que de algo lejano que evoca dulces recuerdos de cosas extintas, brotan continuamente bajo la presión de sus dedos ágiles y finos... Notas que, en ocasiones, imitan el tenue susurro de pintoresco arroyuelo que culebrea por la campiña amena besando los arbustos en flor, y en otras semejan como imprecisa expresión de sollozos comprimidos que quieren escaparse de un pecho enamorado en que hierven las dudas y los celos... Así, cuando leo con íntimo deleite los versos sencillos, diáfanos, expresivos, dulcemente armoniosos de Fabio Fiallo, viene siempre a mi imaginación algo idéntico o parecido a ese cuadro finalmente romántico, pues encuentro, sin poder precisar mi pensamiento, no sé qué ocultas conexiones entre él, entre ese ambiente de ensueño, poblado de armonías que se desgranán llevando en sus ondas rítmicas arrullos y ternezas de un corazón apasionado, y la poesía ensoñadora, melancólica, sugestiva, plena de dolientes remembranzas en que Fabio Fiallo ha dejado

correr una parte, la más noble de su savia espiritual, casi siempre en forma de súplica o de queja a una mujer amada con expresión musical suavemente arrulladora:

*Temeroso de herir vuestro alto orgullo
así fue en sus comienzos mi pasión,
ruego que no alcanzaba a ser murmullo
o dulcísimo arrullo
que se trocaba en férvida oración.*

Visiones miríficas de un corazón sitibundo de amores, como quien tan sólo vive para el *eterno femenino*, para la perpetua adoración a la mujer, las composiciones contenidas en este primoroso libro —verdadera joya de arte por su aspecto material y por el jugo mental en él encerrado— reflejan un romanticismo de superficial emotividad en que el amor constituye la trama perenne y obligatoria, y son, en todos los casos, condensación más o menos intensa, pero parcial, fragmentaria, de un espíritu selecto que en el lenguaje rítmico sólo traduce con intensidad y fuerza cuanto se relaciona con lo que constituye su culto más ferviente y constante. La proyección radiante del numen de Fiallo, en ningún caso, alcanza a iluminar con las fulguraciones de sus ritmos otros aspectos de espíritu en que llamea vivamente la aspiración a muchas cosas de alta nobleza anímica que marcan las más fecundas y caracterizadas orientaciones de la vida social. En su yo, la eterna belleza, una y múltiple a la vez, sólo atesora irradiaciones sensibles, exteriorizaciones capaces de impresionarlo vigorosamente, cuando toma cuerpo en tipos de mujer, en mujeres amadas, en dolientes historias de pasión en que laten las incertidumbres, las angustias, las dudas, los celos, los estremecimientos amorosos de un alma en que —en realidad ese amor por su cambiante naturaleza nunca llega a la raíz más honda de su ser— sólo tiene o parece tener cabida la imagen de la bien amada, especie de divinidad terrena que, durante más o menos tiempo, imperará en él con absoluto dominio...

Analizar estos versos, someterlos a un prolijo examen para descubrir sus máculas o poner de bulto lo que en ellos es o semeja infracción a ciertas leyes del ritmo o a lo que una poética convencional estima irregular e incorrecto, sería algo así como

profanarlos... La poesía de Fabio Fiallo, aristocrática y refinadamente delicada, parece hecha para sentida tan sólo por espíritus exquisitos, de cultura necesaria para ver, desde ciertas alturas, muchas cosas prosaicas y repulsivas que afean y que deslustran la vida; espíritus de cierto temple en que los groseros intereses y apetitos cotidianos no han podido ahuyentar muchas excelsitudes morales, muchos refinamientos psíquicos, muchas inefables delicadezas de sentimiento... Para mucha gente, para el gran número —y eso se advierte a la primera ojeada— lo íntimo, lo refinadamente personal, lo que en algunas almas es como la expresión de un estado anímico de peculiar nobleza, flor de amor y de generosidad que perpetuamente esparce a su alrededor su benéfico perfume, carece de positivo influjo, no tiene significación ni trascendencias, es mero pasatiempo sin alcance en lo que ese mismo burguesismo califica enfáticamente de vida práctica. Cuando se posee un alma intensamente saturada de amor, de belleza, de idealismos generosos, que no mira en la vida la continua satisfacción de vulgares goces y de groseros apetitos, que no se siente seducida por lo que disfrazado con formas de mundana y convencional cortesía transparenta algo de achicamiento de la dignidad personal; quienes tienen un alma así estructurada se exponen de continuo, ya que no a naufragar en un piélago de desdeñosa indiferencia, a recibir el dardo envenenado de las envidias, de las vanidades impotentes, de todo lo que por su peculiar naturaleza no puede remontarse a ciertas fulgurantes cúspides espirituales...

En medio del tráfago social, cercados por apremiantes realidades de la vida diaria, resulta gratísimo para un corto número de almas oír, una que otra vez, como el apacible rumor de dulce música lejana, de una música que nos impresiona agradablemente al traernos en sus notas algo que sin poder definirlo ni precisarlo anhelábamos ansiosamente... Envidiable privilegio del poeta es sugestionarnos y encantarnos de esa manera, en hora propicia, calmando nuestras ansiedades y produciéndonos inefables esparcimientos. En la poesía de Fabio Fiallo, plena de misterioso encanto, incompleta en realidad porque sólo refleja partes, fragmentos de su espíritu, no hay jamás signos de afectación o de cierta *pose* convencional de última hora. En ella se tiene poquísimo el artificio retórico, la pueril vanidad de llamar

en todo momento la atención mediante procedimientos juglarescos o innovaciones que no responden a necesidades realmente experimentadas. En él no se ve la tendencia a apurar sutilezas mentales para encarnar aspectos de la vida en simbolizaciones abstrusas en que se llevan a su quinta esencia de expresión ideas y sentimientos envejecidos o gastados. En sus rimas palpita lo mejor de su alma, lo que no es en ella obra de préstamo o asimilación, sino enteramente propio, peculiarísimo de su organismo afectivo, de lo que reside en las más íntimas profundidades de su ser. Aun en su mismo parentesco espiritual, innegable en cierto sentido, con el excelso poeta de *Rolla* y el cantor nostálgico de las *Rimas*, adviértese siempre que tal parentesco, solo tiene, en su expresión rítmica, superficiales matices de semejanza, y no es, bien tamizado, sino pura afinidad de sentimientos, acercamiento de espíritus convergentes; pero nunca la tendencia definida y precisa que vincula para el observador consciente como un propósito más o menos visible y caracterizado de imitación en que se desprenden partículas del propio ser siguiendo orientaciones espirituales extrañas... Fabio Fiallo, en todo momento, es siempre *él*, siempre el *mismo*, con su peculiar subjetividad romántica, con sus exquisitas delicadezas de sentimiento, con todo lo que en su poesía diáfana, suave, aristocrática, mejor que en ninguna otra expresión de su actividad mental, da relevante idea de la nobleza y generosidad privativas de su alma.

CIUDAD ROMÁNTICA
POR TULIO M. CESTERO

Abrí el libro y casi inmediatamente experimenté una impresión como de deslumbramiento. En estas hermosas páginas, evocación intensamente luminosa, vive con toda su sugerente y épica poesía de antaño, con todo su magnífico esplendor medioeval, con sus peculiaridades típicas, excelsitudes y morbosidades de hogaño, altiva, con la serena majestad de las cosas durables, la urbe insigne, chica por la extensión de su emplazamiento urbano y por su escasa densidad de población, pero de ingente nombradía por su secular actuación histórica, una de las curiosas e interesantes que registran las crónicas de ciudades americanas... Desde sus algo desordenados comienzos en la vida literaria, comienzos llenos de titubeos por motivos sobrado naturales, carentes de cierta unidad en la mayoría de sus aspectos, y no obstante evoluciones posteriores más o menos definidas y precisas, Tulio M. Cestero ha conservado intacto, lo que para mí constituye la característica dominante e imperativa de su estilo, la *faculté maitresse* de su personalidad literaria, esto es, su potencia de visión, su constante tendencia a revestir de intenso colorido cuanto abarca su radio visual, aun a riesgo de exagerar la realidad externa prestándole brillos demasiado acentuados y de evidenciar con frecuencia su escaso dominio del claro-oscuro, lo que le veda, en ocasiones, realizar una creación pictural en que aparezcan armonizados con artística imprecisión gradaciones luminosas y efectos más o menos acentuados de sombra. Esa falta de medida, de ponderación, en

su percepción del color circunstante, que le hace, en general, ver las cosas como de continuo sumergidas en un piélagos de luz intensa que produce en el lector frecuentes y a la larga fatigosos deslumbramientos, es quizás, a mi ver, el defecto más visible —acaso para muchos no lo sea— en que ha incurrido el autor de este bello e interesante libro. Y digo defecto, porque esa irrefrenable tendencia al color crudo, exagerado, de ofuscantes brillos metálicos; esa que me atrevo a llamar *exaltación dionisiaca* de su vista, por carecer de necesarios contrastes, de oportunas atenuaciones, termina al fin —no obstante la magia de su estilo en que se destaca en preferente lugar el constante propósito de decir lo que ve y lo que siente de una manera original, *nueva* en cierto sentido— en una especie de monotonía, en infundir la necesidad de cierto reposo visual, de cierto descanso de la retina, cosas que en cierto grado contribuyen a disminuir el interés de la soberbia descripción de edificios de luenga y romántica existencia y de aspectos y cosas en veces demasiado realistas de la histórica urbe capitaleña.

En un temperamento como el de Cestero tan bien estructurado para sentir el calor, tan avasallado por la luz, y en un libro de esta índole, se tiende siempre, naturalmente, al predominio de lo descriptivo sobre lo psicológico, a colocar en primer plano lo que se ve, lo que es objeto de observación directa, sobre el concepto íntimo, la concreción mental que eso mismo visto y observado hace germinar en las células cerebrales del espectador consciente. No se infiera de esta apreciación, ni remotamente, que en ciertos interesantísimos pasajes de *Ciudad Romántica* no lata con verdadero vigor de observación perspicaz e íntima la nota de bien acentuada psicología al referirse, pongo por caso, a ciertas peculiaridades de nuestro organismo social como al penetrar con seguro criterio en la íntima urdimbre de almas de cierta curiosa y aun no bien estudiada estratificación psíquica. Tal al trazar en breves y precisos rasgos la personalidad desorientadora en ciertos aspectos del dictador dominicano que vivió continuamente, como algunos personajes del teatro griego en un ambiente de tragedia, y que produjo honda conmoción en todos los ámbitos del país al caer, en una serena tarde estival, fulminado por certeros disparos. Para quien ahonde con mirada exenta de prejuicios y de odios en la incoheren-

cia de nuestro medio social profusamente saturado de morbosidades de diversa índole, no será difícil comprender que esa figura dictatorial, amamantada perennemente en un añejo concepto de fuerza y de violencia, no es ni puede ser, claro está, producto aislado, solitario, como caído del cielo, sino un fenómeno de rudimentaria sociología, fuertemente estructurado y cohesionado por el medio ambiente, de que es natural concreción, y en el cual fenómeno, determinándolo, entran factores de varia especie como tradicionalismos hondamente arraigados, preocupaciones populares, resaltantes convencionalismos, formas y maneras estrechas y rutinarias de comprender la realidad que nos circunda; todo, en fin, lo que aún representa en muchos sentidos el ritmo peculiarísimo de vida de la sociedad dominicana casi por entero desprovista de gérmenes de eficiente y redentor dinamismo. Y tan es así que el fenómeno social que toma forma corpórea en el dictador, valeroso y trágico, caído en Moca, puede repetirse, se repetirá inevitablemente, si no varían en forma más o menos radical esos procedimientos, medios y resortes irregulares que figuran en primera línea como de indiscutible eficacia gubernativa en todo el curso de nuestra actuación histórica, ya como colonia, ya como organismo nacional dueño de sus destinos. Ese proceso de salvadora desviación de los lóbregos caminos que ha seguido constantemente nuestra política, requiere, para cumplirse satisfactoriamente, desenvolverse en el seno amplio y generoso de una paz dignificadora y estable, propicia en un todo a la expansión de trascendentes iniciativas y al ejercicio gradual y respetado de todos los derechos inherentes a la personalidad humana. Y para ello no hay que esperar, como se afirma por ahí, a que estemos *suficientemente preparados*, pues para tales cosas la óptima preparación estriba en la práctica inmediata y constante de esos mismos derechos individuales, aunque en los primeros tiempos sea en forma irregular e incompleta. La mejor escuela para aprender a ejercer esos derechos no radica ciertamente en tales o cuales enseñanzas teóricas sino en bajar a la candente arena para practicarlos, como indica Lastarria, cuando se pueda y *como* se pueda...

Radica indudablemente la médula de este atractivo volumen en su parte descriptiva, la más sugestiva y completa, enderezada de modo principal a poner ante nuestra vista los edificios o

restos de edificios de la época colonial que aun permanecen en pie contribuyendo en gran manera a imprimir fisonomía especialísima, propia para sugestionar y cautivar artísticas imaginaciones, a la ciudad que se yergue altiva besada por las ondas plácidas o rugientes del azul Caribe, que en tiempos pretéritos dio notaciones de alta resonancia y de donde partieron como los fieros halcones de que habla el poeta de *Los Trofeos* muchos de los aventureros de férrea armadura que con sus fulgurantes proezas legendarias fijaron los límites del inmenso imperio colonial hispano casi en los últimos confines del hemisferio austral. Poesía hermosa, solemne, de intenso relieve medioeval, surge, como proyección luminosa de un mundo cubierto por el negro sudario del olvido, de esos ruinosos paredones en que los siglos han puesto su pátina densa cuando se les contempla, con alma de artista, a la caída lenta y melancólica de las tardes apacibles que se esfuman en las imprecisas vaguedades de grises agonías crepusculares; o cuando sobre la ciudad dormida extiende la noche augusta su clámide de sombras; o en las horas en que los lampos lunares, a modo de suaves caricias sidéreas, bañan suavemente los arcos festoneados de plantas trepadoras, los huecos de las puertas que parecen las entradas sombrías de amplias construcciones funerarias, los patios abandonados en que crece la yerba con selvática independencia, y en que se cree escuchar algo parecido a una sollozante elegía escapada de los que un día pusieron vida y animación en aquellas ruinas, de los recios guerreros de larga tizona, de los sórdidos y presuntuosos golillas, de los frailes que por esas ruinas pasaron silenciosos y pensativos bajo su amplia cogulla, y que en más de una ocasión, algunos de ellos, en aquella hora tremenda y trágica de la Conquista, alzaron viril y elocuente protesta en defensa de una raza torpemente exterminada, la pobre raza quisqueyana, reclamando con voz que aun vibra en la conciencia humana el derecho de esos aborígenes a vivir sin estorbo en la idílica paz de sus campiñas, en la tierra en que fueron libres y felices sus abuelos! ¡Qué serena, qué intensa poesía, noblemente romántica, a modo de fresco y copioso surtidor, brota de muchas de estas páginas exquisitas y sentidas, donde un artista verdadero puso las gemas deslumbrantes de su estilo eminentemente pictórico con la plausible idea de conservar en esas bellas descrip-

ciones llamativos aspectos de un mundo que se extingue, de la vieja poesía colonial que agoniza, de cosas que van lenta o precipitadamente transformándose, revistiendo nuevas apariencias, distintos contornos, obedeciendo al necesario y cambiante dinamismo de la vida!

Constreñido principalmente por su temperamento colorista y por su ansia de realidad artística, traza Cestero cuadritos de cierto realismo crudo, sensual, que han dado margen a críticas y aun a censuras un tanto destempladas. Demuestra eso, a mi ver, con cierta evidencia, que entre cierto aspecto de la mentalidad de Tulio M. Cestero y nuestro medio social —no obstante describir tan bella y acertadamente algunas de sus principales peculiaridades— no existe completa conexión espiritual, conexión determinada por idénticas formas colectivas de ver, pensar y sentir, y por tal circunstancia debida a sus largas y frecuentes residencias en países de intensa vida artística y a la asidua lectura de autores favoritos extranjeros, origínase su olvido de que lo que en algunos de esos países es cosa corriente de que nadie hace ascos, como la pintura de pronunciados realismos sensuales, entre nosotros tales cosas, infundadamente, aparecen como creaciones sicalípticas, pornográficas, de evidente inmoralidad, fustigadas duramente por muchos con sinceridad de convicción que les honra; pero que otros censuran con probada hipocresía, con ridículo jesuitismo, desde puntos de vista de una moral flexible, acomodaticia cuyas excelencias decantan a cada instante aunque guardándose bien de practicarla ellos mismos fielmente, tal como la predicán... Y no hay que enredar la madeja invocando la libertad artística, el derecho de pintar la vida tal como es, tal como vibra en la realidad, tal como aparece ante nosotros sin eufemismos y aderezos retóricos que la falsean o desnaturalizan, porque aquí aun no estamos ni estaremos en mucho tiempo habituados a no escandalizarnos más o menos tartufescamente ante lo que un concepto de moral de innegable repercusión colectiva condena severamente revistiéndolo de las proporciones de abominable pecado. Acepto sin ambages una bien entendida y amplia libertad en el terreno de la creación artística siempre que esa libertad corra por el cauce de un sereno, sincero y desinteresado propósito de poner ante nosotros, como lo hace Cestero, un fragmento de la vida real y palpitante; pero

censuro cuanto en ese mismo terreno propende torpemente a despertar sensaciones eróticas, apetitos estragados, irremediables impotencias... Ya eso no es libertad artística bien entendida ni cosa que remotamente se le parezca...

Tiempo hace que vengo preconizando en periódicos y en libros la conveniencia de ir colocando los primeros jalones de una literatura lo más nacional posible inspirada en los diversos aspectos y peculiaridades de nuestra naturaleza imponente y majestuosa, en lo típico de algunas de nuestras costumbres urbanas y campesinas que caminan precipitadamente a su extinción, y sobre todo en los asunto de intensa fuerza dramática de que es tan pródiga nuestra incoherente y sangrienta existencia histórica, que constituye para mí la base fundamental de un consciente empeño de vigorización del espíritu nacional liberándolo de las excrecencias peligrosas de disolventes escepticismos y haciéndolo capaz de mantener en perenne tensión un estado de alma en un todo refractario a las humillantes ingerencias y mal disimulados avances de imperialismo norte-americano en nuestra vida como organismo independiente. Fuerza es, pues, crear una literatura de ideas, una literatura de acción, de bien concertadas energías, una literatura que traduzca con relativa amplitud orientaciones luminosas de la vida moderna para poner de relieve en tal actuación literaria lo mucho de interesante, de vigoroso colorido que puede espigarse en el campo aun casi inexplorado de nuestra rica y dramática historia. En esta hay sustancia suficiente para nutrir empeños literarios de diversa índole, no intentados aun, salvo una que otra ligera excepción, porque nuestra actividad mental, por lo común, marcha extraviada, a tientas, sin ideal definido, casi siempre por estrechas sendas de franca imitación, lo que no da margen sino a producciones artísticas de valor muy relativo y de vida inconsistente y efímera. Poseemos ya en cierto grado —algunos de nuestros intelectuales han dado muestras valiosas de poseerla— la técnica necesaria para la elaboración fructuosa de obras de cierto mérito artístico. Nada deja de sí esa prosa quintaesenciada, pueril, verbosa, empedrada de neologismos, casi siempre sin ideas, ni esa poesía pletórica de ciertas exquisiteces de forma, de refinamientos de expresión, pero sin alma, que cautiva un momento sin marcar casi nunca en nuestros corazones la

huella luminosa y perdurable de su paso. En esas modalidades de nuestra actividad mental no brilla, atrayente y fecundo, el reflejo de nada duradero y trascendente, susceptible de determinar estados anímicos resueltamente encaminados a la realización de altas finalidades de belleza y de justicia, tales como las reclaman estos pueblos hispano-americanos menesterosos siempre de nobles y prolíficos ideales. A cada momento, probando nuestra sorprendente facilidad para tales empeños mentales, vemos surgir partos literarios que atesoran ciertas cualidades de forma, pero sin ideas, sin expresar verdaderas emociones; obras de un pseudo subjetivismo, frágil, superficialísimo, que, por espíritu de irrefrenable imitación, en ocasiones por declarada pobreza mental, tiende a seguir dócilmente corrientes exóticas de muy discutible mérito literario, orientaciones señaladas por escritores y poetas consagrados por la moda o por circunstancias pasajeras del momento como el auge efímero de escuelas o de cenáculos que casi nunca ilumina la proyección de ideales prolíficos positivamente humanos.

Ciudad Romántica encaja perfectamente en el marco, amplio y resplandeciente, que encuadra esa tendencia nacionalista, salvadora y fecunda, que encarezco con fe de verdadero convencido. Tulio M. Cestero, como va sucediendo con otros ingenios nuestros, ha comprendido que en nuestra vida social, desordenada, huérfana de indispensables iniciativas, resulta planta exótica, de muy débil perfume, esa literatura trasplantada, erótica, enteca, refinada, inconsistente, pálida flor de *boulevard* que constituye la concreción más o menos real de una vida enteramente artificial, de horizontes limitadísimos, sin vistas a aspectos cada vez más amplios y definidos del movimiento social. Urge crear en vez de esas producciones frágiles, sin objetivos luminosos y precisos, cosas sólidas, fuertes, de positivo valor humano, en perfecta consonancia con las ideas de mejoramiento colectivo que a modo de resplandecientes meteoros cruzan la atmósfera de la civilización moderna. Hay que contemplar de frente, sin vergonzosas cobardías, sin temores casi siempre imaginarios, la realidad que se alza ante nosotros, para, si es inconveniente y nociva, tratar de modificarla en lo posible mediante la actuación gradual y oportuna de ciertas *ideas-fuerzas* de positiva influencia en la evolución social cada vez

más vasta y compleja. Ojalá el distinguido escritor Tulio M. Cestero, nuestro culto y simpático compatriota, persista en la tendencia que en su producción literaria señala *Ciudad Romántica* cultivando con interés y amor cuanto se oriente en el sentido de realizar y prestigiar este amado terruño cada vez más necesitado del esfuerzo inteligente y viril de sus hijos para conducirlo por vías radiantes de efectivo progreso sin el más leve menoscabo de su personalidad nacional, que es lo que constituye o debe constituir nuestro timbre más alto de justificado orgullo...

POSTURAS DIFÍCILES
POR LUIS C. LÓPEZ

En la primera página de este volumen de versos me encuentro con esta cita de Schopenhauer: "Nadie puede mandar al poeta que sea noble, elevado, moral, que sea o que deje de ser esto o lo otro, porque es el espejo de la humanidad y presenta a esta la imagen clara y fiel de lo que siente"... En este libro —más aun que en otro anterior de Luis C. López, *De mi villorrio*—, se cumple fielmente esta observación del gran filósofo del pesimismo. Luis C. López es un poeta de extraña e incoherente flexibilidad mental, que esboza de continuo un gesto raro, macábrico, de resuelta inconformidad con el orden social imperante, o una mueca funambulesca que en ocasiones provoca la risa, una risa que deja casi siempre una impresión un sí es no es amarga y desconcertante... Para los encastillados en ciertos prejuicios y preocupaciones tradicionales, siempre será este poeta un neurasténico, que sólo encuentra verdadera complacencia en la exhibición vistosa y coloreada de muchas resaltantes fealdades y miserias humanas. Algunos le tildan de pornográfico o cosa parecida. A mi ver no es moral ni inmoral, tomando estos vocablos en cierto sentido. Es pura y simplemente *amoral*. En estas estrofas su visión de la vida no se cristaliza nunca bien depurada de ciertos aspectos de la realidad inexorablemente condenados desde el punto de vista de muchos convencionalismos e hipocresías sociales. Su gesto es de vibrante sinceridad, de ruda franqueza, de un naturalismo irrefrenable, extravagante a menudo, propio de un espíritu radicalmente independiente que

desde su mundo interior ve las cosas de muy distinta manera que la mayoría de sus semejantes uncida perennemente al yugo de añejos y muy arraigados dogmatismos imperantes en la vida colectiva... Su musa inquieta y socarrona, sin pudores convencionales, y su acentuado desprecio del *qué dirán*, lo empujan con frecuencia a ciertos atrevimientos de idea y de expresión que lo distancian considerablemente de los numerosos forjadores de rimas para quienes es algo como pecado mortal salirse de los límites precisos señalados por lo convencional y rutinario...

En su organismo afectivo la neurosis parece haber marcado con fuerza su huella de desequilibrios y de delirio. No hay que buscarle nexos ni afinidades con nadie en la poesía hispanoamericana. Es un rebelde impenitente de indiscutible originalidad, que no rehuye ciertas escabrosidades ni teme descender a detalles prosaicos y aun groseros o considerados generalmente como tales. No será jamás popular en nuestros medios intelectuales. Su musa vive al aire libre, sin ciertas castidades tradicionales, solazándose tan pronto aspirando el ambiente perfumado de la campiña henchida de inmensa paz, como recibiendo el vaho de la taberna en que va pronto a resonar con estrépito la juerga desenfrenada... Recorre con aparente indiferencia o con malsana curiosidad los sitios en que hierve la miseria fisiológica, no espantándose de ciertos aspectos repulsivos o nauseabundos de las cosas. Algunas audacias de su imaginación, de carácter pronunciadamente sensual, podrían formar *pendant*, guardando la debida distancia, claro está, con algunas de la moderna poesía francesa, como en estas obras de Paul Verlaine, pongo por caso (*Paralelamente, Canciones para ella*). A ratos su humorismo tiene un aspecto que atrae y sugestiona por la nobleza del sentimiento como en estos versos:

*Le fusilaron esta
 madrugada,
 como si fuera un criminal...
 ¿Y la social
 protesta?
 Ninguno dijo nada.
 Y aun vibra todavía
 dentro de mí ¡qué amarga*

*tontería!
la descarga de la fusilería...*

Describe, casi siempre, con atractiva sencillez y apropiado colorido:

*Divide el cromo una encina
venerable. Un vespertino
silencio de campesina
paz humilde. Hay un molino
rojo, una verde colina,
y en el fondo azul marino,
como en una cartulina
postal, se aleja el camino...
Después, por el otro lado,
el remiendo inesperado
de un alegre caserío,
la epilepsia de un torrente
y la escamosa serpiente
tornasolada del río...*

En *Canción burguesa*, ya en *postura* muy diferente, vibra su incurable rebeldía y su desprecio de ciertas cosas de urdimbre muy humana:

*Procura, mientras muere la mies en la cizaña
flexible cual felino que avizora el ratón
medir el salto... Y luego... que gire la cucaña
de la vida! No hay fuerza contra la tradición!*

*Flota como la espuma, zurce tu telaraña
y sé tan multiforme como un líquido. Con
la improbable paciencia de un pescador de caña
subirás poco a poco de escalón a escalón.*

*Después, atiborrado de honores y dinero,
gasta gorro y pantufllos cabe la lumbre. Pero
para hacer estas cosas sujétate a la ley
de todas las divinas y humanas tonterías,*

*sin asomo de pena, sin torpes rebeldías,
fingiendo la indulgente pasividad del buey.*

Su numen es proteico, complácese, sobre todo, en aprisionar efímeros aspectos de las cosas, instantes emocionales que dan a sus versos una apariencia de ligereza por más que casi siempre se encuentren en ellos rasgos pasajeros de cierto humorismo eminentemente personal. La nota cómica, impregnada de un matiz de vaga ironía, fluye con frecuencia de sus estrofas:

*Persigo entre las ruinas de una calle
sin pensar en la teja
que puede caerme, el talle
flexible de una moza. Es muy compleja
la misión de vivir. Y hay mucha gente
que camina a mi lado
diz que prácticamente
viendo para el tejado...*

*Por tus ojos, hipnóticos ojos,
de un lejano color amatista,
sentí los sonrojos
y las timideces de un seminarista.*

*Sonó la campana
y dio un resoplido
de bestia en celo la locomotora
en la virginidad de la mañana...*

*Y te has ido, te has ido
fugitiva visión de un cuarto de hora
sin dejarme quitar la sotana...*

No me atrevo a citar algunas de sus poesías que revelan el aspecto más pronunciado de su *manera*, a veces eminentemente sensual, casi hiperestérica (*Visión inesperada*, por ejemplo) de ver y expresar ciertas cosas... En los versos de Luis C. López, claros y precisos, sin hojarascas de gastado lirismo, no hay carencias de languidez enervante ni cierta música dulzona que

tanto halaga a muchos oídos. Es un poeta de fácil estro que, sin trabas de ningún género, refleja en sus versos la vida circunstante, la vida tal como la vemos desenvolverse dentro y fuera de nosotros, sin los afeites convencionales y sin las mogigaterías que con tanta frecuencia la enturbian y falsean.

HORAS DE ESTUDIO
POR PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

I

He vuelto a leer con renovado interés estas sinceras y expresivas páginas nutridas de sana y noble filosofía y de discretas y luminosas apreciaciones críticas. Son frutos hermosos y sazonados de un intelectual, todavía muy joven, que no ha malgastado lastimosamente su tiempo en producir prosas vacuas y puerilidades rimadas, como la mayoría de los escritores jóvenes de América, sino que, desde muy temprano, casi en la adolescencia, ha tendido constantemente a avizorar cosas de verdadera enjundia ideológica, penetrando con pie firme y seguro por la vasta selva para muchos inextricable de los más altos y fundamentales conocimientos humanos. No titubea, ni se pierde en vacías generalidades, ni en juicios insustanciales, cuando se trata de precisar con la posible certidumbre los nexos y conexiones que el observador atento, desprovisto de prejuicios y de modos de ver escolásticos, atisba de continuo en los factores de diversa índole que han determinado la evolución histórica del concepto filosófico. Todo hombre de regular cultura, todo espíritu que solicitado por el grandioso espectáculo de la vida universal, tal como se desenvuelve con misterioso ritmo, pretenda, subjetivamente, darse cuenta de lo que el mundo de las realidades sensibles representa y vincula, por el sólo hecho de querer explicárselo se pone en íntima comunión con esa vida universal y da a su pensamiento genuino y positivo alcance filosófico. No

puede únicamente adjudicarse el nombre de filósofos a los grandes creadores de sistemas, a los constructores de vastos monumentos metafísicos, los Platón, los Leibnitz, los Hegel, los que han puesto lo mejor de su espíritu en la investigación sistemática del origen y de la finalidad de las cosas. En determinado sentido, todos, casi todos los que en actitud reverente ponemos nuestra alma en relación con lo infinito pidiéndole la revelación de sus formidables arcanos, somos también filósofos. ¿Por qué no? Bien es verdad que la filosofía, es decir, la elevación de la inteligencia y de la sensibilidad a la comprensión serena y aproximada de la realidad exterior o íntima en que refulge y se expande la vida, ya sea en la forma monística de irreductible unidad de Haeckel, ya en la forma radicalmente pluralista de W. James, no resulta ya, aunque quedando de ello residuos más o menos apreciables en Alemania, algo como esotérico, telúrico, confuso, que es preciso envolver en cierta filosofía sibilina para revestirlo de importancia, sino que, de día en día, va haciéndose en un discreto sentido más accesible, más comprensible, más capaz de poner sus especulaciones al alcance, no de todos porque esto sería imposible, sino de un número, cada vez mayor, de almas selectas preocupadas de las cosas trascendentes de que se alimenta el pensamiento filosófico.

Como lo indica el autor de este libro en su acertada y bien documentada crítica de la conferencia del cultísimo intelectual mexicano Antonio Caso sobre el comtismo, es innegable que el positivismo de Augusto Comte, en casi todas sus líneas fundamentales, ha envejecido rápidamente, no representando ya, salvo en uno que otro de sus aspectos, sino un valor meramente histórico. La construcción positiva de Comte, en sus formas fundamentales, en lo que da cohesión y fuerza a un sistema filosófico, aparece ante la crítica serena como sin unidad intrínseca verdadera, a menudo contradictoria, sin ambiente psicológico, sin ningún importante dado o análisis hondo del problema del conocimiento; aunque sí tiene bastante valor en lo que toca a la sistematización, a la superposición de las ciencias que arrancan de las matemáticas, ciencia por excelencia exacta por la precisión y fijeza con que se enlazan sus términos, ni tampoco puede regateársele cierto mérito, en algunos de sus aspectos, a su método que va de "lo concreto a lo concreto", y no tiene ca-

si nunca su punto de partida en meras abstracciones conceptuales. Que en el mismo *Curso de filosofía positiva* se evidencian frecuentes contradicciones, y que entre esta monumental obra y el *Sistema de política positiva* las hay también y resaltantes, cosa es ya a que no vale la pena de hacer referencia. No obstante su genio, sus grandes facultades de observación y sistematización, Augusto Comte, a lo que pienso, sólo tendrá en la historia de la filosofía un valor bastante relativo. No es ni con mucho como se afirmaba hasta hace poco tiempo un renovador de altísima influencia filosófica, pero sería injusticia negar que algunos de los gérmenes echados en el surco por él han florecido con cierta lozanía. Su personalidad filosófica no puede medirse con la de Kant, el insigne jefe del criticismo, quien no tuvo jamás en su existencia de absoluta consagración a la especulación filosófica (*Vida de Kant*, por K. Fischer) las debilidades y errores en que incurrió con frecuencia el genial pensador francés. Kan marca la línea de separación de dos mundos; la proyección luminosa de su espíritu, sea cual sea su intelectualismo hoy combatido hasta en sus últimos atrincheramientos, tiene extensas y perdurables ramificaciones en casi todo el pensamiento filosófico moderno. Filósofos de la talla de Kant entran pocos en libra...

Dos palabras dan la síntesis del positivismo: realidad y utilidad. Lo real, es decir, lo observable científicamente, lo que nos suministra el mundo fenoménico que Comte aceptaba o parecía aceptar en toda su integridad exterior; y lo útil, esto es, la aplicación más o menos benéfica, en lo esencial, de esas adquisiciones científicas, positivamente exactas, al desarrollo social. Quizás la crisis de irremediable decadencia que sufre hoy el positivismo, tenga su génesis, en alguna parte por lo menos, en la muy bien precisada evolución del concepto de ciencia. En ese concepto se integraba como algo de irrecusable exactitud, de certidumbre absoluta, y era como la expresión insustituible e invariable de cosas muy reales y concretas. Se informaba en cierto criterio de verdad *estática*, de unidad intelectual. La ciencia lo explicaba o podía explicarlo todo. Tengo para mí que la más radical representación de ese criterio está en Haeckel. Dubois-Reymond en su célebre discurso del *Ignorabimus*, sostenía que eran siete los enigmas del Universo, de los cuales cuatro ja-

más serían descifrados. Haeckel, en su radicalismo científico (*El Monismo*, etc.) opina que tales enigmas están descubiertos o poco menos... En estos últimos años se piensa de manera algo distinta. Poincaré, en un libro notable (*La valeur de la science*) cree que solamente podemos aprehender cierta armonía entre las cosas, mera trama de relaciones, única realidad accesible a nuestro entendimiento. "La ciencia (Boutroux, *Science et Religion*) era hasta hace poco el conocimiento absoluto de la naturaleza de las cosas. Era, en resumen, la metafísica antigua, con su ambición de conocimiento perfecto, transportada al mundo de la experiencia. La experiencia no puede alcanzar ni los primeros principios ni los fines últimos. No puede, ni podrá jamás aprisionar en el tiempo un primero o un último fenómeno, que no es, sin duda, sino una ficción, aunque siempre será motivo de saber en qué medida las sucesiones que ella descubre bastan a explicar la aparición de los fenómenos. La ciencia no es sino un lenguaje, gracias al cual el espíritu se hace relativamente inteligible, es decir, reconocibles y manejables el mayor número posible de hechos... Es un conjunto de signos imaginados por el espíritu para interpretar las cosas por medio de nociones preexistentes cuyo origen se le escapa"... De expresión de verdad estática, permanente, absoluta, la ciencia resulta hoy forma experimental de verdad evolutiva, contingente, necesariamente relativa.

Augusto Comte, a mi entender, es ante todo y sobre todo, un reformador social, que quiere aplicar cierto concepto de unidad intelectual, de coherencia científica, al dinamismo colectivo, al desenvolvimiento de las sociedades, a primera vista tan desordenados y confusos. Mejor que de un filósofo de escuela, su gesto es el de un reformador que quiere modelar los factores sociales a su antojo, y por eso a medida que avanza por esa vía se hace más exclusivo y dogmático. Y estamos ya hartos de dogmatismos. Nadie se ufana de tener aprisionada en sus manos la verdad. Nuestro sensorio no puede aprehender más que resplandores quizás engañosos de esa verdad, de lo que por cierto hábito de categorías o formas conceptuales de pura lógica llamamos verdad. "Una filosofía (*Philosophie de l'Experience* por W. James) es la expresión del carácter de un hombre en lo que tiene de más íntimo, y toda definición del universo no es sino la reacción

adoptada voluntariamente a ese respecto por una personalidad. Los sistemas se reducen en conjunto a un corto número de tipos o modelos que bajo el verbalismo técnico con que los envuelve ingeniosamente la inteligencia humana son otras tantas maneras de sentir el movimiento total que impulsa la vida y de vislumbrar la dirección general"... Sobre las otras interesantísimas conferencias de Antonio Caso referentes al positivismo independiente, dice nuestro muy distinguido compatriota cosas muy puestas en razón que casi íntegramente comparto, sobre todo en lo que atañe al gran lógico Stuart-Mill, uno de mis autores predilectos. Spencer es un constructor genial con no sé qué vagas y lejanas reminiscencias de teólogo. Lo *incognoscible* se explica en mucha parte por la herencia de idealismos religiosos que recibió de sus inmediatos o casi inmediatos ascendientes. Superfluo y aun contradictorio en el evolucionismo spenceriano, lo incognoscible es algo como la supervivencia de estados místicos impregnados de formas intelectualistas modernas...

En el sugestivo y bien pensado capítulo "Nietzsche y el Pragmatismo" pone el autor de relieve, con seguro criterio, las notabilísimas coincidencias que se advierten entre ciertas geniales apreciaciones del gran pensador alemán y algunos puntos de vista del concepto pragmático de W. James. No me sorprende tal cosa. Ambos pensadores se aproximan por su acerada crítica del intelectualismo, y ambos, cada cual a su modo, con poderoso individualismo, han explorado la realidad exterior e introspectiva, el uno buscando y encontrando en el perpetuo dinamismo de la vida una condensación de suprema energía, y el otro comprobando, *verificando*, lo que en la esfera de nuestras creencias tiene positivo contenido pragmático. Pero si Nietzsche es más genial, más audaz, más artista, W. James tiene más color genuinamente humano, más salvadora trascendencia social que el forjador del superhombre. El pluralismo de W. James representa, en la actualidad, quizás la fase más importante del pensamiento filosófico. Al concepto de absoluta unidad del monismo, opone el concepto de variedad, de diversidad, tal como, bien observado, se nos revela el mundo exterior. La forma particular de *cada* elemento tiene en su abono tantas probabilidades como la forma *todo*. "La sustancia de la realidad (*Philosophie de l'Experience*, W. James) no llega nunca a formar una co-

lección total; siempre es posible que quede *algo* fuera de la más vasta colección de elementos. Por todos lados vemos existencias individuales, formas diversas. La verdad se alcanza no por hipótesis sino por demostraciones"...

¡La Verdad! ¿Qué es la verdad? Aun resuena en nuestros oídos esa interrogación formulada hace muchos siglos... Y aun no hemos encontrado una respuesta que mitigue nuestras dolorosas inquietudes y desvanezca nuestras dudas abrumadoras. Bajo la indiferencia del cielo, seguimos, como al principiar la melancólica ruta, pidiendo en vano a la esfinge de la gran Naturaleza que nos descubra sus secretos. Cayendo aquí y levantándonos más allá, vamos por en medio del torbellino de la vida, sin acertar a descorrer el velo del misterio que nos circunda, sin que logremos saber de dónde venimos ni adónde vamos... Nuestros conocimientos, dice Littré, son como una reducida isla en torno de la cual extiende su oleaje el océano insondable de lo infinito... Si hoy pensamos que la lógica de las categorías o formas conceptuales aristotélicas y kantianas no nos puede dar sino una visión borrosa, artificial quizás, del mundo sensible en todos sus aspectos; si la ciencia, expresión fiel en gran parte, de ese intelectualismo, no puede, no ya sólo en sus postulados de orden moral, sino en lo que atañe y se refiere al mundo de las cosas exteriores darnos una certidumbre completa, sino resultados mudables, contingentes, como la vida misma; entonces, menospreciada o abandonada la esfera de los conceptos, de las categorías mentales, fuerza es buscar el salvador refugio de la vida íntima, libertada de todo conceptualismo *espacial*, el *yo profundo* de Bergson o la conciencia *subliminal* de Uyers; vida interior, intensa y honda, que también tiene su lógica, positiva y real, porque la *sentimos*; vida de sentimientos, de afectos, de creencias, que, interpretada en un alto sentido pragmático, puede ser de salvadora eficacia en la existencia individual y colectiva... "La experiencia inmediata de la vida, asegura James, resuelve los problemas que más desconciertan la inteligencia pura..."

II

“Vida intelectual de Santo Domingo”, uno de los más importantes capítulos de esta obra, es, no obstante su necesaria brevedad, un resumen bastante circunstanciado del desenvolvimiento de las letras en este hermoso jirón de tierra antillana. En dicho estudio se ponen de bulto con muy discreto criterio los factores de diversa índole que, en ciertos momentos, han retardado o dado impulsión a ese movimiento intelectual, los que, con corta diferencia debida a accidentes históricos, son los mismos que han actuado con parecido e idéntico fruto en las demás regiones de Hispano-América. Nuestra vida colonial —como se evidencia en casi todos estos pueblos hermanos nuestros por la sangre y por el idioma— no ha sido todavía historiada con el amplio y seguro criterio indispensable para fabricar con los numerosos materiales esparcidos actualmente al azar una síntesis de aquel período, satisfactoria, comprensiva y luminosa. La época colonial, aun para mucha gente culta, permanece envuelta en densas nubes de olvido. Salvo en tales o cuales acontecimientos resonantes, su urdimbre íntima, su peculiar psicología, nos es casi enteramente desconocida. La impresión que generalmente nos produce ese pasado es de algo así como si se tratara de cosas mitológicas, de la conquista del *vellocino de oro*, pongo por caso. Y esto constituye un error gravísimo de apreciación histórica. Para explicarnos con la posible exactitud lo presente hay que conocer de modo preciso los nexos de todo género que tiene con todas esas cosas extintas. Somos hijos legítimos de ese pasado. Y en muchos aspectos de nuestra existencia colectiva, vivimos todavía espiritualmente de su herencia. Imposible darnos cuenta de nuestra actuación actual, con todos los fenómenos de carácter religioso, científico, político, económico y literario que la integran, sin antes remontar la corriente del tiempo y ponernos en estrecha comunicación con ese pasado que frecuentemente sólo nos merece un gesto de desdén o una completa indiferencia. La tarea no es fácil, sin embargo. Los historiadores de verdadera médula son raros. Pocos de ellos poseen en el grado requerido esa maravillosa facultad, de evocar, de resucitar una edad, un período histórico, con sus peculiaridades íntimas, con sus sucesivas y bien observados

estados de alma sin encerrarse, como la inmensa mayoría, en el estrecho marco de la narración escueta de batallas y de hechos de tales o cuales gobernantes casi siempre de efímera nombradía; cosas que, en el fondo, son simplemente la expresión de algo muy recóndito e íntimo, de algo que reside en estratificaciones mentales generadas por una multitud de circunstancias étnicas y sociales de cierta complejidad que para casi todos los historiadores pasan siempre inadvertidas.

El pasado, aun en sus aspectos más satisfactorios, no debe ni puede constituir siempre un modelo. Debemos estudiarlo íntimamente no para imitarlo, sino para conocernos mejor y extraer de él los elementos que fusionados hábilmente con otros de actualidad puedan aprovecharse para la elaboración fructuosa de cosas trascendentes. En nosotros vibra aun fuertemente la vieja alma colonial, repleta de ideas de coerción, de autoritarismo, de centralización asfixiante, de intolerancia, de rutina, sin ninguna tendencia a las iniciativas espontáneas y sostenidas, sin nada enderezado al desenvolvimiento libérrimo del factor individual, causa determinante de todo mejoramiento humano. En su aspecto estático y rutinario, el pasado tiene extensa rai-gambre en nuestro organismo social. Lo *nuevo*, en sus mejores aspectos, como que nos inspira sospecha, y nuestra primera impresión, por lo general, es rechazarlo sin previo examen o quitarle significación e importancia. Hay sí que descontar ciertas frivolidades mundanas que aceptamos con los ojos cerrados copiándolas inmediatamente y en ocasiones de modo exagerado... Existe no sé qué vago matiz teológico y dogmático en el fondo de nuestra psicología. Las excepciones son muchas, y algunas valiosísimas, ya lo creo, pero, naturalmente, sirven para confirmar la verdad de la apreciación general. Nuestra percepción de las cosas, aun en las últimas clases sociales, es comúnmente fácil y clara. Pero nuestra potencia de evolución es escasa, cohibida o atrofiada por inveterados hábitos de pereza mental, contra los cuales urge reaccionar por medio de un sistema educativo racional y científico que gradualmente, sin violencias ni exclusivismo, estimule la actividad intelectual y destruya preocupaciones y convencionalismos entorpecedores de todo empeño de positivo adelanto. Una reacción oportuna y provechosa contra lo mucho de anacrónico y obstaculizador que flota en nues-

tro ambiente social sin lesionar lo castizo y muy propio que debemos conservar a todo trance, parece, a primera vista, cosa que excede en mucho a nuestras fuerzas.

Sé bien que lo que fue, lo que formó la atmósfera moral de nuestros antecesores, ejerce sobre nuestra imaginación un atractivo intensamente romántico. Sentimos a cada paso la atracción, la fascinación que emana de ese pasado, al cual, por efecto de la lejanía, revestimos de exterioridades serenamente luminosas. En la mayor parte de los casos, sin embargo, como el héroe del viejo poema clásico, debemos taparnos los oídos para escapar a la seducción de sus cantos de sirena... Fuerza es reconocer que somos de otro tiempo, que debemos convencernos de que todos los puntos de vista del conocimiento humano han radicalmente cambiado, que lo muerto bien muerto está, y que, en la hora actual, nuestro deber principalísimo consiste en aceptar de lleno la realidad circunstante para mirar de frente y sin debilidades sentimentales lo porvenir. Supervivencias mentales de otro tiempo, huecas e inútiles, mejor o peor disimuladas por artificios intelectuales, resultan ya de todo punto insuficientes para operar saludables transformaciones en el organismo colectivo. Confieso que en ciertas horas —todos tenemos esos momentos— siento en mi alma la caricia enervante, henchida de ensoñaciones y de añoranzas, que como un suave y extraño perfume, se desprende de las cosas muertas... No resisto a veces la tentación de evocarlas y de ponerme en comunión íntima de afecto con ellas. *Nuestros* muertos, nuestros antepasados, los que terminada su labor se durmieron en el no ser, continúan viviendo física y espiritualmente en nosotros. Pero ese pasado *vivido* en demasía, resulta debilitante y nocivo para el espíritu. La poesía que emana de lo que fue, por lo que toca a nuestro pasado, es poesía de quietud, de recogimiento, de paz conventual, de vanos misticismos; y la poesía de nuestro tiempo es de acción, de concertadas energías viriles, de actividad creadora, de cuanto se requiere para dar calor y sano impulso a una agrupación social que no quiera ser de las últimas en la luminosa vía trazada por sucesivos adelantos mundiales.

La vida intelectual de Santo Domingo, en todas sus formas de expresión, no tiene ni puede tener, exactamente como la de todos estos pueblos de origen ibérico, nada de característico

que le imprima especial fisonomía. Detrás de exterioridades más o menos brillantes, de aspectos de mayor o menor resaltante modernidad, atísbase, sin necesidad de ser muy zahorí, algo muy arraigado de tradicional y convencional que teme o aparente temer el contacto con la realidad mundial en sus más pronunciados aspectos. Muy rara vez sale a la superficie, en prosa o en verso, la nota de emoción intensa que suele arrancar a nuestra sensibilidad el espectáculo de la vida social en permanente proceso de adaptación a fines de existencia cada vez más progresivos... Sin referirme a otras demostraciones de nuestra existencia social que ahora no vienen al caso, y concretándome a nuestro movimiento intelectual, huelga afirmar que éste, como en todas partes, es fiel expresión de tales estados mentales, sin impulsión capaz, salvo contadas excepciones, de producir concreciones literarias que traduzcan artísticamente las dolorosas inquietudes y acerbadas dudas del alma moderna ni tampoco la orientación resuelta de esa misma alma hacia rumbos de verdad y de probada eficacia para el mejoramiento general. En el lenguaje rítmico, por ejemplo, fuera de Salomé Ureña, grande entre los grandes, superior sin duda a la Avellaneda misma, por el vigor del estro, el colorido clásico y lo amplio y moderno de la idea; fuera de José Joaquín Pérez, de noble y robusta vena poética, evocador genial de la extinta raza indígena; y fuera de Gastón Deligne, capaz de subir, por la escala del concepto, a las cumbres más altas de que puede enseñorearse la inteligencia humana, no veo, ni antes ni después de ellos, salvo chispazos aislados, rasgos de inspiración genial aquí y allá, pero poco sostenidos y sin conjunto, nada que sea poesía sincera e intensamente humana. Tal vez la generación literaria que ahora empieza a abrirse camino produzca algo que se parezca a esa poesía. Y no es, por lo general, que nuestros escritores y poetas no sientan esas cosas de nuestro tiempo en la medida necesaria para expresarlas bella y vigorosamente. Pero sin duda les cohíbe el medio donde todavía no se ve con buenos ojos por creer que lesiona determinadas creencias o preocupaciones, la expresión libérrima de algo muy individual e íntimo, como es lo que tiende a romper ataduras escolásticas para desenvolver sin trabas de ningún género la propia personalidad. Quisiéramos también jempeño inútil! en homenaje a un seudo y enmohecido ideal

clásico, huir de toda palabra que huela a galicismo o tenga visos de novedosa, y de cualquier innovación rítmica que rompa o modifique los moldes usuales sin pensar que en muchas ocasiones esas reformas no representan sino la restructuración de formas antiguas más o menos hábilmente remozadas. Pero nos arrastra el torbellino de la vida, y quieras que no, vamos a veces inconscientemente adecuándonos a las formas que para su expresión verdadera exigen las ideas que esa misma vida elabora incesantemente...

En este capítulo, bien nutrido de datos sobre todo en la parte moderna, nótanse, sin embargo, en esta última parte misma, en lo que toca a reciente fecha, algunas omisiones que a mi juicio merecen subsanarse y que indudablemente se deben a tener el autor que seguir desde lejos, desde México, su actual residencia, el movimiento de las letras de su patria, circunstancia que, naturalmente, le impide abarcar toda la actual extensión de ese mismo movimiento. Esas omisiones no son muchas, por lo menos de verdadera importancia. Deficiente y todo, nuestra producción intelectual no resulta escasa ni mucho menos, tratándose de un pueblo, como el dominicano, que ha tenido por principal ocupación la guerra, ya peleando con ingleses, franceses, haitianos y españoles, ya desangrándose a cada instante en desoladoras luchas fratricidas... No fue olvido sino un sentimiento de delicadeza no mencionar a Max Henríquez Ureña, digno hermano de Pedro, escritor de varia cultura, sereno y correcto, de abierto criterio que sabe amenizar cuanto toca y revestirlo de muy personal y apropiado colorido. En un cuadro del movimiento literario en Santo Domingo, merecen, a mi juicio, en el actual instante, figurar, entre otros que no recuerdo en este momento: Raúl Abreu, prosador elegante, fácil y ameno; Manuel F. Cestero, intelectual fogoso e inquieto de estilo preciso y diáfano, de criterio independiente, algo exagerado a veces en sus apreciaciones; Félix M. Nolasco, excelente periodista, discreto y correcto, conocedor concienzudo del castellano; Víctor M. de Castro, escritor vibrante, de sólidas convicciones patrióticas, y F. X. del Castillo Márquez, que va de día en día dando más firmeza y sello personal a su estilo. Lo mismo que en la histórica Capital de la República, en la gloriosa ciudad de Santiago de los Caballeros, un selecto grupo de jóvenes prosigue con noble ahínco en el

empeño de conquistarse un nombre en las ennoblecedoras justas del saber... No obstante sus cortas dimensiones, este resumen de nuestra vida intelectual satisface completamente por la serenidad y alcance del juicio y por la exactitud de los detalles que contiene. En él se ponen de manifiesto la perspicacia crítica y el amplio y seguro criterio de Pedro Henríquez Ureña, que es positivamente uno de los jóvenes intelectuales de mayor porvenir de Hispano-América. Juzga siempre con serenidad y acierto. Sus puntos de vista críticos son siempre muy elevados. A veces uno o dos adjetivos le bastan para precisar la personalidad de un escritor. *Horas de estudio* es un libro interesante, de verdadera sustancia ideológica, quedará en todas partes una idea muy alta del creciente valor de las letras dominicanas.

EL LIBRO DE LAS INCOHERENCIAS
POR A. Z. LÓPEZ PENHA

Por la riqueza ideológica y por la desbordante cantidad de sentimiento sincero y potente que contienen las páginas de este libro vibrante, desconcertador, extraño, en ocasiones de cierta incoherencia como reza su título, bien merecía un estudio más amplio, detenido y comprensivo que el encerrado en las breves líneas del presente trabajo. Si bien se mira, esa incoherencia a que acabo de referirme es puramente exterior, escuetamente forma. Detrás de sus evidentes excesos de imaginación, de su métrica, aquí y allá revolucionaria, *anarquista* podría decirse; detrás de su manera cambiante, inestable, de comprender e interpretar la vida; detrás del pronunciado radicalismo de sus ideas filosóficas teñidas de nietzscheanismo y de todo lo que en su psicología han puesto determinadas cristalizaciones científicas novísimas, vibra virilmente, intensamente, un alma de poeta, de verdadero poeta que encuentra a cada instante, en su mundo interior, en la realidad que le rodea, la materia prima, de potente fuerza, para la creación sucesiva de visiones de positiva médula espiritual y de apropiado y bello colorido artístico. Avalora su emoción lírica el indiscutible mérito de ser constantemente expresión fiel y completa de resaltantes situaciones anímicas de realidad insospechable. Por lo común, expresa vigorosamente lo que le impresiona, lo que le apasiona, sin disfraces de convencionalismos hipócritas ni nada que por cualquier concepto tienda a obscurecer su pensamiento o a amortiguar el efecto que se propone producir. Es en todas ocasiones

de una sinceridad a toda prueba. Aunque sin complejidades psicológicas de honda subjetividad, casi nunca se detiene en lo vago e impreciso de las cosas. Procura siempre, poniendo su alma en sus versos, ahondar en su jardín interior, aprisionar en sus estrofas lo íntimo, lo sustancial de la realidad circunstante. Por eso nunca o casi nunca crecen en su poesía las plantas entecas de sensiblerías netamente imaginativas.

Para juzgar con relativo acierto este poeta de vigorosa estratificación mental y en realidad desprovisto de afectación, aunque en ocasiones lo parezca, precisa hacer caso omiso de ciertos aspectos discordantes de pensamiento y de exteriorización, y bajo esas formas aparentemente contradictorias, extravagantes en cierto sentido, rastrear lo que integra y determina su unidad espiritual, lo que, en último análisis, forma el fondo verdadero de su curiosa personalidad literaria. De A. Z. López Penha, escritor y poeta, ungido ya por el aplauso, conocía algunas inspiradas poesías publicadas en revistas sud-americanas, pero éste es el primer libro de él que viene a mis manos y que me ha permitido darme aproximada cuenta de los subidos quilates de su mérito poético. Por esa circunstancia no puedo, como fuera mi deseo, hacer un estudio completo —quizás lo lleve a efecto más tarde— de cuanto determina su personalidad de novelador y de poeta. Las acerbos dudas y perplejidades del alma contemporánea tienen a menudo honda repercusión en sus rimas. En ocasiones, parece un espíritu cansado, decepcionado, escéptico, como si hubiera apurado ya todos los goces de la vida, paladeado las más exquisitas voluptuosidades, sentido todos los estremecimientos del entusiasmo, todos los espasmos de la carne, todas las fruiciones de glorias efímeras, y en el fondo de todo eso sólo hubiera encontrado la saciedad, el cansancio, la mentira de tantos convencionalismos sociales, y, a la distancia, sólo le sonriera la liberación suprema de la muerte... Pero, no obstante tales escepticismos y pesimismo, no obstante tales prematuros cansancios y desfallecimiento, ha sabido conservar, en lo más recóndito de su alma, a modo de inextinguible perfume, la proyección permanente de muchas cosas de relevante nobleza anímica. Aunque en completo desacuerdo con algunas formas rítmicas en que rompe radicalmente con los cánones de cierta retórica convencional, llegando hasta pretender infruc-

tuosamente borrar o destruir la línea infranqueable que separa y separará siempre la prosa del verso, me es grato declarar con mi habitual sinceridad apacentada en modos de ver y de juzgar cada vez más amplios y tolerantes que, a mi manera de entender estas cosas, y descontando ciertos errores y extravíos de pasajera y poco importante resonancia, A. Z. López Penha es un lírico notable, vigoroso, siempre dueño de su instrumento, de sostenida e intensa vibración personal, determinada, en no pequeña parte, por corrientes literarias exóticas, pero que, en todo tiempo y circunstancias sabe conservar incólume, sin menoscabo de ninguna especie, lo que en su personalidad artística es propio, original e inconfundible.

Su musa aborda sin titubeos los más variados asuntos, desde la fugaz impresión lírica sugerida en nuestra sensibilidad por el perfume de una flor, por la contemplación del poniente semejan-do la reverberación de un incendio, por el beso de la mujer amada, hasta la sugestión de los grandes problemas sociales, hasta las más íntimas y misteriosas modalidades del perenne movimiento de la vida. Ante la mujer que cautiva su fantasía, que motiva sus ansias de enamorado, exclama bella y sencillamente:

*Desde la grana vivida de tu boca
hasta el clavel que muere sobre tu seno,
es tanto lo que te amo que en ansia loca
amándote más gozo cuanto más peno...*

Frente al Magdalena, el poderoso río que corre impetuoso a confundir sus aguas con las azules y rugientes del mar Caribe se le ocurren estos hermosos y sugestivos versos:

*Ay! de ti si las razas de cabelleras blondas
sospechan que eres Eufrates de inexplorado Edén!
¡Oh hermoso y fuerte río! La patria es un santuario.
La tutelar serpiente de ese santuario sé,
y guarda el sacro pórtico del templo solitario
de osadas violaciones de los profanos pies!*

Cartagena de Indias, la vieja e histórica ciudad, fulge en los inspirados versos de López Penha con toda su hermosa y solem-

ne poesía de antaño. Al leer estas bellísimas estrofas, he recordado, por natural asociación de ideas, los versos de Rodenbach en que evoca los tranquilos canales, toda la melancólica sensación de belleza que fluye de *Brujas la muerta*, la vieja ciudad flamenca... En esas nostálgicas poesías de López Penha hay como una doliente evocación de la antigua urbe fundada por Pedro de Heredia y que vive:

*Oteando eternamente en los espectros de las naves
del gran pirata Morgan y el gran corsario Drake.
Y aunque las campanas en las torres temblorosas
claman, claman, dan y dan,
nadie al bronco llamamiento de sus voces quejumbrosas,
nadie al hondo grito de la madre dolorosa
acudirá jamás.*

En este poeta abundan los rasgos de cierto peculiar humorismo en que muchas veces vibra con fuerte acentuación la nota cómica:

*A vosotros, fósiles venerables, vosotros
que no conocéis más que una cuerda de la guitarra,
el pasado es vuestro, dormid en paz!
A todos vosotros, venerables fósiles
que le ponéis punto a las ies y pelucas a las ideas
que sólo tenéis para la juventud desconfianzas
y reproches
muertos, pobres venerables muertos, dormid en paz.*

Y sin citar pasajes de la parte del libro en que mejor se refleja su manera última y *anarquista* de expresión, pongo punto final a este ligero juicio declarando que, a pesar de sus extravíos e incoherencias de última hora, A. Z. López Penha es, a mi manera de entender, uno de los líricos de más alta vibración personal en el movimiento literario de Hispano-América.

BENJAMÍN VICUÑA SUBERCASEUX

Al regresar de Santiago de los Caballeros, entre la correspondencia recibida en mi ausencia, atrajo preferentemente mi atención un sobre enlutado procedente de Chile. Por mi espíritu, a modo de nube negra, cruzó algo así como un triste presentimiento. Mi emoción fue grande al recorrer las frases palpitantes de dolor, escritas con lágrimas, en que la noble dama Doña Victoria Subercaseaux de Vicuña Mackena, "con el alma destrozada", me participaba la muerte de su hijo Benjamín, quien era, me dice, "un entusiasta admirador de V." con otras cosas contenidas en la sollozante carta y que silencio por favorecerme exageradamente... Experimenté en todo mi ser como una profunda conmoción. Era el malogrado joven un gran talento en luminosa fase de ascensión, y más que eso era un alma noble y generosa. Sobre su nombre gravitaba la inmensa herencia intelectual de su padre el insigne historiador B. Vicuña Mackena, quizás la más vasta y rica intelectualidad de Chile, y el hijo, por su metódica y fructuosa labor literaria, iba en camino de alcanzar las alturas de que se enseñoreó gallardamente el autor de sus días, aquel maravilloso evocador de tantos cuadros históricos. De familia netamente patricia y en posesión de una buena fortuna, obedeciendo a lo que para él representaba un ideal de verdad y de justicia, dio la espalda a las tradiciones conservadoras tan arraigadas en su casa para sentar plaza en las filas del más avanzado liberalismo chileno. Fue patriota de verdad sin chauvinismos ni torpes intolerancias. Su cultura intelectual era rica

y extensa, en ocasiones sorprendente si se atiende a sus pocos años. En él había en proceso de formación un crítico sereno y perspicaz, de visión clara, sin prejuicios ofusadores ni dogmatismos de escuela; condiciones avaloradas por la posesión de un estilo sereno y sencillo, elegante y coloreado sin rebuscamientos ni ampulósidades. Desde que recibí su primer libro, hace cuatro años, sentí por él un vivo afecto que crecía a medida que iba conociendo íntimamente sus grandes virtudes personales. Yo no sé qué atracción magnética tiene para mí la juventud que se irgue en el escenario de la vida rebosante de magnificentes ideales. Me gusta ponerme en estrecho contacto con las inteligencias que empiezan a desarrollarse, con las almas que comienzan a vivir, porque encuentro casi siempre en ellas no sé qué suave y bienhechora impresión de frescura primaveral que amortigua un tanto el cálido soplo de muchas torturas realidades de la vida. Esa inclinación mía al elemento joven me ha producido una que otra vez amargas desilusiones; pero con todo eso, impenitente siempre, como aquella virgen misteriosa, de Schiller, que aparecía en cada nueva primavera, sigo, sin reparar en las espinas, abriendo mis brazos y tendiendo en ademán de cordial ayuda mis manos a la juventud que se levanta y sin infatuación ni pedantismos lucha noblemente por adueñarse de la cumbre iluminada del éxito.

Benjamín Vicuña Subercaseaux era uno de los jóvenes de más alta nobleza espiritual que he encontrado en mi camino. De él podría decirse como en el repetido verso de Menandro:

El amado de los dioses muere joven.

Sabía bastante, pero sin que él mismo pareciera percatarse de ello. Su mirada investigadora ponía siempre de relieve, con seguro criterio, lo mismo aspectos llamativos y difíciles de la filosofía moderna que muchas interesantes modalidades del desenvolvimiento social. Su análisis del comtismo, en parte fragmentario e incompleto, tiene verdadero mérito cuando expone lo atañadero a los frágiles cimientos en que reposa *La Religión de la Humanidad*. El comtismo, en su primera parte, en la exclusivamente científica, a pesar de la vigorosa impugnación de Huxley y de Spencer, reposa, como toda racional sistematización fi-

losófica, sobre cimientos de relativa solidez y contiene puntos de vista de verdadero interés. La trabazón ordenada, el método objetivo, la apreciación consciente y perspicaz de buena parte de la fenomenología social, y sobre todo, el deslinde claro y preciso entre el orden de conocimientos que cae directamente bajo el dominio de la experimentación y lo que se esconde en esferas en donde jamás penetrará nuestra inteligencia limitada, dan al positivismo comtista como el aspecto de una gran construcción filosófica, imponente y majestuosa, reposando sobre bases de perfecta solidez. Pero, en la actualidad, ese edificio parece agrietarse por todas partes. Su descuido del magno problema del conocimiento, su falta de caracterizada psicología, y el dogmatismo que se desprende de su concepto de ciencia, concepto cada vez más fundamentado actualmente en el principio de relatividad, van despojando a gran parte de la obra de Comte del valor que se le concedía hasta hace poco tiempo. En la bella obra de Vicuña Subercaseaux, *Gobernantes y literatos*, están sus hermosas *Cartas* al ilustre Juan Enrique Lagarrigue, el más caracterizado defensor en Chile de las doctrinas de Augusto Comte. Un breve juicio mío sobre esas *Cartas* dio motivo a que Lagarrigue impugnase mis opiniones y a mi contestación en los dos artículos sobre *La Religión de la Humanidad* publicados en *La hora que pasa*. En ese mismo libro de Vicuña Subercaseaux hay notables estudios acerca de literatos y estadistas chilenos. Paréceme magistral el artículo consagrado a José Manuel Balmaceda, el dictador suicida, aun hoy popular en Chile. Este estudio contiene muy hermosas pinceladas; pone de relieve, bella y fundamentalmente, en todos sus curiosos aspectos, la interesante y trágica figura del gran estadista chileno.

En su libro *La producción intelectual de Chile* —escrito por encargo del Gobierno chileno para ser presentado en la pasada Exposición de Quito— expone Vicuña Subercaseaux en rasgos de luminosa precisión todos los aspectos del desenvolvimiento intelectual chileno desde los primeros tiempos de la dominación colonial hasta el actual momento puede decirse. Más que en ninguna otra región de Hispano-América, resalta en Chile el hecho por demás interesante y muy significativo de que en todo el proceso de su evolución intelectual, no ya en los viejos tiempos coloniales en que actúan necesariamente en primer término ele-

mentos de origen peninsular, sino posteriormente, de la independencia para acá, debido al amplio y generoso espíritu hospitalario chileno, entren en ese proceso evolutivo como factores de primordial importancia intelectuales conspicuos de procedencia extranjera que plantan allí temporal o definitivamente su tienda, como el español José Joaquín de Mora, el venezolano Andrés Bello, Gorbea, Passaman, Sarmiento y otros y últimamente el insigne antillano Eugenio M. de Hostos. Reflejo más o menos fiel y acentuado de la vida social sobre todo en países incipientes de poco complicada cultura, imprégnase principalmente la literatura del ambiente de la lucha diaria, de la polvareda que levanta el choque de las pasiones políticas, y de ahí que en Chile, como bien se advierte en este trabajo, *pelucones* y *pipiols*, respectivamente, conviertan el movimiento literario, en determinados momentos, en expresión y vehículo de ideas de carácter conservador o de exaltado y radical liberalismo. Pero en Chile, aun presentando esa pugna de ideas e intereses en ciertas épocas, aspectos de exageración doctrinaria o de radicales propósitos partidistas, no representa, si acaso en muy corta escala —como en casi todas las demás repúblicas hispano-americanas— formas pronunciadas de un personalismo extraño y perturbador y causa siempre de estacionamiento o retroceso. Sus más caracterizados hombres de gobierno, como el ministro Portales y el presidente M. Mont, aun dotados de inflexible energía e inclinados al más recio autoritarismo, vinculan constantemente un ideal o un propósito, y en el fondo dibujan siempre una tendencia al progreso, teniendo poco o nada de común con el histrionismo o juglarismo político, generalmente burdo y sangriento, que tiene sus más salientes representaciones en un Francia, un Rosas, un Melgarejo y demás tiranuelos pasados y presentes de Hispano-América. Por lo que se desprende de esta obra, relativamente considerado, Chile es un país de rica y bien equilibrada producción intelectual. Teatro, en la época colonial, del más largo y recio choque entre dos razas tenaces y valerosas en sumo grado, ofrece asunto adecuado al más alto de los poetas épicos de la literatura española para su *Araucana*, poema bien deficiente por algunos conceptos, pero lleno de rasgos vigorosos, como aquella elocuente arenga de Colocolo, de abolengo clásico, y aquel retrato del gran Caupolicán:

*Viendo de aquel varón la valentía
El ser gallardo y el feroz semblante
Su proporción y miembros de gigante,*
.....

En los tiempos modernos, conservando sin bastardeos ni falseamientos su peculiar psicología social, ha ido progresivamente asimilándose la cultura moderna en todos sus aspectos y manifestaciones hasta aparecer como una entidad nacional que nada tiene que envidiar a otras más antiguas y potentes. Su última cruenta convulsión que culminó con la caída del dictador Balmaceda en nada ha detenido su marcha por la vía del verdadero adelanto. Su literatura, en sus líneas principales, es, por lo común, sobria, clara, expresiva, musculosa, sin muchas exaltaciones líricas, sin grandes pirotecnias de imaginación, discretamente apegada a cierto ideal castizo y poco propensa a la exhibición de exagerados modernismos...

En su otro muy valioso libro *El socialismo revolucionario y la cuestión social en Europa y en Chile*, el distinguido escritor, con entero conocimiento de causa, estudia concienzudamente cuanto integra y resume el movimiento social y todas sus fases de evolución en la vida moderna para terminar en conclusiones de un optimismo que en gran parte no comparto por juzgarlo producto de un juicio prematuro que no encierra, en su aparente amplitud, ciertos aspectos vinculados en cosas poco visibles, pero no por eso menos reales del vasto y complejo problema del socialismo. El criterio de Vicuña Subercaseaux, como dije en otra ocasión, es pronunciadamente ecléctico al analizar los tormentosos problemas del movimiento social. Él vio de modo positivo lo que hay en ellos capaz de sufrir modificaciones y aun transformaciones necesarias para ir mejorando lenta y gradualmente la suerte del proletariado todavía víctima de irritantes injusticias del capital, y vio también con deslumbrante claridad lo que en algunas de las reivindicaciones socialistas hay de inasequible y de quimérico por radicar fatalmente en la misma incontrastable naturaleza de las cosas... Otro de sus libros, el último, *Crónicas del Centenario*, es bella y vibrante demostración de un sentimiento de patriotismo, sereno, noble, viril, circuns-

pecto, que persigue a toda hora un ideal de verdad y de justicia ajeno por completo a todo apasionamiento de sectarismo político o de cualquier otra clase y tiende precisamente a poner de manifiesto los factores principales que, en bien precisada evolución, han determinado la peculiar y resaltante psicología de la libre y próspera república chilena.

De las dos partes de que se compone el libro, la primera, *La Colonia*, es un estudio histórico, rápido, preciso, bien documentado, lleno de hermosas pinceladas, en que los hechos aparecen bien agrupados y eslabonados sin que nada desentone en el conjunto, de tal suerte que el juicio completo, la síntesis de ese interesantísimo período, el período colonial —sin el conocimiento del cual, lo demás, lo que cronológicamente le sucede, no puede explicarse de modo satisfactorio— se precisa y caracteriza sin gran esfuerzo, dejando en el espíritu como la impresión de algo muy real con que hemos estado en contacto, que hemos *vivido* durante más o menos tiempo... Así, de esa manera, entiendo la historia, sin adivinaciones y sin erudición empalagosa, como obra de palpitante interés en que ciencia y arte se funden armoniosamente. El interesantísimo capítulo, *La España en el siglo XVII*, nutrido de datos en extremo curiosos, comprueba la exactitud del juicio de Paul de Saint Victor: "La España del siglo XVII ofrece el fenómeno de una decadencia mortal en medio de un poderío intacto"... El cuadro es realmente desconsolador. Es como la visión de un mundo sombrío amenazado de próxima e inevitable ruina. Ni un solo rayo de sol ilumina aquel oscuro hervidero de hombres y de cosas en plena decadencia. La miseria en todas partes, arriba y abajo. Los galeones cargados de barras de oro y de plata que venían de América apenas bastan a sostener los gastos de tantas guerras desastrosas. Se parece esa miseria, en medio de tan orgulloso poderío, a aquel escudero que figura en *El Lazarillo de Tormes*, bien trajeado, con rico jubón y reluciente espada, pero debiendo a la sorprendida bondad de su criado los pocos mendrugos de pan que satisfacen su hambre. "La América colonial, dice el malogrado Vicuña Subercaseaux, es un reflejo de esa España decadente, un reflejo más ensombrecido por la distancia, la soledad, el contacto con los indios, estimulantes de la miseria social..."

Así como ese vigoroso capítulo, son los demás de la parte de este libro consagrado a la época colonial. Constituye esta un período de adormecimientos y de inercia, sólo interrumpido por los chismes y enredos del "Obispo con el Cabildo eclesiástico y del Capitán General con el Ayuntamiento"... Los estudios consagrados a la Real Audiencia, a la Inquisición, a la Enseñanza, y a otras instituciones y aspectos de la vida colonial, son muy merecedores de particular encomio. Sobre lo que fue la Inquisición en América dice el autor de este libro cosas muy interesantes, refutando de paso al prebendado José R. Saavedra, quien, en años pasados, en un folleto, tuvo la infeliz ocurrencia de defender aquel ominoso Tribunal. El Perú fue el centro principal del Santo Oficio en este Continente. "Su principal objeto en Indias, dice Vicuña Subercaseaux, fue meramente: denunciar como herejes o judíos a los comerciantes ricos tanto más si eran extranjeros y confiscar sus bienes y dineros. Estos podían estar seguros de no llegar a la hoguera siempre que rescatasen con escudos el derecho de ser herejes o extranjeros. Salcedo, un millonario de Puno, ofrece al sombrío Don Francisco de Toledo, a trueque de su vida, enlozar con barras de plata las veredas de la ciudad de los virreyes"... "Chile se salvó de la Inquisición, agrega el autor, porque el país era en extremo pobre. Casi no valía la pena de poner un *quemadero*. Consta en un documento de 1638 de cómo el deán de Santiago, comisario de la Inquisición en Chile, de las confiscaciones que hizo se vio obligado a pagarse en sebo y en suelas; una que otra vez en barras de cobre". En el Perú, sin embargo, se quemaron muchos herejes.

En *La Patria vieja*, la segunda parte de este hermosísimo libro, se destacan con vivo relieve las interesantísimas figuras de Martínez de Rozas, y de O'Higgins, dignos en un todo del altísimo concepto que le merecen a Vicuña Subercaseaux. En esas dos sobresalientes personalidades, se condensa luminosamente, cobra plasticidad el ideal de separación de España. Son utilísimos esos dos hombres en la preparación de la obra revolucionaria, en la propaganda eficaz, en la acción rápida y resuelta. El autor narra con precisión, serenidad y gallardía la marcha de los sucesos que desde principios de 1810 fueron acentuando y dando forma a la empresa revolucionaria. Esta obra, en su proceso evolutivo, como es natural, tiene momen-

tos de postración, casi puede decirse de retroceso. En uno de esos momentos angustiosos, surge, con toda la juvenil arrogancia de un héroe de epopeya, infundiendo resolución y arrojo, la figura romántica de José Miguel Carrera. A cien años de distancia, no obstante sus múltiples errores, este hombre continúa inspirando viva simpatía. Es hombre de ideas, pero, sobre todo, de acción. Ve la oportunidad y sabe aprovecharla. ¡Con qué rasgos tan precisos, tan hermosos, traza Vicuña Subercaseaux, el perfil de este héroe legendario que vivió siempre en una atmósfera de tragedia, y que, desde cualquier punto que se le mire, resulta uno de los más preclaros y ardorosos paladines de la independencia americana! El período de *La Patria vieja* arranca de los sucesos de 1810 y termina en octubre de 1814 con el desastre de Rancagua y el restablecimiento temporal de la dominación española.

Y durante esos azarosos cuatro años, ya en el poder o fuera de él, José Miguel Carrera como que condensa y resume la parte más vibrante y resuelta del movimiento separatista chileno. ¡Qué hermosa y serena la página final del libro consagrada a esa simpática figura histórica!... "No pudo conformarse, dice el autor, no pudo renunciar a su amor a Chile, a su ambición de gloria, al recuerdo de cuanto había hecho. Llamó a todas las puertas, empleó todos los recursos de su genio, organizó en los Estados Unidos una expedición para libertar a Chile, él, por su cuenta; fue periodista, fue conspirador, jefe de revoluciones argentinas, *pichi rey* (rey chico) de los indios querandies... Todo eso hizo para abrirse el camino de Chile. Al fin, después de seis años de una odisea sangrienta y admirable, durante la cual demostró más corazón y talento que ningún hombre de América; vencido, no por las armas —que con éstas siempre triunfaba— pero sí por la tenacidad sórdida de sus enemigos en la Argentina y Chile, fusilados sus hermanos, asesinados casi todos los hombres de su partido; no ya en busca de la Patria para libertarla —esto lo habían hecho ya sus felices rivales— pero sí desesperado y sediento de venganza, triunfa todavía, miserable y magnífico, a la cabeza de un puñado de indios, hasta que una traición lo lleva el 4 de septiembre de 1821, cargado de cadenas y de gloria al mismo patíbulo en que sus hermanos habían muerto tres años antes".

Y así termina este libro, interesantísimo, verdadero canto de cisne del lamentado escritor; sugestivo, henchido de sano entusiasmo, sin sombra de pesimismo, elocuente y sereno, en que se evoca con fascinante colorido una época ya hundida en las sombras del tiempo; pero que interesa vivamente porque ella representa nuestro pasado, ese pasado oscuro y tormentoso, noble y épico, en que vibró intensamente el alma colonial, esa alma procedente de la vieja España, llena de heroísmos y de supersticiones, de grandezas y de mezquindades, y que, algo atenuada o modificada, forma aun el ambiente moral de estas repúblicas latino-americanas.

LA EVALUACIÓN POLÍTICA Y SOCIAL
DE HISPANO-AMÉRICA
POR R. BLANCO FOMBONA

En los más brillantes escritores de Hispano-América adviértese en la actualidad la pronunciada tendencia a dilucidar en todos sus más interesantes aspectos, seria y provechosamente, cuanto atañe a los graves problemas que se relacionan con el estado presente y con el probable porvenir de las veinte repúblicas esparcidas desde el Río Grande hasta las extremidades de la tierra patagónica. En libros, revistas y periódicos de esas repúblicas, vibra de continuo y a veces con verdadera intensidad la nota de arraigadas preocupaciones determinadas en primer término por el vehemente anhelo de encararse resueltamente con los múltiples obstáculos que han impedido hasta el presente en algunas de estas flamantes nacionalidades un armónico y consciente desarrollo de vida cultural, y en segundo lugar por la aspiración cada vez más pronunciada a formar un ambiente de noble y redentor nacionalismo refractario en un todo a las mal embozadas ideas de lenta y solapada absorción privativas del imperialismo yanqui. Ayer no más fulguró esa fecunda tendencia en *El porvenir de la América-latina*, el bello libro del notable escritor Manuel Ugarte, quien no satisfecho con tan rica y consciente ofrenda intelectual a la magna obra que persigue, recorre en estos momentos las principales ciudades de América, simpático paladín de la *bandera loca* de la soñada Confederación hispano-americana, exponiendo con verbo elocuente sus ideas en notables conferencias; y hoy, otro escritor ilustre, Rufino Blanco Fombona, publica este libro serio, correcto, vibrante, sereno, in-

interesante por todos conceptos, de alta y meritoria propaganda, nutrido de sesudas y perspicaces observaciones críticas y de sanos y vigorosos anhelos hispano-americanistas. En el sugestivo volumen del conocido escritor venezolano palpita fuertemente el ideal de dar a conocer fructuosamente en países extranjeros el verdadero estado político, económico y social de estas repúblicas, a fin de desvanecer erróneos y aun calumniosos conceptos que acerca de ellas circulan en esos países con mengua de los sagrados intereses de la verdad y la justicia puestas serena y vigorosamente en su punto por el celebrado autor de *Letras y letrados de Hispano-América*. Como lo demuestra con acertado criterio, opérase actualmente en muchas porciones de la libre América un desarrollo de civilización producto de la cada vez más consciente adaptación de las sociedades hispano-americanas a las formas nuevas en que se exterioriza en el presente instante el prolífico dinamismo de la vida social...

En sus principales y más definidos aspectos, la evolución hispano-americana, tal como lo indica Blanco Fombona con discreta erudición y entero conocimiento de causa, tiene su raíz en afinidades y semejanzas originadas por el cruzamiento de ciertos factores étnicos que han determinado con especiales caracteres físicos y con cierta peculiar psicología, el tipo colonial que puede presentarse, a pesar de ciertas diferencias, como característico de la América hispana. En ese molde étnico, se han fundido con potente fuerza, como sólida concreción espiritual, prejuicios y modalidades de la civilización latina que no es fácil arrancar a tres tirones. Carencia de alto sentido crítico supondría, en la hora actual, ponerse a denostar acerbamente las formas y medios del proceso de colonización española en este Continente. En este libro no se incurre ciertamente en semejante error. España no podía hacer sino lo que estaba en su mano. Y el momento en que esa colonización entraba en su principal fase, coincidió desgraciadamente con la ruina de las libertades castellanas desvanecidas en horizontes de sangre; suceso lamentable y trágico que hizo caer a España en las sombras del más terrible absolutismo. En el cadalso de Villalar cayeron las cabezas de Padilla, Bravo y Maldonado, y con ellas las viejas libertades que durante siglos habían reinado en algunas ciudades castellanas... Excepción de algunos de relativa cultura como Hernán Cortes,

Pedro de Valdivia, Gonzalo Jimenes de Quezada y quizás algunos más, muy pocos, eran los conquistadores en su inmensa mayoría gente ruda, estulta, violenta, estructurada solo para andanzas bélicas que les granjeasen glorias y pingües riquezas. Con un heroísmo que no tiene par en la historia esa gente violenta adueñóse de territorios inmensos y fundó ciudades, aquí y allá, conforme a las necesidades del momento y a las vicisitudes dramáticas de la lucha. Como en la Península, el poder teocrático, señor de almas, y el poder militar árbitro de la fuerza, uniéronse estrechamente para realizar una obra de dominación común, sin ideales y sin horizontes. Las leyes de Indias eran excelentes, pero, aun a despecho de las órdenes terminantes de algunos monarcas, nunca o casi nunca se cumplieron porque a ello se oponían múltiples intereses creados. Durante mucho tiempo la América fue, como lo afirma gráfica y pintorescamente Cervantes, "refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los alzados, salvoconducto de los homicidas, pala y cubierta de los jugadores, añagaza general de mujeres libres, engaño común de muchos y remedio particular de pocos"...

Bien seleccionados datos y muy justas apreciaciones abundan en estas páginas respecto del período colonial tan insuficientemente estudiado hasta ahora a pesar de haber durado más de tres centurias y de haberse moldeado en él lo que actualmente constituye y precisa nuestra fisonomía social. La época colonial en lo que a la dirección gubernativa se contrae caracterízase en lo religioso por la más acentuada intolerancia, en lo económico por el más absorbente monopolio, y en lo político por un régimen de centralización, suspicaz y restrictivo, que hacía de la ignorancia la mejor arma de gobierno y que tendía sistemáticamente al alejamiento de los criollos de los altos puestos administrativos reservados casi exclusivamente para el elemento peninsular. Con todo eso y no obstante la carencia de instituciones políticas que permitiesen siquiera una sombra de libertad, existía cierta vida municipal, muy deficiente sin duda, que formaba el único órgano de expresión de ideas y de propósitos de mejoramiento colectivo. Esas aspiraciones, andando el tiempo, se cristalizaron en un ideal de separatismo más o menos bien disfrazado, pero que, durante mucho tiempo, no fue sino el sueño de una minoría inteligente y adinerada. Estoy en

un todo de acuerdo con el autor de este libro en considerar las municipalidades como los centros en que la aspiración separatista encontró su forma más adecuada y definitiva de expresión. La independencia, como lo he afirmado más de una vez, en su primera y más importante etapa, salvo quizás en México, no fue el blanco de un empeño popular sino la aspiración de una minoría culta, acaudalada, de cierto noble y cándido idealismo, impregnada, en sus componentes más conspicuos, de ideas de la Enciclopedia y de la gran Revolución francesa, e inspirada en el ejemplo edificante de las antiguas colonias inglesas convertidas en repúblicas y en el espectáculo de los beneficios de la libertad que habían contemplado en viajes frecuentes a algunas naciones de Europa. Con excepción de una que otra región, esa minoría tuvo que luchar a brazo partido con el fanatismo de las masas, con la crasa ignorancia de casi todo el cuerpo social, con otros inconvenientes casi insuperables radicados en el culto a un conjunto de ideas tradicionales de las que todavía hay muy visibles vestigios en algunos de estos países. En los primeros tiempos de la lucha, la sociedad colonial en sus capas más numerosas era abiertamente refractaria a la sugestión de ideas de libertad política que chocaban con rudeza con sus arraigados hábitos seculares de respeto y veneración a instituciones que a sus ojos aparecían revestidas de algo como de intangible y divino. Puede afirmarse que en gran parte de América las guerras de independencia en sus comienzos y aun algo después, fueron verdaderas guerras civiles. El ejército de Morillo, el único de verdadera importancia enviado por España, llegó casi al promediar la terrible contienda. Los soldados de Boves y de Morales eran criollos en su gran mayoría. En Venezuela, donde fue más ruda y sangrienta la lucha, sólo el genio sin par de Bolívar hubiera podido realizar los hechos fulgurantes, que tanto prestigian su egregia personalidad histórica de libertador de cinco repúblicas...

Sobre ese incoherente y vasto fondo social integrado por factores de aparente divergencia, pero que en lo esencial estructuraban un tipo de rudimentaria civilización plena de prejuicios y de convencionalismos que la hacían poco propensa a pasar sin hondos sacudimientos a las prácticas de la vida democrática, levantose prontamente, el mismo día de proclamada la emanci-

pación de la Metrópoli, el vasto edificio de veinte repúblicas sin republicanos. Todos los esfuerzos, aun los más positivamente coherentes, encaminados a dar a los nuevos organismos condiciones de vida estable y progresiva, fracasaron lamentablemente como era de esperarse ahogados por el agobiante fardo de seculares preocupaciones y de añejos convencionalismos. Se procedió —y no era posible de otra manera— sin percatarse casi de muy resaltantes leyes sociológicas. La debilidad ingénita de cada uno de los flamantes organismos nacionales y el alejamiento a veces sistemático en que se mantenían casi siempre por convenir así a los intereses personales de encumbrados caudillos fueron el motivo principal de las consecuencias lamentables de todos conocidos. Otra cosa hubiera indudablemente acaecido si el Congreso de Panamá, idea salvadora y magnífica de Bolívar, cristalizando en una luminosa concreción jurídica hubiera podido dar de sí sus naturales frutos. El genial proyecto del Libertador fracasó principalmente no tan sólo por carencia de real unidad de miras en las partes interesadas sino quizás aun sin quizás porque el trascendental pensamiento era muy superior a lo que podían dar de sí las efectivas realidades del momento. Casi en su totalidad, los estados recién formados se convirtieron en núcleos sociales en que por falta de interno dinamismo, de sentido progresivo, pudo arraigarse y medrar la planta venenosa del caudillaje. El caciquismo encontró en esas colectividades estáticas su más propicio y natural asiento. La república de tipo centralista se impuso como imperiosa necesidad desde el primer momento. Y como consecuencia obligatoria, los caudillos, los *providenciales*, los conductores de esos rebaños, señores de vidas y haciendas como en la época del más recio feudalismo, exageraron a su guisa la centralización hasta convertirla en un régimen en que se asfixiaba apenas aparecía toda noble iniciativa de los pocos espíritus cultos que por raro conjunto de circunstancias florecían en medios tan levantiscos y atrasados...

Y así tenía precisamente que suceder... Toda iniciativa de reforma o de mejoramiento de cierta importancia que no respondía a una necesidad colectiva bien manifestada por sus órganos naturales de expresión, corre por regla general a su ruina si no tienen quien o quienes la prohijan inteligente y tenazmente. Pa-

ra que una idea encarne en la existencia colectiva con fuerza duradera, requiere encontrar ya en esa colectividad terreno hábil y oportunamente preparado. Para que ciertas reformas puedan convertirse en benéficas realidades, es menester la previa comprensión de su alcance y trascendencia por parte de la mayor parte de los componentes sociales, cosa que, en algunas ocasiones, se debe a la acción continuada de minorías ilustradas y resueltas. La misma independencia de América es buena prueba de que bajo el esfuerzo viril e incesante de grupos reducidos las masas sociales llegan a sentir poderosamente la sugestión de las nuevas ideas. Pero esas minorías inteligentes y bien preparadas para hacer sentir su influjo en las masas, son en realidad de verdad habas contadas. En América hubieran podido ser reemplazadas por caudillos dotados del verdadero sentido de las necesidades del momento y capaces de implantar una organización que sirviera de base adecuada a un positivo desarrollo de civilización; pero los tales caudillos, en su inmensa mayoría, han carecido de las condiciones requeridas para semejante difícil empeño, siendo sólo, descontadas honrosas excepciones, aventureros audaces y sin escrúpulos que sólo han tendido a enseñorearse del poder supremo para disfrutar de las prebendas del gobierno absoluto y tiranizar a los infelices pueblos caídos bajo su mano de hierro. En el escenario político de Hispano-América, han fungido principalmente como protagonistas, bufos a veces, trágicos casi siempre, los Francia, los Rosas, los Melgarejos, los García Moreno. Para la comprensión integral de la vida republicana en toda su fuerza y eficacia, hácese indispensable en primera línea la difusión coherente y científica de la enseñanza pública orientada de modo principalísimo en un sentido de verdadero civismo y de un sentimiento de pujante nacionalismo. Esta salvadora orientación unida a un aumento gradual y bien preparado de la población y a un consiguiente desarrollo de riqueza nacional que ponga en apropiado y constante movimiento actividades agrícolas, comerciales, industriales, y cuanto resume una bien definida evolución económica, harán cada vez más difíciles esas funestas guerras civiles cuyas causas principales patentiza con acierto Blanco Fombona, y de esa manera podría llegarse en estos países a la completa adaptación a un orden de cosas en que el respeto a la ley y el goce de una libertad bien en-

tendida permitan el florecimiento de una civilización coherente y progresiva y lo más autóctona posible.

Del balance material e intelectual que en términos gráficos formula el distinguido autor de esta obra, resuelta que en el espacio relativamente corto de menos de cien años han realizado algunas de estas repúblicas, no obstante los ingentes obstáculos hacinados en el camino, adelantos que sin hipérbole bien pueden calificarse de portentosos. Hasta el presente momento, "esa mentalidad, esa alma común", que señala Blanco Fombona en la evolución de Hispano-América, reposa indudablemente en factores de sólida consistencia como la posesión del mismo fondo étnico, de igual idioma, de costumbres idénticas o muy semejantes; pero todo eso puede sufrir a la larga trascendentales metamorfosis por la constante ingerencia de elementos exóticos que por necesidad han de aportar modificaciones sustanciales en ese mismo fondo étnico y en aspectos muy precisos de la mentalidad colectiva. Ahí está en gran parte el peligro. Lo que hoy constituye una bien visible unidad moral, ¿podrá, dada ya esa incontenible impulsión del progreso, conservarse sin cambios ni modificaciones esenciales? Blanco Fombona entra decididamente en lo más intrincado del asunto al formular la siguiente grave interrogación: "¿Será duradero entre los pueblos de América esta similitud?" Repito aquí lo que dije al referirme a un jugoso folleto del escritor cubano Arturo R. de Carricarte acerca del libro de F. Pinochet Le-Brun, *La conquista de Chile en el siglo XX*: El fundamental concepto de nacionalidad como que empieza a atenuarse en algunas repúblicas del extremo Sur por la acción directa de los elementos étnicos que componen la masa inmensa de emigrantes que, sin previa selección y con harto descuido, van compenetrándose con la población autóctona hasta llegar, quizás, a lo extinción más o menos gradual del sentimiento nacional, que es lo único que da personalidad a estos pueblos de civilización española. Parece, sin embargo, que, advertidas del peligro —tal como digo en este mismo libro en el estudio de la obra de Ugarte, *El porvenir de la América latina*— comienza a legislarse hábilmente en esas repúblicas en el sentido de poner a salvo, por todos los medios posibles, cuanto integra y resume, el decidido propósito de conservar incólume su personalidad nacional...

El otro aspecto del problema estriba a mi ver en la metódica expansión del imperialismo yanqui, cosa que los espíritus más clarividentes de Europa y de la América latina ven como la mayor amenaza para la autonomía de las naciones situadas en la zona de más peligro por su vecindad con el coloso del Norte. En un libro reciente, el escritor uruguayo Luis Alberto Herrera sostiene que debemos tomar como único modelo digno de imitarse a la poderosa república norte-americana. Pésimo consejo. No productos directos de aquella gran nación sino determinados por un proceso de última y secular actuación de la mentalidad anglo-sajona, existen en los Estados Unidos modos de ver y de entender la vida diferentes de los nuestros, y por eso pareceme que, salvo en ciertos accidentes exteriores, la obra de transformar nuestro carácter, estructurado por innegables influencias espirituales diversas de los que han integrado la psicología norte-americana, en un sentido de más o menos acentuada imitación yankista, sólo conduciría a la extinción torpe y vergonzosa de cuanto nos particulariza y distingue como pueblos moldeados por la gloriosa civilización latina. El orgullo étnico norte-americano, su utilitarismo, su carencia de cierto idealismo noble y vivificante, mantendrán aquella raza siempre alejada de nosotros. En los Estados Unidos, en la inmensa mayoría de su prensa, privan prejuicios enteramente desfavorables para la gente hispano-americana. Eso no quita que haya allí algunos espíritus superiores que nos hagan justicia como un Carnegie, un Starr, un Barret. Algunos de ellos han demostrado conocernos bien como el profesor Starr en su discurso pronunciado en Chicago acerca de Simón Bolívar. Harto conocido es el magnífico artículo de una gran revista norte-americana en que Barret estampa conceptos verdaderamente lisonjeros para nuestra cultura intelectual, llegando a la afirmación de que estas naciones de origen hispano dejan muy atrás en cuanto a cultura general y profesional a los mismos Estados Unidos, y aseverando que los médicos y abogados hispano-americanos tienen una cultura mayor que los de aquel gran país. Pero son raros los escritores yanquis que se expresan así. La mayoría de sus periodistas, cada vez que estalla la guerra civil en estos países, nos fustiga despiadadamente suponiéndonos incapaces de gobernarnos, cuando ahí está para desmentir tal aserto el ejemplo luminoso de

Chile, Argentina, Brasil, Costa Rica... Hay por eso que trabajar asiduamente por vigorizar en estos pueblos el sentimiento de nacionalidad para crear un ambiente enteramente refractario a cualquier ingerencia del imperialismo yanqui en nuestra vida política... "Por lo que respecta a América, dice Blanco Fombona al poner punto final a su hermoso libro de noble propaganda hispano-americanista, basta abrir los ojos de los miopes, gritar a los oídos de los sordos, y creer en el buen sentido de una raza tan apta para la vida y que tantos derechos tiene a ella"...

CUESTIONES ESTÉTICAS
POR ALFONSO REYES

Reviste verdadero interés este libro por el fino y certero análisis, la riqueza ideológica de buena ley y la sana y copiosa erudición que contienen estas páginas amenas e instructivas. Antes que la producción de un intelectual de poco más de veinte años parece este volumen el sazonado fruto de un espíritu largo tiempo acostumbrado a tan serios esparcimientos intelectuales. No hay en estos capítulos embellecidos por un estilo reposado, muy castizo, algo oratorio, noble y sobriamente artístico, divagaciones pueriles, rebuscados efectismos, hojarasca mental, prurito de ostentar conocimientos que en realidad sólo se poseen muy imperfectamente en la gran mayoría de los casos. En ellos asoma con frecuencia dándoles un sello muy personal y sin posturas estudiadas ni gestos disonantes, un humanista de la mejor cepa ardorosamente ávido de visiones intelectuales, saturado hasta la médula de generoso y prolífico idealismo platónico, que sabe, en cuanto a estos asuntos se contrae, ahondar con mirada perspicaz y discreto y bien equilibrado criterio en cosas de difícil acceso para las inteligencias superficiales que en muchos de estos pueblos de procedencia hispana se apacientan con morboso deleite en futilidades mentales prestigiadas por modo efímero o por pasajeras circunstancias, sin dárselos un ardite, quizás por mal disimulada impotencia mental, de cuanto en la producción literaria bien entendida atesora valor permanente por conservar como oro en paño la íntima fuerza espiritual que orientó a muchos grandes y peregrinos ingenios y puso en sus creacio-

nes artísticas la marca de lo noblemente bello y perdurable. El estudio serio, metódico, persistente, que es el único capaz de producir frutos sazonados y jugosos, cuenta con escaso número de partidarios de cuanto en la esfera de la inteligencia ennoblece el espíritu, en tanto que constituyen legión numerosísima los que, sin darse casi cuenta, esterilizan su actividad mental alzando pendones en pro de formas puramente transitorias vinculadas en creaciones imaginativas sin genuina sustancia estética, en juegos malabares de frases y de palabras, en cierto conceptismo vacuo e incoloro. Por eso experimento viva complacencia cuando, entre tantos libros de vida efímera que pululan por ahí, libros que recuerdan la distinción de Ruskin entre *the books of the hour, and the books of all time*, tropiezo con una obra como *Cuestiones Estéticas*, de positivo jugo medular, en que campea una potencia analítica que sin incurrir en muy pronunciadas sutilezas de pensamiento pone acertadamente al descubierto las partes más o menos recónditas de curiosas producciones intelectuales de permanente resonancia. Y ello sin despeñarse por los vericuetos oscuros de sutiles y acentuados paralogismos y guardando siempre, aun en el pormenorizado examen de cosas intelectuales de muy compleja urdimbre, una decidida inclinación a lo castizo, a lo que presta ejecutorias e alta nobleza literaria a los diversos asuntos que ocupan casi todas las páginas de este hermoso y sugestivo libro.

Lo que fue, lo que, en determinadas épocas, asumió aspectos de vida más o menos intensa y fulgente, visto al través de nuestra alma moderna condicionada por modalidades mentales diferentes y aun a veces antagónicas a muchos factores integrantes de la intelectualidad antigua, cada vez que intentamos comprenderlo e identificarnos con él, se tiñe, casi siempre a pesar nuestro, de cierto colorido de modernidad que a manera de niebla sutilísima envuelve y suaviza sus contornos. De ahí que cuando, con íntimo goce, con viva delectación, procuramos revivir con su propio ambiente cosas extintas o penetrar hasta el fondo del alma de los que marcaron luminosa y perdurablemente su paso en momentos culminantes de progresivo desenvolvimiento humano, pongamos siempre, más o menos velados, prejuicios generados por hábitos mentales muy arraigados, modos demasiado intelectualizados de ver y de juzgar las cosas. Y es muy cier-

to, aunque tenga visos de paradójico, que, en ocasiones, la intuición, serena y amplia, da una visión del conjunto más aproximadamente exacto que la producida por una observación muy prolija basada en principios de abolengo científico preconizados como de excelente eficacia para tal linaje de investigaciones. En nuestro espíritu, en los espíritus de selección, existe siempre una tendencia, más o menos latente a reconstruir, a rehacer, a completar con nuestros propios medios intelectuales, aun a riesgo de falsearlo o de deformarlo, cuanto parece faltar en lo que del pasado nos atrae y fascina irresistiblemente. Y aquí de la conocida y notable afirmación de Hegel quien dice que ante una obra de arte mutilada como que nuestro espíritu experimenta vivo deleite en completar idealmente lo que falta al objeto artístico contemplado. Algo semejante a esto ocurre a no pocos hábiles exploradores de civilizaciones fenecidas. Mucho de tal tendencia o ansia completiva acaece al tratarse de la vida griega en todas sus grandes manifestaciones culturales, y muy particularmente en la tragedia, que constituye uno de los aspectos más interesantes y curiosos de gran civilización helénica. No obstante formar la tragedia griega un asunto manoseadísimo sobre el que es difícil decir nada con vislumbres de novedad, fuerza es reconocer que el autor de este libro ha sabido tratarlo bastante satisfactoriamente. Su bello comentario sobre las tres Electras contiene muy sesudas apreciaciones, lo mismo que su modo de considerar el coro trágico que define: "un instrumento oportuno y rítmico de desahogo lírico". Mucha tinta se ha gastado en examinar el papel del coro en la tragedia antigua, su significación positiva, y quizás el concepto formulado a ese respecto por Alfonso Reyes sea uno de los que más fielmente condensan su verdadero sentido. El desarrollo evolutivo del coro en la tragedia griega salta a la vista: si en Esquilo forma, íntegra, por decirlo así, algo como el personaje central, lo que en cierto modo resume en su más alto diapasón el sentimiento trágico, ya en Sófocles vincula un papel representativo que hay que interpretar en lo que tiene de más característico y profundo: lo que constituye en cierto momento la *conciencia pública*, lo que vibra como sentimiento colectivo en el alma de los espectadores. En Eurípides el proceso de diferenciación se acentúa al despojar el coro de algunos de sus aspectos tradicionales menoscabando en alto

grado su primitiva importancia. Acaso lo conserva para no chocar abiertamente con ideas tradicionales muy arraigadas en el alma popular. En Eurípides, bajo formas artísticas de tendencia revolucionaria, descúbrense, mal disimulados, como signos de decadencia de aquella civilización, el abuso de formas retóricas y la nota de escepticismo precursora de la gradual e irremediable extinción de la personalidad helénica en sus más puros y fecundos atributos.

Alfonso Reyes estudia estos salientes aspectos de la cultura griega con verdadero conocimiento de causa. Su erudición es bastante firme y extensa. Tanto se ha dicho sobre la tragedia griega que parece ya empeño por demás inútil insistir en la aclaración de ciertos puntos estrechamente relacionados con ella. Nietzsche, uno de los que más modernamente ha tratado con mayor originalidad estos asuntos de alta crítica artística, ha impregnado su estudio —cosa muy natural en escritor de tan poderoso individualismo— de ideas de un radicar subjetivismo pleno de atisbos fulgurantes y de apreciaciones consistentes y duraderas, por más que en su integridad, en su valor total, carezca ese estudio, a mi ver, de ciertas condiciones capaces de darle satisfactoriamente carácter definitivo. En resumen, en lo que principalmente la caracteriza, en su aspecto *externo*, la tragedia griega aparece como sucesión bien eslabonada de motivos de cantos líricos y de formas dialogadas de relativa congruencia, aunque poco ceñida a una unidad fundamental y precisa. Para Nietzsche viene a ser la tragedia griega, en cierto aspecto, como "el coro dionisiaco que se descarga siempre de nuevo sobre un mundo apolíneo de imágenes". Para W. Schelegel "la tragedia surgió completamente armada del cerebro de Esquilo como Palas de la cabeza de Júpiter", juicio que con palabras distintas, pero idéntico en el fondo, habían formulado escritores antiguos, entre ellos Quintiliano, el insigne retórico latino, aunque es imposible negar que el titánico forjador de la *Orestíada* tuvo predecesores de relativo mérito que prepararon los materiales que le permitieron crear las obras portentosas que han aureolado de perpetua gloria su personalidad insigne. Ni en Arte ni en cualquiera otra manifestación de la actividad humana se produce nada de relativa magnitud y trascendencia que no tenga su génesis más o menos visible en formas de vida

anteriores en mayor o menor grado rudimentarias. La vida moderna, tan rápida y compleja, nos circunda y penetra de tal manera y con tal fuerza de avasallamiento que apenas si nos permite, de cuando en vez, en el sereno retiro del cuarto de estudio, evocar las almas en que vive el pensamiento luminoso de edades pretéritas para, en *lo posible*, identificarnos con remotas formas de existencia, con estremecimientos vitales esfumados en melancólicos horizontes de olvido. Y si algunos de esos mundos yacentes en las lejanías más o menos confusas de la historia conserva un como un aroma de irresistible seducción, ninguno en el grado del helenismo, ninguno como el mundo griego ha merecido la devota admiración de tantas inteligencias superiores... En su brillante juicio de las tres Electras, el autor de este libro menciona con acierto ciertas clasificaciones de la *Poética* de Aristóteles al poner de relieve situaciones culminantes de las obras trágicas objetos de su docto y penetrante estudio. Alfonso Reyes parece haber vivido, durante algún tiempo, en esa civilización helénica de inextinguibles luminosidades. Su estudio, sereno, bien documentado, pone ante nuestra vista, con brillante colorido, mediante la presentación propia y bien matizada del tipo interesante de Electra, los aspectos más característicos de la tragedia griega. Su examen comparativo de esta sugestiva figura de mujer en Esquilo, Sófocles y Eurípides abunda en apreciaciones de muy apreciable mérito estético. Su comparación de la Electra de Esquilo, "la virgen del teatro antiguo", con Ofelia "la virgen del teatro moderno", comparación que parece surgir naturalmente (algo, aunque en distinto sentido y refiriéndose a Hamlet, el atormentado príncipe de las dudas torturantes, había ya ligeramente insinuado Paul de Saint Victor) tiene muy bellas y expresivas pinceladas al destacar el modo perspicaz lo que esencialmente separa estas dos figuras femeninas que brillan con fulgor vivísimo en el mundo imperecedero de las grandes creaciones artísticas.

Muy puestas en razón se me figuran las muy atinadas consideraciones que sobre el *impersonalismo* en literatura expone el distinguido escritor mexicano al referirse a la *Cárcel de Amor*, de Diego de San Pedro, que considera como novela *perfecta*. Como dije hace algún tiempo, pareceme desprovisto de sólido fundamento psicológico el concepto de un arte impersonal, salvo

quizás en el teatro, ya que arte, en su más noble sentido, supone creación, y no hay creación verdadera posible sin que en ella se reflejen partículas desprendidas de lo más íntimo de nuestra urdimbre psíquica. Nuestro yo, con forma más o menos visible, se vislumbra siempre en las obras a que da colorido vital nuestra emoción o nuestro pensamiento. Lo que en realidad avalora una personalidad artística consiste precisamente en la mayor cantidad de sincera emotividad que da de sí, en lo que exterioriza, con luminosa plasticidad, de la vibrante fuerza espiritual que la estructura y cohesiona particularizándola frente a la realidad circunstante. Quizás *Cárcel de Amor* no posea los subidos quilates que le otorga Alfonso Reyes; mas para su época, en la segunda mitad del siglo XV, edad de nacimiento de la novela española, parece que señala nuevos rumbos más en consonancia con ideales positivamente humanos. Y puede afirmarse que la semejanza con *El siervo libre de amor*, de Rodríguez del Padrón, que la precede, y aún con algunas producciones novelescas anteriores, es sólo de ambiente, de circunstancias externas, pues indudablemente ninguna de ellas supera a la ficción alegórica caballeresca de Diego de San Pedro en cuanto a la plenitud de sentimiento personal que la ennoblece y vivifica. Fue obra popularísima, alcanzando en poco tiempo algunas ediciones. Existe una traducción inglesa de ella, y creo que las hay en otros idiomas. Como muy estimada curiosidad bibliográfica, como valioso documento para apreciar un momento muy interesante del proceso inicial de la forma novelesca en la literatura española y las tendencias en evolución de una época, *Cárcel de Amor* resulta producción literaria meritísima, aunque en algunas de sus partes diste algo de la perfección que en *Cuestiones Estéticas* se le concede.

Con firme pulso, en una bien pensada Conferencia, traza Alfonso Reyes las líneas principales de la fisonomía literaria por demás curiosa e interesante de Don Luis de Góngora y Argote, uno de los más esclarecidos cultivadores de la lírica castellana no obstante sus trascendentales errores y desatinos. Como con muy acertado punto de vista crítico sostiene el culto conferencista, en Góngora no hay que ver, como generalmente se cree, dos *maneras* que corresponden a dos períodos de su vida de poeta diferentes por completo o cosa parecida, sino el gradual

desenvolvimiento, "en ansia de perfección", de un temperamento esencialmente poético que tiende por cualidades de privativa psicología a la realización artística de lo que estima como acabado y perfecto desviándose para ello sistemática y radicalmente de cuanto juzga vulgar y gastado. De ahí sus caídas en la cima de lo obscuro y casi indescifrable, extravíos que también se explican por el agotamiento de ideales de vida social muy circunscritos tales como lo permitía el espíritu asaz estrecho e intolerante de su tiempo. Conceptismo y gongorismo tienen entre sí íntima correspondencia. Juzgo al primero como la sutilización escolástica y quintesenciada del elemento ideológico y al segundo como una sutilización del lenguaje encaminada principalmente a dar a la expresión formas de novedad rarísimas y de muy acentuado artificio. Entre las sutilezas metafísicas, los retruécanos y equívocos que forman la médula del conceptismo y la ornamentación y las artificiosidades enrevesadas y desconcertantes del gongorismo no encuentro antítesis radical, ya que tales modalidades se confunden en idéntica finalidad de perversión y de corrupción de todo verdadero y fecundo ideal estético. Para un observador consciente ni en el *Polifemo* ni en las *Solledades* se extinguen del todo las más resaltantes cualidades del lirismo primitivo de Góngora. En esas dos obras persisten bajo el espeso ropaje de rebuscamientos y de tortuosidades de expresión, su natural visión artística del color y de la línea, su sentido de los efectos musicales del ritmo. En muchas de sus obras ¡quién no lo sabe! resulta de una oscuridad y una extravagancia que rayan en lo inercible. Grande fue el número de los que gastaron tiempo y paciencia en interpretar y aclarar debidamente algunas de sus producciones, aunque a juicio de muchos no lo lograron o lo lograron imperfectamente como en los dos discutidos tercetos del soneto que compuso para la *Historia Pontifical* de Luis de Bavía...

Por todo lo expuesto puede colegirse fácilmente lo mucho de verdadero interés estético que encierra este libro. Y eso que aun quedan en él algunos asuntos de verdadera importancia —el bien meditado estudio en que examina el procedimiento ideológico de Stephane Mallarmé, pongo por caso— de que no hago referencia por no alargar demasiado estas rápidas apreciaciones. En Alfonso Reyes, circunscrito a límites prudentes, existe

un profundo amor a la verdad y un criterio firme y bien equilibrado que sabe poner justo freno a los excesos de la imaginación y del sentimiento. Ciertos factores de evolución psíquica permanecen en él todavía latentes o poco desarrollados. En su mentalidad pónense siempre de manifiesto valiosas cualidades de templanza y de moderación, y un sentido muy íntimo de lo estético, adecuado a una acentuada devoción por la verdad que parecen condensarse en un idealismo de abolengo platónico muy noble y sugerente. Quizás, una que otra vez, su anhelo de alcanzar lo verdadero le lleve a extremar demasiado el análisis, al refinamiento intelectual que consiste en desmenuzar las cosas reduciéndolas a proporciones atomísticas. Esa inclinación tiende por lo común a transformarse en hábito y este concluye por aprisionarnos en las redes de un glacial y disolvente escepticismo. Su comercio intelectual con el mundo clásico pleno para ciertos espíritus selectos de serenidad y armonía en sus más caracterizados aspectos y su afición a ciertos aun muy atractivos arcaísmos, lo desviarán seguramente de las sirtes peligrosas del análisis llevado fuera de sus límites naturales. En el joven y ya notable escritor mexicano se patentiza una grande y acendrada ecuanimidad espiritual generada en gran parte por el estrecho consorcio de lo intelectual con lo moral, circunstancia que imprime a sus producciones un ritmo de expresión muy sereno y sugestivo. En él se armonizan en muy discreto sentido, el mundo interior del ensueño y el mundo de las realidades sensibles. Contempla en ocasiones las cosas al través de cierta compleja intelectualización, muy sorprendente en quien, como él, empieza ahora, puede decirse, a recorrer el áspero camino de la vida. Anhelo sinceramente que conserve siempre en su espíritu a manera de amuleto de salvadora eficacia, ese idealismo alto y generoso que esmalta sus escritos para que a su benéfico amparo continúe cristalizando en sus creaciones la belleza de suave y luminosa plasticidad que el divino Platón consideraba como el resplandor de lo verdadero.

LES DEMOCRATIES LATINES DE L'AMARIQUE

Este libro del notable escritor peruano F. García Calderón es quizás el más interesante y completo de cuantos se han publicado en estos últimos años respecto de los órganos y formas del desenvolvimiento social de los pueblos de civilización latina radicados en este vasto Continente. Escrito en francés y con un prólogo breve y discreto del insigne R. Poincaré, está principalmente destinado a circular en centros intelectuales europeos para dar una idea clara y lo más integral posible de la vida social, política y económica de las repúblicas ibero-americanas tan mal conocidas allende el mar, en países de refinada civilización donde por regla general solo se fijan en ciertas nocivas exterioridades de su existencia política, sin considerar ni poco ni mucho lo que en su atormentada evolución económica y cultural hay de positiva importancia y digno de consciente loa. El autor de este libro analiza y discute magistralmente los puntos más salientes del desarrollo colectivo del mundo hispano-americano. Los intelectuales de algunas de estas repúblicas están dando continuamente muestras de su fructuoso empeño de desvanecer trascendentales errores que acerca de nuestra manera de ser corren por ahí como moneda de buena ley y que conviene desvanecerlos para que la verdad se abra paso y resplandezca. No hace mucho pronunció el ilustre Manuel Ugarte un interesante discurso en una prestigiosa Universidad norte-americana exponiendo con sobrio y expresivo lenguaje los puntos principales que justifican nuestra actitud frente al imperialismo

yanqui, y ahora García Calderón en esta obra escrita en francés pone de relieve en todos sus aspectos, con amplio y seguro análisis, con bien precisada crítica fundamentada en copiosa erudición, los factores étnicos y sociales que integran la vida histórica de estos países, siguiendo paso a paso las sucesivas etapas de su evolución hasta el momento actual en que ese proceso ascendente titubea y como se paraliza ante fuerzas antagónicas que tienden a suplantarse la luminosa cultura latina en que se ha desenvuelto y sigue actuando nuestro espíritu con otra civilización que pugna con cosas de íntima urdimbre que forman puede decirse el fondo psíquico de nuestra existencia individual y colectiva. En estas bellas y jugosas páginas de concienzudo análisis, de serenas y oportunas apreciaciones, pálpase quizás en mayor grado que en anteriores libros de García Calderón las cualidades de claridad, precisión, orden y armonía que abri llantan su estilo y que son productos de asimilación más o menos completa de lo que caracteriza e integra permanentemente el luminoso espíritu de la cultura francesa.

Base fundamental de su libro es el estudio hondo y comprensivo de los elementos étnicos, dispares y complejos, que determinaron la raza conquistadora. Esta es producto de la asimilación en un fondo de característico relieve moral de factores étnicos de distinta procedencia, que, merced a un trabajo acumulado de siglos y a modalidades de orden físico y moral encontraron un equilibrio más o menos estable en una concreción individual de caracteres precisos y definidos. Aunque su acentuada rigidez, su poderoso individualismo, su intolerancia dogmática se hayan atenuado considerablemente por su mezcla con sangre india y sangre africana y por la influencia del ambiente físico, la raza conquistadora conserva aun en sus descendientes americanos ciertas de sus primitivas cualidades por más que éstas parezcan correr a su extinción por el contacto con razas exóticas de ideas y costumbres hartamente diferentes. Guerrera y mística, atormentada de continuo en sus más conspicuas representaciones personales por groseros apetitos o por íntima inclinación a estados de exagerado fervor religioso, pone siempre de manifiesto cierto idealismo que atenúa considerablemente muchos de sus yerros y extravíos. El individualismo característico de esa raza se exterioriza cumplidamente en las dos formas de

vida que asume de continuo en su desarrollo histórico, la guerra y el misticismo. Su gran guerra, la guerra secular de la reconquista, determina principalmente un estado de alma a la vez belicoso y místico que presenta a veces formas de expresión diversas pero siempre convergentes. De ahí, de ese estado de alma colectiva, como su natural proyección, salen los aventureros que realizan la fulgurante epopeya de la conquista de América y la fuerza de intensa coherencia religiosa que se cristaliza en el imperio jesuítico del Paraguay. A veces esos dos aspectos fundamentales se condensan en un tipo de alto y representativo individualismo, como en la grande alma, batalladora y mística de Ignacio de Loyola. En ese pasado, en el primitivo fondo étnico de los conquistadores heroicos y crueles, ve García Calderón, ya contenidas en germen, formas sucesivas del dinamismo social ibero-americano. Su análisis no tiene desperdicio. El espíritu de anarquía local, de intolerancia, de estrecha concepción política, de indisciplina, de desapoderada violencia, andando el tiempo, cuando las colonias de vida vegetativa se transforman de la noche a la mañana, sin transición, sin preparación de ningún género, después de guerras cruentas, en flamantes y sedicentes repúblicas, en democracias inestables, de aluvión, aparece con formidable empuje originando luchas continuas entre absorbentes oligarquías que quieren perpetuar formas añejas de la vida colonial y demagogias que aspiran a reemplazarlas proclamando principios de un radicalismo que resulta siempre de imposible aclimatación en estos pueblos de reciente origen y de escasa e incongruente cultura.

En esas frecuentes luchas alcanzan su más adecuada forma representativa el caudillo, el dictador, que ya actúa como jefe o director de una oligarquía encastillada en seculares privilegios o como conductor de democracias exacerbadas por su sistemático y abusivo alejamiento de la dirección de los asuntos públicos acaparada por una minoría inteligente y adinerada. El *caudillo* resume y compendia, por fuerza incontrastable de visibles realidades sociales, la vida histórica de estas repúblicas. En sus diferentes formas de expresión, el caudillaje en gran parte desapoderado y estulto que ha imperado y aún impera en algunos de estos países es fenómeno social determinado por los prejuicios, los convencionalismos, las preocupaciones que constituyen el

ambiente moral hispano-americano. "El Paraguay, dice García Calderón, confirma una ley de la historia americana: la dictadura es el gobierno adecuado para crear el orden interior, desenvolver la riqueza y unificar las castas enemigas..." Rosas mismo en la Argentina, Castilla en el Perú, Diego Portales en Chile, Guzmán Blanco en Venezuela, Porfirio Díaz en México confirman esta ley cumplidamente. En la psicología del caudillo de nuestra turbulenta democracia reviven, salvando necesarias circunstancias de tiempo y de ambiente, las cualidades elementales del conquistador ibero. Pedro de Alvarado y Francisco de Carbajal resucitan, tres siglos después, en el espíritu aventurero y cruel de Juan Facundo Quiroga y en la figura trágica y sombría de Melgarejo... El caudillo es siempre representación de aspectos acentuados de la vida social en un momento dado. Es instrumento efectivo, aunque casi siempre inconsciente, de determinadas necesidades colectivas. El caudillo es *efecto*, pero también en determinados casos es *causa*. Efecto cuando es la expresión más o menos momentánea de la incontrastable necesidad de contener la anarquía, de poner dique a las pasiones políticas desbordadas, de mantener el orden *manu militari* para que la sociedad pueda cumplir indefectibles finalidades de vida colectiva, y es causa, como cuando Guzmán Blanco en Venezuela y Porfirio Díaz en México, aún siendo su obra negativa en el orden político, realizan fecundos empeños de alcance principalmente económico... García Calderón dedica muchas y jugosas páginas de su libro a estudiar el fenómeno curioso del caudillaje en todos sus distintos aspectos haciendo desfilar por ellas, por obra de sugerente evocación, al enigmático Doctor Francia, "personalidad sombría, de intensa vida interior, que parece un puritano de Cromwell"; García Moreno, organizador notable, intolerante y dogmático, fundador de una semi-dictadura clerical; Ramón Castilla, Santa Cruz, Páez, Rivera, Rafael Núñez, tantos y tantos otros que representan, por lo general, un rígido principio de autoridad, o que, en ciertos momentos, se improvisan como conductores de muchedumbres que luchan por suplantarse empedernidas oligarquías conservadoras. La típica figura del caudillo va lentamente atenuándose, transformándose... En Brasil, la Argentina y Chile, donde se ha efectuado o se está efectuando el paso de lo oligárquico y lo militar a un régi-

men industrial de condiciones igualitarias, el caudillo va asumiendo formas diversas de adaptación a la realidad circunstante. Persiste con mayor o menor vitalidad en los países del trópico, aunque tiende a ser cada vez menos representación adecuada de un estado social preciso y definido.

Paralelamente al caudillaje, un movimiento intelectual de diversas formas tiende a dar consistencia, base fundamental a instituciones políticas arraigadas o que bregan por arraigarse y a ideas de cierto radicalismo social que empiezan a abrirse paso en estas cambiantes democracias. Una ideología política inspirada naturalmente en enseñanzas europeas, aunque de cierta originalidad en algunos eminentes pensadores, lucha a brazo partido con el infecundo espíritu tradicionalista que sistemáticamente trata de excluir formas determinadas y necesarias de expansión liberal para constituir Estados de durable organización y libres de convulsiones anárquicas. Lastarria, Montalvo, Bilbao, Vigil, otros más, personifican la tendencia expansionista rebelde a toda autocracia o a todo estancamiento de la actividad política. La ola impetuosa del progreso moderno va arrollando los últimos obstáculos hacinados en el camino del desenvolvimiento cultural de estos países. Aunque sin rumbos definidos y concretos, como movidos por cierto obscuro y misterioso dinamismo, algunas de estas jóvenes democracias, venciendo múltiples dificultades, marchan resueltamente hacia adelante. En la literatura, expresión a veces fidelísima de efectivas realidades sociales, después de sucesivos períodos de imitación servil, de tanteos, de asimilaciones por lo general incongruentes, se ha llegado al dominio de cierta técnica y parece que hemos encontrado en el modernismo una fórmula de caracteres relativamente durables. Aunque el modernismo tiene muchos aspectos, formas necesarias del ideal de renovación que constituye su raíz fundamental, y aunque ha llevado su espíritu innovador al mismo movimiento literario de España, preciso es confesar que no pocos de nuestros escritores y poetas lo entienden casi exclusivamente en un sentido de refinamiento de la sensibilidad y del léxico, lo que parece limitarlo cercenando algo y aún algunos de su orientación verdadera y convirtiéndolo en una expresión más o menos adecuada de artificios y suntuosidades de ritmo, de dicción y de estilo. En ese modernismo, entendido en cierto

alto sentido, cabe ampliamente el noble y fecundo ideal de vigorizar el alma nacional, el sentimiento patrio, en cada uno de estos pueblos, mediante el cultivo incesante de peculiaridades sociales exclusivamente de ellos, de un nacionalismo sano y amplio, sin chauvinismos ridículos, tendencia que comienza a acentuarse y que no menciona García Calderón quizás por no haber esa incipiente forma de expansión literaria asumido aun caracteres de verdadera importancia... En el mundo para tantos cerrado de la alta intelectualidad, de la filosofía, las direcciones noblemente utilitarias que vincula el pragmatismo del ilustre psicólogo norte-americano W. James y otros recientes aspectos de la especulación filosófica contemporánea van conquistando adeptos necesariamente poco numerosos por la evidente incapacidad de nuestros medios para practicar tales elevadas disciplinas intelectuales. Nuestro pensamiento filosófico flota indeciso, sin direcciones fijas, obedientes a los cambios que se manifiestan en los grandes centros de cultura europeos. A las últimas corrientes escolásticas, a Escoto y a ciertos aspectos del tomismo, a la dialéctica insinuante del mitigado racionalismo de Balmes, a otras influencias muy superficiales, ha seguido el positivismo de Comte, especie de disciplina mental que no ha dejado de tener su utilidad, y el evolucionismo spenceriano hoy en crisis en algunos de sus postulados, pero que conserva grandísima influencia en muchos centros intelectuales de Hispano América. Nietzsche, por lo general pésimamente comprendido, cuenta con bastantes partidarios de los que son muy contados los que conocen lo que hay de verdadera sustancia en el gran pensador alemán. No falta quien sepa del idealismo sugestivo de Fouillee, de la filosofía de la contingencia de Boutroux y del neo-espiritualismo que hay en el fondo de la especulación filosófica de Bergson. El criterio filosófico en estos países tiende de continuo a un eclecticismo fácil y cómodo... En lo político y social no sucede lo mismo, pues contamos con pensadores de verdadera originalidad y fuste, como Bello, Hostos, Ingenieros, Bunge y tantos otros, como García Calderón lo puntualiza con perspicaz y acertado criterio...

En la paulatina y pacífica invasión de trabajadores alemanes y japoneses y en el metódico y potente desenvolvimiento del imperialismo yanqui ve el autor de este libro los tres grandes peli-

gros que, procedentes del exterior, amenazan el porvenir de las repúblicas ibero-americanas. Cuantiosos intereses empleados en Centro América de procedencia alemana y trescientos cincuenta mil habitantes de esa nacionalidad esparcidos en dos o tres estados del Brasil no pueden ciertamente representar ningún peligro digno de tomarse seriamente en cuenta. Más podrían representarlo los miles de japoneses que pueblan algunos puntos de las regiones occidentales de los Estados Unidos y los numerosos contingentes de ese origen que éxodo de trabajo se encaminan a nuestras repúblicas del Pacífico, al Perú principalmente. Pero este peligro, si lo hay, me parece muy remoto. El alma nuestra y el alma japonesa, como lo patentiza García Calderón, son radicalmente antitéticas. Un mundo de ideas las separa. Raza, religión, idioma, costumbres, maneras hartamente distintas de entender e interpretar la vida, todo, absolutamente todo, impide un contacto íntimo, hace poco menos que imposible su dominación sobre estos pueblos... El verdadero peligro para muchos de ellos reside en la incontenible fuerza de expansión que representa el imperialismo de los Estados Unidos. El monroísmo, verdaderamente útil en los comienzos de la pasada centuria, de carácter puramente defensivo, en la célebre declaración que lo constituye, se ha trocado en fórmula elástica con que se pretende justificar incalificables actos de agresión más o menos disimulada a la autonomía de algunos países de la América latina, por más que sea preciso confesar, aunque tal cosa resulte humillante para nosotros, que algunos de esos países, presas de continua anarquía, han dado hasta cierto punto motivos suficientes de pretexto para tales atentados de la diplomacia norteamericana. Como lo demuestra García Calderón, sus estadistas, Olney y Root, por ejemplo, se contradicen en la apreciación de estos graves problemas. Mientras el primero no se recata para expresar ideas de un imperialismo absorbente, el segundo hace declaraciones enderezadas a tranquilizar a estos pueblos desvaneciendo sus temores sobre las intenciones expansionistas de la gran república. Pero tales declaraciones, en contradicción con ciertos actos, no conducen sino a aumentar esos temores. Detrás de apariencias de respeto a la autonomía de algunas de estas repúblicas, asoma siempre el *big stick* de un imperialismo que se encuentra indudablemente en su primera fase de desen-

volvimiento, y que quizás asuma carácter aun más agresivo si su más conspicuo representante, el inquieto y tormentoso Roosevelt, logra triunfar en las próximas elecciones presidenciales. El antagonismo entre las dos civilizaciones que se dividen el señorío de América es evidente, palpable. Sin tratar de razas, pues en el coloso del Norte, como en nosotros, no existe unidad étnica, véase claramente que ciertas formas y modos de entender la vida son enteramente diferentes en ambas civilizaciones. Nos faltan su sentido utilitario, práctico de las cosas, su amplia libertad individual desarrollándose y afianzándose en un orden estable, su espíritu de iniciativa, y cierto ideal de deber y de austeridad heredado de los *pilgrim fathers*... No veo nada que nos impida la asimilación de ciertas formas de su vida individual y social sin sufrir menoscabo de ningún género ciertas cualidades que ha puesto en nuestra psicología el espíritu de la cultura latina. Claro está que por la sangre no tenemos nada del Lacio. Nuestra ascendencia étnica es compleja, pero nuestro latinismo está fuera de duda. Somos latinos por el idioma, por la asimilación del genio francés latino hasta la médula, por nuestro catolicismo, por nuestra interpretación del derecho, por nuestra exultación de ese concepto cesáreo de la vida de que habla Guillermo Ferrero... Ambas civilizaciones, la anglosajona y la latina —si la primera pudiera olvidar sus prejuicios de raza— podrían llegar en América no a una fusión imposible sino a un desarrollo paralelo de sus respectivas cualidades y energías intrínsecas para alcanzar un altísimo grado de cultura de incalculables beneficios para la humanidad entera. Para ese resultado, lo principal sería que la gran república, con sus actos, demostrase que no quiere ejercer ningún control humillante para estas repúblicas tan celosas de su independencia. ¿Sucederá así?... O, por lo contrario, ¿continuaremos revelando nuestra incapacidad para el *self government*, justificando así su intervención desdorosa en nuestros asuntos interiores?...

En el interesante capítulo *La anarquía del Trópico* hay muchas apreciaciones oportunas y discretas. Al referirse a Santo Domingo cita bondadosamente opiniones contenidas en libros míos, y estampa los siguientes conceptos sobre aspectos conocidos de nuestra vida social: "Encontramos en los primeros, los dominicanos, poesía, imaginación, una cultura elevada, pero

una evolución política muy lenta. Los pueblos del Trópico parecen incapaces de orden, de paciencia laboriosa, de método: así la literatura pródiga de Santo Domingo forma resaltante contraste con el arcaísmo de su vida política"... Sería tarea de nunca acabar el estudio de la notabilísima obra de García Calderón en todos sus puntos de circunstanciado análisis y de serena pedagogía social. Nada se le escapa de lo que integra la psicología de estos pueblos. Conoce profundamente cuanto atañe a su movimiento político, económico, intelectual. Examinar detenidamente este libro nos llevaría a dar a este comentario exageradas proporciones... García Calderón juzga utópica la idea de una Confederación americana, pensamiento que aun seduce y avasalla a tantos nobles espíritus. Pero si no cree en la confederación integral, imposible desde varios puntos de vista, sí cree en la posibilidad de constituir estas veinte repúblicas en siete organismos nacionales poderosos unidos por sólidos vínculos geográficos e históricos. "Estos grupos de naciones, dice, formarían una América nueva, organizada y fuerte. El Brasil con su inmenso territorio y su densa población; la Confederación de la Plata, la Confederación del Pacífico; la gran Colombia, establecerían en fin en el continente meridional el tan ansiosamente deseado equilibrio. Al Norte, México, la América Central y la Confederación de las Antillas serían tres Estados latinos que servirían de obstáculos al avance de los anglo-sajones. En lugar de veinte repúblicas, tendríamos así siete naciones poderosas. No sería la vaga unión de que hablan en América los profesores de utopías después de Bolívar, sino la agrupación en confederaciones definitivas de pueblos unidos por lazos reales geográficos, económicos y políticos..." Este libro, dice Poincaré en el prólogo, está lleno de vida, cargado de pensamientos", y así es efectivamente. En sus páginas, a cada momento, vibra la noble inquietud de una grande inteligencia y de un noble corazón, de un espíritu selecto que *sous l'oeil des barbares* quiere y defiende la conservación a ultranza de lo que hay de castizo en nuestra cultura, de cuanto constituye la excelsa herencia moral del genio latino en estas repúblicas, capaces de alcanzar por un efectivo desarrollo material e intelectual las cúspides iluminadas de una civilización cada vez más libre, coherente y progresiva...

AMERICANISMO LITERARIO

JOSÉ MARTÍ – JOSÉ ENRIQUE RODÓ
F. GARCÍA CALDERÓN – R. BLANCO FOMBONA

Si por multitud de circunstancias sobrado conocidas parece cada día dificultarse más la cristalización del ideal de una confederación de carácter público integrada por todas estas repúblicas de cultura ibérica, tal como fue el sueño magnífico de Bolívar y la aspiración, luego, de muchos espíritus selectos, no acaece ciertamente lo mismo con lo que se contrae a la formación acentuada y precisa de un alma hispanoamericana comprensiva en sumo grado de modalidades sociales, intelectuales y artísticas de muy propias e inconfundibles peculiaridades regionales. Esa alma, saturada de modernidad, comienza a inspirarse en modos de ver y entender la vida en un todo propicios a fecundas adaptaciones, a prolíficas realidades de la civilización contemporánea. Desde México, desde las Antillas, hasta las más lejanas tierras australes del Continente, constátase un movimiento intelectual, en algunas partes meduloso y rico, que demuestra cumplidamente, con la insuperable fuerza de los hechos, que el pensamiento y la sensibilidad hispanoamericanos están saliendo ya, resuelta y triunfalmente, del periodo amorfo e incoherente de necesarias imitaciones y de indecisiones y tanteos, para por sucesivas etapas de desenvolvimiento alcanzar la plenitud de una conciencia intelectual de positiva y perdurable consistencia. Esa eflorescencia intelectual representa ya, en uno que otro de sus aspectos, la capacidad de orientaciones de cierta originalidad y la propensión a armonizar, en un sentido de cordial americanismo, discrepancias de visión regional y lo-

cal de mayor o menor importancia. Un concepto de exclusiva estabilidad, de permanente valor estático, es cosa que riñe abiertamente con leyes de un desenvolvimiento de puro abolengo científico. Un principio de cambio, de modificaciones y transformaciones continuas, rige y estructura la vida. En un proceso de racional *devenir*, de llegar a ser, operan las formas en que se condensa y exterioriza la actividad vital dinámica y prolífica. Ese proceso, en lo que tocó a la vida individual y social, por su complejidad creciente, por su esfera cada vez mayor de relaciones, por sus diferenciaciones sucesivas, revela la urdimbre sociológica que en determinadas circunstancias se imponen con la inflexibilidad de la línea recta. No hay aspiración representativa de exigencias de la vida social que no cuaje y florezca a su tiempo, por más que aparezcan cerrándole el camino ciertos intereses creados y preocupaciones y convencionalismos hondamente arraigados en el alma popular. En la América latina, ahuyentada en gran parte la educación teológica y escolástica en que durante siglos se amodorró la existencia colonial, se huella ya con pie seguro el terreno de una comprensión de virtualidad científica en que la interpretación de la vida social resulta muchísimo más natural, armónica y progresiva.

A un saber casi exclusivamente libresco, que en no poca parte sirve para elaboraciones en que por regla general se utiliza como materia prima el pensamiento ajeno expuesto ya en páginas de grande o mediana resonancia, sucede en la actualidad en algunos de nuestros prestigiosos intelectuales, la bien acentuada tendencia a observar la vida directa y objetivamente, sin intermediarios, en su realidad intrínseca, en su más recóndito sentido, único procedimiento para alcanzar, dentro de cierto necesario relativismo científico, una visión exacta e integral de las cosas. Para tocar tal conclusión urge previamente eliminar, amplio y seguro criterio, muchos convencionalismos y puntos de vista erróneos y anticuados, de honda repercusión en la mentalidad, aún embrionaria, de algunas de estas repúblicas. Se es sabio realmente, se llega a dominar una materia, no cuando se ha leído mucho acerca de ella, sino cuando se la ha observado racional y metódicamente en todos sus aspectos determinantes, y en todo su positivo valor intrínseco. El subjetivismo fuertemente adherido a toda producción mental debe ser convenientemente

depurado por nuestros personales medios de conocimiento, para por esa vía alcanzar resultados satisfactorios en lo posible. Ese procedimiento excluye desde luego cuanto en tal subjetivismo pueda haber de sectarismos o de intolerancias dogmáticas. La verdad, lo que desde puntos de vista de una lógica espacial consideramos la verdad, no es mujer frágil y casquivana que, sin mucho de rogar, se presta a recibir complacida nuestros besos ardorosos. Es necesario asediarla en toda regla para obligarla a entregar las llaves de su alcázar resplandeciente. En ocasiones en que creemos tenerla firmemente estrechada en nuestros brazos, contemplamos con desencanto y estupor, que sólo tocamos un jirón de la fimbria brillante de su *veste*. Es necesario ir hacia ella serenamente, sin prejuicios ofuscadores, para pedirle, no lo que queremos y perseguimos, sino la porción grande o mínima de ello que realmente puede darnos...

En su más elevado sentido la vida se caracteriza por una complejidad creciente de relaciones, que a primera vista nos desorienta y extravía. Elevarse a una concepción de ella en lo físico, y aun en lo social, que responda a finalidades de genuino mérito científico, es empeño, a todas luces, difícil de realizar. Pero descontando dificultades poco menos que insuperables, bien podemos aproximarnos a ella para formular un criterio de verdad que nos sirva en muchos casos de apropiada norma de conducta. A las frivolidades de ayer, a los mentirosos espejismos en que durante largo tiempo se apacentó la mentalidad de estos países, a los engañosos deslumbramientos de escuelas y cenáculos gárrulos y pasajeros de allende el mar, a cuanto de falso y hueco impuso soberanamente la moda y acató con espíritu servil una muchedumbre de imitadores impotentes, rechaza hoy la inclinación, cada vez más patentizada, de consagrar nuestras actividades mentales al cultivo de asuntos de mucha mayor sustancia y eficacia. No se llega a un estado de singular cultura sino relegando a un plano inferior futilidades de pensamiento y de imaginación de sólo momentánea resonancia, para arrimar decididamente el hombro a empeños de ingénita y desbordante trascendencia espiritual. En medio de lo transitorio, de lo cambiante, en que forzosamente nos movemos, hay que rastrear y asir puntos de relativa estabilidad, para emplearlos como bases de construcciones mentales de duradera solidez. Situados fuertemente

en esos sus tentáculos, podemos y debemos señalar orientaciones luminosas y eficaces. Nuestra infancia intelectual ha sido larga, y durante ella, naturalmente, por la debilidad mental privativa de semejante edad, nos han seducido los cantos de sirena de innumerables exterioridades de deslumbrante atavío. Lo superficial presentado de modo más o menos brillante nos ha arrasado y dominado siempre. Hemos tomado en veces tales llamativos aspectos como si fueran lo fundamental e íntimo de las cosas mismas. Ahora es que empezamos a revestirnos de toga viril, y vemos cuanto cae en la esfera de nuestra observación como es real y positivamente, o poco menos. Regocijada o triste, sencilla o compleja, esquiva o complaciente la vida, en muchos momentos es sólo expresión fiel del ritmo de nuestra visión íntima. Esa visión subjetiva sólo puede y debe engañarnos en contados instantes. La vida es rica en promesas y compensaciones para quien, desterrando en lo posible lo que es sólo proyección de nuestro mundo interior, lo entiende y practica con el menor número posible de desfiguramientos y abstracciones. Nuestra añeja pedagogía social aparece ya como vetusto edificio cuarteado por muchas partes. Sólo ha dado de sí una vida artificial que se extingue rápidamente. El progreso consiste, o debe consistir, en una Adaptación consciente a un orden cada vez más amplio y efectivo de relaciones. Por no haber podido hacerlo así, nuestro desenvolvimiento cultural se ha retardado en multitud de aspectos. En nuestros medios sociales, refractarios y estacionarios hasta hace poco —algunos bien atrasados todavía— germinan ya copiosamente ideas de necesarias y salvadoras renovaciones. Muchas de estas repúblicas se encuentran ya en un momento de iniciativas saludables, de ebullición ideológica, de desarrollo industrial, de apropiado desenvolvimiento intelectual, culminando todo eso, en gran parte, en un alto propósito de radical y bien comprendido sentido de un americanismo de singularísimo y muy atractivo e interesante relieve.

Esa interpretación nueva de la vida, del conjunto de aspectos y de relaciones que la constituye y cohesiona, evidencia haberse efectuado ya en los medios más adelantados, o estarse efectuando en los menos preparados, el tránsito a un estado de cosas por entero propicio a la conquista de un grado de cultura general, de urdimbre en no escasa parte americana. En nues-

tros más conocidos centros de enseñanza, en nuestros pensadores de más merecido renombre, acentúase la tendencia a dilucidar con amplio criterio renovador las contradicciones y antagonismos que palpitan en el pensamiento moderno. Esa labor se hace ya especulativa y experimentalmente. En la más alta de las disciplinas mentales, la Filosofía, frente a la lucha entre un concepto de unidad estática, de un monismo más o menos cerrado, de un *continuismo* determinista con lo que puede considerarse como un proceso de antiintelectuación, de lo *discontinuo*, aceptan algunos provisionalmente un concepto de verificación pragmática, en que la abstracción se fecunda y toma cuerpo y vida en el hecho, o en los hechos, que comprueban nuestras investigaciones. Y digo provisional, porque en Filosofía todo es, o tiene que ser, hipotético, precisamente. La Ciencia, despojada cada vez más de influencias metafísicas, e inspirada en una acentuada finalidad objetiva, aunque acortando sus límites, los hace más definidos, precisos y concretos. Sin nocivo propósito de sectarismo se busca en el fenómeno, o en una serie de éstos, la explicación de tal o cual aspecto de la vida, sin ufanarse de una certidumbre exacta que acaso casi nunca sea posible conseguir, por más que en muchos casos el resultado experimental parezca corresponder en un todo a nuestros deseos. En un sentido de necesario relativismo comprende la mayoría de nuestros hombres de ciencia lo que ésta pueda dar de sí, lógica y reflexivamente interpretada... En Arte, en lo atañadero a la creación literaria principalmente, esbózase una interpretación artística muy autónoma, de carácter libérrimo, en que aparecen modificados, o convenientemente transformados, principios y prácticas de un retoricismo estéril y vacuo, a fin de alcanzar una concreción estética de valor más comunicativo y duradero. Vamos resueltamente desprendiéndonos de restricciones escolásticas y de resabios dogmáticos que han hecho ya su camino. Ambicionamos un arte libre, de vasta amplitud, que traduzca con fidelidad nuestras impresiones de la hora actual, sin acatamientos serviles o cánones añejos o a novedades estrafalarias, o sin enjundia. Cerrado el ciclo del llamado modernismo, no en lo que tuvo y tiene de necesario y permanente, sino en lo mucho que reveló de accidental y pasajero, el observador consciente avizora cómo es América, por virtud de cierto ínti-

mo dinamismo, van fundiéndose en una concepción aún de vaga plasticidad, procedimientos y principios de un clasicismo medido y discreto, con elementos de innegable procedencia romántica, limpios de incongruencias y desmesuradas exageraciones. Reducidos a la medida de sus justas proporciones, figuran en esa concepción de arte libérrimo elementos aprovechables de decadentismo, simbolismos, futurismos y otros ismos más o menos pasajeros y anodinos. Sin despreciar, en resumen, ni mucho menos, el mérito de técnicas artísticas europeas que podemos y debemos aprovechar, nuestra labor endereza sus pasos a la adquisición de un credo artístico, de visible elasticidad, que refleje con peculiar intensidad cuanto integra y vincula nuestra alma americana.

Esa concepción de arte autónomo, despojado enteramente de un estrecho sentido de escuela o cosa semejante, es la base necesaria de lo que se llama y se seguirá llamando *americanismo literario*. Se encuentra ahora ese americanismo en sus primeras etapas de crecimiento. Empiezan a acumularse los materiales para la construcción definitiva del vasto edificio. La tendencia americanista es aún de carácter fragmentario, de cierta bien justificada variedad de matices. Se presta ya en algunas de sus facetas para el análisis de sus factores integrantes, pero excluye, desde luego, toda visión sintética y satisfactoria del conjunto. Adviértese en ella, sin forzar mucho la inteligencia, el propósito preponderante de alcanzar una bien precisada personalidad literaria. Dentro de ese americanismo sugestivo, amplio, con suficiente potencia espiritual para reflejar con verdadera intensidad cosas privativas del pensamiento y la sensibilidad de nuestro tiempo, considerados en sus más altos complejos y estratos, cabe muy bien, con valor relativamente secundario, un m]nacionalismo que tienda de continuo a cultivar, con singular preferencia, cuanto automáticamente nos vincula y cohesiona y presenta cada una de estas repúblicas como entidad nacional de bien precisada fisonomía. Ese nacionalismo comprende todas las manifestaciones de nuestra secular y vegetativa existencia colonial; todas las leyendas y tradiciones que revisten ese pasado de cierto sugerente esplendor romántico; lo que existe de muy pintoresca urdimbre en ciertas de nuestras arraigadas costumbres; el sentimiento intenso de las inconfundibles peculiari-

dades de nuestra portentosa naturaleza; cuanto hay de épico y grandioso en nuestras luchas emancipadoras y aun en muchos sucesos de nuestras mismas guerras civiles... Americanismo y nacionalismo tienen naturalmente muy estrechas e íntimas vinculaciones. Mueve al primero con repercusiones hondas, más atenuadas en el segundo, un espíritu en alto grado pleno de las saturaciones del movimiento de renovación que caracteriza lo más ingente y singular de los problemas que agitan y absorben la actividad mental de la vida moderna...

En momento oportuno florecen tales bien justificadas tendencias literarias. En la América inmensa, en mucha parte casi despoblada, van dándose cita muchas gentes ahuyentadas de sus respectivos suelos natales por la densidad excesiva de población o por la esterilidad o agotamiento de tierras en exceso cultivadas. Con cierta lentitud va operándose una especie de absorción de elemento nativo en algunas de las zonas en que han desembocado las más caudalosas corrientes inmigratorias. Si a tiempo no se procura conjurar el mal, a vuelta de no más de dos generaciones se tocarán los nocivos resultados. En el nuevo tipo étnico aparecerán muy borrosas o no aparecerán del todo los peculiares rasgos anímicos del hispanoamericano. Y esa fisonomía peculiarísima, si en lo físico variará sensiblemente y no podrá por fuerza natural conservarse intangible, en lo moral, en lo espiritual, en algunos de sus actuales rasgos, sí puede y debe procurarse guarde en cuanto sea dable su prístina vibración íntima, autóctona, por medio de una enseñanza de médula científica, principalmente nacionalista. Una *élite* intelectual empezó desde hace algún tiempo a preocuparse del peligro, señalando al mismo tiempo los medios más a propósito para atenuar lo más posible la gravedad del mal. Hace cosa de cinco años, el notable escritor cubano Arturo de Carricarte publicó en Montevideo un jugoso folleto, *El nacionalismo en América*, en que demuestra con sagacidad y precisión cómo comienza a debilitarse en regiones donde la inmigración se densifica más, el fundamental concepto de existencia nacional, por la acción directa e interrumpida de la inmensa masa exótica que, sin previa solución, va compenetrándose con la población nativa en condiciones acaso de llegar a la extinción del mismo sentimiento nacional. En parte, dije entonces, son responsables del mal los

gobiernos de aquellos países que, ofuscados por el deseo de un progreso violento, sin necesarias gradaciones, se cuidan poco de regularizar y seleccionar esa potente inmigración, para que no lesione fundamentalmente el elemento criollo, y permiten, sin ningún género de restricciones legales, que la tierra, es decir, el fundamento esencial de toda soberanía nacional efectiva, sea pronta y fácilmente acaparada por extranjeros inadaptables al medio y a sus circunstancias históricas. Nunca he considerado el patriotismo con criterio de torpe exclusivismo, como concreción aislada de la vida circunstante, sin nexos con resaltantes realidades mundiales; pero se me antoja deber imprescindible, el primero de todos los deberes, defender con irreducible energía lo que constituye una personalidad nacional, lo que le imprime carácter y le da lugar en el mundo y en la Historia. Continuamente resuenan gritos de alarma en ese sentido. Pero bien mirado no es eso lo más peligroso.

La inferioridad intelectual, real o supuesta, que el mismo nativo se figura tener frente al extranjero, que juzga tontamente superior, es algo muy digno de observación en la psicología criolla. Esa superioridad, en ciertos casos y por hábitos de organización y norma de conducta de muchos recién llegados, se impone fácilmente. El hijo del país, educación casi siempre en el desorden, se resiste a entrar en el orden regular y estable de muy concretas determinaciones. Indisciplinado, refractario, opuesto a todo sano control jurídico, el nativo, mejor que adaptarse a formas de vida organizada y fructuosa que lo pondrían en condiciones de igualdad con el de afuera, prefiere caer en la humillante situación de siervo o cosa semejante. Ese estado de alma se patentiza de insuperable manera en *Canaán*, la bella e intensa novela brasileña de Graca Aranha. Admirando el orden y aseo imperantes en una colonia alemana emplazada en territorio brasileño, uno de los personajes de la novela se siente presa de desbordante entusiasmo por los extranjeros que han realizado tales cosas. Su interlocutor, sorprendido por tanta verbosidad admirativa, le pregunta si cree que por eso debe entregarse todo a los inmigrantes... El primero responde gráficamente: "Para mí sería indiferente que el país se entregara a los extranjeros que sabrán apreciarlo mejor que nosotros..." Semejante estado de alma no es raro, por desdicha. A mi alrededor, a mo-

do de moscas venenosas, han zumbado más de una vez especies semejantes. A muchos he oído decir que para la anarquía en que vivimos, para nuestro eterno desgobierno, sería mejor una dominación extranjero que nos diera orden y adelanto... Hay que reaccionar decididamente contra tales disolventes opiniones, productos generalmente de sombríos pesimismo originados por circunstancias del momento. Lo esencial en todo caso es poseer un ideal, crearlo si no se tiene. El americanismo, considerado en su más vivificante sentido, representa una especie de acercamiento que puede proporcionar una necesaria unidad intelectual y artística a la vida de Hispano América. Si esa unidad no es posible en lo político, laboremos para dar una orientación común a lo que vale más y es más perdurable que lo político: la vibración cultural armónica y coherente de pueblos identificados por la sangre, por el habla y por la Historia.

Contiene este libro cuatro estudios correspondientes a personalidades representativas de la intelectualidad hispanoamericana, en toda su variedad de aspectos y de manifestaciones. En esas cuatro figuras se vinculan con sobresaliente relieve cualidades de pensamiento dirigente y de acción bien encaminada y de innegable trascendencia. A desfilar van por estas páginas desaliñadas e incoloras el excelso escritor y tribuno que con su verbo luminoso y su tenacidad irreducible contribuyó, en primer término, al movimiento revolucionario enderezado a la liberación política de los últimos jirones del imperio colonial hispano; el gran intelectual, por cuyos escritos de resplandeciente serenidad circula la savia de lo más valioso de nuestra mentalidad, y cuya figura se yergue como apóstol de excelsitudes radiantes, de renovación ideológica y de ideales estéticos; el sociólogo peruano, perspicaz y clarividente, que acaso haya estudiado con mayor penetración y alcance las peculiaridades de la evolución social e histórica de Hispano América, y el rebelde y fulgurante prosador venezolano que con vibrante pluma apostrofa políticos de cartón y literatos zascandiles y venales, y se resuelve airado contra los pigmeos que, ofuscados por los intensos resplandores del alma inconfundible de Bolívar, han pretendido, sin éxito, menoscabar los timbres de ingente grandeza del Libertador insigne... En esas grandes figuras representativas no está, naturalmente, ni puede estar, vinculado todo lo me-

por del americanismo literario. En libros sucesivos aparecerán otras de igual o aproximada importancia. Es obra por todos conceptos beneficiosa dar a conocer lo más circunstanciadamente posible la actuación intelectual de cuantos laboran en la hora presente por aclimatar en nuestros medios sociales conceptos fundamentales de cultura incoherente y progresiva. Una obra de interés colectivo debe en muchos casos apreciarse por la alteza de las intenciones que entraña, así las fuerzas mentales empleadas no estén, ni con mucho, a la altura del empeño. Se hace buena y serenamente lo que se puede, lo que hasta cierto punto se juzga un deber. En estos estudios se tiende sólo a demostrar que en la América de habla española existen ya los elementos necesarios para la adquisición en el porvenir de una cultura muy peculiar y muy autónoma.

I

El recuerdo de nuestro primer y único contacto espiritual persiste con fuerza indeleble en mi memoria. Hay imprecisiones de tan acentuada repercusión anímica, que la esponja misma del tiempo no alcanza a borrarlas, y en veces ni aun siquiera a amortiguar su prístina vibración. De entonces a acá han pasado muchos años, dejando en mi espíritu huellas profundas de torturantes desencantos. Fue, si mal no recuerdo, allá por 1892, y era la primera vez que posaba él su planta de peregrino en tierra dominicana. Mi imaginación revive la escena de nuestro encuentro, con su original colorido. Eran como las ocho de la noche y me encontraba solo en la sala de mi hogar, embebiendo en la lectura de un libro de apasionada controversia filosófica. Estaba arrelanado en una mecedora, de espaldas a la calle. De súbito sentí un leve ruido, como si alguien se aproximara. Volví rápidamente la cabeza. En el umbral un hombre blanco, de mediana estatura, de cara expresiva, en que lucía un espeso mostacho y en que la mirada fulguraba, delatando una intensa vida interior, se erguía sonriente ante mis ojos. Me levanté apresuradamente, dirigiéndome hacia el desconocido. En mi mirada se formulaba como una interrogación persistente... ¡José Martí!... Un abrazo muy estrecho nos unió seguida y prolongadamente. Durante algunos instantes parecíame bañarme en no sé qué límpido raudal de misteriosa claridad. Espontánea, fran-

ca, cordial, como si fuéramos viejos conocidos, comenzó a desparramarse la charla. Sin reticencias ni eufemismos me abrió de par en par las puertas de su pecho. Las palabras salían encendidas y vibrantes de sus labios. Mi primera impresión fue que tenía ante mí un visionario desprendido por completo de nexos con abrumadoras realidades, algo así como un soñador de cosas irrealizables o quiméricas. Ante lo que se me antojaba su alucinación se irguió el concepto práctico que yo suponía tener de las cosas. Quise echármelas de conocedor de cierta experiencia y le manifesté francamente mis divergencias. Expúsele que no creía el terreno suficientemente abonado; que débil aún, reponiéndose todavía de dos fracasos sucesivos, no era posible que el pueblo cubano estuviera resuelto a lanzarse a una nueva aventura separatista. Acaso ese pueblo, antes de correr un nuevo riesgo, preferiría avenirse con un amplio régimen autonómico. Objetóme con calor que yo sólo veía el lado exterior de las cosas, lo puramente superficial, lo que brillaba a flor de piel. Detrás de eso que yo creía la realidad, adentro, muy adentro, corría el río de una fructuosa propaganda revolucionaria, engrosando cada vez más el raudal copioso de sus aguas... Traída a colación, no recuerdo ahora por qué, la próxima fiesta del IV Centenario del descubrimiento de América, se mostró duro con Colón. Consideraba al gran navegante únicamente como un mercader animado sólo por ruinas y sórdidos apetitos de dinero. Procuré, situándome en un justo medio, combatir un tanto la crudeza de tan radicales afirmaciones...

Avanzaba la noche. Muy de madrugada se proponía continuar su viaje. Quise acompañarle hasta el sitio en que tenía su posada. Allí reanudamos la interrumpida *causerie*. Al conjuro de su palabra cálida florecieron nuevamente las esperanzas de próximas reivindicaciones patrióticas. Al oírlo tan ardorosamente convencido, mi pesimismo parecía esfumarse. Empecé a creer en la posibilidad de lo que me aseguraba a pie juntillas. El entusiasmo que se desbordaba de su frase lírica, y, emocionado, comenzaba a contagiarme. Nada era, me repetía con calor de arraigada creencia, lo que había hecho, en comparación de lo que le faltaba por hacer. Tenía que multiplicar los centros de propaganda patriótica; aumentar hasta donde fuera posible de manera práctica y metódica los recursos monetarios; vencer las

envidias e intrigas que fermentaban en algunos centros de emigración y asegurar la adhesión sincera y estable de algunos jefes que figuraban con honra en las pasadas campañas y que en aquel momento parecían desalentados o reacios. Era necesario suavizar o extinguir peligrosas discrepancias de carácter personal para alcanzar una organización capaz de atender hasta el más nimio e insignificante detalle. Esa organización fundamental debía ser como una máquina en permanente funcionamiento, de bien suavizados y poco complicados rodajes... Antes de separarlos me regaló un librito suyo, *Versos sencillos*, y un ejemplar de la primera edición de *Ramona*, la preciosa novela norteamericana de Hellen Hunt Jackson, por él magistralmente vertida al castellano. En la primera página del tomito de ritmos puso una discordia, que no transcribo aquí para que no lo echen a mala parte los ruines de corazón, que pretenden ver siempre en estas cosas de efluvia sinceridad, engreimientos soberbios de vanidad personal. Acerca de *Ramona*, ya en su tercera edición castellana, escribí poco después un comentario, que se publicó en uno de mis primeros libros.

Nos despedimos con un fuerte y prolongado abrazo. Era la última vez que nos veíamos en esta sucesión de horas risueñas o sombrías que apellidamos vida. Cada cual iba a seguir su ignorado destino. Él se fue a la labor ardua y penosa de redimir un pueblo, a la lucha resonante, rumbo a una muerte prematura y gloriosa... Los recuerdos de esa noche memorable se han adherido a mi alma con la fuerza de esas plantas trepadoras que crecen en perdurables apegamientos a viejos paredones de ruinosos edificios. Hay horas de la vida que superan en intensidad de emoción a lo que podemos experimentar en días, en meses, en años... Los momentos que pasé con Martí tienen para mí no sé qué frescura inolvidable de recuerdos primaverales, de épocas en que la existencia tiende irremisiblemente a dilatarse por cármes rientes de fe y de esperanza. Al regresar a mi casa rumiaba mentalmente los incidentes de mi entrevista con el gallardo paladín de las libertades cubanas. Con ritmo tenaz resonaba en mis oídos la vibración intensa de su palabra, plena de luz y de adivinaciones geniales. Su verbo armonioso había gestionado poderosamente mi inteligencia y caldeado mi fantasía. La superioridad de ciertos espíritus se siente prontamente.

Su nobleza anímica y la proyección lumínica que irradia continuamente de las profundidades de su ser nos cautivan irresistiblemente. En las redes de su personal atracción se había deslizado mi alma, abierta siempre a la seducción de nobles y hermosos idealismos... La noche, de cielo entoldado, no dejaba columbrar el resplandor de ninguna estrella. Hacía rato que se habían apagado los faroles del alumbrado urbano. Oscuridad, oscuridad pavorosa por todos los lados. La vieja ciudad provinciana yacía en solemne reposo. Nadie deambulaba por sus calles, negras y silenciosas. A tientas, puede decirse, proseguía mi cariño, titubeando, desorientado, rompiendo por en medio de las densas tinieblas que se espesaban más y más en torno mío... Casi sin darme exacta cuenta encontréme de improviso en una esquina del viejo Mercado, en el mismo sitio en que cerca de medio siglo antes, conforme aseguraba la tradición, un grupo de empingorotados conspiradores, por temor a que revelase el secreto de su trama revolucionaria, había supliciado a Rufinito. Sentí un momentáneo escalofrío... Pero como deshaciendo esa oscuridad, como perforando el negror que me circundaba, parecíame que se encontraba ante mí, como que guiaba mis pasos, iluminándome el pavoroso camino, el eximio tribuno, de verbo fulgurante y magnífico, que antes de tres años iba a sellar con su sangre generosa la primera página de la última epopeya de la independencia de América.

II

El propósito de libertar a Cuba del vasallaje hispano parecía definitivamente abandonado después de dos largas, sangrientas e infructuosas guerras. Pero una idea no muere, por más que aparentemente lo parezca, sin haber cumplido su ciclo de necesaria evolución. Así la de la emancipación política de Cuba. Oculta o visible, en el subsuelo, plegándose a circunstancias de ambiente o de hora, adaptándose a realidades resaltantes de vida social, la idea de virtualidad modificadora, vinculadora de empeños de renovación, de transformación, concluye siempre su proceso dinámico, incoercible y arrollador, prorrumpiendo en un himno de triunfante y perdurable resonan-

cia. Todavía, justificado en gran parte, extiende el desaliento su acción glacial sobre una inmensa mayoría; sobre casi todos los componentes sociales quedarán siempre en pie, sacerdotes de un culto que ya parece no tener fieles, algunos contados irreducibles, que no dudan, que no vacilan, que confían en lo porvenir, y que desde su trípode solitario continúan esparciendo regueros deslumbrantes de consoladoras esperanzas. Al principio, aparentemente aislados, logran al fin esos removeedores de almas que la proyección ardorosa de su creencia intangible, a prueba de desencantos, vaya despertando energías dormidas, recogiendo adhesiones, uniendo voluntades, ensanchando su radio de acción hasta romper el hielo de dolorosos y disolventes escepticismos. El pueblo cubano seguía apegado al ideal de su emancipación política; pero sucesivos fracasos le habían hecho perder de momento toda creencia en la posibilidad de realizarlo. La obra de Martí fue reaccionar por todos los medios a su alcance contra ese peligroso estado de alma, formando núcleos afines, bien preparados, capaces en un todo de presentar sólidas bases para una propaganda bien definida que pusiese los ánimos en condiciones de llegar a la protesta armada con muy importantes probabilidades de éxito. En esa hora de indecisiones, de verdadera crisis psicológica de urdimbre colectiva, fue Martí el apóstol, el hombre necesario, la figura central del separatismo cubano. No tuvo jamás ese ideal encarnación personal más clarividente y prolífica. Vivió en perenne persecución de esa idea, sin arredrarse ante los obstáculos hacinados en la vía tortuosa y poblada de sombras, despreciando los tiros alevés de calumniadores envidiosos a quienes ofuscaba el resplandor de su austera grandeza, hasta caer en lo ignoto, con la sienes ceñidas con la relumbrante corona del más heroico sacrificio patriótico. Pero cuando se desplomó en *Dos Ríos*, estremeciendo la tierra como los paladines homéricos, su obra de organización revolucionaria, como árbol de vigorosa raigambre, producía sin necesidad de más preparación ni cuidado sus naturales y anhelados frutos.

La preocupación permanente de redimir la Gran Antilla absorbe lo más amplio y señalado de su existencia inquieta y tormentosa. Por sus ideas atrevidas y fustigadoras se le persigue y aprisiona en el alba misma de su juventud, prematuramente en

recia lucha contra las instituciones coloniales. Ciertas audacias de pensamiento estampadas en *El Diablo Cojuelo*, publicación que redactaba, y en una especie de tragedia, *Abdalá*, hacen que se fije la atención recelosa de las autoridades en aquel imberbe y audaz jovenzuelo. Un año más tarde publicó en Madrid un opúsculo, *El presidio político en Cuba*, donde relata con vigorosa expresión torpezas y horrores de la Administración colonial. A propósito de su permanencia en Madrid cuenta el notable periodista español Julio Burell, en su vibrante y pintoresco estilo, lo que seguidamente transcribo íntegro, como dato curioso y como expresión sintética de la actuación política de Martí desde el punto de vista de un escritor perteneciente a las filas contrarias: "¡Cuántos años ha!... Conocíle en la ahumada biblioteca del viejo Ateneo. Era un endeble muchacho, callado, oscuro; no discutía con nadie ni de nada; acababa de estudiar la carrera de Derecho en Sevilla y Zaragoza, e indemnizábase de la mala prosa académica leyendo horas y horas a Santa Teresa, a Rivadeneyra, a Cervantes, a Calderón, a Quevedo...

"—¿Usted es cubano? —le pregunté una noche.

"—Cubano, sí, señor.

"Y hablamos de la guerra, en aquellos días terminada por la paz del Zanjón. Enredadas las palabras, fueron saliendo los pensamientos. Su expresión era pausada; sus ojos de mirar tranquilo y profundo. Sin levantar la voz, pero muy brillantes los ojos, díjome con firmeza:

"—Sí, soy separatista...

"Y Me habló de su alma española, de su nombre español, de sus gustos españoles, de su amor por aquellos libros que en la destartalada biblioteca infundían en su espíritu de España. Pero España está aquí y España no está en Cuba. Allí, yo, que entre ustedes soy un igual, un compañero, un amigo, no seré sino un extranjero; viviré en tutela, sometido, sospechado: con todas las puertas cerradas a mi derecho, si pido justicia; a mi ambición, si legítimamente quiero ser ambicioso... Quien así me hablaba era José Martí, y pasó por el Ateneo sin dejar recuerdo ni huella.

"Muchos años después, yo preguntaba por él a los jóvenes diputados autonomistas de Cuba, a Montoro, a Figueroa, a Giber-ga... Sonreían con indulgencia. ¡Bah! Marchó de Cuba... No tenía fuerza... Quiso ser diputado... No le hicieron caso... Y allá

en Nueva York publica una hoja separatista... Pero el separatismo es una extravagancia... El pobre Martí es hombre muerto...

“Transcurrieron más años... El *pobre* Martí funda clubs insurrectos en todo el territorio de la Unión americana; escribe una Constitución de Cuba; organiza las cajas de la revolución; envía las primeras expediciones a la manigua, y cuando desembarca y muere en *Dos Ríos*, ¡qué de cosas van a ser enterradas con su cadáver!... Aquel muchacho endeble y oscuro que, hablando en voz baja y con la mirada intensa y brillante, exclama en los pasillos del Ateneo: “Soy separatista”, representaba para España un ejército de 200,000 hombres destrozados, dos escuadras destruidas, dos mil millones echados a los cuatro vientos, la pérdida de un imperio colonial, el cruento calvario de París; todo lo que hoy nos llega al alma; todo lo que unos y otros, ya lloremos como catástrofe, ya lloremos como vergüenza...”

III

Si por su consagración al ideal de redención política que nimba hermosamente su personalidad histórica, pertenece a Cuba por legítimo derecho, por su producción literaria, original y copiosa, aparece en primera línea como una de las figuras más representativas del movimiento de renovación intelectual en Hispano-América. El hecho de haber pasado la mayor parte de su existencia fuera del suelo nativo, explica y justifica que hasta hace poco sólo se le haya visto en Cuba revestido de los arreos del luchador revolucionario, como el político que persigue titánicamente un empeño de liberación, sin fijarse en que detrás de esos aspectos muy llamativos de su personalidad se erguía robusto y gallardo el escritor de frase centelleante, el intelectual de saber enciclopédico, el orador de palabra de fuego, el poeta de suave y expresiva vibración rítmica. Aún no se ha estudiado concienzudamente en Cuba cuanto de tendencia innovadora aquilata y reviste de peculiares matices su personalidad atractiva y simpática. Su existencia nómada, trashumante, de eterno peregrino de un ideal grandioso lo llevó a errar por distintas regiones, de pueblo en pueblo, desde el Norte frío hasta los más apartados puntos de la porción meridional del Conti-

nente americano. Por todas partes adonde lo llevaban los hados esparcía a manos llenas efluvios luminosos de su ser espiritual. La compenetración intelectual del excelso tribuno con su tierra nativa nunca fue ni pudo ser efectiva. Se oponían a ello la distancia, la ausencia, que, naturalmente, achicaba o falseaba ciertos efectos de visión, unido a la circunstancia principalísima de no ser el ambiente de la colonia propicio, ni con mucho, a tales compenetraciones espirituales. En el terruño, sumido en la somnolencia de una vida vegetativa en que no podían levantar la cabeza sin gravísimo riesgo iniciativas de cierto género, era casi materialmente imposible darse ni aun aproximada cuenta de lo que vinculaba en el mundo de las letras hispanoamericanas el empeño de renovación que daba entonces sus primeros frutos. En aquella hora doliente de la historia de Cuba no había espacio para cosas que no tuvieran conexiones con puntos de vista exclusivamente de carácter político. Y aun en la misma América sólo una *élite* bien puede afirmarse acogía con placer y se entusiasmaba con el propósito claramente definido de renovación parcial o completa de viejos y gastados moldes de un convencionalismo retórico que ya sólo podía dar de sí flores entecas y prematuramente enmustiecidas. Martí viajaba por América y no daba paz a la pluma ni a la palabra. Un gran diario porteño, *La Nación*, contóle durante años en el número de sus principales y más asiduos colaboradores. Según frase de Rubén Darío, con sólo esos artículos de colaboración había para formar varios tomos. En Venezuela fungió de maestro y redactó periódicos. Su monumental juicio del admirable sabio venezolano Cecilio Acosta data de ese tiempo. En Nueva York fue fecunda su producción literaria. No sigo precisando detalles, ya bastante generalizados, porque no estoy escribiendo una biografía, sino un estudio crítico, de relativa obligada brevedad, acerca de ciertos aspectos de la fisonomía literaria del gran revolucionario cubano.

El modernismo, en la hora actual en vías de extinción, o extinguido del todo, hacía en aquellos momentos su triunfal irrupción en el casi esterilizado campo de las letras hispanoamericanas. Entiendo el modernismo en un sentido de conjunto, de amplia flexibilidad, en que se mezclan en proporciones desiguales muchas y muy sutiles derivaciones del movimiento romántico.

En el llamado modernismo, como partes convergentes, englobo todos los *ismos* que tanto ruido levantaron en estos últimos tiempos, y que hoy podemos ya considerar como curiosos datos históricos de la evolución literaria. Acaso lo más visible y durable del movimiento modernista, lo que en cierto sentido le imprime carácter, se reduzca a una aleación de elementos de abo-lengo clásico y de ciertos lirismos y exuberancias de expresión, de procedencia netamente romántica. En toda concepción *nueva*, o aparentemente nueva, se filtran necesariamente formas de vida anteriores, de cierta afinidad, que en la flamante concepción aparecen bajo otros aspectos muy depuradas y quintesenciadas. Esa aleación se opera siempre por modos de ver y entender la vida acentuadamente personales. A la imitación pueril de determinados modelos, al incondicional acatamiento a fórmulas y cánones de escuelas, a una retórica que parecía señalar límites infranqueables al libre vuelo de la creación estética, sucedía, tímida y titubeante al principio, de vagos e imprecisos contornos, la aspiración a revisar ciertos valores artísticos y a crear técnicas y procedimientos capaces de utilizarse más fructuosamente en la producción literaria. En lo que toca a la poesía, mejor que de creación de nuevas formas rítmicas fue obra de oportuno y más o menos radical *remozamiento* la que se llevó a cabo entre el aplauso de algunos y la acerba censura de los más. Formas antiguas de metrificación y de rima aparecieron con relumbrantes disfraces de atractiva novedad. La lengua misma, manejada por los iniciadores de la nueva orientación, perdía su tiesura académica, su rigidez, cierta penuria léxica que rechazaba orgullosa, como hidalgo soberbio que no quiere confesar su pobreza, cualquier palabra que apareciese como novedosa. El modernismo ha contribuido a prestar mayor elasticidad, más intensidad, más ambiente pictórico, al castellano anquilosado y sin flexibilidad para interpretar fielmente sutiles y muy complejos aspectos de la existencia moderna.

En su fundamental concepto de revelador artístico de modalidades del pensamiento y la sensibilidad contemporáneas, el modernismo debe mucho a escritores y poetas hispano-americanos, por más que en América se le haya entendido por la inmensa mayoría en el mero sentido de un refinamiento emotivo y léxico que ha dado lugar a engendros literarios pueriles y anodi-

nos, cuando no ridículos o estafalarios. Para mí Rubén Darío en el verso, y José Martí en la prosa, son los más conspicuos iniciadores de ese movimiento en América. Fue esa labor revolucionaria en todas sus manifestaciones y no podía ser de otra manera. La renovación, la revisión de valores literarios, tenía que venir y vino a tiempo, en sazón, como todas las cosas del dinamismo social. Los intereses creados, es decir, los representados por profesionales que habían convertido el Arte en una especie de clase o asignatura de carácter exclusivamente docente, pusieron el grito en el cielo, se alzaron intolerantes e iracundos. Nadie ignora en la hora presente la obra de innovación, de remozamiento de formas métricas, de acentuado prestigio secular, realizada por Rubén Darío con el propósito de hacerlas capaces de producir nuevas y hermosas sonoridades y cadencias. Esa innovación, como todo propósito de modificación o de reforma, no se contuvo dentro de un marco de prudentes limitaciones. Se salió de él con frecuencia. De ahí errores y caídas. El tiempo es el solo agente capaz de limitar, de una saludable empresa de depuración. Él se encarga siempre de eliminar lo accidental, lo positivo, para que quede en pie lo que reviste valor permanentemente humano. Revolucionario y rebelde toda su vida en lo político, Martí lo es también en lo literario, en su prosa principalmente. Su intenso subjetivismo, su desbordante espontaneidad, el lirismo peculiar de su sensibilidad, su permanente gesto de rebeldía ante cualesquiera convencionalismos coercitivos, hacen de él un refractario de la frase hecha, de clisés muy usados, de giros vulgares, de lo rutinario y vulgarmente monótono. Su estilo, una que otra vez sutilmente obscuro, ambiguo, desaliñado, especie de desgreadado caballero, de poeta romántico, ha dado margen a comparaciones inconsistentes. Su comercio intelectual con los grandes escritores españoles del mejor tiempo es evidente en ciertos giros, locuciones y flexibilidades sintácticas. Se conoce que ha estudiado con reflexiva atención a Saavedra Fajardo, a Cervantes, a Quevedo, a casi todos. A los místicos también. Al referirse a cierta parte del estilo de Martí, se han sacado a relucir sin ton ni son, barajados caprichosamente, culteranismos, conceptismos, gongorismos... ¡Cuántos *ismos*, dioses inmortales! Meras analogías de rebelión literaria se toman equivocadamente como concluyentes parecidos.

Accidentales descoyuntamientos sintáxicos; vocablos empleados en acepción algo distinta de la propia; simbolizaciones extrañas o desconcertantes; construcciones enrevesadas y otras cosas de parecido jaez, hacen en ocasiones, las menos, algo difícil y penosa su lectura. Pero esto, lo repito, puede considerarse como excepcional. En su frase generalmente clara y expresiva hay concisión, energía, movimiento apropiado y ritmo armonioso. Cierta obscuridad susceptible de interpretaciones diversas se debe en primer término a lo profundo del concepto o del pensamiento. Aparentemente inexplicables, esas obscuridades de su prosa esconden un alto y transcendente sentido. No hay en él, no obstante tales cosas, genuino gongorismo. En Góngora hay que observar, en primer término, el posible desenvolvimiento "en ansia de perfección", de una acentuada personalidad líricamente estructurada que por cosas de privativa psicología se encamina a la realización artística de lo que se le figura como acabado y perfecto, desviándose para ello de toda clase de caminos muy frecuentados. El gongorismo es para mí como una muy evidente sutilización del lenguaje, enderezada a dar a la expresión rarísimos matices de novedad y acentuado artificio. Es distinto del conceptismo por no ser éste forma enrevesada y oscura que radica en artificios y enmarañamientos del lenguaje, sino interpretación espiritual que se dilata precisamente en un ambiente de peregrinas y quintesenciadas sutilezas metafísicas. En el estilo de Martí, por su espontaneidad y su visible alejamiento de toda pose, no existe esa "ansia de perfección" que se ha señalado ya como característica del autor de *El polifemo* y *Las soledades*. Los procedimientos del escritor cubano se inspiran mejor en un "ansia consciente y reflexiva de originalidad" que, aun llevándole a ciertos extremos de rebelión contra principios y procedimientos imperantes, le permite conservar sin menoscabo lo esencial y propio de su pensamiento y de su sensibilidad y le impide caer en la oscura sima de deplorables excesos y extravagancias...

En sus escritos se revela una cultura prodigiosa, casi enciclopédica. Se han publicado varios tomos; se está ya en el decimocuarto, que contienen cuanto habló y escribió el insigne intelectual cubano. Se han restado al olvido muchas producciones esparcidas al azar en multitud de revistas y periódicos. Pertenece

la gloria de esta recopilación minuciosa, acaso demasiado minuciosa, a su fiel discípulo político, el malogrado Gonzalo de Quezada. Por varios tomos que conozco puede afirmarse rotundamente que falta espíritu de selección crítica en el orden de los materiales escogidos. Así y todo, quien desee conocer por completo a Martí tiene y tendrá que recurrir a esos volúmenes, que no sé si tendrán muchos y fervorosos lectores. A Martí no le es desconocido nada que se refiera al proceso de la actividad mental humana desde sus primeros balbuceos en la vía de la adquisición de conocimientos indispensables para lograr un determinado estado de cultura hasta la conquista de las formas actuales de investigación científica, que permiten al espíritu columbrar próximos y más prolíficos desenvolvimientos en lo personal y en lo colectivo. Atisbaba y aprisionaba el detalle sin que se le obscureciese y falsease la visión del conjunto. Era muy capaz del análisis que fragmenta, que descohesiona, y de la síntesis que resume y totaliza aspectos aparentemente dispares o antagónicos. No era ni pudo ser nunca superficial a manos de esos escritores que creen tienen asido lo íntimo de las cosas cuando sólo tienen meras y engañosas exterioridades de ellas. Su potencia crítica, su mirada espiritual ahondaba, ahondaba en ellas hasta desentrañar su significación real y su más recóndito sentido. Sabiendo que todas las cosas, aun las más aparentemente insignificantes, tienen su carácter intrínseco, su *personalidad*, su alma, él no descansaba hasta el momento en que esa alma, como seducida por atracción magnética, se dejaba aprisionar en su visión íntima luminosa y blandamente. En sus páginas no se siente cierto tono dogmático y campanudo propio de escritores de cierta laya capaces de creer, en su pueril vanidad, que son capaces de adoctrinar y dirigir el mundo a su antojo. Sus ideas surgían casi siempre espontáneas, de improviso, sin aparentes procesos de previa elaboración mental. Las ideas generales, reuniéndose en una concatenación lógica, para dar de sí una más o menos fundamental concepción filosófica, no se advierten en ninguna parte de la obra de Martí. No quita eso que esa obra no contenga multitud de profundos aforismos, de sugerencias mentales deslumbrantes y rápidas del misterio insondable en que se dilata y exterioriza la vida. Sus conceptos sobre tales cosas son siempre incidentales, fragmentarios. Su idea de

la vida, en todos sus aspectos, es esencialmente dinámica. La existencia, y buena prueba es la suya, se resuelve de continuo, para él, en movimiento. Es hombre de pensamiento que no se aquieta y de acción que vibra y se intensifica a cada paso. El dinamismo vital aparece, para él, siempre exteriorizado en miríficos aspectos de libertad, de nobleza, de equidad, de excelsitudes de sano y bienhechor idealismo. No vio o no quiso ver muchas repugnantes fealdades sociales. Con mirada compasiva, no exenta de desorden, contempló las envidias y los egoísmos que pretendieron detenerlo y desalentarlo. La mediocridad triunfante sólo le impresionó pasajeraamente. Sin desanimarse ante el rencor o el odio de sus enemigos, no se detuvo nunca, aun defendiéndose, a hacer obra de escarnio o de venganza. Siguió su camino, como el dulce Redentor galileo fija la mirada en lejanos y radiosos horizontes...

¡Cuánta bella página, cuánta página de emoción y de arte aparece con perdurable esmalte en el riquísimo acervo de su copiosa creación literaria! Quién no lee con emoción esa página de hermosísimo colorido consagrada a los *Héroes del Polo*, a los que fueron allá arriba, muy arriba, a buscar lo desconocido y sólo encontraron una muerte gloriosa en lechos inmensos de nieva blancura... De Maceo, el titán cubano, acaso la más alta figura épica de estos tiempos, escribe expresivamente: "De la madre, más que del padre, viene el hijo, y es gran desdicha deber el cuerpo a gente floja o nula, a quien no se puede deber el alma; pero Maceo fue feliz, porque vino de león y de leona. Ya está yéndosele la madre, cayéndosele está ya la viejecita gloriosa en el indiferente rincón extranjero, y todavía tiene manos de niña para acariciar a quien le habla de patria... Con motivo de la muerte de Cecilio Acosta, el sabio y austero venezolano, dice cosas magníficas, que merecerían transcribirse íntegras... Principia así un artículo titulado *El general Gómez*:

"A caballo por el camino, con el maizal a un lado y las cañas a otro, apeándose en un recodo para componer con sus manos la cerca, entrándose por un casucho a dar de su pobreza a un infeliz, montando de un salto y arrancando veloz, como quien lleva clavado al alma un par de espuelas, como quien no ve en el mundo vacío más que el combate y la redención, como quien no le conoce a la vida pasajera gusto mayor que el de echar los

hombres del envilecimiento a la dignidad, va por la tierra de Santo Domingo, del lado de Montecristi, un jinete pensativo, caído en su bruto como en su silla natural, obedientes los músculos bajo la ropa holgada, el pañuelo al cuello, de corbata campesina, y de sombra del rostro trigueño el fieltro veterano” ...¿No es verdad que hay resplandecientes condiciones de sencillez y sobriedad en esta descripción de su ya próxima llegada a la casa de la mayor y más fuerte columna de la independencia cubana?... Y en el mismo artículo este otro párrafo, que más de una vez se ha reproducido y que tiene para nosotros los dominicanos un verdadero y singular encanto: “Iba la noche cayendo del cielo argentino de aquel cielo de Santo Domingo, que parece más alto que otro alguno, acaso porque los hombres han cumplido bajo él el juramento de ser gusanos o libres, cuando un cubano caminante, sin más compañía que su corazón y el mozo que le contaba amores y guerras, descalzaba el portillo del cercado de trenza de una finca hermosa, y con el caballo del cabestro, como quien no tiene derecho a andar montado en tierra mayor, se entró lentamente con nueva dignidad en el épico goce, por la vereda que seguía hasta la vivienda oscura: da el misterio del campo y de la noche toda su luz y fuerza natural a las grandezas que achica o desluce, en el dentelleo de la vida populosa, la complicidad o tentación del hombre”... Del inmaculado Estrada Palma, del maestro, dice lo siguiente: “Aquel hombre, a quien amara tiernamente los alumnos que le ven de cerca la virtud; aquel compañero que en la conversación de todos los instantes moldea y acendra y fortalece para la verdad de la vida el espíritu de sus educandos; aquel vigía que a toda hora sabe dónde está y lo que hace cada alumno suyo, y les mata los vicios, con la mano suave o enérgica que sea menester, en las mismas raíces; aquel maestro que de todos los detalles de la vida saca ocasión para ir extirpando los defectos de la soberbia y desorden que suelen afean la niñez de nuestros pueblos, y creando el amor al trabajo y el placer constante de él en los gustos moderados de la vida; aquel educador que sólo tiene la memoria como abanico del entendimiento, y no pone aquélla, como tanto pasante, en vez del entendimiento, sino que enseña en conjunto, relacionando unas cosas con otras y sacando de cada voz todos los orígenes, empleos y derivaciones, y de cada tema

su lección humana"... ¿Para qué seguir copiando? Los escritos de Martí son como minas inagotables de metales preciosos. En cualquiera de ellos se ofrece margen para el aforismo o la observación elocuente y precisa. Es, por encima de todo, escritor en que se siente de continuo el relampagueo de las ideas. Su coruscante frase alberga siempre un pensamiento de cierta médula o una idea de prolífica transcendencia. Siempre tiene algo que decir. Otros suplen con la palabrería se impotencia mental para seguir hasta el fin el hilo de una idea; él coge, como quien dice, esa idea y nos la hace ver en toda su amplitud y con todas sus peculiares facetas. Es de la prosapia de los grandes escritores. Miguel Eduardo Pardo "califica la prosa de Martí como de *una regeneración*"; Rubén Darío la pone en todos momentos por las nubes; Bartolomé Mitre lo llama: "escritor original y pensador americano"... ¡Cuántos, cuántos otros no lo han merecidamente ensalzado en todos los tonos! Vicuña Makenna, el gran escritor chileno, dice, hablando de él: "¡Estoy asombrado de Martí! ¡Qué modo de concebir y de expresar sus ideas! Maneja la pluma como Gustavo Doré jugaba con su lápiz"...

IV

¡Orador! Lo es en toda la plenitud del concepto. Su oratoria es cálida, conmovedora, cargada de ideas, poblada de imágenes, bien distinta de esa otra de corte académico, amanerada y fría, en que, previo un trabajo de penosa elaboración mental, refractario a sugerencias de la imaginación o de la fantasía, se ordenan y disciplinan los argumentos y se les coloca sucesivamente en posiciones adecuadas, como batallones en marcha. Es casi materialmente imposible precisar y juzgar las excelencias de un orador de desbordante palabra, solamente por la lectura de sus discursos. El juicio resultará necesariamente incompleto. En el hombre de palabra fácil, de avasalladora elocuencia, se combinan, se compenentran con la excelsitud del pensamiento y la vibración emotiva, el ademán peculiar, el gesto flexible, presto y vivo, que en cierto sentido tangibiliza la idea, subraya con mayor o menor colorido los pasajes más salientes e intencionados. Ambos aspectos, el íntimo, el puramente mental y lo

que podemos calificar de externo, es decir, el timbre de voz, la pronunciación adecuada, el tono, el movimiento de la fisonomía, el de los brazos, necesitan confundirse para dar a un orador personalidad propia e inconfundible. Todo eso así amalgamado, tiene que sufrir ante nuestros ojos para apreciar al que habla en su justa medida. Este es, en cierto sentido, un actor que interpreta ante el público cosas íntimas de su propia existencia. Pero sin necesidad de haberlo visto pronunciando un discurso es posible aquilatar con relativa certeza su personalidad de orador. Su sensibilidad exquisita, su hervor emotivo, su agilidad mental, su efusión comunicativa, se transparentan de continuo en sus discursos, en que la frase intencionada, el rasgo de fulmínea elocuencia, el dato de comprobación histórica, vienen siempre con oportunidad a robustecer lo que brillantemente sostiene. Es siempre su alma que habla, que se pone en íntimo contacto con su auditorio, asombrado y conmovido. Aunque aparentemente se relegue la idea a segundo término, o se haga menos visible, el orador, para conquistar el aplauso, para conseguir la adhesión de sus oyentes a lo que se propone, tiene que tomar la vía directa del sentimiento. Conmover, conmover, he ahí el secreto. Y no se conmueve con abstracciones, con sutilezas mentales, con juegos ideológicos, sino con el acento apasionado y vibrante que brota de lo más recóndito de nuestra facultad sensitiva. Las ideas han transformado y seguirán transformando el mundo; pero no han llegado nunca ni llegarán jamás al corazón de los hombres sino impregnadas del calor de vivificantes sentimientos. Martí sabe siempre colorear de vida sentimental sus más abstractos pensamientos. Sus períodos oratorios se suceden gallardos, rítmicos, saturados de emotividad, sin nada de flojedades ni caídas. Las palabras brotan de sus labios y se esparcen por el ambiente caldeado de entusiasmo, como si fueran enjambres de mariposas que llevasen en sus alitas policromas efluvios de su alma noble y generosa...

Le son suficientes el arranque inicial, las primeras palabras, para predisponer favorablemente al auditorio. "Yo no soy un hombre que habla, yo soy un pueblo que se queja", dijo en no recuerdo qué acto, al principiar un discurso, y eso fue bastante para llegar hasta el alma de sus oyentes. Los períodos fulgurantes se suceden sin interrupción hasta dejar al público que le es-

cucha, avasallado y rendido a sus pies... Cuando dice, comenzando su magnífica oración en homenaje a Bolívar: "Con la frente contrita de los americanos que no han podido entrar en América", esa sola frase identifica en un sentimiento a los que en el exilio viven soñando con la posesión de una patria en que morar como dueños, libres de toda humillante dominación extranjera... Es hermoso, muy hermoso, su vibrante apóstrofe a la Muerte en el bello discurso a la memoria del poeta Alfredo Toroella... En la celebración del 10 de octubre, aniversario de la insurrección de Jara, exclamó expresivamente: "Cuando no se puede hablar con rayos de sol, con los transportes del entusiasmo, con el júbilo santo de los ejércitos de la libertad, el único lenguaje digno es el silencio... Los misterios más puros del alma se cumplieron en aquella mañana de La Demajagua, cuando los ricos, desembarazándose de su fortuna, salieron a pelear sin odio a nadie, por el decoro, que vale más que ella; cuando los dueños de hombres, al ir naciendo el día, dijeron a sus esclavos: "¡Ya sois libres!" ¿No sentís, como estoy yo sintiendo, el frío de aquella sublime madrugada?... ¡Para ellos, para todos ellos esos vítores que os arranca este recuerdo glorioso"!... De Heredia, el excelso cantor del Niágara, dice: "¿Qué tiene su poesía, que sólo cuando piensa en Cuba da sus sones reales; y cuando ensaya otro tema que el de su dolor, o el del mar que lo lleva a sus orillas, o el del huracán con cuyo ímpetu quiere arremeter contra los tiranos, le sale como poesía de juez, difícil y perezosa, con florones caídos y doseles a medio color, y no, como cuando piensa en Cuba, coronada de rayos?"... ¡Pídele!, ¡oh Niágara!, al que da y quita, que sean libres y justos todos los pueblos de la tierra; que no emplee pueblo alguno el poder obtenido por la libertad, en arrebatarla a los que se han mostrado dignos de ella; que si un pueblo osa poner la mano sobre otro, no lo ayuden al robo, sin que te salgas, ¡oh Niágara!, de los bordes, los hermanos del pueblo desamparado!" Su fantasía se desborda a menudo en un lirismo evocador y fulgurante. En otro discurso su visión del pasado se enciende y magnífica: "Libres se declaran los pueblos todos de América a la vez. Surge Bolívar, con su cohorte de astros. Los volcanes, sacudiendo los flancos con estruendo, lo aclaman y publican. ¡A caballo, la América entrena!, y resuenan en la noche, con todas las estrellas en-

cendidas, por llanos, por montes, los cascos redentores. Hablándoles a sus indios va el clérigo de Méjico. Con la lanza en la boca pasan la corriente desnuda los indios venezolanos. Los rotos de Chile marchan juntos, brazos en brazo, con los indios del Perú. Con el gorro frigio del liberto van los negros detrás del estandarte azul. De poncho y bota de potro, ondeando las balas, van, a escape de triunfo, los escuadrones de gauchos. Cabalgan, suelto el cabello, los pehuenches resucitados, volcando sobre la cabeza la chuza emplumada, y al alba, cuando la luz virgen se derrama por los despeñaderos, se ve a San Martín, allá sobre la nieve, cresta del monte y corona de la revolución, que va, envuelto en su capa de batalla, cruzando los Andes”...

V

¡Poeta! Lo es indudablemente, pero de relativo mérito y significación en el sentido de lo que generalmente se ve, o cree ver, en esta palabra, esto es, un intérprete inspirado de visiones introspectivas y externas, en hermoso y artístico lenguaje rítmico. Hay más vibrante sentimiento poético, más reverberación lírica en algunas de sus producciones en prosa, en su prosa plena de color y de imágenes, que en muchos de sus versos. En éstos vislúmbranse desmayos en la entonación en la energía creadora y un sí es no es de prosaísmo. En Martí hay, ¡quién lo duda!, emoción, lirismo sentimental, potencia imaginífera, personal musicalidad, cosas determinantes de una robusta personalidad poética; pero en lo tocante a la exteriorización, su expresión rítmica está muy pocas veces a la altura de esas relevantes cualidades íntimas. El sentido de limitación técnica que entrañan la metrificación y la rima exige impresiones, e ineludiblemente la acumulación del sentimiento o de lo que da margen a la creación poética en un estrecho espacio de fronteras infranqueables. No todos pueden adecuarse a moldes tan restrictos. Ese poder de acumulación intensa y honda de algo muy peculiar e íntimo es lo que da las verdaderas proporciones de un poeta de acentuada vibración rítmica. Lo que en su más amplia comprensión caracteriza la poesía lírica es su ingente e inmediato poder de efusiva comunicación con almas dispuestas a sentir idénticamente a la

que produjo en ellas tales estremecimientos de admiración o de entusiasmo. En la obra poética de Martí hay muchos versos suaves, armoniosos, impregnados de acariciante y melancólica nostalgia. Los hay también de valor muy mediocre. Versificaba con cierta facilidad. Escribía a Gonzalo de Quezada; “De versos podría hacer otro volumen, *Ismaelillo*, *Versos sencillos*, y lo más cuidado y significativo de unos *Versos libres*... no me los mezclé a otras formas borrosas o menos características”...

En materia de versos tiene propia y personal estética. Dice al mismo Gonzalo de Quesada refiriéndose a *Versos libres*: “A los veinticinco años de mi vida escribí estos versos; hoy tengo cuarenta; se ha de escribir viviendo, con la expresión sincera del pensamiento libre, para renovar la forma poética”. En el prólogo de *Versos libres* se expresa así: “La poesía tiene su honradez, y yo he querido siempre ser honrado. Así como cada hombre trae su fisonomía, cada inspiración trae su lenguaje. Amo las sonoridades difíciles, el verso escultórico, vibrante como la porcelana, volador como un ave, ardiente y arrollador como una lengua de lava. El verso ha de ser como una espada reluciente, que deja a los espectadores la memoria de un guerrero que va camino al cielo y al envainarla en el sol se rompe en alas. Ninguno me ha salido recalentado, artificioso, sino como las lágrimas salen de los ojos y la sangre sale a borbotones de la herida. No zurcí de este o aquel, sino saqué en mí mismo. Van escritos no en tinta de academia, sino en mi propia sangre”... De *Versos sencillos* copio esta bella y sencilla poesía:

*Yo visitaré anhelante
los rincones donde a solas
estuvimos yo y mi amante
retozando con las olas.*

*Solos los dos estuvimos,
solos, con la compañía
de dos pájaros que vimos
meterse en la gruta umbría.*

*Y ella, clavando los ojos
en la pareja ligera,*

*deshizo los lirios rojos
que le dio la jardinera.*

*La madre selva olorosa
cogió con sus manos ella,
y una madama graciosa
y un jazmín como una estrella.*

*Yo quise, diestro y galán,
abrirle su quitasol,
y ella me dijo: "¡Qué afán!
¡Si hoy me gusta ver el sol!"*

*Nunca más altos he visto
estos nobles robledales;
aquí debe estar el Cristo,
porque están las catedrales:*

*"Yo sé dónde ha de venir
mi niña a la Comunión;
de blanco la he de vestir,
con un gran sombrero alón."*

*Después, del calor al peso,
entramos por el camino,
y nos dábamos un beso
en cuanto sonaba un trino.*

*¡Volveré, cual quien no existe,
al lago mudo y helado:
clavaré la quilla triste,
posaré el remo callado!*

VI

Martí no se aviene el enclaustramiento del terruño nativo, de la patria chica, como concreción completa de sus anhelos y de sus ansias de patriota, sino que extiende su mirada espiritual,

para en una perspectiva de conjunto abarcar la inmensa extensión del Continente donde moran diseminados millones de seres humanos que hablan la misma sonora lengua y tienen la misma resonante y dramática historia. Ya no es posible la confederación política soñada, por oponerse a ello dificultades de momento insuperables, o poco menos; no es posible negar que existe, con precisos lineamientos, una confederación espiritual que tiende cada vez más a unificar sus esfuerzos, para identificarse en los más llamativos y fecundos aspectos de su existencia colectiva. Sobre más o menos arbitrarias demarcaciones fronterizas, sobre los linderos establecidos por la suspicacia, o por egoísmos malsanos, pone siempre Martí una idea de bien caracterizado hispano-americanismo, en que se vincula el propósito de conservar intangible cuanto alienta y vive en nosotros de miríficas excelsitudes de la gloriosa civilización latina. De las Antillas, centro principal de sus aspiraciones patrióticas, nada se diga. Él las vio siempre inseparablemente unidades en su pensamiento y en su corazón. “Juntas han de sostenerse, o juntas han de desaparecer”, dijo, elocuentemente, una vez... Encerrarse en un ancho o chico espacio limitado por fronteras caprichosamente señaladas, sin procurar alargar las manos por encima de ellas para estrechar otras de afinidad muy visible, pensando que nada vale la comunidad de ideas indispensable para la consecución de altas finalidades humanas, es cosa propia de la más crasa ignorancia o de colectividades que sitúan por encima de esos grandes idealismos de la vida, mezquinos o pasajeros intereses regionales. En el espíritu superiormente estructurado de Martí, nunca abrieron hondo surco pesimismo casi siempre fundamentados en una visión muy incompleta y deficiente de las cosas. En él no faltó nunca la impulsión anímica necesaria para dilataciones prolíficas de su pensamiento y su sensibilidad. En Méjico, en Caracas, en Buenos Aires, en todas partes donde centelleó su pluma y resonó su palabra, esparció a manos llenas efluvios de su devoción a la patria grande, a la patria que se extiende, inmensa, pletórica de prodigios, desde el Río Grande hasta las remotas extremidades patagónicas. Sus permanentes propósitos de redención antillana son como el último eslabón de la cadena de esfuerzos de supremo heroísmo, realizados desde los agitadores comienzos de la pasada centu-

ria para alcanzar la libertad política de América. En algunas de sus producciones se refleja su creencia en la posibilidad de la adquisición de una cultura americana lo más autónoma posible, integrada por resaltantes modalidades de la vida intelectual de estas repúblicas. Su concepto de esas cosas es siempre amplio, sereno, sin exclusivismos regionales, como de quien contempla el conjunto desde alturas donde no es posible ver los raquíuticos arbustos de la lejana llanura. Sin ofuscarse con los detalles, busca de continuo una visión integral. Si compadece con palabras de aliento a los pueblos de América que vegetan tristemente a la sombra de ominosas y sombrías dictaduras, su confianza no se aminora en la irreducible creencia de que tales cosas, productos de accidentales circunstancias, son necesariamente de carácter pasajero, que han de desaparecer precisamente mediante el desenvolvimiento de elementos culturales que conforme al dinamismo social aparecerán con decisiva eficacia en el instante oportuno.

Martí se dio perfectamente cuenta que en ese magno empeño de formación de un ideal continental que correspondiese en un todo a finalidades de cierto orden de ideas renovadoras, los hombres de letras, los intelectuales, eran, y no podían ser otra cosa, que una especie de vanguardia lírica que se abría paso al través de las densas sombras de convencionalismos arcaicos y torpes preocupaciones, iluminando la vía tortuosa con las fulguraciones de la prosa y del ritmo. Tropezó más de una vez en su carrera con el escollo de menguados utilitarismos de gente que alardeaba de práctica, para no saber a ciencia fija que las sociedades, hoy más que nunca, no viven de lirismos. Los intereses materiales de la hora, sórdidos y potentes, absorben, o parecen absorberlo, todo. Por más que el ejemplo de Martí parezca, en parte, desmentirlo, es lo cierto que hoy no puede concebirse un Pedro el Ermitaño que, con su palabra encendida, con su verbo fulgurante, sugestione y mueva las almas, conduciéndolas a la conquista de un ideal de desinterés supremo, de un nuevo sepulcro de Jesús. Es cosa innegable que los Jasones modernos no corren ya en persecución del mítico vellocino de oro, sino de cosas cotizables que puedan fácilmente reducirse a valores contantes y sonantes. La gloria militar no se exterioriza en ningún laurel alcanzado combatiendo por un alto ideal, sino en-

señoreándose brutalmente de nuevos centros de producción y consumo. Los ejércitos son, bien miradas las cosas, los agentes, los factores principales en la definitiva decisión de pugilatos de competencia mercantil. De tonto pecaría quien, impresionado por tales aspectos de la vida moderna, se pusiese a lamentarlos fungiendo como un flamante Jeremías. Siempre es signo de virilidad aceptar de lleno las cosas, sin lloriqueos ni lamentaciones ociosas. A nada serio y provechoso nos llevaría insurreccionarnos contra ellas. El mazazo formidable de la realidad nos aplastaría inexorablemente...

Como ya se ha dicho, y conviene repetirlo en todos los tonos, la fórmula de una unión estrecha y durable de la colectividad hispano-americana se compendia en estas palabras: "Conozcámonos y complementémonos los unos a los otros." La amenaza del yanqui, audaz y groseramente agresiva, gravita sobre nosotros. Ha creado para su particular y provechoso uso una doctrina de humanitarismo y curatela de pueblos que es vistoso disfraz con que encubre vorace apetito... *Words, words, words*, que dijo el gran trágico inglés... Palabras... Pero eso no implica un sentimiento de abierta hostilidad contra la gran democracia norteamericana. Lo esencial es quitarle todo pretexto de agresión, por la irreprochabilidad de nuestra conducta. Martí, como todo observador consciente de inequívoca imparcialidad, no escatimaba su admiración a lo mucho que hay digno de ello en la gran república sin por eso desconocer lo que tiene de deficiente y aun de nocivo. El edificante y prolífico consorcio que allí se advierte de la mayor suma de libertades individuales posibles con un orden jurídico de completa estabilidad será siempre motivo de sincero encomio por parte de cuantos ven fincado en tal armonía el más efectivo desarrollo de cultura a que puede aspirar una agrupación social. En la democracia del Norte encontraba el gran tribuno cubano formas institucionales mercedoras de imitación; pero creía que la separa y separará de nosotros su olímpico orgullo étnico, que mira en estos países gentes de razas inferiores, y además su espíritu de grosero mercantilismo, que riñe abiertamente con muchas modalidades espirituales de la civilización latina. Martí vislumbra en ocasiones el porvenir con la clarividencia de un estadista acostumbrado a ver lo que se esconde a la generalidad en las evoluciones del or-

ganismo social. Se expresa respecto de los Estados Unidos, donde los cubanos exiliados encontraban apoyo y simpatías, de manera plausible y discreta, y que aun debe servirnos de norma de conducta: "No hay más modo seguro y digno de obtener la amistad del pueblo norteamericano, que sobresalir ante sus ojos en sus propias capacidades y virtudes. Los hombres que tienen fe en sí, desdennan a los que no tienen fe; y el desdén de un pueblo poderoso es mal vecino para un pueblo menor. A fuerza de igualdad en el mérito hay que hacer desaparecer la desigualdad en el tamaño. Adular el fuerte y empequeñecerse es el modo certero de merecer la punta de su pie más que la palma de su mano. La amistad indispensable de Cuba y los Estados Unidos requiere la demostración continua por los cubanos de su capacidad de crear, de organizar, de combinarse, de entender la libertad y defenderla, de entrar en la lengua y hábitos del Norte en las civilizaciones ajenas. Los cubanos viriles y constructores son los únicos que verdaderamente sirven a la amistad durable y deseable de los Estados Unidos y de Cuba".

El anexionismo a que parecía y aun parece ladearse cierta porción de la clase conservadora de Cuba, más atenta a la seguridad de sus bienes materiales que a la posesión de una independencia que juzga vacilante y precaria, encuentra a toda hora en Martí un adversario formidable e irreducible. Su larga permanencia en los Estados Unidos, su diario contacto con el pueblo americano, su conocimiento profundo de lo característico de la psicología de ese pueblo, dan a su hostilidad acentuada a todo propósito anexionista la consistencia de un empeño que reposa de continuo en una argumentación robusta y casi del todo irrefutable. Podrían citarse numerosas opiniones suyas a ese respecto. Él quiere para su país una personalidad política autónoma, capaz de responder en un todo a exigencias ineludibles de la vida moderna. Relaciones íntimas de amistad con todos los pueblos, pero sin el más mínimo desgaste de cuanto integra la soberanía nacional. Con no sé qué matiz de melancolía se lee la carta de Martí, la última escrita por él, dirigida a Manuel Mercado, horas antes de caer gloriosamente en *Dos Ríos*, envuelto en la púrpura de su sangre generosa: "Yo estoy en peligro todos los días de dar mi vida por mi país, por mi deber —puesto que le entiendo y tengo ánimos con que realizarlo— de impedir a tiempo

con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos, y caigan con esa fuerza más sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy y haré es para eso. Las mismas obligaciones menores y públicas de los pueblos —como ese de usted y mío— más vitalmente interesadas en impedir que en Cuba se abra, por la anexión de los imperialistas de allá, y los españoles, el camino, que se ha de cegar, y con nuestra sangre estamos cegando, de la anexión de los pueblos de nuestra América al Norte brutal y revuelto que los desprecia, les habrían impedido la adhesión ostensible y ayuda potente a este sacrificio que se hace en bien inmediato de ellos. Ahora mismo, pocos días hace, al pie de la victoria con que los cubanos saludaron nuestra salida libre de las sierras en que anduvimos los seis hombres de la expedición catorce días, el corresponsal del *Herald*, que me sacó de la hamaca en un rancho, me habla de la actividad anexionista, menos temible por la poca realidad de los aspirantes, de la especie curial, que por disfraz cómodo de su complacencia o sumisión a España le pide sin fe la autonomía de Cuba, contenta sólo de que haya un amo, yanqui o español, que les mantenga o les cree, en premio de su oficio de celestinos, la posición de prohombres, desdeñosos de la masa pujante —la masa mestiza, hábil y conmovedora del país—, la masa inteligente y creadora de blancos y de negros”...

En Martí culminan una suprema bondad y la tolerancia amplia y generosa de los espíritus de superior mentalidad que contemplan la vida desde una cúspide eminente, muy por encima del tumulto de pequeñeces y de miserias que produce continuamente la colmena humana. La roja flor del odio no esparce su perfume envenenado en su alma serena y castamente luminosa. Y eso, ni aun en los momentos más encrespados de su carrera revolucionaria. Ese atributo de magnanimidad ecuánime, de generosidad a prueba de vicisitudes, no se compadece con cierto radicalismo a ultranza propia de quienes, por su virtualidad transformadora, necesitan abrirse paso, hacha en mano, sin ciertos escrúpulos de un alto eticismo, cueste lo que costare, al través de las filas compactas de adversarios resueltamente dispuestos a cerrarles el camino, y a ejercer sangrientas represalias. En ciertas crisis de la Historia el odio tiene potente influjo, es factor de impulsión extremadamente necesario. Las gue-

rras de independencia de América, incluso las de Cuba, no fueron en el fondo sino verdaderas guerras civiles. Y a medida que en ellas, en sus etapas sangrientas, se sucedían los hechos de barbarie y salvajismo, crecía, crecía, arroyuelo purpúreo primero, raudal caudaloso después, una corriente hirviente y arrolladora de odio, que mantenía los ánimos en perenne tensión y los llevaba a extremos deplorables, aunque dolorosamente indispensables. Tal estado de alma, en que la excitación de la lucha se había convertido en hábito, puede decirse explica bien muchos actos de crueldad en que incurrieron ambos contendientes en las guerras de emancipación americana. Se trataba de tirar una línea divisoria que definiese radicalmente las tendencias respectivas, excluyendo toda clase de desmayos posibles y convirtiendo en inmutable el propósito que ardientemente se perseguía: la independencia en el bando criollo, y en el otro la sumisión completa de éste a los dominadores peninsulares. Sólo así se alcanza a explicar el decreto de guerra a muerte de Trujillo, que tanto y tan superficialmente se ha censurado a Bolívar, enristrándole el calificativo de cruel, cuando no lo fue nunca fría y deliberadamente. Pasada la excitación, y bien deslindados los campos, el célebre decreto cayó en desuetud. Serenados los ánimos, corren vientos diferentes. Esos odios circunstanciales han desaparecido por completo, y sólo sirven hoy como datos históricos para estudiar un período de merecida y transcendente resonancia. Entre España y las repúblicas hispano-americanas los vínculos de solidaridad son cada vez más estrechos. Martí quiso la unión entre españoles y cubanos, como indispensable fuerza de cohesión para la república de sus sueños. Acaso continúe siendo hoy mismo para Cuba lo más conveniente y oportuno una unión íntima y cordial de elementos de indestructible afinidad, como son españoles y cubanos...

La vida de Martí, en todos sus aspectos, representa y representará perpetuamente un modelo incomparable de austeridad y de serena y cívica grandeza. Para todo hispanoamericano es deber acratísimo rendir tributo de amor y de reconocimiento a su personalidad egregia. Y de imitarle también en lo que esto pueda sernos posible; en el viril cumplimiento de un deber cuando la ocasión así lo requiera, como lo cumplió él sin reparar en los obstáculos y con el desinterés sublime de des-

prenderse de amores y de goces para alcanzar la cumbre iluminada del más noble y fructuoso sacrificio. "La memoria de los héroes, si no sirve de lección objetiva para la posteridad, no sirve para nada", ha escrito Carlyle. En Martí parece haber dos naturalezas: la del apóstol que ve continuamente ante sí la columna de fuego de un ingente idealismo de hondas excelsitudes, y la del hombre de acción que concibe los medios prácticos necesarios para cristalizar su ensueño, y sabe aplicarlos en el instante señalado por las circunstancias. Para ambas cosas estaba admirablemente dotado. Acaso un sentimiento de exquisita delicadeza personal lo llevó en frágil barquichuelo a las playas nativas de tomar parte en la pugna fragorosa, cuando por su carencia de dotes militares era más provechosa su presencia en el extranjero. No quiso que se dijera, como se dijo, que él se quedaba tranquilo y seguro, mientras lanzaba los otros a la muerte. Y tras el peligro, del inminente peligro que se cernía sobre la mar embravecida en la noche tormentosa, sobre las sierras por las que vaga fatigado y ansioso, buscando el camino que le permita reunirse con los suyos, se va desolado sin escuchar ni un solo instante las exhortaciones de amigos que pretenden disuadirle del temerario propósito. Y en la tierra intensamente amada, en el suelo patrio que viene a redimir para incorporarlo a la América libre, cae prematuramente como herido por el rayo, paladín inmortal del derecho, sin haber tenido tiempo de gustar en él, siquiera brevemente, el fruto anhelado de su peregrinar incesante... El gran cubano es una figura que en muchos sentidos simboliza elocuente y bellamente el conjunto de aspiraciones enderezadas a la conquista de un ideal de hermoso y soberano americanismo, que lo mismo en lo político, que en lo económico, que en lo industrial, que en lo literario, que en toda manifestación de actividad mental, revele una existencia autónoma capaz de asimilar y convertir en propia substancia los más abstrusos y fulgurantes aspectos de la civilización moderna. En Martí ese americanismo fue canción, fue amor, fue discurso, fue lección patriótica, fue artículo periodístico, fue heroísmo, fue cuanto puede dar de sí un hombre tan vigorosamente estructurado para las más grandiosas y meritorias luchas del desenvolvimiento humano. Y por ese ideal magnificante, de insuperable grandiosidad, nuevo redentor galileo, cayó para

siempre en las sombras de lo desconocido, palpitante de amor y de fe, con una plegaria de encendido patriotismo aún en los labios convulsos, y nimbaba la frente soñadora con resplandor de gloriosa inmortalidad.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ

Si hay en América un escritor de ideas de virtualidad trascendente capaz de sugerir, de enseñar, de adoctrinar, de esparcir en las almas los gérmenes luminosos de posibles renovaciones individuales y colectivas, es, sin disputa, el autor eximio y ya consagrado de *Motivos de Proteo*. Alejado por completo de la influencia enervante de escuelas o cenáculos, labora con desinterés absoluto, sin pueriles engreimientos de vanidad personal, en el ingente empeño de crear un ambiente espiritual americano, de médula hondamente humana, propicio a la eflorescencia permanente de iniciativas nobles prolíficas. Sus méritos como educador social, como intelectual de innegable influencia en la juventud hispanoamericana que estudia con ahínco cuanto converge a propósitos de reconstrucción científica y coherente de puntos de vista nocivos imperantes todavía, como artista dueño de los secretos que imprimen ritmo y colorido a la palabra escrita, están ya, puede afirmarse, por encima de toda discusión. Saturado su espíritu perdurable e intensamente de un sano y vivificante eticismo de suprema y redentora eficacia, no se advierten en él las complejidades anímicas que en no pocas ocasiones dificultan la apreciación crítica de una personalidad intelectual de bien justificada nombradía. Bastante se ha discurrido ya sobre la personalidad de Rodó al analizar concienzudamente los principales aspectos de ella, siempre en proceso de actividad intelectual y afectiva. En su visión serena y ecuánime de las cosas no hay nunca desbordados encrepamientos pasionales, ni el incendio devastador de rencores y de odios.

Acaso le falte una que otra vez el grano de ironía necesario en todo gran escritor que observa muchas flaquezas y debilidades de la realidad social circundante. Su actuación intelectual es como un lago de aguas azules y tranquilas, apenas rizado por la brisa apacible de la tarde. Su vida se dilata en un exclusivo sentido de bien y de belleza, que se condensa en el ejercicio de un benéfico apostolado espiritual y en mostrar a los que vagan extraviados por la obscura y dolorosa ruta de egoísmos torpes y malsanos la senda salvadora, o que considera sinceramente como tal. Su verbo encendido repercute con intensa fuerza comunicativa en toda la inmensa extensión continental americana de habla española. Se le admira y se le ama. La diatriba no ha zumbado a su alrededor. El desatado oleaje de imputaciones calumniosas no ha llegado a salpicar el sólido pedestal en que se yergue su figura simpática y gloriosa. En este estudio propóngome expresar sinceramente, sin pretensiones de acierto, cuanto pienso y siento acerca de la obra intelectual del insigne escritor uruguayo.

Su filosofía

En nuestra mentalidad aun atiborrada de modos de ver y de entender anticuados, persiste la creencia de que sólo merece en realidad el nombre de filósofo quien alcanza a encerrar en los límites más o menos amplios de una concepción metafísica su visión personal del mundo y de la vida. Para la mayoría sólo pueden llamarse filósofos los grandes creadores de sistemas, los constructores de vastos monumentos metafísicos, un Platón, un Leibnitz, un Kant, un Hegel, pongo por caso. Entendida de esa manera, Rodó no tiene una *filosofía*, es decir, una metafísica que pretenda encerrar en sus imprescindibles limitaciones cuanto atañe al ser y el conocer, cuanto se encamina a formular una síntesis de la vida universal lo más amplia y satisfactoria posible. Pero sin llegar a tales sistematizaciones, es y puede apellidarse filósofo cualquier espíritu que atraído por el espectáculo de la vida en todas sus manifestaciones y en todos sus más recónditos modos de producirse, quiera subjetivamente explicarse tales cosas. Por el solo hecho de rastrear esa explica-

ción, poniéndose en íntima comunión con la vida así considerada, da ese espíritu a su pensamiento investigador carácter fundamentalmente filosófico. Cuantos, en determinado sentido, ponemos nuestras facultades intelectuales y afectivas en relación con lo infinito, pidiéndole la revelación de sus misterios, podemos considerarnos como filósofos. El concepto cosmológico parece preocupar escasamente a Rodó. Su visión de la realidad es de esencia puramente psicológica.

Radica en cierto dinamismo personal, algo ecléctico, que busca en una especie de *devenir real* bergsonianos, fundamento para sucesivas y bien determinadas creaciones espirituales. Tal manera de ver excluye, o parece excluir, la acción de un determinismo cósmico aceptado generalmente, aunque ya combatido con vigorosa dialéctica por Boutroux y otros filósofos de bien merecido prestigio. Pero dentro de ese determinismo podemos y debemos fabricar nuestra libertad y proceder en consecuencia, como lo hace Rodó al darle finalidades pragmáticas en un sereno y bien depurado eticismo. Poco importa para los efectos que esa libertad sea realmente pura ilusión. Obremos como si no lo fuera, en un sentido de creación incesante de prolíficas orientaciones íntimas y colectivas. Tal *devenir* constante, tal peculiar manera de vislumbrar la vida como sucesión de estados de alma, de formas cambiantes del desenvolvimiento psíquico, imposibilita desde luego cualquier propósito de restringida sistematización filosófica, de carácter más o menos estático.

El problema del conocimiento —punto capitalísimo de toda investigación filosófica—, desde cualquier punto de vista que se le considere, reposa y reposará en la afirmación de que la única realidad posible es la que pensamos y sentimos en nosotros, la que podemos aprehender con los medios y recursos de nuestro mundo interior. El dinamismo psicológico de Rodó es la antítesis de cualesquiera clase de dogmatismos y de puntos de vista basados en una lógica estática, monística, integrada por categorías mentales de límites infranqueables, que no es, por cierto, la lógica personal, inconfundible, la lógica de las realidades sensibles, que se suceden indefinidamente en nosotros. Por imposiciones de su manera de ver y entender estas cosas no le sucederá a Rodó, como a tantos otros, que, después de sucesivos tanteos y radicales negaciones, reclinaron la cabeza atormenta-

da, constreñidos por el ansia angustiosa del reposo definitivo, en la dura almohada de una concepción filosófica de urdimbre rigurosamente dogmática. Él se ha detenido en el umbral del misterio, sin pretender dar un paso más, convencido de la radical impotencia de nuestros esfuerzos para encontrar fondo, con la sonda del pensamiento, en la mar sin orillas de lo desconocido, donde, sin dejar escapar el más leve hilo de luz, vagan las densas sombras que envuelven el inescrutable enigma del destino humano. De ahí que su concepto psicológico evolucione en el sentido de una discontinuidad de aspectos que le permite franco acceso a una serie de concreciones pragmáticas de indiscutible y benéfico influjo en el progresivo desenvolvimiento del espíritu humano. Esa discontinuidad de aspectos supone siempre una perfecta y bien precisada convergencia espiritual.

El pensador

En sus producciones se destaca, plena de luz, la austera figura del pensador. Lo es en toda la genuina y cabal extensión del concepto. Iluminado por el resplandor de una idea, busca otras afines menos visibles y las enlaza con lógica y cierta flexibilidad mental hasta elevarse a un concepto general comprensivo de cierto número de verdades o de cosas consideradas como tales. Su mirada escrutadora no se para nunca ante el muro de resaltantes exterioridades. El aspecto material de los hechos no absorbe, ni con mucho su actividad investigadora. La idea sólo le avasalla y enamora cuando, mediante un proceso de fina dialéctica, la despoja de convencionalismos momentáneos, la desviste, por decirlo así, de ciertos efectos sociales hasta llegar a contemplarla en toda su olímpica desnudez. El mundo intelectual no es para él una mera sucesión de conceptos o abstracciones mentales. A cierto sentido conceptual, en muchos casos imprescindibles, vincula sin radicalismos exclusivos, modalidades muy acentuadas de su ser sensible. De esa manera, enlazando ambos extremos, lo intelectual y lo afectivo, parece llegar hasta el fondo mismo de la vida. Por condiciones de estructura íntima, su visión es de continuo optimista. De ahí su alto valor educativo, constructivo. El pesimismo, siempre negativo, socava,

disuelve, destruye. No puede edificarse nada estable en la vida social sin un sentido rotundamente afirmativo de ciertas cosas espirituales. Él sabe perfectamente la inutilidad de cuanto intentemos, por la radical extirpación de muy sombrías formas del sufrimiento humano, radicadas en lo más íntimo del ser individual. Pero no es obra superior a nuestras fuerzas, aliviar y aun ennoblecer esos dolores. El hombre no es, como afirma Hobbes, malo *ad nativitate*. En muchos casos es materia propia para modificaciones y mejoramientos. El pensamiento de Rodó, en actividad creadora incesante, esclarece la vía de esas modificaciones y mejoramientos. Como pensador estudia todo eso desde puntos de vista magistralmente escogidos, de un eticismo muy amable y muy humano. No es posible negar que cualquier realidad que provoque nuestra sensación se deforma en nosotros al traducirse en formas intelectuales o sensibles. Hay que orientar nuestra existencia individual por los rumbos luminosos a que la experiencia humana, un criterio razonado y la irradiación integral de la sensibilidad, han concedido un valor perdurable y prolífica eficacia. Así es, en su proceso de evolución íntima, el criterio ético del autor de *Motivos de Proteo*. No es obra de pensador considerar la vida como un mal, sino contemplarla cual es ella, libre de deformaciones, de injustificables convencionalismos y de seculares preocupaciones. Ni considerarla como si fuera obra maléfica ni amarla con fruición hedonista, con refinada voluptuosidad epicúrea. Hay que buscar y tomar de ella lo que buenamente pueda darnos, lo que resulte de reconocida utilidad para nuestra existencia espiritual... Nuestro pensamiento, sin desgaste de la personalidad, debe, evolucionando cotidianamente, hacernos cada vez más dignos de más nobles y viriles empeños.

Su obra de pensador revela cierta insuperable ecuanimidad espiritual en que se aunan admirablemente el sentido de ciertos aspectos de la realidad objetiva y una visión de alta clarividencia idealista que colorea suave y bellamente esos aspectos, sin empequeñecerlos ni desfigurarlos. Su espíritu parece conservarse inmóvil, sin menoscabo, en medio de la corriente vertiginosa del tiempo, que nos lleva sin que casi nunca paremos mientes en ello, preocupados en la mezquina lucha de intereses efímeros en que gastamos nuestras mayores actividades. Pero

su más alto timbre de pensador; de enhebrador expertos de ideas provechosas, de adoctrinador desprovisto de acrimonia y de ninguna finalidad utilitarista, es poseer en grado sumo la envidiable y rara facultad de adaptarse momentáneamente, mientras lo exijan las necesidades de su prédica o de su enseñanza, a estados de alma diferentes y complejos, a menudo en discordancia con su manera de ver y sentir las cosas que se eslabonan en sucesión interminable, apreciando ideas, sentimientos, opiniones, orientaciones, cosas llamativas de la vida, con un criterio de efusiva simpatía, de tolerancia amplísima, de serena ecuanimidad que destierra de su crítica posturas artificiales, rasgos de autoritario dogmatismo, perfiles de afectación o de pedantería... Su pensamiento pertenece abierto a todos los vientos del espíritu. Con plausibles orientaciones de un eticismo amable y benéfico, observa y asimila cosas de lo exterior y las traduce convertidas en jugo mental capaz de ser utilizado para empresas de salvadora eficacia social. Lo más característico del pensamiento de Rodó reside en una obra de saneamiento espiritual, de vigorización mental, de direcciones de luminosa transcendencia. Su figura se yergue como en un permanente gesto de serena y efectiva *cura de almas*. Proclama y exulta ideales sanos y fuertes, tales como en la tormentosa hora presente lo reclaman con voz imperiosa algunas de estas extraviadas e incoherentes sociedades hispano-americanas. Constata la necesidad de, por obra de nosotros mismos, ascender conscientemente por una escala de sucesivos perfeccionamientos. Si debemos evitar el contacto de nauseabundas realidades sociales, no se justifica una actitud de indiferencia o de cobarde retraimiento. Desgranemos nuestro pensamiento en palabras de amor, de consuelo, de fe, de afirmación en la virtualidad de nuestra potencia intelectual y afectiva para realizar una obra de oportunos y necesarios mejoramientos. Ahí, en ese magnífico propósito, en ese levantado y radiante ideal de bien, de amor y de justicia, toma vida, forma y color el pensamiento del admirable y admirado escritor uruguayo...

El estilista

En su estilo vive y se dilata su alma. No es jamás llamarada de incendio que calcina, sino resplandor que ilumina suave y bellamente. Una emotividad serena circula al través de sus párrafos ondulantes, de muy atractiva armonía. Diáfano, puro, nítido, el estilo de Rodó atesora suavidades de seda, fulguraciones de piedras preciosas, matices delicados y exquisitos, tonalidades de subido mérito pictórico. No cae nunca en efectismos rebuscados de un convencionalismo retórico, ya de capa caída. Sus efectos estéticos son siempre determinados por cierta espontaneidad creadora, avalorada de continuo por la alteza de las ideas y por la proyección de sentimientos nobles y proficuos. En su prosa finamente cincelada, dúctil, de delicados esmaltes, se unen en estrecho y amoroso abrazo el pensador genial y el artista exquisito. Su visión de las cosas aparece siempre diáfana, precisa, profusamente matizada, sin pinceladas chillonas, ni tonos difusos. Es un artista helénico, apolíneo, por la nobleza de sus actitudes, por su eurtmia arquitectural, por su serenidad de líneas, por la precisión con que destaca en un ambiente de sugerente luminosidad aspectos más o menos salientes de lo más íntimo de su espíritu. Pero su visión, a diferencia del arte griego, vinculado en la forma, es decir, en el límite, se explaya, arrojando vivos reflejos, en las sinuosidades y recodos de nuestra existencia psíquica, exenta de medida y ritmo precisos, no para hacer obra de maestro adusto, huraño, gruñón, sino —a modo de artista que busca la verdad envuelta en un resplandor de belleza— para advertir a los infinitos que parecen ignorarlo, que el ideal de mejoramiento, de perfección a que debemos aspirar no está fuera ni lejos, sino muy cerca, dentro de nosotros mismos. Y toda esta contemplación interior, *mística*, por cierto aspecto muy humano, de finalidad trascendente, aunque desinteresada en el más alto sentido, sin alardes de vanidad o de pedantería, adquiere una suavidad encantadora de colorido al troquelarse en su estilo, al dilatarse en su prosa fluida, tersa, serena, sin languideces enervantes, sin encrespamientos de oleaje rugiente...

En no sé qué región deliciosamente idílica, de perenne embeleso primaveral, entre musgos de eterno verdor y flores de inextinguible aroma, brota de las entrañas de la tierra manantial

cristalino, de que se forma pintoresco río de sosegada corriente, de apacibles remansos, sin saltos ni remolinos. En su linfa transparente y rumorosa reflejará los jirones de nubes multiformes, esquifes de ensueño que navegan en el azul del firmamento; retratará el ramaje que sobre él extienden los árboles frondosos de sus orillas, y en que, a toda hora, desgranan sus trinosavecillas policromas, melifluos cantores de la selva; hará resonar, noche y día, con modulaciones nuevas, la canción arrulladora de su perenne y acompasado murmullo, y así seguirá fertilizando la vasta y amena compañía, sin experimentar jamás, bajo la equidad protectora de un cielo de serenidad inalterable, el latigazo de huracanes que enturbien su corriente cristalina, encrespándola y trocándola en torrente impetuoso... Así el estilo de Rodó, sereno, arrullante, de mágico hechizo; expresión fidelísima de un espíritu armoniosamente equilibrado, de perfecta ecuanimidad, desligado por entero de los nocivos prejuicios que con frecuencia desnaturalizan nuestro personal concepto de muchas cosas de la vida...

Su producción

En *El que vendrá*, su más antigua creación literaria que conozco, la atención reflexiva se vincula con la fantasía creadora. Es un trabajo en que el juicio derivado de un examen detenido de lo que ha dado de sí la evolución artística en estos últimos tiempos, encuentra en ella los elementos necesarios para discernir más o menos aproximadamente lo que se prepara, lo que ha de llegar, lo que transformará más o menos radicalmente nuestros deficientes puntos de vista literarios de actualidad. La reflexión como que se complace en abrir de par en par una ventana hacia el porvenir brumoso, preñado de incógnitas. Esa producción es labor de vigoroso explayamiento juvenil. Se espera, hay que esperar, el que vendrá, al llamado a renovar una ideología gastada, enteca, y a señalar nuevos moldes de expresión artística, en consonancia con realidades sobresalientes del adelanto moderno...

En su *Rubén Darío* abundan los puntos de vista críticos, magistralmente escogidos. En su análisis del autor eximio de *Pro-*

sas profanas, muerto recientemente, con hondo duelo del mundo de habla española, exhibe con particularidades de su visión íntima y de su expresión artística. La página de Rodó acerca de Rubén Darío se me antoja definitiva o poco menos. En ella se encuentra, aun sin llegar a conclusiones integrantes de una visión crítica de valor total, lo más saliente y característico del gran poeta nicaragüense. Ahí está él con su técnica propia, con su riqueza verbal, con su potencia imaginativa, con su sentido exquisito de los matices, con sus refinamientos de aristócrata intelectual, con su artificialidad deslumbrante, con su intermitente simbolismo. No es, ciertamente, el poeta de América por la proyección de su espíritu saturado intensamente de modalidades exóticas que no se compadecen con formas muy características de la vida regional americana. Su poesía, francamente imitativa en su primera época, se nutre con refinamientos de una técnica propia y de técnicas de allende el mar. Alma de superficial emotividad en que no estalla jamás la pasión con sus terribles desbordamientos, ni la llamarada de ideas de transformación social ilumina sus jardines interiores; Rubén Darío ha sido, por encima de todo, artista genial y soberano, pleno de excelencias de toda índole y revelando muchas veces acentuadas incongruencias e imperfecciones. No se puede ser, sino a ese título verdadero e inconfundible, renovador artístico como este luminoso y divino poeta.

Ariel

Es *Ariel*, o debe ser, el breviario espiritual de la juventud hispano-americana. Ese libro, reducido por el número de sus páginas, contiene más substancia vital que muchos otros de más aparente importancia y mayor voluminosidad. Es la voz más simpática y cordialmente elocuente que ha resonado en América, preconizando con sincera efusión la necesidad de vigorizar un concepto de existencia personal, ennoblecido de continuo por un característico relieve de virilidad y carácter, e iluminado por una serena y proficua visión de belleza. Porque Calibán está siempre en acecho. Al utilitarismo grosero, a un concepto materialista que lo subordina todo a intereses sórdidos del mi-

nuto, pensando que la vida se concreta únicamente a la satisfacción de burdos apetitos, debe oponerse, como orientación saludable a la juventud que se levanta, otro ideal más alto y más noble: un sentido espiritual de las cosas en que florecen los goces más puros y delicados de la inteligencia y de la sensibilidad desprendidas de todo nauseabundo contacto con cosas de la realidad circunstante, torpes y efímeras. “Debéis —dice hermosamente en *Ariel*— principiar por reconocer un principio de fe en vosotros mismos. La juventud que vivís es una fuerza de cuya aplicación sois los obreros y un tesoro de cuya inversión sois responsables. Amad ese tesoro y esa fuerza, haced que el altivo sentimiento de su posesión permanezca ardiente y eficaz en vosotros. Yo os digo, con Renan: “La juventud es el descubrimiento de un horizonte inmenso, que es la Vida”. El descubrimiento que revela tierras ignoradas necesita completarse por el esfuerzo viril que las sojuzga. Y ningún otro espectáculo puede imaginarse más propio para cautivar a un tiempo el interés del pensador y el entusiasmo del artista que el que presenta una generación humana que marcha al encuentro del fugitivo, vibrante, con la impaciencia de la acción, alta la frente, en la sonrisa un altanero desdén de desengaño, colmada el alma por dulces y remotos mirajes que derraman en ella misteriosos estímulos, como las visiones de Cipango y El Dorado en las crónicas heroicas de los conquistadores”.

La evolución social parece definirse para él en una renovación incesante de ideales. “A rey muerto, rey puesto”, decían los viejos monárquicos. A un ideal extinto, por ley del dinamismo humano, debe suceder otro ideal de fuerza y proyección transformadoras. A la juventud, principalmente, toca el magno esfuerzo de apresurar la venida de las nuevas orientaciones. Cuanto el pesimismo intente para obstaculizar esa aspiración, resultará estéril y vano. No se mata fácilmente la esperanza; retoñará, más potente, una y mil veces si fuere necesario... “La juventud —exclama—, que así significa en el alma de los individuos y la de las generaciones luz, amor, energía, existe y lo significa también en el proceso evolutivo de las sociedades”. En Grecia ve el símbolo de la juventud inextinguible. Conserva el alma siempre juvenil. Toda esta parte de *Ariel* es como un cántico helénico a la juventud arrolladora y triunfante. Las frivoli-

dades del ensueño, los arabescos de la quimera, los contornos imprecisos de vagos idealismos, sirven, en veces, para apartarnos de la peligrosa ruta de infecundas o groseras solicitaciones. La juventud representa el ensueño, la ilusión, la esperanza, las iniciativas fecundas, el ansia tumultuosa de vivir, el ariete que bate perpetuamente el muro de convencionalismos añejos y entorpecedores. "Las prendas del espíritu joven —agrega Rodó—, el entusiasmo y la esperanza, corresponden en las armonías de la Historia y la Naturaleza al movimiento y a la luz".

Pero esa fuerza juvenil, según el autor de *Ariel*, puede extrañarse o gastarse infructuosamente. Todo depende de cómo vibra en ella el ritmo impulsador de las ideas. En las almas juveniles pueden también arraigarse y medrar las plantas venenosas de helados escepticismos. Acaso una concepción prematura e incompleta de la vida dé margen a que asome en esas almas jóvenes el perfil inquietante y trastornador de la duda.

¡La duda! A cierta edad, esa suspensión del juicio, que es lo característico de la duda, ese titubear permanente entre soluciones opuestas, ese anhelo de una afirmación que disipa nuestras indecisiones, determina casi siempre una relajación de la voluntad que la hace impotente para la realización de bienintencionados propósitos. Lo que robustece y vivifica el ánimo es la posesión de algo que se cree, o se supone, la verdad, y que sirve para dar a nuestro criterio la seguridad de una afirmación rotunda y que nos figura indiscutible. Sin ser dueños de una creencia vigorosamente enseñoreada de nuestro espíritu, mal podremos determinar en los otros un criterio o una opinión que en nosotros permanece en la nebulosa región de lo vago e impreciso. Hay forzosamente que creer en algo para realizar alguna cosa. El escepticismo es una especie de cáncer de la inteligencia. El progreso se resuelve en una serie de rectificaciones, es decir, de verdades nuevas, provisionales acaso, pero que constituyen puntos indispensables de apoyo para continuar el gradual avance del espíritu humano, siempre en pos de más amplios y prolíficos perfeccionamientos. Debemos tener confianza en nosotros mismos, en nuestras propias energías. Sin fe, sin entusiasmo por un ideal, no hay acción, y si la hay, resulta desmayada y fría, sin virtualidades de completa eficacia. En épocas pretéritas el ideal religioso, firme y acendrado, llevaba a

las almas, hambrientas de paz y consuelo, a prosternarse, a caer de hinojos ante los Cristos pálidos y exangües, coronados de espinas, erguidos en los altares marmóreos de las viejas catedrales góticas... Y esa fe espontánea y ardorosa obraba maravillas. En la actualidad sólo debe imperar la ciencia, la ciencia comprensiva y vasta, entendida en su verdadero sentido; esto es, la adquisición creciente de conocimientos avalorados por la observación y la experiencia, para por medio de ellos hacer más amplio y más firme nuestro dominio sobre la Naturaleza. La Ciencia tomada como ideal de vida progresiva y fecunda, regida por principios de sana tolerancia, sin exclusivismos dogmáticos, debe y puede constituir la meta radiante de nuestros esfuerzos. Ciencia integral comprensiva de todos los anhelos de mejoramiento del ser humano, pero en ningún caso un absorbente y dogmático *cienticismo*...

Rodó quiere que esa juventud no retroceda ante ningún aspecto de la vida, por difícil o peligroso que aparezca. Aspira a una plenitud del ser, a algo que puede semejarse al sentido de *totalidad* personal de expresión de que habla Nietzsche: "Sed espectadores atenciosos —dice— allí donde no podéis ser actores..." "No os encojáis de hombros delante de ninguna noble y fecunda manifestación de la naturaleza humana, a pretexto de que vuestra organización individual os liga con preferencia a manifestaciones diferentes." Indudablemente todo eso es parte, y parte importante, del magno problema educativo, de una educación convergente que abarque una complejidad de aspectos fundamentales de la existencia individual y colectiva. Una especialización exclusiva sin puntos de vista generales, sin una perspectiva ideal sobre un amplio espacio intelectual, creará quizás profesionales diestros, de mirada experta; pero casi siempre determinará en ellos un sentido restringido de los problemas vitales que agitan la mentalidad de nuestro tiempo. Así lo ve el gran escritor uruguayo. "La intolerancia, el exclusivismo —expresa—, que cuando nacen de la tiránica absorción de un alto entusiasmo, del desborde de un desinteresado propósito ideal, pueden merecer justificación, y aún simpatía, se convierten en la más abominable de las inferioridades cuando, en el círculo de la vida vulgar, manifiestan la limitación de un cerebro incapacitado para reflejar más que una parcial aparien-

cia de las cosas". La educación en sí, en su más amplia acepción, no excluye en manera alguna un concepto de utilidad, sino, al contrario, lo lleva implícito, como necesario y racional fundamento para posibles orientaciones sociales. Pero esa utilidad propia de toda actividad intelectual, apacentada en determinadas finalidades de interés individual y social, no puede confundirse nunca con un utilitarismo burdo y estrecho que, a modo de divinidad pavorosa, requiere que se sacrifique en sus aras, como necesario holocausto, los altos idealismos que más ennoblecen y dignifican la existencia humana. Así, en la prédica elocuente de *Ariel*. Aun en lo que aparece revestido de propósitos de interés material, debemos esparcir fulguraciones de cierto noble desprendimiento individual, para quitarles, en parte, lo que pueda tener de mezquino o de innoble. Cierta filisteísmo, cierto burguesismo sin vistas a lo ideal, sin repercusiones de sentimientos nobles, exento de toda sugestión de vida interior, da la medida en estos países de la actitud mental de una inmensa mayoría. "Cuando —dice Rodó— el sentido de la utilidad material y el bienestar domina en el carácter de las sociedades humanas con la energía que tiene en lo presente, los resultados del espíritu estrecho, y la cultura unilateral, son particularmente funestos a la difusión de aquellas preocupaciones puramente ideales que, siendo objeto de amor para quienes les consagran las energías más nobles y perseverantes de la vida, se convierten en una remota y quizás no sospechada región para una inmensa parte de los otros..." Sólo la oportuna y discreta difusión de formas educacionales de cierta cultura coherente y progresiva, pienso yo, puede, mediante necesarias gradaciones, atenuar considerablemente, y aun hacer desaparecer en ciertos casos, esas resaltantes deficiencias de la mentalidad colectiva que de momento imposibilitan del todo, o poco menos, la aclimatación de ideas de substancial y prolífica transcendencia. No hay, se me figura, otro camino. Esa renovación educativa, para ser viable, necesita fecundarse en un esfuerzo perseverante, de irreducible tenacidad, y en un concepto de ciencia lo más amplio y comprensivo que sea dable en el momento presente. Nuestra educación debe contribuir principalmente a facilitar la adaptación de nuestra inteligencia y nuestra sensibilidad a crecientes complejidades de desenvolvi-

miento social y a dar a nuestra vida regional y nacional un ritmo de hondo y bien entendido americanismo.

Rodó siente, contempla con mirada avizora lo que hay de peligroso para nosotros en la cultura peculiar de los norteamericanos. La sugestión de su prodigioso adelanto pone estremecimientos de intensa admiración en nuestras almas. "Y de admirarlos —dice Rodó— se pasa por una transición facilísima a imitarlos. La admiración y la creencia son ya modos pasivos de imitación para el psicólogo. Se imita a aquel en cuya superioridad o prestigio se cree." Esa imitación debe comprenderse, en lo que tiene de conveniente y de oportuna, en un sentido de apropiación, de asimilación de formas determinadas de su cultura, de ciertos modos de ver y entender la vida privativos de ella, de su consorcio armonioso de la libertad y el orden, sin menoscabo en ningún caso de lo castizo y absolutamente propio de nuestra existencia colectiva. Todo aislamiento nacional supone desde luego cierta incapacidad dirigente. Unos a otros nos necesitamos. Toda civilización, por más original que aparezca, es compenetrable, en muchos de sus aspectos, con otra civilización. Modalidades de una pueden fundirse con las de otra sin apreciables discrepancias. "Comprendo bien —expresa el autor de *Ariel*— que se aspire a rectificar, por la educación perseverante, aquellos trazos del carácter de una sociedad humana que necesiten concordar con nuevas exigencias de la civilización y nuevas oportunidades de la vida, equilibrando así, por medio de una influencia innovadora, las fuerzas de la herencia y la costumbre. Pero no veo la gloria, ni en el propósito de desnaturalizar el carácter de los pueblos, su genio *personal*, para imponerles la identificación con un modelo extraño al que ellos sacrifiquen la originalidad irremplazable de su espíritu; ni en la creencia ingenua de que eso pueda obtenerse alguna vez por procedimientos artificiales e improvisados de imitación".

Nuestra compenetración absoluta con la civilización norteamericana es imposible. Nos separan, como muro insalvable, peculiaridades étnicas de indiscutible raigambre, distinto idioma, formas de existencia social hartamente diferentes. Podemos y debemos asimilar con discreta oportunidad formas de su cultura en cierto aspecto superiores a la nuestra por sus ventajosas finalidades prácticas; pero es deber nuestro rechazar de manera vic-

toriosa cualquier intento, venga de donde viniere, enderezado a despojar a la colectividad hispano-americana de sus atributos de vida autonómica y de la herencia moral, que constituye el más alto patrimonio de nuestra raza. Para defendernos de cualquiera agresión en esa vía, debemos poner de bulto, con la necesaria claridad, los puntos débiles de nuestra existencia social, que urge reformar y fortalecer para conservar en toda su indispensable integridad esa íntima fuerza espiritual que cohesiona el sentimiento de nacionalidad en Hispano-América. El peligro cobra mayores signos de gravedad si se atiende a que mientras los Estados Unidos presentan una masa compacta, reciamente estructurada, espiritualmente unificada en todas sus líneas generales, moviéndose por completo en un ambiente propicio a tales dilataciones, nuestras repúblicas, escasamente pobladas, esparcidas en un inmenso territorio, distanciadas moralmente, algunas de ellas más que si estuvieran separadas por miles de millas marítimas y por peculiaridades de sangre y de idioma diferentes; riñendo a cada paso por pedazos de tierra, cuando, por lo general, les sobra territorio; conmovidas algunas por un espíritu de impenitente y desastroso revolucionarismo, encarnado en un caudillaje desquiciador y estulto, les falta, en gran parte, consistencia, la robustez espiritual indispensable para presentar un bloque capaz de seria y perfiada resistencia. Seamos amigos, todo lo cordial e íntimamente que se quiera; pero de todas veras procuremos mantener intangible lo que espiritualmente nos vincula estrechamente y nos dice, con voces salidas de lo íntimo de nuestra conciencia colectiva, que sólo en esa solidaridad espiritual puede realizarse el porvenir de gloria y de grandeza que seguramente nos reserva el destino...

No se hable, pues, de *deslatinizar* la América. Esa es aspiración de impotentes, impropia de pueblos de floreciente juventud, en que se escucha de continuo el himno alentador de la esperanza. En páginas elocuentes describe Rodó las cualidades sobresalientes de la civilización norteamericana. "Ellos se han mantenido fieles a la ley de su origen y han desenvuelto, con la precisión y la seguridad de una progresión matemática, los principios fundamentales de su organización, dando a su historia una consecuente unidad, que, si bien ha excluido las adquisiciones y aptitudes de méritos distintos, tiene la belleza inte-

lectual de la lógica. La huella de sus pasos no se borrará jamás en los anales del Derecho humano, porque ellos han sido los primeros en hacer surgir nuestro moderno concepto de la libertad, de las inseguridades del ensayo y las imaginaciones de la utopía, para convertirla en bronce imperecedero y realidad viviente"... "El crecimiento de su grandeza y de su fuerza será objeto de perdurables asombros para el porvenir. La libertad puritana, que les envía su luz desde el pasado, unió esta luz al calor de una piedad que aún dura. Junto a la fábrica y la escuela, sus fuertes manos han alzado también los templos de donde evaporan sus plegarias muchos millones de conciencias libres"... Pero por encima de todo eso y de muchas cosas más de indiscutible excelencia que con serena belleza y notable profundidad enumera Rodó, culmina en aquella civilización la tendencia a absorber las formas todas del adelanto humano en una especie de concepto exclusivamente materialista de la vida. Admirémoslos en cuanto sean dignos de ello, pero sin ofrendarles ninguna partícula de nuestro espíritu. Busquemos en nosotros mismos los elementos para que, sacando fuerzas de nuestras propias debilidades, oportunamente robustecidas, podamos constituir una acentuada civilización autóctona en lo posible, y por todos conceptos capaz de asimilarse las formas más altas y complejas del dinamismo humano.

Este librito contiene una riqueza portentosa de ideas. Atesora el mágico prestigio de las cosas que gozan de juventud eterna. Los rumbos que señala permanecen y permanecerán inmutables, porque tienen su fundamento en lo más íntimo y vivificante de nuestra conciencia.

Liberalismo y jacobinismo

Recojo aquí mis impresiones de una polémica vibrante en que, a mi ver, toda la razón militó de parte de Rodó. Ciertas acentuadas manifestaciones de intolerancia, muchas veces fuera de lugar, en ocasiones de carácter violento, resultan siempre nocivas en medios todavía no acostumbrados al choque resonante de ideas representativas de aspectos muy acentuados de la mentalidad de nuestro tiempo. Sin ningún respeto a la liber-

tad de conciencia, intangible y sagrada, se atropellan con rudeza creencias hondamente arraigadas en el alma colectiva, y que por eso mismo vinculan una gran fuerza de dirección moral que sólo espíritus muy superficiales, sugestionados por un sectarismo estéril, desconocen o no saben apreciar en su justo valor. Al fanatismo religioso que, durante siglos, convirtió la vida social en un inmenso charco de lágrimas y sangre, esbózase en algunos de estos medios, de todavía poco acentuada cultura, una especie de cierto fanatismo pseudo científico, inconsistente, aparatoso, muy disimulado bajo cierto tecnicismo, que tira a destruir implacablemente determinadas formas de vida interior, invocando principios que se van quedando sin verdadera significación trascendente, por lo repetidos y falseados, sin percatarse, ni poco ni mucho, del movimiento de ideas que, no hace mucho tiempo, iniciado y encauzado por ilustres pensadores, William James en primer término, va señalando en cierto orden de creencias muy íntimo, orientaciones verdaderamente luminosas, en un todo conformes con lo que se desprende del estudio sereno, imparcial y profundo, de la poderosa vitalidad del sentimiento religioso en el alma humana, eternamente ansiosa de algo suprasensible que, siquiera sea aparentemente, le explique el pavoroso enigma de su origen y de su destino...

Son muchos ya los que, pontificando en nombre de lo que se les antoja llamar la verdad, prosiguen con ahínco la insana obra de destruir toda clase de símbolos religiosos, y muy particularmente cuanto evoca el recuerdo de la gran figura histórica del fundador del Cristianismo. Y no ya en el terreno de la investigación paciente y laboriosa, en el vasto campo donde chocan las ideas, produciendo vivos resplandores, sino en la realidad vibrante de la vida diaria, se van exteriorizando tales propósitos de intolerancia y de ningún respeto a las creencias ajenas, que por ello, naturalmente, se oyen a cada paso voces de alarma, gritos de protesta, clamores de conciencias duramente flageladas en su parte más sensible... Ya no es el horrible fanatismo, incinerador de herejes, a lo Torquemada y Felipe II, sino otro más propio del momento presente, por completo incruento y más manso en su aspecto visible, aunque menos sincero y lógico en el fondo, y con los mismos lineamientos de inflexible intolerancia. En nombre y representación de ciertos principios, falsa o

exageradamente interpretados, se quiere ejercer un apostolado de aparente verdad, realizar una obra de ficticia depuración, sin darse cuenta que semejante propósito contiene en sí, por su agresión violenta al santuario de la conciencia individual o colectiva, gérmenes de contradicción resaltante, que tienden a esterilizar el cumplimiento del magisterio moral que se propone.

En virtud de una orden de la Comisión de Caridad y Beneficencia pública de Montevideo, se echaron fuera los crucifijos de las salas del Hospital de aquella cultísima ciudad. De ahí una controversia empeñada y ardiente, en que Rodó defendió con gran acopio de erudición filosófica, de buena fe y con hermosa brillantez de estilo, los fueros de la libertad de conciencia y el verdadero concepto histórico, vulnerados o desconocidos por aquella censurable disposición. El autor de *Ariel* la calificó acertadamente, no como manifestación de "radical y extremado liberalismo", según frase de un periodista montevideano, sino como lo que es en realidad: "un acto de franca intolerancia y de estrecha incomprensión moral e histórica..." Hace ya mucho tiempo que para mí ha desaparecido la aureola de divinidad que muchos ven todavía en la serena y dulce figura de Jesús. Ya no se dirigen las almas por los senderos de la bienaventuranza eterna, arrastradas por la suave unción de su palabra encendida y persuasiva. Las concupiscencias innobles han marchitado la rosa mística de su ideal de fe y de esperanza... Pero subsiste, firme e inquebrantable, a despecho de cuantas negaciones se hayan producido o puedan producirse, su ser moral, su personalidad de reformador, su recia y fuerte estructura de sembrador de altos conceptos de humano altruismo, antes que él, ciertamente, expresados de modo aislado aquí y allá, por algunos pensadores o reformadores; pero por él, únicamente por él, como bien lo advierte Rodó, cristalizados en el sentimiento colectivo, en la sencilla psicología de las muchedumbres seducidas por la novedad intensamente humana de sus ideas, destinadas a operar una transformación social de incalculable transcendencia...

He leído con reflexiva atención el libro de Emilio Bossi (Milesbo), ensalzado por unos hasta la hipérbole y por otros denotado con exagerada acritud. Contiene la más radical negación que hasta ahora se haya hecho de la existencia personal de Jesús. Está indudablemente escrito con cierto método científico,

que le presta no escaso valor relativo; pero por todos los poros de su epidermis rezuma copiosamente, no un ideal de verdad serenamente perseguido, sino un propósito de proselitismo mezquino, de propaganda vulgar, que obscurece en gran parte algunas de sus páginas, las mejores, tal vez, de la obra. Como todos los que se dejan ir por la pendiente de las negaciones absolutas, fabrica teorías a su antojo, y así pretende reemplazar la ininterrumpida tradición de la existencia personal de Jesús con cierta evolución mítica, en que entran elementos de índole varia y discrepante que, bien profundizada, resulta más inverosímil y sin verdadera ensambladura científica. Para Emilio Bossi, el religionario de Judea es pura "creación teológica, dogmática y mitológica", y, fundado en ciertos pasajes de la metafísica del Fallan, el célebre filósofo alejandrino, atribuye a éste el carácter de *verdadero* fundador del Cristianismo, indudablemente, aparece ante el examen crítico como un vasto conglomerado en que, sin necesidad de extremar el análisis, percíbense a la simple vista materiales procedentes de la cantera de diversos sistemas religiosos. Por eso, considerado en cierto sentido, carece de peculiar originalidad. Todas las religiones, anteriores o coetáneas, han aportado, en mayor o menor cantidad, su contingente para la construcción de la vasta obra...

Nada de eso, sin embargo, invalida, ni mucho menos, la tesis brillantemente sostenida por Rodó. Como éste afirma, el concepto de caridad había ya surgido, a manera de chispazos, en época anterior a Jesús, del cerebro de algunos sabios y poetas, más sin positivo y visible alcance práctico, con valor puramente ideológico... El *Homo sunt...* de Terencio había sonado ya y dejado una estela de luz en algunas almas selectas. Pero ese concepto flota en las alturas de la intelectualidad vago, embrionario, sin contornos precisos. Las muchedumbres lo desconocen completamente. Para que esa idea se abriera paso y arraigara fuertemente en el alma colectiva, fueron necesarios la prédica persistente de Jesús y el ejemplo de su corta vida, plena de abnegaciones y desprendimientos. Ahí estriba su mayor mérito, la parte más perdurable de su obra, que cierto flamante jacobinismo al uso, intolerante y estrecho, pretende torpemente reducir a pavesas, en nombre de un liberalismo falso por muchos conceptos. En determinadas crisis históricas, nada hay tan te-

rrible como ciertos hombres sustentadores de principios forzosamente relativos y que pretenden elevar a la categoría de absolutos. Producto de tal convicción, la lógica de esos hombres, implacable y dura, reviste toda la inflexibilidad de algo rigurosamente matemático. Ya Taine, en su maravillosa obra sobre la Revolución francesa, lo hizo notar al referirse a ciertos hombres que actuaron en primera línea en aquel tormentoso y fecundo período de la historia humana. Ese jacobinismo resulta, en no pocas veces, visible antítesis del genuino liberalismo. Como lo sugiere un crítico al juzgar *Les jacobines*, la producción teatral de Abel Hermant, el jacobinismo, que ya tenía su política, va también formando su moral...

Es falso, absolutamente falso, como lo pone hermosamente de relieve el ilustre crítico uruguayo, ese mentido *liberalismo*, sectarista e intolerante, que sólo por el propósito de destruir se ensaña con símbolos que evocan las más grandes ideas que han agitado, purificándolo, el ambiente, casi siempre deletéreo, en que se mueve ese ser colectivo llamado Humanidad. Si de improviso se suprimieran de la Historia algunos nombres excelsos, verdaderas cumbres de positiva alteza moral, no se vería la Humanidad en su peregrinación al través del tiempo y del espacio, sino como un monstruo insaciable, alimentado solo con víctimas propiciatorias, como aquel terrible dios de la guerra, de los indios aztecas... Y entre esas cúspides, en la más alta, se levanta y se levantará siempre, aureolado por una admiración muchas veces secular, la figura serena y melancólica de Jesús, como miraje de hipnotizadora seducción para los hambrientos de paz, amor y justicia. Nada importa que mezquinos apetitos, intereses efímeros, espíritu de estrecho sectarismo, hayan enturbiado la linfa cristalina que brota de su código de perfección moral, el de más perdurable valor y alcance que haya producido jamás el esfuerzo individual humano. Su gloria de reformador social, grande y fecunda, esplenderá continuamente, como esplende, herida por los rayos del sol, la nieve perpetua, de blancura inmaculada, que corona las cimas más elevadas e inaccesibles de la tierra.

Motivos de Proteo

Este es el libro capital de Rodó. En él se dilata con mayor intensidad su espíritu selecto y de honda palpitación humana. No traduce anhelos regionales o continentales, sino vibra y se intensifica en un sentimiento general y profundo de humanidad. No hay en él exclusivismos espirituales de ningún linaje. Demostración palmaria de la aptitud mental existente en nuestras jóvenes colectividades hispano-americanas —no obstante su desenvolvimiento histórico, en general incoherente y tumultuoso—, es este libro sano, provechoso, hondo, bello, saturado de intensa vida íntima, de trascendente psicología; flor de amplia y alta cultura filosófica y estética, que parece como legítimo producto de un medio de secular, compleja y refinada civilización, en que el cultivo persistente y metódico de ciertos estudios permite, de vez en cuando, la aparición de escritores de la pasmosa flexibilidad intelectual y de la honda penetración psíquica del eminente autor de esta obra.

El pensamiento de Rodó, ondulante, *proteico*, de múltiples facetas, que arranca de la entraña de una convicción de penetrante raigambre, y del que fluye a cada paso la tolerancia relativa de quien —por cierta poderosa virtualidad anímica apacitada en el conocimiento del mundo exterior, y de sí propio en primer lugar— ha conquistado un elevado punto de vista que lo coloca muy por encima de cierto vulgarismo intelectual en moda, se desenvuelve gallardamente en estas páginas, con sereno ritmo, en progresión de sugestiva belleza, esparciendo efluvios de bien y de amor, que servirán quizás para vivificar muchas almas que yacen aletargadas por carencia de estímulos íntimos, bajo un espeso sudario de indiferencia o egoísmo...

“No se puede querer algo sin conocer algo”, ha dicho Malebranche. Y de ahí que Rodó, en su dialéctica, que parece errar al capricho, fijándose como al azar en subjetivismos de diversa índole, señale —como resultado preciso de un proceso de conocimiento interior— en múltiples casos orientaciones luminosas que con ojo *vidente*, el ojo de que habla Carlyle, ha visto en sus exploraciones por ciertas honduras del espíritu, desconocidas o menospreciadas de casi todos los componentes sociales. Sin gestos ni alharacas de moralista desabrido que quiere disponer las

cosas a su antojo, para cristalizar un propósito más o menos noble y quimérico de depuración social, Rodó se contenta con descubrir, desde la cima de su torre íntima, constelaciones nuevas en el firmamento del espíritu, para ponerlas con toda su deslumbrante precisión de trazos ígneos ante los ojos de muchos que en el presente momento de extravíos mentales, de desconcierto intelectual, no saben a qué carta quedarse, fluctuando entre direcciones espirituales disímiles que respectivamente se adjudican la posesión de un criterio de positiva certidumbre filosófica.

En cierto sentido, *Motivos de Proteo*, aunque más ampliamente humano, por su estructura íntima y por la tendencia noble y desinteresada que vincula, es como la continuación natural y lógica de *Ariel*. Este libro ya contenía a aquél en potencia. En ambos se advierte, sin ningún género de esfuerzo, la exteriorización, cada vez más viva y luminosa, de un espíritu de superioridad incontestable que tiende a poner al descubierto, aclarándolo convenientemente, mucho de lo oscuro que impide el armónico y filosófico desenvolvimiento de nuestra vida introspectiva, llegando en *Motivos de Proteo* sobre todo a tocar en los linderos de la subconciencia, fondo de espesa negrura en que bullen, en confusión caótica, gérmenes atávicos, morbosidades ancestrales, residuos diversos y nocivos, de procedencia ignorada, que, sin sufrir la acción reguladora de una voluntad que los depure y discipline, suben de ese fondo negro, en ciertos instantes pasionales, invadiendo con irresistible ímpetu la conciencia individual y reflejándose en muchos de nuestros actos cotidianos.

Hay, pues, que escudriñar continuamente el conjunto de actividades que forman nuestro yo, introducir el pensamiento en sus más escondidos repliegues, *conocerse* con la mayor amplitud posible, para por ese camino poder uno reformarse constantemente, acomodarse, sin menoscabo de la propia personalidad, a las nuevas formas y exigencias que presenta la vida en su perpetuo dinamismo, siempre cambiante, siempre inestable, piélagos insondables permanentemente encrespados por la acción impetuosa de ideas en constante renovación y porfiado antagonismo. Conocerse bien, y, conociéndose, ordenar nuestra vida sabiamente, para que pueda su reflejo exterior plasmarse en cosas noblemente prácticas de resaltante beneficio personal y general. He ahí la médula de este precioso volumen, pleno de se-

ductores paisajes espirituales, rebosante de selecta y bien depurada erudición, sin garrulidades pedantescas, en el que con frecuencia se traen a colación, con discreta oportunidad, ejemplos antiguos y modernos comprobatorios de las ideas u observaciones contenidas en sus páginas, de singular y duradero hechizo.

El pensamiento capital de Rodó encerrado en este libro inconcluso (otro, *Nuevos Motivos de Proteo*, vendrá a completarlo) puede condensarse en estas palabras suyas: “Renovarse, transformarse, rehacerse, he ahí toda la filosofía de la acción y de la vida.” “Nuestro yo —dice Guyau (*La educación y la herencia*) con gran profundidad— no es más que una aproximación, una especie de sugestión permanente; no existe, se *hace*, y no estará jamás terminado”. La vida, *rehaciéndose*, siguiendo una onda de eterna impulsión, *crea, crea* sin cesar. No hay, no debe haber en el desarrollo de la vida universal ningún círculo, ningún espacio cerrado en que moverse; la vida, en un proceso sin término de creación, tiene ante sí un océano sin orillas, horizontes sin términos... En Bergson, frente al concepto intelectualista de estabilidad, de unidad estática predominante en toda la filosofía, el *devenir* real, según su frase, determina una creación incesante. Para el autor de la *Evolución creadora* “lo que aparece como nuevo en las cosas es de una novedad auténtica”... El mito sugestivo de Proteo, divinidad que revestía a cada instante nuevas y curiosas formas para librarse de la importuna curiosidad de los que iban a visitarlo con el objeto de poner a prueba su potencia adivinatoria, guarda estrecha relación con esta obra, en que nuestro mundo espiritual ofrece a cada momento faces distintas, aspectos aparentemente divergentes, que responden de admirable modo al proceso de continua evolución en que se caracteriza y se dilata la vida.

Soberbiamente magistral es la parte de *Motivos de Proteo* consagrada al estudio detenido de cuanto integra la vocación, en que analiza con agradable e instructiva minuciosidad los factores internos que en gran manera la determinan y las condiciones exteriores de medio y ambiente que la confirman, anulan, extravían o desnaturalizan con relativa frecuencia. No he leído nada superior a este amplio y concienzudo análisis de la vocación. Al considerarla como “la conciencia de una aptitud determinada” entra Rodó en una serie de apreciaciones de rico

jugo mental sobre sus diversos e interesantes modos de manifestarse y actuar, todo ello robustecido sólidamente con anécdotas y referencias históricas muy amenas y expresivas, desde la aptitud varia, que abarca diversos aspectos de la actividad intelectual, cosa cada vez más rara en nuestro mundo moderno, tan complicado, de tan creciente complejidad, hasta la aptitud completa, muy restringida, única propia de nuestra época, que culmina en especialidades más o menos característicamente acentuadas. Esas vocaciones, en el transcurso del tiempo, surgen conforme las va necesitando el engranaje social, sin que nunca dejen de florecer en el instante y sazón oportunos... Hay siempre una gran fuerza de reserva: la infancia, en que germinarán copiosamente en el momento necesario.

¡Qué hermosamente expresa Rodó estas cosas!... “A nuestro lado —dice—, y al mismo tiempo *lejos* de nosotros, juegan y ríen los niños, sólo a medias sumergidos en la realidad; almas leves, suspendidas por una hebra de luz a un mundo de ilusión y de sueño. Y en esas frentes serenas, en esos immaculados corazones, en esos débiles brazos, duerme y espera el porvenir; el desconocido porvenir, que ha de trocarse, año tras año, en realidad, ensombreciendo esas frentes, afanando esos brazos, exprimiendo esos corazones. La vida necesitará hacer el sacrificio de tanta dicha, de candor tanto para propiciarse los hados del porvenir. Y el porvenir significará la transformación, en utilidad y fuerza, de la belleza de aquellos seres frágiles, cuya sola y noble utilidad actual consiste en mantener vivas en nosotros las más benéficas fuentes del sentimiento, obligándonos, por la contemplación de su debilidad, a una continua efusión de benevolencia...” Ocurre a veces que la vocación que en la época infantil se mostró con caracteres capaces de engañar aun a la mirada más perspicaz, corriendo el tiempo, se transforma y toma otros rumbos muchas veces inesperados. Todos hemos presenciado con cierta impresión de desencanto cosas semejantes. Rodó cree que eso puede suceder, no ya por la influencia del ambiente exterior, “sino por espontánea desviación del sentimiento y de la voluntad”... “Quizás fue ilusoria la vocación precoz; quizás aquel asomo de aptitud no fue sino imitación sagaz, pero vana; forma escogida al azar en el revuelo de una vivacidad que no tenía de suyo a objeto distinto; quizás, otras veces, el

manantial que comenzó de veras a fluir se extenúa misteriosamente en manos de la Naturaleza; no está desviado ni oculto el manantial, sino cortado de raíz. Pero quizás, también, es sólo la conciencia de la aptitud la que se adormece, extraviando el sentido de la vocación; y por lo demás, la aptitud persiste en el fondo del alma, capaz de ser evocada, mientras dure la vida, por virtud de una circunstancia dichosa...”

Sobre todas esas cosas de aptitudes y de vocación extiende su mágico imperio el divino sentimiento del amor. Rodó desentraña sutil y bellamente lo que encierra este amor, revelando constantemente una suprema agilidad mental y un sentido de evocación sugestiva y radiante. “Si del amor, por su naturaleza y finalidad primera, deriva el hecho elemental de la civilización, en cuanto a él fue cometido anudar el lazo social y asentar de arraigo, en el seno de la madre tierra, la primitiva sociedad, errante e insólita, que los encendidos hogares ordenan un día en círculos donde se aquieta, la civilización, en su sentido más alto, como progresivo triunfo del espíritu sobre los resabios de la animalidad; como energía que desbasta, pulimenta y aguza; como lumbre que transfigura y hermosea, es al estímulo del amor deudora de sus toques más bellos...” “Transformándose para elevarse, a una con el espíritu de las sociedades humanas, el amor en ellas móvil y aliciente que coopera a la perspicuidad de todas las facultades, a la habilidad de todos los ejercicios, a la pulcritud de todas las apariencias...” La intensidad de ese amor culmina en el sentido hondo y en la expresión serena de la belleza, de la belleza esparcida en los mundos de la Naturaleza y del espíritu y sólo accesible por completo a las almas que caldea la flama del sentimiento artístico. Una estrechez de incompreensión, de modos de ver y de entender, propios de temperamentos de sensibilidad rutinaria y superficial y de inteligencias sin lastre y sin revuelo, estará siempre distanciada de una concepción de sana y vivificante hermosura. El don de sentir la belleza se aquilata sólo con particularísimo ritmo en el artista. “Amor es polo y quintaesencia de la sensibilidad —dice Rodó—, y el artista es la sensibilidad hecha persona. Amor es exaltación que traspasa los límites usuales del imaginar y el sentir, y a eso llamamos inspiración en el poeta. Quien ama es, en lo íntimo de su imaginación, poeta y artista, aunque

carezca del don de plasmar en obra real y sensible ese divino espíritu que lo posee.”

Sobre el *dilettantismo* —tan magistral y definitivamente definido por P. Bourget— dice cosas muy discretas y oportunas. El perspicaz crítico uruguayo, desmenuzando el concepto del *dilettantismo* —aun considerándolo, en algún modo, como útil por “su impulso de renovación” y como “la forma natural de los espíritus contemporáneos”— establece la inanidad definitiva de tal modo de adaptación provisional, de carácter movedizo, a la realidad de las cosas, por carecer, por lo general, de la energía volitiva indispensable para determinar impresiones hacia objetos prácticos y fecundos. Fórmula de voluptuosidad puramente intelectual, circunscripta a una finalidad cambiante, rara vez provista de alcance transcendente, el *dilettantismo*, mariposeo de almas selectas, se reduce a algo como una excursión, muchas veces pintoresca y amena, por determinadas regiones espirituales, de la cual quedan sólo, a la postre, superficiales ideas o emociones pasajeras y discrepantes...

“En el *dilettantismo* hay —afirma— un fondo que concuerda con la virtud más espontánea y noble del espíritu de nuestra civilización. Pero el *dilettante*, que tiene infinitamente activas la inteligencia, la sensibilidad artística y la fantasía, tiene inactiva y yerta la voluntad, y este es el abismo que lo separa de aquel superior linaje de temperamentos, que hemos personificado en la grande alma de Goethe. La incapacidad de querer del *dilettante*, su radical ineptitud para la obra de formar y dirigir la personalidad propia, reducen el movimiento interior de su conciencia a un espectáculo en que ella se ofrece a sí misma como inagotable panorama. Bástale con la renovación y la movilidad que tienen su término en las representaciones de la fantasía; bástale con la sombra y la apariencia. Así, todo es digno de contemplación para él; nada lo es de anhelo real, de voluntad afirmativa; todo merece el esfuerzo de la mente puesta a comprender e imaginar; nada el esfuerzo de la voluntad aplicada a obra viva y concreta. No cuida el *dilettante* del desenvolvimiento de su personalidad, porque ha renunciado a ella de antemano; desmenuza y dispersa su yo en el ámbito del mundo; se impersonaliza, y gusta la voluptuosidad que procede de esta liberación respecto de su ser individual; liberación por cuya virtud llega a

hacer del propio espíritu una potencia ilimitada, capaz de modelarse transitoriamente, según toda personalidad y toda forma." No creo que nadie haya profundizado con tanto acierto en el concepto de las modalidades espirituales que dan la medida y las proporciones del verdadero *dilettantismo*.

Sin que por ningún modo huela o parezca oler a paradoja, bien puede afirmarse que de la labor de Rodó, apreciada en su totalidad y en su más recóndito sentido, se exhala un penetrante perfume de misticismo *laico*, estado natural de un alma de exquisita sensibilidad, enfervorizada en la contemplación de cosas de subido valor espiritual, que sin pretender, ya lo creo —a la manera de la insigne doctora avilesa—, *poseer a Dios por unión de amor*, aspira, por esa misma *unión de amor*, a vivir en íntima y perpetua comunión con la Verdad y la Belleza, diosas ante cuya soberana refulgencia olvidan muchos espíritus de selección sus dolorosas dudas y sus frecuentes y acerbos desencantos.

En la palabra serena y suavemente coloreada de Rodó, en su *alma escrita*, hay cierta unción evangelizadora, cierto no sé qué de apostólico, rayito de sol *místico* que insensiblemente se filtra, iluminándolas, en las tinieblas de nuestra conciencia. Su optimismo, ecuánime y reposado, tiene en ocasiones cierto parecido con la plácida resignación filosófica de Renan, forma en este último bien precisada de una inteligencia de superior estructura, noblemente curiosa y ávida de ciertos goces intelectuales que, con potente vuelo, se ha posado sucesivamente en las más altas cumbres del pensamiento, y desde ellas, atalayando un ideal de verdad definitiva, sólo ha columbrado, detrás de mirajes engañosos, los pavorosos abismos en que se oculta, inaccesible e indescifrable, la esencia misteriosa de las cosas.

Pero el *renanismo* de Rodó, aparte de ciertas analogías escuetamente formales con aquel maestro del escepticismo amable e irónico, reviste, en cuanto permanente dilatación de un alma a transcendentales excelsitudes exteriores, aspectos de más elevada y proficua consistencia, por su perenne inclinación a condensarse en actos de probada eficacia social, descendiendo repetidamente desde las cumbres de la abstracción muelle y enervante al ambiente ensombrecido y escéptico en que se mueve desordenadamente la mentalidad contemporánea. Si hay uno que otro motivo para deslizarse a pensar, con Brunetiere, que Re-

nan no amó, o amó poco, la verdad (no estoy de acuerdo, en mucha parte, con esta opinión del eminente crítico francés), principalmente por ese fino escepticismo que le hizo rehuir toda base de certidumbre filosófica, o cosa parecida, no es posible decir igual cosa de Renan, quien ama entrañablemente la verdad, si no cierta verdad, o serie de verdades, de convención o tradicionales, *su* verdad, la que cada cual se fabrica en determinados casos, y que en el autor de *Ariel* adquiere la forma y proporciones de una convicción de indubitable certeza.

La personalidad intelectual de Renan, en sus más salientes aspectos de director o removedor de almas, se nutre, yo así lo pienso, en cierto espiritualismo cristiano, no entendido, muy lejos de eso, en un estrecho sentido de sectarismo religioso, sino como germen prolífico de un ideal insuperable de progresiva perfección moral, capaz de realizar salvadoras transformaciones en la conciencia individual y en el organismo colectivo. Ama la verdad, *su* verdad, porque la verdad es lo más digno de amor que hay sobre la tierra. No cree, como lo da a entender Ibsen en algunos de sus dramas, que la consagración a la verdad, nunca o rara vez, produce la dicha. ¿Qué importa? ¿Qué importa tampoco la esterilidad, para muchos desconsoladora, de los resultados? La verdad, *nuestra* verdad, nos señala un rumbo, y hay que seguirlo sin inquietudes ni temores. Las almas vulgares seguirán presas de innobles concupiscencias, de torpes apetitos. En oposición a Ariel, el grosero Calibán gritará siempre:

I must eat my dinner.

La obsesión del más allá no esparce sombras de pesadumbre en el alma de Rodó, o, si lo inquieta, esta zozobra no palpita en su obra ni quita a sus visiones la serenidad helénica de líneas y el bello colorido que las reviste de tan mágico y secular atractivo. Su concepción de la vida tiene infinitamente más de *apolínea* que de *dionistaca*, en el sentido en que modernamente comprendemos estos dos fundamentales aspectos del alma griega. Ve siempre la vida como encerrada en un marco de pura y resplandeciente hermosura. *Motivos de Proteo* es, en esencia, considerado en su fondo espiritual, y en sus finalidades de alto y general mejoramiento, un canto bello, sugestivo, armonioso, a

cierto optimismo vital, muy íntimo, que condensa una manera muy personal de considerar la vida interior y la fragilidad irremediable de las cosas. No es dado ya a ningún espíritu viril tornar la vista al pasado, para buscar en él gérmenes de renovación o de perfeccionamiento. Somos nosotros mismos los que debemos salvarnos. Si se modifican o transforman concepciones religiosas que durante largos períodos históricos representaron nuestra aspiración a lo infinito, quedan todavía, para muchas almas, en pie, resplandecientes, erguidas sobre sus graníticos pedestales con la soberana majestad de las cosas perdurables, esas sublimes concreciones del espíritu que se llaman Verdad, Belleza, Justicia.

Del conocimiento metódico y detenido de sí propio, principio fundamental de esta obra —una de las pocas de sobresaliente mérito de que pueden enorgullecerse las letras hispano-americanas—, se deriva la ingente necesidad, conviene repetirlo, de, reformándose continuamente, *vivir* con serenidad y nobleza, perfeccionarse en un sentido cada vez más amplio y comprensivo de la vida, tal como ella es realmente, tal como debe ser, no como en infinitos casos la han formado, moldeándola a su antojo, esterilizándola en gran parte, modos de ver y convencionalismos seculares o utopismos sociales vacuos y de nociva o peligrosa transcendencia. En *Motivos de Proteo* todo tiende, con suave ritmo, a proclamar, exultándolo, una visión optimista de limpio abolengo, que no procede, como casi todas, de cierta manera muy epicúrea de comprender la vida, sino, en primer término, de la íntima satisfacción de conciencia que se produce en quienes, sin móviles ni propósitos interesados, cultivando intensamente su jardín interior, convierten en proyecciones externas de fecunda alteza moral cuanto encierra su espíritu de beneficioso y de bello. En *La pampa de granito*, parábola de sorprendente energía de visión, de vigorosa plasticidad, loa Rodó la eficacia concertante y directora de la Voluntad, y, preconizando su poder inmenso, exclama con avasalladora grandilocuencia: “Una débil y transitoria criatura lleva dentro de sí la potencia *original*, la potencia emancipadora y realenga, que no está presente ni en los encrespamientos de la mar, ni en la gravitación de la montaña, ni en el girar de los orbes; un puñado de polvo puede mirar a lo alto, y dirigiéndose al misterioso

principio de las cosas, decirle: Si existes como fuerza libre y consciente de tus obras, eres, como yo, una voluntad: soy de tu raza, soy tu semejante; y si sólo existes como fuerza ciega y fatal, si el universo es una patrulla de esclavos que rondan en el espacio infinito, teniendo por amo una sombra que se ignora a sí mismo, entonces yo valgo mucho más que tú; y el nombre que te puse, devuélvemelo, porque no hay en la tierra ni en el cielo nada más grande que yo”.

Bolívar

Los ensayos de Rodó contenidos en su último libro, *El mirador de Próspero*, son en un todo dignos de muy sincero encomio, por las cualidades de concepto y las bellezas de expresión que esplenden en ellos. Parecen como estatuas de fino mármol pentélico, modeladas por un cincel ateniense, dueño de todos los secretos de la forma primorosa y acabada. Se destacan con precisión, luminosidad, armonía, en un ambiente diáfano, dorados por los resplandores miríficos de magnificentes idealismos, en que surge de continuo la vida en sus más hermosas y enaltecedoras manifestaciones. Pero esos ensayos magistrales vinculan la más efectiva transcendencia que esas estatuas del mundo clásico, de radiante simbolización, eternamente admirados en su sueño milenario de mármol, de serenidad, de gracia, de armonía perfecta... En las *estatuas*, en las construcciones esculturales de Rodó, admirablemente cinceladas, hay lo que no puede haber en ninguna estatua: el perfume, el color, la música, el movimiento, la vida... Sus ensayos versan todos sobre personalidades y cosas del mundo hispano-americano. En ellos se ve de continuo una concreción mental en que la apreciación exacta y el juicio discreto y sagaz se compenetran con una visión de hermoso colorido artístico. Su hispano-americanismo no tira a ningún concepto de exclusión ni a nada que tienda a imprimirle carácter dogmático o definitivo. Es consciente, luminoso, de creciente amplitud, de serenos y dilatados horizontes...

Es magistral el estudio en que exhibe, con penetrante análisis, aquilatada fuerza de erudición e insuperable vigor de colorido, la gran figura del más conspicuo representante de la epopeya de

la independencia de América. La palabra, órgano maravilloso del pensamiento, aventaja indudablemente en fuerza de expresión, en color, en vibración, en plasticidad misma, a todas las formas y procedimientos en que se troquelan bellamente las creaciones artísticas. No hay simbolización bronceínea o marmórea, figuración pictórica, que pueda presentar nada que supere en intensidad de expresión, en escultural relieve, al Bolívar magnífico esculpido por Rodó en estas páginas de permanente vibración, con el cincel creador de su alto y profundo pensamiento.

El Héroe está ahí, revivido, mezcla portentosa de idealismos, de ensueños fulgurantes y de resonantes y épicas actuaciones. Este Héroe sí es un verdadero profesor de energía vivificada por un ideal insuperable, de energía preñada de grandes cosas, de energía plastificada en el bronce inmortal de cinco repúblicas, de energía que la posteridad aclama y bendice, energía que no guarda relación ni punto de contacto con la de un Roosevelt, pongo por caso, especie de rudo y agresivo representante de un imperialismo grosero, enteramente desligado de las austeras enseñanzas de los puritanos de la *Flor de Mayo* y sólo encaminada a satisfacer las torpes ambiciones de una plutocracia ensoberbecida. Rodó ve, siente, comprende, cuanto hay en Bolívar de peculiarísimo, de original, que, comparado con grandes figuras de la Historia, lo hace resaltar inconfundible...

“Lo es —dice— por el enérgico sello personal del propio héroe, y lo es también por la vinculación estrecha e inconfundible de su acción con cien íntimas peculiaridades del ambiente en que se genera y desenvuelve. La figura de Bolívar no sufre otra adaptación que la real. Fuera de la América nuestra, y lidiando por otra libertad que la nuestra, quedaría desvirtuada o trunca. Bolívar, el revolucionario, el *montonero*, el general, el caudillo, el tribuno, el legislador, el presidente..., todo a una y todo a su manera, es una originalidad irreducible, que supera e incluye la de la tierra de que se nutrió y los medios de que dispuso”.

Si algunos escritores americanos, inspirados en móviles que no quiero analizar ahora, han pretendido obscurecer o falsear la personalidad deslumbradora de Bolívar, la inmensa mayoría ha sabido siempre hacerle cumplida y vibrante justicia. Acaso es el americano de alta significación que mejor ha sido estudiado en países extranjeros. En este ensayo se ve que Rodó ha son-

deado los más escondidos rincones del alma tempestuosa de Bolívar. Parece haberse identificado con ella.

“Muchas vidas humanas hay —expresa— que componen más perfecta armonía, orden moral o estético más puro; pocas ofrecen tan constante carácter de fuerza y de grandeza; pocas subyugan con tan violento imperio las simpatías de la imaginación heroica... Cuando se considera esa soberbia personificación de original energía en el medio y en la hora que apareció, se piensa que toda la espontaneidad reprimida, toda la luz y el calor escatimados en la existencia inerte de las diez generaciones sujetas al suyo colonial, se concentraron, por instantáneo desquite, en una vida individual y en una conciencia única... Bolívar encarna, en la total complejidad de medios y de formas, la energía de la Revolución, desde que, en sus inciertos albores, le abre camino como conspirador y diplomático, hasta que, declarada ya, remueve para ello los pueblos con la autoridad del caudillo, infunde el verbo que la anuncia en la palabra hablada y escrita, la guía hasta sus últimas victorias con la inspiración del genio militar, y finalmente la organiza como legislador y la gobierna como político”.

Vario, complejo, desconcertante muchas veces, propenso a producir una falsa orientación de juicio por apariencias poco más o menos importantes y estables de su peculiar psicología, Bolívar, bien entendido, da la impresión de una personalidad de muy poderosa fuerza sintética. Su genial mentalidad, amplia y asimiladora, le permite extraer de la realidad exterior cosas diversas y aun de pronunciado antagonismo que, por labor de misteriosa alquimia íntima, funde, armoniza, exhibe en sucesivas y resaltantes formas de actividad individual. Su unidad intrínseca exterioriza multitud de brillantes facetas. No han faltado quienes, tomando algunos de esos aspectos por el todo, hayan pretendido elevarse a una síntesis de su personalidad soberanamente compleja. Aspiración inútil. Por vía tan estrecha y fragmentaria sólo puede llegarse a conclusiones erróneas. De ahí muchas apreciaciones evidentemente injustas. Cualquier espíritu zahorí puede descubrir la variedad personal detrás de lo vario y multiforme; pero difícilmente podrá encerrar esa unidad en una síntesis de carácter definitivo y satisfactorio por completo. Rodó parece haberlo conseguido. En

su sereno y hondo juicio abarca toda la portentosa riqueza de facultades del Libertador, toda su vasta complejidad psíquica, toda su actuación heroica y deslumbrante, su ser integral, cuanto forma y moldea su unidad, cuanto comprende la totalidad portentosa de su yo...

Para mí, sirviéndome de la frase de Emerson, es el *representative man* de la independencia de América. Más alto que Washington en cuanto a facultades intrínsecas y a empeños que realizar, y de mucha mayor originalidad americana y riqueza de concepciones y de vida íntima que San Martín, el excelso paladín argentino. "Será siempre —dice Rodó— el héroe por excelencia, representativo de la eterna unidad hispano-americana"... "No concurre en el Libertador —agrega— merecimiento más glorioso, si no es la realización heroica de la independencia, que la pasión ferviente con que sintió la natural hermandad de los pueblos hispano-americanos y la inquebrantable fe con que aspiró a dejar consagrada su unidad ideal por una real unidad política." Esta idea de unidad no era en él diferente de la idea de la emancipación: eran dos fases de un mismo pensamiento; y así como ni por un instante soñó con una independencia limitada a los términos de Venezuela, ni de los tres pueblos de Colombia, sino que siempre vio en la entera extensión del Continente el teatro indivisible de la Revolución, nunca creyó tampoco que la confraternidad para la guerra pudiese concluir en el apartamiento que consagran las fronteras internacionales. La América emancipada se representó desde el primer momento a su espíritu como una indisoluble confederación de pueblos: no en el vago sentido de una amistosa concordia o de una alianza dirigida a sostener el hecho de la emancipación, sino en el concreto y positivo de una organización que levantase a común conciencia política las autonomías que determinaba la estructura de los disueltos virreinos".

En su genial iniciativa del Congreso de Panamá traza Bolívar la huella permanente de ese ideal de unidad inextinguible a que se refiere Rodó. Ideal de permanente vitalidad, especie de deslumbrante arco iris espiritual que va desde Méjico hasta las rocas de la costa patagónica. Si de momento, por ahora, esa unidad hispano-americana no puede ni podrá quizás en mucho tiempo elevarse a la categoría de hecho de resaltante efectivi-

dad, nada quita que, en el correr del tiempo, lo llegue a ser en forma que escapa por completo a nuestras miradas. Por lo pronto, vamos alcanzando ya una unidad espiritual que, bien vista, vale y significa más que la otra, la política. En torno mío oigo una voz que murmura: sueños, visiones... No es extraña esa voz en esta hora de mercantilismos sórdidos o de helados escepticismos. Para la hora en que empieza a incubarse su gestación, para los *prácticos* de ese momento, siempre las grandes cosas del adelanto humano fueron iniciaciones de soñadores y visionarios. Muchos espíritus, aun de gente reputada culta, no se detienen nunca a pensar en lo que puede haber detrás de la superficie de las cosas. Su mirada resbala siempre sobre las rugosidades de la corteza de hechos que suponen definitivos...

¡Definitivos!... Esa palabra sola cuadra en el marco de una observación incompleta de las cosas. En su más profundo concepto no hay nada definitivo. Un ritmo de creación incesante y fecunda se dilata bajo apariencias más o menos estables. La relativa permanencia de determinadas exterioridades sujetas, como todas las cosas de la vida, a modificaciones en veces rápidas y en ocasiones de suma lentitud, y, por consiguiente, poco visibles, contribuye a la formación de un criterio de estabilidad, de cierta estática, que supone equivocadamente en los hechos una invariabilidad que están muy lejos de poseer. Corriente impetuosa y de cambiantes aspectos, la vida corre, corre incesantemente en el tiempo insondable y eterno, y nosotros con ella. Nada permanece estable. La fugitiva hora presente es ya diferente a la que acaba de hundirse en los abismos del tiempo...

Nada impide, pues, que el sueño aparentemente inasequible de hoy sea la realidad iluminada del mañana. Factores que no vemos en el minuto presente pueden presentarse y hacer irrupción en el momento oportuno para determinar el hecho anhelado. Para muchos prácticos de la pasada centuria la unidad germánica y la unidad italiana eran cosas irrealizables. Y hoy las vemos cumplidas, irguiéndose con el esplendor de las cosas relativamente perdurables. ¿Quién quita que así no acaezca con la ansiada y necesaria unidad hispano-americana?... A mi lado, la misma voz escéptica sigue diciendo: Sueños, visiones... ¿Y bien? ¿Y qué? Sueños de esa especie, aun siendo de imposible realización o poco menos, sirven para dar a la vida orientacio-

nes nobles y provechosas. ¿Acaso esa vida no es otra cosa sino un sueño febril, un sueño alegre o triste, atormentado o sereno, que transcurre rápido, bajo la caricia del sol y la pálida luz de las estrellas, en un ambiente perpetuo e insondable de misterio?... La verdad, la belleza, ¿no son también ilusiones fugitivas, creadas para hacernos más atractivo e interesante este mundo de apariencias, hasta que venga la muerte, pálida diosa, a depositar en nuestra frente el beso helado de la liberación suprema?... “Hechos estamos —dice Próspero en el drama shakespeariano— de la substancia misma de nuestros sueños, y un sueño encierra nuestra corta vida” ...

Montalvo

He ahí una de las figuras más grandes y prestigiosas de América. Es digna de honda admiración por todos conceptos. Atesora la majestad solemne y edificante de una vida de austera probidad, en que por ningún lado se columbran salpicaduras del lodo de cosas mezquinas y bajas. Mantuvo dignamente un gesto de vibrante protesta, de irreducible rebeldía, frente a instituciones retrógradas y a tiranías ensoberbecidas. Su pluma viril fue resplandor que ilumina y látigo que azota. El conservadorismo ecuatoriano, teocrático y absorbente, le contó de continuo en el número de sus más irreducibles adversarios. El ensayo de Rodó acerca de Montalvo tiene magníficas pinceladas, principiando por la descripción de Ambato, la ciudad natal del gran escritor, y por el fiel relato de las peculiaridades físicas y sociológicas del ambiente de la urbe en que se desenvuelve su existencia. De Quito, lo mismo. Lo característico y pintoresco de la sociedad quiteña en el primer tercio de la pasada centuria aparece ante nuestros ojos abortos con todo su propio y vivo colorido. Sobre todo, ¡qué bien observada la psicología individual y colectiva del indio!...

“Es triste esa vasta plebe cobriza —dice—, caldera donde se cuece toda faena material, escudo para todo golpe, y, aún más que triste, sumisa y abatida. El implacable dolor, el oprobio secular, le han gastado el alma y apagado la expresión del semblante. El miedo, la obediencia, la humildad, son ya los únicos declives de su ánimo...”

En no recuerdo qué pasaje de uno de sus libros, dice Montalvo: "Si se escribiera la historia del indio en el Ecuador, haría llorar al mundo..." Hablando del indio en el Perú dice la distinguida escritora Mercedes Cabello de Carbonera: "Tristes y silenciosos, han adoptado el color negro para sus vestidos, hechos de burda tela que ellos mismos fabrican, y ese luto dizque lo llevan por la muerte del inca". Si en Méjico una parte de la raza india, moldeada y educada por una civilización superior, ha demostrado una alta potencia de asimilación, como lo demuestra, entre otras figuras de notable relieve, la excelsa de Benito Juárez, bien puede afirmarse que en algunas regiones de Sur-América sigue formando rancho aparte, aislada, sin apreciable contacto con el adelanto social, especie de paria, de casta despreciable, incapaz de mejoramiento. Triste destino el de los dueños de este Continente. Exterminados en las Antillas, acosados como bestias feroces en las regiones septentrionales y vegetando en casi todo el resto del Continente, en la somnolencia de un embrutecimiento secular que no deja concebir la más leve esperanza de un desenvolvimiento intelectual y moral capaz de alzar esa raza degenerada a más nobles y racionales destinos. ¡Ah! Más valiera que durmieran como los pobres indios antillanos, en el mar sin orillas de la muerte, bajo una espesa capa de olvido, que no vivir así, si eso es vida, miseria fisiológica que en algunas partes va paulatinamente extinguiéndose, algo que pudo ser pujante factor social y que sólo es montón humano que los descendientes de los conquistadores ven con reprobable menosprecio o pisotean con crueldad inaudita.

En tres aspectos puede condensarse la síntesis de la personalidad espiritual del insigne Montalvo: como pensador, como estilista, como paladín irreducible de las libertades públicas. En la amplia profundidad del concepto —Rodó lo hace entrever entre líneas— no puede considerársele como un verdadero pensador. "Cuando le sale al paso —observa— una idea accidental, jamás la aparta, ni la reprime, ni la urge, sino que se le entrega del todo y la sigue, mientras ella da pábulo a la fantasía, o mientras no acude una idea nueva a torcer otra y otra vez su curso, como en esas carreras anhelantes y sin rumbo que en los cuentos de hadas tienen por guía el vuelo de un pájaro maravilloso, o el rodar de una piedra animada de una magia interior.

Si se intenta reducirlo a substancia y a orden dialéctico, el pensamiento fundamental comparece, flaco y escaso, de entre el follaje de las digresiones”...

En la totalidad de la obra de Montalvo, aquí y allá, saltan, deslumbrando, como chispazos de ideas geniales, como fragmentos de conceptos, como partes o porciones de ideas generales; pero a menudo, por exigencias de método, o, mejor dicho, por ausencia de método, las ideas, en su proceso lógico, aparecen como parcialmente contorneadas, sin esos lineamientos precisos que forman la fisonomía de una concepción mental de verdadero relieve y contribuyen a fijar su representación intelectual, susceptible siempre de ensancharse en determinadas proporciones. Su parentesco con Montaigne, si bien se mira, estriba en ciertas analogías de procedimiento, sin nada de profunda similitud. El pensamiento en sí, la idea general enlazándose en concatenación lógica con otras similares, a la manera de Taine, para realizar una construcción mental más o menos estable, de más o menos plasticidad central, fundamental, es cosa rarísima en Montalvo. El hilo que enlaza unas ideas con otras se rompe casi siempre en sus manos. De ahí la característica falta de unidad de algunos de sus ensayos. De ahí la ausencia de una visión de serenidad ecuánime, de virtualidad platónica, que es como forma de delectación morosa de almas selectas formadas para el cultivo puro y sereno de las ideas.

En Montalvo, el estilista y el paladín de la libertad parecen relegar en segundo término al pensador. La artificialidad deslumbrante de su estilo no impide casi nunca cierto derroche de espontaneidad individual de personalísima repercusión. No tiene rival en América en cuanto toca al conocimiento adquirido en las mejores fuentes de las excelencias y primores del habla castellana. En pleno siglo XIX, escribe como el mejor hablante de los buenos tiempos de la Literatura española. Quiere, o parece querer, una restauración de valores idiomáticos. Rodó aprecia con muy sano y discreto criterio la obra de restauración idiomática de Montalvo. “La prosa de Montalvo —afirma— es mucho más admirable en su singularidad que como norma y tipo adecuado para propagarse. Aquella prosa ha de juzgarse como una bella forma extinguida...” A distancia de si-

glos, pienso yo, tales cosas, por más meritorias que sean, caen siempre en frío. Aun admirando el trabajo que semejante empeño aquilata, confieso que no son de mi gusto tales resurrecciones arcaicas. Si, como dijo una célebre escritora, hay que enjuagarse de cuando en vez la boca con el vino de los clásicos, esto, en cuanto se refiere a cosas de la lengua, debe siempre entenderse de limitada manera. No pueden vivir los idiomas como encerrados en ánforas de corte clásico, sino en pleno sol, modificándose conforme a ciertas variaciones de temperatura moral, a formas y maneras de desarrollo social. Nunca serán populares las obras de Montalvo. Serán siempre solaz y deleite de una *élite* de sibaritas y de refinados, únicos capaces de gustar la prodigiosa riqueza de su obra en lo que atañe a giros, matices y filigranas lingüísticas y sintáxicas...

Esa obra de restauración idiomática no es, ni con mucho, inútil en uno que otro de sus aspectos. "Aunque esa obra —apunta Rodó— sea en su conjunto singular e incommunicable, ¡cuánto que aprovechar en ella, cuánto que mantener y restituir al comercio del habla, en ese vasto tesoro levantado del fondo del tiempo, como del fondo del mar los despojos de su galeón de Indias! Por eso el arcaísmo de Montalvo puede considerarse, en muchos de sus elementos, obra viva; antecedente capaz de felices sugerencias para el intento en que ahora estamos empeñados de devolverle a la prosa castellana color, resalte y melodía, y de henchirla de sangre y encordarla de nervios, consumando una reacción que ni los románticos llegaron más que a demediar en la sintaxis y en el léxico..." Rodó ve en Montalvo algo del fervor del coleccionista, "y el gusto, como el discernimiento de cualquier especie de valor positivo —asegura con perfecto fundamento—, no son medidas que regulen el peculiar criterio del coleccionista para la valuación de las cosas en que se complace..."

De Montalvo quedará siempre en pie, erecta, con gesto de desafío, su figura arrogante de luchador, de forjador de rayos destinados a pulverizar engreídas tiranías y muchedumbres prosternadas ante ídolos de barro. "Cuando en un cercano porvenir —dice Rodó al terminar su magistral estudio— los pueblos americanos pongan en acervo común las glorias de cada uno de ellos, arraigándolas en la conciencia de los otros, la imagen de

Montalvo tendrá bustos y cuadros que la multipliquen en las bibliotecas y universidades de América..." Alguna elevada ladera del Chimborazo, a mi juicio, sería el mejor sitio para el pedestal en que se elevase, hecha de bronce o de mármol, la estatua del luchador egregio que supo condensar de insuperable manera la noble indignación de su espíritu rebelde en las páginas fulgurantes de sus tremendas *Catilinarias*...

Juan María Gutiérrez y su época

Es el más extenso de los interesantes estudios que contiene *El mirador del Próspero*. Alrededor de esa curiosa e interesante figura exhibe otras de igual o parecida importancia, de manera que este discreto y sencillo ensayo resulta como un capítulo bien documentado de la historia del desenvolvimiento intelectual en la América latina. Siempre he pensado que nadie mejor que Rodó para escribir esa historia, con su sereno espíritu analítico, exento por entero de dogmatismos e intolerancias. El empeño no es tan fácil, que digamos. Esa historia, en el momento actual, no podría ser, en realidad, sino un agrupamiento metódico de datos bien seleccionados y de juicios de carácter fragmentario bien aquilatados dentro de un criterio de amplio y jugoso conocimiento de los factores que han presidido, y aún en parte presiden, ese desarrollo intelectual, ya que aún no ha sonado la hora de que el desenvolvimiento de referencia, por su carácter de cierta incoherencia, en extremo fraccionado, pueda aspirar a una integral unidad, a una visión amplia y segura de conjunto, a lo que debe tender toda crítica como finalidad necesaria: al establecimiento de una síntesis total más o menos satisfactoria y completa.

En el americanismo literario, en el completo sentimiento de la naturaleza y de la historia americanas, se encuentran las fuentes principales de una renovación intelectual en que, aun predominando en ciertos momentos, respectivamente, formas clásicas o románticas, se evidencia la marcha ascendente hacia la conquista de una personalidad literaria autónoma. Rodó define clara y expresivamente lo que entiende por americanismo literario. Justo es detenernos en este punto para considerarlo

en sus fundamentales aspectos, ya que ese americanismo constituye la orientación actualmente más acentuada de la joven literatura hispano-americana. No constituye todavía un cuerpo preciso y bien definido de doctrina; pero establece ya con vigorosa lógica los puntos principales que vincula y las bases de natural desenvolvimiento en que se asienta. "De los ensayos de aquel tiempo —señala Rodó— procede el impulso original de americanismo que, persistiendo hasta nuestros días, ha compartido con las más exóticas tendencias de la imitación el interés de nuevas generaciones, y mantiene, en todas partes de América, un movimiento literario que se propone dirigir principalmente la atención del escritor a los cuadros e impresiones de la Naturaleza, a las formas originales de la vida en los campos donde aún lucha la energía del retoño salvaje con la savia de la civilización invasora, y a las leyendas del pasado, en que infunden su cándida y heroica poesía los albores históricos de cada pueblo".

"Atribuir el significado de una afirmación del espíritu de nacionalidad a la preferencia otorgada a esos y otros análogos motivos, no envuelve una idea falsa, pero sí una idea que requiere extensión y complemento. Es indudable que el carácter local de una literatura no ha de buscarse a sólo en el traslado de los colores de la naturaleza física, ni en la expresión pintoresca o dramática de las costumbres, ni en la idealización de las tradiciones con que teje su tela impalpable la leyenda para decorar los altares del culto nacional. Más extensa, más varia, es la raíz que anuda la creación del poeta al suelo donde se produce. En la representación de las ideas y los sentimientos que flotan en el ambiente de una época y determinan la orientación de la marcha de una sociedad humana; en la huella dejada por una tendencia, un culto, una aficción, una preocupación cualquiera de la conciencia colectiva, en las páginas de la obra literaria, aun en las manifestaciones del género más íntimo y personal cuando, sobre los signos de la genialidad del poeta, se estampan los de la índole afectiva de su pueblo o de su raza, el reflejo del alma de los suyos, puede buscarse, no menos que en las citadas formas, la impresión de aquel sello característico. Además no es tanto la forzosa limitación a ciertos temas y géneros, como la presencia en lo que se escribe de

un espíritu autónomo, de una cultura definida, y el poder de asimilación que convierte en propia substancia cuanto la mente adquiere, la base que pueda reputarse más firme de una verdadera originalidad literaria”.

Así, de esa manera, en esa acepción amplísima, en un espíritu de acentuada flexibilidad, en una facultad elástica de adaptación consciente, sin mengua ni menoscabo de la substancia primitiva, de la originalidad fundamental cuya esencia debe conservarse inmóvil y sin desgastes en medio del dinamismo circunstancial, es que entiendo y preconizo fervorosamente el americanismo literario. Conservando lo esencialmente autónomo que entraña, que lleva en sí, que íntimamente lo caldea e intensifica, necesita para vivir, no una vida artificial hueca, sino potente y robusta, aceptar sin temores ni titubeos la adaptación real, consciente, metódica y progresiva, a resaltantes y muy prolíficos aspectos de la existencia moderna. Ningún ideal de bien definida civilización se desenvuelve o puede desenvolverse actualmente en un sentido de limitaciones o de restricciones. Hay que aceptar la vida tal cual se nos ofrece, tal como es, sin pretender en ningún caso desfigurarla a nuestro antojo. El americanismo literario, para alcanzar un grado de cultura que corresponda en un todo a necesidades y exigencias del proceso dinámico de la vida, debe inflexiblemente moverse en un ancho y dilatado espacio, en que caben sin molestarlos cuantos factores se requieran para la consecución de las más fructuosas finalidades de la obra que persigue noble y ahincadamente. Se exterioriza o debe exteriorizarse en un *devenir* constante; que no es ni puede limitarse a un *llegar a ser* propio de la abstracción metafísica, sino el propósito de encarnarse en formas reales y sucesivas de la actividad creadora. “Una cultura novel y fundada en libertad —sostiene expresivamente Rodó— solo va en camino de ser fuerte cuando ha franqueado la atmósfera que la rodea a los *cuatro vientos del espíritu*. La manifestación de independencia que puede reclamarse es el criterio propio que discierne de lo que conviene adquirir en el modelo, lo que hay de falso e inoportuno en la imitación”.

Claro está que en nuestra época de inquietudes y zozobras, frente a pavorosos problemas de carácter netamente social, ni el arte ni ninguna manifestación activa de la vida pueden limi-

tar su esfera de acción a asuntos propios del medio en que actúan, sino deben ampliarla cada vez más, de modo que nada absolutamente les sea extraño de lo que al ser humano se refiere. Si al escritor americano hay que exigirle un amplio sentido de las peculiaridades locales en que se mueve, de las realidades que lo circundan y dan inmediato pábulo con su sugestión constante y su privativo colorido a las creaciones de su fantasía, no menos debe pedírsele una inclinación decidida a lo que es en cierto grado superior a esas cosas de afinidad estrecha, a una vinculación lo más íntima y cordial posible, con modalidades espirituales de otros pueblos, sobre todo en las expresivas de tendencias que implican la realización de propósitos de alto interés individual y general. Los aislamientos desdénosos, aparte de probar una mentalidad superficial, un concepto muy unilateral de las cosas, paran siempre en resultados en extremo deplorables para el organismo social. "Entonces, como ahora —dice—, el americanismo de paisajes, tradiciones y costumbres, si bien era incapaz de dar la fórmula de una cultura literaria que abarcase toda la substancia poética e ideal de nuestra existencia, que satisficiera todas las aspiraciones legítimas de nuestro espíritu, representaba una parte necesaria, y la más fácilmente original, dentro de la complejidad de una literatura modelada en un concepto más amplio; y aun con mayor oportunidad ahora que entonces, él se adapta a un interés de la realidad social, por lo mismo que aumenta progresivamente el arraigo de los temas más universales, y que en esas ráfagas de antigüedad y de naturaleza pueda venir cierta virtud tónica y salubre para la conciencia de pueblos un tanto descaracterizados por el cosmopolitismo y un tanto negligentes en la devoción de su historia".

En párrafos jugosos, nutridos de oportuna y discreta erudición y de puntos de vista perfectamente escogidos, expone Rodó con vigorosa argumentación las causas que, a su juicio, determinan los orígenes del desenvolvimiento intelectual en estos pueblos de civilización ibérica. En los países del Plata, como en todos los demás de América, el romanticismo, por su empeño de rebeldía contra viejos cánones y por su indiscutible potencia innovadora aportó gérmenes copiosos de transformación o de necesarios rejuvenecimientos. Contribuyó grandemente a acen-

tuar la tendencia americanista en el abierto palenque de las letras. “Estaba en las afirmaciones y en los ejemplos del romanticismo —expone— la benéfica idea de la nacionalización de las literaturas. Reaccionando contra la unidad del modelo insustituible y del precepto inviolable, aquella gran revolución reemplazaba con la espontaneidad que condujese a cada pueblo a la expresión de su carácter propio la imitación que a todos les identificaba en la misma falsedad; y oponía la filial vinculación del verbo literario con lo del suelo, la época y el uso, a la abstracción de un clasicismo que, indiferente a toda realidad determinada, presentaba el tipo universal por norma de arte y aspiraba, no a la reproducción directa y concreta de las cosas, sino a la significación de la verdad ideal depurada de todo accidente, vale decir, de todo rasgo local, de toda peculiaridad histórica, de todo relieve de originalidad”.

Necesario se hace confesar que, aun pasado ya, en mucha parte, el necesario período de imitaciones y tanteos, aun moviéndose ya su actividad mental en un propósito de creación literaria lo más autónoma posible, en exhibición creciente de producciones de cierta innegable originalidad, la joven literatura de Hispano-América no ha alcanzado, ni con mucho, el grado de madurez necesario para que resplandezca como acervo intelectual en que un característico ideal de americanismo predomine con señorial autonomía. “Juan María Gutiérrez —dice— se consagró a reivindicar para la América de su tiempo, en la obra de las generaciones que precedieron a la suya, los títulos de un abolengo intelectual desconocido o desdeñado. La afirmación de la existencia y del relativo valor de ese abolengo fue inspiración constante de su vida, inagotable estímulo de su labor”. En *mi* nacionalismo, en el que sustento aquí, en Santo Domingo, con fe de creyente en su virtualidad fecundadora, hay los elementos necesarios de carácter intelectual y ético para afianzar en estos países centrales de América —amenazados de continuo por la rapacidad yanqui y más aún acaso por sus pugilatos intestinos— un imprescindible concepto de vida independiente y libre. En ese nacionalismo, de ilimitada amplitud, impregnado de efluvios de muy pronunciado carácter humano, sin exclusivismos regionales o de campanario, compenetrado de las ideas de renovación que mueven el mundo, idéntico en

un todo, en sus principios y en sus fines, al americanismo tan magistralmente expuesto por Rodó se encuentra para mí lo único que pueda dar caracteres de indiscutible originalidad a una literatura fundamentalmente hispano-americana.

Para que ese ideal se acentúe y cobre mayor vuelo, debemos los escritores de América tender a un acercamiento intelectual cada vez más íntimo y fructuoso. Salvo resaltantes excepciones, no nos conocemos como fuera deseable. Nuestro conocimiento es muy superficial. Nuestras relaciones son tardías, escasas e incompletas. Refiriéndome al movimiento intelectual rioplatense —tan acertadamente juzgado por Rodó en su primera época—, si aquí conocemos con relativa exactitud, por ejemplo, la labor mental de Ingenieros, Bunge, Carlos Reyes, Ricardo Rojas, Lugones, Aymerich, Giusti, Melian Lafinur, Manuel Gálvez, bien puede afirmarse que nos es enteramente desconocida o poco menos la porción de ese movimiento a que se contrae el estudio de Rodó, pues de sus figuras representativas sólo conocemos, a lo que recuerdo ahora, las estrofas centelleantes de Mármol, su *Amalia*, el *Facundo* de Sarmiento, algo de Alberdi, nada del Echavarría que con tan particular relieve se destaca en las instructivas páginas de este interesantísimo estudio. Lo que sí es popularísimo en estas latitudes —aunque ya de publicación posterior a la de la obra de los escritores mencionados— es *Tabaré*, el magnífico poema en que Zorrilla de San Martín condensó con doliente y duradero ritmo las acerbias nostalgias y los torturantes dolores de una raza moribunda. Una excelente revista de Buenos Aires, *Nosotros*, contribuye actualmente a dar a conocer en estos países algunos intelectuales argentinos de muy acentuada y singular valía.

Del trabajo obrero en el Uruguay

En la bella e interesante colección de ensayos y de artículos que forma *El mirador de Próspero* no ha faltado quienes hayan pensado que disuena, que se sale del marco, el importantísimo trabajo consagrado a la crítica amplia y concienzuda de una ley propuesta por el Gobierno uruguayo acerca del trabajo obrero en aquel país. No veo en ello motivo que justifique una censu-

ra. Muy al contrario. El concurso de todas nuestras actividades intelectuales debe ponerse sin excepción, en su cabal integridad, al servicio de cuanto, por cualquier sentido, amerite un propósito de gradual y positivo mejoramiento. Aunque el socialismo uruguayo no haya llegado, ni con mucho, a la fase aguda, al estado de exacerbación que ofrece a menudo en los grandes centros de población de Europa, no puede escaparse a ningún espíritu de amplia cultura, a ningún estadista previsor, a nadie que observe con viva atención estas cosas de tan vital importancia, la conveniencia de ir avizorando con tiempo las medidas legislativas que, en lo posible, regularicen y determinen, por su virtualidad legal, el funcionamiento ordenado y científico del conjunto de relaciones de orden económico en que se asienta toda forma de organización jurídica que tienda a eliminar conflictos, armonizando las tendencias siempre absorbentes del capital con las justas reivindicaciones de la clase obrera. En este trabajo demuestra Rodó concienzudo estudio de la evolución del socialismo en sus aspectos más culminantes y complejos, y aporta ideas cuya aplicación práctica podría en gran parte dulcificar, atenuar, modificar acaso radicalmente la crudeza de leyes injustas todavía vigentes...

Ha hecho bien Rodó en dedicar, siquiera momentáneamente, su clara inteligencia al examen de estos difíciles y palpitantes problemas. Arte y utilidad —dice él mismo al terminar ese jugoso y bienintencionado trabajo— pueden ir bien de compañeros entre nosotros, por cuanto tienen intereses convergentes y enemigos comunes. Una actividad gloriosa los identifica dentro de una capacidad única: el Trabajo, o, llamándolo con nombre aún más grande y más sagrado: la Vida, en cuyos altares hemos de inmolar todos los odios, todas las preocupaciones del pasado, todas las influencias de esterilidad, de estancamiento y de muerte... “Ya sé que se quisiera ver siempre a Rodó como sacerdote apolíneo, recluido en templo marmóreo, en gesto de perpetua devoción a serenos y hermosos idealismos. Se le quisiera ver pontificando únicamente en nombre de la Verdad y la Belleza, diosas permanentes de su espíritu, vuelto de espaldas a las realidades de la vida, con los ojos cerrados a la tormentosa realidad exterior, a las voces clamorosas de las muchedumbres hambrientas... Pero él no es sólo forjador de ideas de prolífica

transcendencia, no es sólo artista embriagado en una perpetua visión de belleza: es humano, es hombre en la más noble integridad del concepto, y nada de lo que al hombre toque puede serle indiferente, como reza el verso de Terencio, y por eso nada más edificante, nada más bello, nada más excelso que verle descender, paladín gallardo de nobles reivindicaciones, a la candente arena en que se debaten ruidosamente los más arduos y pavorosos problemas de la civilización contemporánea.

FRANCISCO GARCÍA CALDERÓN

El escritor peruano Francisco García Calderón es una de las figuras más expresivas y simpáticas de la naciente literatura hispano-americana. Pertenece de pleno derecho al contadísimo número de jóvenes intelectuales de América dotados de la suficiente cultura para abordar, con criterio propio, el estudio de los más arduos problemas de la mentalidad contemporánea.

Evidénciase con frecuencia en las letras hispano-americanas un verdadero derroche de prosas efectistas y de puerilidades rimadas, productos, en muchísimos casos, de imitaciones exóticas; pero pocas veces se advierte en nuestro movimiento intelectual algo bien caracterizado que demuestre la tendencia a cultivar asiduamente estudios serios de positivo valor ideológico.

En un modernismo vago, sutil, cambiante, pleno de refinamientos artificiales de sensibilidad y de matices y filigranas de expresión, se consume la mayor parte de nuestra desbordante actividad intelectual. Afortunadamente ese modernismo va ya de paso, como quien dice, reemplazado por orientaciones de mayor amplitud humana y de un más propio y natural relieve artístico. De esas orientaciones, la más significativa y extensa es la que tiende a formar un americanismo literario que resuma y compendie anhelos y aspiraciones de la vida intelectual de estos países en todos sus más típicos aspectos.

García Calderón puede y merece citarse con caluroso encomio como una de las más resaltantes excepciones en ese empeño de pueril refinamiento emotivo y de exagerada innovación

léxica que constituyó hasta ayer la manifestación más visible del modernismo en América. En él todo es equilibrado y sereno. Trata los más elevados y complejos asuntos sin asomos de pedantería, sin pretensiones de alta sapiencia, con muy apreciables condiciones de claridad y galanura de expresión, revelando en todos momentos la posesión de un criterio muy personal y equilibrado, sin perderse nunca en apreciaciones fútiles e intempestivas y en digresiones que debiliten o desvirtúen la proyección directa de su pensamiento.

No tiene para él obscuridades enrevesadas ni exotismos desorientadores la marcha evolutiva, de fina y sutil complejidad, que imprime ritmo peculiar al movimiento filosófico moderno. Con inteligencia ágil y lúcida, como si de viejo estuviera acostumbrado a tan altas especulaciones, recorre con paso firme el enmarañado bosque del pensamiento filosófico precisando, como al paso, sin ahondar mucho, con cierta aparente y encantadora superficialidad, el lugar y el espíritu de cada escuela, y percibiendo claramente las conexiones, los puntos de enlace, la encrucijada ideal en que se confunden y se encuentran determinados sistemas...

El notable escritor peruano representó hace algún tiempo lucidamente a su patria en el Congreso internacional de Filosofía de Heilderberg y las crónicas que publicó referentes a la alta e interesantísima labor de esa reunión conspicua de notabilidades del mundo intelectual en que chocaron las ideas despidiendo vivos resplandores, dan brillante muestra de sus sobresalientes aptitudes para orientarse sin vacilaciones aun por las vías menos trilladas de la especulación filosófica.

La inteligencia de García Calderón, luminosa, flexible, despreñada de todo exclusivismo, ampliamente tolerante, sin ataduras escolásticas, sin dogmatismos sectaristas, se pasea, a guisa de viajero de observación sagaz y depurada que sólo pretende reflejar simple y serenamente sus múltiples impresiones de pensamiento abstracto, mostrando a cada paso que nada le es extraño de cuanto ha dado de sí la especulación filosófica de estos últimos tiempos en su tenaz y acaso inaccesible propósito de hacer luz definitiva sobre los oscuros y tormentosos problemas que se yerguen de continuo, amenazantes o desconcertadores, en las profundidades de nuestro espíritu...

A cada instante, y en muchas de sus más serias y reflexivas producciones, demuestra conocer a fondo, en todas sus singularidades intelectuales y éticas, el movimiento de perdurable renovación que a mi ver vincula el *criticismo*, no obstante puntos de vista posteriores que han pretendido, sin éxito comprobado, anularlo o modificarlo radicalmente. El criticismo, la especulación kantiana, en su profunda dilucidación del problema del conocimiento, problema capital, el verdadero problema fundamental en Filosofía puede decirse, es quizás el cuerpo de doctrina que más luminosas orientaciones ha señalado a la investigación transcendente. En el panlogismo, en el *devenir* hegeliano, ha visto lo que tiene de efímero y lo que pueda tener de relativo valor, por más que, a pesar de ser ese sistema la más vasta y asombrosa construcción metafísica de los tiempos modernos, el hecho mismo de contradecirse al señalar un término a la idea absoluta le despoja del carácter de evolución indefinida, ilimitable, a que parece corresponder el proceso de la vida universal. A García Calderón nada se le escapa de lo atañadero al positivismo comtista y al evolucionismo spenceriano, el primero actualmente en pleno desgaste por su falta principalmente de virtualidad psicológica, y el segundo en crisis de transformación, o cosa parecida, por recientes descubrimientos de las ciencias naturales que contradicen la tesis cosmológica de Spencer en algunos de sus principios fundamentales. Con pleno conocimiento de causa dilucida puntos del positivismo independiente, y estudia con claridad y envidiable precisión, las *ideas fuerzas* de Fouillée, el *élan vital* de Bergson, la crítica demoledora de Boutroux, el pragmatismo de Pierce y de W. James...

Lo más admirable de García Calderón es su manera sencilla, lúcida, sin alardes de pretenciosa profundidad, sin recargada y ostentosa erudición, de exponer sobria y concienzudamente cuanto constituye los rasgos principales de los más altos intelectuales contemporáneos. Su comercio con ellos es activo y prolífico. Su curiosidad inquieta y ávida lo lleva de continuo a estudiar con sereno anhelo de verdad los más dificultosos problemas que pueden presentarse a la investigación humana. En su copiosa labor mental, en las páginas jugosas de sus libros amenos y muy leídos, no hay obscuridades ni cierta clase de anfibologías muy comunes en la exposición de este linaje de espe-

culaciones. El estilo es siempre sereno, elocuente, discretamente matizado, sin retoricismos huecos, sin rebuscamientos ni trivialidades de expresión. Dice lo que piensa y lo que siente, siempre de modo muy personal y expresivo.

Hombres e ideas de nuestro tiempo, uno de sus primeros y más substanciosos libros, lleva un breve y muy laudatorio prólogo del insigne Emilio Boutroux, el gran pensador francés, una de las más altas y respetables mentalidades de la filosofía contemporánea. Es interesantísimo este libro por la alteza de los asuntos a que se contrae, y por la elevación y firmeza de los juicios. Dice Boutroux, en la bella carta que sirve de prefacio a este libro: "En vuestra dócil y flexible inclinación no os mueve nunca un frívolo espíritu de *dilettantismo*. Habéis comprendido bien que la hora presente es seria, que los individuos y los pueblos sienten la inquietud de su deber y de su destino, y que no basta sentir como artista la diversidad y la ansiedad de sus aspiraciones, ni resolver esas ideas y esas tendencias a la manera del físico, como manifestaciones fatales del juego natural de fuerzas físicas o sociológicas, sino que se impone la necesidad, humanamente, de tomar su parte en las cosas humanas, y buscar, de buena fe, en unión con todos, el sentido en que conviene orientar nuestra existencia..." "Aplicar la experiencia de la edad madura y al mismo tiempo guardar el vuelo, la fe y aun las ilusiones de la juventud, encontrar los medios de reunir en un todo vivo y armonioso esos dos órdenes de cualidades, en apariencia contradictorias, es el consejo que dais a vuestra patria y que se desprende de vuestros estudios y de vuestras reflexiones. Creo bien que ese consejo conviene a todo el mundo y que en cualquier parte será provechosa la lectura de un libro como el vuestro".

Este volumen se abre con un interesante estudio acerca de Gabriel Tarde, uno de los cerebros más positivamente originales de la pasada centuria. Es de los pocos que señala direcciones nuevas al pensamiento moderno perdido en el dédalo de disquisiciones incongruentes y fragmentarias. Como dice muy bien el autor de este libro, florece a su sazón y a su tiempo. Una individualidad, por poderosa que sea, necesita fecundarse en la realidad que la envuelve, que la satura, por decirlo así, para poder producir sus naturales frutos. En Gabriel Tarde no hay que buscar, en cierto sentido, la potencialidad de un análisis que

pretende llegar a un conocimiento desmontando pieza por pieza, rodaje por rodaje, la máquina más o menos complicada de los hechos que caen en el dominio de nuestra observación, sino al pensador que concatena, que eslabona esos hechos aparentemente dispares en una especie de concreción orgánica, para alcanzar una concepción integral de aspectos fundamentales del problema de la vida. Es su examen del movimiento de las ideas en la evolución de las sociedades de Tarde quizás la nota de más curiosa originalidad que se haya producido a ese respecto.

García Calderón analiza fina y bellamente la personalidad del autor de *Les lois de l'imitation*, en sus principales aspectos. Quiso Tarde dar, y dio, a su concepción primitiva la concepción en que se basa cuanto produjo después como medios de aplicación provechosa, carácter pronunciadamente sociológico. Pero su concepto, míresele desde el punto de vista que se quiera, es netamente psicológico. “La impresión psicológica de sus libros —dice García Calderón— es que aquel espíritu era *orgánico*, vivo, agitado por el deseo de expresar peregrinas asociaciones, *a propos* de alta ciencia, y luchando con la impotencia necesaria del verbo. No podía ser estilista por esta acumulación, por cierto lenguaje incontenible y coloreado, que riñe con la unidad y con el *lucidus ordo* de los clásicos. Pero, en cambio, no tiene la rigidez del pensamiento inorgánico, ni la inflexibilidad de las construcciones angulosas. Hay algo de savia vital en sus libros, calor de ciencia que se elabora continuamente en la retorta agitada del cerebro. En este metafísico y sociólogo había el germen de un poeta, y como siempre que se unen estas cualidades mentales, el producto es un bello ejemplar humano que va por adivinación adonde no llega por análisis, y que siente esa embriaguez sagrada de que hablaba un filósofo de la Grecia, Heráclito. Esa libre espontaneidad, ese lirismo mental, ese desorden que tiene un orden original y propio, da a la Sociología la misma prolífica abundancia de la vida”.

En resumidas cuentas, la concepción de Tarde tiende a dar una interpretación satisfactoria de la manera como se efectúa el adelanto del ser individual y el ser colectivo. Quizás las transformaciones tumultuosas e intermitentes de que habla representan sólo los momentos en que las ideas que corren por el subsuelo social revisten el grado de acumulación y de fuerza para hacer

irrupción en la superficie y determinar nuevas y más amplias orientaciones sociológicas. Ese dinamismo transformador tiene su origen íntimo en la negación de virtualidades espontáneas de carácter íntimo. Lo determinan la aparición de ideas nuevas o cosa semejante. Esas ideas pueden venir de otra parte, de fuera, de otros medios; pueden también brotar de la actividad individual, siempre en proceso de creación. O se imita o se inventa; he ahí todo lo característico de ese dinamismo. Acaso, bien examinado el problema, contrario en cierto sentido al criterio de Tarde, la invención resulte creación, y ésta no puede menos de suponer cierta espontaneidad. Sea como fuere no es posible poner en tela de juicio la originalidad de este sistema de explicación del dinamismo humano. Su mérito para mí estriba en que no excluye un ideal de adelanto cada vez más perfectible y más intencionalmente humano, en oposición parcial a un criterio sociológico radicalmente positivista que localiza todo ideal de progreso en el ámbito de sociedades que aparecen y desaparecen desarrollándose con absoluta separación unas de otras. Durckheim es el sociólogo más radical en ese sentido, indudablemente erróneo.

“La tesis original de Tarde —dice— tiene dos fases muy originales: ha sostenido que la lógica es social, que las categorías, que el lenguaje, no son sino modos de imitación, reflejos centrales de un pensar común. La razón es así hija de la sociedad, y el hombre no es sino un sonámbulo. “No tener sino ideas sugeridas y creerlas espontáneas: tal es la ilusión propia del sonámbulo y también del hombre social, afirma Taine.” Por ese sonambulismo se explica la pasividad social, el valor gregario de las muchedumbres, el poder de los grandes magnetizadores de hombres, y en razas de personalidad empobrecida por el clima o por la herencia, el servilismo, la ausencia de la discusión y el examen y la imitación ciega que copia todos los modelos, sin control ni crítica”. Vese por ahí hasta dónde puede llegar el radicalismo de una idea cuando se la conduce por la línea de una lógica cerrada, hasta a sus últimas consecuencias.

En otro jugoso artículo, “Tarde y el porvenir latino”, abundan las apreciaciones críticas de singular importancia. Al hablar de latinismo no hay que entender actualmente nada que se refiera a una concreción de fundamental raíz étnica. Un concepto de raza enteramente pura, sin mezcla de sedimentos exóticos, no

se compadece con lo que resulta de recientes investigaciones científicas. En las razas actuales, aun en las más aparentemente incontaminadas, hay muchos elementos de agrupaciones étnicas distintas. Lo que se cierne y flota sobre el oleaje de estas cosas de la vida y de la historia es un espíritu, una condensación ideal que resume y sintetiza formas muy peculiares de ver y entender el dinamismo social. Esa condensación es producto en gran parte de una herencia excelsa que representa la suma de los idealismos de alteza moral que en el transcurso de siglos han determinado poderosamente una época o una civilización. En ese concepto integral hay pueblos latinos, formas pronunciadas e inconfundibles de una cultura latina impregnada hasta el fondo de una proyección secular de humanidades, de cierto clasicismo sereno, luminoso, libre por completo de artificialidades de decadentismos académicos.

“Tarde habla —dice García Calderón— de un renacimiento latino, de una suprema virtud del alma de esos pueblos que condena todos los fatalismos de la filosofía histórica; se levanta, sin aires de profeta, contra los vaticinios de una decadencia irremediable para los pueblos neolatinos. Esta oposición de pueblos latinos y sajones nace de la Reforma: es la creación reciente de un conflicto religioso que se disfraza de formas étnicas. No se basa en caracteres fisiológicos definidos, en posición geográfica, en pugna económica; su verdadera raíz está en la antítesis de dos psicologías... Hay una dirección divergente, un bifurcamiento en la Historia: dos razas, ni extrañas ni absolutamente heterogéneas en su tronco, que se separan por el legado lingüístico y religioso. Sus respectivos caracteres, sin ser antagónicos, se afirman y robustecen. La concepción sajona de la vida se funda en el puritanismo moral, en el apetito utilitario, en el empirismo, en el lento proceso inductivo; el alma latina es más ágil y artista, más deductiva y más sensual. Es una vida más libre y menos encauzada de la de los pueblos latinos: un precioso don de alegría y de libertad alienta su marcha en el tiempo, y sólo hoy, ante la porfiada afirmación de su envejecimiento, esos pueblos se estrechan y ceden, olvidando sus seculares dones de fe y de esperanza...”

En la unión estrecha e íntima de esos pueblos latinos ve Tarde lo imprescindible para mantener una espe-

cie de equilibrio en el florecimiento respectivo de esos dos tipos de civilización que resumen, puede decirse, lo más alto y provechoso del espíritu humano. El tema no ha envejecido ni podrá envejecer. Ha sido, es y será de palpitante actualidad. La solución que ofrece Tarde, es decir, el estrechamiento de esos pueblos, para de esa manera formar una acumulación de energía que restaure algunos de sus aspectos hoy borrosos o atrofiadas, estriba en “preparar la unión de los pueblos latinos, comenzando por alianzas modestas, por uniones de pueblos más afines, hasta poner las bases de la gran confederación del porvenir”. En los mismos Estados Unidos “está el ejemplo de una población inmensa unida por vínculos de libre cooperación”. En la concepción de Tarde florece una utopía noble y generosa que, aunque parezca cada vez más lejana, puede y debe servirnos por lo menos como orientación espiritual de soberana magnificencia... “Se formarían así —dice García Calderón en su exposición y acertado comentario de las ideas de Tarde— en el futuro dos alianzas inmensas, latina y sajona, que evitarían las luchas y las guerras y que darían a la civilización humana el aspecto de una grandiosa colaboración, sin mengua de la originalidad étnica y de la tradición moral e intelectual de los pueblos. El porvenir verá grandes uniones de razas, las afinidades se harán más enérgicas e imperiosas, porque la extensión de la cultura y la penetración de los ideales humanos uniformarán el tipo de los hombres en sus grandes aspiraciones colectivas. La suposición de Tarde sobre la necesidad de la futura federación es muy real; para unirse en pie de igualdad, para formar grandes asociaciones, hay que robustecer las tradiciones igualitarias de los individuos y de las razas. El imperialismo es una forma de asociación forzada y transitoria: la federación es el reflejo de la cooperación y del contrato en el orden jurídico internacional”.

García Calderón atesora una gran facilidad para exponer con precisión y colorido lo más fundamental de los grandes pensadores de nuestro tiempo que desfilan por las páginas amenas y jugosas de sus libros. Su tarea, en gran parte expositiva, aparece siempre iluminada por puntos de vista de apreciaciones personales de innegable mérito. No es nunca dogmático, y muy pocas veces resueltamente afirmativo. Él sabe bien que en nuestra época, de permanente agitación y de lucha, en que todo cambia

y se transforma siguiendo impulsiones de un permanente dinamismo, es y tiene que ser relativo cuanto tienda a dar caracteres definitivos a una verdad o a lo que desde nuestra observación personal elevamos a tal categoría. Toda conclusión cerrada de carácter rigurosamente dogmático supone siempre, o una estrechez irremediable de visión mental, o el ansia de un reposo final después de una serie de esfuerzos para alcanzar una certidumbre que huye siempre, especie de sombra fugitiva, ante nuestros pasos y ante nuestras miradas anhelantes...

Este volumen contiene muchos otros trabajos dignos de mencionarse con sincero encomio. No lo hago aquí pues no quiero extender demasiado estas páginas. Son de verdadero jugo los que llevan los títulos de "Renan juzgado por Brunetiere", "Menéndez Pidal y la cultura española", "Los ideales de la vida según William James", "Ariel y Calibán"... El último artículo del libro es de asunto puramente americano. Por eso me detengo en él, siquiera sea brevemente. Se titula "La nueva generación intelectual del Perú" y hay en él buen número de discretas y congruentes observaciones. Siento, al principiar, la necesidad de un mayor acercamiento intelectual de estos pueblos de cepa hispana. "Los vínculos geográficos y étnicos no se traducen por aproximaciones intelectuales. Y como sólo la inteligencia une, mientras la pasión y el prejuicio separan y disuelven, a medida que nos ignoramos en el mundo de las ideas, nos alejamos en el orden de las realidades. "Hace muchos años que vengo en libros, periódicos y conferencias, preconizando la necesidad de conocernos mejor, para por esa vía, completándonos unos con otros, modificar o suprimir nuestras respectivas deficiencias y llegar a constituir un orden de relaciones lo más robusto y orgánico posible.

"Estudiar a la juventud es conocer el porvenir", —dice expresivamente García Calderón—, y hay un mundo de verdad encerrado en esas palabras. Él quiere un ideal de vida armoniosa y estable del que se destierre inexorablemente todo género de exclusivismos. Vincular el raciocinio y la atención reflexiva a generosos entusiasmos capaces de despertar dormidas u ocultas energías. Quizás a eso debe tender toda consciente dirección espiritual que, sin renegar del pasado, porque no es posible —sin él cualquier educación resulta incompleta—, pueda alcanzar la realización de muy fructuosas finalidades. La juventud que

abomine del pasado por un injustificable sentimiento de vanidad o de soberbia no podrá jamás poseer un concepto de la vida que imprima ritmo integral a sus aspiraciones. El pasado, por cierta íntima fuerza, vive en nosotros. Cuando creemos habernos alejado más de él, surge de improviso con potencia irresistible. Nuestros antecesores, nuestros padres, los que terminada su labor se durmieron en la paz infinita del no ser, continúan viviendo en las profundidades más recónditas de nuestro mundo subconsciente. Pero aun así debemos, cuando lo creamos conveniente, reaccionar vigorosamente contra ese pasado hasta situarlo dentro de sus naturales límites. El pasado, en cierto culminante aspecto, debe servirnos para orientaciones necesarias, para, bien entendido, contribuir con el conocimiento que puede suministrarnos a adaptaciones sucesivas, a nuevos aspectos de la realidad que nos envuelve y penetra...

Lo étnico y lo circunstante determinan de cierta manera nuestro espíritu; lo moldean, puede decirse, hasta cierto punto. "No creo —sostiene García Calderón— que se pueda explicar el esfuerzo de un grupo intelectual sin ligarlo con transformaciones de medio o combinaciones de sangre. Cuando un alma nueva se esboza en una generación, hay algo que la prepara en la vida. Una literatura joven y robusta es un signo de esperanza. Ciertamente es que en épocas de decadencia moral y de disolución política, en la Roma moribunda, en las brillantes repúblicas italianas, un arte refinado y culto, un pensar generoso y vibrante, surgieron como vegetación maravillosa e insólita. Pero esa parte, que siempre tuvo algo de imitativo y de enfermizo, sólo hizo más grande el divorcio entre el espíritu de la multitud y el alma de aquellos ingenios selectos, estimulados por la protección de los Mecenas o de los príncipes... En la literatura joven de América, aun cuando se deleita en morbosos decadentismos, se nota savia de vida nueva y abundante energía"...

El autor de este libro analiza sagazmente los factores convergentes que determinarán la evolución intelectual de la sociedad peruana, como, salvo accidentes locales, de las demás colectividades sociales de la América latina. En el militarismo primitivo, en un acentuado espíritu burocrático, en la tendencia a resolver por medio de revoluciones los problemas políticos, siempre, o casi siempre de carácter personal, se condensarán los

principales aspectos de la evolución de estos países; y, naturalmente, extraviadas de esa manera las actividades individuales y colectivas, el resultado, como era de esperarse, tuvo que ser, y fue, funestísimo. Todavía estamos tocando las lamentables consecuencias. Pero el industrialismo, tomado como fuerza exclusiva de la dirección social, no es menos nocivo, como lo afirma el escritor peruano que motiva estas líneas. Sostiene también la necesidad de la intervención de los intelectuales en la vida política, para evitar ciertos excesos. “En nuestros países —dice— sólo los intelectuales (que no deben ser confundidos con los retóricos) pueden dirigir la política”. Esa afirmación fue escrita hace diez años, y no sé si García Calderón continúa aún sosteniéndola. Por lo que a estos maizales se refiere, los *políticos* son, y parece, por lo que se ve, que continuarán siéndolo, los que se llaman a sí mismos *prácticos*, es decir, gente incapaz de todo sano control jurídico y dispuesta a toda hora a recurrir a los procedimientos más abusivos y de acción más estulta y violenta. Los intelectuales de verdad son en estos países, por lo que a la política atañe, meras figuras decorativas...

García Calderón termina su bello estudio con estas hermosas palabras: “En todo espíritu joven canta una alondra, que saluda siempre, como en la tragedia de Shakespeare, a la aurora de los amores y de las esperanzas. Unámonos, pues, todos los jóvenes de la América española en el amor de un mismo ideal, hecho de justicia, de sinceridad y de paz”... Toda la actuación intelectual del escritor peruano ha respondido constantemente a tan noble y salvador propósito. Ojalá toda la juventud intelectual de la América hispana lo imitase en lo mucho que hay en él de acendrada devoción a serenos y luminosos idealismos.

* *

*

Profesores de idealismo es un libro bello, ameno, de veras interesante, nutrido de juicios plenos de rica y bien depurada erudición, y avalorado de continuo por un criterio firme y seguro. Por los asuntos tratados resulta como la continuación de *Hom-*

bre e ideas de nuestro tiempo. Pero en *Profesores de idealismo* hay como mayor dominio de las cuestiones que examina y como más agilidad y concisión en el estilo. En el otro, en el anterior, adviértese como una exuberancia de bosque virgen. Las ideas, una que otra vez, se entrelazan como árboles de muy copioso ramaje, permitiendo apenas precisar su filiación y sus puntos de engarce, por más que éste sea siempre excepcional. En *Profesores de idealismo* ya no se vislumbra nada parecido o semejante. La ordenación ideológica responde a un sentido claro y preciso del asunto, que no permite enmarañamiento ni confusiones. El estilo, sin aparecer demasiado recargado y frondoso, es diáfano y serenamente expresivo. Este libro proporciona un no muy agradable esparcimiento intelectual. Por sus páginas vibrantes circula sin interrupción una corriente de fecundadoras ideas. Hay en él vida intensa, vida copiosa que se derrama constantemente, impregnando el ambiente de aromas de un espiritualismo amable y vivificante...

Hay en esta obra estudios muy bellos y sugerentes; "Pro Taine", pongo por caso, es un hermoso y vibrante artículo, en que hace destacar en plena luz la figura, austera y melancólica, del pensador genial que vivió perfectamente en la serena región de las ideas generales, y que sólo contemplo en la existencia algo así como la noble concreción de un supremo ideal de verdad y de bien.

Su eticismo, saturado intensamente de los *Pensamientos* de Marco Aurelio, determinó en su vida de sabio estoico una constante proyección espiritual de alta nobleza.

Como filósofo no es aventurado suponer que carece de positiva originalidad. Su criterio, como ya se ha demostrado, se abreva en el positivismo, sobre todo en algunos pronunciados aspectos del positivismo de ciertos filósofos ingleses de alto renombre, y lo que se juzga de exclusiva creación, la crítica científica, en que la raza, el medio y circunstancias del momento determinan y explican en gran parte de la obra intelectual, aunque ya envejecida en no escasa parte, tiene antecedentes, y no muy lejanos, por cierto. Sainte-Beuve, dice el escritor francés E. Ledrain, conocía y practicaba esa crítica.

No comparto en absoluto la rotunda afirmación de Ledrain; pero no es posible negar que en el autor de *Causeries de Lundi* hay, en determinados momentos, más o menos conscientemen-

te aplicado, algo, y aun a veces mucho, de lo que integra el concepto crítico de Taine. Siempre hubo en este pensador genial un fondo de más o bien disfrazado dogmatismo.

No me ha sorprendido por eso la crítica demoledora de Aulard. Cuando por primera vez leí con vivísimo interés la obra monumental de Taine, *Les origines de la France contemporaine*, parecíame notar, en su rigidez de criterio, en cierta visible inclinación de su espíritu, como un propósito principal de condenar, como si en el fondo de su ánimo hubiera el empeño de achicar el valor inmenso de la gran Revolución francesa y el mérito naturalmente relativo de los que en primera línea actuaron en aquel decisivo y tormentoso período de la historia humana.

Pero con todo, no obstante Aulard, de la labor histórica de Taine quedan, quedarán en pie muchas cosas. Hay en su magnífica obra acerca de la gran Revolución, juicios que se me antojan definitivos.

No hay entre sus admiradores, que son legión, quien desconozca la nobleza de su vida y la irreducible independencia de su carácter.

Basta mencionar la dolorosa ruptura de su grande y vieja amistad con la princesa Matilde, a causa de algo contenido en su magnífico estudio acerca de Napoleón en la misma gran obra citada, que la ilustre dama consideró ofensivo para su familia...

En "Una visita a William James", el psicólogo insigne, muerto hace poco, con hondo duelo de la intelectualidad universal, fluye copiosa y bellamente un sentimiento de justificada y profunda admiración por uno de los más grandes removedores de almas de estos últimos tiempos.

García Calderón escuchó complacido la palabra serena, austera, efusiva, del gran filósofo norteamericano en Harvard, "la vieja y célebre Universidad americana, plétórica de tradiciones". ¡Qué grato debe de ser conversar así, durante ratos en amable intimidad, sobre cosas de alta vibración espiritual, con una de esas almas escogidas, de selección, que aparecen de trecho en trecho en el árido camino de la vida, arrojando vivos resplandores sobre las densas sombras que envuelven nuestro misterioso camino!

El insigne profesor de Harvard fue un psicólogo de gran valor que supo sondear con mirada perspicaz los más recónditos

bre e ideas de nuestro tiempo. Pero en *Profesores de idealismo* hay como mayor dominio de las cuestiones que examina y como más agilidad y concisión en el estilo. En el otro, en el anterior, adviértese como una exuberancia de bosque virgen. Las ideas, una que otra vez, se entrelazan como árboles de muy copioso ramaje, permitiendo apenas precisar su filiación y sus puntos de engarce, por más que éste sea siempre excepcional. En *Profesores de idealismo* ya no se vislumbra nada parecido o semejante. La ordenación ideológica responde a un sentido claro y preciso del asunto, que no permite enmarañamiento ni confusiones. El estilo, sin aparecer demasiado recargado y frondoso, es diáfano y serenamente expresivo. Este libro proporciona un no muy agradable esparcimiento intelectual. Por sus páginas vibrantes circula sin interrupción una corriente de fecundadoras ideas. Hay en él vida intensa, vida copiosa que se derrama constantemente, impregnando el ambiente de aromas de un espiritualismo amable y vivificante...

Hay en esta obra estudios muy bellos y sugerentes; "Pro Taine", pongo por caso, es un hermoso y vibrante artículo, en que hace destacar en plena luz la figura, austera y melancólica, del pensador genial que vivió perfectamente en la serena región de las ideas generales, y que sólo contemplo en la existencia algo así como la noble concreción de un supremo ideal de verdad y de bien.

Su eticismo, saturado intensamente de los *Pensamientos* de Marco Aurelio, determinó en su vida de sabio estoico una constante proyección espiritual de alta nobleza.

Como filósofo no es aventurado suponer que carece de positiva originalidad. Su criterio, como ya se ha demostrado, se abreva en el positivismo, sobre todo en algunos pronunciados aspectos del positivismo de ciertos filósofos ingleses de alto renombre, y lo que se juzga de exclusiva creación, la crítica científica, en que la raza, el medio y circunstancias del momento determinan y explican en gran parte de la obra intelectual, aunque ya envejecida en no escasa parte, tiene antecedentes, y no muy lejanos, por cierto. Sainte-Beuve, dice el escritor francés E. Ledrain, conocía y practicaba esa crítica.

No comparto en absoluto la rotunda afirmación de Ledrain; pero no es posible negar que en el autor de *Causeries de Lundi* hay, en determinados momentos, más o menos conscientemen-

te aplicado, algo, y aun a veces mucho, de lo que integra el concepto crítico de Taine. Siempre hubo en este pensador genial un fondo de más o bien disfrazado dogmatismo.

No me ha sorprendido por eso la crítica demoledora de Aulard. Cuando por primera vez leí con vivísimo interés la obra monumental de Taine, *Les origines de la France contemporaine*, parecíame notar, en su rigidez de criterio, en cierta visible inclinación de su espíritu, como un propósito principal de condenar, como si en el fondo de su ánimo hubiera el empeño de achicar el valor inmenso de la gran Revolución francesa y el mérito naturalmente relativo de los que en primera línea actuaron en aquel decisivo y tormentoso período de la historia humana.

Pero con todo, no obstante Aulard, de la labor histórica de Taine quedan, quedarán en pie muchas cosas. Hay en su magnífica obra acerca de la gran Revolución, juicios que se me antojan definitivos.

No hay entre sus admiradores, que son legión, quien desconozca la nobleza de su vida y la irreducible independencia de su carácter.

Basta mencionar la dolorosa ruptura de su grande y vieja amistad con la princesa Matilde, a causa de algo contenido en su magnífico estudio acerca de Napoleón en la misma gran obra citada, que la ilustre dama consideró ofensivo para su familia...

En "Una visita a William James", el psicólogo insigne, muerto hace poco, con hondo duelo de la intelectualidad universal, fluye copiosa y bellamente un sentimiento de justificada y profunda admiración por uno de los más grandes removedores de almas de estos últimos tiempos.

García Calderón escuchó complacido la palabra serena, austera, efusiva, del gran filósofo norteamericano en Harvard, "la vieja y célebre Universidad americana, pletórica de tradiciones". ¡Qué grato debe de ser conversar así, durante ratos en amable intimidad, sobre cosas de alta vibración espiritual, con una de esas almas escogidas, de selección, que aparecen de trecho en trecho en el árido camino de la vida, arrojando vivos resplandores sobre las densas sombras que envuelven nuestro misterioso camino!

El insigne profesor de Harvard fue un psicólogo de gran valor que supo sondear con mirada perspicaz los más recónditos

repliegues del espíritu, siguiendo siempre la línea de un empirismo sereno y trascendente, acaso, en ocasiones, de exagerada proyección mística, pero que, contrario al destino de todo dogmatismo empírico, ni cayó en glaciales escepticismos ni finalizó en un materialismo grosero y desesperante.

Sobre toda la obra filosófica de W. James, como lo ve bien el autor de este libro, flota como una suave iluminación de noble y prolífico idealismo.

En los magistrales capítulos de su libro célebre, *Fases del sentimiento religioso*, late a cada instante un sentimiento de potente sinceridad, un ideal de radiante amor humano, un ansia de verdad consoladora, al quererse explicar la dolorosa inquietud de todo espíritu de cierta cultura frente al inescrutable arcano de nuestro origen y nuestro destino: esa inquietud que ha constituido, que constituye, que constituirá siempre la obsesión de las almas que se ciernen sobre las contingencias y limitaciones de nuestra pasajera y mezquina existencia.

Sintiendo el vacío de ciertas lucubraciones ontológicas, de estériles discusiones de una metafísica incolora y sin envidia, procuró W. James señalar rumbos de cierta finalidad práctica a las especulaciones filosóficas. Si no creó el pragmatismo —tan acertadamente juzgado por García Calderón en su anterior libro—, pues el génesis de esta doctrina está más allá del mismo Peirce, no puede, por ningún concepto, escatimársele el mérito de haberlo propagado, defendido y aun metodizado.

Bien visto, el pragmatismo no vincula ninguna bien caracterizada y racional sistematización filosófica; es pura y simplemente, considerado en su estructura general, un método *a posteriori* de comprobación y verificación que, naturalmente, tiene grandes lagunas y adolece de ciertos muy visibles defectos, aun siendo la dirección más genuina y noblemente práctica que se descubre en toda la Filosofía moderna.

El pluralismo es la otra dirección filosófica de James, doctrina desarrollada amplia y vigorosamente en su último libro, *Philosophie de l'expérience*.

Frente al monismo, al concepto de irreductible unidad de gran parte de la filosofía moderna, W. James sustenta el criterio contrario al afirmar "que un aspecto de dispersión o de incompleta unificación es la sola forma bajo la cual la realidad se

ha constituido hasta el presente. La experiencia humana no da sino partes. A la forma monística *todo*, corresponderá siempre la forma pluralista *cada*".

Como los dos estudios a que acabo de hacer referencia son todos, o casi todos, los contenidos en esta obra, digna en todas sus partes de calurosos aplausos.

Los capítulos consagrados al análisis de las corrientes filosóficas en la América latina abundan en datos bien seleccionados y en muy atinadas apreciaciones. Esos capítulos llevan al pie notas muy jugosas, de nuestro culto compatriota Pedro Henríquez Ureña. Puedo afirmar que la lectura de esta obra me ha producido un verdadero goce intelectual, una voluptuosidad espiritual, un placer estético, como sólo me han proporcionado muy pocos y determinados libros.

* *

*

La expresión más intensa del americanismo de García Calderón la contiene su libro quizás más meditado y profundo: *Les democraties latines de l'Amérique*. Es obra de experto sociólogo, por la exactitud y el alcance de sus observaciones. Merece un detenido estudio, por ser quizás la más interesante y completa de cuantas se han publicado en estos últimos años respecto de los órganos y formas del desenvolvimiento social de los pueblos de civilización latina radicados en este vasto Continente.

Escrito en francés, y con un prólogo breve y expresivo del insigne R. Poincaré, este libro está principalmente destinado a circular en centros intelectuales europeos, para dar una idea clara y lo más integral posible de la vida social, política y económica de las repúblicas iberoamericanas, tan mal conocidas en países de allende el mar, de refinada civilización, donde, por regla general, sólo se fijan en ciertas nocivas exterioridades de su existencia política, sin considerar, ni poco ni mucho, lo que en su atormentada evolución económica y cultural hay de positiva importancia y digno de consciente loa.

El autor de este libro analiza y discute magistralmente los puntos más salientes del desarrollo colectivo del mundo hispano-americano. Los intelectuales de estas Repúblicas están dando continuamente muestras de su fructuoso empeño de desvanecer transcendentales errores que respecto de nuestra manera de ser corren por ahí como moneda de buena ley, y que conviene destruir, para que la verdad se abra paso y resplandezca.

Hace ya algún tiempo pronunció el ilustre Manuel Ugarte un interesante discurso en una prestigiosa Universidad norteamericana, exponiendo con sobrio y expresivo lenguaje los puntos principales que justifican nuestra actitud ante el imperialismo yanqui; y ahora García Calderón, en esta obra, pone de relieve en todos sus aspectos, con amplio y seguro análisis, con bien precisada crítica, fundamentada en copiosa erudición, los factores étnicos y sociales que integran la vida histórica de estos países, siguiendo paso a paso las sucesivas etapas de su evolución hasta el momento actual, en que ese proceso ascendente titubea y parece como que se paraliza ante fuerzas antagónicas que tienden a suplantarse la luminosa cultura latina, en que se ha desenvuelto y sigue actuando nuestro espíritu con otra civilización que riñe con cosas de íntima urdimbre que forman, puede decirse, el fondo psíquico de nuestra existencia individual y colectiva.

En estas bellas y atractivas páginas, de concienzudo análisis, de serenas y oportunas apreciaciones, pálpese, quizás en mayor grado que en otros libros de García Calderón, las cualidades de claridad, precisión, orden y armonía que abrillantan su prosa y que son productos de asimilación más o menos completa de lo que caracteriza e integra permanentemente el luminoso espíritu de la cultura francesa.

Base fundamental de su libro es el estudio hondo y comprensivo de los elementos étnicos, dispares y complejos, que formaron la raza conquistadora. Esto es producto de la asimilación en un fondo de característico relieve moral de factores étnicos de distinta procedencia, que, merced a un trabajo acumulado de siglos y a modalidades de orden físico y moral, encontraron un equilibrio más o menos estable en una concreción individual de modalidades precisas y definidas.

Aunque su acentuada rigidez, su poderoso individualismo, su intolerancia dogmática se hayan atenuado considerablemente

por su mezcla con sangre india y sangre africana y por la influencia del ambiente físico, la raza conquistadora conserva aún en sus descendientes americanos ciertas de sus primitivas cualidades, por más que éstas parezcan, en ciertas partes, correr a su extinción por su contacto con razas exóticas, de ideas y costumbres hartamente diferentes. Guerrera y mística, atormentada de continuo en sus más conspicuas representaciones personales por groseros apetitos o por íntima inclinación a estados de exagerado fervor religioso, puso siempre de manifiesto un idealismo que atenúa considerablemente muchos de sus yerros y extravíos.

El individualismo característico de esa raza se exterioriza cumplidamente en las dos formas de vida que asume de continuo en su desarrollo histórico: la guerra y el misticismo. Su gran guerra, la guerra secular de la reconquista, determinó principalmente un estado de alma a la vez belicoso y rústico, que presenta a veces formas de expresión diversas, pero siempre convergentes.

De ahí, de ese estado de alma colectivo, como su natural proyección, salen los aventureros que realizan la fulgurante epopeya de la conquista de América y la fuerza de intensa coherencia religiosa que se descubre en el imperio jesuítico del Paraguay. A veces esos dos aspectos fundamentales se condensan en un tipo de alto y representativo individualismo, como en la grande alma batalladora y mística de Ignacio de Loyola.

En ese pasado, en el primitivo fondo étnico de los conquistadores heroicos y crueles, ve García Calderón, ya contenidas en germen, formas sucesivas del dinamismo social ibero-americano. Su análisis no tiene desperdicio. El espíritu de anarquía local, de intolerancia, de estrecha concepción política, de indisciplina, de desapoderada violencia, corriendo el tiempo, cuando las colonias de vida vegetativa se transforman de la noche a la mañana, sin transición, sin preparación de ningún género, después de guerras cruentas, en flamantes y sedicentes repúblicas, en democracias de aluvión, aparece con formidable empuje, originando luchas continuas entre absorbentes oligarquías que quieren perpetuar formas añejas de la vida colonial, y demagogías que aspiran a reemplazarlas proclamando principios de un radicalismo que resulta siempre de imposible aclimatación en estas naciones de reciente origen y de aún escasa e incongruente cultura.

En esas frecuentes luchas alcanza su más adecuada forma representativa el caudillo, el dictador, que ya actúa como jefe o director de una oligarquía encastillada en seculares privilegios o como conductor de democracias exacerbadas por su sistemático y abusivo alejamiento de la dirección de los asuntos públicos, acaparada por una minoría inteligente y adinerada.

El *caudillo* resume y compendia, durante cierto tiempo, por fuerza incontrastable de la realidad social, la vida histórica de muchas de estas repúblicas. En sus diferentes formas de expresión, el caudillaje, en gran parte desapoderado y estulto, que ha imperado y aun impera en alguno de estos países, es fenómeno social determinado por los prejuicios, los convencionalismos, las preocupaciones que aún constituyen en mucha parte el ambiente moral hispano-americano.

“El Paraguay —dice García Calderón— confirma una ley de la historia americana: la dictadura es el gobierno adecuado para crear el orden interior, desenvolver la riqueza y unificar las castas enemigas...” Rosas mismo en la Argentina; Castilla, en el Perú; Diego Portales, en Chile; Guzmán Blanco, en Venezuela; Porfirio Díaz, en Méjico, parecen confirmar esta ley cumplidamente.

En la psicología del caudillo de nuestras turbulentas democracias reviven, salvando necesariamente circunstancias de ambiente y de hora, las cualidades elementales del conquistador ibero. Pedro de Alvarado y Francisco de Carbajal resucitan, tres siglos después, en el espíritu aventurero y cruel de Juan Facundo Quiroga y en la figura trágica y sombría de Melgarejo...

El caudillo es siempre representación de aspectos acentuados de la vida social en un momento dado. Es instrumento efectivo, aunque muchas veces inconsciente, de determinadas necesidades generales. El caudillo es *efecto*; pero también en determinados casos es *causa*. Efecto cuando es la expresión más o menos momentánea de la incontrastable necesidad de contener la anarquía, de poner dique a las pasiones políticas desbordadas, de mantener el orden *manu militari*, para que la sociedad pueda cumplir indefectiblemente finalidades de vida colectiva, y es causa, como cuando, Guzmán Blanco en Venezuela y Porfirio Díaz en Méjico, aun siendo su obra negativa en el orden político, realizan fecundos empeños de orden principalmente económico.

García Calderón dedica muchas curiosas páginas de su libro a estudiar el fenómeno social del caudillaje en todos sus distintos aspectos, haciendo desfilar por ellas, por obra de sugerente evocación, al enigmático doctor Francia, "personalidad sombría, de intensa vida interior; que parece un puritano de Cromwell"; García Moreno, organizador notable, intolerante y dogmático, fundador de una semidictadura clerical; Ramón Castilla, Santa Cruz, Páez, Rivera, Rafael Núñez, tantos y tantos otros que representan, por lo general, un rígido principio de autoridad, o que en ciertos momentos se improvisan como conductores de muchedumbres que luchan por suplantar empedernidas oligarquías conservadoras.

La típica figura del caudillo va lentamente atenuándose, transformándose... En Brasil, la Argentina y Chile, donde se ha efectuado el paso de lo oligárquico y lo militar a un régimen industrial de condiciones igualitarias, el caudillo va asumiendo formas diversas de adaptación a la realidad circunstante.

Persiste con mayor o menor vitalidad en los países del Trópico, aunque tiende a ser cada vez menos representación adecuada de un estado social preciso y definido.

Paralelamente al caudillaje, un movimiento intelectual de diversas formas tiende a dar consistencia, base fundamental, a instituciones políticas arraigadas, o que bregan por arraigarse, y a ideas de cierto radicalismo social que empujan a abrirse paso en estas cambiantes democracias.

Una ideología política, inspirada naturalmente en enseñanzas europeas, aunque de cierta originalidad en algunos eminentes pensadores, lucha a brazo partido con el infecundo espíritu tradicionalista, que sistemáticamente trata de excluir formas determinadas y necesarias de expansión liberal, para constituir Estados de durable organización y libres de convulsiones anárquicas. Lastarria, Montalvo, Bilbao, Vigil, otros más, personifican la tendencia expansionista rebelde a toda autocracia o a todo estancamiento de la actividad política.

La ola impetuosa del progreso moderno va arrollando los últimos obstáculos hacinados en el camino del desenvolvimiento cultural de estos países. Aunque sin rumbos definidos y concretos, como movidas por cierto oscuro y misterioso dinamismo, algunas de estas jóvenes democracias venciendo múltiples dificultades, marchan resueltamente hacia adelante.

En Literatura, expresión a veces fidelísima de efectivas realidades sociales, después de sucesivos períodos de imitación servil, de tanteos, de asimilaciones por lo general incongruentes, se ha llegado al dominio de cierta técnica, y parece que hemos encontrado ya formas literarias de caracteres relativamente durables y enderezadas a la conquista de una personalidad intelectual autónoma.

Aunque el modernismo, ya de paso puede decirse, tiene muchos aspectos, formas necesarias del ideal de renovación que constituyó su raíz fundamental, y aunque ha llevado su espíritu innovador al mismo movimiento literario de España, preciso es confesar que no pocos de nuestros escritores y poetas lo han entendido, y aun no falta quien lo entienda casi exclusivamente en un sentido de refinamiento de la sensibilidad y del léxico, lo que parece limitarlo cercenando algo y aun algo de su orientación verdadera, y convirtiéndolo en una expresión más o menos adecuada de artificios y suntuosidades de ritmo, de dicción y de estilo...

En esas nuevas orientaciones, comprendidas en su verdadero sentido, caben ampliamente el noble y fecundo ideal de un alto americanismo y la aspiración a vigorizar el alma nacional, el sentimiento patrio, en cada uno de estos pueblos, mediante el cultivo literario incesante de peculiaridades sociales exclusivamente de ellos, de un nacionalismo sano y amplio, sin chauvinismos ridículos; tendencia que sigue acentuándose y que no menciona el autor de este libro, quizás por creer que esa incipiente forma de expansión literaria no ha asumido aún caracteres de verdadera importancia...

En el mundo, para tantos cerrado, de la alta intelectualidad, de la Filosofía, las direcciones noblemente utilitarias que vincula el pragmatismo y recientes aspectos de la especulación filosófica contemporánea, van conquistando adeptos necesariamente poco numerosos, por la evidente incapacidad de algunos de nuestros medios para practicar tales elevadas disciplinas intelectuales. Nuestro pensamiento filosófico flota indeciso, sin direcciones fijas, obediente aun a los cambios que se manifiestan en los grandes centros de cultura europeos.

A las últimas corrientes escolásticas, a Escoto y a ciertos aspectos del tomismo, a la dialéctica insinuante del mitigado racionalismo de Balme, a otras influencias muy superficiales, ha

seguido el positivismo de Comte, especie de disciplina mental que no ha dejado de tener su utilidad, y el evolucionismo spenceriano, hoy en crisis en algunos de sus postulados, pero que aún conserva cierta influencia en muchos centros intelectuales de Hispano-América.

Nietzsche, por lo general pésimamente comprendido, cuenta con bastantes partidarios, de los que son muy contados los que conocen lo que hay de verdadera substancia en el gran pensador alemán. No falta quien sepa del idealismo sugestivo de Fouillée, de la filosofía de la contingencia de Boutroux y del neoespiritualismo que hay en el fondo de la especulación filosófica de Bergson. También se menciona el bovarismo de Jules de Gaultier.

El criterio filosófico en estos países tiende de continuo a un eclecticismo fácil y cómodo... En lo político y social no sucede lo mismo, pues contamos con verdaderos pensadores de originalidad y fuste, como Bello, Hostos, Ingenieros, Bunge y tantos otros, como García Calderón lo puntualiza con perspicaz y acertado criterio.

En la paulatina y pacífica invasión de trabajadores alemanes y japoneses, y en el metódico y potente desenvolvimiento del imperialismo yanqui, ve el autor de este libro los tres grandes peligros que, procedentes del exterior, amenazan el porvenir de las repúblicas ibero-americanas.

Cuantiosos intereses empleados en Centro-América, de procedencia alemana, y 400,000 habitantes de esa nacionalidad esparcidos en dos o tres estados del Brasil, no pueden ciertamente representar ningún peligro digno de tenerse en cuenta. Más podrían representarlo los miles de japoneses que pueblan algunos puntos de las regiones occidentales de los Estados Unidos y los numerosos contingentes de ese origen que en éxodo de trabajo se encaminan a nuestras repúblicas del Pacífico, al Perú principalmente.

Pero este peligro, si existe, me parece muy remoto. El alma nuestra y el alma japonesa, como lo patentiza García Calderón, son radicalmente antitéticas. Un mundo de ideas las separa.

Raza, religión, idioma, costumbres, maneras harto diferentes de entender e interpretar la vida, todo, absolutamente todo, impide un contacto íntimo, hace poco más o menos que imposible

su dominación sobre estos pueblos... El verdadero peligro para muchos de ellos reside en la incontenible fuerza de expansión que representa el imperialismo de los Estados Unidos.

El monroísmo, verdaderamente útil en los comienzos de la pasada centuria, de carácter puramente defensivo en la célebre declaración que le constituye, se ha trocado en forma elástica con que se pretende justificar incalificables actos de agresión más o menos disimulada a la autonomía de algunos países de la América latina, por más que sea preciso confesar, aunque tal cosa resulte humillante para nosotros, que algunos de esos países, presas de continua anarquía, han dado hasta cierto punto motivos suficientes de pretexto para tales atentados de la diplomacia norteamericana.

Como lo demuestra García Calderón, sus estadistas Olney y Root, por ejemplo, se contradicen en la apreciación de estos graves problemas. Mientras el primero no se recata para expresar ideas de un imperialismo absorbente, el segundo hace declaraciones enderezadas a tranquilizar estos pueblos, desvaneciendo sus temores sobre las intenciones expansionistas de la gran República. Pero tales declaraciones, en contradicción con ciertos actos, no conducen sino a aumentar esos temores.

Detrás de apariencias de respeto a la autonomía de algunas de estas repúblicas, asoma siempre el *big stick* de un imperialismo que se encuentra indudablemente en su primera fase de desenvolvimiento, y que quizás asuma un carácter más agresivo si el estado convulsivo de algunos de estos pueblos les ofreciera aparentes motivos para nuevas abusivas injerencias. El arrendamiento de la bahía de Fonseca, en Nicaragua, y los modificaciones que en el Senado americano se quieren introducir al tratado celebrado con Colombia, demuestran expresivamente las verdaderas ideas de lo que se llama el *panamericanismo*, tan preconizado actualmente por algunos observadores superficiales como fórmula de salvación para estos pueblos. Esa fórmula viene a ser como una consagración internacional del imperialismo yanqui...

Sin tratar de razas, pues en el coloso del Norte, como en nosotros, no existe verdadera unidad étnica, vese claramente que ciertas formas y modos de considerar la vida son enteramente diferentes en ambas civilizaciones. Nos faltan su sentido utilitario, práctico, de las cosas; su amplia libertad jurídica, su con-

cepto de un orden estable, su espíritu de iniciativa, y cierto ideal de deber y de austeridad heredada de los *pilgrim fathero*...

No veo nada que nos impida la asimilación de ciertas formas de su vida individual y social sin sufrir menoscabo de ningún género ciertas cualidades que ha puesto en nuestra psicología el espíritu de la cultura latina. Claro está, como queda dicho, que no tenemos nada del Lacio. Nuestra ascendencia étnica es compleja, pero nuestro latinismo está fuera de duda. Somos latinos por el idioma, por la asimilación del genio francés, latino hasta la médula, por nuestro catolicismo, por nuestra interpretación del Derecho, por nuestra exultación de ese concepto cesáreo de la vida de que habla Guillermo Ferrero...

Ambas civilizaciones, la anglo-sajona y la latina —si la primera pudiera olvidar sus prejuicios de raza—, podrían llegar en América, no a una fusión imposible, sino a un desarrollo paralelo de sus respectivas cualidades y energías intrínsecas para alcanzar un altísimo grado de cultura, de incalculables beneficios para la Humanidad entera.

Para ese resultado, lo principal sería que la gran República demostrase con sus actos que no quiere ejercer ningún control humillante para estas repúblicas, tan celosas de su independencia. ¿Sucederá así?... O, por lo contrario, ¿continuaremos revelando nuestra incapacidad para el *selfgovernment*, dando así pretexto a su intervención desdolorosa en nuestros asuntos puramente interiores?...

En el interesante capítulo “La anarquía del Trópico” hay muchas apreciaciones de innegable mérito. Al referirse a Santo Domingo, cita bondadosamente opiniones contenidas en libros míos, y estampa los siguientes conceptos sobre aspectos más o menos bien conocidos de nuestra vida social: “Encontramos en los primeros, en los dominicanos, poesía, imaginación, una cultura elevada, pero una evolución política muy lenta”.

“Los pueblos del Trópico parecen incapaces de orden, de paciencia laboriosa, de método; así la literatura pródiga de Santo Domingo forma resaltante contraste con el arcaísmo de su vida política”... Son numerosísimas las apreciaciones de real importancia que pueden encontrarse en las páginas serenas de este volumen proficuo, en que brillan excelentes cualidades de circunstanciado análisis y de bien observada pedagogía social.

No hay detalle de importancia que se le escape en su detenido examen de lo que fundamentalmente integra la psicología de estos pueblos. Conoce con verdadera profundidad cuanto atañe a su movimiento político, económico, intelectual. Examinar detenidamente este libro nos llevaría a dar a este comentario exageradas proporciones...

García Calderón juzga utópica la idea de una Confederación latino-americana, pensamiento que ha seducido y avasallado a tantos nobles espíritus. Pero si no cree en la Confederación integral, quizás imposible desde varios puntos de vista, sí cree en la posibilidad de constituir estas veinte repúblicas en siete organismos nacionales poderosos, unidos por sólidos vínculos geográficos e históricos. Estos grupos de naciones, dice, formarán una América nueva, organizada y fuerte.

El Brasil, con su inmenso territorio y su densa población; la Confederación de la Plata; la Confederación del Pacífico; la gran Colombia, establecerán, en fin, en el Continente meridional el tan ansiosamente deseado equilibrio. Al Norte, Méjico, la América Central y la Confederación de las Antillas, serían tres Estados latinos que servirían de obstáculos al avance de los anglosajones.

“No sería esa —añade— la vaga unión de que hablan en América los profesores de utopías, después de Bolívar, sino la agrupación en confederaciones definitivas de pueblos unidos por lazos reales geográficos, económicos y políticos”. “Este libro —dice Poincaré en el prólogo— está lleno de vida, cargado de pensamiento”... Y así es, efectivamente.

En sus páginas vibra a cada momento la noble inquietud de una gran inteligencia y un generoso corazón, de un espíritu selecto que *sous l'oeil des barbares* quiere y defiende la conservación a ultranza de lo que hay de castizo en nuestra cultura, de cuanto constituye a excelsa herencia moral del genio latino en estas repúblicas, capaces de alcanzar, por un efectivo desarrollo material e intelectual, las cúspides iluminadas de una civilización cada vez más libre, coherente y progresiva...

RUFINO BLANCO FOMBONA

El escritor

En toda la ya vasta actuación intelectual de Rufino Blanco-Fombona vibra y se intensifica un alma de selección, impetuosa, de honda sinceridad, presta de continuo al ataque, pero plena siempre de hidalga generosidad y de indiscutible nobleza.

En todo escritor, por regla general, existe, en mayor o menor grado, un incondicional acatamiento a ciertos convencionalismos sociales que imperan con fuerza en la vida colectiva. Se quiere, o se pretende siempre, no desafinar en la armonía de un eticismo convencional; no salirse, o, si acaso, muy tímidamente, del conjunto de modos de practicar la vida que imprimen carácter al organismo social, por más que en el fondo se les considere como torpes y entorpecedores. No esperamos casi nunca, en la mayor parte de los autores, el rasgo desconcertante, la nota que produzca intensa sorpresa en nuestro espíritu. En Rufino Blanco-Fombona la sinceridad, su sinceridad peculiarísima, está siempre, puede decirse, a flor de pluma. Es lo más saliente y característico de su personalidad deslumbrante y proteica... Cuando menos lo esperamos, él produce esa nota que se echa de menos en la inmensa mayoría de los autores; y por medio de esa nota queda nuestra mente impresionada de modo intenso e inesperado. Y comprendemos entonces que estamos en presencia de un altísimo espíritu y de un formidable escritor.

Para Blanco-Fombona, en muchas ocasiones, parece no existir el yo acomodaticio, flexible, cambiante, convencional que todos poseemos. Su yo, el yo que se desborda constantemente en sus creaciones literarias, parece más bien tener algo del yo profundo de que habla Bergson. Su espontaneidad arranca de lo más íntimo de su ser y no titubea nunca en echar afuera, así sea desconcertante e hiriente, lo que en un momento dado preocupa su inteligencia o totaliza su emoción.

Dice la verdad sin miramientos ni indecisiones, su verdad, lo que él cree sinceramente que lo es. Acaso esa verdad, en más de un caso, merezca ser sometida a discusión; pero para él lo es realmente, y poco se le importa lo que de ella se origine: el juicio adverso de los demás o consecuencias peligrosas de cualquier género.

Es apasionadísimo por temperamento —sus libros lo demuestran a cada instante—; pero ese hervor de pasión que caldea las obras de su ingenio, resulta siempre, absolutamente siempre, expresión vehemente y sincera de lo que positivamente le preocupa e inquieta. Este hombre no es un farsante: puede engañarse, pero no engaña. Para mí es el escritor más sincero y menos convencional con que cuenta actualmente la literatura hispano-americana.

Y es singular que personalidad intelectual tan varia, tan pro-teica, conserve siempre, a despecho de su multiplicidad de aspectos, de su aparente dispersión, sin desgastes ni resquebrajaduras, la unidad diamantina de su resaltante psicología. No obstante su diversidad de facetas: crítico, poeta, novelista, *conteur*, historiador, polemista, es siempre el mismo, siempre inconfundible. Su *cachet* personalísimo resplandece en todas sus producciones. El fulgor de su personalidad inconfundible ilumina de continuo el mundo de su inteligencia. Esa unidad de que hablo avalora con recóndito relieve sus juicios y sus creencias mueve y exalta el tumulto de sus simpatías, de sus rencores, de sus odios. No es paradójico adrede, como otros, con miras de efectismo. En él, por condiciones privativas muy íntimas, lo espontáneo, la sensación inmediata y directa, se impone con frecuencia a la idea o al sentimiento que buscan en la reflexión detenida un seguro criterio de comprobación o de acierto.

En determinadas horas aparece como contradictorio. Pero todo, en nuestro tiempo, ¿no está sujeto de continuo a perennes

modificaciones y rectificaciones? Fuera del dominio más o menos amplio de cierto idealismo fundamental, de cierta visión trascendente de las cosas; fuera de eso, cuanto en todo lo demás cae bajo la acción de nuestro mecanismo sensorial se presta a un examen, a una investigación en que pueden florecer, y florecen, continua y prolíficamente, puntos de vista real o aparentemente contradictorios...

En el caso de Blanco-Fombona, se trata de diversas épocas de su carrera intelectual; es decir, de diversos momentos psicológicos en que el autor se sintió impresionado de esta o de aquella manera, frente a cambiantes aspectos de su vida interna o de su visión objetiva. Cuando oigo producirse una nota acerba de censura contra este o aquel escritor porque en sus producciones de tiempos diversos se adviertan diferencias ideológicas de secundaria importancia —dentro de la unidad del carácter, que es lo que importa— se me figura tal censura producto de espíritus críticos superficiales, que sólo perciben fragmentos o aspectos unilaterales de la realidad, sin poder en ningún caso elevarse a una visión integral y finitiva de la vida. El imbécil, que no ve distintos aspectos de las cosas, porque no piensa, indica complacido tales o cuales contradicciones de los que sí piensan y miran hoy una cosa por distinto modo de como la vieron ayer, enriqueciendo así el mundo de la inteligencia y probando una superioridad a que todos no pueden aspirar. No hay nada como la incomprensión. “Contra la imbecilidad, hasta los dioses luchan en vano”, ha dicho Schiller..

*Letras y letrados de Hispano-América,
y Grandes escritores de América*

En *Letras y letrados de Hispano-América* está, a mi ver, una parte muy interesante de lo producido por Rufino Blanco-Fombona como crítico literario, aunque lo más agudo y discreto esté quizás en su *Ensayo sobre el modernismo en América*, y en su fundamental volumen titulado *Grandes escritores de América*, trabajos ambos que tendrán que consultar los futuros historiadores de las letras americanas.

Pero concretémonos por el momento a su obra de juventud titulada *Letras y letrados*.

“El oficio de juez me repugna —dice— y nunca lo he ejercido ni lo ejerceré. Nadie tiene derecho, por ningún motivo, de juzgar a sus semejantes, ni menos de condenarlos. “Ya sabemos, pues, que el autor de *Letras y letrados* no es un dómine pedante, que condena a los autores en nombre de cánones o prejuicios determinados. No cabe más generosa y comprensiva actitud mental. A pesar de lo fragmentario de este volumen, de su aparente fragilidad, de cierta deficiencia de ensambladura, hay en él una unidad crítica de vigorosa plasticidad, que lo hace de veras interesante.

Sin la posesión de un criterio estético sereno, bien depurado, sin cierta noble tolerancia, no puede darse crítico que merezca tal nombre. El impresionismo crítico cuando no se encuentra avalorado por la posesión de ese criterio, resulta siempre exposición superficial que sólo sorprende vanas exterioridades, ofuscado por los aspectos exteriores. Lo demás, lo esencial, lo que corre esparciendo calor de creación por debajo de lo que se ofrece a flor de mirada, queda siempre olvidado para esos escritores, meramente impresionistas, o no visto, o no sentido, como en la sombra.

Blanco-Fombona no pertenece a tal legión de superficiales. Ve los detalles y ve el conjunto. Comprende que no se debe dogmatizar ni pontificar en nombre y representación de cosas variables, y se abstiene de incurrir, como ya indiqué, en condenaciones acerbas, limitándose a exponer simplemente sus puntos de vista, conducido por su buen gusto y preparado por el estudio, con buena fe y movido por una gran curiosidad intelectual.

La crítica dogmática, a lo Brunetiere, no puede ya levantar cabeza. La labor verdadera de la crítica es la de identificarse con ajenos estados de alma, sin desgaste ni menoscabo de la personalidad que pretende explicar esos estados anímicos.

El mejor estudio en el libro de que trato es para mí el titulado “Ensayo crítico sobre Leopoldo Díaz”, aunque contiene otros muy bien pensados y sentidos. El poeta del Plata aparece bien apreciado en sus más característicos aspectos. En este estudio se dan la mano el avizorador que rastrea una huella intelectual y la erudición que la pone de relieve y la comprueba.

Si hay poeta argentino que haya acertado a dar una nota de helenismo poético, ha sido, sin duda, el autor de *Las sombras de*

huellas, aunque este helenismo de Leopoldo Díaz nos llegue tamizado por José María de Heredia y otros poetas y prosistas de Francia, y tal vez de la misma Grecia.

Acaso nuestro concepto de la vida griega represente solamente lo que vislumbramos al través de nuestras lecturas clásicas. Quizás no existió realmente la Grecia soñada por los poetas. Si existe, empeño difícil para un escritor o poeta consciente de su obra, es ciertamente el de reconstruir el aspecto artístico, la verdadera fisonomía, la personalidad fuerte de aquellos pueblos. En las estrofas cinceladas, de impecable euritmia, de Leopoldo Díaz, parece palpitar el alma serena que tuvo, o creemos poseyó, Grecia. Son a manera de gemas preciosas que, bajo el sol esplendoroso del Ática, esparcen la pompa multicolora de sus irradiaciones. No se me alcanza hasta dónde puede llegar en todo esto la verdad histórica, ni si la *verdad* poética es reflejo directo de ella; pero tal consideración no puede ser parte para negar las bellezas de todo género que esmaltan la producción rítmica del poeta argentino. Blanco-Fombona juzga con gran acierto este caso de helenismo, que no tiene nada de extraño:

“Acaso Díaz, haciendo uso de los derechos de la Poesía, haya sacado la pintura de algunos de sus cuadros, de poetas y prosadores helenos, desde Homero y Herodoto hasta Clímaco, Apolonio de Rodas, Teócrito y Longo”. Toda esa reconstrucción tiene que impregnarse, con todo, de subjetivismos de la hora presente. Y así ha ocurrido. El crítico, discretamente, lo pone de relieve.

En las páginas de *Letras y letrados* se advierte de continuo la proyección de un espíritu rebelde a toda clase de convencionalismos; de un espíritu que tiende a expresar por encima de todo la impresión experimentada. Los eufemismos y las atenuaciones de cierto género no florecen nunca en las dilataciones vibrantes del estilo de Blanco-Fombona, estilo ágil, alado, sutil, marmóreo, capaz de expresar elocuentemente los más fieros arranques, las más crudas imprecaciones, los mayores arrebatos de indignación, como también de dar a la frase suavidades de seda, tonalidades de ensueño, fulguraciones diamantinas, matices delicados y vaporosos. La crítica de este autor no es en ningún caso amanerada ni fría. Pone siempre en ella calor vivo

y permanente de pasión. Aunque justiciero, es duro y cruel con sus enemigos. Nunca los perdona.

Aun en el mismo terreno de la refutación de lo que se le antoja falso, de lo que juzga contrario o nocivo a sus ideales, se ve siempre en Blanco-Fombona al crítico concienzudo que estudia el caso o problema que tiene por delante en todos sus aspectos y dispone la argumentación en filas cerradas para abrumar o aniquilar la parte opuesta. Aspira a teñir siempre sus ideas, por más exageradas que aparezcan o que lo sean realmente, con un bello color de justicia. Sorprende el caudal de conocimientos que posee y que, burla burlando, derrocha a cada paso, sin darle, al parecer, ninguna importancia. No es un magnate de la sabiduría encerrado en una torre de soberbia, que apenas si se decide a franquear su puerta a aquellos que quieren escuchar el murmullo siquiera de su palabra. Blanco-Fombona, aristócrata de la pluma, goza en esparcir su pensamiento, a modo de rocío benéfico de luz, para que llamen intensamente las verdades y las bellezas que atesora.

Pone su inteligencia y su sensibilidad al servicio de lo que se le figura de provechosos resultados para el adelanto colectivo. Censura con acritud bien justificada enrevesamientos y malabarismos que afean la palabra escrita, robándole significación y claridad. Pero discierne con elevado criterio lo que en estas cosas debe de entenderse para no incurrir en equivocaciones o injusticias. En el mismo estudio consagrado al poeta de *Bajorelieves* y de que hice mención hace poco, estampa los siguientes conceptos acerca del tan traído y llevado simbolismo: "El simbolismo tiene en su contra, en veces, la obscuridad que nos suele impedir dar con la clave del enmarañado símbolo; pero tiene de bueno que espolea la imaginación y abre la ventana de par en par a nuestros sueños"...

La mirada crítica de Rufino Blanco-Fombona abarca en *Letras y letrados*, y aún más en sus otros estudios críticos, desde complejos puntos de vista de pedagogía social, hasta minuciosidades interesantes y curiosas de metrificacón y de rima. Habla de todo y lo hace con perfecto conocimiento de causa. Sus apreciaciones críticas son generalmente fundadas. Tiene criterio estético y gusto depurado, bases suficientes para ejercer fructuosamente el ministerio de la crítica. Blanco-Fombona la

ejerce sin pretensiones, sin dárselas de pontífice, como un desahogo de su espíritu, como una satisfacción de su inteligencia, como una expansión de su sensibilidad, para desentrañar lo que se le figura el sentido principal de la producción que examina, para aquilatarla en todas sus partes, para sorprender en ella la nota de originalidad o el lugar común de pensamiento, la más o menos recóndita visión de belleza, cuanto la cohesiona, enciende y vivifica...

Así hay que entender la crítica en nuestro tiempo. No como concreción dogmática de un convencionalismo retórico sin substancia ni transcendencia, sino como una interpretación serena y honda de vida artística que, al par de permitirnos aclarar ciertos aspectos oscuros y poner al descubierto cosas de íntima urdimbre espiritual, nos produce muy perdurables impresiones de voluptuosidad estética...

Desde el principio al fin de *Letras y letrados de Hispano-América*, lo mismo que en *Grandes escritores de América*, se patentiza —hasta el título de ambos libros lo demuestra— un radical y consciente sentimiento de americanismo. Este americanismo de Blanco-Fombona tiende incesantemente a dejar sentado cuanto intelectualmente representan los pueblos de cultura ibérica esparcidos en esta inmensa extensión del Nuevo Mundo. Lo que se ha hecho, y se ha hecho relativamente bastante, es nada en comparación de lo que resta por hacer para que la cultura de esos países responda íntegramente a la aspiración, cada vez más condensada en hechos, de que esa cultura aparezca determinada principalmente por factores y modalidades lo más autóctonos posible. Desde Méjico hasta el cabo de Hornos se habla una misma sonora lengua, que viene a ser algo así como indestructible vínculo espiritual que unifica sólidamente muchos anhelos y muchas esperanzas de mejoramiento colectivo.

“La sangre —dice Blanco-Fombona— es el lazo más fuerte entre los hombres: la sangre y la lengua. Sin darse cuenta, los pueblos tienden a constituir agrupaciones étnicas, cuando no homogéneas, semejantes. Creo que la familia de pueblos españoles, dispersa en ambos mundos, debe solidarizarse más y más. Las letras son el mejor vehículo de los afectos...”

Y agrega:

“Por mi parte, heredero espiritual de las ideas de Bolívar, que tuvo y quiso por patria la América de uno a otro lindero, siempre he sido fervoroso americanista. Literariamente nunca hice la menor diferencia entre mi República y las otras repúblicas hermanas. Soy compatriota de todos los ibero-americanos. No quisiera que me llamaran nunca escritor de Venezuela, sino escritor de América...”

Es, en efecto, como él dice, un continuador de Bolívar, desde el campo de acción de las letras. Y en ninguna obra lo prueba más ni mejor que en *Grandes escritores de América*, donde estudia ampliamente a cinco próceres de nuestras letras: el venezolano Andrés Bello, el argentino Sarmiento, el portorriqueño Hostos, el ecuatoriano Montalvo, el peruano González Prada. En esta obra el crítico, ya maduro, revela no solamente preocupaciones estéticas, sino preocupaciones de carácter social, en relación con nuestra raza y nuestros países.

III

Cantos de la prisión y del destierro

Hace ya cierto tiempo, en una reunión de amigos intelectuales, en la dispersión de amena charla, se habló de Rufino Blanco-Fombona como poeta. Uno, uno solamente de los allí presentes, y por cierto el menos calificado para juzgar de estas cosas, le discutió tal calidad. Acababa yo de leer sus *Cantos de la prisión y del destierro*, y no pude menos de echar afuera lo que opinaba a ese respecto. No le considero, ni se me figura que él mismo lo cree, como un vate, en el viejo sentido semiprofético de la palabra. Pero es poeta, verdadero poeta, genuino poeta. Lo es por el don personalísimo —quizás en él en mayor grado que en muchos sedicentes grandes poetas— de un ritmo muy propio, muy singular, muy capaz de traducir anhelos e inquietudes de su espíritu en combinaciones estróficas de tanta originalidad como mérito.

Lo que hay es que Blanco-Fombona, lo mismo en el verso que en la prosa, aparece siempre aislado, solitario, sin visible contacto con nadie, dueño y señor de su dominio, así sea éste grande o chico, y haciendo en todo tiempo su soberana voluntad. Es demasiado personal y demasiado irreducible. Pero eso no quita, como dice muy bien Rubén Darío, "que sepa aplicar recursos de técnicas extranjeras en nuestro idioma", ni que en esto mismo, a mi juicio, haya logrado remozamientos de antiguas formas de metrificacón para alcanzar especiales sonoridades y cadencias de muy exquisita musicalidad, que tal vez han pasado inadvertidas por muchos oídos vulgares.

De la *Introducción* de este libro, de muchos de sus versos, rezuma, como amarguísimo ajenjo, un sentimiento de venganza que corre y se dilata a manera de ígnea y devastadora corriente. ¡Ah! ¡Yo también, leyendo esos párrafos urentes, ese relato de horrores, he recordado, he visto cruzar ante mis ojos, como desfile de pavorosas formas espectrales, mis lúgubres días pasados en sombrío calabozo por mi altiva actitud ante torpes desafueros y bestiales iniquidades de engréidos macheteros! Encuentro muy santa y buena toda la hiel concentrada en algunas de estas hirvientes y fustigadoras estrofas. No son, no pueden ser más sinceras. En ellas vibra la vida, la vida de cóleras tumultuosas, de indignaciones mal reprimidas, de las horas de lentitud desesperante transcurridas en la oscura y nauseabunda bartolina... Se siente impresión de melancolía y de dolor leyendo estos biográficos versos:

*Fue unánime conjura. Les parecía fiero;
les parecía muy audaz.
El penacho era altivo, temerario el acero,
la franca lengua era mordaz.*

*Descuidado y cantante, como el agua corriente,
se deslizaba su vivir.
Mediocridad, Envidia, juraron esa frente
demasiado erguida, abatir.*

*¡Y a conciencia cumplieron aquel pacto nocturno!
Por tierra yace el infanzón,*

*el acero en astillas, el rostro taciturno,
alirroto, mustio el airón...*

A veces el recuerdo de algo grato enciende, en medio del dolor, su fantasía, y entonces surge, ensoñador y alado, "El madrigal de las lágrimas", del cual sólo copio las primeras estrofas:

*¡Qué días tan largos!
Qué noches tan lentas!
El tiempo no corre,
y dicen que vuela!*

*Sábanas mordidas,
violáceas ojeras,
lapicero roto,
cales de la celda,*

*pedid a los pájaros
de antiguas leyendas,
la voz encantada,
las alas de flecha.*

*Volad y decidla
¡cuán mi vida es tétrica!,
¡cuántas penas caben
en tan chica celda!*

Rufino Blanco-Fombona vive intensamente su poesía. Su vida inquieta, azarosa, sin hogar, sin rumbo, errante, siempre en peregrinación, no le ha permitido producir la obra poética de singular resonancia que debería ornar su noble frente con el laurel de los grandes vencedores. Su obra de rimador ha tenido que ser fragmentaria, esparcida al azar, estremecida constantemente por el viento de las tormentas que han perturbado y ensombrecido su existencia de eterno paladín de lo que ha creído verdadero, bello y justo. Con todo eso, su producción poética, siempre inspirada en cosas de ingente altura social o espiritual, tiene efectivo valor intrínseco y merece tenerse muy en cuenta para poder juzgarlo hasta en lo menos visible de su peculiar psi-

cología. Y no sólo por su poesía escrita sino hasta por su vida, de permanente y siempre brillante acción, hay en Blanco-Fombona materia prima para formar muchos poetas. Es de los escasos que nos hacen experimentar a toda hora la divina sensación de algo de efusivo lirismo que se desprende de lo más íntimo del corazón, de algo que surge de la entraña herida por el dolor y sube hasta nosotros cristalizado en un sollozo, en una lágrima, en la palpitación de un verso alado y armonioso!

IV

La evolución política y social de Hispano-América

En los más sesudos escritores de América adviértese en la actualidad la pronunciada tendencia a dilucidar en todos sus interesantes aspectos, seria y provechosamente, cuanto atañe a los problemas que se relacionan con el estado presente y con el probable porvenir de estos pueblos ibero-americanos.

Hace poco fulguró esa tendencia en *El porvenir de la América latina*, de Manuel Ugarte, quien no satisfecho con tan rica y consciente ofrenda a la magna obra que persigue, recorrió después las principales capitales de América, simpático paladín de la *bandera loca* de la soñada Confederación hispano-americana, exponiendo con verbo elocuente sus ideas en notables conferencias...

Y otro ilustre escritor, Rufino Blanco-Fombona, publica un notable libro, *La evolución política y social de Hispano-América*, serio, correcto, sereno, vibrante, interesante por todos conceptos, de alta y meritoria propaganda, rebosante de perspicaces observaciones críticas y de sanos y vigorosos anhelos americanistas.

Aquí se nos presenta Blanco-Fombona como pensador. Lo primero que vemos es la claridad ideológica y la claridad verbal. Todo, pensamiento y expresión, es en él luminoso. Vemos también en *La evolución* muchas y sagaces observaciones respecto a la sociedad americana, muchas y fuertes ideas en la apreciación de los hechos.

Divide el sociólogo americano su obra en cuatro libros y cada libro en cuatro capítulos. Los títulos de los libros dan idea

de las materias. El primer libro se titula: *La colonia*; el segundo: *La independencia*; el tercero: *Organización de los nuevos Estados*; el cuarto: *La República*. En este último se hace el balance actual de la civilización de Hispano-América. La explicación que da Blanco-Fombona de nuestras guerras civiles del siglo pasado es una de las páginas más perspicuas de la obra. Otras hay de gran valer.

En el sugestivo volumen de Blanco-Fombona palpita fuertemente un ideal de raza, entendiendo por nuestra raza toda la que ocupa el continente boliviano, desde Méjico hasta Argentina.

En sus principales y más definidos aspectos, la harmónica evolución de los diferentes países hispano-americanos, tal como lo indica Blanco-Fombona con completo conocimiento de causa, tiene su raíz en afinidades y semejanzas originadas por el cruzamiento de ciertos factores étnicos que han determinado, con especiales caracteres físicos y con cierta peculiar psicología, el tipo que puede presentarse, a pesar de algunas diferencias, como característico de la América de lengua española.

Carencia de alto sentido crítico supondría, en la hora actual, ponerse a denostar acerbamente las formas y medios del proceso colonial en este Continente. En este libro no se incurre ciertamente en semejante error.

Con un heroísmo que no tiene par en la Historia, los conquistadores españoles adueñáronse de territorios inmensos y fundaron ciudades, aquí y allá, conforme a las necesidades del momento y a las vicisitudes dramáticas de la lucha. Como en la Península, el poder teocrático, señor de almas, y el poder militar, árbitro de la fuerza, uniéronse estrechamente para realizar una obra de dominación común, sin ideales y sin horizontes.

Las leyes de Indias eran excelentes; pero aun a despecho de las órdenes terminantes de algunos monarcas, casi nunca se cumplieron, porque a ello se oponían múltiples intereses creados. Durante mucho tiempo la América fue, como lo afirma gráfica y pintorescamente Cervantes, "refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los alzados, salvoconducto de los homicidas, pala y cubierta de los jugadores, añagaza general de mujeres libres, engaño común de muchos y remedio particular de pocos".

Bien seleccionados datos y muy justas apreciaciones abundan en las páginas de *La evolución política y social de Hispano-*

América, respecto del período colonial, tan insuficientemente estudiado hasta ahora, a pesar de haber durado más de tres centurias y de haberse moldeado en él lo que actualmente constituye y precisa nuestra fisonomía social.

La época colonial, en lo que a la dirección gubernativa se contrae, caracterízase en lo religioso por la más acentuada intolerancia; en lo económico, por el más absorbente monopolio, y en lo político por un régimen de centralización, suspicaz y restrictivo, que hacía de la ignorancia la mejor arma de gobierno y que tendía sistemáticamente al alejamiento de los criollos de los altos puestos administrativos, reservados casi exclusivamente para el elemento peninsular.

Estoy de acuerdo con Blanco-Fombona en considerar las municipalidades como los centros en que la aspiración de independencia encontró su forma más fiel y adecuada de expresión; y estoy de acuerdo también con las razones que expone para que así ocurriera y no de otro modo.

Con excepción de una que otra región, la minoría separatista tuvo que luchar a brazo partido con el fanatismo de las masas, con la crasa ignorancia de casi todo el cuerpo social, con otros inconvenientes casi insuperables, radicados en el culto a un conjunto de ideas tradicionales, de las que todavía hay muy visibles vestigios en algunos de estos países.

El autor de *La evolución política y social de Hispano-América* puntualiza acertadamente cuanto atañe a la tormentosa evolución de las sociedades hispano-americanas en los primeros años; sobre todo, después de concluida la guerra emancipadora, cuando a los problemas militares sucedieron los políticos. La debilidad ingénita de cada uno de los flamantes organismos nacionales, y el alejamiento, en veces sistemático, en que se mantenían casi siempre, por convenir así a los intereses personales de encumbrados caudillos, fueron el motivo principal de las condiciones lamentables de todos conocidas.

Otra cosa hubiera indudablemente acaecido si el Congreso de Panamá, idea salvadora y magnífica de Bolívar, cristalizando en una luminosa concreción jurídica, hubiera podido dar de sí sus naturales frutos, y se hubiera constituido la América solidariamente. El genial proyecto del Libertador fracasó, principalmente, no tan sólo por carencia de real unidad de miras en las par-

tes interesadas, sino quizás, y aun sin quizás, porque aquel transcendental pensamiento era muy superior a lo que podían dar de sí las efectivas realidades del momento.

El caciquismo encontró en esas colectividades su más propio y natural asiento. La república de tipo centralista se impuso como imperiosa necesidad desde el primer momento. Y como consecuencia obligatoria, los caudillos, *los providenciales*, los conductores de esos rebaños, fueron como señores feudales.

Pero el tiempo corrió, y no ha corrido en vano. Del balance material e intelectual que en términos gráficos formula el eminente autor de este libro, resulta que en el espacio relativamente corto de cien años han realizado estas repúblicas, no obstante los ingentes obstáculos hacinados en el camino, adelantos que sin hipérbole bien pueden calificarse de portentosos.

Blanco-Fombona descubre que el proceso evolutivo en las diferentes repúblicas ha sido, si no idéntico muy parecido, y que las diferentes repúblicas de origen español han tenido y tienen, hasta hoy, "una mentalidad, un alma común".

Hasta el presente momento, "esa mentalidad, esa alma común", que señala Blanco-Fombona en la evolución hispanoamericana, reposa indudablemente en factores de sólida consistencia, como la posesión del mismo fondo étnico; de igual idioma, de costumbres muy semejantes; pero todo eso, indica, puede sufrir a la larga transcendentales metamorfosis.

Lo que hoy constituye una bien visible unidad moral, ¿podrá, dada ya esa incontenible impulsión de emigración, principalmente a ciertos países, conservarse sin cambio ni modificaciones especiales? ¿Podrá conservarse si los yanquis se apoderan de las Antillas, de Panamá y poco a poco de otras regiones?

Blanco-Fombona entra decididamente en lo más intrincado del asunto al formular la siguiente grave interrogación: "¿Será duradera entre los pueblos de América esta similitud?"

Los yanquis, los yanquis: he ahí el enemigo de nuestra alma, de nuestra civilización, de nuestro carácter, de nuestra independencia, de nuestra raza: tal es una de las tácitas conclusiones del libro de Blanco-Fombona.

Hasta la imitación de lo yanqui, en efecto, en cualquier orden que sea, debe sernos odiosa. Salvo en ciertas circunstancias exteriores, el propósito de transformar nuestra peculiar manera de

ser, integrada por confluencias espirituales muy distintas de las que han determinado la psicología norteamericana, en un sentido de acentuada imitación yanquista, sólo conduciría a la extinción torpe y vergonzosa de cuanto nos particulariza y distingue como pueblos moldeados por la gloriosa civilización latina.

El orgullo étnico norteamericano, su utilitarismo, su carencia de cierto idealismo noble y vivificante, mantendrán a aquella raza siempre frente a la nuestra. En no pequeña parte de la Prensa yanqui privan de continuo prejuicios enteramente desfavorables para la gente hispano-americana.

Eso no quita que haya allí algunos espíritus superiores y muchos sujetos interesados, que nos hagan justicia, como un Stars, un Barret. Algunos de ellos han demostrado que quieren estudiar-nos, como el profesor Stars, en su discurso pronunciado en Chicago acerca de Simón Bolívar. Harto conocido es el magnífico artículo de una gran revista norteamericana en que Barret estampa conceptos verdaderamente lisonjeros para nuestra cultura intelectual, llegando a la afirmación de que estas naciones de origen hispano dejan muy atrás, en cuanto a cultura general y personal, a los Estados Unidos, y aseverando que los médicos y abogados hispano-americanos tienen una cultura mayor que los de aquel país...

Pero son raros los escritores yanquis que se expresan así. La mayoría de sus periodistas nos fustiga despiadadamente, insolentemente, ignominiosamente. Somos, los hijos de las Antillas y de otros pueblos que no son Antillas, la futura presa con que sueña el imperialismo yanqui. El día que los yanquis pongan la garra en territorio de Hispano-América, ese territorio cesará de ser desde luego una porción del conglomerado hispano-americano y, poco a poco, morirá allí el alma de nuestra raza. Esta es otra de las conclusiones de la obra que analizo.

La evolución política y social de Hispano-América es el más transcendental alegato en pro de la América latina y un llamamiento a la América latina para que no tolere menoscabo, pudiendo como puede tolerarlo, con solo darse cuenta de lo que es hoy y de lo que puede ser mañana, si sabe vivir.

Hay por eso que trabajar asiduamente por vigorizar en estos pueblos el sentimiento de nacionalidad, para crear un ambiente enteramente refractario a cualquier ingerencia extranjera en nuestra existencia política... Y por eso hay que vigorizar tam-

bién, como lo hacen Rodó, Oliveira Lima, Blanco-Fombona, Ugarte, Alejandro Álvarez, García Calderón, Carlos Pereyra y otros hombres *d'élite* el sentimiento de la solidaridad en los pueblos iberoamericanos.

“Por lo que respecta a América —dice Blanco-Fombona al poner punto final a su hermoso libro de noble y fructuosa propaganda—, basta abrir los ojos de los miopes, gritar a los oídos de los sordos y creer en el buen sentido de una raza tan apta para la vida y que tantos derechos tiene a ella...”

La evolución política y social de Hispano-América es la obra de un pensador tan maduro y vigoroso como bien preparado.

V

Cartas de Bolívar

Es profunda la admiración que siente Blanco-Fombona por la figura portentosa de Bolívar. Un hilo de luz parece que los enlaza al través del tiempo. Son varias ya las obras publicadas por el ilustre escritor venezolano en mira de esclarecer, desde puntos de vista de la crítica histórica positiva, pormenores atingentes a la personalidad del Libertador.

Pero su programa es más ambicioso.

Bolívar pintado por sí mismo, obra en dos volúmenes, con notas interesantísimas de Blanco-Fombona, y varios prólogos a las *Memorias* de personajes contemporáneos del Libertador, la edición de los *Discursos y Proclamas de Bolívar*, y, por último, la edición crítica de las *Cartas de Bolívar*, son los principales jalones de este perspicaz, paciente y transcendental empeño de levantar la figura de Bolívar y dejar al Libertador para siempre, en la conciencia de la Humanidad, con el carácter que tuvo en vida: el de héroe representativo de la raza hispano-americana¹.

1. Últimamente Blanco-Fombona ha fundado en Madrid una casa editorial, la Editorial América. Esta casa publica una Biblioteca de altísimo interés sobre historia de América: la *Biblioteca Ayacucho*. Nadie que quiera conocer la América a conciencia podrá ignorar la *Biblioteca Ayacucho*.

Con consideraciones de personal subjetivismo, fundadas en narraciones inconexas, en tradiciones casi siempre falseadas, en opiniones aisladas, en apreciaciones exageradas de enemistades personales, es de todo punto imposible realizar una labor histórica que responda a finalidades de suprema y resplandeciente verdad. Lo que en toda investigación histórica bien entendida debe hablar en primer término es el documento coetáneo. Esto lo ha comprendido Blanco-Fombona. De ahí sus publicaciones de obras contemporáneas del Libertador: Memorias, Cartas, Relatos de viajeros, etc., etc., etc.

Toda concreción histórica entraña una visión sintética, y no se puede llegar a ella sino mediante la acumulación de documentos que posean auténtico valor.

La labor bolivariana de Rufino Blanco-Fombona representa un esfuerzo utilísimo y que aún no ha sido apreciado en la medida exacta de su valor intrínseco.

Bolívar no fue, ni podía ser perfecto. El barro humano no consiente extremos absolutos de perfección. Quédese eso para los santos, cuando son *de los buenos*, como dijo humorísticamente en uno de sus más bellos poemas Campoamor. Como toda personalidad humana, Bolívar incurrió en errores y tuvo sus flaquezas. Apreciar esos errores en la medida que la equidad y la justicia reclaman, y constatar lo que espiritual y fisiológicamente fue causa determinante de esas debilidades, es y será siempre obra de reflexión consciente y de observación depurada de aviesas parcialidades y de calumnias más o menos groseras y gratuitas.

Blanco-Fombona, atento ante todo a la verdad, diosa suprema de su espíritu, no tira, ni lo ha pensado, a crear un Bolívar de fantasía, de una pureza intachable de líneas, figura rectilínea, de irrecusable austeridad, exento por completo de culpas y responsabilidades. La verdad humana, la verdad histórica, no es ni puede ser esa. La realidad, en sus necesarias limitaciones de tiempo y de espacio, nunca se ofrece de esa manera a nuestra observación constante. En toda vida bien observada, al lado de ascensiones gloriosas y fulgurantes adviértense también lamentables tropiezos y hondas caídas. Blanco-Fombona, aun en medio de su admiración, nunca pierde su clarísimo sentido crítico, y no ve nunca a Bolívar como dechado extrahumano de

perfección. Lo ve como era: inmenso. Lo comprende, lo que ya es mucho. Sabe y dice que no necesita cambiársele de como era para quedar como la primera figura de las Américas y una de las ocho o diez más grandes de la Humanidad.

Toda personalidad se acendra en serie más o menos prolongada de vicisitudes. El contraste, la lucha entre opuestos elementos, es de suprema necesidad para aquilatar los méritos del hombre que sobresale por encima del nivel de sus semejantes. Sin los defectos, sin los errores de Bolívar, no resplandecerían en tan alto grado sus soberanas y deslumbrantes excelencias.

Lo que no puede tolerar Blanco-Fombona, ni con él ninguno de los que conocemos y comprendemos al Libertador, es que por obra del egoísmo o de la envidia, con declarada mala fe, se tienda sistemáticamente a deslustrar su memoria, a achicar su personalidad egregia, a disputarle cualidades y condiciones que poseyó ampliamente y supo mantener siempre en su punto. Contra esa obra de iniquidad histórica se yergue a cada instante el escritor venezolano, haciendo restallar inexorablemente la fusta de su indignación sobre pigmeos que se mantienen o se han tenido lanzando dardos malévolos a la memoria del héroe sin segundo, contra el cual ni siquiera esa forma de injusticia ha dejado de ensañarse.

Cartas de Bolívar es un volumen de utilidad incontestable para conocer profundamente lo más recóndito de la psicología del héroe caraqueño. En este Epistolario destácanse muy curiosos aspectos del Bolívar íntimo. En algunas de estas cartas como que desaparece por un instante el Bolívar exterior, el que mejor conocemos, el tribuno de elocuencia resonante, el guerrero vencedor, para que surja en su lugar el hombre aquejado por las vulgaridades de la existencia cotidiana, que se ve constreñido por necesidades personales a pedir dinero prestado y a exigir con ahínco el pago de alquileres atrasados de casas de su propiedad...

La espontaneidad característica del género epistolar íntimo se patentiza en algunas de estas cartas. Tal, principalmente, en la primera, plagada de faltas ortográficas, escrita a los diez y seis años, en Veracruz, y en la que cuenta a su tío D. Pedro Palacios pormenores de un viaje que realiza... Correrá el tiempo; y el estilo, sin perder nada de la espontaneidad primitiva, irá ganando en precisión, colorido y firmeza hasta culminar en la

célebre carta escrita en el destierro, en 1815, desde Kingston, a un caballero inglés, carta que resulta un modelo por la elevación del pensamiento, por la exactitud y serenidad del juicio, y, en muchos pasajes, por lo bello y expresivo de la forma. En esa notable epístola se dan la mano el severo raciocinio y la imaginación llameante; el pensador y el vidente. Parece como si ante él se complaciera el porvenir en descubrirle sus más íntimos secretos... El americanismo —no lo que ahora llaman, incluyendo a los yanquis, pan-americanismo—, tiene en Bolívar las proporciones de una convicción muy acentuada y perdurable. Así escribe al director supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata, en 1818, las siguientes expresivas líneas:

“...Nos apresuraremos, con el más vivo interés, a entablar por nuestra parte el pacto americano, que formando de todas nuestras repúblicas un cuerpo político, presente la América al mundo con un aspecto de majestad y grandeza sin ejemplo en las naciones antiguas. La América, así unida, podrá llamarse la reina de las naciones, la madre de las repúblicas”.

Cartas de Bolívar se abre con un prólogo de José Enrique Rodó, pleno de honda penetración y de serenos y expresivos conceptos.

Las cartas de cada año están precedidas de amplios resúmenes históricos, en que Blanco-Fombona exhibe su completo conocimiento de la materia, y al pie de cada una de ellas el pensador venezolano ha puesto también notas aclaratorias; y es en esas modestas notas donde se concentra lo mejor de su labor crítica boliviana. Deben principalmente ser leídas algunas de ellas con más atención de lo que podría pensarse a primera vista. En esas noticias hay muchas ideas nuevas sobre Bolívar; así como suena, ideas.

Ese empeño de divulgación histórica resulta doblemente meritorio en estos momentos de dolorosa incertidumbre para algunos de estos pueblos hispano-americanos. Lo es por el ejemplo de edificante transcendencia social que entraña el conocimiento en sus más íntimos aspectos de la gran figura boliviana, en la que tiene su raíz cuanto integra el nacionalismo hispano-

americano, entendido en su más amplio sentido; y es asimismo meritorio el empeño por resucitar con su peculiar y dramático colorido el cúmulo de sacrificios, abnegaciones y heroísmos que costó a nuestros abuelos la realización del magno ideal separatista.

Ese ideal es como fulgurante visión que se desprende de las cartas de Bolívar; y aparece ante nuestra vista deslumbrada para indicarnos, como si el mismo héroe, con severo índice nos la señalara, la vía que tenemos que seguir forzosamente para conservar a todo trance nuestra autonomía y ser consecuentes con la epopeya.

La figura del Libertador crece, se agiganta con los años. Es por eso que predominan los colores vivos, las tonalidades fuertes, es cada día estudiada con más fervor y más consciente detenimiento. Su personalidad es el más expresivo símbolo, la más eximia representación personal de un momento histórico de permanente valor en el desenvolvimiento del espíritu humano. En vez de demolerla, el tiempo, escultor definitivo, va como borrando o atenuando las imperfecciones de su estatua gigantesca...

En una monografía sobre *Bolívar, escritor*, atribuye Blanco-Fombona al guerrero, con vivo encarecimiento, las condiciones de escritor en quien resplandecen los méritos de una original y cabal expresión literaria.

El resplandor permanente de sus hazañas militares deja en un plano inferior, escasamente explorado, este aspecto de su actividad mental. Blanco-Fombona, con penetrante análisis, pone ahora ese curioso aspecto en plena luz. Por más que las sobresalientes condiciones de su estilo, frecuentemente impregnado de pasión y colorido, pleno de fulguraciones, sin huellas de clasicismo formalista y hueco, pareciesen colocarlo a la cabeza de los escritores americanos de su época, no fue ni pudo ser un innovador literario capaz de señalar rumbos de expresión más o menos definitivos.

No se es nunca innovador, en ninguna actividad espiritual, sin el propósito decidido de serlo. No se asciende a tal altura incidentalmente sino a condición de enderezar a tal fin las principales facultades del espíritu.

En Bolívar, con suma frecuencia atísbanse los signos, a veces pronunciados, a veces borrosos, de un retoricismo altisonante,

convencional, muy propio de su época y de las circunstancias en que se dilató su existencia. En ese sentido, su elocuencia, la elocuencia desbordante de sus arengas y proclamas, es, bajo el sello personal que la distingue, frondosidad lírica de un árbol que tiene sus raíces en los tempestuosos y trágicos días de la Revolución francesa y en los deslumbramientos bélicos de la epopeya napoleónica...

La personalidad literaria de Bolívar, lo que en él se esparcía como un cauce por donde corre espontáneo, sereno y pintoresco el pensamiento, está y estará siempre —creo haberlo dicho en otra parte— en la luminosidad perdurable y atractiva de sus cartas.

En ellas, en su Epistolario, está él, vive él, en la más alta y sincera plenitud de su expresión personal, sin que nunca la afeen o desvirtúen las modalidades de una retórica convencional y falsa, estructurada por fórmulas de abolengo clásico. Su vida, su vida verdadera, íntima, pasional, siempre tormentosa, siempre poblada de visiones desmesuradas, late con intensidad, palpita vigorosamente, en las cláusulas de su voluminoso Epistolario.

Comparto en un todo el juicio de Rodó a ese respecto: en su correspondencia se expande intensamente lo más hondo y característico de su psicología. En sus cartas resuenan, de continuo, sin afeites ni formalismos retóricos, el alarido de la pasión, la invectiva acerada, el juicio abrigado por un fulgor de profecía, la apreciación discreta y razonada de hechos de valor trascendente, sus esperanzas, sus desalientos; cuanto, en ciertos instantes, su pensamiento, en perenne ebullición, su sensibilidad excitada, necesitan echar fuera de sí, convertidas en cristalizaciones mentales de raíz muy personal y muy íntima.

La lámpara de Aladino

De todos los libros de Blanco-Fombona es acaso *La lámpara de Aladino* el que da una impresión más completa de su personalidad intelectual, potente y simpática.

Acaso haya escrito otros en que la profundidad del pensamiento sea mayor, en que ahonde con más fuerza en la entraña de las cosas que observa y estudia; pero aquí, en estos capítulos frescos y vigorosos, exentos de rebuscamientos de expresión, de

hojarasca, de vana fraseología, está él, vive él, a ratos observador zahorí de intensa mirada crítica, y siempre, aun en sus momentos de descuido, dueño y señor de la forma artística más concisa y soberanamente expresiva.

La lámpara de Aladino descubre a cada instante, envueltos en resplandores de maravillosa claridad, los más recónditos silos del pensamiento y la sensibilidad del ilustre escritor americano.

Este libro parece algo así como cofre riquísimo, cincelado por las divinas manos de un moderno Cellini; cofre que guarda en su seno numerosas joyas. El mágico poseedor de tal tesoro lo vuelca y esparce de improviso ante nuestros ojos asombrados. Naturalmente, entre tantos joyeles, entre tantos camafeos, entre tanta piedra preciosa, acaso haya algunas de menos valor. Pero esas joyas de relativo mérito resultan rarísimas en esta colección de alados pensamientos en medio de tantas bellezas y filigranas de estilo.

Bajo la aparente frivolidad de algunas de estas páginas se esconde, por lo general, una observación sagaz o una apreciación de positivo valor psicológico o sociológico. Demuestra con frecuencia, sin darle importancia, como si tal cosa, verdaderos conocimientos fundamentales y una cultura que no parece nunca de segunda mano; y no lo parece porque no lo es.

En la primera parte del libro *Nombres*, desfilan personalidades modernas; y nunca falta en el análisis o comentario de esas personalidades la observación penetrante o la nota humorística, acre o regocijada. En ocasiones, el conocido panfletista aparece y flagela despiadadamente.

La bilis del desencanto o de la contrariedad parece brotar de su pluma en *Pensares y sentires*, en *Ciudades y panoramas*, en *Comentarios*. En cuantas partes contiene esta obra triunfa con singular gracia la facultad imaginativa. *La loca de la casa* se pasea con frecuencia, con amplia libertad, de un extremo al otro del libro, desde el bellissimo prólogo, introducción o lo que sea. Pero la emoción y el pensamiento no están ausentes de la obra. Hay muchas páginas de meditación; otras, de intensa vida. Algunas de éstas, como *Necrología*, hermosa notícula final, se leen con un interés no exento de melancolía...

Entre todos esos trabajos me detengo, no por ser el mejor, sino porque me interesa más por su carácter, en el intitulado "Viaje al Alto Orinoco".

Me ha gustado mucho la relación del peligroso viaje. La pincelada descriptiva, de positivo mérito artístico, plena de intenso colorido local, abunda en este relato. Aquel inmenso territorio de la Guayana comprende la quinta o sexta parte de Venezuela. Cubierto de bosques inextricables, surcado por ríos gigantescos y habitado por tribus indias diversas, representa, según expresión del autor, un pedazo vivo y palpitante de la América bravía que encontraron los españoles en su épica conquista de este Continente. Leí hace varios años un libro voluminoso, que aún conservo, *Exploración oficial*, por F. Michelena y Rojas; es una relación muy detallada de esas regiones, relación en la que, particularmente en ciertos puntos de importancia, contradice y aun refuta afirmaciones de Humboldt con argumentación seria y vigorosa.

Pues a esa remota porción bárbara de Venezuela, a esa región casi inexplorada y llena de caimanes y de tigres, a la entidad política llamada *Territorio Amazonas*, fue Blanco-Fombona investido con el alto carácter de gobernador. No sin correr innumerables riesgos hizo el difícil viaje desde Ciudad Bolívar hasta la capital del lejano Territorio, unas veces en frágil barquichuelo sobre el movable dorso del gran río, otras jineteando por sabanas interminables, a trechos inundadas, y por lo común desprovistas de medios de subsistencia.

Tomó por lo serio su deber de primera autoridad en aquel rincón de vida rudimentaria. Fundó escuelas, arrimó decididamente el hombro a proyectos locales de utilidad incontestable; quiso disciplinar, hacer un poco de orden en aquel caos, civilizar, en una palabra; pero la criada le salió respondona. Bastardos intereses creados se irguieron amenazantes a su encuentro. Comprendió pronto que estaba solo, aislado, sin recursos, entre fieras. Se defendió gallardamente de un asalto que le dieron. Algunos de los asaltantes mordieron el polvo.

Con ese motivo se ha creado en torno suyo una leyenda.

Dicen que fusiló mucha gente. Lo que hizo, según reza este libro y según me ha contado quien puede saberlo, fue rechazar la fuerza con la fuerza y contestar el golpe con el golpe.

Casi todos los gobernadores que le precedieron acabaron de trágica manera. Lo mismo el que lo sustituyó a él. Puesto en su caso, cualquier hombre de corazón y de dignidad hubiera procedido como Rufino Blanco-Fombona...

Maneja Blanco-Fombona la espada lo mismo que la pluma, como algunos de sus hidalgos antepasados.

Este Bayardo sin miedo y sin tacha, incapaz de mezquindades y bajezas, enemigo y flagelador de tiranos, ha señalado siempre a su pueblo ideales elevados; y por su carácter independiente ha tenido que ir algunas veces a los campos de la guerra civil, —siempre contra los déspotas—, y otras a las mazmorras políticas. También ha tenido que batirse en duelo varias veces. *La lámpara de Aladino*, que nos expone las ideas del autor, también nos transparenta su vida. Y lo que por *La lámpara* sabemos, confirma de todo en todo lo que sabemos por otros conductos.

Lo han comparado ya, más de una vez, con los hombres del Renacimiento. En veces se me figura contemplarlo trajeado con jubón de seda, calado el chambergo de amplias alas y de vistosa pluma, puesta la mano en la cincelada empuñadura del acero toledano, en gesto de permanente desafío, como alguno de esos hidalgos que se yerguen altivos y orgullosos en ciertos viejos cuadros de pintores españoles.

Como alma en donde llamea intensamente la pasión, es natural que incurra en violencias y exageraciones. Desprecian los temperamentos apasionados el justo medio y se van, ardientes e irrefrenables, a los mayores extremos. Algunos, sin embargo, aun tocando esos extremos, no pierden jamás de vista una noción exacta y completa de las cosas. Así sucede a Blanco-Fombona, aun en medio de sus mayores encrespamientos pasionales.

Este hombre, que no ha sabido nunca adular, que para los poderosos no tuvo siempre sino rudas verdades; este hombre, incapaz de ceder al interés material en desacuerdo con su conciencia, tiene un culto, como ya lo sabemos, y culto el más desinteresado: Bolívar. También Stendhal tenía el culto de Napoleón.

VII

El hombre de hierro

Tarde llegó a mis manos la bella e interesante novela de Blanco-Fombona titulada *El hombre de hierro*. Tenía ya varias edi-

ciones. Esa honra, la más alta seguramente que puede discernirse a un libro, la encuentro por completo justificada después de leer este precioso novelín, como lo llama el autor, pleno en todas sus partes de vivo y creciente interés.

La novela en América entra ahora, puede decirse, en plena fase de desenvolvimiento. *Canaan*, de Graca Aranha, puede citarse como una de las mejores en todas las literaturas modernas.

Lo mismo que *El hombre de oro*, su última producción novelesca, en ésta, con excelente acuerdo, se inspira Blanco-Fombona en peculiaridades muy acentuadas del ambiente físico y moral venezolano. Su tierra, lo suyo, el medio en que se formó, en que se dilataron su niñez y su juventud, le presta de continuo recursos para ficciones novelescas coloreadas de vida local, plenas de intensas fulguraciones de realidad. Es realista, realista en los pormenores, en los cuadros de ingente fuerza descriptiva y de vida pasional; pero su realismo, de cierta crudeza en ocasiones, no cae nunca en cierta escabrosidad pornográfica sino aparece siempre, o casi siempre, como temperado o dulcificado por un hálito de suave y fragante romanticismo...

Atesora *El hombre de hierro* pasajes de serena y honda hermosura. Hay verdaderos atisbos en la psicología de los tipos de carne y hueso que cruzan cómica o gravemente por los sugestivos capítulos de la novela. Hay muchas descripciones de singular belleza. La escena de la muerte de Crispín, por ejemplo. Con sobra de razón la elogia Max Nordau.

Las figuras de Crispín, protagonista de la narración, y de su mujer, María, tiene calor de vida. Crispín, *el hombre de hierro*, no tiene nada de hierro o cosa semejante. Es pura y simplemente un infeliz, un pobre hombre, a quien su mujer engaña y a quien todo el mundo ve con cierto desdén compasivo. En el fondo es bueno, bonísimo, de excelentes sentimientos. Pero carece de carácter, de voluntad, y naufraga estéril y dolorosamente en medio del encrespado oleaje de la vida. Su historia, la historia de su vida, es la novela. Y esta novela, desde el título, es una desafortada ironía.

VIII

El hombre de oro

Ni un solo instante decae o desmaya el interés en la lectura de *El hombre de oro*, novela hermana de *El hombre de hierro*. Se lee de un tirón, como quien dice. El estilo es el conocido estilo del autor; aquí lo admiramos sencillo, claro, preciso, elegante, sin rebuscamientos de frase o de vocablo, esmaltado a cada paso de venezolanismos que tienen pronunciada analogía con frases y dichos de por acá.

La descripción del medio ambiente, de muchas pintorescas peculiaridades locales, está hecha con verdadera y singular maestría, con original desenfado, sin circunloquios ni atenuaciones en algunos de sus aspectos, siempre palpitante de cruda realidad. Y lo mismo lo exterior y lo íntimo, lo físico y psicológico de los personajes que se destacan con vigoroso relieve en estos cuadros. Blanco-Fombona posee condiciones de novelista de positivo mérito. Sabe infundir interés y amenidad a la narración, y el don poco común de creación, es decir, de dar vida corpórea, intensa, a los tipos representativos que pone en escena. A veces tememos verlo llegar a las fronteras de lo inverosímil o lo caricaturesco; pero tal temor dura poco: pronto advertimos que el autor no fantasea y que, en todo momento, conserva el contacto con la realidad y nos da una impresión acentuada y palpitante de vida...

En estas democracias inconsistentes no escasean ciertamente los tipos que de manera tan magistral hace surgir ante nuestros ojos el autor de *El hombre de oro*. Por ahí, a cada momento, nos tropezamos con gentes de acentuado parecido con los Matamoros, Yrurtia y demás personajes que, como excrescencias morbosas, ensucian y corrompen la porción de la sociedad venezolana, tan bien retratada en estas páginas.

Yrurtia, refractario a todo noble rasgo de caridad o de beneficencia, sólo vive alimentando el propósito tenaz de atesorar, de seguir atesorando, cueste lo que cueste, caiga quien caiga... A Matamoros lo conocemos: es nuestro amigo. En Olga Enmerich alienta la mujer sensual, sin escrúpulos, anhelosa de llegar

adonde quiere ir, coqueta y libertina, magnífico espécimen de ambición y de lujuria. Y las figuras simpáticas, no interesan menos que las otras. Las tres damas Agualonga, supervivencias del pasado, conservan cuidadosa y piadosamente, como oro en paño, los principios y las ideas que en épocas pretéritas modelaran el alma y determinarán inflexiblemente la norma de vida de extintas generaciones...

Estas figuras de las tres Agualonga están muy bien retratadas. Qué escena aquella en que las tres damas se mudan de la vieja casa. En esa escena hay, iluminándola, como un resplandor de solemne y hermosísima poesía. Las Agualonga, las tres viejas tías de Olga, constreñidas por necesidades de la existencia, se ven obligadas a abandonar el antiguo caserón, donde vivieron y murieron sus antecesores, donde nacieron, y vivieron siempre hasta entonces, ellas mismas. Todo allí, hasta lo más nimio, evoca para ellas un mundo de recuerdos. Pero el destino ha hablado y hay que acatar su fallo. Hay que irse. El capítulo se llama "El adiós del caserón". Conocemos pocas páginas de tan intensa y sugestiva hermosura.

En suma: *El hombre de oro* da la medida de Blanco-Fombona como novelista. Podemos considerar al autor, entre los novelistas universales, como uno de los buenos novelistas de nuestra época, que los tiene excelentes.

IX

Juicio de conjunto

No debiera terminarse este ligero esbozo de la personalidad de Rufino Blanco-Fombona y la reseña de algunas de sus obras sin lanzar un juicio de conjunto sobre él y sobre ellas. Sin embargo, no lo haré. El lector, con los antecedentes que aquí encuentra en las páginas precedentes, puede hacerlo tan bien como el mejor crítico, y mejor que el crítico si no conoce al poeta ni ha oído antes hablar de él. Tenga por seguro que los elementos de juicio aquí acumulados son verídicos; y que las opiniones lanzadas, a propósito de los libros que se comentan, son las

más honradas que un escritor de buena fe y de absoluta independencia de carácter puede expresar sobre un autor a quien estudia. Buen novelista, buen poeta, escritor brillantísimo; hombre sincero, altivo, valiente, apasionado, Rufino Blanco-Fombona es, como literato, un literato a quien hay que tomar en consideración, y como persona, un caballero interesantísimo, cuya vida dramática y curiosa tiene algo de romance y algo de novela.

ÍNDICE

RECUERDOS Y OPINIONES

Ámina	11
Asunto importante	21
Aniversario	27
Salomé Ureña de Henríquez	31
El Santo Cerro	41
El naturalismo	45
Paz	51
Zorrilla, Campoamor y Núñez de Arce	55
Margarita	67

IMPRESIONES

Dos palabras	85
La crítica	87
El Santo Cerro	91
La novela de Billini	95
A Dolores	101
Cosas añejas	103
Ramona	107
Núñez de Arce	113
Asuntos literarios	115
Alonso de Ojeda	119

Fidelia	125
Pentélicas	129
Leonela	135
Zenea	139
Carmelita	145
Leconte de Lisle	149
Sor Clara	153
Julián del Casal	157

LA HORA QUE PASA

Líneas	163
Liberalismo y Jacobinismo	171
Oro	177
Cuentos frágiles	183
Juvenilia	187
Sangre de primavera	191
Miguel Ángel Garrido	197
Galarippos	203
Tolstoy y Shakespeare	211
El socialismo revolucionario	215
De mi villorio	221
Dionysos	227
La religión de la humanidad	233
Génesis nacional	245
Solidaridad hispano-americana	253
Páginas	259
Escritos de Espaillat	265
Motivos de Proteo	275
Concepto religioso contemporáneo	285
La personalidad política	297

PÁGINAS EFÍMERAS

Ante el ara	309
Letras	321
Puestas de sol	329

El porvenir de la América latina	337
Discurso del cinematicismo	349
Profesores de idealismo	355
La historia en el Perú	361
Conferencias del Ateneo de la Juventud	369
Cantaba el rruiseñor	381
Ciudad Romántica	385
Posturas difíciles	393
Horas de estudios	399
El libro de incoherencias	411
Benjamín Vicuña Subercaseaux	415
La evolución política y social de Hispano-América	425
Cuestiones estéticas	435
Les Democraties Latines de l' Amerique	443

AMERICANISMO LITERARIO

José Martí	465
José Enrique Rodó	493
Francisco García Calderón	539
Rufino Blanco Fombona	563

BIBLIOTECA DE CLÁSICOS DOMINICANOS

Volúmenes publicados.

- Vol. I.- *Los Precursores 1*
Cristóbal Colón:
Diario de navegación y otros escritos.
- Vol. II.- *Los Precursores 2*
Fray Ramón Pané:
Relación acerca de las antigüedades de los indios.
- Vol. III.- *Los Precursores 3*
Fray Pedro de Córdoba:
Doctrina Cristiana y Cartas.
- Vol. IV.- *Los Precursores 4*
Oviedo-Las Casas:
Crónicas Escogidas.
- Vol. V.- Antonio Sánchez Valverde:
Ensayos.
- Vol. VI.- José Joaquín Pérez:
Fantasías indígenas y otros poemas.
- Vol. VII.- Salomé Ureña de Henríquez:
Poesías completas.
- Vol. VIII.- Manuel de Jesús Galván:
Enriquillo.
- Vol. IX.- José Ramón López:
1.- Cuentos puertoplateños.
- Vol. X.- José Ramón López:
2.- Ensayos y artículos.
- Vol. XI.- José Ramón López:
3.- Diario (enero-agosto de 1921).

- Vol. XII.- Fabio Fiallo:
1.- La canción de una vida.
- Vol. XIII.- Fabio Fiallo:
2.- Cuentos frágiles y Las manzanas de Mefisto.
- Vol. XIV.- Américo Lugo:
Obras Escogidas 1.
- Vol. XV.- Américo Lugo:
Obras Escogidas 2.
- Vol. XVI.- Américo Lugo:
Obras Escogidas 3.
- Vol. XVII.- Ramón Marrero Aristy:
Balsié y Over.
- Vol. XVIII.- Sócrates Nolasco:
Obras Completas
1.- Cuentos.
- Vol. XIX.- Sócrates Nolasco:
Obras Completas
2.- Ensayos históricos.
- Vol. XX.- Sócrates Nolasco:
Obras Completas
3.- Ensayos literarios.
- Vol. XXI.- Antonio Sánchez Valverde
1.- Tratado del predicador.
- Vol. XXII.- Antonio Sánchez Valverde
2.- Sermones panegíricos, y de misterios.
- Vol. XXIII.- Antonio Sánchez Valverde
3.- Examen de los sermones del Padre Eliseo.
- Vol. XXIV.- Gastón F. Deligne
Obra Completa. 1.- Soledad y poemas dispersos.

- Vol. XXV.- Gastón F. Deligne
Obra Completa. 2.- Galaripos y prosas.
- Vol. XXVI.- César Nicolás Penson
Cosas añejas.
- Vol. XXVII.- Francisco Gregorio Billini
Obra literaria
1.- Baní o Engracia y Antoñita.
- Vol. XXVIII.- Francisco Gregorio Billini
Obra literaria
2.- Miscelánea
- Vol. XXIX.- Ligio Vizardi
Poesías completas
- Vol. XXX.- Ligio Vizardi
Novelas y cuentos
- Vol. XXXI.- Pedro Francisco Bonó
1. El montero-Epistolario
- Vol. XXXII.- Pedro Francisco Bonó
2. Ensayos sociohistóricos.
Actuación política
- Vol. XXXIII.- Ulises Francisco Espaillat
Escritos y epistolario
- Vol. XXXIV.- Javier Angulo Guridi
La fantasma de Higüey y otros relatos
- Vol. XXXV.- Javier Angulo Guridi
Poesías e Iguaniona
- Vol. XXXVI.- Tulio M. Cestero
Obras escogidas
1. Novelas

Vol. XXXVII.- Tulio M. Cestero
Obras escogidas
2. César Borgia y otros ensayos

Vol. XXXVIII.- Federico García Godoy
Obras escogidas
1. Trilogía patriótica y El derrumbe

Este libro se terminó de imprimir
el día 6 de septiembre de 2004
en los Talleres Gráficos de
EDITORA CORRIPIO, C. POR A.
Calle A esq. Central
Zona Industrial de Herrera
Santo Domingo, República Dominicana
DT-21242